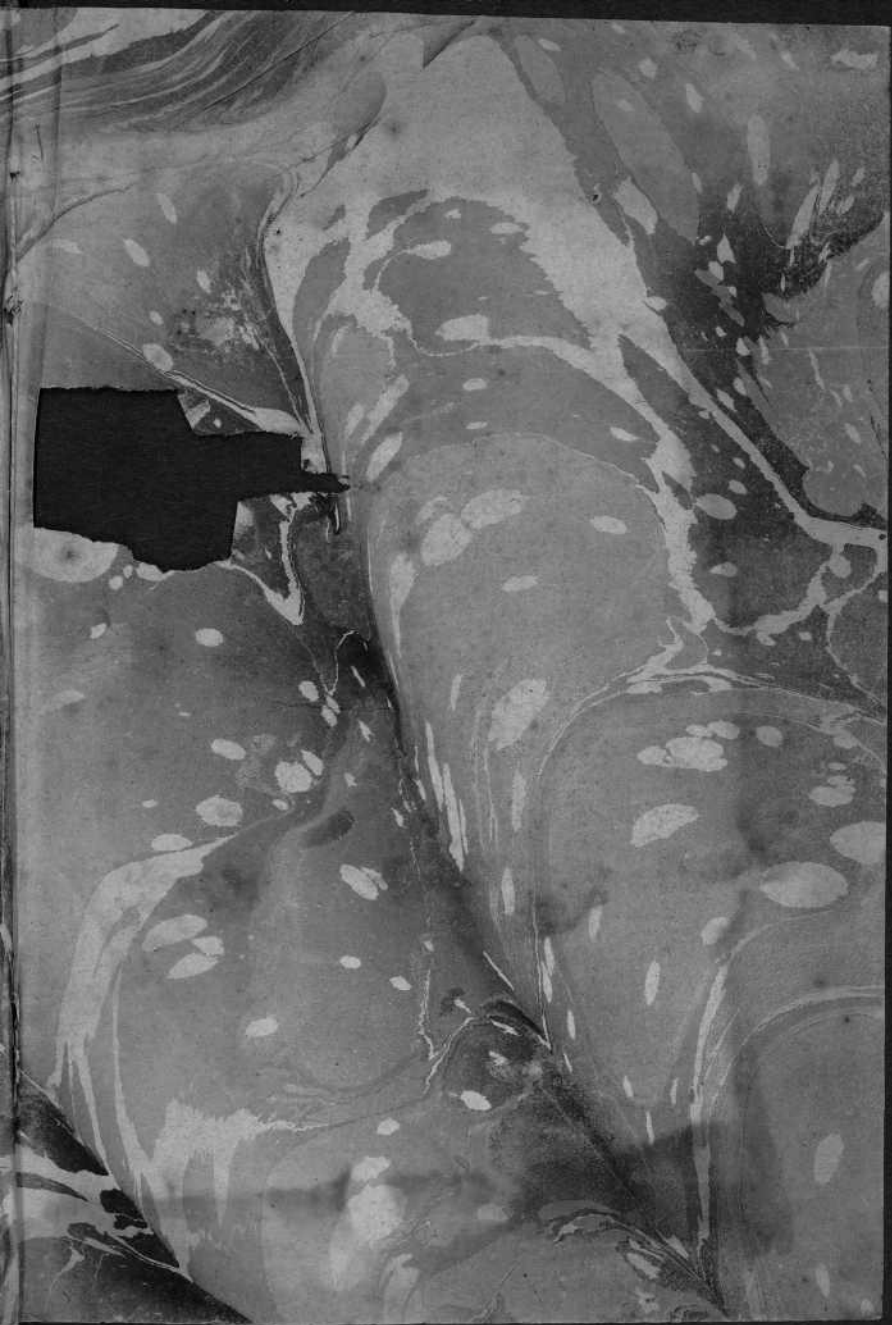
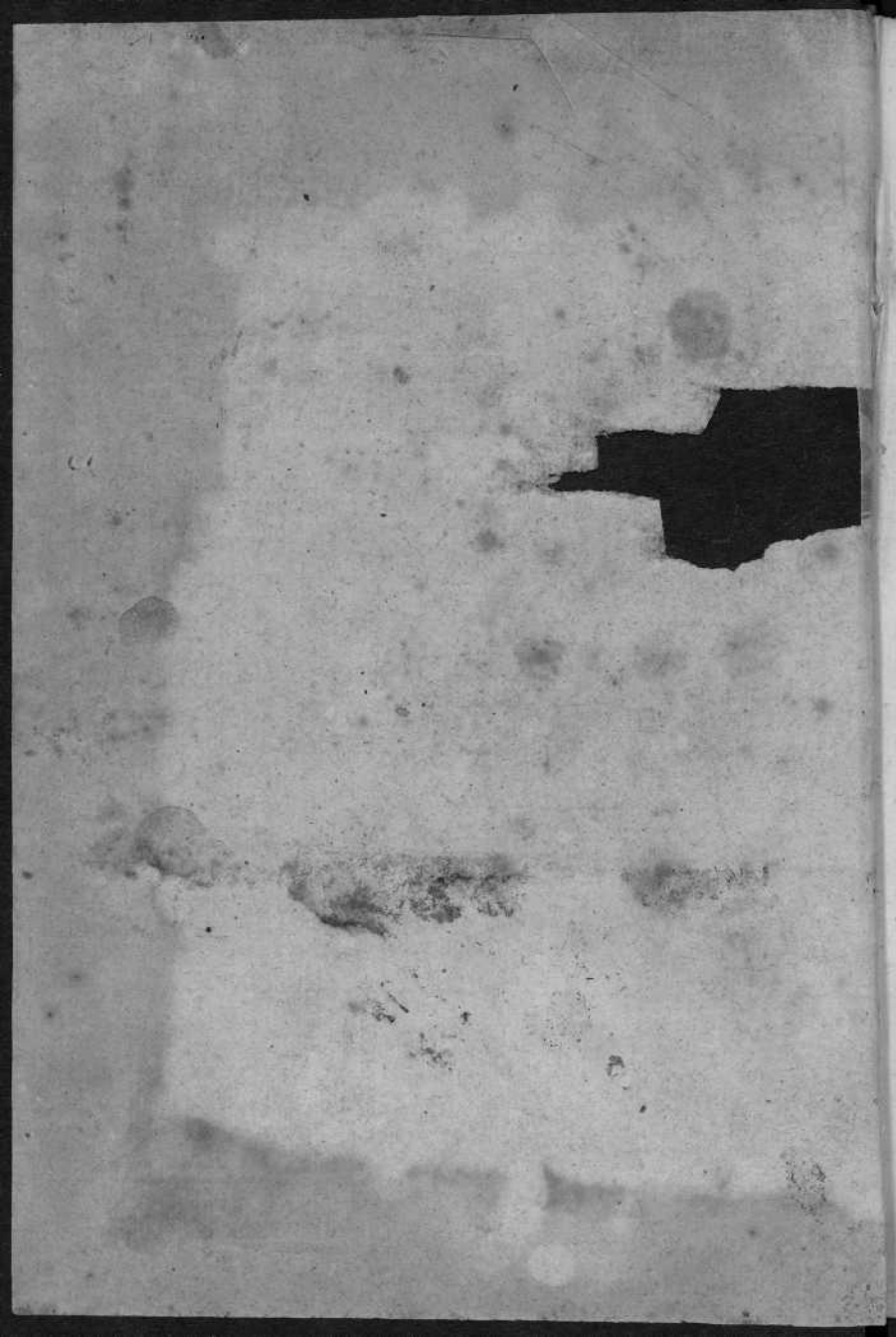


47

16847

~~13268~~



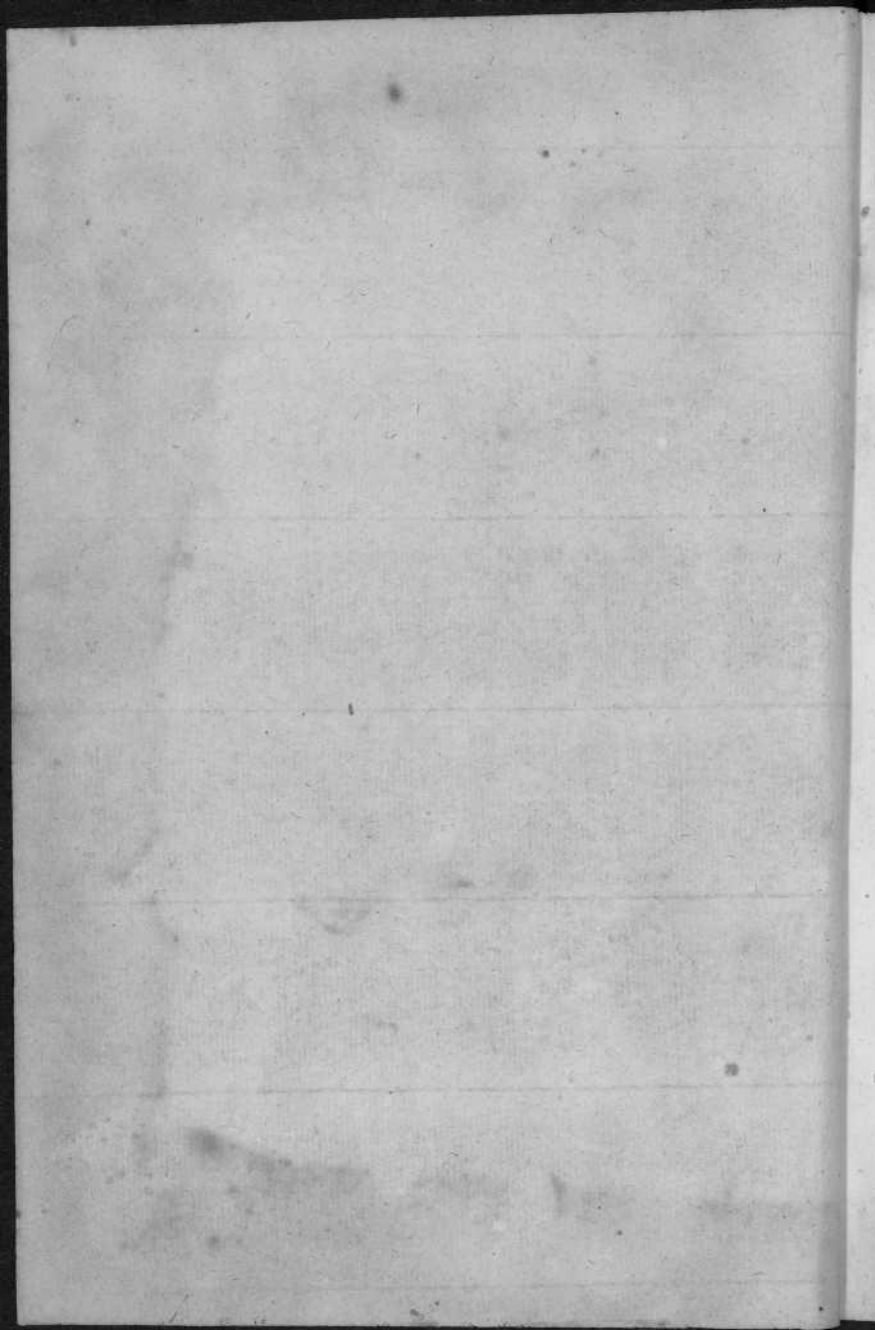


17302

8-7

ENFERMEDAD Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD





AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.



72

# AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD,

consideradas bajo el

ASPECTO HUMANITARIO, FISIOLÓGICO Y RELIGIOSO;

POR

H. LAUVERGNE:

traducción de los señores

D. FRANCISCO LUIS DE RETES Y D. JUAN GARCIA DE TORRES.



---

Quand la mort ne finit pas brusquement un homme, les phénomènes de l'agonie improvisent aux regards d'un observateur impartial le plus inexorable peintre de portrait qui fût jamais. Alors l'âme qui déloge se montre telle qu'elle fût; quelques heures lui suffisent pour exposer dans toute sa nudité le résumé de la plus longue vie.

*Discours préliminaire.*

---

---

TOMO PRIMERO.

---

---

MADRID:

IMPRESA DE DON PEDRO MORA Y SOLER, EDITOR,  
CALLE DEL FOMENTO, NÚMERO 7.

1845.

# AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

consideradas bajo el

ASPECTO HUMANITARIO, FISIOLÓGICO Y RELIGIOSO.

por

D. BAUVERGNEZ.

traducción de los señores

D. FRANCISCO LUIS DE RIVERA Y D. JUAN GARCÍA DE FORMOSA.



Quand la mort ne fait pas pressentir  
le danger, les pleurs de la douleur  
improvisent aux regards d'un oiseau  
leur langage le plus insensiblement  
de l'instinct du ciel. Alors l'âme  
du héros se montre telle qu'elle est  
quelques heures au-dessus de la  
vieillesse, et nous le voyons de la  
plus haute vue.  
Dictionnaire philologique.

TOMO PRIMERO.

MADRID:

IMPRESA DE DON PEDRO MORA Y SOLER, EDITOR,  
CALLE DEL ROSARIO, NÚMERO 7.

1845.

---

## PROLOGO DE LOS TRADUCTORES.

---

En una época en que tanto se preconizan la ilustración y los adelantos de la sociedad, en una época en que queriendo huir de la ignorancia de los siglos anteriores se toca el extremo contrario, cuando el movimiento literario ha llegado á ser en nuestra nación una especie de manía de que todos sus individuos están mas ó menos contagiados, cuando en ese furor de publicaciones vemos los ataques mas virulentos de las desbordadas pasiones, tan agitadas por desgracia en nuestros dias contra los objetos mas caros á nuestro corazon, entristeciendo y quitando la ilusion de nuestras creencias, merced á ese incesante é insaciable anhelo de los innovadores por borrar los sentimientos afectuosos y de religion grabados en nosotros desde la infancia, grato es ciertamente el recorrer las páginas consagradas á demostrar las infinitas ventajas y la inmensa influencia de una vida religiosa, honrada y laboriosa en la muerte ó término de la existencia.

¡*La vida y la muerte!* Estas dos palabras que no puede escuchar indiferente el hombre malvado y que confunden al profundo y pensador, estas dos palabras que se aunan, dígamoslo así, y que tienen una inmensa y terrible significacion ¿han sido igualmente comprendidas y apreciadas? Sensible nos es tener que negarlo. En todos los paises se han publicado obras de diversos

géneros para describir al hombre bajo todas sus fases y en todas las situaciones de la vida, y cuando tanto se ha escrito en obsequio de una existencia tan corta, espuesta de continuo á los infinitos é inminentes riesgos con que la amenazan las enfermedades, los hombres, el suicidio, en fin; pocas plumas se han consagrado á el trance supremo, al instante en que el hombre despojado de las ilusiones terrenales se encuentra próximo y en el borde de la *nada*, segun los escépticos; y de la *vida eterna*, segun los ascépticos; ¡digno y sublime asunto para consagrarle los mas bellos frutos de los esfuerzos de la imaginacion y del genio!

¡*La imaginacion y el genio!* Vanas palabras sin el auxilio de la religion y de la fé.... *Hic digitus Dei est*, el dedo de Dios se muestra del modo mas claro y admirable para confundir el orgullo de la ciencia humana. Los escritores que hacen gala de sus ideas desmoralizadoras, ateas y disolyentes, han pronunciado con la sonrisa del desprecio la palabra *muerte*; mas cuando esta ha colocado su helada mano sobre su frente, entonces los tormentos mas crueles, la rabia y violenta desesperacion, y una terrible conviccion ha sido el término y la recompensa de las creencias de estos *sábios*. Los escritores piadosos, contenidos por un profundo respeto religioso, han temido faltar á él tratando de profundizar el enigma de la eterna existencia; creyeron que no debian decir nada mas que lo escrito en los santos libros donde se hallan pintados con los mas vivos colores las últimas acciones de la vida cuando esta se halla próxima á ceder su imperio á la muerte.

El autor de esta obra, dominado por el pensamiento religioso á la vez que humanitario y filosófico de que una muerte feliz ó miserable, moralmente hablando, es el resultado preciso y lógico de una vida buena ó mala, física y moral, juzgó ser de alta conveniencia social el presentar á todas las clases el cuadro exacto y patente *de la agonía y de la muerte*, no valiéndose de la oscuridad y de los recursos metafísicos sino de los naturales y sencillos al alcance de todas las capacidades, ya trasladando la imaginacion al lecho miserable de la in-

digencia, al filosófico del hospital y al pocas veces feliz del opulento y del magnate. Allí, escuchando sus palabras de muerte, sus recuerdos de la vida y sus esperanzas ó temores de la eternidad, es donde únicamente puede comprenderse todo lo que hay de grande en esta escena de que somos de continuo indiferentes y frios espectadores: Impulsado por un espíritu esencialmente religioso, bien lejano por cierto del fanatismo, y de que nada hay de mas revelador y profético que el hombre moribundo, nos ofrece en pos de sus convincentes y lógicas reflexiones los ejemplos mas notables que acrediten la exactitud de sus palabras. Cuando el ánimo se halla embargado del mas misterioso espanto que producen en él las terribles y aterradoras muertes del malvado, del jugador y del usurero, del cual, destello de divino consuelo, se refieren las pacíficas y bellas escenas precursoras de la bienaventuranza eterna con que el Supremo Hacedor premia á la buena muger, al honrado padre, al sacerdote ejemplar y evangélico, á la amorosa madre de familia, toda una vida consagrada á la virtud, á la laboriosidad y á la religión.

Hemos creído ver en esta obra el resultado del estudio de un hombre de talento, de un profundo y concienzudo observador; la obra de una imaginacion inteligente y entusiasta que puede ser grandemente útil en nuestra situacion en que, si bien no dominan las ideas y pensamientos de los filósofos del siglo XVIII, existen las imperiosas del positivismo, alejando gradualmente las religiosas, estendiendo una indiferencia enemiga de las grandes acciones de nobleza, de virtud y de generosidad; así lo ha espresado un publicista inglés al tratar de los adelantos de nuestra moderna sociedad. Con su acostumbrada maestría el autor ataca, siempre que encuentra ocasion para ello, á la civilizacion, y la acusa de ser la que ha causado la mayor parte de los males que aquejan á la sociedad: conformes estamos con su opinion por los motivos que manifestaremos, pero ¿quién detiene su impetuosa carrera? ¿Cuál es el brazo de hierro que se atreve á hacerla retroceder, cuando se lanza como un violento torrente que devasta las feraces cam-

piñas devastando tambien la felicidad del hombre? La civilizacion y el estudio, de quien es hija, son dos males indispensables.

Y no hay duda; la civilizacion es causa de nuestros pesares, y para demostrarlo vamos á rogar á nuestros complacientes lectores que nos descifren el enigma de cuál es el fantasma tras del que corren ciegos los hombres en el mundo. Todos; el magnate y el pechero, el ayaro y el liberal, el hombre y la muger se dirigen tras la felicidad, ¿y ha habido alguno que la haya encontrado, por ventura? ¿La ha hallado el alquimista en el crisol, el guerrero en el campo de batalla, el filósofo en la duda, la muger en el amor y el poeta en el renombre? Nadie, no hay un ser en la tierra que nos asegure que ha tenido un momento en toda su vida de verdadera felicidad. ¿Luego en este mundo no se encuentra? ¿Luego hay que ir á buscarla en otro superior á este? Y ¿cuál es ese otro mundo? ¿dónde está? ¿quién impera en él? Dios. Dios es el solo que puede darnos ese tesoro tras el cual se dirigen todos los hombres aunque por diversos senderos. Dios únicamente, y Dios nos ha dado en esta tierra un reflejo de esa apetecida felicidad, con la esperanza de la bienaventuranza, un reflejo que con más privilegio ilumina á los humildes sencillos que á los soberbios ilustrados. San Lucas dice: «El publicano, yendo á hacer oracion al templo, no se atreve á levantar los ojos al cielo, y por esta humildad fue mas bien despachado que el fariseo que se jactaba de grandes obras hechas en servicio de Dios.»

Ahora bien, ¿y quién sino la civilizacion nos arrebatase ese albor de ventura solo comprendido bien en la niñez? ¿Quién siembra la cizaña de la duda en el florido y ameno campo de la fé? ¿Quién escarnece nuestro culto religioso? ¿Quién ha sido capaz de negar la existencia de Dios? La civilizacion.

El autor profesa la doctrina del doctor Gall, como bien se demuestra en sus inducciones frenológicas: la frenología es una ciencia que ha existido siempre, como lo prueban los estatuarios olímpicos al dar á los dioses del primer orden frente mas elevada y protuberancias

mas nobles que á los del segundo y tercero, y á estos haciéndoles superiores á los faunos, sátiros y silvanos, y el pueblo es esencialmente frenólogo y nunca se engaña en sus presentimientos. Segun santo Tomás, el alma está en el cerebro y en el corazon; del primero es el sentido, y del segundo el principio de la vida; luego ¿no son una prueba que acredita la veracidad de esta ciencia las pocas escepciones que hay en la regla general?

Aunque comprendemos bien las razones de los que se muestran enemigos de las traducciones que generalmente se hacen de obras fútiles y destructoras de las costumbres, hemos emprendido la de la *Agonia y muerte*, con la convicción de su importancia moral y filosófica. Solo nos resta añadir una observacion acerca del modo con que lo hemos desempeñado. No pequeñas dificultades hemos tenido que vencer para poder espresar el pensamiento del autor en varios periodos oscuros y ambiguos, frases ininteligibles, palabras desconocidas é intraducibles, creadas por el autor; entre otras citaremos la palabra *moi*, que siempre hemos traducido por *yo*; con ella ha querido esplicar el autor una amalgama de egoismo, espíritu y existencia. La palabra *virago*, que con tanta frecuencia usa, es una voz latina que pudiera traducirse perfectamente por *varona*, usándola para demostrar á una muger con inclinaciones y contestura de varon: Dios llamó *Virago* á Eva al formarla de la costilla del hombre.

Hemos querido, publicando esta obra, hacer un notable servicio á nuestra sociedad: si nuestras esperanzas fuesen defraudadas, si el éxito no correspondiese á nuestro pensamiento, nos cabrá al menos la satisfaccion de haberlo intentado.

FRANCISCO LUIS DE RETES.

JUAN GARCÍA DE TORRES.

mas nobles que á los del segundo y tercero, y á estos  
 haciéndolos superiores á los primeros, segundos y terceros.  
 Y el pueblo es esencialmente frívolo y nunca se en-  
 gana en sus presenciamientos. Según santo Tomás, el al-  
 ma está en el cuerpo y en el corazón; del primero es  
 el sentido, y del segundo el principio de la vida; luego  
 ¿no son una misma que perciben la exactitud de esta cien-  
 cia las pocas excepciones que hay en la regla general?  
 Aunque comprendamos bien las razones de los que se  
 muestran enemigos de las tradiciones que conservan-  
 se se hacen de obras útiles y destructoras de las cos-  
 tumbres, hemos comprendido la de la Mayor y menor  
 con la conciencia de su importancia moral y filosófica.  
 Solo nos resta añadir una observación acerca del modo  
 con que lo hemos desempeñado. No podemos decir que  
 hemos tenido que vencer para poder expresar el pensa-  
 miento del autor en varios períodos sencillos y sencillos,  
 frases inteligibles, palabras desordenadas e ininteligibles,  
 ideas por el autor; entre otras cosas la pa-  
 labra *modo*, que siempre hemos traducido por *yo*; con  
 ella se quería explicar el autor una analogía de ego-  
 mo, espíritu y existencia. La palabra *modo*, que con-  
 tamos frecuentemente, es una voz latina que puede tra-  
 ducirse perfectamente por *corona*; cuando para de-  
 mostrar á una mujer con inclinaciones y costumbres de  
*virgin*; Dios llamó *Virgo* á Eva al formarla de la cos-  
 tilla del hombre.

Hemos querido, publicando esta obra, hacer un no-  
 table servicio á nuestra sociedad; si nuestras esperanzas  
 se fueran defraudadas, si el éxito no correspondiese á  
 nuestro pensamiento, nos cabría al menos la satisfac-  
 ción de haberlo intentado.



la infancia. Si se pudiesen formular de un modo individual los cálculos que cada uno ha podido hacer sobre el fin del hombre, serian á no dudarlo, la mas exacta medida de su inteligencia. Desde la escuela hasta las leyes profesionales de la medicina, podemos establecer diversas categorías de la humanidad por el punto de vista moral, intelectual y filosófico. También se puede presionar el estado moral de una nacion por la idea dominante acerca de nuestro destino despues de la muerte. La religion de cada pueblo, ó mejor dicho, la filosofia que la acompaña su puesto al indicar el fin de las esperanzas de cada persona, pone de manifiesto toda la moralidad probable de una nacion.

### DISCURSO PRELIMINAR.

Pero aqui tratamos mas de los individuos que de las naciones. Si en la cuestion del dia, tocante á la muerte, la cosa mas fecunda en doctrinas morales es la agonia y la muerte del hombre.

Antes de entrar en materia queremos manifestar á nuestros lectores que somos de opinion, que la inteligencia humana, ayudada del tiempo, es susceptible de meditar en la nada de las cosas. Las ideas apenas formadas de un niño, los pensamientos del idiota y del maniático, si los tienen, la débil razon del anciano octogenario, quedan escludidos de nuestro objeto; su muerte solo puede enseñarnos que las dos edades extremas de la vida se tocan por su debilidad intelectual y la impotencia lógica de raciocinar acerca del fin de nuestra creacion.

En general puedese mirar como cosa extraordinaria, en el estado en que se encuentra la sociedad, á un hombre á quien la idea de la muerte no ha dominado algunas veces hasta el grado de llegar á ser un pensamiento fijo: es extraño que no se haya ocupado de su fin aun sin saberlo él mismo: los seres que han vivido en una completa indiferencia acerca de esta árdua cuestion son seres escepcionales; los hemos estudiado como á verdaderos *lisiados* del cerebro, ó como á pobres hombres á

quienes ha faltado la materna y religiosa iniciación de la infancia.

Si se pudieran formular de un modo individual los cálculos que cada uno ha podido hacer sobre el fin del hombre, serian, á no dudarlo, la mas cabal medida de su inteligencia. Desde la fé sencilla hasta las luces problemáticas de la revelación, puédense establecer diversas categorías de creencias y de convicciones que abrazan la historia completa de la humanidad bajo el punto de vista moral, intelectual y religioso. Tambien se puede presuponer el estado político de una nación por la idea dominante acerca de nuestro destino despues de la muerte. La religion de cada pueblo, ó mejor dicho, la filosofía que la usurpa su puesto al indicar el fin de las esperanzas de cada persona, pone de manifiesto toda la moralidad probable de una nación.

Pero aquí tratamos mas de los individuos que de las naciones. Si en la cuestion del dia, tocante á la muerte, hemos preguntado y consultado á los demas países, ha sido para sacar la lógica conclusion de que en ninguna parte se revisten con formas mas diversas la agonía y muerte del hombre que en Francia. Nuestras innumerables divergencias de opiniones acerca de la existencia de otra vida, la multitud de nuestras doctrinas, nuestra indiferencia por lo que toca á la suerte del alma son, en la mayor parte de los casos, las causas incurables de una mala vida y una mala muerte.

El sentimiento religioso nace con nosotros y desde el principio del mundo se ha sentido la necesidad de reconocer y adorar á un Dios: nuestro pensamiento, al elevarse hácia su autor, espera verle algun dia; este deseo ha multiplicado las pruebas de nuestro amor hácia nuestros semejantes, nos inclina á hacer el bien para agradar á Dios y merecer al fin de nuestra vida la suprema ventura de contarnos en el número de sus elegidos. Supóngase una sociedad moderna en donde estos dogmas emanados de las conciencias puras sean todavía, como en los pristinos tiempos, objeto del respeto y del amor de todos, no es cierto que si se les interrogase sobre su género de vida ó muerte nadie tendria dificul-

tad en demostrarlo? Pero si por el contrario, se han olvidado estas grandes verdades y han quedado desfiguradas por los falsos oráculos del pueblo, si este llega á ahogar el grito de su conciencia que sin cesar le habla de Dios y le induce al ejercicio del bien, si entrega su alma enteramente al servicio de las pasiones, si vive abrasado por la sed de dinero, y si codicia adquirirle por todos los medios posibles ¿cuál será la moralidad de este pueblo y por cuántos caminos indignos de su divina naturaleza llegará al sepulcro? La respuesta es natural, se me dirá: este pueblo morirá idólatra de sus falsos dioses, su último suspiro se dirigirá al culto de la materia. No siempre sucede esto: cien veces por una acontece lo contrario, y para concebir la razon basta la esPLICACION siguiente. Un hombre, cualquiera que sea, no nace ateo ó materialista, lleva consigo al nacer el sentimiento de un Ser Supremo y el de lo justo y lo injusto. Dios, hablando por boca de los mortales, es nuestro primer legislador por el solo hecho de la increacion é inanimidad de las ideas. El llamado materialista reniega de la voz de su conciencia y enajena su patrimonio moral en cambio de una doctrina que aprende y le inicia en la práctica del sentimiento de lo injusto que lleva consigo. Este es esclavo de sí mismo, sacrifica los tesoros de su alma á las limitadas promesas de una doctrina material que le facilita el uso de sus pasiones. Pero Dios no pierde nunca sus derechos sobre la criatura. Déjese vivir al nuevo apóstata satisfecho de lo presente; que sea egoísta, avaro, sin fé, impúdico y asesino, déjesele libre de todo freno moral hasta la hora de la agonía; entonces, procúrese ser su amigo, su médico ó su confesor, no se desperdicien los menores acentos que se exhalan de su alma, y se sorprenderá á la cabecera del lecho mortuario, si el enfermo conservó su libre albedrío, las irrecusables pruebas de lo que en él se creía olvidado ó ausente, esto es: la creencia en Dios y en la inmortalidad del alma.

En buena lógica, un agonizante ateo es una paradoja. Cuando la muerte no acaba repentinamente con un individuo, los fenómenos de la agonía demuestran, á la

vista de un observador imparcial, el mas parecido retrato de su pasada vida; entonces el alma, al salir de su prision, se muestra tal como fué, y algunas horas son suficientes para manifestar en toda su desnudez el resumen de la mas prolongada existencia.

Nunca el hombre goza mejor de su libre alvedrío y de las infinitas percepciones de su inteligencia que durante la lucha solemne entre la muerte y la vida ó entre el alma y la materia. En esta hora de crisis y de prueba se muestra con sus cualidades morales y sus facultades intelectuales, tales como las recibió y como las cultivó; es sencillo, trivial, sublime, innoble ó divino, segun la especie de alma que él se ha formado.

Hay varias naturalezas de almas, y por consecuencia un número infinito y diverso de agonías y de muertes.

La solucion de este problema debe resultar de la atenta lectura de este libro; por ahora baste decir, que puesto que todos los hombres no nacen con las mismas cualidades del alma y del espíritu, es imposible que manifiesten en el mismo grado y del mismo modo los sentimientos de que están poseidos en el momento crítico de un gran peligro, y en particular del que los reasume todos, en el momento de la muerte.

Generalmente el hombre muere como ha nacido y como ha vivido, es decir, conforme al ejercicio de sus facultades innatas y segun los medios que ha tenido en su poder. La idea de un Dios puede recorrer la distancia que separa á la duda de la fé sencilla y á esta de la revelacion; estos dos últimos términos se esplican bien comparándolos á un sacerdote que procura desembrollar las confusas creencias de un sencillo aldeano, y á San Bruno que tuvo la revelacion de Dios y la inmortalidad del hombre como si hubiera asistido al consejo del Eterno.

En la infancia de las naciones los legisladores y los sábios forman las creencias de los pueblos y los cimentan sobre la sólida base de la existencia del Ser Supremo; los hacen católicos ó musulmanes, fanáticos y monómanos de una religion ó de una secta disidente. Mientras dura el período de la iniciacion social, los hombres

se unen á una fé comun y mueren mas ó menos convencidos en el mismo pensamiento de resurreccion y de gloria. A medida que un pueblo se civiliza y se engrandece perfeccionando sus relaciones con las cosas del universo, modifica sus ideas segun las impresiones que recibe de los nuevos objetos cuyo uso ha aprendido, hace de ellos su estudio y, digámoslo de una vez, los instituye en divinidades de su culto. Esta época de renovacion general es precisamente la que produce y multiplica los objetos del arte, del lujo; la que demuestra el manantial de mil déleites ocultos en el universo, es decir, la que distrae y aparta al alma del foco de las verdades primitivas: cuando el espíritu ha entrado en este camino no se detiene sino en el apogeo de la civilizacion, en el caos de la inteligencia. Cada uno, segun su creacion, impele el carro de las doctrinas modernas; el que nace lógico prueba á los demás la verdad de la mentira, el ambicioso aspira al poder, el artista á la perfeccion de un arte, y como por último resultado, el oro proporciona todos los placeres y cumple todos los deseos, desde el hombre-genio hasta el cerebro mas estrecho, todos se atropellan en el camino que los ha de conducir á la fortuna. En el curso de la existencia artificial que crea un exceso de civilizacion, el pensamiento fundamental sobre el cual está cimentada en todos tiempos la moralidad de una conducta religiosa y uniforme, la de la muerte, debe por necesidad alejarse de su sentido primitivo. En efecto, el goce no puede ser el acto que prepara á bien morir; tambien las doctrinas que niegan las penas y recompensas en otra vida son el complemento de una época en que el bienestar material ha llegado á todos los límites posibles á la humanidad. La muerte y sus misterios exigen para ser comprendidos una meditacion reflexiva sostenida por la fé; entonces brilla á lo lejos como un faro de esperanza y amor, pero este faro que el hombre religioso entrevee en sus ardientes aspiraciones, es solo una utopia (1) encomiada por el uso para el que

(1) Gobierno imaginario donde todo respira justicia y virtud.  
 (Nota de los traductores).

navega á todo trapo por el Océano de los deleites de la tierra.

En un siglo de egoismo en que el cumplir los deseos es el importante objeto de todos, cada uno encuentra su religion y sus costumbres en una série de ideas conformes á sus pasiones: los hombres se hallan en todas partes, la humanidad en ninguna; cada uno se dirige hácia su objeto, y como este está en todas partes menos en el dominio inmaterial, llégase á la muerte como á un fin imprevisto y para el cual siempre hay tiempo de disponerse. Cuando se llega al término del viaje la ilusion de la vida desaparece, tócase con la mano el riesgo de la posicion: observe entonces al hombre el que quiera estudiarle y comprenderle, y le hallará horrible ó admirable segun el uso que haya hecho de los dones del pensamiento que Dios puso en él para hacerle digno de su mision. No: no es una tradicion; es una verdad continua: la hora de la agonía es para unos consoladora, para otros terrible. Cuando se ha tenido ocasion de ver morir á hombres de todas clases, es imposible no convencerse de que al aspecto de la muerte se empieza á pensar y á esperar de otro modo; esta segunda vista es mas ó menos penetrante, segun la capacidad moral del individuo; pero consueta el decir que el mas humilde en apariencia ve quizá lo que el soberbio no se hubiera atrevido á preguntar. ¡Cuántas veces, cuando al lado del lecho funeral hemos admirado el fin triunfante del justo, se nos ha presentado la imagen del piloto que va prevenido contra el naufragio!

Tambien la muerte tiene terribles lecciones; y si alguna vez los hombres llegan á convencerse de lo que enseña la sabiduría, será al contemplar el cuadro de un alma llena de remordimientos, que lucha con los demonios de sus pensamientos cuando ya todo va á concluir para ella.

La muerte es un fenómeno tan natural y tan inesplicable como el de la vida; los terrores supersticiosos ó verdaderos de que está rodeada nos ocultan las verdades que encierra. En las cercanías de la muerte halla el hombre justo y pobre de espíritu tanta calma y verdadera

grandeza que no titubeamos en acusar al exceso de asociacion y á sus conquistas en el dominio de las ciencias y de las artes, el haber inutilizado el arte de saber morir. Las muertes mas apetecibles son las de las buenas gentes para quienes son desconocidas las maravillas del talento y los sofismas de la razon, cuyas tradiciones morales y religiosas de sus abuelos componen el código invariable de su conducta.

Es un hecho incontestable que las clases inferiores, como estan mas cercanas que las otras á las sencillas verdades de la naturaleza, son las que muestran mas unidad y sentido comun en las importantes operaciones de la vida. Estas clases nacen, cultivan su religion, se casan y mueren de un modo igual, uniforme, sin incidentes dramáticos, como cosas ya establecidas y convenidas. Si ya se va encontrando alguna diferencia en las aldeas y pueblos vecinos á las ciudades populosas, débese atribuir al contacto incesante y contagioso de la nueva civilizacion. Esta, al trasformar, mediante la influencia irresistible de la civilizacion, á la aldea en villa, ha inoculado en el hombre de la naturaleza vicios alhagüenos y seductores, y no la verdadera felicidad.

La mayor unidad natural, el modo mas uniforme de agonía y muerte se halla en el pobre de espíritu y de corazon, que vive contento en la fé y en las creencias de sus padres; fuera de esto comienza la humanidad moderna, es decir, la vida social, cuyos actos se reducen á fórmulas donde el arte oprime á la naturaleza, donde casi nunca el espíritu es inspirado por el corazon, y donde todas las malas pasiones, bajo nombres mas ó menos pomposos, gobiernan al mundo y le alucinan desviándole de su verdadero fin.

Empero, el contagio de este daño no es general y se puede evitar; las diversas posiciones de la vida no estan llenas de vicios, y todas las clases de la sociedad tienen sábios, segun Dios y la naturaleza, para servir de ejemplo y de modelo.

La historia de los últimos momentos de nuestra pobre especie, tan trabajada por la civilizacion, es un compendio que reúne todos los contrastes de la humani-

dad: si la civilizacion es tan hermosa por sus conquistas artísticas, como dicen los panegiristas de la época, ¿cómo se encuentra tan lánguida y abatida en la última hora, cuando la sencillez de espíritu tiene tanta fuerza y valor? ¿por qué vemos tantas maneras trágicas y diferentes de terminar la vida? ¿Este nuevo arte no ha podido desterrar la tortura de los remordimientos de aquellos á quienes ha colmado con sus dones? ¿Con que lo que tanto se ha perfeccionado, esa inteligencia que mide el curso de los astros, no ha sabido comprender á la muerte ni conjurar sus terrores?

No obstante, entre los hombres de gloria y de reputacion, de verdadera piedad y de fortuna adquirida por ellos mismos, de profunda inteligencia y cándida sencillez, se encuentran agonías que llamaré *reveladoras* y dignas de establecer las verdaderas proporciones que siempre han debido existir entre el alma y la materia. Estos mueren en la integridad de sus sentidos, y como han sido dueños de sí mismos para sentir cómo su alma abandonaba el cuerpo, la mas hermosa página de su vida fué la de la moralidad de su muerte. La de Sócrates en la antigüedad es la sublimidad en este género.

*A priori* nadie nos disputará que el punto de vista mas lógico para penetrar el misterio de nuestro destino, es el momento mas cercano á la muerte; por eso la hora suprema en que el alma ya casi libre de su estraña y oscura prision puede decir *me pertenezco*, debe ser la hora de una verdadera revelacion. No hablamos aquí de las inteligencias superiores que han pasado toda su vida en arreglar su muerte; estas organizaciones semidivinas son muy raras y debe haber en ellas cierta intencion providencial para que desde el principio del mundo los afligidos pueblos se hayan dirigido á ellas, y en su desamparo hayan implorado al cielo como aquellos que de él habian hablado con tanto acierto.

Despues de los hombres sencillos que viven y mueren bajo la pura inspiracion de la fé en Dios, y aquellos cuya privilegiada inteligencia ha merecido recibir las revelaciones de otro universo, colocaremos la numerosa inmensidad de la especie humana, respecto á su género



mas conforme de agonía y muerte. Antes de pasar adelante declaramos francamente nuestra insuficiencia. Sin embargo, á pesar de las dificultades de esta clasificacion, no nos han parecido tan insuperables que no hayamos procurado vencerlas.

La mas lógica conclusion para juzgar con acierto de el fin moral que un libro encierra, es la que se deduce de la distribucion de las materias. Para apreciar la clasificacion que hemos seguido, véase el sumario de los capítulos.

El primero encierra la sicologia (1) de la obra.

El segundo trata de la influencia de las religiones y de los gobiernos en la especie mas comun de agonía y muerte.

El tercero comienza la historia de las pasiones en general, su influencia en el género de muerte y la de la embriaguez en particular.

El cuarto manifiesta los fenómenos sicológicos de la *amatividad*, término tomado de Gall, cuya doctrina hemos seguido en las observaciones frenológicas que estan derramadas por toda la obra.

El quinto está consagrado á la pasion del juego y sus consecuencias.

El sexto á la de la usura.

El sétimo á la de la avaricia.

El octavo trata de los varios suicidios, de las causas que los han motivado, de los diferentes medios que el hombre, falto del conocimiento de la razon de las cosas, pone en práctica para consumir su muerte.

El noveno encierra la descripcion de la agonía de las mugeres segun la clase que ocupan en el mundo, su carácter, sus costumbres, su género de educacion y la fatalidad de las circunstancias que las han conducido á las diversas aberraciones del alma y del cuerpo.

El décimo es, propiamente hablando, la sicologia del hombre en retrospectiva y deducida de los fenómenos morales de la agonía y de la muerte; la gran diferencia

(1) Ciencia ó tratado del alma.

(Nota de los traductores).

que existe en los hombres proviene del grado de su fuerza intelectual y moral; de aquí resultan tres categorías generales bajo las cuales los hemos considerado: *instinto, inteligencia y genio.*

El undécimo es un panteon humanitario, fisiológico y religioso de los muertos y de las agonías notables á que hemos asistido, ó cuyos detalles nos han sido facilitados por testigos oculares; llámesele, si se quiere, galería de retratos que contiene todos los géneros desde el artesano hasta el que ocupa la cima social y filosófica de la época.

El duodécimo está consagrado á la agonía de las diferentes órdenes del clero.

El décimotercero á la del soldado y del marino.

Y en fin, el décimocuarto trata de la variedad de la agonía bajo el aspecto moral segun la naturaleza de las enfermedades, y la lesion de los órganos que han sido la causa de la muerte, bien sea *aguda*, bien *crónica.*



## CAPÍTULO PRIMERO.

### INDUCCIONES FRENOLÓGICAS Y MORALES.

#### Resumen.

Definición de la palabra *agonia*.—Consideraciones morales sobre esta última fase de la existencia humana.—Del alma.—Medios de apreciar la fuerza, la altura y la estension.—Estos medios son físicos y metafísicos.—El estudio del cerebro es la llave natural de toda ideología con respecto á los primeros.—La plástica (1) de la forma de este órgano se reveló á los egipcios y á los griegos como medio diferencial de los caracteres y de las razas.—La frenología comparada es la luz de la *sicología*.—Pruebas de este axioma, sacadas del estudio de la antigüedad.—De la hermosura *femenina* y del óvalo superior de la cabeza.—El cerebro es la miniatura del hombre, el *homúnculo* del alquimista.—Las protuberancias son los medios de contacto con el universo.—Frenología de las *almas superiores*.—De la revelacion.—Estado del alma en la agonía ó en la proximidad de un gran peligro.—Del sentido metafísico ó revelador.—Ejemplos de *segunda vista*.—El órgano del sentido religioso eleva al alma hasta la inteligencia de las cosas del cielo.—*Éxtasis piadosos* y *agonías reveladoras*.—*Ejemplo inaudito de trasfiguracion*.—Frenología de las *almas inferiores*.—Forma retrógrada de la cabeza clásica.—Agonia de los grandes criminales.—La calcetera de Marat.—Instinto de crueldad y destruccion en tiempo de anarquía.—Diferentes fines del hombre.—Lucida inteligencia á la hora de la muerte.

La palabra *agonía*, espresion vulgar para la mayor parte de los hombres, recuerda al espíritu el periodo de

(1) Plástica, se dice de la facultad y virtud de formar.

(Nota de los traductores).

la descomposicion material que precede á la partida del alma. El ateo que no admite su existencia, ve todavía menos que esto en los fenómenos de la agonía; para él, es el principio del fin absoluto de lo que tuvo vida, y este fin es la nada.

Para reconocer *a priori* la insuficiencia y la inanidad de estas definiciones, basta considerar á un hombre que recibió un pensamiento inteligente ó sublime, cuando declina su existencia; mientras la edad va arrebatando á sus principales órganos parte de sus atributos funcionarios, mientras va muriendo un poco cada día, y su cuerpo se va inclinando hácia la tumba, las facultades de su alma siguen una marcha enteramente contraria, y se elevan hácia la idea inmaterial de Dios, á este apogeo del sentimiento del ser humano. Una buena muerte revela al alma el misterio de la vida.

Nosotros damos á la palabra agonía una significacion mas alta y mas estensa; en el dominio moral, en todos los lugares del mundo donde el hombre fija su planta, las circunstancias que le ponen en presencia de la muerte son accidentales, imprevistas é innumerables. En todas partes la vida lucha con la muerte, y el alma con la conciencia de la inmensidad que se presenta á su vista cuando el tiempo la liberta de los lazos de la materia. Es necesario tener una organizacion cerebral casi al nivel del instinto sencillo para no haber experimentado en el curso de la vida las íntimas percepciones del alma que *agoniza*, para no haber oido ni comprendido su voz interior, cuando estaba en presencia de una causa reveladora.

Estas causas se hallan en todos tiempos, en todos lugares, en todos los momentos de la vida, y cada uno las experimenta segun su modo de sentir. Al que tiene un cerebro genio la menor partícula del universo le motiva el aislamiento de su alma; al que tiene un cerebro bruto y sin reflexion, las convulsiones del globo, que arruinan una ciudad, solo le inspiran el terror de un instinto que le demuestra su inevitable destino.

La historia de las agonías morales abraza todos los grados de lo sublime, lo apasionado y lo trivial. Todas

las clases de la sociedad han sufrido mas ó menos las emociones divinas ó los tránsitos miserables de un alma que prevee un fin. Al ayaro que tiembla á la idea de su tesoro, juguete de las olas, y al padre que contempla la cuna de su primogénito, preguntéseles, cuando deliran acometidos por una violenta fiebre, lo que sienten en la cabeza y en el corazon; no existen en una vida comun, olvidan el sueño, el cansancio, el hambre; otra cosa fermenta en ellos que no es la actualidad; es el alma libre que se lanza en el infinito y los envia la esperanza ó la nada de sus afecciones.

Estos presentimientos que podrian llamarse percepciones metafísicas del alma son relativos á la posicion individual. La naturaleza de las enfermedades, las pasiones comprimidas ó exaltadas, la mas ó menos completa organizacion del cerebro, la vocacion y educacion individual, la edad, el sexo, el género de muerte accidental ó natural, en fin, la condicion social de cada uno, constituyen otros tantos géneros de agonía y muerte, que tienen todos una peripecia especial, un desenlace filosófico y mas ó menos moral. Todo muere: esta es la ley general del universo; ¿pero esta inexorable máxima se resolverá de un modo negativo por lo concerniente al destino de la humanidad? ¿En el fenómeno de la muerte no se encuentra nada que pruebe que aun existe alguna cosa despues de la tumba?

La muerte reducida á la simple segregacion de los elementos combinados de la materia, es una idea que da paso á otras, y el valor que el fatalismo y la desesperacion la han dado, es solo la espresion ignorante y brutal del orgullo ó la mediocridad de espíritu.

En tésis general, morir no es concluir, es cambiar; la vida es un Occéano eterno y sin puerto, los seres que navegan por él no echan el áncora, pero cambian de forma y de sustancia; vuelven á empezar para no concluir. El espíritu solo sobrevive á la forma, y cuando esta última ha perecido en la lucha continua que se tiene contra el tiempo, el primero prosigue su curso infinito, ¿quién se atreverá á decir de un modo general lo que sucede despues del silencio del sepulcro? Nadie está se-

guro de lo que siente en el fondo de su conciencia. Hablando metafísica y religiosamente, nosotros somos artífices de nosotros mismos, y á ninguna inteligencia capaz de comprender al cielo está permitido el producir una obra con la infalibilidad de un alma en estado de revelación.

Todo concluye y vuelve á empezar: esta es la gran lección de la vida. El mundo de hoy no es el mundo de los primeros tiempos; la raza viviente ha sufrido varias metamorfosis; ha perecido como forma y ha vuelto á aparecer bajo otra forma distinta; familias enteras de animales han desaparecido, ya en masa ya en detalle, para nunca volver á aparecer. El mundo antediluviano, en buena lógica, es la muerte de un mundo, y la vida que le animaba, que pasó de la tierra al cielo, ha vuelto á bajar según la impenetrable voluntad de Dios.

El hombre, como fué el último que apareció, nos parece que es la obra maestra de la creación; por esto únicamente ha entrado en la reunión de las cosas *concluidas* para completar la armonía, comprenderla y elevarse más ó menos hasta su autor. Decimos más ó menos y pudiéramos formular la negativa, porque es incontestable que bajo este aspecto los hombres no están todos organizados en el mismo modelo. Si la estructura del hombre y su inteligencia fundan una nobleza incontestable, comparadas con las de los demás animales, existe una aristocracia en el pensamiento que establece para siempre entre dos seres organizados, en apariencia por un mismo tipo, una distancia inmensurable como la de la eternidad del tiempo. Lo que decimos aquí ó en otra parte, de la inteligencia del hombre que varía desde lo trivial y mediano hasta lo sublime del género, lo hacemos siguiendo las causas que existen en la esfera del mundo social, sin entrometernos á juzgar de los designios de Dios, que no ha permitido que todos los cerebros se inclinasen á los absolutos deleites del pensamiento.

Además, ¿el hombre ha nacido para *absorber* la tierra y reconocer vagamente á su autor según las oscuras revelaciones de su alma ó las lecciones de otro? ó bien ¿es su destino inquirir en la angustia, la tristeza ó la

contemplacion de su alma, lo que fué antes de animar al cuerpo, y de lanzarse en los espacios del infinito tras un eterno pensamiento de bienaventuranza? Como historiadores de la agonía y muerte ¿qué nos importa esta diferencia? Este es hombre, aquel es semi-dios; uno tiene la tranquilidad personal, otro, la necesidad insaciable de vivir fuera de sí. Lo que nos interesa en este problema de la vida, es el aspecto social, que nos explica por qué un hombre obedece mas á las inclinaciones del instinto que á las de la inteligencia, por qué se lanza en el camino del mal cuando el del bien se le presenta fácil y ameno, por qué aberracion de su ser, ve, siente, compara y obra, sufre ó muere de mil modos, y casi siempre en sentido inverso á las insinuaciones perfeccionables de su naturaleza.

El secreto de la vida moral está encerrado en el estudio sosegado y reflexivo de los actos del pensamiento. El alma en su cerebro, como un artista en su taller, recibe de afuera el material de ideas, las elabora, las combina y las produce como las ha *concluido*. ¿Si el alma (se dice) no hubiera tenido fuera de la materia su sitio en el dominio de lo *increado*, cómo habriamos de admitir las creencias fundadas en la revelacion? ¿Cómo habriamos de establecer nuestra correspondencia con Dios? Solamente como emanacion del cielo y como artista del pensamiento del hombre la concebimos bajo estos dos estados, absolutamente; como la vida general es á la vida organizada ó materializada. Reconocemos, sin pretender investigar la causa, que hay almas de diversas capacidades instintivas: inferiores, medianas y superiores: la observacion nos ayudará. En fin, reflexiónese sobre lo que vamos á decir: las almas pueden reconocer la ley de los sexos.

El hombre moral hasta cierto punto se traduce perfectamente por la observacion lógica del hombre, considerado como organismo ó economia física. No obstante, temerario ó inútil sería querer explicarlo á modo de obra escrita, cuyo sentido se define tanto mejor cuanto mejor y mas íntimamente se posee el genio del idioma de que se deduce: no, el modo de pensar y obrar de cada

uno depende de mil circunstancias tan variadas como los frutos del cielo esparcidos en todo el universo. La palabra *yo* es absoluta y egoísta, siempre se decide á razon de ciertos modos de ser que trae consigo al nacer y cuya costumbre da nueva fuerza el uso y la necesidad. La palabra *yo* halla sus sensaciones en la naturaleza: estas estan fuera de sí y los sentidos van á buscarlas como la mano busca las teclas del órgano para producir dulces y agradables sonidos: el alma las recoge por conducto de los sentidos, las reúne, las adopta y se constituye en propietario suyo. Bajo este aspecto cada uno funda y estiende el dominio, llamado del pensamiento, segun los medios que ha recibido para aumentarle y embellecerle: si no sabemos de un modo infalible en qué consiste el poder de un alma, permitido tenemos el apreciar sus obras ya útiles, ya justas, ya sublimes. Así el imperio social, establecido desde que el pensamiento de los hombres procedió en comunidad de necesidades, afecciones y progresos, nos da el medio de apreciar á un hombre, puesto que podemos medir su valor intrínseco por lo que ha hecho en favor de la prosperidad de la asociacion comun. Un pensamiento disidente y liberticida se escluye del mundo civil. Un sistema de educacion, adoptado por la esperiencia, puede únicamente ligar las masas y unirlas, y el tronco de donde proviene es el primer admonitor de la vida social. Una madre nos da el alimento que la naturaleza depositó en sus pechos, y el primer albor del alma del recién nacido brilla en la primer sonrisa dirigida á su madre; ella le abre las puertas del universo; ella le dice el nombre de su autor. Toda la sociabilidad de un hombre la reasume en principio una buena madre. ¡Desgraciado del que tiene una mala madre!

El objeto de los investigadores de las causas primitivas ha sido querer conocer y juzgar á un hombre por otra cosa que no sea por sus obras, buscándole con obstinacion en el órgano, sin el cual no se conciben los fenómenos del pensamiento: este órgano es el cerebro. Desde Talés y Anaxágoras, y aun antes en el Egipto y en la India, se intentó el descubrimiento de las funcio-



nes de este órgano, pero han sido infructuosos todos los esfuerzos pasados y presentes y han producido dudas tan solo. De dos mil años á esta parte, todo lo que se sabe de este enigma se limita á inducciones muy probables respecto á su forma comparada con la de los animales. Todo se reduce á una simple fórmula. ¿Por qué la cabeza del hombre se diferencia de la del bruto? Porque tiene un cerebro construido por un modelo único, especial, cuya plástica presenta en la cima de la escala de los seres un tipo, sino completo, el mas perfeccionado.

Sin embargo, cuando se tiene conocimiento de la vida relativa y la espontaneidad de sus actos, y se la ha visto seguir una progresion ascendente con las formas cada vez mas complicadas de los cerebros, desde el del bruto hasta el del hombre, nace la idea de investigar al hombre moral en los indicios y señales físicas de su cráneo, de esta cubierta huesosa que forma la superficie de su cerebro. *A priori* semejante pretension es orgullosa en extremo, es deprimir la dignidad humana, si los hombres tienen el sentimiento de esta dignidad queriendo conocer sus vicios y sus virtudes, en una protuberancia que la casualidad del nacimiento esculpió en la cabeza.

Si se tratára de un gato ó un mono, cuyo instinto gira sin cesar en un mismo círculo, no seria monstruosa la proposicion; un gato siempre es gato; y ¿qué observador habrá que tan poco haya reflexionado que al tocar con los ojos cerrados la cabeza de un animal conocido no refiera su historia? Pero si el cerebro del hombre ha pasado por todas las formas inferiores para llegar á la que tiene en el día, ¿no será posible que haya conservado en su evolucion ascendente lo que concuerde del cerebro del animal con las manifestaciones de su instinto? Esta asercion tan probable no es nueva, es tan antigua como el Egipto y la Grecia, y los que han estudiado el arte en sus relaciones con la filosofía de los seres se habrán asombrado de la perfeccion de la forma en estas dos fuentes de toda la poesía terrena. ¿Qué es un sátiro mas que un macho cabrío con lengua humana? ¿Todas

las divinidades inferiores no están representadas con la forma moderada *humanizada* del ser bestial que éstos pueblos querían adorar? Poner un atributo de bestia con las principales formas que le caracterizan sobre una cabeza de hombre es evocar la memoria de todos los dioses del segundo y tercer orden. ¿Y en Egipto no se hallan las formas mal encubiertas del buey Apis y de otras mil divinidades terrestres de aquel país, en las cabezas de las figurillas que á cientos se desentierran? En el mismo instante que un animal recibía la consagración de un culto, los paganos achicaban el cerebro humano, modificaban la forma de la cabeza hasta que representaban ya un macho cabrío, ya un buey, ya un crocodilo, esculpiendo en relieve las protuberancias del cráneo y los rasgos faciales del animal divinizado.

Por este artificio un hombre puede parecerse á un ser inferior y recordar sus instintos sin salir de su naturaleza. Desde la mas remota antigüedad se ha sabido que el punto de partida de la sicología de un hombre reside en los contornos de su cráneo, y que para formar un animal inferior era preciso formar tambien en una cabeza humana las protuberancias mas salientes del modelo. Las facciones del rostro se van armonizando á medida que se verifican las variaciones plásticas del cerebro de un modo que ultraja la vanidad humana: copiando admirablemente á la naturaleza ya habian tomado las visibles semejanzas que presentan los hombres con ciertos animales y ¡cosa estraña! tambien la analogía que existe entre la inteligencia de los unos y el instinto de los otros. Esto ha debido bastar para reconocer la verdad práctica del descubrimiento. La aplicacion de este dogma no puede ser mas fácil cuando se buscan pruebas en las masas de los individuos que la naturaleza no ha reunido á los demás, y que se ha quedado fuera del curso de la civilizaci6n. Entonces, por la sencilla manifestaci6n de una inclinaci6n, se puede descender hasta el animal, cuya sicología se encierra en esta inclinaci6n, y convencerse de que la forma de la cabeza y de las facciones del individuo que se estudia estan llenas de analogías físicas y morales con el tipo de la comparaci6n.

Hemos conocido á un hombre cuyo rostro ha presentado en vida una gran semejanza con el carnero. Tenia sus inclinaciones, su docilidad, y aun nos atrevemos á asegurar, que sus simpatías. Débil y sin energía, dimos á este marinero el encargo de guardar estos cuadrúpedos á bordo: parecia que vivia con ellos como si fuera compañero suyo, los amaba, y cuando se mataba á alguno, sus ojos se inundaban en llanto. Este hombre ha sufrido por largo tiempo sin pensar que habia de llegar el término de su vida. Su agonía fué tranquila y llena de una estúpida indiferencia, sin dolores que le atormentasen; quedóse apaciblemente dormido, sin pasiones violentas, y sin deseos; no habia sabido amar ni aborrecer. El confesor no halló ningun pecado que absolver; pronunció los nombres de *Jesus, Maria y José* con una sencillez tan indiferente que lo mismo hubiera pronunciado los de Satanás y el Antecristo; en una palabra, muriera como cristiano si fuera tan hombre que pudiera elevar su inteligencia hasta el conocimiento de las ideas religiosas.

Semejantes observaciones solo se hacen en los hombres de la naturaleza. Los que con cráneos retrógrados sufren las exigencias de la civilizacion, ya no son buenos modelos para el estudio. Nada de esto se debe extrañar, puesto que los animales domésticos que modifican á nuestro lado las nativas costumbres de su instinto, experimentan nuestras pasiones y nuestras penas, y es probable que si se retirasen á los bosques por misantropía, los de su especie no los conocerian.

La semejanza de un hombre con un animal inferior es la primer llave de este laberinto profundo, llamado sicología humana y comparado á los misteriosos velos de la diosa Isis que iban rasgándose á medida que los iniciados iban caminando por la senda de la sabiduría. Los mas inspirados en vano la buscaban en la desnudez del Símbolo; cuando creian tocar á la esencia de las cosas, á la verdad pura, el último velo que la cubria ocultaba para siempre á la emblemática diosa del principio del universo.

Pero volviendo á los elementos mas sencillos de lo

que los modernos han llamado frenología (1), veamos las perfecciones plásticas de la antigua Grecia. Obsérvese que si sus dioses terrestres ó inferiores formulaban el símbolo del hombre inclinado á la forma animal, no era así cuando se elevaban á la representación de Júpiter ó de otro dios del primer orden. Véase entonces con que prodigioso arte han arrancado á la naturaleza el secreto de la verdad que está invariablemente unido al secreto de la hermosura. Para representar la cabeza clásica del rey de los dioses, del Criador de los mundos, de Júpiter, observan la razon de las cosas, esculpen un cerebro por el modelo humano, mas correcto y mas distante de los modelos inferiores; hacen mas todavía, le aumentan sobre la perfeccion humana, é inventan la frente mas que mortal y la olímpica ceja de Júpiter Stator.

Lo que los estatuarios olímpicos han hecho, llena de tal modo la idea de la perfeccion, que mucho tiempo despues de ellos, Rafael y Miguel Angel, en sus inmortales producciones, han tenido que confesarse discípulos suyos é imitarlos. No existen dos modos de hacer la belleza y la verdad. A una cabeza donde reinan los indicios de la fuerza moral y de la fuerza física, llámesela, ya Júpiter ya Jehová, siempre dirá lo mismo; hágase mas, atropéllense impunemente las leyes de la naturaleza, circúndese de nubes como en el Olimpo, ó suspéndase en el aire rodeado de arcángeles, como en el cuadro del juicio final, á uno ú otro de estos gloriosos historiadores, y se observará á la verdad y á la belleza, porque semejantes cabezas son superiores á la humanidad y solo pueden concebirse en el cielo.

Es evidente que el fauno ó el sátiro por una parte, y el Júpiter Olímpico por otra son los dos términos lejanos entre los cuales se colocan en razon ascendente

(1) Véase á F. J. Gall, *Sur les fonctions du cerveau et sur celles de chacune de ses parties*: Paris, 1825, en 8.º: á F. J. V. Broussais, *Cours de phrenologie*: Paris, 1836, en 8.º: á F. Lelut, *Qu'est-ce que la phrenologie*: Paris, 1836, en 8.º

(Nota del autor).

las configuraciones de la cabeza, segun las ideas morales, las inclinaciones y las pasiones que el artista griego queria reproducir. Verdaderamente estos han sido los primeros frenólogos del mundo, y nunca hemos pensado que los modernos puedan igualarlos ni menos oscurecerlos.

Por poco conocimiento que se tenga de la anatomía comparada, al recomponer una cabeza humana con todos los huesos que la pertenecen, es muy fácil deducir á un tipo inferior quitando á cada uno lo que tiene de mas, y dando á unos y á otros un giro, una estension y una direccion particular segun el tipo que se quiera imitar. Estas sustracciones solo contienen una mínima cantidad de materia huesosa, y sin embargo, la forma general de la cabeza se cambia y se inclina hácia el animal que se ha tomado por modelo. Las cavidades de la boca, de la nariz y de los ojos, la latitud y longitud del rostro, los diversos relieves de la fisonomía, se armonizan para comenzar la figura dudosa y lejana de un animal. En fin, el cráneo debe completar la metamorfosis, y si se ha operado bien, puede entonces hablar de los sentimientos y de las pasiones del hombre, cuya cabeza tenga cierta analogía con la que se ha fabricado.

Sin seguir tan difícil camino, un anatómico versado en el estudio del sistema nervioso puede decir, al hacer el análisis de un cráneo estrecho y aplastado, por qué ha tomado esa forma el cerebro, qué encierra, por qué esta protuberancia es mayor que esta otra; y en fin, si es frenólogo, hará la sicología completa del objeto en cuestion. Por el mismo medio puede construir una hermosa cabeza, un cráneo de nobles protuberancias, deduciendo la amplitud de la curva del cráneo del retrato de la cavidad de los sentidos que entonces queda olvidada y reducida en sus proporciones como para dejar un vasto campo al órgano del pensamiento: los griegos no eran anatómicos, y sin embargo, vése por sus obras de una tan alta significacion moral, que habian procedido como los frenólogos por el camino del análisis y de la síntesis. Habian adivinado hasta las mas complexas ideas de la sicología del hombre; nunca se encontrará en la

cabeza de una divinidad terrestre una frente vasta y un cráneo jupiteriano ; no, hubieran faltado entonces á la verdad. Un sátiro debia espresar la idea de la lujuria, y esto ¿cómo habia de espresarse con una cabeza de Júpiter? El sátiro tiene una frente estrecha y baja, una nuca grande y combada, un sistema maxilar ancho y movable, una nariz *ancha* con unas ventanas que aspiran lo que se escapa de la húmeda obscenidad de los lábios.

Si quisieran esplicar la fuerza física haciendo contraste con la fuerza moral, esculpirian una cabeza *ancha*, apartadas las cavidades oculares, con quijadas vigorosas, con señales fisionómicas muy pronunciadas, con una frente baja y ancha que tuviera á cada lado enormes protuberancias como marcando el sitio de la defensa del toro : Hércules Farnesio con su cabeza de rumiante y su cráneo comprimido en figura de planicie sobre el óvalo superior, no será nunca confundido con uno de los dioses del órden metafísico, con uno de los que reinan en el universo. Al verle estremecerse bajo su piel de mármol se concibe que en el convulsivo estado de sus músculos podria luchar con un leon, pero tambien al considerar la parvedad de las nobles protuberancias de su cabeza, ¿quién se asombrará al verle tomando por guia á un niño, ó al sorprenderle hilando á los pies de Onfalía?

Los griegos nos han dejado inimitables modelos en artes acerca de la plástica humana. Veáselos en la ejecucion de las naturalezas mistas, las que reunen la pureza del perfil con la del alma, y estúdiense la *Niobé* si se quiere comprender el origen de la frenología. Esta ciencia tiene su aspecto contemplativo aun mas de lo que se cree. Sin el éxtasis de los artistas griegos al contemplar las perfecciones de la naturaleza, ¿hubieran podido realizar el pensamiento de Venus y de Minerva? La belleza femenina solo en Grecia podia encontrar intérpretes tan fieles. La cabeza de la beldad constituye una reunion armónica en todas las partes que la componen; sin resaltos bruscos, sin chocantes desproporciones entre los diversos óvalos de esta esferoide: en ella todo

debe respirar la calma de las pasiones del instinto, la moderación de los deseos materiales, la suavidad de los perfumes de amor que exhala un seno vírgen, el delirio semi-divino de un beso desprendido de una purísima y aromada boca.

Los groseros sentidos del gusto y del olfato muy desarrollados se adaptan mas al instinto que al alma cuidadosa de la belleza moral: esta se bastaria á sí misma en su cerebro en el cual todos los centros particulares se balancean y equilibran como los astros en el azul del firmamento, si gustar y oler no fuera condicion indispensable de un ser que tiene contacto con el universo. Tambien en la Venus antigua y en la beldad griega, cuyo perfil ideal se encuentra á cada paso que se dá por este pais de grandes recuerdos, en vano se busca en los contornos laterales de la cabeza, las prominencias aisladas ó reunidas del cerebro que acompañan frecuentemente á las bocas enormes y á los grandes hoyos nasales del hombre material; no, la beldad de la forma excluye el atributo de la fuerza y de las pasiones indomables, y puesto que por la superficie exterior de un cerebro se traduce la sicologia de un ser cualquiera, no necesita una Venus la limpieza de la curva de la frente unida á la de los contornos laterales y despues que continúen y se perfilen sin esfuerzo con la del óvalo posterior de la cabeza.

Las cualidades afectivas del alma tienen su sitio en el óvalo superior, á lo menos así nos lo manifiesta la observacion comparada de las naturalezas dulces y bondadosas. Tres protuberancias hay que anuncian á la buena muger, á la excelente madre, y á la vírgen inundada en amor divino. Cuando este triángulo del ser femenino está bien dibujado, téngase seguridad de ver á la verdadera cabeza clásica del género. La primera de estas protuberancias, situada encima y á los lados, es la *maravillosidad*, facultad poética dotada de revelacion; ella embellece las cosas comunes de la vida y las muestra seductoras y gratas. La *maravillosidad* escitada por el sentido moral del amor, pinta al objeto amado como lo mas perfecto de todo, y adorna á los hijos con todos

los dones de la figura y del talento. El sentido de la *maravillosidad* conduce á lo ideal, á lo abstracto, al éxtasis y al romanticismo; es el contrapeso de las verdades amargas de la razon. La *maravillosidad* representa un papel algunas veces sublime en muchas agonías caracterizadas: ocasion tendremos de hablar de ello.

La segunda señal del cráneo, colocada en la línea del medio y algo encima de los confines de la frente, se llama *órgano de la benevolencia*. Dibujarla, es decir todos sus atributos; nadie ignora que donde hay una verdadera muger hay tambien piedad.

En fin, el tercer centro prominente en el cráneo de la antigua Niobé, es el de la *filogenitura*; y en verdad, en ninguna parte mejor que detrás de la nuca de la cabeza donde descansa la maciza trenza de cabellos negros se podia colocar esta protuberancia, para pintar á la desgraciada madre presa del implacable poder de Juno, cuyas lágrimas conjuran en vano la fatalidad que pesa sobre todos sus hijos.

Tal es la verdadera forma de la cabeza del ser femenino por excelencia. *Maravillosidad, benevolencia y amor* forman un triángulo en cuyo centro hay un alma, un espíritu místico, inseparable compañero del bien que sin cesar se agita dentro de los límites de esta trinidad moral.

Si nos hemos explicado bien, se habrá comprendido nuestro pensamiento, ya que nos hemos puesto á hablar de frenología, que en apariencia está fuera del asunto que tratamos, pero que consideramos como el solo medio de percibir el único punto luminoso de la sicología humana. ¡Cuántas veces junto al lecho de una muger agonizante hemos leído la historia entera de su vida al ver el sello impreso en un punto de su cráneo! Una protuberancia es mil veces por una el secreto de una irresistible vocacion. ¿No es la sola fuerza de un centro imperioso de voluntad moral la que hace que una madre se adhiera á la suerte de sus hijos sucumbiendo víctima de los sacrificios dolorosos que destruyen su existencia? Lo que la conmueve y preocupa á su última hora no es su muerte, es la vida de los suyos, de aquellos por quienes



ha vivido llena de amor y de abnegacion. Y la jóven que se dedica á aliviar los dolores de los enfermos, que nunca ha conocido otro deleite, y que toma el velo con tanto fanatismo como la loca por amor, ¿no tiene el esquisito sentimiento de la *maravillosidad* que le demuestra á la compasion tan radiante como la estrella que brilla en los cielos? Y cuando esta sublime facultad se aparta de su noble objeto, cuando se agota en cosas vagas y engañosoras, ¿quién será capaz de describir las innumerables aberraciones que enjendra? Bajo el imperio único de este tirano del pensamiento, sin una tendencia material bien demostrada, ¿no es tambien la *maravillosidad* la que impele á un jóven, á una muger, á las quimeras de un falso amor que desgasta su virtud con las corrosivas lecturas del misticismo ó del impúdico y descabellado romanticismo? Pero no olvidemos que la heldad femenina, espresada con la mayor sublimidad en *Maria* la madre de Cristo, es una naturaleza que se confunde en medio de las puras creaciones de su alma. Los seres de ambos sexos que no disfrutan en el curso de su vida de la parte comun y bestial de la humanidad son escesivamente raros, y si á los ojos de los que los aman con amor ó con instinto, esta parte les parece muy pequeña comparada con las otras, es porque no la ven sino por el lado mas perceptible de sus principales virtudes. Es muy raro que un alma habite siempre en las regiones superiores; tarde ó temprano la humanidad se reviste de su poder, y el alma descende de su éther y asiste á todos los detalles de nuestras mundanas miserias.

Sin embargo, en medio de los varios intereses que agitan á la existencia en las relaciones de familia y de comunidad, en medio de las poderosas atracciones de la sociedad, observéanse bien los diversos modos de pensar y de obrar. Unos experimentan el sentimiento del odio hasta el sacrilegio de desear el infierno para un enemigo de quien se han vengado dándole la muerte; otros, por medios vergonzosos, se apresuran á buscar un metal cuyo brillo disminuye á sus ojos el del sol; este quisiera contar las horas por el número de sus prostituciones, aquel con-

suma el mal porque no tiene la menor idea del bien; hay actos que niegan la existencia del alma, y que no tienen ni el instinto amigable del bruto. Todas estas inteligencias monómanas del mal existen en la naturaleza, y solo viven conforme al punto del cerebro á donde su alma ha descendido, como un hombre génio del bien vive conforme á un punto superior y especial de este órgano.

Los poetas, como Homero y el Dante, los grandes escultores de la Grecia y de la Italia, los Mozart, los Bellini, y la innumerable comitiva de los que han profesado el culto de su pensamiento, son por lo tocante á los que sufren la tiranía de las bajas pasiones lo que es el espíritu á la materia. A la vista de tales modelos preguntase si son espíritus puros, si son sus almas las que hablan todavía en los museos, en sus poesías, en los conciertos; si los otros son verdaderas creaciones humanas ó bien cuerpos en donde ha tomado carne un espíritu inferior, una especie de mónada (1) brutal arrojada en medio del torbellino de la humanidad.

Para que la frenología tenga alguna apariencia de verdad, para que en suma llegue á la altura de todas las ciencias especulativas, y que marche por interpretacion lógica de la causa al efecto, es necesario que el órgano incitador de estas facultades sublimes ó innobles sea representado en la superficie del órgano, que, como ya hemos dicho, demuestra toda la sicologia de un hombre, pero nuestras intenciones están lejos de igualarse á nuestras facultades; la impenetrabilidad del alma solo se trasluce en algunos puntos esparcidos en su velo, es decir, en el cerebro, y aun ese resplandor que arroja, solo se observa en los puntos culminantes y mas fulgentes de su dominio, en aquellos á quienes su llama aviva á costa de los otros, en aquellos que hacen al hombre moral, ó muy hermoso, ó infinitamente feo, que la elevan al cielo ó la clavan en la roca de Prometeo.

(1) Llámase mónada, segun el sistema leibnitziano, el ente simple y sin partes de que se componen los demás entes ó sustancias, y es derivado de la palabra griega *monos*.

(Nota de los traductores.)

El cerebro de la mayor parte de los hombres, para quienes la vida es una usura, una absorcion de las cosas terrestres, que han retenido en su memoria los nombres del cielo, alma y Dios, que los honran sin meditar en ellos, que la fé sencilla los hace buenos cristianos, verdaderos creyentes, puros protestantes, estos son la grey humana de nuestra especie, tienen el cerebro cortado por el patron mas vulgar, y llegan á la muerte sin haber pensado una vez siquiera en la miseria ó en el derecho del que los conduce. Nada tienen en la cabeza, ó por mejor decir, sin duda ninguna poseen las protuberancias que anuncian un alma que no piensa, que, como decia Platon, es una planicie en esencia y en materia.

De modo que el cerebro es la miniatura del hombre completo, es el *homúnculo* del alquimista; en fin, él es el que come y bebe, habla ó canta, duerme ó vela, es el que está sereno ó apasionado, el que es deista ó ateo, el que vive y el que muere. Si él ordena todos los actos de la vida, es porque tiene la conciencia que los dirige. Ciertamente, cuando un asesino mata á un hombre, ó cuando Rossini compone un *Requiem*, nadie dice que la mano que dirige el puñal comete un asesinato, ni el dedo que oprime un teclado inventa una melodía. El *homúnculo* cerebral es la mónada hecho carne, las protuberancias son sus medios de contacto con los gustos y las tendencias de la esfera que ha ocupado en las regiones del infinito. Esta region ya estaba en los confines del cielo, ya se la dió el nombre de tierra, esa es la diferencia que existe entre un Platon y la humanidad vulgar. ¿Pero qué tiene que ver Platon con una narracion frenológica? Apresurémonos á responder.

Hay hombres cuya alma cae, y permítasenos esta expresion, sobre la universalidad de las otras, cuyos pensamientos ó sistemas, lanzados fuera de las clases inferiores, no pueden tener curso ni valor sino para los que pueden colocarse en el mismo punto de vista; y se encuentran pocos de estos hombres que han tenido alas tan vigorosas que los han seguido en el dominio de lo increado.

— Empero, obsérvese que sus doctrinas, mientras están

á la altura de las verdades de hecho y de razon, son aclamadas por todos, pero en el mismo instante en que su génio tiende su vuelo hácia el cielo, cesan las aclamaciones, desesperan de poderlas seguir y entonces el orgullo humano, encadenado en la tierra, los llama filósofos y visionarios. Ellos no tienen la culpa de ver mas que todo el mundo, y si alguna cosa debe arrancarnos de una injusta prevención, es sin disputa el punto de su partida donde todo lo que han manifestado ha sido reconocido por bueno y útil para la conciencia y la razon. Por lo demás, el espíritu de los siglos ha sentenciado su causa en su favor acerca de lo mas metafísico que han proclamado; es á saber, la existencia de un Dios, y en vano han querido otras capacidades, mejor organizadas para esplicar la materia, sustituir á las revelaciones de esta dulce y consoladora teoría el dogma material del ateísmo.

Todos los esfuerzos de los grandes génios del materialismo, probados algunas veces en medio de la desesperacion de las pasiones ambiciosas, no han podido hacer que se olvide la mas alta vision de Sócrates á la hora de su agonía: hay un solo Dios, el alma es inmortal. Digno es de observarse que cada siglo produce algunos de estos cerebros organizados para engendrar obras que en nada se parecen á las de sus semejantes; creése que estas altas inteligencias han vivido anteriormente bajo otras cubiertas cuyos nombres no son bien conocidos por sus ideas; que han vuelto á morar entre nosotros para continuar su duracion terrestre en las mismas aspiraciones de su primitiva existencia. Estas son individualidades poderosas y egoistas que nada piden á los hombres de su época, que solo quieren del presente los medios sustanciales de la vida orgánica, que solo viven en su pensamiento, que absorven en sus inmensas peregrinaciones la tierra y el cielo, y que mueren á su modo, legando á todos el solo y único bien que han hecho en el mundo, que ha sido aumentar una página mas en la Biblia del cielo.

Estos hombres, estos semi-dioses, estos gigantes, cuando no se les olvida, son frecuentemente desprecia-

dos y escarnecidos por la turba de enanos que los han derrumbado de su alteza. Han derribado la encina, cortándola por el pie, y se han creído tan altos como ella porque se sientan sobre su tronco y pisan su ramaje. Empero la hora señalada para recoger el bien que han hecho se oye dar en el reloj del tiempo, y la humanidad se vuelve hácia ellos con confianza y los implora en su desventura; cree, suplica y entonces ninguno de sus bienhechores igualó en sabiduría á aquel que la profetizó un Dios y otra vida. Bien se deja conocer que la frenología mecánica, la que pretende conseguir el conocimiento moral de un hombre por las protuberancias de su cráneo, es impotente con semejantes individualidades si quiere investigarlas con los recursos comunes. Un alma superior, como no haya tenido tiempo y circunstancias para producirse, puede vivir tranquila y sin darse á conocer sino por casualidad y cuando un choque imprevisto la saca de su sueño. Seria una necesidad el pretender que un aldeano que vive en los bosques interpretase lo absoluto porque lleva en su cabeza el sello de la revelacion. No obstante, nótese que con un cráneo de sublimes protuberancias siempre existe una facultad que se inclina al génio; la solucion de este enigma reside en el objeto por crear; hallado este, cesa el misterio.

Tampoco decimos que un ser será metafísico é inspirado como lo fueron Moisés, Sócrates, Platon y tantos padres de la Iglesia porque tenga un cráneo organizado *ad hoc*: eso seria materializar demasiado lo que no puede serlo, y además, las almas verdaderamente superiores no son creaciones que se pueden conocer como las que se observan en las cabezas inferiores y medianas. Todo lo mas que se puede suponer es una inclinacion etérea, una aspiracion celestial en aquel cuya estructura de cabeza parece haber llegado como por un esfuerzo de *vis natura* á perfeccionar el óvalo superior del cráneo y el punto culminante donde está colocado el amor divino ó centro metafísico.

Tambien puede suceder que no se llegue al pináculo del género y que se tenga en el cerebro alguna cosa que

hable en favor de esta facultad. Casi todos los hombres tienen que ver con esto, todos son mas ó menos religiosos ó creyentes empezando por la fé sencilla y concluyendo por la revelacion. El sentido metafísico es el géneo, y cualquiera que sea el género en que se ejecute, no por eso sus obras dejan de ser un soláz del alma con Dios.

Desciéndase al vulgo de la sociedad, examinéense los cráneos dotados de esta protuberancia que se eleva mas ó menos al punto redondo de la cabeza, y véanse los detalles de la vida de aquellos que tengan esta organizacion: sorprendentes son en extremo los descubrimientos que se han hecho, y recitaremos el mas sencillo. A una jóven que murió ciega á los veinticuatro años ignorando las agitaciones de la vida, y no sabiendo mas que rezar, la preguntamos algunos dias antes de su muerte, en qué pasaba el tiempo.—«En qué lo paso? respondió: en rezar el padre nuestro. Cuando mi alma dice: *Padre nuestro que estás en los cielos...* aquí se detuvo para pensar mejor en lo que iba á decir. Hay cosas tan grandes en estas pocas palabras *Padre nuestro que estás en los cielos...*! Esta jóven tenia en el mas alto grado esta protuberancia que nuestras propias convicciones apoyadas en pruebas irrecusables nos autorizan á llamar órgano ó sitio de la revelacion. Puesto que hemos expresado la palabra, justo es que completemos la idea. El hecho revelador en la pluma del ateo ha falsificado de tal modo la opinion que se debe tener, que puede extrañarse el encontrarle en primer lugar en un relato frenológico. Sin embargo, no hay cosa mas lógica ni mas natural. La revelacion no es una facultad única cuyos atributos estén circunscritos al triángulo místico de la fé cristiana. La inteligencia alimentada con las verdades de la naturaleza y que un dulcísimo éxtasis la arroba para contemplar desde mas cerca los esplendores del cielo, está ya puesta en el camino de la revelacion.

Del pasado puédesse apostatar, pero nadie negará que todos los pastores de almas, los que han unido á los hombres á una fé comun por la fuerza de su pensamiento, se han llamado inspirados de Dios. Verdaderas

ó falsas sus revelaciones siempre han sido provechosas para los que las han admitido. Obsérvese que no puede haber una religion que no sea mística, y es cosa singular que no se haya inventado nada duradero sin la revelacion de lo increado. Desde los tiempos en que Brahma tuvo un culto, hasta nuestros dias, han aparecido inteligencias predestinadas que han tenido por mision en la tierra ver en el cielo lo que otros antes que ellos habian encontrado, hacerlo saber á sus semejantes y corroborar la tradicion de las ideas sacramentales. El Deismo es tan antiguo como el mundo, nació con él, ó por mejor decir, la humanidad, al crecer, desarrolló esta idea y la confió á la tradicion. El símbolo de la trinidad ya se encuentra honrado en la India, en esta antigua cuna de la civilizacion de los pueblos. Champollion la ha encontrado bajo la forma plástica de una cruz de tres brazos en los templos antiguos y en los subterráneos del Egipto.

Cuando el catolicismo edificó su iglesia sobre los mutilados despojos de la mitología, se reservó el triángulo que era el símbolo de los tres grandes poderes del universo.

Esta es la idea principal; despues hay otras que pueblan el olimpo ó el cielo, el aire y el firmamento, que cabezas bien organizadas nos han enseñado con confianza y buena fé. En el reino de las cosas metafísicas los unos han visto mas que los otros; los siete sábios de la Grecia, por ejemplo, (y podriamos contar un número mucho mayor) se han aprovechado de las doctrinas tradicionales que, á pesar suyo, se dirigian á las verdades puras del cristianismo y que no podian brillar en todo su esplendor en un Olimpo poblado de divinidades de piedra. Sócrates y Platon, estos eternos pontífices de la religion revelada, han comerciado con el cielo como lo hizo en otro tiempo Moisés en el monte Sinai para lograr la emancipacion del mundo. ¿Quién ignora lo que ellos han hecho? En el fondo siempre es el mismo el pensamiento de los sábios de todos los tiempos y de todos los lugares, pero mas claro, mejor definido, como que es emanado de la mas elevada esfera del cielo y está filtrado á través de las estrellas.

Los hombres á quienes una fuerza imperiosa ha impulsado á la investigacion de las causas primitivas, están fuera de la humanidad comun y para concederles un supremo dominio sobre todos sus semejantes, no debemos tener en cuenta las innumerables divagaciones de su pensamiento incandescente; basta á su gloria el haber demostrado una nueva verdad que es un bien para la humanidad. Estos hombres con revelacion, son como los primeros viajeros á las tierras australes, que á su regreso contaron cosas estrañas que habian observado en sus viajes y que fueron tenidos por visionarios hasta que otros viajeros rectificaron sus primeras impresiones. En el mundo metafísico hay todavía mas creaciones y leyes coordinadoras que en el mundo material. Creemos firmemente mas que los grandes promotores de las ideas nuevas acerca de Dios y de la creacion del mundo, de los átomos y los mónadas, del imperio de los elementos y la armonía pre-establecida, que hay en todos estos sistemas profesados con candor por unos hombres á los cuales no se disputará una gran superioridad intelectual, un pensamiento vírgen, el que liga á la tierra con el cielo, al hombre con la eternidad.

Empero sin discutir acerca del modo individual de concebir á Dios y su contacto con el hombre, establecemos en principio que para elevarse á la altura de esas ideas esplicadas con tanta diversidad por los que las perciben, es necesario tener un alma llamada superior por oposicion á la que hemos dado el nombre de inferior. La presuncion mas favorable para hacerla suponer *á priori* en un individuo, además de una forma particular de cabeza, es la divina protuberancia que se advierte en el cráneo de San Bruno, que nos ofrece el tipo mas digno de observacion. A la hora de un gran peligro, de la agonía y de la muerte, el sentido revelador brilla con toda su claridad; entonces el pensamiento traspasa los límites del espacio y evoca unas circunstancias que llenan de espanto y de duda á aquellos mismos que están acostumbrados á reconocer solamente la realidad de las cosas.

Las inteligencias dignas, en verdad, del mando, á la



hora de una batalla decisiva se iluminan con el fulgor de una vida mística y juzgan por lo que se llama presentimiento, de la suerte de un ejército y profetizan la victoria ó la derrota. Cuando nos encontramos en una posicion crítica la súbita revelacion constituye casi únicamente el carácter del verdadero hombre grande. Fuera de esto, el génio desciende á la altura del pensamiento comun.

En la íntima comunion de dos almas, parece haber existido en ellas en todos tiempos, aun antes de haber estado en el mundo, y con mucha mas razon en el que habitarán despues de la muerte, una causa de simpatía y de atraccion que desprecia, á pesar de todos los obstáculos, la distancia de lugar y de tiempo. ¿Quién no se ha conmovido de un suceso pasado á cien leguas de su residencia que ha amenazado la vida de un amigo, de un hijo adorado ó de una muger idolatrada?

En las condiciones mas comunes de la sociedad pasan estos fenómenos, que la escéptica realidad llama ridiculos y calumniadores, pero que la buena fé de los interesados persiste mirándolos como avisos del cielo. Hemos visto á grandes talentos usar toda su ciencia contra esas voces interiores, ecos inesplicables de los acentos celestiales, y en medio de la tempestad y del naufragio, pusilánimes y temerosos de la muerte implorar á la Madre de los ángeles y protectora de los marinos con mas devocion que el pobre marinero. No, no es el miedo el que eleva al alma al cielo durante el terror de las grandes epidemias, es la aparicion del pensamiento de las emociones reveladoras de otra vida y de una suerte digna de ella. Solo en medio de las terribles escenas de muerte y estrago aparecen los Hachette y las Juanas d'Arc: fuera de esto, los inspirados del cielo son para los cobardes humanos, débiles mugeres ó engañadores dignos de la hoguera.

En fin, lo que lanza sobre la agonía y la muerte un rayo de gloria y de bienaventuranza, es el alma inmortal que Dios ha puesto en nosotros. ¡Desgraciado el que muere sin revelacion ó sin la fé que tienen las inteligencias mezquinas! Podrá haber sido hombre á los ojos de la naturaleza, pero cesa de serlo cuando para otros comienza el verdadero papel de la humanidad.

De forma que para especializar el modo de acción del sentido revelador, puede establecerse en principio que su preponderancia mayor ó menor sobre los otros centros puede vaticinar el género de agonía y de muerte de aquel que de ella está dotado. Sea cual fuere el género de instrucción del que posea su mas alto grado significativo, espere siempre un fin solemne y santo.

Sin embargo, no se crea que este órgano olvidado por largo tiempo puede improvisar una muerte como la de un Vicente de Paul ó un San Bruno: no, esta no es nuestra opinion; ya lo hemos dicho en otra parte, el alma, durante la vida, trabaja en formar su género de muerte; pero si se desvía de su objeto por ignorancia ó inercia, ó bien por el cambio de un culto material, no es imposible que no aparezca el sentido de la revelación á la hora de la muerte. Por otra parte, los sacerdotes y los médicos dicen que al fin de la vida hay muy pocos atéos; entonces un completo D. Juan (1) admite la dependencia de una causa suprema.

En general, el hombre de sentido revelador por excelencia nace bueno y amoroso; el espectáculo de la naturaleza le encanta cuando niño y le sumerge en una inquietud dulce y reveladora. Escucha y comprende con una inteligencia superior á su edad todo lo que se le dice de la omnipotencia de Dios. En un palacio, lo mismo que en una cabaña, este niño es *ondulante* y *diverso*.

En él llevá el germen del culto del universo, su madre y sus maestros le inician sin trabajo en las formas de lo que debe á su religion y á su Dios. La muerte le espanta, y sino es así, parece que ha recibido, mientras rezaba á la cabecera de un agonizante, la revelación de los secretos de la otra vida. Pasado tiempo, hállase fuerte en medio de su debilidad, y la historia de los

(1) Alude al D. Juan de lord Byron, tipo completo de libertinaje, irreligion y desenfreno: el nombre de D. Juan ha quedado consignado por el uso, como resumen de todos los vicios y desarreglos humanos.

buenos hijos de Dios muertos á la edad de diez años, prueba mil veces por una que el alma ignorante de las cosas del mundo está menos aficionada á la carne que la del anciano, y los lazos que la unen al cuerpo se rompen casi sin conocerlo: está lleno de supersticiones nobles y piadosas: conserva en su corazón á la Virgen inmaculada, como un amor que siente, cuyo objeto ignora; nunca será un gran talento, solo si en las circunstancias críticas en que el hombre es alguna cosa por la fuerza del alma.

Cuando llegue á ser hombre, siempre será lo mismo con sus padres y sus superiores. Ya se ordene, ya ciña la espada llevará á todas partes el sentimiento noble y religioso de sus deberes, el respeto y la rectitud que debe al culto de sí mismo. Será digno del mando porque siempre ha sabido obedecer. En los graves acontecimientos de su vida, estará sereno y resignado á todos los riesgos posibles. Deja á los hombres y á las cosas que obren como está predestinado, y cuando llega el momento de tomar un partido se le vé decidirse súbitamente y como inspirado. Sus gefes le llaman un digno servidor, un soldado sin miedo y sin tacha. Para todos es el tipo del hombre honrado. Si se vé engañado con frecuencia por la amistad ó por el amor, acusa solamente de ello á la fragilidad de la naturaleza humana.

Sin embargo, á la edad civil ya se le encuentra desengañado de la materialidad de los actos, que tambien se llama, ambicion, honor, valor y fortuna: su abnegacion se inclina al misticismo, un dia cesa en la vida agitada y se retira á vivir solitario en el abandonado castillo de sus padres. El hombre se vuelve niño, pero en vez de elevarse por la contemplacion de la naturaleza á la grandeza infinita de Dios, esplica la armonía de los elementos del globo por los indicios celestiales. Es cristiano del mismo modo que es habitante de una provincia; él á nada condena; no es devoto, la verdadera devocion es el fanatismo que se tiene por un culto; practica su religion apartándose mucho de las fórmulas terrestres, porque las de su culto las ha aprendido en otro mundo y en otro santuario que los de nuestras iglesias.

Un día asistí á la agonía de esas inteligencias excepcionales, siempre contemplativas, desde que nacen hasta que mueren. Conocí al hombre moral con mirarle solamente la cabeza. Me recibió como una necesidad indispensable en aquel momento: me habló de su enfermedad como de la cosa que menos importaba; yo le consolé, según costumbre, y le dije que confiase, que ya volvería á la salud.—«La salud, me dijo, no la esperó, os doy gracias por las esperanzas que quereis que conciba; vuestras palabras son el bálsamo del moribundo que desea vivir, pero yo no tengo mas esperanza que morir mañana á las diez. La hora ha dado aquí.» Y al pronunciar esta última palabra colocó gravemente su dedo índice en lo más alto de la cabeza, donde las figuras de los santos se presentan con la lengua de fuego, emblema del Espíritu Santo que los inflamó durante su vida. Cuando hice mi visita por la tarde, le pregunté si padecía.—Sí, dijo, algo en el pecho, pero nada en la cabeza; allí vivo con tanta quietud como si estuviera en los hermosos días de mi infancia. Al día siguiente le fuí á ver muy temprano.—¿Cómo habeis pasado la noche?—Muy mal, doctor.—Quizá una crisis....—Sí, una crisis que sin duda ninguna durará mucho tiempo para vos que sois jóven y que solo por la historia sabeis los terribles resultados de las revoluciones. Yo sé dónde estaré dentro de cinco horas; pero ¿dónde estará la Francia dentro de quince días? Mi enfermo cumplió su palabra. Al dar las diez en su reloj, se colocó en su lecho con la mayor comodidad posible, se durmió, y no se despertó.

Quince días despues de esta muerte, de todos ignorada, la Francia reclamaba por sí sola sus laureles de Arjel, derribaba un trono y comenzaba la prueba de otra dinastía.

En efecto, el sentido de la revelacion se aplica á todas las cosas grandes y fenomenales, despues un género de educacion especial le prepara á sus misteriosas funciones; en fin, en otro lado veremos que ciertas enfermedades le desarrollan y engrandecen su dominio. No debemos olvidar que el sugeto, cuya agonía hemos

dibujado, pertenecía á una familia noble y emigrada, que habia nacido con el sentido del amor divino, que era devoto á su modo; en fin, que no concebía la existencia del trono sino bajo el vocablo de San Luis y la custodia del Espíritu Santo.

A decir verdad, el órgano de la revelacion es el del amor puro, el asilo del alma superior que se refugia en él cuando la salud del cuerpo ó bien su próximo fin, exigen que reconcentre su poder ó sus fuerzas para uno ó para otro caso. En la agonía del cólera que la sangre está fija, hemos visto á enfermos agonizando, dotados del sentido en cuestion, recogidos en sí mismos, experimentar la vision del cielo, alegrarse al conocer que iban á morir, y escuchar sin conmoverse todo lo que se hablaba al rededor de su lecho, y oír el ruido de los carpinteros que estaban haciendo su ataud.

En general, los que tienen esta protuberancia mueren en el espíritu de su culto, con tal que la educacion y sobre todo la imitacion de buenos ejemplos hayan fortificado la funcion del órgano. La ciencia misma es mas funesta que útil para la evolucion del pensamiento considerado bajo este aspecto, y con mayor razon si es subversiva del Deismo.

Juana Hachette y Juana d'Arc eran muy pobres de espíritu y tuvieron la revelacion de una vida que hubiera ilustrado á un capitan, y de una muerte que hubiera edificado á un santo.

Recordamos la muerte de un pobre aldeano, devoto hasta el éxtasis, y que deseaba viajar por la Jerusalem celeste, de la cual habia oido hablar en un sermon predicado por un famoso orador. En su agonía, que fué la de un santo, habló de Jerusalem, ciudad de Dios... como un inspirado ¿no es verdad? se me dirá. No: pero mejor que tantos de nuestros sublimes poetas que se calientan al sol de las grandezas terrestres, que hacen versos por complacer á los poderosos, y que como el aldeano de que hablo, nunca tuvieron una verdadera inspiracion del cielo.

Dando á este centro una significacion menos metafísica, confundiéndole con el del amor puro, de esta as-

piracion que sin cesar dirige la tierra al cielo, y que puede variar sus polos segun las variaciones magnéticas de las circunstancias, de los tiempos y de los lugares, hemos acomodado el sistema, ó mejor dicho, hemos rebajado el principio para esplicar las escepciones.

En efecto, segun el alma de un poeta ó de un artista recibe las leyes de su siglo, así es espíritu ó materia. El verdadero genio es el símbolo del alma libre; recoje en la tierra y en los cálices de sus mil flores la miel de sus armonías, y vuela á los cielos para componerlas en toda la libertad del espacio. Las instituciones falsifican el mas noble sentido de la humanidad, hasta que al fin los hombres, en el acto que da la vida, quedan impotentes y no pueden trasmitirla. Por eso el exceso de la civilizacion, que no es otra cosa que el triunfo de las verdades de hecho y de razon, y que excluye envileciendo las del sentimiento íntimo y las de la revelacion, toca mas próximamente á la propension, á la degeneracion de la especie humana, que el salvaje que cree y cuya sangre, vírgen desde épocas seculares, viene á renovar á aquel á quien han corrompido las ciencias y las artes.

Por dos veces en 1814 y 1815 la Francia y toda la Europa civilizada se han rozado fatalmente con la fusion de un pueblo viejo y un pueblo nuevo, y nos atrevemos á decirlo porque somos muy supersticiosos..... ¡Dios nos guarde de otro contacto con los pueblos del Norte! La profecía del citado enfermo de 1830, resuena sin cesar en nuestros oidos.

Si el alma superior habita en el centro orgánico de la revelacion, del amor puro, déjase concebir que tiene á los demás bajo su dependencia, en este sentido que resplandece sobre ellos, como el sol que ilumina y colora á la vez todos los objetos del universo. Sin el *quid divum* de toda creacion humana no existe una sombra de genio. Moisés, Homero, Dante, Alfieri, Goëthe y Byron, todos estos orgullosos cantores de la naturaleza divina del hombre, dependian todos de este primer centro orgánico del cerebro; lo que en ellos se llamaba orgullo del genio era solamente una irresistible aspiracion

hacia el cielo. En lugar de vivir tranquilos en medio del coro de los ángeles, como el emperador Alejandro en los últimos años de su vida, se han complacido en desgranar todas las perlas del océano del mundo, en reunir las y acomodarlas como para fabricar los joyeles de su corona en la tierra. Si, estos reyes del pensamiento fueron instituidos tales por el culto que no cesaron de tributar á este punto de su cerebro que anidaba un alma verdaderamente superior.

Todos estos monómanos de gloria y de reputacion mueren como han vivido, los ojos fijos en la inconstante diosa, y mas cuidadosos del nombre que dejaban en la tierra que del gran problema de la inmortalidad que iban á resolver. Además se ha observado generalmente, que las poderosas inteligencias, las que han fundado un imperio duradero en el corazon de los hombres con obras dignas del aprecio de la posteridad, mueren sumidas en el delirio de un noble orgullo: sin temor y sin flaqueza responderian á un pobre sacerdote que á su aspecto se atreviera á dudar de la infinita misericordia de Dios, *Etiam si omnes sed ego.*

Pero tratando de la naturaleza del hombre que muere como Goëthe delirando con las glorias mortales, no es la obra épica la que ennoblece estos sublimes caracteres, sino el alma grande, como el mundo, del que ha pulsado la lira. El verdadero monómano de una poderosa facultad del cerebro, es el que no vive ni piensa sino por un punto iluminado del órgano: fuera de esto, es un hombre comun sobre todo cuando se humilla á los pies de un poderoso de la tierra y acorta su vida de un modo ó de otro.

Puede suceder que por un *incienso* venal se conquiste una posicion que nos proporcione cortesanos y aduladores, y á pesar de esto morir vulgar y cobardemente. Con esta última escepcion hemos demostrado las pocas agonías del género épico. En el dia no puede haber poetas como el Dante.

Quando el sentido de la revelacion se agota cantando las glorias y las pompas de la tierra, la esfera de las ideas concernientes unas á otras, se agita aun en la ca-

beza de los que agonizan: su alma vuela con ella y da testimonio hasta del último suspiro de la inmensa vitalidad de esta facultad semi-divina... porque en efecto muere la última, así como el pensamiento fijo de un demente. El pobre y sublime Mozart en su lecho de muerte se inspiraba á sí mismo un *requiem*: podriase decir que se habia reservado esta tarea para la hora en que podia ver claramente la nada de las cosas. Viérase entonces la sombría armonía de la tranquilidad eterna desbordar por sus ojos, sus movimientos y por la agitación de todo su cuerpo: marcaba la medida: fijaba los puntos del *órgano*, y cuando llegó al punto de partida exhaló el último suspiro, inflando su boca y procurando dejar escrito el ruido arrebatador de los trombones.

Los grandes poetas, los músicos célebres, los sublimes artistas, todos los que sienten por largo tiempo la llama del genio, que vivieron toda su vida monómanos de un pensamiento de gloria, que sufrieron el despotismo de un órgano cerebral predestinado á las revelaciones exaltadas, mueren todos con el profundo pesar de no haber acabado la obra de perfeccion que estaba en ellos mismos, y que no han podido dar á conocer como la habian concebido en el volcan de su alma. Parece en efecto que la parte mejor de su obra ha quedado unida con el principio inmortal de su ser. La idea de no haber dado la vida á la mejor parte de sí mismos ha sido y es todavía el mas cruel remordimiento de su agonía. Y en efecto, la perfeccion no existe en el mundo, y si alguna cosa puede probarlo es el sentimiento de lo imperfecto que atormenta al mártir del genio á la hora en que el tiempo va á faltar para siempre á la creacion de su prodigio. Los grandes artistas, cuya idea está en la forma, son aquellos que estan mas atormentados por la inestabilidad de la vida: la dejan con pesar, con desesperacion, como si en su inmenso orgullo hubieran solamente pretendido alcanzar la inmortalidad en la tierra. Se separan descontentos de todo lo que han amado en este suelo, porque su pensamiento siempre se ha retrasado en las bellezas del universo, sin conocer que podian existir otras en las regiones metafísicas: este es



todo el secreto de su lamentable agonía. ¡Cosa estraña y sin embargo verdadera! la inanidad de las cosas perecederas solo es conocida por aquellos que las tributaron un culto absoluto y fanático, y sus mas bellas obras solo se les aparecen como si fuera una carta de visita que con gran trabajo y paciencia han estado escribiendo para la posteridad. No hay uno solo de esos seres que á la hora de la agonía no lance una mirada desmayada sobre el objeto de las mas copiosas emociones, que no reniegue de su orgullo y de tanta dosis de inspiracion que les demuestra bajo su verdadero punto de vista la mentira y la nada de las cosas que adquiere el alma de estos moribundos en proporcion de la vulgaridad de nuestra especie.

Pero esta inspiracion del alma, este deleite con el cielo ó con el porvenir de este universo que con tanta frecuencia se manifiesta con pruebas tan palpables durante ciertas agonías ¿no puede ser un estado frecuente y aun habitual para ciertas organizaciones que la frenofilosofía ha definido? Los ejemplos de este estado excepcional de un cerebro de especiales protuberancias no son raros: constituye, segun unos, un género de enagenacion mental (1); segun otros, la cuestion no es tan insoluble cuando se examina de buena fé para no poder resolverla por la dialectica de las palabras aplicadas á las funciones del entendimiento humano. Pero aquí nuestro trabajo no es el de un filósofo: si reconocemos la existencia de un sentido revelador, órgano del genio y del amor puro, ¿no podemos concebirle mas desarrollado en un individuo, teniendo conexión ciertas tendencias de educacion, de sexo y de localidad, y atribuyéndole la percepcion de lo increado, facultad tan rara que la estrecha filosofía de las escuelas, no pudiendo explicarla, la ha desaprobado escluyéndola del dominio de la razon?

(1) Esquirol: *Des maladies mentales*. Paris, 1836, dos tomos en octavo.

Y sin embargo, cuando se posee un alma genio, ella misma se coloca en el universo ó en el cielo. Toda la diferencia entre Miguel Angel y Santa Teresa, consiste en el giro de las aspiraciones de estas dos naturalezas; la una buscaba en su derredor las ilusiones que llenaban su paleta con los sombríos colores del juicio final; la otra mas expansiva podia, aislándose del universo, elevarse hasta una comunión íntima entre ella y su criador.

No se pregunte nunca al genio cuál es su origen, sino véase si lo que produce es bello y bueno: todos los que han tenido visiones celestiales no han dicho nada contrario á la felicidad y á la dignidad del hombre. Cuando el alma aspira realmente á las regiones del infinito es muy notable observar como concuerda con la prueba frenológica. Con los niños y con los moribundos hemos adquirido la certidumbre que las afinidades del alma por lo inmutable, lo eterno y lo divino, son facultades innatas; sin esto ¿cómo explicar la inteligencia del cielo y una buena muerte en el seminarista de diez años que nada entiende de las cosas de la naturaleza, y en el moribundo de cincuenta años cuya alma ha perdido la memoria del universo? No se diga que las imágenes exteriores hieren nuestros sentidos y proporcionan la materia de nuestras sensaciones: este principio de ideología puede muy bien aplicarse á las almas medianas ó inferiores, pero otras leyes rigen á las de que hablamos ahora. Las unas dicen *yo universo y Dios*; las otras, y son muy raras, dicen *yo Dios y universo*.

La frenología nos ha dicho ya por qué estas últimas inteligencias comprenden mejor lo infinito que la necesidad del mundo. En estas, la vista del cielo, alguna partícula divina que llevan consigo y que Platon llamaba ya afinidad del alma para todo lo que es inmortal é inmutable, despierta la sensación metafísica con una intensidad que para otras que esten en el mismo caso es vaga é indeterminada. No es culpa de los *visionarios* que siendo Dios el principio de toda la sabiduría y de toda la verdad, hayan construido por efecto de la potestad de su alma, una ciencia que los ha elevado, co-

mo por una escala de Jacob , hasta el trono de la verdad pura y de la ciencia eterna.

Ahora bien , si Dios para ciertos cerebros predestinados es un objeto como otro cualquiera , ¿ por qué hemos de hacer un insulto al que le imagina mejor que nosotros ? Nótese que no es dar vueltas por un círculo vicioso ; es intentar sujetar la inteligencia que en un género de afeccion se eleva hasta lo sublime , hasta lo ideal ; es condenar al soldado que se sacrifica por el honor de su patria ; es satirizar á un padre que no cree cosa mejor que el amor que profesa á sus hijos ; es vulgarizar todas las pasiones que divinizan lo que solo es para otros el cumplimiento de un bien material.

La idea de un Dios y de la inmortalidad es la única cosa que la ciencia humana no puede aprender : es lo mas innato que existe en el alma ; en fin , segun Pascal , es la única diferencia que separa el alma de los animales de la del hombre. Los animales tienen en masa las mismas afecciones y las mismas pasiones que nosotros , escepto una de la cual el hombre es , á pesar suyo , el único tributario ; la que le hace conocer sin advertirlo y que le eleva hasta el pensamiento de su criador.

Hemos observado á la agonía de los niños nacidos con el órgano del amor divino derrotar nuestras ideas filosóficas con la serenidad de sus concepciones á la hora de la muerte. Uno , entre otros , hablaba de su fin como de un pensamiento revelado. — « ¡ Qué feliz soy en este momento !.... Estoy viendo á mi madre en el cielo que me tiende los brazos para recibirme ; no lloreis , yo sufro porque os veo padecer. Morir es una gracia que Dios me concede.... todavía no era digno de ella y se la debo á la intercesion de la santa Vírgen , porque mi madre se lo ha perdido. No lloreis , amigos míos , porque no padezco ; al contrario , quisiera sufrir todo lo que sufrió Jesucristo , porque así rescataría las ofensas que tengo hechas á Dios , y si yo hubiera merecido antes mi perdon , le pediría que recibiera mis padecimientos , y en consideracion á ellos sacase del purgatorio algunas almas que veo dirigiendo sus manos al cielo , á quien han ofendido. » Convengo en que quizá este language

fuera aprendido, pero no se puede negar que las ideas no pueden explicarse sino por palabras aprendidas, y que un niño que habla así, si hubiera vivido, nunca hubiera sido ni un ateo ni un malvado. El culto de la religion que profesan estos cerebros con tanta conviccion no es una ciencia, es una fórmula de la santa iniciacion para la que han nacido.

La pasion de Jesu-Cristo, ó la moral pura que fluye de la misma, está bien comprendida por el alma que se ha alimentado de ella y que experimenta el sentimiento místico con todas sus torturas, á la hora en que el cuerpo está casi abandonado por el sentimiento y por la vida.

Un dia vimos en el lecho un alma ardiente, un semicadáver, una monja, en fin, de nobles protuberancias; sufría el martirio de la cruz con resignacion, mas diré, con alegría soportaba una corona de espinas en la frente, unos clavos en la mano y una llaga en el costado. Todo esto lo sufría, y sin embargo era insensible á las excitaciones físicas, tales como cantáridas y sinapismos que por lo regular causan algunos dolores. Su alma experimentaba las torturas de la pasion que tan ardientemente habia deseado, y veía en perspectiva, por el efecto de una segunda vista, la bienaventuranza de los elegidos que glorificaban su martirio, y en el número de estos últimos reconocía á muchas personas que habian vivido con ella largo tiempo en una comunidad de sentimientos religiosos. Esta muger ¿estaba iluminada por Dios? no sé: pero si que este estado del alma es natural á los cerebros que profesan el culto esclusivo del órgano del amor puro, de la revelacion, como lo vemos en un estado semejante en los hombres de genio que dan á luz obras sublimes y á quienes admiramos con la íntima certeza de que por mas que hagamos por igualarlos, nunca lo conseguiremos; injusto es condenar la mas sublime facultad de un cerebro que se ocupa de Dios, solo porque en nosotros existe el espíritu de la duda y la conviccion de nuestra flaqueza.

Téngase presente que cuando la muerte está cercana, el cuerpo no pertenece al alma, y que esta, al aspirar á los sufrimientos de Jesu-Cristo, puede entonces diri-

gir sus percepciones hácia lo que fué su pensamiento fijo, como al que le cortan una pierna que sin embargo de que le falta, siente los mas agudos dolores á la estremidad de ella.

La agonía de una pobre muger que solo sabe rezar, de un niño educado en las santas verdades, de un héroe como Latour-d'Auvergne que todas las mañanas se pone en presencia de Dios y al cabo obtiene la profecía de su muerte, y otros mil fines tan fecundos en toda especie de revelaciones no pueden menos de producir algun bien. ¡Pues qué! ¿tan buenos litigantes en favor de la independencia del alma y de su predestinacion serán acaso perdidos para la verdadera moral de los pueblos porque alucinados filósofos han detenido en su orgullo y á la orilla de la tumba el *suquegno venie* del pensamiento del hombre? ¿Pero desde cuando las palabras son ideas, los argumentos pruebas y los idéologos verdaderos médicos ó buenos sacerdotes? ¡Qué! El alma de un moribundo vé una luz superior, y porque sobrevive á su cadáver ¿será preciso negar la revelacion y llamar al alma, ya libre de todo lazo material, loca é iluminada? No: todos los filósofos no han pensado del mismo modo en su vida que en las reveladoras horas de la muerte; algunos, en los mejores dias de su vida, han tenido sorprendentes é inesperados regresos hácia la verdadera dignidad del hombre, entre otros, Diderot, que convenia en la revelacion, objeto de la verdadera teología, que ahorra al filósofo muchos trabajos y muchos descarríos, es decir, muchos errores.

Los hombres consagrados á la ciencia y al arte que han querido someter á sus cálculos las probabilidades de otra vida, son las autoridades mas incompetentes en esta materia. El pensamiento, así como el infinito, no se miden; mejor se pudieran contar los granos de arena del Océano. Todo lo que un gran talento puede responder en presencia de hechos sobre humanos induce á la duda ó á la risa; y luego verdaderos *tersistas* son los mas débiles de los hombres al aspecto de una muerte natural ó en la escalera del patíbulo. Nada rebaja al alma como la ciencia vana, y un árabe sabe mas acerca

del alma que todos esos impropriamente llamados hombres grandes.

Para concluir con una prueba incontestable; es un hecho que la potestad de un alma que se exalta pensando en Dios y en la eternidad puede engendrar prodigios que ninguna cosa humana sea capaz de explicar ni penetrar. Confesamos nuestra incredulidad acerca de una infinidad de actos extraordinarios, como los milagros del abad de Hoheulohe, porque no los hemos visto, pero contaremos un ejemplo extraordinario de fé ardiente y mística, de una fé que trasporta un alma al cielo, y cuyos poderes en el cuerpo que la encierra, son casi los de Dios mismo.

En el dia existe en una ciudad del distrito de Var, cuya capital es Brignoles, una muger que está poseida de amor divino. Tiene en el mas alto grado el órgano del amor puro en la cuna de la cabeza: es sencilla, buena, caritativa y piadosa sin ostentacion: esta muger profesa desde su mas tierna infancia una fé ardiente á Jesu-Cristo, y la pasion fué siempre su pensamiento fijo, el objeto de sus aspiraciones, su *fantasma* de la antigua Grecia. Su vida es toda metafísica, medita ó reza, y en sus momentos de éxtasis quizá ha confiado á alguno sus pensamientos ó sus apariciones. No obstante, nadie ha hablado de ella; empero, lo que no es fácil ocultarse á nadie, lo que todos pueden ver y las vastas inteligencias profundizar, es que en medio de su oracion, sea en una iglesia, sea junto al lecho de un moribundo, su frente y todo lo demás de su cabeza se circunda con una corona fácil al tacto y que mana sangre; las palmas de las manos y las plantas de los pies se abren espontáneamente haciendo la señal de unos clavos; la region del corazon ofrece la sangrienta huella de una herida de lanza; en fin, una cruz de sangre aparece en medio del pecho. Si se aplica algun lienzo á cualquiera de las heridas, quedan señaladas de tal modo y tan perfectamente que parecen pintadas. Lo que mas debe asombrar es que este espectáculo aparece de repente todos los viernes santos á las tres y minutos de la tarde. Es cosa inaudita pero verdadera que la saben los sá-

bios y los pobres de espíritu que habitan en aquel país.

Bastante hemos tratado ya acerca del sentido del amor divino y la influencia que ejerce en ciertas agónias. No olvidemos que el género de muerte de un iluminado, denominacion que no hemos ennoblecido bastante, no se aprende como ciencia que enseña á bien vivir y bien morir; si así fuera, nuestra opinion estaria notablemente desfigurada y se hubiera confundido al seminarista con el que solo se eleva por el privilegio que le ha dado un rayo divino que recibió al venir al mundo.

Para juzgar bien de la distancia infinita que existe entre la muerte de una santa Teresa, de un Vicente de Paul, de un san Bruno y de otra infinidad de elegidos de Dios que se confunden en el espíritu del Señor, debemos descender hasta las organizaciones cerebrales mas inferiores: aquellas cuya cabeza anuncia un cerebro incompleto bajo el aspecto afectuoso y moral, pero en las que la frenología delata protuberancias subversivas del orden moral.

En las cárceles y en los presidios, sobre todo, púedense encontrar las pruebas de lo que manifestamos (1); tambien entre los vagos que pululan por las grandes poblaciones, y en los cuales la baja frenología encuentra tanta certeza, allí es donde se debe tener valor para estudiar al hombre moral (2). Enfadoso es decirlo, los que se han familiarizado con la forma de la cabeza y los rasgos fisionómicos que se armonizan con ella, como los alcaides de las cárceles y los médicos de los presidios, encuentran en otros sitios y conocen perfectamente por las fisonomías á ciertos hombres que debieran hallarse en los parages en donde la ley los pone bajo el dominio de su mano de hierro.

Aplástese el óvalo superior de la cabeza, hínchense los lados que caen encima de las orejas, estréchese la

(1) Véase nuestra obra: *Les Forçats considérés sous le rapport physiologique, moral et intellectuel*. Paris, 1844.

(2) Fregier: *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes*. Paris, 1840. Dos tomos en 8.º

(Notas del autor.)

frente, hágase que la nuca forme una comba y la ceja sea elevada, háganse muy salientes los arcos de las me-  
gillas, prolónguese el campo y el volúmen de las dos qui-  
jadas de tal modo que el sistema del olfato y del gusto  
demuéstran hallarse en su mayor preponderancia fun-  
cionaria, dése á esta cabeza una circunferencia de 17 á  
18 pulgadas, término en el cual el libre alvedrío se es-  
capa del dominio de la razon y se entrega al imperio de  
los instintos brutales y de las pasiones homicidas, y es-  
to hecho, se tendrá el tipo clásico del hombre inferior.  
Ahora apresurémonos á decir que semejante forma de  
cabeza no está destinada por la fatalidad á las cárceles  
ó al patíbulo: no, eso seria negar el poder de la educa-  
cion y de la moral que es la doctrina de los deberes; pe-  
ro lo que podemos confesar de acuerdo con nuestras  
convicciones es que el cráneo que tiene un cerebro se-  
mejante, nunca podrá engañar á un verdadero frenólo-  
go (1). No se pida en él nada eminentemente religioso  
y moral, porque el hombre de las verdades del senti-  
miento, nunca ha existido en él, y es imposible que  
tenga alguna revelacion ni aun á la hora de la muerte.

Si no es una quimera la forma de la cabeza, si la  
educacion y la moral no son un sustancioso maná para  
todos los espíritus, si los hay que son refractarios por  
naturaleza ó por posicion social á sus buenos resulta-  
dos, no se puede negar que estos últimos escogerán su  
puesto en el mundo entre todo lo que es subversivo al  
orden y á la verdad. Y en efecto, ¿en dónde se encuen-  
tran á estos desgraciados lisiados del cerebro sino en el  
parage que se llama sentina de la sociedad, en todos  
los lugares donde el vicio y el crimen se agitan en la os-  
curidad? Y cuando la comun seguridad obliga al gobier-  
no á aprisionarlos para presentarlos en la barra de un  
tribunal, ¿no es cierto que la voz pública al primer as-  
pecto de un criminal parece acusar á la naturaleza de  
que uno de sus hijos, desprovisto de una bella cabeza

(1) F. Wisin: *Bulletin de l'Academie royal de médecine*. To-  
mo II, pág. 910: tomo VII, pág. 447.

(N. del autor.)



lleva en su frente las inmutables señales de la bajeza del alma y de la crueldad? Antes que los tribunales hayan sentenciado á un culpable, la frenología popular ya ha dado su decreto y casi siempre es justo é irrevocable.

Dígame lo que se quiera, el espíritu religioso compone toda la moral del pueblo bajo; pues bien, en vano se buscan pruebas en ciertas organizaciones de las cuales hemos diseñado el tipo correcto, á las que ha faltado una buena madre, seguridad en los principios y personas que las inicien en la justicia y en la sabiduría. Hay una ciencia sencilla y fácil para reunir á los pueblos á la inmutable verdad: esta ciencia que asegura la felicidad de todos, es la religión. Las revoluciones que conmueven las creencias, ejercen el imperio mas absoluto en los seres mal conformados del cerebro, y es raro que los grandes criminales de los presidios no sean los mismos que en otros tiempos fueron los caudillos de la demagogia y de la irreligion.

Las agonías de estos seres que en el trascurso de su vida tuvieron siempre sed de agua, de vino ó de sangre son una espantosa ironía de la predestinacion del hombre. Algunas veces el cannibal denota un alma á la hora de la muerte, y aparece de repente como un ser nuevo que acaba de romper el manto que le cubria y que manifiesta al nacer aptitudes innatas. Un alma en aquel sitio donde ninguna cosa humana se ha dado á conocer, asombra y da lugar á creer en el sistema de un filósofo hebreo que pretendia que la vida era la muerte y que el hombre no comenzaba á vivir realmente sino cuando el alma va á romper su cubierta mortal. Sea como sea, el alma del gran criminal endurecido se mostrará una vez durante la agonía, pero será para sentir el remordimiento y no comprender la infalibilidad del verdadero arrepentimiento. Hemos visto en presidio á un célebre asesino que rechazaba los consuelos del sacerdote respondiéndole que se cansaba en vano, que no era tan débil ni tan cobarde que recurriese al perdón y al arrepentimiento cuando debía aparecer ante su juez de un momento á otro. Este desgraciado tuvo un espantoso delirio,

pero razonado. *Macbeth y las hechiceras* recuerdan con propiedad á este criminal levantándose de repente con los ojos salientes y el rostro convulsivo, viendo desfilár delante de su miserable lecho á sus víctimas cubiertas con un manto ensangrentado que sin cesar le lanzaban terribles imprecaciones. Si de grado ó á la fuerza se llegaba á conseguir que se calmase, se escondía en su lecho, pero al cabo de algunos minutos se volvía á levantar, diciendo á una cabeza, que segun él tenia en su mano:—«Perro, no he sido yo el que te he dado muerte, ha sido tu cuñado, bien lo sabes, ¿y ahora que estoy durmiendo vienes á mordirme?»

Nunca drama mas lamentable nos ha conmovido como este; ninguna cabeza, bajo el aspecto frenológico, nos ha convencido mejor de la existencia del sentido de la crueldad, cuya actividad funcionaria y preponderante, ha absorbido durante la vida la de todos los otros centros. Este hombre, en efecto, ha debido salir de la sola inanidad de su instinto sanguinario. Murió en medio de un estertor convulsivo que llenaba de horror, y recordamos todavía que un poco antes de su último suspiro se agarró, como á una tabla el náufrago, á un jóven practicante, que le ponía una cantárida en el pecho, y sus dos brazos que ceñían al jóven que estaba lleno de vigor y de existencia formaban un penoso contraste. En fin, lo que esto queria decir era, que un malvado de los mas endurecidos no queria morir, y que por vez primera habló con una voz apagada, del diablo que veía á su cabecera, y de su lecho que sentía hundirse en el abismo de los infiernos.

Se dirá, no obstante, que estas existencias son excepcionales y que la agonía podia ser un sueño, unas veces delicioso y otras horrible: sea: pero el criminal que nunca ha pensado en remordimientos, ni aun durmiendo, ¿no podrá servir de testó á una de nuestras proposiciones acerca de la independéncia del alma á la hora de la muerte? ¿Será en vano que el último remordimiento en el artículo de la agonía arranque por fin á un moribundo un secreto que pesa sobre el honor de una familia y que él descubre voluntariamente? Un famoso

asesino, llamado Poncey (1), al poner el pie en el dintel del calabozo, caminando á la guillotina, vuelve la cabeza y escucha el sordo gemido de un pobre diablo que le seguía, condenado tambien á igual suplicio. Oigamos las palabras que me dirigió despues porque alcanzó el perdón.—« Si señor, algunos minutos antes de morir, sentí en mí una cosa que me hizo conocer que era otro hombre; nunca habia tenido compasion á nadie. Hice llamar á Mr. Olivier, mi juez, y le dije: ese hombre no debe ser guillotinado; Pedro L\*\*\* es el que ha cometido el crimen de que le acusan, y yo fuí su cómplice.» Poncey era prisiidiario, tipo de la mas fria crueldad y la mas estúpida indiferencia; tenia en el mas alto grado la fatal protuberancia: murió en presidio, y un instante de remordimiento al pie del cadalso le habia hecho hombre de bien en realidad.

Si es este el momento, fácil nos será probar que en una agonía hay veinte probabilidades por una, de que si cura de la enfermedad, el enfermo será mejor: ved aquí una prueba.

Una muger de 60 años estaba muriéndose, y fuimos llamados para cuidarla. Se habian aprovechado de un momento de delirio para llamarnos, porque ella se habia empeñado en morir sin médico y sin sacerdote porque nunca habia creído ni en unos ni en otros. Nunca rostro de furia nos ha parecido mas horroroso que el de esta muger: tenia pintadas en la fisonomía las señales del esceso, y como en todos, su cráneo era de los mejor caracterizados para las malas pasiones y la inclinacion á los asesinatos. Supimos sin asombrarnos que habia tenido una vida relajada; en fin, que todavía queria que se la diera el nombre de *la calcetera de Marat*. Mientras que preparábamos nuestros remedios, nos empeñamos en descubrir su *sueño de agenia*, ¿podrá creerse? no hacia mas que pronunciar entre dientes la palabra *Bruto*. No sabiamos qué pensar de esto, cuando el nombre de tirano y de Bruto fue pronunciado por su bo-

(1) *Les Forçats*, pág. 52.

(N. del autor.)

ca con mucha claridad. La desgraciada estaba pensando en Voltaire y en la tragedia que manifiesta el sangriento fin de César.

Por la tarde estuvo mejor, y como la habian dicho que habia pasado por muerta y que su resurrección era obra nuestra, fuimos recibidos con algun interés. Pero decia:—Yo voy á morir, he esperado á la república *incorruptible*, y al fin tengo que decidirme á que mi carne se pudra en una sepultura.—Señora, á todos nos sucede lo mismo, pero nuestra alma réjuvenecerá y lo mejor de todo es que podemos prepararla una felicidad sin fin.—¡Nuestra alma! preguntad al gorro que tengo puesto si hay un alma en mi cabeza. Y entonces tomó el gorro que se ponía todas las noches al acostarse y se preparó á decirme lo que habia debido ser cuando la paseaban por toda la ciudad vestida de diosa y la llenaban de homenajes á los gritos de *viva la libertad*. Viérase entonces á esta faz apergaminada volverse roja por la exaltacion en que se encontraba; sus ojos pequeños lanzaron un fuego sombrío, sus mejillas flojas se encendieron, y se reflejó en un momento en esta figura, poco há agonizante, tanta impiedad y audacia que me avergoncé de mí mismo.—«Señora, la dije, vestida de diosa andabais, y sin embargo, dentro de poco el diablo va á dar fuego á vuestro cuerpo y á vuestra alma, aunque esteis adornada con esos arreos divinos.» Estas palabras conmovieron á la muger y la ocasionaron un pensamiento fijo: la primera vez en la vida quizá insultaban impunemente á la diosa y ajaban su vanidad femenil. Haber sido el símbolo de la libertad absorvía aun á este ser miserable; y una palabra fatal que habia llegado á comprender habia dissipado la ilusion de su juventud y de su vejez. Todavía la estoy viendo, buscando sobre su cabeza, apenas cubierta de cabellos, con su mano flaca y tembladora la diadema que llevó en otros dias, y arrancarse su gorro de dormir y arrojarle con desden y desprecio.

Esta muger, célebre por sus crueldades, sus galanterías y su republicanismo, consintió algunos dias despues en recibir á un sacerdote. Su mal, ya crónico, que la conducia á una muerte inevitable, habia dado á su

alma todo el fuego de las odiosas pasiones que la consumían. Esta alma por fin se fué madurando con el calor de las instrucciones cristianas, y la valió el cuidado de todas las buenas y piadosas mugeres del barrio. ¡ Cosa singular! Nunca consintió recibir la comunión; en esto siempre estuvo firme y obstinada. Quise saber la causa, y se la exigí en nombre de la *santa é inalterable* amistad que nos profesábamos.— «No: me dijo por fin, yo no puedo burlarme de un hombre hasta ese punto; los remordimientos que siento de haber pecado tanto, me matan cien veces antes de morir. Yo preferiría la cruz de Dios bueno al que tengo en el estómago. Además, la Magdalena no comulgó, y si Dios quiere perdonarme, me mirará del mismo modo que á mi patrona.» Al fin murió esta muger: se halló en medio de las discordias civiles, jóven, sin madre, entregada á sí misma y con un corazón ardiente y desenfrenado. En su devastada y arrugada faz, la muerte no desmentía á la vida, y el alma que en los momentos de la agonía aprueba menos que nunca los sofismas del espíritu, como siempre se había olvidado borrar las señales de las pasiones bajas y homicidas que habían llenado de arrugas los lábios y la frente del cadáver. El aspecto de un muerto ó es horrible ó sublime.

La protuberancia de la crueldad nunca es menos infalible que durante el reinado de la anarquía, cuando el temor de las leyes no es un correctivo que enfrena las inclinaciones homicidas. Entonces es cuando la ciudad se puebla de proveedores del cadalso, que se encuentran en personas que hasta entonces habian parecido tímidas y resignadas. En general, estos criminales han estado sosegados: la instruccion y la moral no han modificado una organizacion fatal que al fin estalla, instigada por las ponzoñosas doctrinas de las inteligencias, cabezas de partidos que se horrorizan de la sangre que á su vista se derrama, pero no de las víctimas que sacrifican en las giferias políticas. Cuando han llegado á la vejez estos vengadores del pueblo están singularmente cambiados, sobre todo, si la miseria los tiene presos con sus hediondas garras; el instinto de la crueldad de-

saparece y el alma solo conserva la memoria de los crímenes pasados. Un convulsivo remordimiento es su destino, y él es el que hace huir á la agonía de la representación incesante de los diferentes dramas durante la cual tuvieron el puñal constantemente en la mano. Obsérvese que en general los hombres mas aptos en los periodos de terror, son muy adocenados cuando se hallan fuera de la orgia: sin cultura intelectual no han resguardado su alma con el escudo filosófico como los agentes que los provocan: no tienen fé en el porvenir: viven del presente como el toro que sale á la plaza que vierte sangre sin saber por qué la vierte.

El órgano de la crueldad sin ninguna protuberancia que mitigue su influencia, marcha con una frente baja y estrecha y tiene semejanza lejana con la hiena ó el tigre. Los que se han mostrado mas estúpidamente feroces y que mueren siempre como idiotas sin apereibirse de ella tienen la fisonomía *crepudina*. Estos son los brutos de nuestra especie, cuyos ejemplos hemos visto mas comunmente en los navíos y en los presidios.

El estudio de las agonías en la clase de los hombres que han ambicionado representar un papel en el drama de la revolucion, que han sido los letrados y los que monopolizaron la victoria, toca á su término: la muerte los habrá confundido á todos bien pronto.

Es digno de consideracion que aquellos que nunca han teñido en sangre sus manos, que aborrecieron el sacrilegio, cuyas convicciones fueron las del pequeño número de elegidos que hacen creer en la necesidad de una revolucion, estos, digo, absueltos por su conciencia, mueren conforme á las ideas que se han formado acerca del destino del hombre.

Sabemos de buena tinta que hombres muy honoríficos que habian aplaudido las ideas de la nueva escuela han muerto en tiempo del terror como valientes, y profesando sanas doctrinas. Si otros se han enriquecido, ó si la necesidad de altas capacidades los han elevado á altos puestos, es evidente que ninguno de ellos ha sorprendido en sí mismo un grito de la conciencia acerca de la legalidad de su posición; ¿y por qué? porque han

salido del período democrático sin sospecha de homicidio, porque su alma tuvo horror á la sangre, y los veremos morir dignamente, ya bajo la toga del magistrado, ya bajo la armadura del guerrero. Otra clase de revolucionarios que hemos observado en su último día, se compone de las capacidades mediocres que siguieron la bandera del año 93 mas bien como filósofos que como discípulos y anarquistas. Estos hombres solo vieron á Voltaire y á Rousseau en el gorro republicano; eran hombres de bien, pero no tenían almas tan elevadas que conocieran el materialismo de la escuela, y han sobrepujado á sus maestros negando hasta el fin, no al autor de todo lo creado, sino á un Dios que castiga y recompensa y á un culto que nos eleva hasta él. Estos materialistas son buenos y humanos, se les ama y se rechazan sus falsas creencias, teniendo en cuenta la estrechez y el orgullo de su espíritu. El móvil del mayor número, es no amar á los sacerdotes, de modo que siempre dejen ordenados cómo han de ser sus funerales; quieren bajar á la madre comun (la tierra) sin pompa y sin *impostores tonsurados*; quieren ir alumbrados con una linterna sorda á la cabeza de una comitiva de amigos y de pobres; hemos visto á algunos que no se cuidaban de sus exequias, y que recibían á un sacerdote como á un benevolente visitador. De todos modos, el fin del materialista se parece mucho al del hombre bruto que no tiene fé, que ha reflexionado pocas veces ó ninguna ya en el alma, ya en el culto, ya en su destino. Ya lo hemos dicho, en la vida se hace cada individuo su género de muerte.

Si hay una criatura digna de compasion delante de la eternidad, es el espíritu débil y algo cultivado que fué partidario del terror, que dió impulso á su carro, ya por imitacion, ya por cálculo de interés, y que apareció manchado con la sangre de sus víctimas. Estos hombres tienen en general el órgano de la crueldad mal servido; sin embargo, por la debilidad de carácter fueron los rabiosos corderos de la época, y su monomanía se detuvo en la línea que separa al crimen del riesgo personal que puede resultar cometiéndole. Estos revolucionarios

no lo son, segun el enérgico valor de esta espresion; son á los verdaderos republicanos lo que los fersistas á los griegos, ó lo que es el chacal que desentierra los cuerpos en los cementerios al leon y al tigre. Susceptibles de inteligencia y de exaltacion han podido sorprender los votos de la mayoría y alcanzar una posicion sobre sus semejantes. No han obrado en la escena política por fanatismo, ni por conviccion, han seguido la moda.

Algunas veces tienen por cómplice á una muger cruel ó ambiciosa, y de una de ellas sabemos que cierta persona que hizo tanto daño en ciertas circunstancias era en el fondo el mas cobarde y el mas pusilánime de los hombres. En las reacciones de los partidos, estos, sorprendidos y entregados por los otros, pagan con su vida la sangre derramada: entonces mueren pidiendo perdon; besan la mano del sacerdote, y suben al cadalso poco á poco ó con el rostro cubierto. Antes del año 93 estos hombres eran tenidos por insignificantes, y de repente se hicieron crueles y débiles, y se entregaron á sus inclinaciones cuando sabian que no se esponian á la cosa mas leve. Ellos dirán que nunca han colgado de un farol al prógimo ni conducido á nadie á la guillotina, pero han sido sacrílegos é impíos, han profanado las iglesias, mutilado las estatuas de los santos, abierto los tabernáculos y ejecutado actos innobles en los vasos sagrados, han profanado las tumbas, roto las piedras con escudos de armas y cometido una série de desaciertos que inspiran el disgusto, nunca el honor.

Cuando llegan á la edad madura ya en medio de la calma de los partidos, estos hombrecillos quisieran morir arrepentidos y predestinados á la suerte de los elegidos; pero no pueden, así como no pudo la calectera, cuya muerte hemos referido. El delirio de su agonía se dirige incesantemente hácia lo pasado, cuando cometian acciones sacrílegas. Es cosa singular que el daño hecho á la Iglesia, y en particular á los cuerpos santos que están en las urnas; es el que recuerda el alma de estos seres. Uno, entre otros, moribundo en lo mejor de su edad, se resistia á las invitaciones de los que le habla-



ban de confesion y de sacerdote; pero segun decia, las visiones de su última hora eran terribles. Primeramente, sumergido aparentemente en un pesado letargo, se levantaba de repente y se sentaba en el lecho; entonces paseaba sus salientes ojos por la estancia, suspirando, se tentaba para reconocerse y preguntaba si se habia salido de la cama: decia que cada estatua de los santos que habia hecho volar por los aires con pólvora, le agarraba y le ponía sobre una mina que habia en el camino de los infiernos, y que una serpiente roja que arrojaba llamas por la boca prendía fuego á la mina por órden del diablo. Este desgraciado, llamado desde su infancia *verdugo de los santos*, murió en un terror anticipado de las penas del infierno, de las cuales, hubiera podido librarle una buena confesion. Creemos deber atribuir esta causa á su muerte, porque atacado por una congestion de sangre en el cerebro, nada pudo ayudar al de este órgano: tanto le dominó el remordimiento del mal, que habia hecho en la primera enfermedad grave, que puso en peligro su existencia.

Pudiéramos multiplicar hasta el infinito estos ejemplos de una frenología esplicativa de las últimas escenas de la agonía. Nos hemos limitado á citar los que son mas infalibles, porque nos han parecido ser una deduccion clara y lógica de un cerebro organizado para la revelacion, el éxtasis y el amor divino, ó para la crueldad el asesinato y las pasiones estúpidas. Es un hecho que la doctrina del doctor Gall (1) aplicada á las observaciones fisonómicas de Lavater, nunca ha aparecido mas evidente á las miradas ejercitadas de los frenólogos que cuando se buscan pruebas en la cabeza del moribundo y del muerto. Entonces ninguna cosa estraña al móvil moral de un individuo. Viene á borrar de su rostro la huella que él ha impreso en el curso de su vida: el reflejo del alma queda en el rostro del que muere, y en la última hora, si fué bueno y virtuoso, el que le observe

(1) *Sur les fonctions du cerveau et sur chacune de ses parties* Paris, 1825, seis tomos en octavo.

(N. del autor.)

con amantes ojos tendrá intenciones de decirle: ¡Qué feliz eres en este instante! Si es malvado y sanguinario dará horror verle muerto. A esto se nos dirá: ¿los tormentos de un mal agudo, las diferentes especies de enfermedades no pueden afean á un cadáver? No: la expresión del sufrimiento nunca fué en un hombre vivo la del crimen y de la bajeza; y además, un mal, sea como fuere, no improvisa una frenología ni una fisonomía aparte. El rostro humano es una medalla completada por la agonía y la muerte: además, los hombres organizados para los crímenes son de mármol para los tormentos físicos.

Para concluir acerca de la ciencia de las proporciones del cráneo con la moral de un individuo, no se deberá creer que la naturaleza de una agonía se puede explicar rigurosamente por una protuberancia: no, no es ese nuestro pensamiento; el caso solo es aplicable á los cerebros escepcionales dotados de una facultad eminente, cuya irresistible potestad ha ejercido una especie de despotismo en los actos de su vida.

De veinte hombres, diez y nueve nacen con una organización mediana, comun y sin inclinaciones indomables: estos tienen circunstancias y costumbres pacíficas, educación, dogmas religiosos, sentimiento innato de la imitación; en fin, profesion. Un cráneo puede demostrar la energía de ciertas pasiones; hubiéramos podido observarlas en el lecho de muerte y traerlas al centro escitador, y así lo hubiéramos hecho si nuestra intencion hubiera sido escribir en favor de la frenología, por ejemplo, ¿en qué aberraciones de gusto y de sentimiento no arrastra la monomanía del centro imperioso del amor físico? Ahora bien, este órgano que está colocado en la nuca, es uno de aquellos cuyo estraordinario desarrollo responde mejor á la prueba dada: el del amor á los hijos y el de la amistad que hacen mártires, los hemos encontrado en toda la belleza de sus atributos craneoscópicos en los que mueren víctimas de estas nobles pasiones.

Cuando un moribundo manifiesta en sus acciones ó en su lenguaje alguna facultad dominante, quince veces

por veinte se hallará en su cráneo la significacion de lo que ha sido ó de lo que hubiera podido ser en el comercio de la vida. Los capítulos consagrados á la influencia de las pasiones, de las profesiones y de las enfermedades en el género diverso de agonía y de muerte nos darán pruebas numerosas.

¡Cuántas veces las últimas voluntades de un moribundo, dictadas con precision, sangre fria y claridad no han despertado un sentimiento de admiracion en el alma de los que le asisten! ¿En qué consiste que á la orilla del sepulcro un hombre es tan completamente moral que aparece superior á todo lo que habia sido hasta entonces; que esté súbitamente dotado, en su extrema desventura, del sentido de la prudencia, de la prevision, de las localidades, de las proporciones y del espacio; que tenga en tan alto grado la memoria de las palabras y de las personas ausentes ú olvidadas, el talento de la música, el de las matemáticas, de los números, de la arquitectura, la sagacidad comparativa, la tendencia metafísica, el sentimiento de la religion y de Dios, la firmeza de carácter? ¿Por qué es esto? Ya lo hemos dicho, el alma libre de los lazos de la materia se pertenece á sí misma y se muestra entonces en toda su desnudez, ya bella, ya deforme.



por veinte se hallan en su origen la significacion de lo que las palabras significan, y de lo que las palabras significan se deduce el uso de las palabras. Los espíritus congnados a la influencia de las pasiones, de las profesiones y de las ciencias, dan en el género diverso de acciones y de movimientos las diferentes maneras de ser.

Las artes y ciencias humanas voluntades de un modo particular, de otras con precision, segun las reglas y reglas no han de ser el fundamento de la administracion en el orden de la vida civil. En que consiste que a la vida civil se refiera un hombre es tan completamente moral que se refiere superior a todo lo que ha sido hasta entonces; que está subordinado a todo, en su esfera de actividad, de actividad de la practica, de la practica de las ciencias, de las profesiones y del espacio; que tan pronto como se refiera a la memoria de las palabras y de las cosas, segun su actividad, de la actividad de la actividad, de las matemáticas, de los números, de la actividad, de la actividad computativa, de la actividad matemática, de la actividad de la actividad y de Dios, de la actividad de la actividad; Por que es esto? Y lo mismo dicho, el mismo dicho de los textos de la materia superior a la materia y se muestra entera en toda su extensión, de ella, y a delirio.



= 75 =

---

## CAPÍTULO II.

### INFLUENCIA DE LAS RELIGIONES Y DE LOS GOBIERNOS EN LA AGONÍA Y LA MUERTE.

#### Resumen.

1.º De las religiones.—Ideas generales acerca de las agonias que estas preparan.—Fin ú objeto revelado de un culto.—Del islamismo.—De su espíritu.—Carácter del verdadero musulmán.—Del fatalismo.—Fábula de las houries.—Del Alcorán.—Agonia y muerte de los hijos de Alá. 2.º De la religion protestante.—Su influencia en la moral de los pueblos.—De su moral y sus dogmas.—Fin del protestante. 3.º De la religion cristiana.—Consideraciones acerca de las diversas creencias.—Proteccion de un gobierno á un culto.—El cristianismo en Italia.—Su influencia en los espíritus.—Política y diplomacia de las córtes de Roma y de Viena.—Inquisicion monacal.—Del cristianismo supersticioso.—Culto, ceremonias, creencias y costumbres de la Italia Central.—Protesta contra los tiranos.—Agonia y muerte de los romanos.—Muerte de los papas.—El cristianismo y la agonía en Toscana, Córcega y Francia.—Dos palabras acerca del fin de los árabes en Argel.

---

Sea cual fuere la entidad religiosa que se profese, púedese tener seguridad que la inteligencia que nada apérbice de las cosas celestes no puede ponerse en parangon con la que, penetrada de la gran obra del universo, se eleva por una fuerza intuitiva hasta formar una idea de su

autor. Por lo demás, si hemos tomado este término de comparacion, ha sido, no tanto por un espíritu de secta como para eliminar algunos de los puntos oscuros de la, filosofía del hombre. El alma ya en el apogéo de su curso, huyendo de su cárcel de nervios, músculos y sebo, rica con las impresiones que ha recibido del espectáculo del universo, y reconociendo, por fin, á su soberano y á su autor, ¿no es una magnífica tésis? Cuando llega al término de su agonía el hombre ¿no es todo lo que ha podido ser? ¿Nos criticarán el haberle estudiado cuando su alma entera, libre de los apetitos físicos de las pasiones y de los medios de satisfacerlas, se reconcentra en sí misma por la última vez para entregar á todo lo que la circunda la confianza de los pensamientos que la ocupan al desembarazarse de la materia?

Todas las muertes no llegan del mismo modo; y de consiguiente, la agonía es un estado que puede ser muy transitorio. ¿Quién lo negará? Seria una gran felicidad que todos concluyéramos de vivir del mismo modo, que una misma enfermedad nos consumiera á todos, que lo imposible y lo impenetrable tuvieran un valor real y definido, pero para esto hubiera sido preciso que la naturaleza, tan mudable en su inmovilidad, apartase y revocase todas sus leyes de orden y de fatalidad. El hombre, es verdad, que es la obra maestra de la creacion, pero vive en ella, y como todos los seres que la componen, tiene que someterse á las leyes. Todo esto lo sabe y no se enmienda, solo le aterra la muerte, y muy rara vez se le ocurre el preguntar á su conciencia lo que ella cree acerca del secreto de la tumba.

Los caminos abiertos para salir de la vida son innumerables, *fatalistas* y diversos. La muerte, segun las opiniones tradicionales de los pueblos, es una palabra de un valor complejo, puede demostrar una idea grave y sublime, misteriosa y triste, ó absolutamente indiferente. La religion, las costumbres, la educacion, las circunstancias particulares y las enfermedades desnaturalizan la idea que se ha formado de la muerte en las cinco partes del mundo. Por muy diversa que sea esta idea se redu-

ce á dos creencias, la inmortalidad del alma ó la nada absoluta.

Si se llamára á todas las razas vivientes á dar su voto en pro ó en contra de la adopción de la nada ó de la vida después de la muerte, las diez y nueve vigésimas partes, aun incluyendo á las almas humanas inferiores, proclamarían á la hora de la agonía el triunfo del dogma sublime de otro mundo. El pobre salvaje, en su cabaña, conoce la influencia del gran espíritu que le visita, y en la hora de la muerte habla á sus amigos de los nuevos placeres que le esperan en la vida que va á comenzar para él; de sus parientes á quienes va á volver á ver; del poder que tendrá al día siguiente de visitar en sus sueños á todos los que deja en la tierra. El gran espíritu que se le aparece durante su agonía y que proclama la inmortalidad del alma es tan notable en un habitante de la Oceanía, como los cantos de exaltación de un religioso que muere en su celda en olor de santidad. La revelación ha sido en todos tiempos la misma por lo menos en cuanto á su esencia, bien se observe en las islas perdidas del Archipiélago del Sur, bien se pregunte á las tradiciones religiosas de los mas antiguos pueblos de la tierra, como los libros indios, los geroglíficos de los subterráneos de Tebas, los libros de los filósofos griegos y los de nuestros doctores cristianos.

El hecho de la revelación se halla en todas las clases de la sociedad. El fuerte y el débil, el pobre y el rico, el rey y el pastor, han tenido sus momentos de éxtasis, ya durante su vida, ya en sus últimos momentos. En todas partes el mismo pensamiento se ha humanizado y se ha hecho vulgar y público por aquello que se llama culto y religión. Dios y alma han sido *ideas madres* que existieron antes de la humanidad, y de las que se ha apoderado y las ha explicado la lengua de los hombres cuando el orden de las creaciones animales las llamó á hacer parte del gran todo. El hombre fué convidado el último á los esplendores de la tierra, y vino después de todos los animales como para admirarlo en su magnificencia y reconocer á su autor. Así como todo lo que vive no está destinado á vivir, así todos los cerebros de los

hombres no estan contruidos para comprender á Dios en el mismo grado de linage. Si fuera así, la duda estaria escluida del mundo: ¿quién se atreve por la noche á mandar al sol que no salga al dia siguiente? es preciso esperarle. Si todos los hombres tuvieran un alma como la de Sócrates no habria ni uno solo que en el curso de su vida no tuviera un momento de solaz con el cielo.

No obstante, sin ser un Sócrates puede un hombre haber recibido el don de la fé, el de creer lo que han visto los ojos de un alma superior. Esa es la suerte de casi todos los hombres: no pueden sustraerse de las creencias que llevan consigo un vago presentimiento.

Obsérvese que las individualidades realmente ateas no son almas superiores ni medianas, son cerebros incompletos, esclavos ó víctimas de las pasiones, de las inclinaciones y de los vicios que los alejan del estudio de las cosas celestes y los hacen lo que á los ojos de la simple naturaleza debe llamarse *hombre de instinto intelectual*.

El hombre no es otra cosa que la última repeticion de los animales superiores, mas complicada en sus funciones isomórfias y como ellos, absorviendo el universo por los varios sentidos, pero con la diferencia capital de poder raciocinar acerca de sus acciones y deducir su dependencia absoluta de una causa suprema. Este último rasgo funda por sí solo para el mayor número la naturaleza divina de nuestra especie. Probar esta *consanguinidad* algunas veces cuesta mas dificultad, porque hay negaciones absolutas que no dejan de ser hombres como los demás; pero aunque lo son á los ojos de la naturaleza, nosotros los excluimos de los seres morales. Estos últimos han recibido un alma cuyas facultades se han detenido en la inteligencia bruta de los hechos materiales, con instintos que van dirigiendo á un organismo de hombre. Si existe alguna diferencia con los de raza mas noble, el frenólogo lo explicará; por lo demas, ellos mismos llaman la atencion en medio de la sociedad donde la suerte los ha arrojado: la vida social y los deberes que impone los hallan pasivos, irresolutos, disidentes y excepcionales. Idiotas ó feroces, ese es su destino; instintos dulces ó intratables, esa es su naturaleza.



Cuando se trata de la naturaleza divina del hombre y de los misterios de la tumba, no se va á encender la antorcha siderea de la revelacion en las trivialidades de la especie. Nadie ha tenido la idea de comparar un hotentote, ó lo que se le parece en Europa, con esas inteligencias vastas y dominadoras cuyos ojos han visto aun mas allá del mundo y nos han presentado la gran personalidad de Dios y del alma inmortal. Una religion no es otra cosa desde el principio del mundo, que la consagracion de este principio revelado ofrecido en adoracion á todos los que pueden reconocerle. Las deducciones y las consecuencias que los doctos, los sábios y los interesados han tenido el arte de estraer del hecho capital y verdadero han constituido la religion y las diferentes sectas.

Los gefes de las naciones y los ministros de los cultos se han apoderado de la ciencia de Dios, han puesto cátedra y la han enseñado á las masas como ellos la sabian, y siempre con el objeto de asociarlos y de unirlos á un método comun de vivir y de morir. De modo, que las religiones deben enseñar la ciencia de Dios y la de la vida, abrazan al alma y al cuerpo en sus atribuciones, sobre todo desde su origen, cuando un pontífice como los de Egipto era á la vez legislador y médico.

El cristianismo y el islamismo han sido las dos últimas trasformaciones del principio siempre inalterable y en todas partes reconocido. Han echado profundas raices por toda la tierra, no tanto por las seducciones, la elocuencia y las convicciones de los que las han predicado, cuanto por la unidad y la sencillez que las caracterizan. Lo que mas ha contribuido á asegurar el imperio de estas dos religiones ha sido el sentimiento íntimo de la divinidad y de la inmortalidad del alma, que se revela á lo menos una vez en el curso de la vida de un hombre, cuando en presencia de la muerte se pregunta á sí mismo con sinceridad.

1.º La religion de Mahoma concilia los deleites de la tierra con las felicidades del cielo: no pinta á la muerte con lúgubres aparatos; y nadie llega á la cabecera de un moribundo á salmodiar palabras lamentables. Es una religion fácil de carnales supersticiones, buenas á la vez

para el pueblo que las cree sin reflexionar y para el sábio ó inspirado que la enseña. La ley de Mahoma prohíbe toda investigacion y todo comentario acerca de las causas de la vida y los fenómenos del universo; solo admite la contemplacion del mundo, y el éxtasis que de esto resulta es la recompensa anticipada de la prometida bienaventuranza. Léase el Alcorán, porque todo lo que puede servir para hacer feliz al hombre está escrito en este libro dictado por Dios á su profeta, y el Osmanli lleno del espíritu del Alcorán, compadece todo lo que sale de las bocas profanas: sabe todo lo que debe saber, y en verdad cuando ha encontrado el sitio desde donde puede considerar el cielo y las estrellas, el mar y la verde campiña, y ha contemplado con amor los dias de su vida y ha sido impregnado por un perfume exhalado del cielo, sabe mas dentro de su alma que el sábio henchido de orgullo en medio de sus retortas y sus alambiques.

Las pretendidas maravillas de la civilizacion aplanan al alma y la materializan en la misma proporcion que la de los hechos brutales y sin poesía. Las ideas que fermentan en el espíritu de un verdadero creyente acurrucado á la puerta de su kiosko oyendo al rayo rasgar los espacios, prueban mucho mejor la divina naturaleza del alma que la esplicacion que dé un físico volviendo la rueda de una máquina eléctrica para que resulte una chispa.

En nuestra vejez cuando podemos juzgar la madurez y la escelencia de los frutos de nuestros estudios, volvemos del entusiasmo que nos dieron los descubrimientos que ensoberbecieron nuestra loca y ardiente juventud. El alma, esta cortesana insaciable á quien hemos dado tantos tesoros de ciencia y de vanidad, comienza entonces, cuando presiente la nada, á sondear el vacío de todo lo que ha recibido de las artes y de la civilizacion: un solo rayo de sol que la anima y la embebe en la vida, la hace comprender lo infinito, lo impenetrable y lo *innarrable* mejor que la descomposicion del prisma y las propiedades de cada color. Podemos estar seguros que perdemos en felicidad lo que ganamos en ciencia, y aunque solo fuera con las penas y dolores morales que padecemos en nuestra última hora, bien pagamos

aun mas de lo que vale la dura necesidad de vivir.

Terrestres lazos nos ligan á la vida : esto nos da pena cuando todo nos habla de su conclusion: el que la recibe como un beneficio del cielo , ¿no vale mas que el sábio y el civilizado que marchan prevenidos y que temen perderla? El dogma de la fatalidad al cual está sometido todo buen musulman , ¿no és el triunfo de la humildad y de la resignacion? En todas partes , á cada instante del dia depende del aliento de Dios, que arranca de las montañas la añosa encina y que llama hácia sí á su obra elegida, á la que le conoce y se dirige á él para verle y comprenderle mejor. Esperar morir á cada momento es una aspiracion incesante hácia un mundo mejor.

La fama de un cortesano pasa y le aduerme desde que comienza á vivir ; la quietud del turco no le abandona jamás, y vive entre la tierra y el cielo como nos lo enseña la Biblia. Un verdadero creyente no debe morir ni de miedo ni de ambicion : nunca se suicida: en el curso de la existencia mas monótona en apariencia no sucumbe al fastidio ; en una palabra, se deja vivir conforme á la voluntad del que le ha dado la vida. Practica sin ostentacion la abnegacion de sí mismo y tiene al prógimo todo el amor que debe á Dios. Hace el bien por hacer bien , es piadoso por conviccion , filantrópico práctico por naturaleza.

No hablamos aquí del turco mancillado por el contacto de la civilizacion que degenera de su verdadera raza, sino del turco como le hemos visto en el interior del imperio del hombre, que en todo está cortado por el patron de los antiguos patriarcas.

Este tipo perfecto de la felicidad en la tierra es sin embargo obra de una fé de supersticiones y creencias. Si el Osmanli llega á comprender que el azul del éter es una atmósfera, y que lo que en ella divisa son mundos que gravitan en el espacio y se mueven segun leyes calculadas y reconocidas , esta idea le arrebatará una parte de su aspiracion hácia las obras de Dios. Pero no , nada querrá oír y dirá:—«Yo veo lo que tu ves, pero no tengo el orgullo de querer esplicar lo incomprensible. Tú has medido el curso de un astro porque has seguido sus pa-

sos, yo sé que mis granados darán frutos porque he contado los días que necesitaba para ello. Dios lo ha querido así; *Allah Kerim!* (hágase la voluntad de Dios) responde á todo lo bueno y lo malo que le sucede; es el *alpha* y el *omega* de su admirable filosofía.

La religion que predicó Mahoma se ocupa mas del alma que del cuerpo: el gran pensamiento del Alcorán es relativo á la abolicion del egoismo en la tierra: el creyente habita en este mundo como viágero que va á salir de él al dia siguiente: no bebe vino; sus juegos, si tiene algunos, son una especie de gimnástica ruda y fatigosa, y el amor no tiene para él ni noches de llanto ni dias de pesares y duelos. Lo que él necesita de las mugeres lo tiene segun le plazca á cualquier hora del dia. Encerradas en su harem, las mugeres limitan sus deseos á agradar á su dueño y á contentarse con los placeres de la maternidad: esa es su vida toda. De modo que para el verdadero mahometano una muger es una cosa frívola y volátil que necesita guardar para no perder nada de ella en el tiempo que nos ilusiona. Para él el amor comienza y concluye con el contacto material, y cuando muere no deja en el mundo nada que le interese, esceptuando sus hijos varones que volverá á ver en el Paraiso. Por lo que toca á su esposa, á quien Mahoma niega una alma, nada tiene que ver con ella despues de la tumba; las mugeres del Cielo, prometidas á los elegidos, tienen otra naturaleza: siempre son hermosas y siempre vírgenes.

Mucho se ha glosado la fábula de las houries sin comprenderla bien. Al colocar en el cielo la soberana dominacion de la beldad y del deleite, Mahoma quiso legar á sus pueblos, no una pasion perecedera y terrestre, sino una cosa sublime, ideal, é inaccesible antes de la muerte. ¿El amor no es una aspiracion hácia el sexo femenino que engrandece al hombre mas que otra cualquiera facultad? ¿Dónde se encuentra el estado mas metafísico del alma sino en el *parasismo* de una pasion? Todos los Mahomas del mundo han intentado poner lo ideal del amor en el cielo sin conseguir nadie lo que él consiguió: y ¿por qué? porque hablaban á mercaderes, á almas inferiores.

El amor puro es el símbolo de lo bello y del bien. Si es transitorio y siempre está mezclado con alguna amargura, no se imagina que el lazo donde la imaginación le ha buscado en vano, no existe en la tierra; y si alguna cosa pura es digna de él, sin disputa debe serlo el alma. Esta aspiración del verdadero creyente hácia un *ser femenino*, que solo cree posible en el cielo, ¿no es la trasfiguración celeste, la cosa que el hombre ha buscado sin encontrarla como en sueños la había imaginado, una expansión egoísta hácia la forma perfecta, que no tiene otro objeto que nosotros mismos, y por recompensa un sensualismo divino? ¿Encuétrase por ventura para subyugar al pensamiento un dogma mas atractivo, mas capaz de escitar la contemplación interior?

Sin el amor, sin un *ser femenino*, místico, puro é idealmente hermoso, una religión sería un absurdo. Las religiones duraderas descansan en el amor de Dios, y este amor solo aspira á llegar al ideal supremo é incomprendible por la mediación del *ser femenino* que ellas han personificado en el símbolo de una vírgen pura é immaculada.

Los sectarios que rezan bajo la inspiración de una patrona, experimentan, hasta el extremo de tener un delirio estático, el sentimiento profundo de esta intercesión inefable y pura.

Volviendo al verdadero creyente de Mahoma, su vida en la tierra es todo amor sensual; le está permitido absorber los innumerables deleites de la naturaleza con tal que el exceso no enagene su alma de aquellos que tiene prometidos en el cielo. Para contenerle en la moderación de los deseos, su legislador le ha encerrado en el estrecho círculo de la sencillez de espíritu y los límites de la razón. Lo que le turba ó descarría, como el vino, le está prohibido, y lo que exalta su orgullo hasta hacerle pretender descubrir los secretos del Criador en las incógnitas causas del universo, lo debe creer un crimen cometido con el que le dispensa los beneficios de la vida con tal que entorpezcan sus motivos y los impenetrables manantiales. Fanático por la ley de Mahoma, y obediente á las voluntades de Alá, el verdadero creyente

debe ser el hombre completo de la fatalidad. El sultan le envia el cordon y se ahorca sin mas protesta que la de *Allah-Kerim* (Dios lo ha querido). El sultan le nombra visir y se le oye repetir *Allah-Kerim*. En fin, llega la hora de su hermosa muerte: mas estóico que nunca mira al cielo, cruza sus manos en el pecho, y repite cada vez mas resignado, *Allah-Kerim*. El fatalismo del turco considerado bajo el punto de vista religioso, nos parece la prueba mas sublime de la abnegacion de un hombre y de su dependencia de la divinidad.

Si le gobierna el lado moral de su religion y del fatalismo, un turco es realmente feliz porque cree en Dios sin profundizar el secreto de sus obras, y que sus dias serenos ó sus desventuras son fatalmente decretados por el que manda en este mundo, ya le colme de dones, ya le experimente con trabajos.

Hemos asistido á la última hora de un viejo *pachá* de Corinto que murió enmedio de su familia, y con toda la pompa encantada de los esplendores orientales, y á la larga agonía de un moravito de las cercanias de *Constantina* que estaba cargado de cadenas en los presidios de Tolon (1) y estos dos hombres de dos condiciones tan contrarias, nos han parecido igualmente bellos y felices. La agonía que antecede á su muerte bajo el filo de un alfange, no se parece ni á la estúpida ferocidad de nuestros criminales endurecidos, ni á la jactancia (algunas veces debida á la embriaguez) de ciertos oscuros conspiradores. Sea cual fuere el paraje donde la muerte le llama, nunca llora, nunca se lamenta, siempre está sereno y solemne como un hermoso sol que se pone: Tal se le ve cuando en su kiosko pasea gravemente su estensa mirada por las azuladas ondas del mar, mezclando con la fresca brisa el humo aromático que despide su pipa, cuyo uso incesante le sumerge vagamente en la contemplacion de las obras del cielo. Hay en la vida de este hombre una cosa de que no se pueden penetrar los que solo se alimentan de números y de he-

(1) *Les Forçats*. Paris, 1844, pág. 192.

(N. del autor).

chos materiales; en la vida de este hombre existen innumerables revelaciones. Por ejemplo, á fuerza de ver una estrella, una planta, un animal, se creará que lo que estas tres formas de la creacion tienen de verdadero y palpable, se desprende y viene á fijarse en su espíritu. Newton ha descubierto la ley del mundo, la atraccion, pensando y cavilando siempre ¿quién sabe si esto no podrá suceder mirando sin cesar con éxtasis y amor?

Si el pensamiento es el molde de nuestros pesares ó de nuestra felicidad, confesemos en presencia de un verdadero creyente que su religion le da un alma grande puesto que aspira hácia el cielo, y la ha escudado con el fatalismo contra todas las adversidades que fomentan el exceso de una civilizacion por demas ambiciosa.

La ley de Mahoma todo lo ha previsto, hasta la higiénese de su pueblo, á quien hace fuerte atlético sin vicios en la sangre, sin deformidades orgánicas; y no atormenta ni acrece la inteligencia, pero forma á un hombre con pulmones sólidos y colocados en un vasto pecho, con un corazon que palpita con fortaleza por largo tiempo, y con un estómago conservado de todo lo que le irrita y carga sin necesidad. Obsérvese que la limpieza, esta semi-virtud de San Agustín, y el agua, nuestro primer elemento durante la vida intra-uterina, están honradas y recomendadas como artículos del Alcorán. El baño que calma la escitacion de la carne y la oracion que exalta al alma son las distracciones de todo buen musulman.

El nivel que asimila todas las determinaciones físicas y morales, iguala tambien todas las horas de agonía. Este pueblo que está colocado al pié de la escala de la civilizacion, y que posee todos los medios de elevarse, parece que muere con una muerte comun. Todas las agonías son una repeticion las unas de las otras: todas las almas abandonan los cuerpos de un mismo modo. Todo esto es obra de una religion inflexible é inexorable que ha encerrado los intereses materiales de la vida en el estrecho límite de las necesidades naturales, elevando la moral de los campos del infinito con la perspectiva anticipada y palpable de una felicidad sin fin.

Hemos elegido el ejemplo del mahometismo en toda su pureza, y no en lo que es contrario á las otras religiones, porque no escribimos una obra de crítica: nuestro objeto es probar que si las religiones forman las costumbres de un pueblo, tambien esplican el género de agonía que se observa con mas generalidad bajo esta ó la otra creencia. El fatalismo y las supersticiones que resultan, no estan enfeudados en los climas donde reina el islamismo: en todas partes hay supersticiosos y fatalistas, y cuando estas flaquezas del espíritu humano dimanar de un principio tradicional, entre el alma y las cosas del cielo, nada hemos visto en la última hora que no fuera digno de envidia.

Cuando una religion no forma las costumbres de un pueblo, es imposible marcar su grado de influencia por las escepciones de los que no han cesado de seguir las inspiraciones; eso es lo que sucede en Francia, donde se cree en Dios, unos por convencion y otros (y es en mas pequeña cantidad) por conviccion. Entonces un culto, en toda la acepcion de la palabra, es una cosa vana y de aparato. Puesto que hablamos de las agonías en sus proporciones con la naturaleza del culto establecido, tratemos de una secta que hay en Francia disidente de la comunion de Roma; la protestante.

2.º La religion reformada admite las creencias del cristianismo con algunas variaciones, que formulan una especie de protesta contra ciertas doctrinas tradicionales y reveladas á la Iglesia de Roma. Sostiene contra el adágio tan disputado *«fuera de la Iglesia no hay salvacion»* que el camino del cielo está abierto á todos los hombres. En este culto la cosa mas activa que hay es la práctica de las buenas obras y la filantropía piadosa y modesta, que predica la caridad y demuestra á un hermano en toda alma que sufre, en todo dolor que implora. La filosofia del protestantismo eleva á Dios el alma por la suma de las buenas obras hechas al prógimo en su nombre y para su mayor gloria. De esta filosofia al orgullo, que se pone en su lugar, solo hay un paso. Un protestante nunca desespera de la bondad de Dios mientras sigue las máximas puras y humanas de su sacerdote familiar. En un



templo protestante, nada habla del cielo y de sus inefables delicias como no sea la voz del predicador: si un adepto ha nacido con un cerebro de revelacion, con un alma superior, tiene que bajar de su pedestre, renunciar á la meditacion de los espíritus celestes para colocarse en la multitud de las inteligencias sencillas que admiten y fecundizan del mismo modo las semillas de moral que reciben de un simple sacerdote.

De modo que el abismo abierto entre Roma y Génova es insuperable y estan tan distantes como el poema del frio analisis de un acto circunstanciado: para conocer la influencia ejercida en cualquier moral, basta entrar un momento en un templo, tal como está y como estará siempre. Jesucristo baja en medio de los hombres invisible y puro; pero en las austeras paredes nada escita á la inteligencia del símbolo, ni flores, ni perfumes, ni las voces seráficas que van desde el oído al alma, y desde el alma al cielo.

Al contrario, una Iglesia de Roma agrada á los sentidos y trasporta al alma á un mundo metafísico y real. ¿Porqué no ha de ser así para aquel cuya aspiracion puede elevarse hasta el éxtasis? Además, ¿qué es la Iglesia sino la miniatura de las magnificencias del universo la práctica embellecida de los cuadros de la naturaleza? ¿Y qué diremos del culto de la Iglesia de Roma que no sea una deduccion de sus pompas y de la magestad de sus ceremonias?

La Iglesia, este palacio del rey de los reyes, que visita bajotantas apariencias místicas, donde se muestra en todos los esplendores de su gloria á los que no se cansan de rezar; la Iglesia, digo, ¿no es esta Sion celeste suspendida entre el cielo y la tierra, y los reyes del mundo en los dinteles de esta Jerusalem inmortal vendrán todavía á humillar su vanidad y á declararse vasallos de un soberano? ¡Oh! dígase lo que se quiera, todo esto era muy propio para regocijar y santificar á un alma, para protegerla con una triple coraza de bronce contra los males de la vida, para embellecer la hora de la muerte como la hora en que recobra su libertad; pero es preciso ser dignos de recibir tantos bienes. A todos nos falta, para

poder entender los símbolos de la Iglesia, la simplicidad de la fé sencilla de Clovis, de este rudo Sicambro que en el éxtasis en que su alma se sumergió el día que se hizo cristiano, que tomó la pòmpa de las ceremonias por los esplendores del cielo y exclamó poniendo su mano sobre el hombro del sacerdote: «Tu reino es mas hermoso que el mio.»

La iglesia de Roma no enseña á vivir ni á morir; solo hay un pequeño número de verdaderos fieles como de verdaderos creyentes, para quienes el título de cristiano es alguna cosa en medio de las sensuales felicidades de este mundo.

La religion protestante que admite tantas cosas incontrovertibles sin discutir las, se contenta con el problema de la fé, y no quiere ni profundizarle ni reproducirle bajo formas simbólicas. Niega á los hombres los poderes sobrenaturales, y se contenta con llamar al alma al tribunal de su conciencia y ponerla en causa consigo misma. La razon que la juzga, la absuelve ó la condena. Dios está en todas partes, y su poder resplandece con tanta gloria asi en el tallo de yerba que para apuntar al cielo penetra el mármol de una tumba, como en el astro del dia ó de la noche, al cual el niño de pecho parece dirigir un culto instintivo.

La muerte del protestante no es igual á la del mahometano que aspira á los deleites, ni á la del cristiano que va á sentarse á la diestra de Dios. Si ha obrado bien en la tierra, ha debido merecer el cielo, y entonces descansa en la inagotable bondad del Rey de los cielos. Como ha quitado de su culto toda subordinacion humana y toda exaltacion mental de que no es susceptible la mayor parte de los hombres, pasa el tiempo de su agonía rezando y examinando rigurosamente su conciencia; el sacerdote le habla de Dios y del alma, y dígase lo que se quiera, en sus exórtaciones á la muerte hay un perfume que parece inventado para seducir y arrebatar al cielo una alma ilusionada con la dulzura de la vida.

La religion protestante habla el mismo idioma á los grandes talentos y á las débiles inteligencias: la facilidad del culto que impone, su nivel de igualdad entre todos,

el silencio y la reserva de que blasona respecto á los misterios, los castigos y las recompensas, toda esta reunion de elementos fuertes y digeribles comunica al alma y á sus actos un temple vigoroso que rechaza las vanas preocupaciones y las falsas supersticiones. El ca-  
lilz de la agonía se apura hasta el fondo sin amargura y sin dejar temores ni remordimientos. Por eso el protes-  
tante que no teme los terrores que otras religiones han puesto en derredor de la tumba, baja á ella solemne y sereno como el sol en su magnífica postura. Pero persis-  
timos diciendo que esta religion de dogmas apuntalados por la razon, nunca será la del pueblo bajo, la del pobre y la del afligido: no, la razon no puede reemplazar á la fé, la caridad y las promesas de la revelacion.

El protestantismo no engendra fanáticos ni impíos, pero dá pábulo al fuego que arde en los espíritus mili-  
tantes contra las persecuciones, y á los enemigos irreconciliables de sus creencias.

Es verdad que el número de estos cristianos es com-  
pacto y está mudo. Seguros de sí mismos pueden ir á todos los paises del mundo llevando sus penates y su fé sin tener mas guia ni mas admonitores que la ley es-  
crita. Una sola familia en una isla de la Oceania repre-  
senta fielmente á un miembro separado de un cuerpo de nacion cuya metrópoli es frecuentemente antípoda  
suya. El pastor ó ministro del culto es siempre un hombre de posicion, es el mas anciano de la raza ó de la familia: para honrar á Dios no hace falta saber lo que saben fielmente y del mismo modo todos los que le reverencian.

No debemos estrañarnos de qué una religion que en-  
camina á los hombres hácia una senda tan fácil para lle-  
gar á la virtud, los haga mejores y asegure á todos una existencia tranquila y una muerte serena.

Las agonías dramáticas y reveladoras deben por esto mismo ser muy estrañas, excepto en los tiempos de dis-  
cordias religiosas, en que el espíritu de resistencia y de combates inspira apóstoles ó monomaniza mártires.

3.º El ser cristiano, protestante ó musulman, como  
ño son todos los hombres en las tres cuartas partes del

globo, no es decir que se vive en la práctica áustera de su religion y se debe inducir que la agonía de los unos y de los otros será inevitablemente la última y rápida aspiración hácia lo que fué el objeto de su fé. A decir verdad, una religion que no es el pensamiento fijo de una masa popular reunida en cuerpo de nacion, ha cesado de serlo. Cuando un pueblo, por las mil razones que debilitan las creencias, ha llegado al grado de escepticismo y de indiferencia de las naciones débiles, entonces este pueblo se llama libre é independiente, y marcha al arbitrio de sus pasiones; es egoísta y vario. Sin unidad y sin lazos metafísicos, todo lo que dice, todo lo que hace realiza la metáfora del caos social. Esto es lo que explica la extrema diversidad de las agonías: la clase de gobierno influye sobre el género de muerte mas comun.

No puede existir en la tierra una parte igual de felicidad para todos. Por mas que digan los utopistas, ningún reino monárquico ó democrático puede improvisar para cada individuo *buen mesa, buena cama y todo lo necesario*; porque un hombre coronado y una opinion dominante no son los poderes sobrenaturales del mundo físico, sino poderes imaginarios y mentidores. Un pueblo que abandona el culto de los dioses verdaderos y toma el de los falsos está naturalmente inclinado á dar á los últimos los mismos poderes que á los primeros, y eso es un error: la unidad material es tan imposible como que el sol alumbré á un mismo tiempo á todas las regiones del mundo; solo existe una unidad real, durable y susceptible de compensar la desigualdad de las condiciones, y esa es la unidad religiosa fundada en la existencia de un Dios y la inmortalidad del alma.

Los filósofos que han destronado á Dios en la tierra y negado los destinos del alma, han sido los mayores enemigos de la felicidad de los hombres, y ahora que todo el mal que pudieron hacer está cumplido, nadie disputaria que el culto de la materia que han predicado no es la causa palpable del *cataclismo* social, que á pesar nuestro nos va conduciendo á nuestra pérdida. ¿Es esto demasiado decir? Todo se dirige á la nada.

Si el secreto de la muerte para cada individuo está encerrado en la historia de su vida, ésta nos explica cómo ha vivido el sugeto de que tratamos; es decir, cual ha sido su religion, su gobierno y sus costumbres. El objeto de una religion falla sin un orden político que dimanase de ella y la sostenga á su vez. Puesto que ella es el alma del cuerpo social, ¿qué será si la falta el cuerpo? pero por otra parte el mecanismo gubernamental no sabría funcionar sin un principio de unidad poderosa y lógica como lo exige la duracion de una institucion humana. Registrense todos los anales de los pueblos grandes, dígasenos si los que han finalizado de un modo trágico no han debido su muerte á la *subversion* ó al olvido del gran principio que los habia mantenido unidos; si los que duran siempre, como los judios han quebrantado los fundamentos de su antigua ley. La forma de gobierno puede tambien influir de un modo general en el género de agonía, sobre todo si se la considera como idea evasible de un principio religioso que escluye toda objeccion y todo comentario. Un cuerpo social que encierra mas de un principio, mas de una religion en su seno, peca contra las reglas imprescriptibles de su unidad y de su duracion. ¿Quién pretenderá lo contrario? En apoyo nuestro tenemos las guerras de religion. Obsérvese que todos los males que caen tarde ó temprano sobre los pueblos comienzan siempre por la duda y el argumento que introduce en sus creencias una minoría ambiciosa é inspirada.

El primer cisma se repite bajo diversas formas, y durante la larga existencia de una nacion, no solo en sus elementos religiosos, sino en su política, en sus ideas y en sus costumbres. Se concibe que publicistas profundos hayan podido, desde el origen de las turbaciones de la Iglesia, profetizar las discordias sangrientas, la division de los poderes, la ruina del culto antiguo, la negacion del principio monárquico, el caos moral; pero estas consideraciones nos apartan de nuestro propósito; para dar otro aspecto á nuestra cuestion, la proteccion y los poderes que un gobierno concede á su culto religioso imprimen en los espíritus una direccion unifor-

me que los conduce inevitablemente á las mismas ideas finales. En Italia, donde el pueblo cree en un solo Dios, en una sola fé, en un solo bautismo, nadie delante de la muerte se ha hallado en presencia de una duda ó de una controversia. Muchas veces hemos asistido en Italia á la agonía de las diferentes clases de la sociedad, y esta uniformidad, que se repite desde la cabaña hasta el palacio, ha llamado nuestra atencion. No hay cosa mas comun en este pais que una fé ardiente; esta abstraccion hecha de los vicios y de las pasiones individuales, no pensamos que se encuentre en otra parte que en este hermoso pais donde se halla este conjunto ideal de creencias y de supersticiones que en suma sirve de provecho al pueblo. En los sucesos que cambian la faz del mundo hay una especie de inteligencia misteriosa que los dirige á su grado, y es mas poderosa que todo esfuerzo humano que procure conjurarla. Las diferentes religiones nacen y prosperan en los lugares que deben favorecer su poderoso desarrollo y su mayor duracion. En medio del paganismo que durante mil y doscientos años ha asistido á los triunfos de Roma republicana ó imperial, una humilde semilla cristiana se introduce desde Jerusalem en Roma con algunos judios convertidos, allí echa profundas raices y la semilla se convierte en un poderoso árbol que brota inmensas ramas de la cristiandad.

Véase el prodigio: en otras partes, no bajo el cielo de Roma, con otros cerebros que los que fermentan bajo el sol de la Italia, la palabra de Cristo no se hubiera oido: para que fuera oida y comprendida solo habia un punto en el universo; este punto estaba en Roma.

Supóngase que San Pedro hubiera predicado en Flandes, y dígasenos el éxito de su apostolado. La Italia era la tierra clásica y predestinada del cristianismo, como lo es todavía de todo lo que exige un cerebro marcado con el sello del genio: todo lo que decimos de la especialidad de un clima para la prosperidad de una religion no está fuera de razon; todo lo contrario, las diferentes religiones se han derramado por toda la tierra como lo han sido las grandes familias vegetales; el prurito de su

emigracion es aquel en donde el botánico las encuentra con mas robustez y vigor.

Véase tambien la ley de Mahoma: ¿en qué parte del mundo el Alcorán hubiera encontrado fanáticos sino bajo las bóvedas de la Meca, bajo el abrasado cielo de la Arabia? Es cosa singular que las religiones que con mas energía se adhieren al sentido metafísico hayan nacido en los países donde mas podian sostenerse y propagarse.

Los diversos gobiernos bajo los cuales languidece la hermosa Italia solo han visto en el espíritu religioso, tal como ellos le toleran, un medio lógico de embrutecimiento moral: no encontramos ahora en este país el fanatismo de los tiempos primitivos de la Iglesia: no; los reyes absolutos no quieren esto, porque enciende las almas é inspira las mas generosas resoluciones al escribir en su bandera «Todo por Dios.» Tambien lo que en Francia se llama jóven Italia nada tiene que hacer en esa multitud de hombres doblegados al yugo de plomo de Nápoles y del Austria. La jóven Italia es cosmopolita y ciudadana del universo.

Pero apartando algunas escepciones muy raras y escritas con tinta encarnada en las chancillerías de Viena, todo lo que respira en este país solo tiene el medio de ejercitar las fuerzas vivas del alma aplicándolas á las cosas permitidas. El pueblo bajo y el medio tiene solamente uno: el culto de Roma revisado, aumentado y desfigurado por la incesante necesidad de *innovadas* emociones. El Estado lo quiere así: es preciso que un vasallo italiano sea buen cristiano, es decir, ignorante y supersticioso, y que á estos dos vicios se les llame virtudes de la Iglesia. ¿Cómo no habia de ser así en un país en donde todavia el grito mas sedicioso es *honor y patria*, donde no se permite la impresion de la historia de las repúblicas modernas, porque tendria que pronunciarse muchas veces la palabra *libertad*; donde es preciso tener diez buenos cuarteles de nobleza para conseguir el derecho de leer sin riesgo las obras de Alfieri y de Hugo Foscolo? El espíritu de supersticion no es el del Evangelio: el uno rebaja y aplasta el alma; el otro hace mártires y no esclavos. Este es el secreto de la

plástica cristiana que en Italia se disputa contra todo lo absurdo é imprevisto que inventó el paganismo al fenecer, para despertar el cansado gusto de los idólatras. El problema patente para atrasar ó ahogar la emancipacion de la Italia es embrutecer al pueblo para tenerle en estado de servidumbre. Los medios que usan para conseguirlo son servirse de una religion que gobierne á las almas y las impregne en todas las costumbres de un pueblo vencido.

Bien penetrados de esta máxima, viágemos por Italia; en este pueblo hay la mas bella especie de almas que el cielo ha criado. Inclinado por temperamento moral al entusiasmo y á la adoracion, júzguese lo que podria hacer si le fuera fácil usar sus fuerzas para la conquista de lo bello y de lo útil. Bonaparte era un modelo italiano, un alma hecha al modo de los mas grandes romanos de la república. ¿Y és estraño que la sombría política de los reyes no le encontrára terrible en su isla de Elba, donde el pueblo junto á él, cuando bajaba de su Gólgota en la plaza del Mercado, se llenaba de un silencio sepulcral y caia arrodillado como si se acercase el santo Viático? Este Bonaparte tan grande y tan supersticioso como toda alma privilegiada que posee la revelacion de las grandes cosas ¿ha desmentido á la hora de su muerte su destino italiano? ¿En su última hora no le ha iluminado la fé con todas las verdades del cielo?

La política de los gobiernos de la Italia no pretende grangearse el amor de sus vasallos; eso es una cosa imposible; el amor del pueblo no se hace, pero sí se engendra su eterna infancia y su débil constitucion. El espíritu de la Iglesia es un ayuda poderosa para este fenómeno moral. De grado ó por fuerza es preciso que cada uno se impregne en la ciencia de Dios tal como la han hecho. Los andadores de la supersticion comprimen á este pueblo desde su nacimiento hasta la tumba; las pruebas de su flaqueza y de su impotencia para quitárselos le vienen por órden del cielo, y la voz que ordena su mision á los déspotas resuena por todas partes al ruido de las bayonetas, en los templos y en todas partes donde lleva sus pasos: en este pais vivir como buen cristiano es sa-



crificarse á las prácticas de humildad cristiana, prácticas muchas veces pueriles y absurdas. Con esta educación mezquina es imposible que un italiano que no ha despreciado las miserias de su culto, que no ha saciado su sed de saber en los vivificadores manantiales de una instrucción liberal, pueda descubrir el significado de los verdaderos símbolos de la fé, y que tenga alguna vez una poderosa revelación del mas allá de la tumba.

Si existe en esta tierra, tan rica de poesía y de enseñanzas, algunos espíritus verdaderamente grandes, que los hay, ¿no ois desde el púlpito sagrado las mil voces que los anatematizan? ¿Quién se atrevería á titubear entre Dios y Satanás? ¿entre un grito de protestación y un destierro de la Iglesia? ¿y despues entre la muerte infamante en el suplicio y el *carcere duro* ó la larga muerte de destierro en el Spielberg? Por ventura ¿el orgullo de la dominación ha inventado esas odiosas obras maestras de espanto y terror? Para gozar acerca de las miserias de este mundo olvidamos las torturas del infierno que un criminal político no puede evitar por medio de la confesión, mientras que un bandido del Abruzzo conducido al suplicio, llevado con consideración, si el sacerdote le asiste y si da señales de arrepentimiento

¡Italia! ¡Italia! muger á la vez mundana y arrepentida, en vano la noble raza de tus hijos se ha ligado para libertarte de la ávida tutela de estos déspotas coronados: tú eres la Elena de la civilización moderna y serás todavía por largo tiempo la manzana de la discordia que entre sí se disputarán los reyes celosos de la posesión de tus encantos.

Empero, con esta atmósfera de cristiandad que cubre á la Italia entera, no se puede decir que este hermoso país es aquel en donde el culto de la fe produce los mejores frutos. Las creencias tradicionales están muy multiplicadas, y por mil puntos tocan en el mas grosero sensualismo; y de tal modo que el paganismo con el culto de sus ídolos no nos ofrece en ninguna parte, y mas identificados á la vez, el símbolo y la materia. Aquí la religión ha caído en las mezquinas proporciones de la conveniencia y de la representación; es preciso llamarse

cristiano y parecerlo para vivir en paz con la policía del extranjero y con la Iglesia, que dispone de vuestra alma; se cree en una y otra á la fuerza; la cabeza se inclina y se los maldice *in petto*. Para la clase ínfima es una cosa muy halagüeña maldecir al extranjero. En el reposo casi sepulcral de una sociedad que debilita la moral con un despotismo inexorable para sus solos enemigos, es preciso tener un alma verdaderamente grande para maldecir y conspirar; el pueblo bajo quiere mejor vivir esclavo, y ademas la esclavitud no da en todas partes cadenas y mordazas. La córte de Viena, que las fabrica en comandita, las reserva para esa raza descendiente de los semi-dioses y cuyos nombres solo los pronuncia la Italia temblando y los temerá hasta el momento en que el extranjero muerda el polvo y abandone su presa. Pero aun está muy lejano el dia de la resurreccion; el Austria sabe distinguir la progenie de los hombres nacidos para ser libres de los que viven indiferentemente para ser esclavos. Para los primeros tiene persecuciones, destierros y muerte; para los últimos desden y menosprecio.

Empero, como es preciso vivir, atravesar el camino de la vida, el italiano abusa de todo lo que le es permitido, abre sus ávidos sentidos á los deleites de la tierra, y mece su alma entre mil supersticiones que por todas partes se presentan á alimentar su ignorancia. Las madonas, las cruces, los santos, los *ex voto*, las estátuas de los obispos, de los prelados, las procesiones, todas las formas que se pueden imaginar del culto exterior, le impiden el paso y le obligan mil veces á declararse dependiente de las divinidades de piedra ó de lienzo pintado. Tiene por inquisidores de su comun devocion una multitud de eclesiásticos que pululan por todas partes y cuya tonsura es como una autoridad primordial reconocida por los que mandan y por los que obedecen. Desde la noche hasta la mañana, la Iglesia llama á su seno á la multitud de ociosos, de pecadores, de criminales, de prostitutas que van á purificarse recibiendo la absolucion para poder volver á empezar sin remordimientos la carrera del latrocinio, del crimen y del adulterio.

Recórrase una gran ciudad de la Italia, una de aque-

llas donde no están deshabitados los palacios, ni la yerba crece en medio de las calles, y solo se oirá el canto y murmullo de todas las órdenes mendicantes que llegan de los países vecinos. Los milagros que dicen y los cantos que entonan son bagatelas solamente. ¿Hay por ventura cosa mas comun? Véase ese indigno hábito de capuchino; sale de una casa de un paralítico á quien ha curado en cinco dias, y ese *sanctísimo bambino* que le llevan metido en un cofrecito amarillo á casa del marqués del Castello, cuyo hijo único se muere: los medicos solo tienen esperanza en el *bambino*. ¿Pero qué quiere este monge que tanto me mira? Vá á hablar.— Signor ¿quereis mandarme decir diez misas? hoy es dia de San Juan, y San Juan tiene mucho favor en el cielo.— ¿Y ese otro qué hace en la calle? está predicando. ¿Qué es lo que dice? farsas miserables, y el imbécil pueblo que le escucha sollozando, le cree bajo su palabra. Escuchemos lo que dice hablando del diablo. «Tenia la boca ardiendo, sus ojos brotaban plomo derretido, quiere hablar y una enfurecida esclamacion le sale de la boca.» ¡Ira de Dios con el predicador! su discurso me cuesta un pañuelo, y lo mejor de todo es que le he visto enjugando las lágrimas de sus recién convertidos.

Pero leamos un anuncio que dice: «Esta noche en el gran teatro = *Puritani*. Sigamos leyendo: *Estará de manifesto el Santísimo Sacramento en la iglesia mayor*. Y despues decia: *Charada*: La palabra que habia que descifrar era..... ¿Se comprende ahora lo que es la religion cristiana en Italia? Está cifrada en el Santísimo Sacramento, colocada entre una ópera y una charada.

El ardiente cielo de la Italia, la tierra embellecida por las artes y perfumada por la naturaleza, las conmovedoras ceremonias de un politeismo cristiano, las prohibiciones y las órdenes de los tiranuelos que la gobiernan, solo dejan paso libre á una pasion real, á la del amor.

Pero entendámonos: en este país solo se ama al amor por lo que dá, y no por lo que veda; cien veces se

cambia de ídolo sin renegar del Dios, y con tal que en su gabinete la velada madona no escuche por la centésima vez la misma fórmula de la primera declaracion, todo lo que de ello resulte será definitivamente una carta declaratoria. Una muger que en el curso de su vida ha experimentado los tormentos de una violenta pasion hácia un hombre, se acuerda de ello largo tiempo como de una enfermedad que padeció y que no la condujo á la muerte. Cuando se decia de ella: *Poverina é innamorata, tien l'amore*, era muy digna de compasion. Las oraciones, las misas, los cirios benditos, las promesas á la vírgen de Loreto, no son ni mas ni menos vituperables que los viages de la abandonada griega al promontorio de Leucades. (1) En ciertas ciudades de Italia, el culto del amor y el de Dios se mezclan y se confunden de tal modo, que nunca se sabe cual es lo mas amado, si el que se adora por la mañana de hinojos ó el que por la noche recibe millones de besos. Esto no tiene nada de estraño; tratándose de religion conviene distinguir la forma y la idea: esta no es tan inteligible como se cree: se necesita para aproximarse lo mas que se pueda á la idea de un Dios otra cosa que no sean ceremonias ni fórmulas; se necesita el culto del órgano del pensamiento y la facultad de poder mirar el cielo con los ojos del alma.

Ahora bien, el despotismo que oprime á la Italia entera ha desterrado el culto del cerebro. Negar las estra-  
vagantes y ridículas fórmulas de la creencia en Dios, es elevar á él su pensamiento, es alzarse aun mas que los tiranos y contemplar desde la altura la pequeñez de su estatura. Cuanto mas cristiano bajo (y permítasenos esta espresion) es un pueblo, tanto mas humilde es y servil: eso es lo que queremos. Con todo esto, hágase el amor, compongamos melodías pero que no sean muy litánicas, modérense esos arrebatos de armonía que suben hasta el cielo y que vuelven á caer sobre la tierra como emécticas arenas en las cúpulas de vuestras basí-

(1) Safo.

licas; preferimos una protesta en regla que nos advierta su revolucion, á esas maldiciones que recibimos bajo el nombre de anatemas. Y esta es la Italia del dia, tierra clásica de una religion acomodada á las necesidades del despotismo, donde el pueblo muere como ha vivido sin haber comprendido un dia solamente la dignidad del hombre en la magestad de un Dios. Lo uno y lo otro, que existe innato en los corazones, no ha podido brotar ni crecer bajo el afortunado cielo de la poderosa melodía y de las otras bellas artes. ¿Por qué será esta escepcion? muy fácil es esplicarla.

¿Ahora es necesario decir el género mas comun de agonía? es el que pasa en *mezzo termine* entre los terrores supersticiosos de la tumba y los deleites de la tierra, es decir, entre el sacerdote y el amante. Es muy estraño que en este pais donde la imaginacion no sabe en que parage derramar su copioso raudal, el amor, tan fácil y tan indulgentemente tratado, no ocupe un sitio eminente en la vida de un hombre ó de una muger. En Francia el espíritu religioso reprueba todo lazo mundano y todo comercio adúltero. En vano la cortesana, sea cual fuere su clase, se prosternará delante de los altares y afectará la hipocresía de una falsa: véasela al salir de la iglesia, con la modestia de una reclusa; á nadie ha engañado, las gentes la arrojan una significativa mirada y cuchichean al verla. En el pórtico de una catedral no hay una muger que no haya cometido cien veces este irresistible pecado de murmuracion. En el reino de la Iglesia y en toda la Italia, el amor es una necesidad tan imperiosa como la admiracion de las maravillas artísticas que deleitan al alma cuando no la embriagan en placer. Hasta la edad en que la ilusion de los sentidos cesa de incitar á las pasiones, siempre tenemos un objeto amado: aqui como en todas partes su nombre no se declara, pero por todos lados nos persigue, en los paseos, en la iglesia y aun nos place el verle en los escalones del altar cumpliendo frecuentemente sus primeros deberes de cristiano; en fin, en la hora terrible de la agonía él es el que alterna con el confesor cuando se trata de consuelos y esperanzas.

La costumbre de los sacramentos, el uso frecuente é interesado de la confesion, una supersticiosa fé en el cirio que arde á los pies de la Madona ó del santo Patron, el contacto familiar con gente de iglesia, el valor de las indulgencias, en una palabra, todas las seguridades contra las penas del infierno y aun contra las del purgatorio, han desnaturalizado en el pueblo italiano el carácter semi-divino de la agonía.

¿Cómo no se ha de debilitar acerca de las bienaventuranzas y las santificaciones, este pueblo, que ha visto tantas veces hundidas y vilmente rebajadas las delicias del paraíso; porque un *ilustrísimo* criminal lleno de innumerables asesinatos ha hecho una confesion ejemplar al pie del cadalso? ¿Un italiano como le forman el emperador y el Papa, ha de dudar de su salvacion en el otro mundo, cuando ve á un fray Pablo, ejecutado en la plaza, y cuyos rotos hábitos se distribuyen en pedacitos despues de su suplicio como una reliquia del santo mas santo del calendario? En un país donde abundan las supersticiones, nadie duda de la salvacion teniendo confesiones é indulgencias. Cada uno se señala su lugar en el cielo, y cuando ha llegado el momento de ocuparle, ninguno muere con el heroísmo de un moribundo divinizado, sino con el pesar de disfrutar demasiado pronto lo que tan seguro se tiene.

El sentimiento materializado del espíritu cristiano no abandona nunca á un italiano en todas las posiciones de la vida; á cada paso que dá le encuentra sin poder librarse de él: su ángel bueno es humano y débil como él, habla el mismo idioma y toma la mitad de todas sus acciones. Segun es hombre ó muger así le aconseja: solo es inexorable tratándose de puntos de *heregia*, en eso no encuentra posible la salvacion. Ninguna muger escogerá sus amores en la clase de los hereges, y si alguna cosa le atormenta si se une con un extranjero, es el no saber rigurosamente el grado de su devocion. Entre en su aposento con todos los escrúpulos de un beato el que quiera ser bien recibido, y con tal que no sea un hombre impío y sin fé, nada importa lo demas, y no se repara en otras malas cualidades. Déjesele decir su

oracion á la buena madona, recitar su Ave María en medio de sus caricias, y poner una vela á sus santos favoritos para que su vista no se ofusque y conserve tranquila la conciencia.

Si os reis de sus creencias manifestais impiedad y llevais la audacia al estremo de decir que sois hugonote, entonces evaporais la ilusion y rompeis el lazo misterioso de dos almas, el amor se desvanece. En el tribunal tan conciliador de la penitencia ¿quién se atreverá á confesar alguna inclinacion á un herege, un pacto carnal con un condenado, un secuaz del infierno? esto no es posible: la Iglesia no ha previsto este caso de escunion, la misma córte de Roma es impotente contra delito tan enorme. Las agonías de los italianos que hemos estudiado, dimanen todas del mismo sentimiento cristiano. Hay algunas que aunque no son raras, bien se podrian llamar escepciones, pero si se alejan del tipo comun y ordinario, nótese que es fuerza considerarlas como retoños desnaturalizados por la instruccion liberal y su repetido contacto con la patria de su eleccion. Concebimos que los italianos proscritos, aquellos á quienes la fama de su patriotismo ha marcado á los ojos de los déspotas como señales de la futura insurreccion, quieran sacar á sus muelles conciudadanos del servilismo y del embrutecimiento cristiano. El interés de su causa ordena esta protesta, pero en buena lógica ¿qué pueden hacer sino disculparlos ó negarlos? Solo la fiebre ardiente de la insurreccion general puede darnos la tasa del fanatismo italiano por la libertad, hasta que llegue este dia, que aun está cubierto con las sombras del porvenir, en que oigamos salir un grito de reunion de las cimas del Tirol ó del Abruzzo; hasta que llegue este dia no tememos decir que lejos de ser el cristianismo una señal de redencion, es mas bien para la Italia una especie de fondo vitalicio donde el pueblo sin interés material pone su libertad entera por la simple promesa de que despues de su muerte gozará de algunas fanegas de felicidad en el reino de los cielos.

Todo este aplanamiento moral no es una obra de una religion que ha emancipado al mundo; lejos estamos de

creerlo así; el mal de la Italia proviene del mismo manantial que ha purificado la tierra y que el egoismo del poder ha emponzoñado para debilitar y pervertir esas propiedades civilizadoras. Sí; en Italia la idea sublime de la religion ha sido sacrificada á la forma, y la práctica de esta está tanto mas recargada cuanto las susceptibilidades de los tiranos han sido mas irritantes y por consecuencia mas sospechosas.

Véase el número siempre creciente de las pruebas inquisitoriales en las manos de los sacerdotes á cada conjuración verdadera ó falsa que la policía del Papa ó del Austria consigue descubrir. Tal ciudad que el dia antes de una conmoción popular solo daba 10,000 cédulas de confesion teniendo una poblacion de 20,000 almas, al dia siguiente da 15,000. Y esta cédula ¿qué es sino una carta de seguridad, un certificado de buen cristiano? ¡Oh! necesario es en verdad estar poco dotado del sentido metafísico de la divinidad, y que la costumbre de la esclavitud desnaturalice los cráneos para que una poblacion se deje mutilar del órgano mas noble y consienta en alimentarse de supersticiones.

Es un hecho que los italianos, aun aquellos de una mediana instruccion que mueren en París, son diferentes de los mismos hombres que mueren en una provincia. Parece que la increacion del sentimiento cristiano, despojado de las lisonjas de las bajas creencias, brilla con mas vivo resplandor lejos de la nebulosa atmósfera de las supersticiones. Nunca una agonía de un puro liberal, de un Lafayette, ha tenido mas semejanza á las de los nobles proscriptos de este pais. En otra parte citaremos ejemplos, porque ahora tratamos de la muerte clásica en Italia.

Y luego no puede haber agonía sin sacerdote, sin mil fórmulas edificativas y preparatorias para la pompa del último dia. Si el paciente es hombre rico y colocado en alto puesto, si el mal que le devora es lento, *crónico*, entonces la agonía es un largo prólogo á la manera de los dramas de la escuela alemana, donde antes de entrar en escena se manifiesta en detalle todo lo que va á suceder. Aquí el que hace el principal papel sabe por otro



puesto *ad hoc* todas las pruebas que va á sufrir, cuando su alma despojada de su mezquina cubierta se háya lanzado por las puertas de la eternidad.

En las naciones ilustradas la esperiencia ha probado que á la hora de la muerte es cuando el hombre es menos supersticioso. En esta las luces de las artes brillan sin duda ninguna bajo la bóveda celeste, pero la mano no crea, se queda enana, teme al infierno y cree ciegamente en todo lo que preserva de él. Es muy raro que un sacerdote ó un fraile no se haya introducido en la familia como el benévolo mediador entre ella y Dios; su hermoso ministerio comienza en el momento en que el facultativo mueve la cabeza en señal de duda acerca de sus poderes intelectuales en la facultad; y si no es una de esas notabilidades que por conviccion científica son liberales, y por consecuencia estan condenados sin misericordia, las mueve siempre que un enfermo delira y sueña con el otro mundo.

Una vez condenado por el arte, el desgraciado sufre sin desamparar los temores siempre despiertos de su amigo *el abate*. La poderosa intercesion de la Virgen con Dios tiene ya adquirida, y ha prometido cien niñas y un adorno para el altar de la Madona. Este donativo no ha aliviado su mal; ¿quién sabe? puede que la vírgen de *Montenero* tenga mas influencia con Dios. Otra promesa. Si la enfermedad se prolonga, las intercesiones se multiplican y se van aumentando considerablemente hasta que llegan al mas recóndito confin de Italia; pero no por eso se pone bueno: ¿en qué consistirá que el cielo está sordo á las oraciones del pobre desgraciado? Algun gran pecado sin duda que se ha quedado olvidado y perdido en los pliegues de la conciencia. Y entonces comienzan los largos interrogatorios con el sacerdote, regístrase la vida pasada en el terreno de las pasiones pequeñas, de los mezquinos intereses, de los placeres y de las penas con que está sembrada la existencia; y si se llega á descubrir un juramento falso, una impiedad, una ganancia ilícita, vuelven á empezar las demandas de perdon, la espiacion de un sacrilegio, las restituciones, y vuelven á dar al moribundo el bálsamo consola-

dor de la esperanza. Su miserable lecho va tomando poco á poco el aspecto de una basílica, el Cristo de marfil está iluminado, las estatuas de la Virgen y de los santos estan adornadas y perfumadas, la ennegrecida imágen del Santo de devocion, las reliquias, los cantos piadosos, las exhortaciones á la muerte, las lágrimas de la familia, la campana que resuena á lo lejos, la cofradía de penitentes á que pertenece el moribundo, la voz grave del sacerdote que recita en medio de los demas que estan de hinojos, las oraciones de una buena muerte, todo este acompañamiento á la demolicion de un edificio humano llenan de estupor al alma mejor dispuesta para inspirarse á sí misma, y sale del cuerpo mas esclava que nunca de este culto plástico que desde que entró en la vida la preparó para este género de muerte.

Todos los hombres que han predicado la infalibilidad se proponen morir en el espíritu de su Iglesia; y todas las religiones concuerdan con esto. En Italia es en donde se ha hablado al alma mas que en cualquier otro pais el language materialista de las miserias terrenas, y sin embargo el alma que sobrevive algunas horas á la ruina de su prision escucha con deleite la poesía del cielo; porque entonces la grandeza de Dios ha cesado de ser un problema para ella. En vez de instruirse y purificarse con las revelaciones del que agoniza, ¿por qué subyugarle y *animalizarle* cuando se ha trasformado en espíritu puro y ve su sitio al lado de los ángeles exaltando la gloria del verdadero autor de lo creado y de lo increado? Los hombres lo han dañado todo, hasta el misterio de la muerte.

En Italia, la existencia de Dios y la inmortalidad del alma completan un cuerpo de ciencia aprendida y profesada por una minoría competente. Los interesados la dan al pueblo con un interés especulativo que abraza á la humanidad sin preocuparla acerca de su verdadero fin. Pasa uno por cristiano toda su vida y como tal se le recibe á la hora de la muerte, así como si se reconociera á un doctor en derecho y medicina segun las teorías aprendidas en los bancos de la universidad.

Sin embargo, existe un *quid divinum* olvidado en ca-

da cabeza, que forma al hombre de genio cuando entregado á sí mismo se interroga sinceramente en el fondo de su conciencia acerca del objeto real de su tránsito por este mundo. Una inteligencia llena de dudas y de teorías, de controversias y de sistemas no sentirá nunca penetrar en ella un rayo de verdad. También hay cristianos poderosamente unidos á la mansion de las tinieblas, bajo la fasciacion de Satanás, de los diablos, de los duendes y de las brujas: estos podrán alguna vez esclamar en el entusiasmo de una santa revelacion: *Fiat lux.*

— La inteligencia mas vasta y el genio mas superior tienen sus supersticiones, bien lo sabemos; pero estas, como son emanadas por una sublime facultad de intuicion (1) del dominio de las cosas metafísicas y reveladas, no se parecen á esas innumerables apariciones subterráneas, agrestes y flotantes en el espacio que el absolutismo fecunda en Italia. Diríase al ver el celo inquisitorial que tienen los soberanos en perpetuar la infancia del pensamiento, que la legitimidad del poder no se muestra divina é inviolable á los ojos de estos pueblos sino contaminando con mentira el cielo mas hermoso y la tierra mas poética del mundo.

— Los papas y los grandes prelados únicamente mueren libres de las supersticiones, y su alma se lanza altiva y triunfante como el águila real que subia al cielo el dia del apotéosis de los emperadores de Roma; su agonía es una solemne parada. Allí debian ir todos los hombres á aprender lo que ya hemos explicado, que el arte de morir es una ciencia adquirida por ciertas clases de la sociedad, y que la agonía puede trasformarse en un papel que se repite del mismo modo que se aprende. Todos los grandes dignatarios de la Iglesia mueren del mismo modo; ninguno de ellos ha desesperado de su salvacion, y para ello nada han conservado de las antiguas supersticiones populares. Estas forman el monopolio del ínfimo clero. Dígasenos porqué el alma de un papa es verdaderamente

(1) Vision beatífica.

papal hasta el fin. El sentimiento íntimo de una p<sup>o</sup>tes-  
 tad emanada del cielo, la custodia de las llaves de San Pe-  
 dro, el título de ministro de Dios en la tierra, todos es-  
 tos poderes sobrenaturales deben determinar en el alma  
 algo de divino, un reflejo del cielo, en fin el *no sé qué*  
 que no es de este mundo, siempre y cuando que el hom-  
 bre que esté investido de ellos tenga un alma grande y re-  
 veladora.

El cerebro de Pascal, de Fenelon ó de Goëthe bajo la  
 triple corona hubiera penetrado aun mas allá de lo que  
 les fué permitido descubrir. De modo que las diversas cir-  
 cunstancias que circundan á un hombre desde el naci-  
 miento hasta la tumba, forman un alma de papa, de em-  
 perador, de conde, de particular ó de imbecil. El último  
 suspiro de un papa al morir es: *ego sum papa*, que quie-  
 re decir: «yo soy mas que los reyes de la tierra y los que  
 están en el cielo.» Luis XI disimulando su agonía y sen-  
 tándose en su lecho recamado de oro, se ponía su coro-  
 na, se proclamaba rey de los pueblos y creía que iba á  
 bajar á la tumba con manto real. ¿Será todo esto una  
 ilusión?

Una religion influye en el género mas común de ago-  
 nía y muerte segun sea el gobierno del pais donde ten-  
 ga su culto, y á este título la Italia, que hemos visitado  
 como observador paciente y no prevenido, reclamaba la  
 larga parte que la hemós dado en nuestra obra. Además,  
 los gobiernos absolutos dirigen á los pueblos segun la  
 inteligencia de una idea, y ¡cosa estraña! esta se fun-  
 da en un círculo, algunas veces monstruoso, de ereencias  
 ridículas y absurdas supersticiones. Cuando el Occidente  
 se desplomaba sobre el Oriente para conquistar una  
 tumba, y un cristiano deliraba con alcanzar la gloria de  
 morir en Palestina, dígasenos quien le hacia guerrero  
 y mártir. Ya lo veis, la supersticion trocada convierte  
 en gigantes á los enanos; el que muere hoy en la som-  
 bría preocupacion del infierno, dirá mañana en medio  
 de una carga de caballeria: *Dolce patria mori*, y sin  
 embargo el amor de la patria nada tiene que ver con el  
 de Dios, ni con el temor al demonio. Únicamente estan  
 cambiados los nombres.

Es tanta verdad que los gobiernos, según las ideas religiosas y morales que profesan, hacen las costumbres de un pueblo que todos los estados de Italia no viven bajo el mismo despotismo monacal, y por consecuencia preparan unas agencias más adaptables á la ciencia pura y la sencilla verdad de una religión revelada. A medida que el elemento romano se vá segregando, ya se vá viendo á la libertad de pensar modificar las creencias al alma, esta aspiración divina elevarse con sus propias fuerzas y sin obstáculos, y adoptar ella misma por convicción todo lo que asegura su dicha en este mundo y su felicidad en el otro. La Toscana goza de un gobierno casi excepcional en Italia, y el pueblo vive y muere en un espíritu religioso que ya no es parecido al retrato que hemos hecho de los estados de Roma y de Módena.

Si de aquí pasamos á Córcega, á esta isla cuyas costumbres ensalzan en parte el espíritu general de la metrópoli cristiana, ya no nos hallamos en el mismo país; y la causa es que la isla de Córcega es francesa más por orgullo que por convicción ó derecho de conquista. Un corso se avergüenza todavía al pensar que sus abuelos fueron vasallos de la miserable república de Génova. Además, la civilización francesa penetra por buen parage, porque la isla de Córcega conserva todavía sus costumbres, sus supersticiones y sus antiguas creencias. El carácter corso es el pináculo del orgullo humano; en este país el menor atentado á la dignidad del hombre no tiene perdón, y si tienen una fé ciega en la omnipotencia de Dios, no es tanto por adorarle y amarle, cuanto por asociarle á sus pasiones. Un corso que al morir deja un enemigo en el mundo, una *inimicitia di sangue* daría su alma al demonio con tal que al espirar viera á sus pies al que en vano ha perseguido. Y cuenta, que no hay un corso que no tenga un enemigo de esta especie: la venganza es su carácter nacional, y esta pasión absorbe á las demás.

De la necesidad de guardarse de las asechanzas de un asesino nace en el corso el uso de las armas y la indiferencia con que miran la muerte, sea cual fuere el as-

pecto con que la fatalidad se la presente, y la acepta sin temblar y sin ningun terror vano. Los muchachos que nacen en esta isla se vengán ya del menor insulto como si fueran hombres inexorables (1), y los hermanos de la doctrina cristiana han hecho vanos esfuerzos para impedir que al salir de las clases los discípulos se llenasen de heridas hechas con los cortaplumas. La agonía de los corsos es como la de los papas, solemne, magestuosa. En este país se desdeñan los melosos y amargos consuelos que un sacerdote, compasivo por costumbre, prodiga al pobre moribundo. En Córcega el lenguaje es limpio y claro como el cristal, y el futuro difunto que habla está tan sereno como Bayardo en el campo de batalla. «Hijo mio, voy á morir, y os dejo un enemigo que es *fulano*; guardaos de él. Dios únicamente ha oído mis súplicas fervientes cuando le pedía que me librase de él. Amaos, yengadme y rezad por mi alma. Muero como buen cristiano, arrepentido, pero no vencido.»

La carrera de los crímenes, el espíritu belicoso que se ejercita en los combates inspiran únicamente este género de agonía y muerte. Obsérvese que ya estamos lejos del corazón de la Italia, de las pueriles creencias y de la servidumbre monacal. Aun despues de su último suspiro un corso es guerrero y cristiano, y por haber sido uno y otro no ha necesitado directores ni sacerdotes; pero ya ha espirado; véamos el funeral que se prepara. Está colocado en medio de la sala rodeado de sus amigos, aun en compañía de sus armas que estan colgadas como trofeos en las paredes de la sala: en un rincon le *pidrano* reza, en otro lado las lloronas sollozan, los hombres se preguntan unos á otros é improvisan su biografía.—Era valiente, dice uno.—Y caritativo, responde otro.—Deja á sus hijos un hermoso modelo de piedad y de valor.

En Córcega se llora poco; un muerto no necesita lágrimas: al contrario, la amistad y el amor á la orilla de la tumba; antes que le cubra la tierra le dirigen tiernas

(1) Véase nuestra obra: *Les Forçats considerés sous le rapport physiologique, moral et intellectuel*. Paris, 1841, pág. 414.

(N. del autor).

y piadosas reconvenciones acerca de su emigracion de este mundo. ¿Por qué nos has abandonado? ¿no tenias una buena muger, hijos amantes y queridos amigos?

De modo que la historia de la agonía y de la muerte en la isla de Córcega prueba que cuando el espíritu de una poblacion es llevado por un movimiento general, toda individualidad se confunde en las masas y demuestra las mismas ideas en presencia de las cadenas del cadalso ó de un fin natural. La isla de Córcega es un pais excepcional: francés por ocasion, es por sus costumbres el antípoda del mas oscuro de nuestros departamentos: tambien es el que encierra la raza humana mas intelectual y mas altiva, pero esa está en el corazon de la isla rodeada por las montañas del Finmorbo: ya fuera de aquel sitio hay menos inteligencia y altivez; es una raza mista del continente y de la isla que no merece nuestra admiracion.

El alma del verdadero corso tiene cierto carácter árabe: del mismo modo que el árabe de Argel no se asusta al pensamiento de la muerte. Menos voluptuoso que un turco, pero tan buen creyente como él, rudo y altivo, como vá por el mundo peregrinando y solo espera en Dios, el dolor, la esclavitud y la muerte le encuentran con una conciencia tranquila y un alma resignada.

Hemos visto muchas agonías de árabes que padecian agudísimos dolores en un miserable lecho; su altivez no se ha desmentido nunca, ni al aspecto de las cadenas que la política francesa pone en sus manos en el presidio de Tolon; tienen confianza en Dios y esto les basta. Recordamos la respuesta dada por uno al oírme dar la órden de quitarle las cadenas:—«Te doy gracias por tu humanidad, mas no la necesito: déjame, esta cadena no puede tener cautiva al alma que Dios llama á su lado.» Entonces un árabe se acercó al moribundo, le hizo la última vez las abluciones consagradas, y le dijo algunas palabras á las que contestó por señas; despues el paciente se cubrió con la sábana y murió. Mohamed, que le habia asistido, nos dijo al verle inmóvil y frío.—«No es él es su vestido; él está libre y en el cielo.» Esta impasibi-

lidad tiene algunas veces un esplendor tan extraño que casi induce á creer que tales cuerpos no tienen alma. Un día estaban decapitando en Argel con un sable mellado á muchos gefes de tribus que habíamos hecho prisioneros de guerra: ellos mismos iban al pié del patíbulo á que les cortaran la cabeza, para que su muerte infamante sirviera de leccion y espanto á sus semejantes: los que esperaban su turno veian á la ávida muchedumbre cercarlos en derredor, y cuando sus ojos se fijaban en la horrible carnicería que se estaba haciendo, no apartaban la cabeza: y créase que no era el fanatismo el que los daba el estoicismo de la muerte; estos hombres saben más que nosotros acerca de este misterio, y porque estan convencidos de que la muerte es una victoria de la vida, se apresuran á librar al alma de su prision lo mas pronto posible.

A medida que nos alejamos de los grandes focos de la civilizacion, y nos acercamos á los valles y á las montañas, el carácter de la muerte va tomando cada vez mas el sereno aspecto del cielo en un hermoso crepúsculo de la tarde. El árabe que muere en su tienda quiere ver otra vez el Oriente, y este deseo, cosa extraña, suele ser el último de las grandes y puras inteligencias, cuando se sienten bajo el poder de la mano del tiempo. ¡Qué diferencia de este fin al de un ciudadano de Roma ó de París, en medio de las ceremonias simbólicas que le hacen echar de menos la vida y los mil atractivos con que se adorna á los ojos del poderoso y del rico! En general, la muerte se hace de un modo tanto mas sencillo y natural, cuánto mas libre se está de los innumerables lazos de la civilizacion.

¿El árabe tan estóico ó el corso tan rudo y tan altivo moriría como su abuelo si á cada paso se dejase llevar de la indolencia italiana ó francesa? ¿Tiene la vida cosas tan dulces que nos obligan á adherirnos á ella! Solo preguntaremos si es mejor vivir que disfrutar mas de lo que en el mundo se goza: los felices lo creen así, pero si un mal de piedra les rompié los riñones, bien envidiarán la virgen constitucion de los árabes. La mas hermosa leccion de moderación y templanza he oido salir de una boca que



ha pronunciado mil juramentos de amor, pero entonces era impura y solo daba á conocer las necesidades de una naturaleza decadente.

Para terminar este capítulo convendria examinar la influencia de la religion sobre las costumbres y la moda de morir en Francia, pero esta es una cuestion árdua y que no se puede dilucidar *á priori*. Si hay una religion en Francia, en vano se la busca en el Estado. *El filosofismo*, las revoluciones, la inestabilidad de los gobiernos y de las monarquías, la confusion de las clases, el derecho de pensar en todo y de hablar de todo, la libertad política y religiosa de las masas, todos estos elementos diversos multiplicados y confundidos han procreado á hombres nuevos y á una sociedad nueva. De este caos moral saldrá sin duda ninguna alguna cosa, un pensamiento comun, un principio fundamental, un símbolo: mientras llega este dia de regeneracion, lo que mas se teme en Francia es la muerte: de todas las influencias fundamentales, cuyo objeto es modificar la suerte de la humanidad, la religion antigua, nos atrevemos á decirlo, ha enagenado y perdido su derecho de primogenitura: y ¿cómo habia de ser otra cosa? Vemos que detrás de nosotros el filosofismo de los últimos tiempos de la monarquía absoluta la disputa su orígen; una revolucion radical derriba sus altares, la república la destierra, el consulado la llama y la dicta sus nuevos poderes, el imperio la vuelve á constituir y se la apropia como una medida política, la restauracion la adorna con oropeles, y el año 1830 teme comprometerse con ella y la tiene guardada para usar de ella con prudencia y por via de ensayo. Ya la llegará su turno de rehabilitacion como á todas las cosas grandes y útiles á la verdadera felicidad de las masas; pero necesita que antes que ella vengan por precursores otros hombres y otras cosas. Este dia está aun muy lejano. Entre tanto la agonía y la muerte tomarán las formas variadas que deban darlas las opiniones dominantes y los sistemas acreditados.

Los franceses son monómanos de la idea que los' haga sin convencerlos, siempre que no dure mucho tiempo; supersticiosa ó verdadera, seguirán la idea nueva

como á una luz fosfórica por todas partes donde los conduzca el que los muestre el fin. Siempre engañados, siempre crédulos, se sacrificarán por ella sin conocer ni desengañarse que era solamente una frase sonora é hinchada. De cincuenta años á esta parte la Francia ha derramado su mas pura sangre para consolidar la libertad y la gloria de su nombre. ¿Qué nos resta de tantos esfuerzos? algunas páginas gloriosas en la historia y nada mas. La Francia puede ser todo lo que quiere: en el día codicia el bien material, el oro y las posiciones que alimentan el lujo y la moda. En este nuevo camino ha renegado sin pudor de todas las glorias del pasado: se ha hecho mercader y traficante. Allí iremos á buscarla para condenarla ó absolverla.



### CAPÍTULO III.

#### DE LA EMBRIAGUEZ.

##### Resumen.

De la embriaguez.—Consideraciones generales.—Influencia del abuso de los licores alcohólicos en las costumbres y la constitucion de los pueblos.—Resultados patológicos.—Ejemplos diversos.—Marineros del Norte y del Mediodia de la Francia.—La embriaguez prepara al espiritu para la esclavitud.—Agonia y muerte de los borrachos.

La usura de la vida por la incesante monomanía de una pasion, conduce á la muerte ayudada por un verdadero suicidio; y cuando una pasion en un mismo individuo se une con otra como dos forzados en la misma cadena, es muy estraño que el hombre que sufre este doble despotis mo no sea inmoral. Entiéndase que queremos hablar de las agonías de un género innoble, de aquellas que, enagenan al alma á las nobles inspiraciones de la gloria, de la filantropía y de la religion. Cualquier cosa grande y creadora llevada á los últimos límites de lo posible caracteriza en el cerebro que la concibe una verdadera pasion; pero el hombre ¿qué es, si llega á ser víctima de su deseo? ¿muere de otro modo que un apasionado de Baco? Las exaltadas y quizá mortales ilusiones de la gloria colocan á sus mártires en un lecho de laureles,

no así á los que satisfacen sus deseos con todo lo que enerva y mata; para estos no hay piedad ni admiración.

¿Porqué razon un placer se convierte en una irresistible necesidad? Primeramente nos atrae la necesidad de un escitante al que la naturaleza ha unido el sentimiento del placer; despues el mismo placer nos incita, nos hace conocer el encanto de la vida, y nos induce á renovar las ocasiones. La frecuente embriaguez supone poca estimacion de sí mismo, y es muy extraordinario que los que estan dados á este vicio no tienen ese *yo* moral llamado razon y voluntad para conocer el mal y alejarse de él. No hay peor cortesana que la botella; promete y da alegres emociones, el olvido de las penas y el sueño. El que va á la taberna será, ya por defecto de inclinacion intelectual y moral, como el artesano inepto y ocioso, ya por el desprecio que se suele hacer de estas cualidades, ya por la falta de un órgano en el cerebro, el de la propia estimacion. Lo que es imitacion al empezar, es pasion al concluir.

El entorpecimiento del cerebro por la sangre, inevitable consecuencia de la embriaguez, usa y debilita las fibras de este órgano, su fatiga es extrema, y si solo cesa por medio de otra escitacion báquica, puédesse tener seguridad que los resultados serán una agonía bestial y una muerte sin el *canto del cisne* del alma. Si el cielo ha dotado á un cerebro de la protuberancia del genio, si en un hombre existia una chispa del fuego sagrado, si además una educacion lógica ha contribuido al desarrollo de las mas altas facultades morales, en cuanto la embriaguez le agrada y le atrae, se va robando á sí mismo á cada instante, se va arrancando una por una las mejores cualidades de su alma, como un ave del nuevo mundo que se va arrancando sus mas hermosas y doradas plumas hasta que se hace sangre.

Las incitaciones á la embriaguez residen en el sentimiento innato que arrastra á los cerebros á la escitacion de sus fuerzas naturales y de consiguiente á la aberracion del gusto que las duplica y las exalta. Todos los hombres brutales y simples prefieren el medio que

sin trabajo les procura la exageracion de su potencia vital. Atraídos y embrutecidos por el poder de las bebidas fuertes, los salvages de los mares del Sur se doblegaron sin resistencia á la esclavitud que la civilizacion les ofreció. El aguardiente estinguió en ellos el sentimiento mas natural á la humanidad, el del amor paterno, y por una botella de rom ha habido padre que ha abandonado á su hijo. Por otra parte, la embriaguez produce los mismos resultados, pues el hombre entregado á este vicio abandona á su familia en manos de la desgracia y de la muerte, porque el tronco que debe sostenerla cae al suelo inútil y sin poder.

Las leyes que defienden al hombre de las agresiones de este vicio enmudecen, y quizá son protectoras de sus inexorables enemigos. En Francia, por ejemplo, donde la religion ha perdido en alto grado su prestigio, donde el sacerdote, que solo es iniciador de la moral del pueblo por la propagacion de las creencias religiosas y el temor que inspiran los castigos reservados á los infractores de la ley, con dificultad encuentra eco en la conciencia de aquel á quien un barniz de civilizacion ha infatuado con el título mal comprendido de hombre libre y ciudadano. ¿Cómo ha de renunciar un hijo del pueblo á satisfacer una pasion tan fácil de cumplir cuando la legislacion de su pais, que le refrena en sus extravíos con el temor de un castigo, tolera por privilegio un número que cada vez vá en progresion ascendente, de tabernas y otros mil lugares protegidos por la ley, donde con toda impunidad se puede demoler el cuerpo y embrutecer la razon? Si el gobierno de la Italia central tolera á los propagadores de las supersticiones que enervan el alma y el corazon, en Francia se llegará al mismo punto de enfermedad moral segun se ofrece proteccion al que quiere abrir una taberna: ¿y para qué sirven las enormes sumas que se emplean en la instruccion de las clases bajas, si se deja á merced de la multitud el elegir entre la ilustracion y la bebida que la apaga y esteriliza? El vicio de la embriaguez se contagia y causa á la sociedad una infinidad de males mayores que los que en otro tiempo causaba la lotería.

En el día las clases elevadas y aun las medianas no se embriagan por monomania, y este buen resultado se debe atribuir á la educacion que proscrib[e] el abuso, á la creciente debilidad de nuestra especie, donde domina el elemento nervioso, y en fin al genio industrial que absorve á la mayoría de la nacion.

El hombre que bebe para embriagarse está exento de ambicion. Hemos recorrido toda la Francia, y hemos adquirido la conviccion de que son muy raros los borrachos de alta clase, bien porque el disgusto que tal vicio inspira haya traído una reforma, bien porque otras pasiones hayan tomado su lugar. Bajo un régimen constitucional, donde cada persona tiene su parte de poder y quiere aumentarle, nadie quiere quedarse sin una buena posicion en el estado porque esté tachado de incapacidad por embriaguez. Obsérvese que en una ciudad de treinta mil almas, cuando se posee un nombre y un empleo, es difícil ocultar el vicio de la embriaguez, que es con el que se tiene menos indulgencia, y el que se denuncia con mas atrevimiento.

Cuando existe en una clase noble ó del estado llano un partidario del vino, ninguno de sus actos se libra de la atencion pública. Pasar por borracho, es una lepra social que solo se cura en el sepulcro. Tambien debemos conocer que con dificultad se cura este vicio, á no ser que el que está dominado por él sea de cierta clase y tenga una gran virtud. Entonces despues de un solaz que hace pasar por mil motivos de muertes y padecimientos, si por casualidad se consigue librarse de la gran ley, créase que está curado de la borrachera.

Hemos conocido á un jóven de buena familia que en muy temprana edad estaba desgastado por el uso del aguardiente: una noche que se retiraba en su habitual estado á su casa, creyendo que una zanja era la puerta de su habitacion, se echó en ella, de donde le hizo salir el instinto de la conservacion. Siguió andando y un estanque que encontró se le figuró ser un blanco y mullido lecho, hechóse en él sin cuidado, era buen nadador y consiguió salir. Despues se encontró que una zarza en flor le estorbaba el paso, y creyéndose al lado de su

querida, se precipitó á ella para abrazarla. Allí se estuvo hasta la mañana siguiente que le sacaron herido, ensangrentado y sin conocimiento: fué su enfermedad larga y dudosa, y su convalecencia se parecía á una fiebre lenta: se volvió idiota, y solo se movía al oír pronunciar la palabra aguardiente: su rostro se contraía y formaba una horrible espresion cuando veía ú olía vino: bien curado estuvo, pero como el que envenenado con arsénico que se horroriza al oír tal nombre y que arrastra miserablemente su vida, murió tres años despues, débil de espíritu, semi-epileptico, siempre agitado, siempre temblando y al cabo hidrópico. Estuvo llorando toda su agonía, y estuvo luchando con la idea de la muerte que no quería ver realizada.

La crápula báquica conduce á semejantes fines, y no es extraño el observarla en varios jóvenes ya lanzados en honrosas carreras que tienen libre la voluntad y pueden entregarse sin freno á los falsos deleites de la vida. ¡Cuántos jóvenes oficiales y estudiantes imberbes, hombres llenos de esperanza y de instruccion, hemos conocido que han incendiado su cerebro con incesantes libaciones!

Las consecuencias de la embriaguez suscitan males incurables para el cuerpo y para el alma. Las inflamaciones crónicas, los desórdenes nerviosos, el continuo temblor, la hipocondria, histerismo en las mugeres, la epilepsia, la parálisis, el marasmo, la hidropesía: estos son los principales desórdenes que el médico encuentra en el lecho de los que están dominados por este vicio (1). El alma ó el espíritu, como se quiera llamar, cambia tambien de naturaleza, sufre la metamórfosis que transforma enteramente la naturaleza divina del hombre, y pone en su lugar un ser informe que no tiene ningun sitio en el universo. El hombre predestinado á la inteligencia de las cosas, que tiene en su cabeza las protuberancias

(1) Ch. Roesch. *Del abus des boissons spiritueuses*. (Anales de higiene pública y medicina legal, tomo 20, pág. 1 y 241). Esquirol. *Des maladies mentales*. Paris, 1838, tomo II, pág. 72. C. H. Marin: *De la folie considerée sous les rapports médico-judiciaires*. Paris, 1840, tomo II, pág. 734.

(N. del autor).

de las más nobles facultades se halla de repente despojado de ellas. Diríase que el alma, ese artista de nosotros mismos, olvida y pierde los instrumentos que elaboran las ideas ó que los arroja y desdeña, dominada por un conocimiento invencible de su impotencia. El borracho pierde la memoria y conocimiento de lo pasado, para él es el porvenir el presente, es la hora en que sentado al frente de un vaso de espumante vino, solo tiene un cerebro y manos para conseguir el suicidio del cuerpo y la estupidez del alma. Si el viento del infortunio le combate, solo conserva su libertad moral para emponzoñarse con un veneno que le pone en poder de sus enemigos.

Muy raramente conduce la embriaguez á la abolición del egoísmo con ilusiones terribles y amenazadoras. Recordamos á un forzado condenado á perecer en la guillotina, que nos dijo en la misma mañana de su muerte. «En que consistirá, doctor, que esta noche he soñado que se me ha aparecido la guillotina bajo el aspecto de una rozagante matrona que me tendía sus rojos y largos brazos?» La razón era muy sencilla; este forzado, borracho de profesion, se habia quedado dormido en el estado mas cercano de la embriaguez soporífera. Es un hecho que el hombre que en tal estado va al suplicio, lleva un cuerpo sin alma. Para un sincero observador, el terror de la muerte en esta situacion no es el mismo que el instinto da á conocer á la oveja y al cerdo.

Hemos dicho que el cerebro es la miniatura del hombre reproducida en grande por su individuo, que todos los actos de placer ó dolor, de orgullo ó flaqueza, son mandados y percibidos por el que es el principio y fin de todo ejercicio del pensamiento. Esta definicion bien demostrada podrá darnos reglas lógicas para la mejora de la especie, tanto física cuanto moralmente. El abuso de las bebidas fuertes cambia primeramente la *contestura* material del cerebro; esta degenera, pierde su consistencia, y la fuerza de *tension* cede en fin sin resistencia ulterior á los vasos sanguíneos que la embriaguez dilata y que forman una compresion permanente contra el delicado tejido de este órgano. Este estado constituye la



proximidad á todas las enfermedades que mutilan la razón y el cuerpo.

El borracho pierde sus mas nobles facultades ó no puede consagrarlas á su ejercicio normal, puesto que el alma ó espíritu reside en todo el cerebro, y todos los órganos que le forman solo entran en actividad por la voluntad del alma; de esto se sigue que esta es incapaz de tener voluntad, ó que los centros de las operaciones del espíritu son incapaces de obrar: esto es la atrofia moral é intelectual. De modo que si cesa la voluntad de accion, no hay ninguna escitacion interna, la idea y el acto son en adelante el producto de una imitacion que dirige el instinto, y el hombre obedecerá como el dócil bruto al que le guie y conduzca. Siempre incapaz de mandar, su prostitucion, capricho de su semejante, no será ni aun parecida á la obediencia del esclavo.

Hemos visto que á la hora del combate muchos antiguos marineros, destruidos por el abuso de la bebida, á pesar de percibir la confusa voz de honor y gloria, no podían dar auxilio alguno á sus compañeros. El sentimiento exaltado por la aproximacion del combate, por el aguardiente mezclado con pólvora, no es valor, es el sueño del forzado, y la guillotina es un brutal alucinamiento que encubre una incesante muerte. La *fortitudo animi* es otra cosa, y en el dia en que el arte de la guerra es una práctica, fruto de una larga teoría, los buenos generales lo saben mejor que otro cualquiera. El gran enigma de las victorias que conseguimos en tiempo del imperio es que el soldado marchaba al combate con la cabeza libre y en ayunas. El borracho que en primer lugar pierde la voluntad moral, se va poco á poco despojando de las demas facultades del espíritu: la memoria del pasado se debilita, y con ella todos los sentimientos de amor y reconocimiento: es ingrato porque no conoce la idea del beneficio. Si en otro tiempo ha merecido palmas y conquistado gloria, si ha podido aprender un arte, en vano es, todo su cerebro está difunto.

Un hecho estraño y digno de ser notado es que los borrachos pierden el sentimiento del amor físico y engendran seres enfermos y degenerados. Raramente he-

mos visto que los hijos de un borracho sean membrudos y de buena musculatura y presenten la constitucion y la estatura de su padre. En el año 1835 asistimos á la corta agonía de una víctima de Baco. Mientras admirábamos á este hombre, verdadero Hércules si ha existido, nos sorprendimos de encontrar en su raza cuatro ó cinco raquíticos abortos, cuya insensibilidad en presencia de su moribundo padre nos pareció una nueva prueba de nuestra opinion acerca de la influencia de la embriaguez considerada respecto á la degradacion de las especies. Sí, las bebidas fuertes destruyen hasta los sentimientos de familia.

En uno de nuestros viajes hácia el norte de la Francia en el año 1840, quedamos sorprendidos de la multitud de borrachos que encontramos en todas las localidades de un departamento limítrofe. Por espacio de algunos dias la casualidad nos procuró diversos cuadros de escena interior, y entre otras cosas muchas agonías. Trabajo costaria el creer que existiera tanta indiferencia en las esposas y los hijos que estaban sentados tranquilamente al lado del difunto, bebiendo cidra.—Buenas gentes, ¿y el enfermo?—Allí está.—¿Y cómo sigue?—Ha muerto. Y esto lo decian sin turbarse ni conmoverse, como si fuera la cosa mas natural. Los médicos á quienes dimos parte de nuestra observacion, nos aseguraron que lo mismo sucedia en la numerosa clase de la plebe; que se moria sin socorro; que se acostaba el enfermo cuando caia bajo los golpes mortales de la cidra, y que le dejaban en el lecho hasta que Dios disponia de él. Por lo que toca al dolor y al llanto no eran capaces de tanto. «Beberian cidra si se sintiesen desfallecer.»

Desnaturalizando al hombre en sus mas bellas facultades, la embriaguez es la mayor plaga de la sociedad. Hemos demostrado su influencia en la moral, y esto no admite disputa; pero lo menos fácil de comprender serán las consecuencias del abuso de las bebidas fuertes en el desarrollo de la estatura y la forma normal de las cavidades esplanológicas (1). La ley de reemplazo que

(1) O de las visceras.

(N. de los traductores).

comprende mas á los jóvenes de familias pobres, que no tienen medios para comprar un sustituto, va perdiendo su anterior poder de reunir bajo las banderas de la patria á hombres atletas que el trabajo ha endurecido y que deben la vida á troncos vírgenes, potentes y vigorosos. Segun las observaciones que hemos hecho, en los países húmedos y frios del Norte, no dudamos en considerar el hábito de la embriaguez como la causa mas lógica de la pequenez de la estatura en los niños que nacen de un matrimonio entregado á este vicio.

En las aldeas, villages y campos del norte de la Francia, hay sacerdotes que aseguran que los rayos de la Iglesia caen desde el púlpito para estirpar la embriaguez. Los paisanos, mas ilustrados que en otro tiempo, no quieren creer que Dios por tan poca cosa condene á un alma, y los curas atribuyen su incredulidad á las malas doctrinas liberales que en el corazon del campesino no dejan granar las buenas ideas y producen el germen de los principios antireligiosos y liberticidas. Es una verdad que invocamos al cielo con tanta mas confianza cuanto mas nos persiguen la desgracia y los tormentos.

Un gobierno que quiere ser duradero debe fundar su duracion en la moralidad de sus ciudadanos, y por eso debe perseguir eficazmente á los agentes que incitan á la embriaguez. Sabemos ciertamente que los hermanos que enseñan la doctrina cristiana ejercen sus mas enérgicos castigos con los hijos del pueblo que tienen propension á este vicio. Sus resultados son ya incontestables, y en algun día los apreciará en su verdadero valor la nueva generacion. Tenemos la certidumbre de que los presidios y las cárceles estarian mas desiertos si los agentes provocadores de la embriaguez no obtuvieran del gobierno una especie de estímulo. Como historiador de presidiarios, hemos debido introducirnos en su confianza y merecerla: ¡Cuantas, veces en la confesion familiar entre el médico y el culpable, hemos maldecido la embriaguez de un pobre padre, en el día muerto para la vida civil, y que aun seria artesano, padre de familia y honrado, sin la cortumbre de un vicio que le ha tras-

tornado la razon y le ha llevado como un maniquí, al robo, al asesinato ó al incendio.

Entre los condenados, incendiarios de granjas, hemos conocido á cinco, gentes bárbaras y simples que incendiaron los graneros porque estaban borrachos, y obedecieron ciega y torpemente á un mal consejo.

Ni el temor de las leyes, ni la opinion de nuestros superiores ni de la sociedad pueden desterrar este vicio, si se ha llegado á apoderar de una persona. Es necesario un milagro, una resurreccion para que un borracho se cure completamente. Hemos conocido á muchos individuos que pertenecen á una clase superior en la sociedad, á jóvenes colocados en aventajada escala en la gerarquía militar que á pesar suyo, como si fueran incitados por un demonio, habian pasado todos los límites del decoro y del respeto, y habia dias que iban recorriendo todos los almacenes de aguardiente de una gran ciudad, bebiendo vasitos de á cuarto. ¿Quién querrá creerlo? Estos hombres, que en otro tiempo eran tipo de la elegancia y finura cortesana, habian aprendido la gerga báquica, y hablaban sin vergüenza con el mas escandaloso cinismo. Uno de ellos, dotado del sentido poético, rimaba jocosas ideas durante la primera fase de la escitacion, pero por mucho que la inspiracion se sostuviese caía y se despeñaba desde la cima de Helicón, y al dia siguiente recibia con estúpida gravedad los parabienes de sus amigos de taberna.

Las sociedades mútuas de embriaguez emponzoñan la moralidad de las provincias que no saben que la moderacion es la patrona de las sábias y alegres tabernas de París. Brillat-Savarin, al ahogar su último suspiro en una botella del escelente vino de Burdeos, es invocado muchas veces por los borrachos de buen tono que creen imitar al gran santo de su leyenda, prometiéndose tener un fin semejante.

Es muy singular que la pasion del vino no puede ser dominada por otra cuando llega á absorber todas las facultades del cerebro: el amor, se me dirá. Un joven de buen nacimiento entregado á este vicio gustó seguir nuestros consejos y enamorarse: cuando creyó que ya lo es-

taba, fijó el día de su matrimonio: para estar mas seguro de sí mismo se propuso un régimen, y para asegurar el lazo de su futura felicidad cerró su puerta á una concubina que tenia y que le conocia bien. Todo iba divinamente hasta la hora de la misa de desposorio que se celebró á las doce de la noche. Volvió á su casa para esperar á que llegara el día y arreglarlo todo con el estado civil, cuando encontró sobre su mesa doce botellas de rom. Estaban colocadas en el punto de vista mas tentador del mundo. Nuestro héroe resiste y quiere dormirse; imposible: Satanás está allí y le incita; ya hacia mucho tiempo que no habia bebido, al fin cede, bebe, y cae ébriamente en su lecho; la luz que dejó encendida prende á una cortina: al día siguiente solo se encontró un cadáver.

La pasion del juego no se acomoda con la de las bebidas fuertes, y esto se concibe muy bien: la una exige una tirantéz enérgica y prolongada del cerebro; la otra al contrario echa por el suelo lo que una larga costumbre ha hecho insensible y sin nervios bajo la ingestion de un centilitro (1) de aguardiente.

El jugador sufre algunas veces el despotismo de un centro de codicia que le domina: para conseguir sus intentos, despierta todas las facultades análogas que se ayudan entre sí, como la astucia, la circunspeccion, los números y la memoria: por esto corre á sabiendas los buenos ó malos trances de la fortuna, se previene contra todo lo que puede quitarle lo primero, y la embriaguez, que oscurece la segunda vista del jugador, es sin duda ninguna el enemigo de quien mas se guarda.

El jugador, como en otra parte lo veremos, tambien se entrega en los brazos de la embriaguez para olvidar sus faltas y librarse de los remordimientos que le asedian; ya arruinado y sin crédito, no tiene otro recurso que atontarse con el vino. Entonces vende hasta su último trage para poder conseguir el olvido de sí mismo.

(1) La centésima parte de un litro. El litro es una medida de capacidad que corresponde á media azumbre. 444 litros hacen 70 azumbres.

N. de los traductores

Hemos visto hasta su última hora á un desgraciado bebedor, en otro tiempo heredero de un rico patrimonio, que estaba espirando á causa de una afeccion crónica encendida en sus entrañas por el alcohol. Estaba *in extremis* cuando vinieron á anunciarle que habia muerto una tia suya y que quedaba heredero de una mediana fortuna. Antes de pasar adelante pidió al agente de negocios diez francos para pagar un remedio que debia curarle; los recibe y firma una garantía. Al dia siguiente por la mañana se le encontró muerto de apoplejía, con una botella de aguardiente en la mano derecha, y en la izquierda otra de ginebra.

La muerte de apoplejía fulminante es la mas hermosa muerte del borracho, y tambien la mas comun; por lo regular la encuentra mas bien solo que acompañado, no obstante que hay gentes que se reúnen en las tabernas y apuestan á quien beberá mas y vivirá menos. Estos casos se observan en los adultos que no desconfian de sus fuerzas, que la han probado en este género de lucha y han salido vencedores.

Cada profesion, sobre todo las que impelen al hombre á aumentar sus fuerzas, ha consagrado una espresion técnica para designar lo que puede contener un estómago lleno de vino. El marinero, por ejemplo, llama á una capacidad reconocida, *que sabe llevar la vela*, y bien se deja conocer lo que quiere decir cuando se recuerda á un débil navio llevado por el viento. En 1833 cinco marineros bebieron tanto en uno de nuestros puertos de mar, que al fin cayeron como cinco cuerpos inertes y pesados: uno de ellos parecia agitado por una convulsion, le llevaron al hospital y murió: los otros cuatro sucesivamente fueron atacados por los mismos síntomas de apoplejía y se reunieron á su compañero.

Hemos dicho que la apoplejía es la mejor muerte del borracho, porque las tiene horribles, y, g. la caída de un parage elevado ó la sumersion, porque la mar y los rios engañan á un hombre borracho, que se arroja en ellos creyendo echarse en su lecho: estos ejemplos son muy comunes.

Entre los fines mas horrosos causados por la cos-

tumbre de emborracharse, merece particular mención el siguiente. Un jornalero de la Normandía baja, volvía una tarde á París, como suele decirse, entre dos pelos: para evitar incertidumbre acerca de su estado, se entró en una taberna, y después de una abundante libación se volvió á poner en camino, mal seguro el paso y no dueño de su pobre cabeza. Dió un traspies y cayó en una poca yerba junto á las murallas de la Morgue (1), y la casualidad le sumergió en un profundo estupor que duró doce ó quince horas. Lo que sucedió mientras duró este sueño de la muerte, es digno de los horrores de la tumba. Unos gusanillos alimentados con carne podrida, traspasaron la piel del cráneo y de todo el cuerpo, se introdujeron por los ojos, por las orejas, por las narices, y por la boca, y pusieron sus huevos sobre aquella carne caliente, avinada y por todos conceptos favorable á su generacion. Si la muerte, como decian los antiguos, da siempre la vida, la prueba la da la piel de nuestro jornalero. Cuando empezó á salir de su estado fué saliendo la asquerosa comitiva; viéranse entonces filas de sucios gusanos, asquerosos, de color gris, romper lentamente el espejo de los ojos, arrastrarse por la frente y la cabeza, salir de las narices y de los oídos, y cuando tosía arrojar con violencia gran cantidad de ellos. Este hombre murió poco después devorado lentamente y en detall por tan sucios insectos; perdió la vista, el oído y el olfato. Cuando los medios que matan á estos parásitos hicieron su oficio, quedaron en la piel largas y estrechas galerías que se llenaron de materia, fué preciso sajarlas y limpiarlas, su cuerpo se llenó de surcos, daba compasión verle y oírle, y al apartarse de él veníase á la memoria la palabra de Job. *¿Cur misero lux data est?* Esta observacion la debemos á conversaciones familiares con el doctor Julio Cloquet, acerca de los diversos fines del hombre.

Hay profesiones y situaciones del alma, en ciertas

(1) Sitio público en donde se esponen los cadáveres encontrados por la justicia.

(N. de los traductores.)

clases ínfimas, que incitan á la embriaguez como al único bálsamo que consuela y adormece. En general el que no halla mas recurso contra una pena que emborracharse, carece de sentido moral y de aquella educacion que funda las esperanzas de felicidad en las promesas de una santa muerte. En el día, que la fé está quebrantada, que el que se confiesa se confiesa por fórmula y cuando se llega á la vejez, hay mas suicidas y ébrios que anteriormente. Hemos reconocido un fondo de estúpida cobardía en el que siendo realmente desgraciado prefiere embutecer su razon mejor que salir de la vida.

Los desenterradores, los criados de un colegio de anatomía, los presos sueltos, los guardias de los criminales como los sota-comítres los, marinos, sobre todo los del Norte de vuelta de una larga campaña, los soldados sustitutos, desprovistos de ambicion y de amor propio, los criados, los criados de los criados, los que no reconocen ni freno, ni moral, ni religion, estas diferentes clases parece que estan entregadas á la embriaguez por falta de un pasatiempo mas fácil, y de consejeros severos é inteligentes.

El hombre del Norte bebe mas que el del Mediodía, donde el sol calienta y el vino llena las bodegas; y se atribuye á la influencia de un clima húmedo y deleitoso. Bien: nosotros no admitimos esta excusa, porque emborracharse por gusto no es de ningun modo escitarse en medio de un rudo trabajo para luchar despues contra el rigor del clima: todo lo contrario sucede: la embriaguez de ningun modo conforta, antes debilita la contestura mas robusta. En el Norte se bebe, como en todas partes, en razon á los lazos que la educacion y moral tienen en las gentes de baja esfera. El marinero breton ó de la Normandia baja y el marinero de la Provenza, nos dan desde tiempo inmemorial los mas seguros datos: estos últimos son sobrios en extremo, á la par que sus compañeros del Poniente llevan al extremo la gula, ¿y por qué? Preguntarlo á los oficiales de marina, y todos dirán que el marinero de la Provenza ofrece en general mas inteligencia y cultura que el de la Normandia baja; que éste á bordo obedece ciegamente y el otro



al contrario disputa acerca del modo de maniobrar, quizá porque tiene demasiado amor propio.

Es un hecho que el vicio de la embriaguez conduce á un hombre á la esclavitud; pierde su libre albedrío y su voluntad, y una muger es su dueño. Hay un puerto en las costas de la Mancha, en donde las mugeres de los marinos han usurpado el mando de la casa y lo peor es que los maridos, dados á las bebidas fuertes, reconocen esta superioridad conyugal y se dejan tratar por sus mitades como un capital que da una renta. En cuanto llega al puerto el navío donde el marido ha hecho la pesca del abadejo, la muger va á él, coge la ganancia y le lleva á casa. Allí le cuida por espacio de ocho dias, le emborracha todas las tardes, en una palabra, le trata como mas le place: cuando ha concluido el dia octavo; el marino vuelve al mar en el navío que su muger le ha buscado y sin tener en cuenta ni el precio ni la naturaleza del viage, marcha sin cuidados é indiferente. Hemos visto á las mugeres de esa ciudad marítima; son morenas y de facciones muy pronunciadas; su ademan es atrevido, sus señas breves é imperiosas; son en realidad los hombres de la familia.

Estas virtuosas virago, porque segun dicen son esposas fieles, sobrepujan á ciertas mugeres aromadas que los amores abandonan y que se consuelan de la eterna viudez recurriendo á la botella. Estos malos ejemplos de señoras de alta clase que se encierran para beber, se introducen en el pueblo y son el germen de la corrupcion femenina. En todo, la imitacion del mal es siempre un gran escándalo para el pueblo que observa. La agonía de los berrachos que mueren en su lecho con una muerte lenta y natural, con dificultad ofrece alguna cosa solemne y que commueva; el motivo es sencillo como su inteligencia amenguada y casi destruida. El cerebro, predestinado á las mas nobles inspiraciones, comienza su primer accion suicida el dia que entra en el camino de las escitaciones debilitantes ayudado del vino y de las otras bebidas fermentadas: si persiste en su manía, tarde ó temprano caerá en una enagenacion mental caracterizada por una voluntad ínfima, el olvido

de los principios de educacion y la impotencia intelectual.

En este estado de demolicion moral y física, el espíritu, incapaz de reflexionar en la fatal necesidad de la muerte, se abandona á las mas siniestras preocupaciones de la tumba, y entreve el último dia de su vida como el último abismo sin salida y sin término. Recuerda la vida pasada y los medios de gozarla, el vino se ofrece á su talento como la única filosofía adaptable y el único consuelo familiar. Si puede burlar la vigilancia de los parientes y guardianes, se le verá beber con ánsia y se creará mas aliviado, porque él mismo se ha dado la calentura. ¿Cuántas veces hemos visto al borracho al borde de la tumba, volver á buscar sus primeros amores? Tenemos el ejemplo de un hombre de entrañas calcinadas, ya administrado por el sacerdote, que pidió que le dejarán solo para dormir: en cuanto lo estuvo, abrió como pudo la puerta de la bodega que estaba detrás de su alcoba, y de un trago se bebió medio litro de rom añejo. Murió abrasado incontinenti. No tenemos ningun hecho bien asegurado de espontánea combustion de un borracho.

El que quiera conocer el carácter y la conciencia de un hombre, observe su figura, su accion y su lenguaje en el momento en que un amigo le anuncia la proximidad de su fin, y le aconseja que ponga en orden sus asuntos, porque es el momento decisivo y único en que el alma se manifiesta fuera de lo que fué en la escena del mundo. El borracho incurable es de todos los humanos el que recibe el fatal anuncio con menos calma y resignacion. ¿Qué hace? ¿qué dice? Llorá amargamente, nada le consuela, ni las promesas de la religion, ni aun la esperanza de cura que se le dejó entrever en su afligida agonía. Sí, á cada emocion nueva llora; á la vista de su familia, de sus amigos y del confesor. Obedece á las palabras del último con la docilidad de un ser débil que obra sin comprender: se confiesa porque teme el infierno, reza y comulga por temor, y siempre con los ojos llorosos y la palabra balbuciente; en una palabra, no sabe morir. Unos dicen que es un cordero, otros un ser bruto y estúpido.

## CAPÍTULO IV.

### DE LA AMATIVIDAD (1).

#### *Resumen.*

Funciones del cerebelo.—Del matrimonio y su influencia en la familia y en el estado.—El exceso de la civilizacion ha desnaturizado el sentido de esta institucion.—El novio de avanzada edad.—El marido septuagenario.—De los celos y sus consecuencias.—Notable ejemplo de muerte por celos.—Erotomania.—Histerismo por estitucion y depravacion del sentido de la generacion.—Educacion contradictoria de las hijas.—Una Safo.—Escorbuto histórico.—De la poligamia.—De los hombres de vida crótica.—Su agonía y su muerte.—Proposiciones relativas á la educacion del cerebelo.—Bonclusion.

Todas las pasiones llevadas al exceso pueden obrar una perturbacion en el espíritu sin ayuda de la naturaleza, ó bien esta darlas á conocer primeramente hasta que la costumbre las trasforma en necesidad. En el primer órden de este género de pasiones debemos colocar las lascivo-amorosas. En general, el amor desordenado del sexo nace de una inclinacion innata fuerte ó débil que la educacion, la moral y los principios religiosos deberian mitigar ó encerrar en los límites de la justicia. Reconocemos en el cerebelo el órgano cuya preponde-

(1) Véase la pág. 49.

rancia influye en la parte individual del sentido físico del amor. Mas de cien pruebas escritas en los anales de las cárceles nos han probado que la violacion en las clases bajas es obra de un poder interino que subyuga la razon bruta del cuitado. Esta pasion no es criminal ni inmoral como no se prostituya á la vista del mundo. No trae consigo las enfermedades, la miseria, los remordimientos y un triste fin, como no esté dominada por la sed de un placer atractivo que agota los manantiales de la vida con tanta mas rapidez cuanto mas fácil es renovarle.

El hombre que nace con una protuberancia funcional del sentido en cuestion, que se casa jóven con la muger que elige su corazon, siente debilitarse el imperio de esta pasion á medida que se van aumentando sus hijos. Su ternura paternal y su solicitud en asegurar la suerte de sus vástagos contrapesan y balancean la fuerza del órgano dominador. El egoísmo múltiplo que se reparte entre muchos objetos queridos cura la desfachatez y descaro de los sentidos, y concentra la actividad en el estendido círculo de la familia. La agonía de un buen padre no es la de un hombre que demuestra en todas partes sus locos é insaciables ardores; este, propiamente hablando, está desprovisto del sentido moral del amor; tiene un cerebelo como tiene un estómago acostumbrado á digerir muchas veces al dia; el acto bestial cumple la obra del instinto material. Vedle, nunca se casa, porque ese acto de humanidad es superior á su naturaleza; si su razon le concibe, le rechaza por las importantes obligaciones que le impone, y porque no se atreve á creer que puede cumplirlas. Poco susceptible de sentimientos religiosos y de amor puro, fórmase una moral para sí mismo, ó bien busca y se acomoda á las doctrinas creadas en la esfera de los egoistas felices que el exceso de la civilizacion ha abortado.

En una sociedad corrompida en donde el matrimonio está infamado, el freno moral se alloja solo porque un hombre célibe condene á una jóven al mismo fin y (lo que sucede frecuentemente) la prostituya á sus caprichos. El fácil placer, dado por el oro ó la corrupcion,

debe dominar en buen hora y por toda la vida al que nace con deseos insaciables, al que la naturaleza ó Dios ha negado el sentido moral del amor puro. A decir verdad, esta última deformidad del cerebro, bastante común en ciertos pueblos salvajes que viven en comunidad con las mugeres, no se halla con tanta frecuencia en los países civilizados del globo, donde la función del cerebelo halla en la fuerza de las instituciones y los principios de una educación moral el infalible correctivo de su insaciable actividad. En medio de los bosques, entre las razas perdidas de la civilización, hemos encontrado esas naturalezas deformes entregadas al brutal apetito de los sentidos, del cual son tempranas víctimas.

Y en prueba de esto tenemos extraños suicidios que demuestran que las ideas innatas y naturales del hombre conducen mas bien á la degradación de su especie que á su perfección y duración; por esto la mayor parte de los criminales condenados por *violencia* ó atentado á las costumbres, vienen de regiones solitarias, de en medio de las montañas ó de los bosques, donde todos sin esceptuar uno poseen una escandalosa estupidez. (1) No se crea por esto que nos apartamos de la opinión que antes emitimos tocante á la superioridad moral del hombre del campo; apresurémonos á decir que ahora se trata de un cerebro sin ninguna cultura y mal organizado; y que si hay un ser humano capaz de perfección alguna, es el que, nacido lejos de los grandes focos civilizadores, ha recibido su alma en medio de los campos las lecciones de una moral pura y de una correspondiente instrucción.

El exceso de la civilización es un mal cuya historia nos han relatado los pueblos que la abrazaron y que solo viven en la memoria del pasado. El primer síntoma de este mal es la libertad absoluta y sin freno que el hombre puede ejercer en la mayor parte de sus actos, sin consultar el perjuicio que de ello resulta en el interés de todo. Dad á cada soldado de un ejército el derecho de marchar en batalla como él lo comprende, y dos horas de libertad bastarán para cambiar la masa que avanza inteli-

(1) Les Forcat Paris 1841 pag. 369

gentemente unida en un nuevo Babel donde todo sea confusion y discordia.

El hombre en su inmenso orgullo cree con demasiada facilidad que son infinitos los poderes de su inteligencia, y cuando las instituciones no tienen fortaleza contra este instinto que le impele mas allá del instante presente, tarde ó temprano sobrevienen la destruccion y la nada. El Egipto, la Grecia y Roma fueron tambien los focos de un inconcebible esplendor, y estos focos se han apagado; porque los que debian alimentarlos sustituyeron á la unidad de los medios consagrados por la esperiencia los sugeridos por una civilizacion demasiado rápida y ascendente que desborda el foco y se derrama en derredor. Un pueblo preocupado en la libertad absoluta tiene mucha semejanza con aquel maniático que arrancaba todos los clavos de su prision, y que cosia unos á otros todos los pedazos de tela que podia robar; con los unos reforzaba la suela de sus zapatos, con los otros procuraba arreglar su vestido, porque libre una vez, segun decia, tendria que caminar mucho para apartarse de los que le tenian prisionero. Un dia consiguió evadirse y corrió de derecha á izquierda sin saber que hacer de su libertad, hasta que encontró un precipicio y prefirió la muerte á aquel exceso de libertad que tanto habia deseado y cuyo uso tenia prohibido la debilidad de su razon. Todo esto significa que Dios tiene arreglada una perfeccion humana de la que nadie pasa, y despues de la cual solo se halla ó ignorancia ó locura.

En el estado actual de la sociedad tal como nos le ha puesto el exceso de la civilizacion, el sentido del amor al sexo, considerado como principio de familia y plantel de una nacion fuerte y duradera, ha experimentado, asi como todas las nobles facultades del hombre, una especie de enagenacion verdadera que la aleja de dia en dia de su invariable destino. El mal ha tenido su nacimiento en los grandes focos de las luces, y acomete á los que estan mas cerca de la naturaleza y de la verdad. Limitanse los recursos del talento y los medios de la humana perfeccion al par que se acrecienta el amor propio y la inclinacion á los placeres mundanos. ¿Quién creará en el dia

que el matrimonio es la gran distincion del hombre y el bruto, que consolidado en la religion y el trabajo solo tiene por fin la perpetuacion vigorosa de su raza? ¿Los que nacen con la protuberancia del sentido material ó la del sentido moral del amor podrán sustraerse á la vez de la nueva civilizacion que les demuestra el camino de la felicidad en la libertad propia y en el cumplimiento de sus mil deseos? ¿Qué cosa hay mas contraria á la unidad que la variedad de opiniones fundada en el placer individual? Lanzado sin freno por todas las sendas que la civilizacion nos demuestra, cada uno sigue la estrella de sus caprichos y halla su justificacion en las elásticas fórmulas de las doctrinas recibidas.

La conveniencia de la sociedad, fundada en el bienestar de la vida, segun las mas válidas ideas, cimenta lo que se llama el lazo del matrimonio, y á la par que se aleja de su principio, la falsificacion de sus elementos fecunda las malas inclinaciones hácia la inmoralidad y el libertinidismo. Cuando el matrimonio se hace por cálculo, conveniencia ó ambicion, no es probable, por no decir posible, que el deseo de la naturaleza sea cumplido, y que la atraccion magnética entre los futuros cónyuges haya sido la causa verdadera de su combinacion.

Solamente el amor, tal como existe entre la plebe honrada, puede fortalecer un lazo duradero entre dos seres unidos, de los cuales uno está dotado de una gran potencia física. Si el marido no posee esa cualidad, débense aguardar todas las aberraciones que resultan de un falso principio: si la posee, lo mas que sucederá será que tendrá necesidad de compartir con otras la propiedad de su muger; pero si es esta última, se la hallará siempre en el camino del vicio, éhipócrita ó desvergonzada irá pasando de mano en mano sin encontrar el corazon que debe curarla.

Los hijos que nazcan de este matrimonio no serán amados por sus padres; les faltará la buena educacion de familia que el niño recibe de las emanaciones de la ternura conyugal y del sentimiento religioso que la bendice. Si es la madre la que falta al contrato, el daño que cae sobre los hijos es cien veces mas deplorable que

cuando viene del jefe de la familia. La esperiencia nos lo prueba cada dia. Las malas madres son como las plantas venenosas que fecundan y dan vida á diversas plagas.

La filosofía social, impregnada en nuestras doradas y deliciosas costumbres, asegura el triunfo del mal y proclama la emancipacion de la muger. Este dogma ya ha producido algunos frutos, y puédesse asegurar que forma un matrimonio contra el deseo de la naturaleza y de la sociedad. Désenle á una muger todos los nombres que le sugiera el cariño; llámesela angel, serafin, etc.; pero nunca hombre, no se la permita de ningun modo adquirir superioridad alguna, porque no es esa su mision sobre la tierra. Destinada á los encantos del hogar doméstico, á complacer á su protector y amigo, á pasar por todas las inefables y místicas dulzuras de la maternidad sin agotarlas nunca, desaparece su celestial prestigio en cuanto se hace gran señora. Ved las fibras del corazon de una gran señora, y díganos el que ame verdaderamente á su madre ó hermana, si se atreveria á darlas semejante nombre sin que el rubor encendiera sus megillas.

No siempre el matrimonio es el lazo de familia y la felicidad de los estados, puesto que ambas cosas exigen la imperiosa necesidad de que los dos seres hayan nacido invariablemente el uno para el otro. Se medirá ¿y cómo conocerlo? ¿Pues por ventura los hombres y las mugeres no viven como todo lo que existe en una esfera de atraccion comun? Si las instituciones engendradas por nuestras costumbres han enturviado el claro espejo de la afinidad del amor, ¿tiene culpa de esto la naturaleza? ¿Qué es el espíritu religioso sino el de la naturaleza misma explicado en idioma humano? ¿Preside este espíritu á nuestras alianzas y á nuestros contratos?

Ya nadie se casa, se asocia; y si por conservar una costumbre antigua se celebran los desposorios, procuráanse emplear todos los medios dilatorios posibles, suprimir lo que formaba una santa *iniciacion*, una especie de experimento análogo al del sacerdote; solo se conserva la sencilla fórmula legal sancionada delante de Dios con una misa nocturna ya convenida cuando se han arreglado los contratos; cuando ha concluido su comision el estado ci-



vil, entonces se piensa en Dios por incidencia, y en todo caso bien podría consumarse la idea sin su intervención. El matrimonio es el asunto capital y que mas desea la muger. ¿Por qué? Porque al enlazarse con un hombre, que la casualidad, el cálculo ó la locura del sentido le ofrece por marido, hace la conquista plena y entera de su libertad.

Los solterones que han jugado con su corazon, que han saciado sus sentidos en el largo período de medio siglo de inconstancia, solo conciben la tranquilidad y el reposo en la paz del hogar doméstico, y recuerdan suspirando la envidiable quietud de sus ancianos padres y las dulces horas de la noche; entonces, es para ellos el matrimonio como el brillante faro para el perdido navegante, como la fecunda palma para el extraviado viagero en el arenoso desierto; y si al contratarle olvidan la igualdad de las edades, si creen bajo una mentidora máscara de flores y de melosas promesas ocultar por largo tiempo las nieves de la cabeza y el hielo del corazon, vedles entregarse á una muerte cotidiana, al lento suicidio del cuerpo y del alma. Las verdades sencillas y naturales son las que menos concebimos. El solteron, que estando apasionado de un jóven corazon que aun no ha amado, le quiere iniciar en el amor, tiene una completa ignorancia de las reglas de la naturaleza, y es mas digno de compasion que un loco, puesto que su locura tiene que sufrir tarde ó temprano los remedios de una cura fatal.

La edad madura y la juventud se escluyen la una á la otra de toda union, por la sencilla razon de que la muerte es incompatible con la vida, porque cada uno de los grandes períodos de las edades del hombre constituye otras tantas mudanzas físicas y morales, y por decirlo así otras tantas muertes, y porque es una enormidad antisocial el querer que una muger jóven, educada con las costumbres del dia, es decir, libre y vanidosa, sea la carne de la carne, el alma del alma de un hombre ya usado y sin ilusiones.

La vida del anciano célibe bajo el dominio de una querida, es un paraiso al lado de esas monstruosas uniones en que un pobre marido solo dá treguas al agudo puñal

de los celos, de los remordimientos y del falso respeto humano para proporcionar la existencia á seres raquíticos y deformes que mueren al nacer: si por el contrario son ágiles y robustos, una recóndita fibra del corazon les disputa el único sentimiento que pueden experimentar en toda su pureza, el de ser padre.

Y cuando la jóven esposa está dotada de un centro enérgico é imperioso, cuando le faltan muchas cualidades morales, como las de la circunspeccion, benevolencia y estimacion de sí misma, ¿quién sabe cuanta impureza puede brotar de un alma que hierve sin cesar sobre el volcan de sus entrañas? He visto muchas de esas uniones deformes, rotas por la muerte del pobre viejo, que había creído ser feliz en sus últimos dias porque una jovencilla, ya sublime en su papel de muger, había entonado á su oído el melodioso cántico de la sirena que absorbe la razon y cautiva los sentidos.

Voy á presentar un tipo de esos falsos matrimonios. El señor\*\*\*\* se hallaba ya en la edad de setenta y cinco años y en una bella posicion social, cuando sintió el fatal aguijon de dos ojos negros y de un corazon de los trópicos. La niña cautivó de tal modo al anciano, que el matrimonio fué el resultado de su pasion. Pasó un año, y ya el pan de la boda estaba insípido, dulce ó amargo, segun los deseos cumplidos ó satisfechos de la jóven. Tienen sucesion, y el marido no siente una completa alegría; ya no se le tutea, y su nuevo tirano le confina á un solitario lecho. Empero la señora se queja de los nervios, vedla triste y doliente, apetece la soledad y se pasea sola con sus pesares por apartados campos. El buen marido la compadece, quizá con demasiada ternura, y en pago recibe sofiones y respuestas de mal tono, sufre entonces en silencio, y cree buenamente que su mitad está loca. Si, juzguésela sin prevencion, cuando sin motivo se la vé afectando amor á su marido, y representando como una eminente actriz los celos y la desesperacion de su abandono. El marido, digno por cierto de compasion, no se atreve á creer lo que ven sus ojos y lo que le dice su corazon. Su buena amiga está tan risueña delante de todo el mundo, sobre todo con un jó-

ven elegante y tonto, y en las conversaciones á sola con su marido tan macilenta y tan exigente, que casi llega á pensar si otro embarazo.... pero este embarazo, en lugar de estrechar el nudo de la intimidad conyugal parece que le alfoja haciendo lugar al desprecio y á la indiferencia. Una noche, y sin querer, el marido comienza á quejarse á medias palabras, que la muger comprende sin trabajo, y en esta misma noche el demonio de sus entrañas la inspira un culpable pensamiento. ¡Oh! si un deseo pudiera asesinar á un hombre, el anciano ya no existiera. ¿Y qué importa? ¿no es una muerte lenta y de todas las horas la amargura del corazon del marido, que olvida los deberes que le impone su posicion, su fortuna y la amistad, que se olvida á sí mismo para fabricar en su alma los puñales con que se desgarrá el corazon? Un día la señora se compadece y se atreve á hacerle falsas caricias y á halagarle con amorosas palabras; el niño de setenta y cinco años sonríese engañado y adormécese con la esperanza de hallar algunos días de felicidad. ¡Irrision y mentira! Su esperanza es la del marinero en medio del tempestuoso Oceano. El nuevo amante ha roto los lazos de la Mesalina, y la furiosa hiena vá fomentando con arte la cólera del marido. Vedla con la vista serena y la frente impassible delante de la tempestad conyugal. — Si pudiera perecer de un ataque cerebral, dice, ¡qué feliz seria al verme libre de tal monstruo! Este deseo es sincero.

Despues de cinco años de pesares, un verdadero ataque apoplético, preparado por una comida abundante y un rapto de cólera bien combinado, y engendrado por un fútil motivo, termina la vida del pobre hombre, que durante cincuenta años habia sido una inteligencia excepcional, un gran corazon lleno de genio y carácter, hecho presa y juguete de una muger lúbrica y falaz. En el último año de su vida, el dolor se apoderó de su ser y en sus palabras y facciones se descubria una profunda é incesante amargura, pero nunca llegó á pronunciar un nombre ni aun al oido de sus antiguos amigos. Como en otro tiempo habia despreciado sus consejos, su orgullo no le permitia pedirlos al presente y trataba de

ocultar á los ojos de todos lo que él mismo no podía ocultarse.

Cien ejemplos parecidos pudiéramos citar. Una muerte violenta y sin agonía es casi siempre el insensato deseo de los condenados en el mundo, y es muy comun, que si tarda en venir, naturalmente lo anticipe el puñal ó el veneno. Los que en medio de las angustias de una fé vendida, arrastran una existencia hecha á prueba de las resoluciones violentas, mueren de debilidad de la fuerza nerviosa asi como todos los hombres que viven bajo el tiránico mando de un pensamiento fijo. Los celos del hombre de edad no son como los del jóven; este ó se suicida ó cambia de objeto: la ausencia es el verdadero Letéo (1) de las fuertes pasiones, pero cuando no es posible abandonar y olvidar, cuando no existe en nosotros el presentimiento de una vida dilatada y la esperanza de la felicidad, no hay mas remedio que saber hacerse superior al infortunio ó morir; los dos partidos cuentan su martirologio.

La debilidad nerviosa es una enfermedad propia de los que han gastado muy jóvenes las fuerzas vitales en medio del turbion horroroso de las pasiones; el amor, el vino y el juego debilitan la cohesion (2) del cerebro, el cuerpo y las facultades de la inteligencia. Por eso un anciano que se casa contra la ley de las afinidades naturales, conspira á su próxima muerte, ayudado por toda la comitiva de sus fallidas esperanzas y sus tardíos remordimientos. Los celos, esa Tisifon tanto mas implacable cuanto mas debilitados estamos por la edad, es el premio de los amantes estenuados que han creido animar su corazon con el fuego de otro corazon formando un matrimonio fuera de sazón.

¿Qué pincel podrá pintar los preludios de un suicidio causado por celos y abandono? Imaginaos un valetudinario engañado que busca la tranquilidad eterna en una

(1) Rio del Olvido.

(2) Fuerza con que están pegados y unidos dos cuerpos entre sí.

(Notas de los traductores).

muerte romántica. Sabe que la nuez vómica es un veneno infalible y se pone á arreglar una bebida con dos onzas de este específico en polvo, cuando algunos granos pueden producir en el hombre mas robusto un incurable tétano (1). Decidido á acabar con su vida, bebió el fatal brevaje y á pocos instantes el veneno obró su efecto de una manera inesperada. Todo su cuerpo de pies á cabeza se dobló, y el desgraciado que creia hallar en su sillón una muerte pronta, fué conducido á su lecho, como si fuera una curva sólida y pesada. Allí su cabeza y sus talones soportaban el peso de su cuerpo; verdaderamente parecia un arco de un puente. En tan miserable estado conservó por espacio de veinte horas la integridad de sus facultades morales, y como únicamente con los ojos podia dejar conocer el estado de su alma y sus horribles dolores, en la espresion de su mirada se verán las emociones corrosivas de un pedazo de mármol.

En las angustias de su última crisis las pupilas de sus ojos parecian querer salirse de sus órbitas, lanzandó á su muger miradas de fuego.

El exceso de la pasion enciende en la muger, mal organizada, insaciables deseos que la absorven enteramente, y la arrojan, á pesar de las lecciones de la moral y del respeto humano, á todos los desórdenes de una vida de crápula y bacanal. Cuando la llama que la devora la deja algunas horas de tranquilidad, siente entonces el aguijon de la conciencia, pero tal es su débil naturaleza que si toma una buena resolucion, una sola chispa de lujuria, despedida de sus entrañas, enciende su cerebro, ó el demonio de la carne la domina y la conduce al lupanar: hemos observado que por lo regular, á las víctimas de esta enfermedad les faltan los órganos de la educacion; reconóceselas en una cabeza pequeña, en que el ángulo facial es muy agudo, y en una nuca muy protuberante: olvidan la mas terrible leccion que han recibido, como el negro, falto de memoria, que sufre todos los

(1) Rigidez espasmódica de todo el cuerpo.

(N. de los traductores).

dias un mismo castigo por una misma falta. Es una gran calamidad tener tal naturaleza y pertenecer á semejantes seres que, ávidos como todo lo que respira, de saborear la plenitud de la existencia, no conocen mas medio para disfrutar de la vida que el de la orgia mas ardiente y prolongada. «Vaya, nos decia una muger incurable en esta enfermedad ¿qué parezco cuando estoy en calma y sosegada; y ademas, tengo yo la culpa de que necesite satisfacer mi deseo cuando me veo acometida por los implacables deseos de mi fiebre? Creedlo, la orgia es una condicion indispensable á mi salud y á mi talento; sin este manantial de inspiracion me moriria de deseos. Esta persona tan sencilla en su confesion era una actriz generalmente apreciada. Pero el fin de estas mugeres presenta un horroroso contraste con los hermosos dias de su reinado ¿cómo han de pensar en el porvenir y en el invierno de su vida esas cigarras que pasan el verano cantando sin tener la provision de la hormiga? La que vive por los excesos ¿puede acaso pensar en cosas tan supérfluas? No: pero cuando cambia la escena, cuando los amantes la abandonan, y la vejez y la miseria la conducen á un miserable lecho ó á un hospital, ¿qué situacion entonces! Por lo general, la sociedad no se cuida de la suerte de las prostitutas, y gracias si el médico las mira como los términos dislocados de la gran partitura social para reunirnos al compás armónico necesario.

— Si fuera legislador me opondria con todas mis fuerzas al género de educacion que las riquezas y la confusion de las clases han introducido en Francia. Todos los padres anhelan dar al hijo una posicion brillante en el estado, y á la hija una gran reputacion artística, sin cuidarse de enseñarla á ser buena esposa y buena madre. ¡Cosa estraña en verdad, pero cierta! Desean entregarla al futuro marido pintora ó poética, y no sencilla, cariñosa y económica; la enfermedad moral que se deplora en el bello sexo proviene de las escitaciones artísticas: la imaginacion de una jóven es mas viva aun que la de un loco, y por eso su estado exige calma y quietud, porque de lo contrario, el instinto natural domina

á la razon; un padre se constituye en enemigo mortal de su hija al facilitarla las armas que preparan el triunfo de las pasiones.

Se ha observado que las mugeres predestinadas á los ardores ácreos de los sentidos, tienen desde muy jóvenes el presentimiento de su vida disoluta: son seductoras, manejan con gran facilidad la ternura ideal, la devota piedad, tienen el don de llorar y parece que en ellas se encierra gran caudal de virtudes. Este lógico disimulo del alma, que las hace tanto daño, llega á crearlas un carácter especial; si esta muger se casa, nunca se la verá hablar mal de las demas mugeres; nunca contradirá á nadie; siempre vereis vagar por sus lábios de carmin una sonrisa de desden, mostrando al propio tiempo la blancura de sus dientes. Quien la encuentre en el mundo, sentada en medio de cinco ó seis amantes que han ido sucediéndose unos á otros, ó que son compañeros todos seis en la actualidad ¿creerá que esa muger es adúltera cuando parece que está llena de amor por un digno marido que la adora entrañablemente hasta que llega la hora cruel de la ilusion perdida? Pues esas frágiles mugeres son capaces de las resoluciones mas desesperadas, y como aun no han perdido una sombra de estimacion por su nombre y su raza, véelas despues de violentas escenas, donde acaban de esponer su vida, entrar en un salon sosegadas y en calma, y hablando con dulzura y sosiego de religion y de moral. En general, este género de mugeres, que por felicidad es raro, tiene un horrible miedo á la muerte; y como á la vista de Dios se confiesan culpables, cuando se detienen en el camino del desórden se las ve de repente inflamarse en amor divino y pretender el título de Magdalenas arrepentidas. ¡Desgraciadas mugeres que se engañan á sí mismas, y que han creído que se ha ausentado para siempre el demonio que las domina! Basta un acceso de la carne para que desprecien el lugar que iban adquiriéndose en el cielo, y se lancen desenfrenadas en el impuro lecho de la prostitucion.

Algunas veces estas criaturas, lisiadas del cerebello, tienen un gusto innato á la vanidad, al lujo y al poder;

y por ello, por su adquisicion, se entregan á triviales prostituciones. La cosa mas horrible en la historia de las perversidades humanas, es la muger encubierta con una linda máscara y pomposamente adornada que se entrega al deleite carnal para conseguir algun capricho. La muger que se entrega por dinero es mas despreciable que la desgraciada que lo hace por acudir á sus necesidades; esta, á lo menos, es digna de compasion: la otra, queda como modelo y resultado de las maravillas de una ingeniosa inmoralidad. Digámoslo de una vez; este género de industria, segun se cuenta, ha pasado á una clase fina y elegante; consiste en que cuando una muger es jóven, bella y no tiene pudor en presentarse delante de un grande de la tierra viejo y libertino cual actriz consumada, representando, ya suspirando ya llorando, el papel de muger abandonada víctima de su virtud. Algunas veces siguiendo el temperamento único del hombre que quiere enganar, suele cambiar de papel: ya es una desolada Safo que muere de amor por la sublime inteligencia que fermenta bajo los encanecidos cabellos, ya una impúdica y descompuesta Bacante. Todos estos disfraces de las mugeres impuras pueden tener sus dias señalados segun el gusto de los que quieren seducir y monopolizar para conseguir condecoraciones, títulos y dignidades. Son verdaderos genios del mal que emponzoñan la moralidad de las instituciones.

Estas mugeres industriosas no tienen corazon y sí en el espíritu algunas fórmulas deslumbrantes en su lugar. Cuando ha llegado la hora en que desaparecen sus atractivos, todas abrazan el partido de la devocion como la última tabla del naufragio de sus verdes años. Para este nuevo comercio de vida, llevan todo lo que han podido salvar del olvidado sepulcro de su beldad, ataviándose con un *toilette in partibus* para agradar á los santurrones y á los curas y á cierta clase de hombres que necesitan. La vieja coqueta perfumada vive de recuerdos, y ya juega, ya mira un retrato de familia que la recuerda otros mejores tiempos pasados. Pero nuestra convertida se empeña en probar que es la mas religiosa de la parroquia, y ya será demandadera, ya madre de pobres, ya visitadora



de cárceles. Ella canonizará á un sacerdote y hará la reputacion de un médico gazmoño. Su mano vestirá la santa Virgen con el brillante espolio que adquirió; las alhajas de sus difuntos amantes brillarán en el cuello de la imágen; en una palabra, cada año se irá despojando de sus adornos y riquezas hasta que muerta á los recuerdos de sus amores pasados, envejece y se hace, digámoslo así, muger de su edad. Si ha sido artista, el preludio de su conversion será alabando ya un cuadro de la Magdalena ó la imágen del santo patron de la iglesia que es su favorito. El predicador de moda es sobre todo el que quiere tener de confesor y como amigo de los aflijidos, y en esta formal preocupacion procurará cautivarle como en otro tiempo con sus gestos y carocas. Si supiera que las viejas que se fingen jóvenes hacen un papel muy ridículo, sin duda procuraria coquetear en otro género mas acomodado, pero á los ojos del sacerdote todas las edades son iguales, y en fin, agradarle como penitente es un pecado, no de ella sino de él.

Quizá nuestros lectores hayan llegado á creer que á propósito nos detenemos en esta clase de prostitutas, pero podemos asegurar que bien de prisa dibujamos el perfil de esas felices mugeres que se mueren de vejez con la firme conviccion de que han desquitado con la mitad de una vida pasada, en mentida devocion, todos los desaciertos de su juventud, y que suben al cielo con túnica blanca, símbolo de inocencia y castidad. Lo cierto es que esas mugeres sin corazon, cuya relajada vida fue mas bien un comercio que una deplorable pasion, son en este mundo las mas benditas de todas las mugeres, puesto que siempre sanas y vigorosas han agotado los placeres en todas las edades.

Mucho mas digna de compasion es la presa de un deseo irresistible é imperioso; cuando llega á edad de sentir los ardores de la lujuria, se la ve mendigando hombres, y en su ardiente corazon sepultar los desdenes y desprecios de los que ha engañado. El demonio de la carne que la hostiga, la suscita convulsiones, espasmos, *neuropatias* en las entrañas, en el pecho y en la cabeza. Esta clase de histerismo, que se ha hecho tan comun, va formando len-

tamente lesiones orgánicas que conducen á la muerte despues de haber pasado por todos los dolores de la vida. Esta muger conoce mejor que nadie el remedio de su enfermedad. Si su posicion en el mundo la permite el uso de lo que da el oro y el libre alvedrío, el sentimiento de su conservaciou la sugerirá los mas estraños artificios para amortiguar su cerebelo y curarse en un momento. Pero en vano recorre la escala de sus elegidos, lo que en otro tiempo creia ser un remedio es un veneno lento que obra los mismos efectos que el aguardiente en el estómago del borracho. Tarde ó temprano recoge el fruto, bien amargo por cierto, del árbol que plantó en su juventud. Así va declinando su vida minada por los *ataques de nervios* y por los de ese maldito órgano, que segun ella misma manifiesta, es como el Proteo de la fábula. Ya parece que una mano de hierro la oprime el pecho y la quita el aliento, una finísima aguja la traspasa el corazon, un dogal la comprime el cuello, un clavo ardiendo la atraviesa el cráneo ó un inmundo insecto la roe los sesos oculto bajo la piel de la cabeza; hemos conocido mugeres que de un agudísimo dolor pasaban á otro que las privaba del sentido ó trastornaba su razon en términos de hacerlas insensibles á la amistad y á las mas sinceras dulzuras del hogar doméstico. Otras se vuelven locas é irascibles y vengativas, se lanzan con un cuchillo en la mano sobre sus desdichados maridos, ó bien se dejan morir de hambre. Cuando el histerismo se limita á espasmos nerviosos que terminan en un torrente de lágrimas, puédesse intentar la cura, y con éxito, si se atiende mas á la higiene que á la medicina. Recúrrase á la naturaleza que es la mejor de las madres, y búsquesela en medio de los campos entre la gente sencilla que se dedica solamente á los trabajos de la jardinería y agricultura.

Sin embargo, tenemos poca confianza de que la sola influencia del aire de los campos, la soledad y los libros de moral estingan el centro de la amatividad. Cuando nada se ha intentado en la juventud para impedir su crecimiento y sus inmundas inclinaciones, solicitar la atrofía de un enorme cerebelo en medio de la mas ardiente

fase de sus atributos funcionales, es pretender un imposible, es querer que un gigante se convierta en enano. ¡Oh! Señores moralistas y publicistas del siglo, declamáis contra el divorcio y no procuráis hacerle menos apetecible para aquellos á quienes una falsa union hace víctimas de una educacion anti-social. Ignorais que el adulterio, producto tan frecuente de los malos matrimonios, es obra de la carne que la naturaleza estimula en la pubertad; y no decís á los padres de familia que todo el arte de dar al estado buenas madres y castas esposas consiste en la educacion aislada de las hijas, en la direccion que se da á las inclinaciones naturales, que se desarrollan temprano, y encienden en su cerebello la antorcha de la lujuria. De ese modo, gracias á las ideas recibidas en el dia, la hija recogida y bien educada no se casará nunca, porque una heredera rica puede impunemente entonar canciones amorosas, pintar en el lienzo á la desnuda Venus y á las Gracias, escribir novelas donde ponga en escena un amante engañado, hasta el momento en que atraídos por su dote un ambicioso ó un tonto se acerquen á la pública almoneda de esta maravilla del arte para comprarla, dando en cambio el título de marido. A ese género de educacion y del matrimonio por conveniencia que de él resulta debemos atribuir tan solo las uniones disparatadas, las mil formas de histerismo, la desvergüenza y descaro de las pasiones egoistas y carnales. Por mas que se diga, nunca hallaremos el compendio de una buena madre en la jóven que al lado del piano entona una tierna cancion con los ojos llorosos y la voz entrecortada á sollozos, que en un baile aristocrático pasa ya por rival de Tersicore, y sabe el medio de que admiren sus voluptuosos encantos y sus desarrolladas formas. No: esta muger no es aquella á quien el sentido comun puede llamar señorita; será una musa, una gracia, una artista, un modelo del arte, pero no una muger segun la naturaleza y el interés de la familia.

Quando la manía erótica ha llegado á lastimar el corazon de una criatura, los ejemplos y los consejos son muy débiles barreras contra el ímpetu de los deseos.

Ella misma no puede contenerse á pesar de sus largos combates y sus noches de llanto, de tristeza y de angustia. La naturaleza de esta obra no nos permite hacer citas que serian obscenas é inmorales, pero que probarian con evidencia hasta dónde se estiende el imperio de una educacion apartada de su verdadero objeto, y como forma por las reglas del arte una seductora Mesalina en lugar de una excelente madre de familia. Muchas revelaciones estrañas podiamos hacer, pero nos limitamos á una sola.

Una señorita de elevada cuna, de gran belleza y que sentia, á pesar suyo, desde el fin de la infancia todos los sentimientos de la naturaleza y del corazon, recibió en París una educacion que podia llamarse completa. Quedó huérfana, libre, dueña de una fortuna regular, y mas de un ambicioso solicitó la mano de tan hermosa criatura; pero ella, siempre triste, inquieta y cabizbaja, solo á raros intervalos se dejaba ver en la sociedad de hombres, y solo con sus mas íntimas amigas, ó con alguna honrada parienta se presentaba. Nadie sabia lo que pensar de ese carácter pensador y melancólico; no se la conocia fanatismo por la religion, ni se observaba que prefiriese á algun hombre; en fin, parecia que no sufría. Malignos observadores habian notado que tenia una nuca muy protuberante, que de vez en cuando hacia con la cabeza un movimiento convulsivo hácia atrás, análogo al gesto que hace el gato cuando se le acaricia, que su negra é inquieta pupila de color flavo bervia de pasion y sensaciones, y que no podia mirar á un hombre sin que sus megillas se encendiesen, y sus ojos se quedaran fijos y estáticos en él, por cuya razon habia tomado la costumbre de tenerlos inclinados al suelo. A pesar de tan severo pronóstico, su reputacion permanecia sin mancha, y el espejo de su decoro no habia sido empañado por ningun aliento impuro; pero el diablo no se descuidaba y estaba apoderado de nuestra heroina, y encubierto bajo apariencia tan virtuosa; cuando llegaba la noche se ponía un vestido sencillo y se introducía en los barrios de la ciudad mas obscenos; allí Minerva se trasformaba en Bacante y presidia las saturna-

les de los mas inmundos lupanares. En dos ó tres años su fuego no se amortiguó y recurrió sin cesar á sus fugas nocturnas. Una noche al volver á su habitacion cansada, vencida y cumplidos todos sus deseos, oyó una voz que la interpeló con una horrible injuria; esta voz era la de un amante que se habia creído el mas feliz de los hombres, y á quien ella habia escogido como vencida por su pasion y sus irresistibles perfecciones. Avergonzada y deshonrada para siempre, huyó de la capital y se fué á ocultar á la gran ciudad marítima del Mediodia de la Francia; allí prosiguió una carrera hasta entonces desconocida de insaciables prostituciones, y lo que la hizo mas extraordinaria en el nuevo género de vida que se habia propuesto, era el lujo de precauciones de que se circundó para ocultar su rostro á sus numerosos adoradores.

Su cuarto era un retrete digno de la muger mas sentimental, y apenas se la distinguia entre los espejos, colgaduras y aromas de que se circundaba; siempre se la encontraba vestida con una bata sencilla y elegante, que un alfiler desprendido hacia desaparecer como por efecto de una varita mágica, y siempre su espalda al frente de su balcon y su rostro sepultado en el fondo de un sombrero, sin dejar ver ni su forma ni su expresion. Esta muger singular no se entregaba por dinero ó regalos, sino por capricho. De talento, vivacidad, ligereza y buen tono hubiera podido poner cátedra; su voz era dulce y penetrante, hacia versos, y con su blanca y linda mano escribia billetes amorosos dignos de una musa. Todo en ella salia de la regla comun; vivia como reclusa, nadie la habia visto comer ni beber, nadie la sorprendió en la menor cosa que manifestase su humana naturaleza; para dar la última pincelada á su singular existencia, fuerza es decir que pasaba en el lecho veinte horas del día.

Esta vida, sin nombre social, concluyó; tomó un carácter grave con la caída de Napoleon, el desarme de la escuadra y la vuelta de los Borbones. Entonces cayó enferma, y por mas esfuerzos que se hicieron no se pudo conseguir que enseñase la lengua ni que se sangrase;

todo fué en vano; mas al fin curó. Un día, casi descubrió el secreto de su nacimiento al hacer la genealogía de un emigrado colocado en alto puesto, y que segun decia, habia usurpado un nombre; era el suyo, y otro le llevaba porque su anciano padre, encerrado en los calabozos de la Convencion, habia consentido en casarse con una calcetera, y en adoptar á su hijo con las condiciones de un matrimonio republicano.

Al fin desapareció del pais, y el siguiente billete dirigido á Mr.\*\*\* fué la única huella que quedó de su mansion en una ciudad de cincuenta mil almas, y de la cual solo conoció un piso de una sola casa. «Doctor, me marcho muy mala; experimento los síntomas de ese escorbuto que decís llegan á padecer las mugeres que han sido presa de la lascivia por largo tiempo, y que solo respiran el aire de la alcoba. A Dios, acordaos de la encubierta Safo... ó mejor dicho, de la antigua Mesalina. Sin embargo, me alegro haber vivido aquí encubierta, puesto que podré presentarme en París como una huérfana emigrada.—La condesa de W...» Y esta muger vivió todavía ya corregida, pero padeciendo, porque la naturaleza que nunca perdona sus excesos, y que venga tarde ó temprano las exageradas infracciones de la continencia, habia engendrado en aquel cuerpo marchito los fenómenos de un horroroso escorbuto, tales como hemorragias negras y fétidas en las encías y en la nariz, la caída de los dientes, la diarrea, la dureza y aspereza de la piel, la blandura de las carnes, la pérdida de las fuerzas, la descomposicion física y moral, en fin, una muerte deseada sin los preludios de la agonía, una verdadera estincion de una vida gastada.

Este género de escorbuto, llamado histérico, con mucha frecuencia diezma esta especie de mugeres; despues veremos como hay tambien hombres que agotan la fuerza vitalicia con un inmoderado comercio del sentido de la amatividad. Por lo demas, nos atrevemos á manifestar que la erotomanía, que es algunas veces afeccion *congenial*, puede ser una enfermedad adquirida por todas las causas que pueden activar las facultades funcionarias de un órgano, y por consecuencia ejercer una

tiránica preponderancia sobre las demas. No se puede impedir una fatal organizacion; cada uno viene al mundo con inclinaciones y facultades innatas que el ejercicio de la vida y la educacion modifican mas ó menos. El interés de la sociedad exige que se preste ayuda á las leyes, á la religion y á las instituciones de la juventud para impedir lo mas que se pueda, en el desarrollo de su germen, las malas pasiones y las fatales inclinaciones.

Entre los que hemos conocido que ejercian y profesaban con ardor la poligamia, un gran número de ellos se habian hallado libres y sin sujecion en la edad de la pubertad, y lanzados en una carrera que ocupaba poco la inteligencia y proporcionaba placeres y recreos; la mayor parte estaban dotados de una gran valentía, de un valor caballeresco, y algunos poseian tambien un espíritu inclinado á las maravillas que los habia iniciado en las obras maestras de la historia y de la poesía. En general, ninguno habia sufrido los dolores de una pasion que lastima el corazon, y si hallan mugeres fáciles, fuerza es tambien que se diga que encienden la antorcha de la lascivia en el sol, y despues la apagan con indiferencia en el lodo. Estos hombres asi organizados se suicidan sin conocerlo; la locura de su vida es como una incesante hemorragia de fuerza nerviosa, y en ellos se verifica el refran, *de la codicia rompe el saco*. Entre cierta clase de gentes se los cita con exagerados y pomposos términos; hállaselos afectuosos, sensibles y buenos amigos, y todo esto son mientras el ardor de los sentidos no los arrastra fuera de las barreras de la moralidad y la conveniencia social. ¿A qué no se atreven estos locos eróticos en su *monomanía*? Para ellos no hay vínculo sagrado, intentan cosas que se creen imposibles y se atreverian á las castas vírgenes del cielo.

Estos hombres pululan sin cesar en la sociedad; generalmente son amados y frecuentemente admirados.

Los hombres dados á la lujuria por su prepotencia cerebral suelen morir jóvenes, y su marchita juventud se arrastra con pena llevando marcados los síntomas inciertos de una descomposicion física. Lo que los liberta de las angustias de una alma vulgar es la fuerza moral

de que estan dotados. Dudan de su estado hasta el momento crítico en que llegan á convencerse de su cercano fin, y entonces, si estan rodeados de amigos ó parientes piadosos se arrojan en la religion, que con los brazos abiertos les presta sus consuelos y les alienta con sus promesas. El sentido dominador del amor físico desapareció, y otros de mas moral naturaleza vuelven á imperar en él y forman un nuevo hombre. En general, es dulce su agonía y no está atormentada por los remordimientos de su licenciosa vida; el recuerdo de esta se estingue con el sentimiento que los hizo apasionados. ¿Y cómo no habia de ser así, á lo menos para los que se entregaron enteramente al placer? Esta monomanía marcha con un carácter dulce, afable y generoso: ahora bien, cuando un hombre ha sido todo eso, cuando ninguna voz interior murmura en el lecho mortuorio las palabras de usurero, cobarde, ni inhumano, la conciencia conserva toda su fortaleza, y á Dios le inclina su suprema bondad al perdon y á la absolucion. Su agonía no es nunca de la naturaleza de las que yo he llamado *reveladoras*; es sencilla como las que resultan del súbito de los recuerdos piadosos y las dulces supersticiones de la infancia. Para un hombre dotado de sentido moral las primeras lecciones de una buena madre y de la religion no mueren jamás.

La potencia del cerebelo es la que resiste mas á una leccion mecánica producida por una apoplejía de este órgano, y sin embargo, tenemos doce pruebas de hombres jóvenes todavía que han debido incurrables ataques de parálisis, y al fin la muerte, al abuso del ejercicio de este centro: llenos de impotencias físicas y atormentados por sus deseos, se quejaban sin cesar de mil dolores análogos á los que engendra el histerismo, y cuando disfrutaban algun momento de salud se les veía dirigirse hácia el sitio mas público de prostitucion y crápula. La permanencia del conocimiento de lo que se podría ser y la imposibilidad de probarlo constituyen una enfermedad moral que desprecia y tiene en poco las demas enfermedades, y lo que es mas,



los hilos de la vejez. Una sociedad corrompida de fáciles y eléctricas costumbres es la que engendra viejos lujuriosos y sin pudor. Las mugeres no están libres de este daño. Recordamos que muchas de ellas ya octogenarias nos han revelado sencillamente, riéndose y como si fuera una enfermedad natural, que *su corazón* no había envejecido. Y si estas mugeres son ricas, ¡cuántos hombres malvados especulan con estas ruinas vivientes, y consiguen mintiendo una pasión monstruosa, el adquirir, ya una herencia, ya protectores! El sentimiento religioso está muerto para esta clase de personas entregadas á esta especie de combustion erótica de todo su ser.

Ciertas enfermedades predisponen al ardor del sentido cerebral tales como la tisis pulmonal y el vicio raquíptico. Ya hablaremos de esto en el capítulo en que tratemos de la influencia de las enfermedades en las ideas y las pasiones.

No trataremos aquí de la monomanía del sentimiento moral del amor llevado al extremo que á un ser débil y dominado por un solo pensamiento le obliga á hacer todas las extravagancias de la locura sentimental, y muchas veces á cometer crímenes inauditos. Podemos decir *á priori*, que las almas ardientes que no han gastado la vida con las frivolidades del mundo, que viven solteros y á quienes la naturaleza ha dado una organización amante y vigorosa, son por lo regular las víctimas de esta candencia que no pueden vencer ni disimular á la vista de los demas. Cuando la voz pública los condena y los entrega al brazo de la ley, nadie sabe todo lo que han sufrido en el martirio de una pasión por la que tantos han merecido la indulgencia de la sociedad que los rechaza. Hemos conocido personas en esta posición que estaban en ella por que se lo habían querido, pero también conocimos otras que fueron juguete de mugeres de talento, atrevidas y sin corazón, que se burlaron y condenaron su alma como lo hubiera hecho Satanás si hubiera recibido orden de Dios para hacerlo. Cuando la pasión domina, se debilita de tal modo la razón que una de esas desgraciadas víctimas

nos confesó que una muger se habia constituido dueño absoluto de él, que la habia obedecido hasta el punto de renegar de Dios, envilecer su trage sacerdotal y firmar un escrito que patentizase su eterna apostasia; y aquella hermosa muger se estaba burlando de él. Cuando volvió á la razon, no pudo sufrir su ignominia; el fin de su vida fue doloroso: murió de rabia, y la única palabra que conservó en su memoria, en aquella memoria en otro tiempo tan floreciente, y que pronunció á la hora de su muerte, fué: *¿Cur misero lux data est?* Ya volveremos hablar sobre esto.

Pero lo que importa demostrar sobre todo es el feliz impulso que conviene dar al centro de la amatividad para que la sociedad no recoja los deplorables frutos de su violencia brutal y no domada. Los hombres nacemos mas ó menos inclinados á ciertas acciones, en que la misma naturaleza es cómplice, puesto que en el egercicio de esta facultad ha fundado su reproduccion y duracion. Obsérvese que para que el hombre fuese capaz de asociarse á su eternidad, quiso que llegase á su desarrollo completo y fuese guiado en sus ideas y deseos por la razon emanada de las facultades morales de la órden superior. De estos diversos corolarios dimanar muchas proposiciones relativas á la educacion de este sentido.

1º. Ó el cerebelo se desarrolla de un modo precoz en el niño, ó al contrario. En el primer caso las inclinaciones serán violentas, sobre todo si las circunstancias las ayudan, y en el segundo tambien serán provocadas por las mismas causas. De aqui el precepto riguroso de hacer lo posible para retardar el desarrollo de este órgano, y conseguir de este modo una generacion sana, robusta y vigorosa.

La desgracia de la época es querer que un niño á los doce años sea un génio. Si en tan corta edad sabe y conoce tantas cosas, tambien conocerá lo que debilita al pensamiento y al corazon.

La educacion de familia, y en particular los estudios que se hacen á la vista de los padres, son los mejores para consolidar el porvenir de los hijos.

Demostrado tenemos como hecho incontestable que

el contagio del ejemplo en una reunion de niños proviene siempre de los que tienen el cerebello muy protuberante respectivamente á los otros centros orgánicos del encéfalo. Estos son los admonitores de un vicio que gasta las generaciones mas robustas. Aquí tenemos motivo para recordar que la fuerza brutal de las naciones al frente del enemigo es un elemento de la victoria; si perdemos esa fuerza por los vicios de nuestra educacion, comprometemos la suerte de la patria.

El freno religioso retarda la sensacion de la amatividad en un niño por la doble pintura que se le hace de Dios y de la eternidad, y por el saludable temor que se le inspira de evitar el pecado para no incurrir en su enojo; recordemos que la mayor parte de los soldados de nuestro glorioso imperio eran hijos de esta educacion mixta de la familia y de la Iglesia. En vano se nos objetará que escribimos en favor de las supersticiones, y que nuestra doctrina tiene por objeto hacer de la Francia una nacion de monges, porque bien conocerán todos en el fondo de su corazon que no le falta á lo que decimos ni patriotismo ni verdad. Las supersticiones que reprimen los deseos del mal, son las verdaderas envolturas del niño estimulado por una naturaleza ardiente y el alhagüeño aspecto del mundo. Y por lo que toca á la vocacion religiosa, el jóven que tiene libertad para elegir carrera, no tomará las órdenes sino existe en su alma un rayo de amor divino.

Yo he asistido en sus últimos momentos á mancebos piadosos y sábios; habian estado perfectamente educados cuando una funesta enfermedad los acometió. En sus cerebros, que ninguna idea mundana habia desflorado, se veia al alma dirigiéndose al cielo con perpetua libertad, y de sus labios salian dulces palabras de esperanza y caridad que repetia á sus jóvenes compañeros que circundaban su lecho. Despues de la muerte del héroe en el campo de batalla, no creo que haya otra mas apetecible.

el consorcio del ejemplo en una reunión de niños pro-  
 viene siempre de los que tienen el cerebro muy pro-  
 tubamente especificado en los otros centros orgánicos  
 del cerebro. Estos son los adelantados de un siglo que  
 gusta las especulaciones más robustas. Aquí tenemos un  
 tipo para recordar que la fuerza física de las naciones al  
 frente del mundo es un elemento de la victoria; si  
 perdemos esa fuerza por los vicios de nuestra educa-  
 ción, comprometemos la suerte de la patria.

El tirano religioso retrata la sensación de la suavi-  
 dad en un niño por la doble pintura que se le hace de  
 Dios y de la eternidad; y por el saludable temor que  
 se le inspira de castigar al pecado para no incurrir en su  
 castigo; recordamos que la mayor parte de los adelantados  
 de nuestro género europeo eran hijos de esta educación  
 moral de la familia y de la Iglesia. En vano se nos opo-  
 nían que escribiésemos en favor de las supersticiones. Y  
 que nuestra doctrina tiene por objeto hacer de la Fran-  
 cia una nación de magos, porque bien conocían todos  
 en el fondo de su corazón que no le falta á lo que he-  
 mos el patriotismo ni verdad. Las supersticiones que re-  
 quieren los libros del mal, son las vociferaciones en el  
 tor del niño estimuladas por una naturaleza ardiente y el  
 albedano respecto del mundo. Y por lo que toca á la  
 vocación religiosa, el joven que tiene libertad para ele-  
 gir carrera, no tomará los órdenes sino existe en su

Y lo he asistido en sus últimos momentos á momentos  
 raras en esta de su divina.   
 girados y sabios; habían estado perfectamente educa-  
 dos cuando una tempestad calamitosa los reconquilo. En  
 sus cerebros, que ninguno de los mundos había de ellos  
 do, se ría al alma dirigidos al caso con perpetua li-  
 bertad, y de sus labios salían dulces palabras de espe-  
 ranza y caridad que repeta á sus jóvenes compañeros  
 por encaminaban su destino. Después de la muerte del  
 héroe en el campo de batalla, no era que haya otra

mas apedregado.   
 en el campo de batalla, no era que haya otra  
 mas apedregado.   
 en el campo de batalla, no era que haya otra

## CAPÍTULO V.

### DE LA PASION DEL JUEGO.

#### *Resumen.*

De la libertad moral del hombre.—Un regicida.—Causa de las monomanías.—Casas de juego.—Carácter del jugador.—Los presidiarios jugadores.—Cabezas características del género.—Ejemplos diversos.—Suicidio por pérdidas en el juego.—El jugador arruinado.—Historia de una pasión de juego.—Fines diversos.—Las mugeres jugadoras y la lotería.—Otro presidiario.—Conclusion

La libertad moral del hombre no es ni ilimitada ni absoluta, y su voluntad acerca del bien ó del mal está sometida á su organizacion intelectual y á las circunstancias exteriores que obran en ella.

La experiencia adquirida en los presidios, las cárceles y en los sucesos comunes de la vida, prueba lo imposible que es á ciertos caracteres el querer lo que es justo y evitar lo que es malo.

El hombre nace malvado. Hállase la prueba desde el principio del mundo, en las palabras de los sabios, de los profetas, del Evangelio y de los legisladores que han procurado por todos los medios posibles oponer á las inclinaciones de los perversos los remedios que reprimen los delitos y las infracciones á la moral pública.

El hombre por su naturaleza se inclina á la felicidad; pero puédesse decir que esto es relativo, puesto que si pisa la moral y la religion, si desconoce el imperio de las leyes, puede todavía llegar á la satisfaccion de sí mismo por caminos contrarios á los de la legalidad. El jugador, el avaro, el usurero, el ladron, el asesino y tantos otros tipos de viciosas organizaciones morales, conocen en su mayor parte que existen leyes para sus delitos, y sobrepujando á todos los poderes humanos un Dios que castiga y recompensa; y sin embargo no pueden librar á su voluntad del yugo de una indigna pasion.

Pasion es la enagenacion de una facultad; las hay nobles y generosas, pero tambien inmorales y liberticidas. El número de estas se va aumentando cada vez mas. Los vicios de educacion y sobre todo el escepticismo en materia religiosa son causa de todo esto. Si mis palabras pueden acaso parecer mal sonantes, y no se quieren oir, llamo en mi ayuda á la infinidad de miserables que pueblan los presidios, las cárceles y los cadalsos.

Es un hecho extraño, y sin embargo, es susceptible de esplicacion: los hombres que mueren al golpe de una sentencia terrible ó de un ignominioso cautiverio, dejan siempre pesares y recuerdos duraderos en el alma de los que los han asistido con la divina palabra ó han aligerado sus padecimientos. ¿Y por qué? El monómano de una idea de una mala pasion puede tener un alma grande, y á veces sublime; la muerte que tiene delante da principio á una agonía moral y reveladora, y aparece á los ojos de su confesor con el prestigio de lo que hubiera sido á haber podido apartar de sí el pensamiento fijo que le ha conducido á la guillotina. Yo sé de un regicida que antes de poner su cabeza á disposicion del verdugo fué inspirado con las verdades de la religion hasta tal punto que su confesor, que era un noble y sabio sacerdote, habia cesado de ver en él una plaga social. La costumbre de hablar de Dios y de sus obras, el arrepentimiento, la confesion que hizo de su delito, su desprecio á la muerte y luego su soberbia cabeza, todo esto se esculpió tan bien en el corazon del buen sa-

cerdote que se hizo íntimo amigo del jóven penitente. Al fin murió, y su caracter religioso, estóico y fiero, no se desmintió bajo el filo del hacha del verdugo. El pobre prelado rezó y lloró, le amaba realmente, y perdió el apetito y el sueño. Veíasele enflaquecer, y nadie sabia la causa de su mal, excepto uno á quien decia estas palabras: «Oh! ¡qué alma! ¡Si la hubieras comprendido como yo! era digna del cielo antes de ser criminal, y sin embargo, estoy seguro que Dios le ha perdonado.»

Los grandes criminales despiertan un gran interés en el corazon de los que los asisten en sus últimos dias. En general, los hombres capaces de una narracion fuerte y trágica encierran en sí una fuerza moral escepcional que podrian creer se aparta de un fin honroso. Los presidiarios de fama hubieran sido ciudadanos de primer órden si hubieran empleado en hacer bien una superabundancia de vitalidad que los conduce al mal. No es estraño que al aspecto de la muerte, se muestren con calma, resignados y arrepentidos, con la alta filosofia de que no son capaces los criminales oscuros y de una inteligencia estúpida.

Ahora ¿es fuerza decir la causa de una monomanía irresistible? Yo la encuentro en una facultad innata y en la imitacion de un delito que se ve cometer y que es un contacto casual con una predisposicion natural. Modifíquese la facultad y las causas que la engrandecen, inclinésela á un fin laudable, y se obtendrá el cambio de una falsa naturaleza. Lo que acabo de formular es la base de toda educacion política y religiosa. Por ella, el desenfrenado jugador se tornará en especulador íntegro y honrado, y el asesino, adoctrinado antes de su crimen en la defensa propia y de la patria, será siempre digno de la sociedad que de otro modo le aborreceria. Generalmente la afeccion se dirige siempre á la parte donde el espíritu comprende la fuerza y por consecuencia el poder. La mayor desgracia que puede afligir á un estado es que la fuerza de sus ciudadanos se torne una manía liberticida y destructora de su moral y de sus leyes.

Las lecciones humanitarias que son buenas en teoría, son infructuosas para aquellos cuya vulgar organización está en equilibrio entre el bien y el mal, y para los que tienen una inteligencia superior, y que en buena posición en el mundo no necesitan enfrenarse. Queda todavía la multitud de malvados que han nacido con facultades morales de un orden superior, y que han recibido al mismo tiempo terribles inclinaciones que una buena dirección hubiera podido dominar hasta el punto de dejar á las primeras con toda su belleza nativa. Estos cerebros son los géneos del mal en muchos géneros, y se los encuentra por todas partes y en las diferentes clases de la sociedad, sedientos de oro, de sangre, de discordias, y de viles prostituciones. Estos seres pervierten la moral de las naciones con la seductora forma que su inteligencia sabe dar á los vicios y además por la facilidad que un siglo corrompido da á un hombre rico ó de talento para que se escape de la vindicta de las leyes.

No es incierto lo que hemos dicho; recórranse las cárceles del reino, y en vano se las preguntará los nombres de los grandes caudillos del juego y de la bancarrota, de los viejos libertinos cuyo dinero crea crímenes que no se castigan; en fin, de los que la voz pública condena, y que la ley no puede alcanzar, porque no tienen acusadores.

Estos maestros de la orden son sin embargo los que quedan impunes, cuya presencia en los presidios podría tener una feliz influencia con los que un pequeño delito lleva á las galeras, y despues á los arsenales, de donde salen, pasado un pretendido término espiatorio, mas corrompidos y mas instruidos en el arte de los crímenes y de las violencias.

Pero, en fin, si hay circunstancias en que la justicia divina en la tierra se muestra mas inexorable que la del hombre, es sin disputa en la hora de la agonía y de la muerte de los que esta no puede alcanzar, y que con tanta frecuencia se hacen verdugos de sí mismos.

Por ejemplo: el fin de un jugador desenfrenado, es por lo regular deplorable y dramático. Los ingleses han



dado el nombre simbólico de *infierno* á los lugares donde se reunen en misteriosa junta los que estan dominados por la sed insaciable de apoderarse de los bienes de otro. Esta enfermedad moral echa sus mas profundas raíces en los paises donde reina el lujo, el comercio, y donde está el pináculo de la civilizacion: la Inglaterra la cuenta entre sus mayores plagas, y á pesar de los medios correctivos que pone en planta para conjurar sus trágicos resultados; á pesar de sus sociedades de moral, todos los dias se ven extinguirse las mas grandes fortunas, á lo que sigue el suicidio: ó bien nombres muy conocidos en la antigua aristocracia reducidos á pedir limosna, y á humillarse ante la nueva fortuna de uno de baja esfera que ha podido conseguir una fortuna. Condes, *gentlemen* en otro tiempo ricos, y en el dia arruinados por el juego, han descendido tanto, que se han visto obligados á ser lacayos de un panadero opulento.

Es preciso que el juego, esta pasion frenética, hiera á sus victimas con una especie de enagenacion mental, puesto que hemos conocido á un inglés de alto nacimiento, y acreditado como publicista y filósofo, cuando llegaba la noche disfrazarse con un traje comun, y á favor de su disfraz, introducirse en los garitos mas oscuros de la gran capital. Y no se diga que una profesion liberal y de grandes empleos, ejercidos con conciencia y talento puede ser un espejo donde se vea lo que es el hombre. La persona de quien hablo, y que ha abandonado la Inglaterra no pudiendo darse la muerte, quizá porque era un sutilísimo lógico, en el tiempo que se sacrificaba á una pasion tan vil, estaba encargado por su gobierno de la presidencia de las grandes sociedades de templanza y de moralidad del reino, de redactar los autos, y regularizar la instruccion de los presos.

La cuarta parte de los suicidios, tan comunes en Inglaterra, que se cree provienen del fastidio de la vida, emanan mas bien de la miseria engendrada por las pérdidas en el juego que privan al jugador de las irreparables ventajas de una existencia feliz.

Puédesé decir que la pasion del juego es la vanguardia

de una nacion egoista que ha traspasado los límites lógicos de una civilizacion normal. En Turquía no se juega, y por eso en este imperio son casi inauditos los ejemplos de suicidio.

El jugador tiene abrasada el alma con un fuego ácre. El hombre devorado por una pasion insensata hácia una muger que le engaña y le pierde, es menos digno de compasion. Algunas veces estas dos pasiones se han dado la mano para conducir á un hombre á presidio ó al cadalso. Sabemos la historia de algunos centenares de presidiarios que comenzaron por el juego una vida de azares que no concluye nunca, porque solo halla su fin en la muerte ó en la infamia.

El ardor de la ganancia, segun la suerte del juego, constituye una inmoralidad incurable, y tanto mas inhumana, cuanto que se desarrolla en el cerebro á la edad en que el hombre entra en la vida social y debe resguardarse de sus escollos con la práctica de las lecciones que ha recibido en los estudios ó de sus padres. Cuando el hombre moral va á darse á conocer, esta pasion ahoga en su gérmen naciente los principios que deben inspirarle y conducirle. En efecto, un jugador es un arriesgado industrial de elásticas costumbres; metido en su comercio, cambia prontamente de carácter, y de buen natural que tenia, se torna en egoista inhumano y sin corazon.

Hemos hecho un estudio particular de los condenados por robo, bajo el aspecto frenológico. De nuestras observaciones resulta que los hombres que han ido á presidio por consecuencia de una malhadada inclinacion al juego, y que se han dedicado al robo para poder satisfacer su pasion, tienen por lo regular unos cerebros inferiores y estrechos en los cuales estan marcados los órganos de la dominacion y la astucia. Sin energía y sin grandeza de alma, como los jugadores jubilados sufren con paciencia una vil condena, llevando siempre en guisa de escapulario, en un saquito de cuero, una baraja que usan cuando pueden sustraerse á la vista de sus guardianes. Esta gente pertenece á las clases bajas de los pueblos y de las aldeas. Cuando se les pregunta la

causa de su desgracia, responden sencillamente: el juego, el vino y las malas compañías: por lo regular esta clase de gente no sabe leer, y estan desprovistos de instruccion moral y religiosa. Son muchos en proporcion á los de un órden intelectual mas elevado, y no conciben como otros se matan porque han perdido su dinero: ellos han preferido robar y vivir deshonorados: ademas la mayor parte de estos presidiarios se compone de hombres á los que se pudiera negar la libertad moral que resulta de la reflexion, fruto de la educacion. Su masa cerebral, menor que la que se requiere para una mediana inteligencia, se encuentra colocada casi igualmente entre los órganos de la brutalidad y la humanidad: su muerte es estúpida como su pensamiento. Tambien hemos conocido á varios jóvenes en *la desgracia* (espresion de los presidios) de una instruccion incompleta y viciada por falsos modelos, que se han sacrificado á la suerte del juego menos para experimentar las fuertes sensaciones de la ganancia y pérdida, que por tener con que mantener el lujo, queridas, embrollos, etc. Cuando les faltó el dinero, robaron á sus patrones con tanta mas seguridad cuanto que contaban con una carta feliz que los volviese á dar todo lo que habian perdido y por medio de la que pudieran reparar sus sus-tracciones. Estos afeminados corazones sufren el presidio con menos paciencia que sus compañeros los de baja escala: apodérase de ellos la nostalgia, (1) parecen contritos y se hacen devotos. Mueren de mal modo, sin nobleza, y resignados como la zorra presa en el lazo. Su cerebro presenta siempre algun órgano mas desarrollado que los demas, entre otros el *del cálculo* que quizá les dá una posicion en el mundo, y el de la *grandeza* que los impele á la banca con la esperanza de salir dueños de una buena fortuna.

El verdadero jugador no está destinado al presidio; la pasion del juego puede aliarse con un corazon inca-

(1) Inclinacion violenta que obliga á los que se han espatriado á volver á su patria.

paz de bajeza y de delito. Unos juegan del mismo modo que se adora á una muger por la que se da la vida, todo lo que se posee y por la cual se sacrifica la existencia cuando llega á engañarnos ó á abandonarnos.

Cuando esta pasion exalta á un alma hasta el punto de extinguir en ella el sentimiento moral de la humanidad, si nada la templa ni la cura, débese esperar una catástrofe por fin. Persona habria que se hubiera suicidado veinte veces, si al salir una noche del garito, llena de sangre la cabeza y de rabia el corazon, hubiera tenido una pistola á mano. Es incontestable que la escalera de una casa de juego ha sido frecuentemente el último campo de batalla donde ha caido un jugador desplumado. De veinte años á esta parte, y que yo conozca, cuenta el martirologio del juego mas de 600 víctimas.

La mayor parte de las cabezas características del género son del número de las que se pueden contar en un órden elevado; todas tienen mas de 21 pulgadas de circunferencia, y se presentan con igual cantidad de sustancia cerebral en los órganos de instinto y en los de humanidad. Los hombres dotados de estas dos naturalezas son capaces de grandeza y debilidad, de obras hijas del genio y de profundas moralidades. El amor al juego con todos sus éxtasis y furiosas resoluciones, es de este número. Un verdadero jugador es infinitamente supersticioso como todos los hombres fuertes y apasionados. Cree en el destino, en la buena ó mala fortuna, en una estrella; sigue sus inspiraciones, las recoge en su conciencia, y sin embargo un demonio mas fuerte que él, le arrastra al infierno, aun cuando una voz interior le yaticine un desastre. A cada carta que pierde le maldice y siempre cree conjurarle con una nueva tentativa. Entonces no exhala amargas quejas, sino que comprime en su apretada boca los dientes, siente palpar su corazon y su mano se crispa como una garra de fuego. Sale casi ébrio con las piernas temblando y la cabeza volcánizada. Si todo lo ha perdido, si ya no tiene crédito con los usureros, con su familia y sus amigos, tórna-se taciturno y se fastidia de la vida: la vida es el mundo y el que solo puede alimentarse con las borrascas

del juego, únicamente soledad encuentra en el tumulto social y en su corazón. Si lleva consigo el instinto de la grandeza, el remordimiento de sus pérdidas y la impotencia para repararlas, le conducen tarde ó temprano á la muerte. El fin del jugador es la obra maestra del egoísmo humano: abandona el mundo sin pesares, sin lágrimas y sin arrepentimiento: nunca ha pensado en un Dios ni en otra vida: en el curso de su carrera ha fingido algunas veces no desconocer la humanidad aunque no haya tenido su corazón el mas leve sentimiento; si alguna vez se sonríe viendo el garito, su sonrisa es igual á la del carnicero enfrente del inocente corderillo. En suma, frecuentemente es un duelo á muerte el que tienen entre sí dos jugadores, y el pistoletazo que el vencido se tira en medio de su desesperación es el premio de otros desastres en los que van desapareciendo poco á poco, fortuna, consideración, muger, hijos, en una palabra, una generación entera.

La reserva es una rigurosa virtud para el que especula con la suerte. Nunca manifiesta su secreto: si gana, aparta lo que necesita para los gastos de los días de pérdida; si pierde, devora su pesar, y si está obligado á sufrir la presencia de una esposa y de una familia, pondrá placentero semblante y engañará su vigilancia ó su credulidad. Esperando que la fortuna repare sus pérdidas, devasta la casa; se echa en brazos de los usureros y corre á la banca: este comercio solo concluye con su ruína completa y su muerte. Si no se mata es porque todavía le interesa alguna cosa, por ejemplo, una madre, una esposa, á las que confesará su falta y su arrepentimiento; cuenta con su indulgencia y ¿sabrás merecerla? En vano; la edad no calma los furios del juego ni los de la embriaguez, y el día en que renace la alegría para la víctima, porque ha tenido una herencia inesperada es el mismo en que corre á la casa de juego y va á poner á la judía ó á la contrajudía.

Ciertos temperamentos morales impregnados en esta pasión son incurables: yo he asistido á la agonía de un gran número de ellos.

Unos señalan la hora de su muerte algunas horas

despues que han concebido el pensamiento. He aquí la carta donde el jugador espresaba su última voluntad; su tenor es el siguiente. « Querido hermano: todo lo he perdido esta noche, y ya hace tiempo que estoy arruinado: no aceptes mi herencia, porque debo tres veces mas de lo que vale. Cuando recibas esta carta, ves al bosque de Boulogne (aquí se señala el parage), y encontrarás mi cadáver al pie de tal arbol.—A Dios.» El que esto escribia, era un buen muchacho, sencillo y cándido, pero que creemos que fué víctima de los bribones que le fascinaron.

Un jugador que represente la idealidad de su género, profesa la máxima invariable de que son sagradas las deudas contraidas en el juego. Véase un tipo: « Son las doce de la noche. El honor de mi nombre despues de mi muerte, me obliga á declarar que debo bajo mi palabra, al Sr. \*\*\* 60,000 francos, y al Sr. \*\*\* 45,000. Estas deudas sagradas serán religiosamente pagadas por mi notario á quien he dado amplios poderes para liquidar bienes.» Débese observar, que las últimas palabras que escribe un jugador suicida, no tienen que ver nada con Dios, con la religion, ni con el arrepentimiento de sus pecados; concluye su existencia como si fuera maniático de una desenfrenada pasion. Si mira con indiferencia los regocijos domésticos y de la amistad, es porque el hombre que adora al oro, y que se espone á perecer por aumentar su fortuna, no ama á persona alguna en el mundo: por eso muere sin pesares, y sin cuidarse absolutamente de los que le han conocido.

El jugador arruinado, que ha podido sobrevivir á sus pérdidas y que parte con una familia el pan de la limosna ó de una ínfima industria, sufre por largo tiempo la indiferencia de aquellos cuya desgracia ha causado: tambien padece su conciencia cuando recuerda los felices dias en que podia decir «mi hacienda y mis rentas.» ¡Cuantas veces un hombre á quien se le ha conocido alta y erguida la cabeza, se le ha visto agoviado de repente bajo el peso de un infortunio que él mismo se ha procurado! Nadie le compadece, ni su muger, ni sus hijos, que le echan en cara su miseria y su abandono. Enton-

ces cesa el amor, la alegría y quizá la esperanza. El jugador se va estinguendo como todos los que han agotado los receptáculos de la inervacion en orgias y bacanales.

El estómago, los pulmones, el corazón ó la cabeza son los que sienten las primeras nuevas de una muerte lenta. Un médico caritativo da sus consejos; algunos antiguos amigos llevados por un vago sentimiento de piedad circundan el lecho; el confesor trata de conseguir la conversion de un alma sin vigor y destruida por los remordimientos y la desgracia. Por fin, muere como si nunca hubiera existido; la indiferencia y el olvido le acompañan á la fosa de un cementerio, donde nunca una lágrima de cariño ó de amor irá á regar su humilde sepultura.

En 1840 y camino de un campo santo, dos sepulcros estaban sentados sobre la caja de un difunto: iban á enterrarle, la noche se acercaba y ningun amigo habia acompañado sus cenizas. Uno de los sepultureros estaba diciendo al otro.—«Pues donde le ves, nació en buenos pañales, y ahora no tiene una miserable caja donde venir.» Pregunté al que esto hablaba el nombre del difunto; era el de un jugador que su pasion le habia precipitado de una clase elevada á una condicion ignominiosa.

Otra vez me rogaron que visitase á un enfermo que vivia en una boardilla. Me enseñó una asquerosa llaga formada por el cáncer que ocupaba toda la region del corazón. Le interrogué acerca de la causa de su mal, y me respondió: «Mi señor doctor, este mal no es de ayer, y si consiento en curarme, es porque la miseria me deja tiempo para ello: imaginaos que desde el primer piso de una casa que era mia, he tenido que subir al quinto de otra que pertenece á un antiguo compañero de juego que ha sido mas feliz que yo: me cede este cuarto por compasion, ó quizá por reconocimiento, porque su riqueza fué mia en algun tiempo, porque habeis de saber, que yo soy un antiguo jugador maldecido de Dios. Todo lo he perdido, y lo que veis en este cuarto no es mio tampoco. Por lo que toca á mi enfermedad, ha comenzado por unos arañazos, y ha concluido por

está llaga que me va comiendo la carne. El secreto de ella es este: cuando un jugador espera su suerte en el azar de una carta, siente una palpitation en el corazon, y le oprime con la mano derecha: yo hacia aun mas cuando no venia la carta que con tanta impaciencia esperaba, se crispaban mis manos á pesar mio; y con mis mismas uñas me desgarraba el pellejo como estais viendo: nunca he tenido tiempo de curarme; ademas, hubiera sido inútil el intentarlo, porque al dia siguiente, incitado por el vicio, volvia á las andadas, porque debo decirlo, sentia placer al empapar las heladas puntas de los dedos en la sangre caliente; ahora que nada tengo en el mundo, pienso en mis llaga, y quisiera curarme. ¡Cosa estraña, doctor! desde que estoy miserable como Job, no quiero tragarme la cuchara.»

Tuve tiempo suficiente para estudiar á este hombre: estaba dotado de una bella estructura de cabeza, y tenia nobles protuberancias y centros groseros; le faltaba el instinto del valor; ¿deberia quizás á esto la estóica resignacion acerca de su posicion? Se lo hice observar, y me respondió sencillamente: «Hubiera sido un héroe á no haber tenido tanto apego á la vida. No admití un duelo que me propuso uno con quien tuve algunas palabras con motivo del juego, temiendo, no solo perder la vida, sino abandonar las cartas.» De su boca obtuve la confesion de un jugador modelo. «Satanás, dijo, es su personificacion; no tiene ni corazon ni alma, las cartas y el oro es lo único que le pone en accion obligándole á obrar y pensar, siendo la sola cosa que le conmueve. Nada le importa al jugador; conocí á uno que con un puñal en la mano obligaba á su anciano padre á que le diese dinero; á otro que por una suma convenida entregaba su muger á otra persona; cuando tenia dinero, era celoso, pero cuando no, la tornaba á vender para volverse al garito. Todos nosotros morimos de dos muertes muy comunes: unos que son los que tienen un nombre, que creen en un falso punto de honor, se matan tanto por escrúpulo como por desesperacion: estos son los aristócratas de la banca; otros, y yo soy del número de ellos, van muriendo poco á poco de remordimientos y



de miseria. Y no creáis que yo puedo utilizar los medios intelectuales que he adquirido con el juego, porque en un siglo inmoral, somos las plantas tan amargas como el mal, y sin embargo nos alivian. Yo hubiera podido ser agente de policía ó tener otro empleo de la misma especie, pero no quería que se publicase un nombre que todavía es honrado en el pueblo de mi naturaleza. Los jugadores arruinados tienen varios ramos de industria, tales como elegir por querida á una muger rica; pero yo no puedo con esto... para que un hombre consiga lo que desea, es indispensable que ponga sus cinco sentidos en ella, y yo no tengo valor para seducir á una jóven, ni para engañar á un hijo de familia, que comienzan su ruina en esos parages inmundos, y que salen de ellos para ir sin tropezar á presidio ó al cadalso. Podía citar treinta individuos, unos presidiarios, otros guillotinaados que comenzaron en la mala vida al mismo tiempo que yo. La única diferencia que existe entre estas víctimas y yo es, que despues de arruinados en el juego, han querido desquitarse convirtiéndose para lograrlo en ladrones, ó quizá asesinos; y yo me detuve á la orilla del abismo. Las buenas lecciones que recibí de mi familia, y las de mi primera comunión, me libraron de una desgracia peor que la miseria. Yo había nacido jugador, y esta fatal inclinacion se iba comprimiendo mientras mi madre me llevaba á la iglesia; una vez alejado de mi familia, y libre del confesonario, fué todo lo que podia ser. Yo creo como vos, que mejor está un hombre en la iglesia, que en la casa de juego y la taberna, y es mejor repasar el ejercicio cotidiano, que arriesgar su capital con esperanza de duplicarle; si yo tuviera un hijo, evitaria á toda costa cuantas ocasiones pudieran proporcionarle el desgraciado conocimiento de lo que es el juego, no tanto por el tiempo que se pierde, como por las lecciones de egoismo que se aprenden con la infernal alegría de la ganancia. La costumbre de ver jugar á mi familia, me hizo creer que un hombre podia procurarse la subsistencia divirtiéndose, y cuando trataron de darme carrera, no quise dedicarme á ninguna: los grandes jugadores todos son perezosos.»

La confesion de este jugador es la verdadera fisiología del género.

Es un hecho que los perezosos y los holgazanes tienen una fibra inclinada hácia una eventualidad lucrativa; los espíritus débiles sobre todo, son los que mas impregnados estan en esta especie de fatalismo que los pone á discreccion de su destino inesplicable. En los anales del juego se ven fortunas improvisadas, y estos raros ejemplos son los que engendran las innumerables víctimas del robo y de la bancarrota.

En esta última clase hay todavía hombres peores que esos de quien acabamos de hablar; pero que no por eso es menos deplorable su fin, y que pueden considerarse como la verdadera enseña de la inmoralidad de una nacion. Véase un tipo. Un *leguleyo* recibió diferentes depósitos de dinero; la sed de la ganancia encendió en él la esperanza de una gran fortuna adquirida sin trabajo; espuso á una carta el dinero de sus clientes y lo perdió algunos dias despues; fueron á reclamar la suma, nuestro jugador pidió un plazo para egecutar el pago, pero no se lo dieron. «Esperadme aqui, dijo, voy á mi gabeta.» Pasaron diez minutos, una hora y nuestro hombre no vuelve. Fueron á su gabeta y lo encontraron cubierto de sangre, con una nabaja de afeitar en la mano: el infeliz se habia abierto la arteria *carótida*. Un billete empapado en sangre que se halló á su lado decia de este modo. «He perdido vuestro dinero y el de otros muchos. ¡Maldito juego! ¡Perdonadme, Dios mio!»

Estas trágicas muertes de hombres, á quienes se ha creído con un fondo de moralidad, suceden no con poca frecuencia; ellas prueban lo que puede y lo que fascina el oro: ademas de que envilece el sacerdocio del juez, del comerciante y del artista, que está fundado en la rectitud y en la confianza. Pudiéramos citar treinta ejemplos recientes de esta enagenacion de carácter y de profesion del falso jugador: obsérvese que piden perdon á Dios despues de haber engañado á los hombres; ese es el fenómeno de la revelacion y un acto de arrepentimiento en la última hora: no se observa ahora la pasion de un gran jugador, sino un sentimiento facticio

inclinado á la avaricia y que especula con la misericordia de Dios al implorarle: esta es la mas insigne cobardía moral. El jugador *jubilado* solo se engaña á él, ó por mejor decir, el juego le trastorna y le escarría, porque bien se ve que muere sin pedir perdon á Dios ni á los hombres; ademas de que se suicida, mas por su propia tranquilidad que por la de los demas, mientras que el sugeto, cuyo tipo hemos diseñado, teme la muerte; y si no ha podido pasar el mar, se deja llevar á un tribunal, y allí juega para rehabilitarse detrás de una muralla de alegaciones y sutilezas.

Las mugeres que no tienen gran interés en agradar, conocen mucho mejor las emociones incendiarias del que espone su fortuna y su vida; y si ellas no se entregan tanto á esta ardorosa pasion, es en razon á que por un lado el respeto humano impide una reunion rigurosa de garitos femeninos, y por otro el gobierno, adoptando por fin una medida contraria á sus intereses financieros, ha decretado la abolicion de la infame lotería. En los, por desgracia prósperos dias de esta institucion, inventada tiempo atrás por un rey necesitado de dinero, las víctimas se contaban entre las clases ínfimas de la sociedad. Las mugeres, sobre todo, movidas por un sentimiento de *maravillosidad* y de avaricia, se arrojaban, como insensatas, en un mundo de azar, donde entraban con la esperanza, y salian con un amargo desengaño. De cuando en cuando, encontramos algunas víctimas que sobreviven á su perdida fortuna, y que no tienen mas consuelo en su miseria, que recorrer con la vista los innumerables pliegos donde estan impresas las falsas promesas de un deseado terno.

La lotería sostenia las supersticiones del pueblo bajo, y es tanta verdad que los sueños son un reflejo de las preocupaciones del dia, que por lo regular todas las noches habia vírgenes y santos que iban á decir los infalibles números á una jugadora. La lotería era el pecado mas bonito de las viejas y las criadas, y como la Iglesia prohibe los juegos de azar, preferian pasarse sin la absolucion, antes que renunciar al placer que proporciona la esperanza que se tiene algunos dias antes de la estraccion.

Yo visité á una muger anciana atacada de una especie de imbecilidad, fruto de largos pesares. Doce años había que se habia confinado en un piso quinto y allí vivia desconocida, lejos del mundo y de su familia que la daba alguna que otra limosna. Un dia la hallé en su cabal razon; entonces me confesó su locura, pues creia que algun dia sería millonaria, porque indudablemente iba á acertar una cuaterna. Habia perdido 60,000 francos, y al ver que yo lo dudaba, sacó de debajo de su almohada un enorme paquete de billetes de loteria. «Todo lo ha consumido el maldito juego, alhajas, ropa, rentas y capital; solo he conservado un paño que me sirva de mortaja, y un gorro de noche: ¿veis el estado á que me veo reducida? Pues no obstante en el dia echo de menos aquel feliz tiempo en que por espacio de ocho dias gozaba con la esperanza de tener doscientas mil libras de renta.» Esta muger murió en estado de razon, y en la mas humilde angustia. El hospital de la Caridad costeó sus funerales.

En suma, y para concluir con este género de aberracion moral, digamos que puede conducir á un alma vil y desenfrenada, á todas las bajezas del espíritu y del corazon.

En el mundo se deploran las consecuencias del juego, porque tienen por fin regularmente las muertes trágicas y la ruina de las fortunas. En las cárceles y en los presidios, el observador descubre otras, aun mas funestas, relativas á la mejora de fortuna en los que tienen que recobrar la libertad. ¿Quién se atreverá á negar que los buenos jugadores enriquecidos por su nacimiento ó su comercio son los naturales admonitores de los que nada tienen, que nacidos en condiciones oscuras, con vicios y sentidos ardientes, buscan en el robo, el asesinato y la prostitucion las primeras puertas entre lo que llaman su estrella y la casualidad? Los malos egemplos siempre vienen de parage elevado. Hay en la plebe hombres que nacen con un cerebro génio que hubieran sido buenos gefes de familia, artesanos virtuosos y dignos ciudadanos, si la fortuna no se les hubiera presentado con su cuerno de abundancia derramando sus tesoros en la bol-

sa de los jugadores. Estas inteligencias completas y sin cultura parecen elegir por instinto las tortuosas sendas del mal para llegar á satisfacer sus vastos deseos. Los grandes criminales y sacrilegos, salen todos de esta clase escéptica que no cree en la moralidad y que lo considera todo posible: estos roban por jugar, prostituyen y asesinan por jugar. Un miserable condenado á muerte y despues á presidio por toda su vida, nos contaba, que siendo jefe de una cuadrilla en Paris, encontraba el descanso á sus trabajos en la frecuentacion de las casas de juego de que él solo tenia conocimiento.

«Yo sostenia, decia, al jefe de uno de esos establecimientos con mi crédito y mis consejos: estos los daba sin interés, pero por el otro tenia una fianza segura. Prestaba y recogia una prenda de algun valor; ¿creeréis que llegaron á ofrecérme su muger y sus hijas? Cuando los condenados jugadores habian perdido el crédito, no volvian á la casa; pero de repente volvian á aparecer con los bolsillos llenos de escudos. De fijo, ó habian robado ó habian vendido sus mugeres y sus hijas. Nada me espanta en un hombre pobre, vigoroso y holgazán; todo lo puede, ménos una cosa, hacer bien.»

De modo, que el juego, segun las palabras de un cénico presidiario, es un vicio contagioso en las clases bajas, endurece el corazon y diviniza á la casualidad. ¿Qué sino la inhumanidad y la falta del libre alvedrio comienzan y concluyen la obra de la disolucion moral?

Este presidiario de fama murió por fin y no desmintió un momento el carácter escéptico y casual de los hombres que siempre han sacrificado á la fatalidad eventos posibles. [El día de su muerte, nos decia: «Señor doctor, ¿véis todos esos hombres condenados por diversos delitos que componen vuestra sala? pues no hay uno solo que no haya sido perezoso, pobre y arrojado.—Pero esta ese propietario rico que mató de un tiro á un infeliz porque andaba en sus posesiones ..... —¡Oh! este no es un presidiario, es un criminal.—¿Y qué diferencia encontráis entre lo uno y lo otro?—La que vos entre la lepra y la apoplejía; lo primero es incurable, y á veces prosigue y se arraiga en la familia: lo segundo, ase-

Sina en el momento ó deja idiota ó impotente al que es acometido por *ella*. El presidiario es un tipo social crónico, y los presidios tienen la gloria de fabricar modelos puros. Los falsos presidiarios son incompletas copias de los primeros.

Próximamente á las tres de la tardé, este extraño moralista conoció que iba á morir, y la hermana hospitalaria le habló de sacerdote y de confesion. «No creo nada en el mundo; pero si esto os agrada, obedeceré.» Obedeció, y por la noche todavía me decia: «Si Dios lee en el pensamiento de los hombres, bien verá que un jugador de profesion nunca ha tenido en la tierra un cuarto de hora de fé: ya le he dicho al confesor cuando me habló de fé y de arrepentimiento, que nunca supe lo que era una cosa ni otra; ya es muy tarde para aprenderlo, y además, Dios no se engañará, y si me perdonase no seria justo.»

Cuando pienso que muchas profesiones hacen teórica la dureza del corazon, y un cobarde escepticismo por los mismos principios que los del juego; que la casualidad, ese Dios de la fortuna ó de la desgracia, da indiferentemente á sus iniciados oro ó puñaladas, encuentro el secreto del mal que vicia á la sociedad actual; pero no el remedio específico que con urgencia se debe aplicar á este contagio del oro cuyos síntomas pertenecen á un *aplanamiento de las almas*.



## CAPÍTULO VI.

### DE LA USURA.

#### *Resumen.*

Sicología del usurero.—Su carácter, sus costumbres, su aislamiento social, su agonía y su muerte.—Ejemplos y retratos.—*Muertes violentas del usurero.*

El usurero es una desfigurada imágen del jugador; se diferencia de él en la materialidad del acto reducido á sistema. La pasión que absorbe su inteligencia no se alimenta con las vivas, y á veces fallidas emociones del buen jugador, ni con los deleites del presente que este último disfruta, gastando su dinero en locas prodigalidades. Prevenido contra los furores de la desesperación, con la infalibilidad de sus ganancias, nunca tiembla uno por la vida de los demás, de aquellos cuyo honor, fortuna y existencia explota impunemente. El alma del jugador tiene un punto de vista moral, siente los golpes de la suerte buena ó mala, adora una idea, cree en la casualidad, mientras que el usurero solo se prosterna delante de la palpable divinidad de su culto. Raramente ha nacido con un rayo de luz celestial en la cabeza, y si ha recibido alguna educación, bien pronto la olvida ó la confunde con sus teorías de avaricia y de cálculo: por

lo regular, no es avaro para sí, porque si lo fuese, reuniría dos caracteres, y aunque esta duplicidad es común, no es muy extraordinario que se hallen en el usurero inclinaciones hácia la comodidad y el regalo.

He conocido muchos de ellos, muestras correctas de esta flaqueza humana. Todos, ayudados por su baja industria, se elevaron desde el fango hasta la trivial distincion de hombre rico. Tenian una casa, una quinta, criados, un caballo, y ningun amigo. El interior de su casa era un mosaico de muebles viejos ó modernos, de cuadros de diversas escuelas, de candelabros y relojes de todos tiempos; pero nada estaba en su puesto: todos estos estraños huéspedes parecian haberse citado á este caos por fuerza ó por casualidad. El dueño, con el aire misterioso de un guarda de reliquias, pudiera aun mostrar tesoros escondidos, cuyo valor era aumentado por su ignorancia: sortijas, tabaqueras reales, camafeos antiguos, diamantes de la mejor agua: si los confiaba á otra mano para que se pudiera observarlos mejor, palidecia y sufría tanto como un rey que teme perder su corona: miraba de arriba abajo al que los tenia en su poder, y sus impacientes manos no cesaban de temblar hasta que estaba en ellas el objeto en cuestion. Concluida la revista de su relicario, ya este hombre nada tenia que hablar, y demostraba la impaciencia que le causaba la visita, que ningun servicio provechoso presentaba, con una muda y significativa mueca. Laman á la puerta; entonces, el corazon del usurero palpita de esperanza; es un incauto, un jugador arruinado, ó un pobre padre de familia que viene á *hablar de negocios*. Despacha á la antigua visita por una puertecita escusada, y á su saludo responde con un suspiro que parece decir: ¡Ya se marchó!!

Nuestras diversas observaciones en los cráneos de estos viles *industriales*, nos inducen á pensar que el hombre nace con disposiciones á la usura; nunca he encontrado una hermosa frente, ni un óvalo superior proeminente en la cabeza de un usurero modelo. Los órganos comunes á los animales y al hombre en un mediano desarrollo, ofrecen al contrario al frenólogo la ocasion de



observar las protuberancias de la astucia, y mucho mejor las de la codicia en una preponderancia mayor que las de los demás centros. Nada se debe esperar de un hombre que tiene una frente aplastada, una mirada en donde la pupila se agita sin cesar, una nariz afilada, delgada y reluciente, una boca afectada, en la cual vaga una sonrisa de mando: sea cual fuere la profesion que tal hombre egerza, téngase seguridad de que aumentará sus beneficios con todo lo que pueda arrancar á sus parroquianos, bien sea por dolo, ó con palabras melosas. Si se entrega á la usura, siempre estará en el sitio donde halle interés y ganancia. Incapaz de aprender alguna cosa grande, filosófica y recreativa, trata de fútil á cualquier ciencia que solo da al espíritu una vana satisfacción de amor propio. Solo sabe una cosa que la ha aprendido cabilando sin cesar, y es, su libro de cuentas y los ardidés del arte: no es cosa estraña encontrar en su cráneo la protuberancia de los números: de todo hace dinero, y sostiene contiendas acerca de algunos párrafos del código civil y criminal. Dos hombres visita frecuentemente de un modo misterioso; estos hombres son un escribano y un abogado. Si se trata de un acto judicial, tiene un gran talento para descubrir un punto dudoso; si de un proceso, él mismo facilita los argumentos y obgecciones al que ha investido con su confianza en los tribunales.

El usurero no tiene amigos. ¿Y cómo ha de tenerlos el hombre falto del sentido de la benevolencia y de la amistad? Vive solo, apartado de parientes, vecinos y antiguos conocimientos; se le ve poco en la ciudad, teme las miradas de todos, anda con los ojos bajos, y nunca se le ve en las reuniones donde alegres compañeros fuman, beben y se dicen las verdades: no ignora que aquel á quien presta, á un subido interés, se torna enemigo suyo, de modo, que el número de éstos se aumenta á la par que tambien se aumentan sus años y sus capitales.

El usurero comprende maravillosamente el porvenir de un propietario arruinado. Si codicia su hacienda ó su casa, ya sabe, antes de entregarle el dinero, la época

probable en que por litigio forzado se verá obligado á vender la herencia de sus padres. Compra tambien á vitalicio y es cosa maravillosa el ver, despues de un año ó dos de espera, su profunda penetracion acerca de la inestabilidad de la salud en apariencia robusta; diríase que se ha aconsejado de un hombre práctico en la longevidad probable de un jugador, medio arruinado, antes de cerrar todo trato con él. Adivina las apoplegias, las neurismas, las flusiones de pecho, y todas las demas enfermedades que diezman rápidamente la especie humana.

A medida que envejece, la antipatía que inspira se propaga en la ciudad donde tiene sus numerosos capitales y en los campos donde perecen de miseria todos los arrendatarios sus acreedores. No puede sustraerse de la terrible idea de que es despreciado por todos, teme esponerse á pasear por apartados campos, porque mas de una vez se ha visto insultado por campesinos arruinados. El aspecto de un cazador armado con su escopeta, le representa la idea de que es un enemigo apostado para asesinarle. Entonces cede, apesar suyo, de su antiguo humor impropio y cauteloso; queman sus bosques y sus mieses, devastan sus posesiones y queda impasible. El portero, el escribano y el abogado, ya no reconocen á su inexorable cliente; el que en otro tiempo era tan áspero y ardiente en un pleito, se muestra de repente frio y resignado como Job.

Algunas veces, en la tarde de la vida, el usurero siente moverse dentro de sí alguna cosa moral y religiosa; con razon se diria que la pasion del oro lucha en su alma con la conciencia y el derecho. Promete arreglar su conducta, ya no prestará á un interés tan subido, y aun hará algunas limosnas. Este cambio no es un fenómeno, es natural al hombre envilecido que ha amado largo tiempo el mal con pasion y que siente flaquear sus fuerzas hácia el obgeto de su culto. Tarde ó temprano, el hombre ruin, por mal organizado que tenga el cerebro, siente el aguijon moral del alma por pequeño que sea. Es preciso tener un cerebro muy cercano al del bruto para no sentir una vez, cuando la vida declina, el remordi-

miento de un largo crimen, y siempre un usurero tiene alguna cualidad de hombre. Quisiera entonces disfrutar de los dulces placeres domésticos, de los de la amistad, de las promesas de la religion, pero no puede: para él, concluyeron todas las felicidades del mundo y como el *maldito* leproso, una voz formidable le da todos los nombres mas malos de la tierra.

Si es padre de familia, sus hijos le hacen desgraciado porque abandonan muy jóvenes el hogar paterno, llevan lejos de él su desordenada vida, y solo recibe de su posteridad, quejas y cartas protestadas.

La práctica de la religion le ofreceria algun consuelo; pero los sacrificios que la confesion impone, siempre son superiores á sus creencias. Ya camina con incierto paso por los bordes de la tumba, y la idea de una restitucion de sus mal adquiridos bienes, le desgarran el corazon. Toma un *mezzo termine*; irá á misa, y un dia, despreciando las reconvenciones de sus víctimas, se le verá revestido de cristiano vergonzante en el pórtico de una iglesia.

Los cálculos del usurero, asi como los del perfecto avaro, tienen tambien su aspecto metafísico y abstracto: es difícil convencerse de cuán mordicantes y meditativas son estas inteligencias ávidas que monopolizan á un hombre hasta su último maravedí. Descansan sobre una almohada de espinas.

Siempre tiene el cerebro del usurero dos pensamientos fijos: el primero, es la necesidad imperiosa de reunir dinero: el segundo, es el profundo conocimiento del desprecio que inspira y los lazos que tienden sus enemigos á sus riquezas ó á su vida. De esto nace el insomnio, el aislamiento, los terrores incesantes, la falta de ejercicio y de apetito. Esta esclavitud del alma y del cuerpo le suscita enfermedades nerviosas, las congestiones cerebrales y de otros órganos, tales como el hígado, la torpeza en las digestiones, la hidropesía, la hinchazon de las piernas, la hinchazon general y las almorranas. Si no muere de muerte violenta, cae víctima de una enfermedad crónica causada y sostenida por su monomanía. Al morir, con dificultad llama á un sacerdote, y

los que le conocen no se atreven á proponerle una reconciliacion con el cielo. La palabra *restitucion* es su pesadilla y su eterno espanto; y ademas, el hombre que siempre ha puesto su esperanza en los bienes de este mundo, siempre se engaña acerca de la hora de su muerte.

El usurero agonizante está casi solo en medio de sus tesoros. Las visitas le inquietan y le asustan, porque cree que llevan un fin interesado. La vista de sus herederos naturales le importuna, y si una lágrima baña sus mejillas, es al recuerdo de su arca de tesoro, de la cual es fuerza separarse. He conocido á uno de estos desgraciados que tenia un corazon de piedra; su desapiadada dureza para con sus sobrinos, no se ha desmentido ni aun en los bordes del abismo. Cuando conoció que le faltaba poca vida, hizo en secreto un testamento en favor de un innoble mendigo: no hay cosa mas comun de parte de los ricos malos, que esas extrañas donaciones nacidas de la aberracion de su espíritu. En fin, un usurero leyó, á pesar mio, en mi vista, el secreto de su próximo fin; se marchó á un campo vecino y solo volvió á la ciudad para que lo enterrasen. El que le cuidaba me dijo, que el dia anterior, á la víspera de su muerte, mientras él estaba durmiendo, se salió de la cama, y que le encontró al dia siguiente tiritando, lleno de frio y apoyado en una rama de un árbol á la puerta de su casa de campo; este miserable, no queriendo dejar nada á sus herederos, habia enterrado todo su dinero y alhajas que tenia en un rincon perdido de su posesion.

Algunas veces, aunque casi nunca, el usurero manejado por alguna muger, consiente en recibir á un sacerdote: su confesion es una indigna comedia: prometerá arrepentirse, y en adelante no prestar con tan escandaloso beneficio; suscribirá á todas las voluntades del confesor en cambio de los tesoros del cielo, en los cuales se ve obligado á creer, porque en él se despiertan las supersticiones de la infancia; pero todas estas resoluciones de un alma desfalleciente, son vanas y mentidoras: si vuelve á la vida, el pecador endurecido no se habrá ablan-

dado con este experimento; su pasión se encenderá en la antorcha de la existencia, y el usurero resucitará. Le hemos asistido durante el delirio de su agonía, y mientras un buen sacerdote creía firmemente haber librado un alma de los infiernos, yo le oía decir entre dientes: *Recibo interés... tanto por ciento.*

Esto me recuerda el hecho verdadero ó falso de un pretendido usurero convertido. Tenía en sus manos un crucifijo de plata, y el resplandeciente aspecto del metal le ocupaba aun mas que los consejos del confesor. «¿Lo prometeis en nombre de Cristo? ¿Os arrepentís de vuestra vida? ¿Pedís perdon de haber prestado á cincuenta por ciento?» Y el paciente respondía en términos ininteligibles, que el sacerdote interpretaba ser acerca de la salvacion de su alma, con tanta mas razon, cuanto que el usurero apretaba el crucifijo contra su pecho. De repente se levanta, y sobrepujando el instinto del vicio á la muerte y sus terrores, arroja el crucifijo diciendo: «Lo mas que doy por esto es diez escudos.»

Es una verdad moral que los apologistas de la buena naturaleza del hombre se esfuerzan en combatir en vano: la esperiencia y el hecho siempre serán mas lógicos que la razon de las palabras. Cuando un hombre está fuertemente sumergido en un vicio, una conversion real es (me atrevo á decirlo) imposible, y los trances de la agonía solo manifiestan un arrepentimiento facticio, artificial y sin conviccion. ¿Cómo un usurero podrá articular una palabra que salga del corazon, si nunca le ha tenido? Creo en la conciencia y en el remordimiento de un asesino, cuya mano una sola vez fué mas ligera que la reflexion; pero un malvado que siempre ha calculado sus delitos, no deja de ser el mismo al pié de la tumba; presta aun al confesor su palabra por el interés de una vida llena de delicias eternas. Le da su fé, como en otro tiempo daba la mano al que le sacaba de un precipicio, y á quien arruinaba al dia siguiente en su beneficio.

No se espere nada tocante á la humanidad por parte de un usurero; queda impasible al frente de todas las desgracias; las grandes catástrofes le encuentran de hier-

ro y de bronce. Durante el desastroso reinado del cólera no se ha visto un acto de generosidad que honre á esta especie viviente. ¡Cosa singular! Resisten mejor que las demas las enfermedades y las afecciones morales; la razon de esto, es que nada sienten fuera de su individuo. A bordo de una fragata, estacionada en las Antillas, estaba en el año de 1819 un usurero modelo. La fiebre amarilla diezaba al estado mayor y la tripulacion: nuestro usurero no frunció las cejas hasta que supo el próximo fin de un buen muchacho colega suyo, pero no su amigo: tenian cuenta comun con el empleado en los víveres del navío. ¿Quién querrá creer que tuvo la audacia de acercarse al moribundo con un papel en la mano para que firmára lo que él llamaba verdadero, y quizá era falso?

Generalmente los anales de la usura cuentan los fines deplorables de los que solo han amado en el mundo el metal con el que se consigue todo lo que se puede comprar, escepto el amor y la amistad. Los mas opulentos usureros no pueden disfrutar de lo que no se compra, de lo que se da. De todas las compensaciones humanas, esta es la mas justa y la menos controvertida. Cada localidad de la Francia tiene sus anécdotas acerca de la suerte final de estos falsos Cresos. Uno muere de apoplejía bajo el golpe de una especulacion irrealizable, otro perece en un motin donde se hallaba por casualidad. En una aldea del Languedoc se encontraron á uno colgado de un árbol; sé de otro á quien hicieron firmar una enorme obligacion apuntándole con una pistola. Casi todos han recibido, durante su vida, cartas anónimas, y las amenazas de asesinato ó robo han emponzoñado lentamente todos los placeres de la vida: muchos han preferido morir á manos de sus deudores, antes que renunciar á títulos legalizados. Un usurero, atraido á una casa para tratar de un buen negocio, fué invitado á comer y á beber; despues que le embriagaron con un vaso de vino lleno de ópio, le cogieron y le llevaron á uno de nuestros puertos de mar. Despues de tres meses de incertidumbre, la casualidad quiso que se limpiase el muelle del puerto, y se encontró el cadáver del usurero

con una cuerda al cuello, de la cual colgaba una enorme piedra. Sus bolsillos estaban tambien llenos de guijarros.

Si el usurero muere en su lecho, sufre solo, sin amigos, y es algunas veces visitado por parientes codiciosos que se acercan á su cama á parodiar una escena de sentimiento. Pero él, que en nada cree, los despide como á pretendientes sin recomendacion. Rodeado de enemigos, ó de corazones indiferentes, rechaza los socorros de la Iglesia, porque teme que el precio de su salvacion sea la restitucion de los bienes robados. Su delirio es un monólogo de usura y de avaricia. Muere por fin, y sus herederos mandan hacer exequias en todas las parroquias del pueblo, como para ocultar á los ojos de Dios la vergüenza que les ocasiona la posesion de un bien mal adquirido.







---

---

## CAPÍTULO VII.

### DE LA AVARICIA.

#### *Resumen.*

Sicología del avaro.—La avaricia disfrazada.—El demandadero.—*El padre de las cárceles.*—La manía de amontonar riquezas puede mas que el amor á la vida.—El avaro vacilante entre dos poderes.—El lecho de un avaro.—Frenología.—Medicina del avaro.—Una enfermedad.—Falsa educacion de los avaros letrados.—El avaro no cree morirse nunca.—Es poco religioso.—Agonia y muerte.—Última palabra á su último suspiro.



La avaricia, considerada como el pensamiento fijo, dominante é irresistible de un individuo, es una usura constante egercida en sí mismo, y sus resultados directos abrazan la historia del egoismo humano en su totalidad. Como todas las inclinaciones naturales que llegan á ser insuperables, sea consecuente á un vicio de educacion, sea, lo que es mas comun, por una organizacion particular del cerebro, la avaricia subordina á su incensante actividad las demas facultades del alma y del espíritu. El que nace para materializar sus actos, para amontonar cosas usuales y no servirse de ellas, es un ser lisiado del cerebro, un monómano, un misántropo de sí mismo.

Vamos á hablar del animal bípedo, cuyo instinto intelectual parece estar circunscrito á la limitada esfera de la codicia ó *adquisevidad* sin la consecuencia de lo que va á hacer con sus productos. Tiene débil la cabeza, es incapaz de hacer una reflexion filosófica acerca de la instabilidad de las cosas, cree en la miseria para el porvenir, sacrifica el presente con todo género de privaciones, y va muriendo diariamente poco á poco, reuniendo para otros los medios de existencia.

La avaricia, tal como nosotros la concebimos, es una inclinación degenerada y casi bestial de una facultad, que impulsada por seres de un orden elevado, impele á los ambiciosos de dinero, de gloria, ó de las producciones de la naturaleza, á nobles y peligrosas empresas. Estos estan fuera de nuestro obgeto, y prueban, al contrario, que los instintos de los brutos se van modificando con la buena moralidad, á medida que de las clases inferiores de la escala animal, se elevan hasta la creacion semi-divina del hombre génio.

El perfecto avaro es un ser abortivo, cuyo cerebro, bajo el aspecto funcionario, se ha detenido en las instintivas y ciegas inclinaciones de ciertos animales, que como la urraca, van robando y escondiendo todo lo que encuentran, sin la menor idea de que puede llegar un dia en que las necesidades hayan menester de los obgetos que tienen escondidos. Esta semejanza se estiende mucho, y frecuentemente se encuentra en las inteligencias mezquinas de que hablamos, un talento innato para co-legir cosas de difícil comprension, como piedras, medallas, etc., para esto solo tienen discernimiento.

Ya hemos dicho que el tipo del avaro tiene generalmente la circunferencia del cráneo, menor de diez y nueve pulgadas; quiere decir, que el volúmen de su cerebro manifiesta una débil voluntad moral, y tambien es esclavo de un miserable peculio que no quiere gastar para atender á sus necesidades. Obedece ciegamente (y su obediencia raya en servilismo) las órdenes y los caprichos de sus superiores. En todas partes se le encuentra humilde y sufrido, como si fuera avaro de su propia felicidad.

Si se ha lanzado á una profesion liberal, languidece en una medianía insuperable; en vano quiere copiar buenos modelos y elevarse á su altura; su impotencia le subyuga y le hace injusto y casi calumniador é ingrato. Empero este hombre vaga meditando en redor del santuario de la ciencia, y despues de haberse agotado en esfuerzos, conoce un dia que su fermentacion intelectual era solo leve é hinchada espuma que se desvanece prontamente. Entonces vencido por los obstáculos y desencantado de las promesas de la ambicion se resigna á la humildad, y se hace avaro. El que no tiene en la cabeza nada que pueda ser superior, juzga y compara mal, no tiene en su cerebro ninguna de las grandes facultades que la voluntad moral dirige á un fin útil. Si, por egemplo, estuviera dotado del sentido de la astucia, llegar á tener una industria lucrativa; si tuviera valor, la carrera militar le proporcionará ocasion de distinguirse; calculador ó músico, podrá reunir sin medida lo que tanto ama; pero nada determinado tiene, y su aplastado cráneo le eleva á la clase de los que poseen en el grado mas inferior el cerebro del instinto y de la humanidad; siempre encontrará en todos los géneros la medianía, escepto en el *arte* de la *avaricia*, que en ese era un *génio*.

Si este hombre no concludido pertenece á las últimas clases de la sociedad, siempre será aventajado por sus semejantes en las funciones mas triviales. Distruido y codicioso por todo lo que no necesita, será indolente criado, pastor sin vigilancia, sacristan imbécil, cochero incapaz, portero sin discernimiento. Si como ya hemos dicho, la naturaleza le hubiera dotado de una de esas fuerzas vivas propias para el daño cuando la educacion y los buenos egemplos no le encaminan por la senda del bien, será ladron, asesino, incendiario. Hemos conocido en cárceles y presidios, á muchos enérgicos criminales, que una verdadera enagenacion de la inclinacion inofensiva de la *avaricia* habia trasformado en ladrones y asesinos.

— El avaro, de que hablo, no es precisamente un ladron; es un ratero, roba á sus amigos ó á sus amos, obgetos

sin valor ; necesita alimentar su pasion , escamótear alguna cosa en la casa donde se halla.

El avaro no tiene corazon , es débil , y por lo tanto insensible ; puede argumentar la moralidad de sus acciones y no supone ninguna conciencia en los demas. No cree ni en los juramentos ni en la buena fé. Si fuere rico por su patrimonio ó le hubiera adquirido de su fortuna , entonces es para el observador motivo singular de estudio. Entonces por poco que se hayan esforzado en darle una educacion liberal , se encontrará en él un lastimoso contraste entre las palabras que ha aprendido y sus acciones ; el egoismo transita por todos los poros de su cuerpo , se muestra mezquino no solo para desprenderse de un maravedí , sino hasta en su profesion de fépolítica ó religiosa. Tiene amigos , en el nombre , de los cuales recibe cumplimientos que él devuelve con parsimonia. Por lo que toca á prestar algun servicio , solo le hace de palabras ó de consejos ; no será usurero , porque teme los riesgos que proporeiona tal condicion , y no quiere adquirirse un vil renombre ; pero prestará con un interés módico á un *amigo* , que aunque fuera el Apostol San Pedro , tendria que darle un documento que disipára sus temores y tranquilizára su sueño.

El avaro rico y un tanto letrado es una plaga social ; arruina las familias si adopta una profesion cuyos servicios se pagan. Entonces es insaciable su deseo de lucro ; sueña con millones. Si es notario multiplica los actos ; si agente , va adelantando el asunto á medida que va ganando ; si abogado litiga una causa con el íntimo convencimiento de su injusticia ; si médico lleva el diario de la curacion.

Un siglo que proclama la adoracion del becerro de oro debe *secundar* semejantes caractéres. La avaricia disfrazada es un círculo en donde danzan delante de los potentados de la tierra todos los que en el mundo han nacido miserables y han conseguido fortuna. Pero entonces no es la pasion la que obra sino la inmoralidad del alma , ávida de prostitucion , que como la vil cortesana toma para cumplirla mil formas y posturas diferentes. El lenguaje de estos alcabaleros es un eco de los libros mora-

les y religiosos. La conciencia mas venal se esplica en la tribuna como se esplicaria un Curcio; el libidinoso declama contra la disolucion de las costumbres; el sacrilego ó el ateo, predica á los pueblos las grandes verdades del Evangelio, y mientras que impulsada por sus *desórdenes*, la sociedad naufraga y se hunde en la nada, estos hipócritas de la moral pública se apresuran hoy á devorar la presa de un poder que otro les arrebatará mañana.

Estos avaros, que pertenecen á una region mas intelectual, no son los tipos de una pasion innata que les dañan esclusivamente á ellos, y que merece mas bien la piedad que la indignacion. La avaricia de estos no es contagiosa como la de los otros, y sobre todo no engendra los venenos que amenazan suicidar á las naciones que fueron santas y gloriosas.

Un verdadero avaro lo es para sí mas que para los demas, y esto es tan cierto que cesaria de ser avaro si gustase de disfrutar las ventajas relativas de su posicion y fortuna. Efectivamente, sigasele en todos los actos de su vida y se le verá maldiciendo todas las leyes de la naturaleza, que impone la condicion de vivir, comiendo, bebiendo y dando al cuerpo una dulce templanza en lo mas crudo del invierno: obligado á obedecer las tiránicas exigencias de la higiene, se alimenta con pan negro, bebe agua, y se acuesta á oscuras para no gastar luz, carbon ó leña. Yo conocí á uno que hacia veinte comidas de pan seco al mes, y confesaba que nunca habia gastado un cuarto mas en su alimento. Un dia le regalaron dos varas de paño y estuvo reflexionando por espacio de un año en qué lo emplearia; pasado un año, fué á verse con un sastre de portal, y doblando gravemente el paño le preguntó si podria sacar un pantalon y dos chalecos: al oír la negativa respuesta del sastre se volvió á su casa con su tesoro. Al año siguiente volvió á la carga, pero ya quiso solamente el pantalon, un chaleco para él, y otro para un niño; el sastre volvió á responderle negativamente, y nuestro hombre tornó á su casa. Esta faena duró cuatro años y solo la muerte puso término á sus solicitudes. Cuando murió se encontraron en su gabeta cien mil francos.

El avaro es la obra maestra del positivismo inmoral; nunca se decide á una accion cualquiera, si es justa solamente; tampoco desea ninguna clase honorífica es la sociedad, rehusa toda participacion en las obras de filantropía, no quiere ser nada, porque cree que en dar algo el perder diez minutos en el bien público. Un dia un buen viejo, dominado por una sórdida economía, nos decia; que le habian propuesto el ser demandadero de su parroquia, que preguntó cuáles eran sus obligaciones, y que le digeron: No es cosa, echar un cuarto en el cepillo al empezar la cuestacion para los pobres, y despues dar algunos polvos durante el sermon á los cofrades: y que al oirlo, renunció su encargo. La penson de un cuarto cada domingo y despillfarrarse hasta el estremo de dar un polvo que el raspaba comunmente tres veces de sus sucios pañuelós, á fin de no desperdiciarlo, habia bastado para que renunciase el título de hombre caritativo.

Otra vez vimos una escepcion inaudita. Un avaro, poco conocido, solicitó ser padre de las cárceles (1) y lo consiguió; los que le conocian, se asombraban, pero bien pronto comprendieron que no sin falta de misterio hacia; pues no tardaron en llegar á la administracion reiteradas quejas acerca de la mala calidad del rancho de los presos, sabiéndose de sus resultas la superchería del patron: tenia cuidado, antes de entregar la marmita, de sacar para su casa hasta seis de los mejores caldos que hacia la olla comun.

Esta monomanía resiste aun al mayor atractivo de los hombres, es decir, al amor de la vida. Un oficial de mediana conducta habia contraido en España un mal terrible, y necesitaba para curarse algunas botellas de una medicina que costaba veinte francos el litro. Algunos buenos compañeros, movidos por la confesion de pobreza del enfermo, escotaron para procurarle la

(1) En Francia se dá el nombre de *père des prisons* á los que por filantropia sirven gratuitamente á los presos, ya condimentando la comida, ya limpiando el aposento de ellos.

(N. de los traductores.)

salud. Sin embargo, no concluyó de curarse; volvieron á Francia, y se vieron obligados á dejar el enfermo en el hospital. El doctor le previno que era inevitable una mutilacion si no se hacia con las preciosas botellas; pero el oficial nada hizo; alegó su miseria y se ofreció sin quejarse al cuchillo del operante; murió agangrenado. Al abrir su maleta se encontraron en ella tres cartuchos de veinte onzas de oro cada uno.

El avaro aborrece el lujo, la moda y hasta ciertas necesidades de la vida. Su única alegría, sus únicos placeres sensuales son pasear su vista sobre sus amontonadas riquezas. Se reprocharia, como de una gran falta económica, el menor placer comprado. Se arrepiente de divertirse si algo le cuesta. En el trascurso de su larga existencia, porque el avaro vive mucho tiempo, ocurren casos dimanados de una verdadera enagenación mental. Entre otros hechos singulares, citaré el siguiente. Al contraer matrimonio una prima de un avaro, le suplicó que asistiese á la fiesta; la gula y el placer que recibiria en el baile luchaban en su alma; bien hubiera querido consolar á su estómago de sus largas privaciones, pero de repente su ángel malo le trajo al pensamiento que necesitaba extraer de su gabeta algunos escudos para presentarse con la decencia conveniente; los dias se pasaron en esta guerra intestina y nada se decidió. Por fin, llega el momento de ir á la fiesta, y el avaro se encuentra como un asno entre dos montones de cebada sin saber á cual de ellos acudir: sin embargo, comió como todos los dias y se tranquilizó por la parte que tocaba al estómago, pero todavía quedaba por curar la emocion del baile; un avaro solamente concebiria este prodigio de invencion. Sacó sus tesoros y los fué colocando en bien ordenados pilares en una mesa coja; despues cogió un violin y se puso á bailar delante de ellos como un desesperado, al mismo tiempo que se complacia en verlos rodar. Fatigado con el cansancio se acostó, y acometido por la imaginacion, soñó que se encontraba en el baile para donde le habian convidado y gozó de sus placeres, todo sin costarle un cuarto.

Nadie sospecha mas de la probidad de otro que un avaro; oculta sus tesoros, ó no los pierde de vista; la llave donde tiene guardadas sus riquezas, duerme con él pendiente de su cuello, ó tal vez guardada junto á su corazon; y algunas veces no suele bastarle esa precaucion. Un enfermo postrado en el lecho, que se cansaba de seguir con la vista todos los dias al sacerdote, al médico y al ama de llaves, tomó para tranquilizarse un partido singular. Nadie lo observa mientras duró el monólogo delirante que precedió á su muerte algunas horas; se esforzaban en vano en descubrir la conexion que existia entre colchon, almohada y cama, espresiones que repetia sin cesar con la piadosa devocion de un cenobita que en sus últimos momentos invocára á *Jesus, Maria y José*. Cuando murió, se hallaron vacíos sus armarios, no encontraron ni una sábana vieja; me engañó, encontraron una de arpillera con la que le taparon; al levantarle, notaron que el cadáver estaba sobre un plano resistente, y su cabeza echada sobre un cuerpo duro. Al instante se descubrió el misterio de las palabras de la agonía; descosiéronse los colchones y las almohadas, y bien pronto se cubrió el pavimento de oro, plata, alhajas y piezas de tela.

Pudiera multiplicar hasta el infinito estos egemplos de locura por avaricia, donde un hombre, absorto en su pasion, y estasiado al aspecto de sus riquezas, quisiera multiplicar el contacto por todos sus poros. ¿Cómo habia de consentir en sustraer un monton para saldar un placer profano? ¿Un amante platónico robaria una onza de carne á su querida? Y el entusiasta de la Venus de Médicis que ví en Florencia de hinojos ante sus atractivos, ¿se atreveria á arrancar un átomo de su mármol sublime?

La locura de la avaricia dimana, no solamente de una inteligencia limitada, sino de un vicio de organizacion del cerebro: el mas frecuente es este; la protuberancia de la codicia que tiene el ángulo anterior é inferior del parietal (1) muy pronunciado por un lado, ofrece un contraste

(1) Nombre que se da á cualquiera de los dos huesos que estan en la parte superior, media y lateral de la cabeza.

(Nota de los traductores).



con el lado opuesto, donde en vez de una salida, la yema del dedo del observador encuentra una porcion comprimida, debajo de la cual la pulpa (1) cerebral debe tener la figura plana: las desigualdades de la cabeza no presuponen una inclinacion á la locura sino en las regiones laterales é inferiores donde reposan los centros principales comunes á los hombres y al bruto: las desigualdades de las regiones superiores, como las presentaba el célebre Bichat, pueden concordar con muchos géneros de locura; pero es mas regular ver sugetos en quienes el espíritu de calidad y comparacion ha rectificado los efectos que resultaban de un vicio de organizacion cerebral.

El avaro escéntrico, entregado al culto absoluto de su pasion, conserva largo tiempo una constitucion vigorosa y sana: justifica el axioma de buen estómago y mal corazon en, el egercicio libre y duradero de las funciones de su cuerpo. De modo, que si ignora las sabrosas mági-as de *Comos* (2), desdeña todavía mas al boticario y al médico. Si padece, encuentra en su avaricia los recursos de un arte demasiado alabado. Entonces hace lo que el animal cuyo instinto se limita á recoger todo lo que encuentra, sin la conciencia y la voluntad de usarlo. Se acuesta, se pone á dieta, y bebe agua. Este es poco menos el círculo de la medicina de un avaro, y como su constitucion está vírgen de todo lo que irrita, infecta los humores ó usa el principio de la vida, sale mil veces triunfante de las enfermedades que acaban con los hombres intemperantes y pródigos de su fortuna. Este es, sin duda ninguna, el lado mas bello de su falsa naturaleza. ¿Quién sabe si obrando de otro modo se pondria unísono con un órden social que no es el suyo? Quizá encontraria en un purgante ácre un veneno, y no un específico saludable.

Un dia la muger de un avaro, digna por todos conceptos de su marido, se presentó á él llevando en la mano

(1) La parte carnosa.

(2) Dios de la gastronomia.

(Notas de los traductores).

una taza con un remedio que debia curarle de sus inverados males, y que habia costado algun dinero.— «No lo beberé, de ningun modo» dijo sollozando el pobre marido.— «¿No lo beberás? Pues bien, lo que debe curar al marido, no hará daño á la muger.» Y dicho esto, se bebió de un solo trago el fatal brevage, y murió. Su marido la siguió poco despues al sepulcro; murió atacado de una apoplejía, porque imaginaba que no habiendo hecho testamento su muger, tendria que dejar á sus herederos el dote y la mitad de sus bienes. Por lo general, un buen asunto fallido, la pérdida de dinero ó un cruel fraude son para los verdaderos avaros suficientes motivos de enfermedad y muerte.

Si, la avaricia tiene una naturaleza falsa se viene al mundo con esta predestinacion, y ¡cosa singular! entre las enfermedades morales reputadas por hereditarias, esta se trasmite menos que las otras de padres á hijos. Quizá, y no se pierda esta observacion, consiste esta escepcion en las miserias sin número de que estan oprimidos sus hijos, en las privaciones que sufren, en los sarcasmos que reciben en todas partes acerca de la codicia de sus parientes. El carácter de un futuro avaro se diseña al instante en una cabeza jóven, se demuestra en el seno de una nodriza hasta en los ojos de un niño, y con mucha mas razon en los escaños del aula. Primeramente es celoso de lo que es suyo; tiene una antipatía innata hácia los pobres á quienes sus padres dan limosna, reúne sus juguetes sin enseñarlos, cuando puede escamotea dos ó tres cuartos, niega tinta ó papel á sus condiscípulos olvidadizos, anda con los pies descalzos por las calles para no estropear los zapatos. En todas las clases pasa por mal estudiante, y por muchacho ruin.

Si segun nuestros principios educatorios, es preciso considerar una inclinacion innata como una porcion del cerebro que, fortificándose con la costumbre, puede un dia dominar toda la inteligencia, conviene al interés de un ser pequeño, destinado á un cambio continuo de proporciones con los hombres, aniquilar ó poner trabas al desarrollo de un gérmen tan antisocial. ¿Qué es la gim-

nástica moral del cerebro sino el ejercicio en sentido contradictorio de una viciosa cualidad del espíritu? Recordemos la leccion que el anciano cardenal de Richelieu daba á su jóven sobrino de Fronsac, cuando le mostraba con orgullo el fruto de sus economías.—«¡Ola! plebeyo, mira lo que te dá Mr. de Fronsac.» Y la bolsa llena de oro caía á los pies de un miserable. Esta amonestacion vale mas que todo lo que yo pudiera decir. Hacer que la inteligencia de un niño se llene de admiracion y respeto hácia lo que se cree que es un buen modelo, es irle acostumbrando á su imitacion sin saberlo él mismo. Obsérvese que existe un espíritu novelesco que nace del alma. Al comenzar su carrera en el mundo, va buscando, y algunas veces se hace ella misma, el héroe de su eleccion, el héroe al que quiere parecerse. ¿Qué será del niño al llegar á la edad viril si sus admonitores no han sabido librarle de un modelo trivial ó inundo? Todos nacemos egoistas y mas ó menos atesoradores de lo que creemos que es lo mejor del mundo: á los padres y maestros toca inclinar á los niños hácia lo que es digno y conforme á la naturaleza moral del hombre.

Considerando un cerebro como un germen que encierra en sí todos los elementos de su vida futura, siempre es posible acomodarle á las consideraciones sociales en medio de las que ha de desarrollarse, vivir y morir; y siempre es fácil, con el órgano del pensamiento tal como le tienen al nacer de veinte hombres los diez y nueve, irle iluminando paulatinamente con los albores sencillos y naturales del buen sentido, tan mal llamado sentido comun.

La avaricia sórdida es una negacion del sentido comun, puesto que enseña á padecer en medio de la abundancia; hace mas todavía, desflora tarde ó temprano las mas nobles producciones de la ciencia y del génio; del génio que nunca es mejor inspiracion del cielo que cuando acata sus leyes sin cuidarse de las riquezas de la tierra: en cuanto se prosterne delante del becerro de oro y le adore, se pierde, porque materializa sus creaciones. Rafael y Miguel Angel serán eternamen-

te inimitables, y su muerte, como la del justo, puede llamarse un beso de Dios, al paso que Hummel, cuyos montones de escudos, segun decia, encendian en él el fuego de la composicion, y Teniers que se encerró hácia el fin de su vida en su mina de oro hasta que murió asfixiado, solo fueron hombres á quienes, dígase lo que se quiera, les faltó siempre el *quid divum* de una buena calidad y de la perdurable inmortalidad. Un avaro no puede tener un alma grande ni generosa, y aun se puede poner en duda que la tenga humana y razonable, porque egemplos tenemos de hombres que han llevado el olvido de sí mismos aun mas allá de la tumba. Es mal religioso, ó por mejor decir, rebaja las elevadas promesas de nuestra religion á la altura de su uso; cree que basta admitir la creencia de un Dios, sin hacer lo que puede serle agradable y sin llamarse buen cristiano, porque su avaricia se lo prohíbe. En medio del culto idólatra de sus tesoros, entre el cual se mezcla la idea vaga de un Dios, sin espíritu de caridad, el avaro espera con paciencia una muerte que no prevee, porque nunca la ha presentado en el trascurso de su sóbria y solitaria existencia. Hasta que no llega el delirio de su postrimer instante, hasta que el estertor no anuncia su primer clamoreo, no piensa en el sacerdote ni en la eternidad; los bienes de este mundo que fueron su pensamiento cotidiano son tambien los de su último dia. Yo he visto á uno que se affigia por los gastos extraordinarios que una enfermedad de *vejez* introducia inútilmente en su casa; las visitas del médico y las cuentas del boticario, sobre todo, turbaban su conciencia. ¿Por qué se me muda con tanta frecuencia la cama? decia: ¿por qué tengo dos asistentes uno de noche y otro de dia? Yo no quiero tomar esos caldos tan alimenticios que cuestan tanto; yo no necesito esos vinos generosos. Todas estas necesidades de la vida que se estingue, torturan al avaro agonizante, y le vuelven á llevar en alas del pensamiento al mundo de privaciones, donde todo menos él, tenia á sus ojos una estimacion y un derecho de envejecer con él.

En la material preocupacion del presente, el avaro no

puede concebir que le restan pocos dias de vida , y que necesita hacer por su alma lo que con las luces del sentido comun tantas generaciones han hecho antes que nosotros. Quizá obedeciera á esta voz interior ; pero confesar que va á morir , hacer la última confesion , recibir á su Criador antes de unirse á él en la eternidad , todo esto exige la refundicion moral de un hombre y es imposible intentar esta conversion en un moribundo de ideas lucidas cuyo corazon , como un riel de oro , refleja todavía en su alma el radiante obgeto de su única pasion.

Bien se concibe que si el avaro cree en un Dios , vive casi fuera de la religion cristiana que está toda llena de abnegacion y de caridad ; de modo que no se debe pensar en llevarle un sacerdote , sino en los momentos críticos en que el agonizante delira , ya perdida toda idea acerca de su posicion , cuando , ya comenzado el estertor , le faltan pocos instantes de vida. Los hombres de pasiones egoistas y materiales son los que menos conciben la necesidad de una confesion , y los usureros , como los avaros , mueren casi todos sin el acompañamiento de las ceremonias místicas , que la inteligencia humana no concibe bien , si no durante las raras aspiraciones de un alma ardiente , y con mayor razon en la hora de las celestiales visiones que engendra una piadosa agonía. ¿ Por qué ha caido esta señal de maldicion sobre el avaro y el usurero ? La razon es muy sencilla : han vivido sin amar las cosas que no han poseido , y han muerto , me atrevo á decirlo , sin convencerse de lo que se aprende practicando la caridad y el amor ; esto es lo que explica la en apariencia inesperada muerte de los que nunca han amado. Cuando un pariente , un vecino sorprendido en derredor de su lecho funeral , corre á buscar á un sacerdote y á decirle que un hombre se muere , y que sin duda ya habrá fallecido , sígase al sacerdote , y penétrese con él en aquel cuarto que ninguna bendicion del pobre ha santificado , y obsérvense todas las fisonomías presentes : ¿ no es cierto que en unas reina una pasiva indiferencia , que una secreta alegría brilla en los ojos de los que mas se aproximan al lecho del moribundo ? Estos últimos son

los herederos naturales de aquel corazón de piedra, y apenas detienen la poca cristiana alegría de sobrevivir á un hombre á quien su boca llamó repetidas veces in-mundo, y que después de su muerte va á ser como el cerdo tan bueno y tan poco llorado.

Ahora se esplica por qué la extremauncion es casi siempre el único y último sacramento del avaro, por qué no se llama al médico sino cuando ya es inútil su arte, por qué un escribano es tan temido de sus herederos legales; estos tres artículos de la muerte son familiares en todos tiempos á los que fueron humanos y buenos padres de familia, á los que tuvieron conciencia, en una palabra, á los que fueron amados; pero el avaro muere solo, ó en presencia de su heredero, es decir, de su enemigo. ¡Cosa inesplicable! No le resta siquiera el libre alvedrío para enagenar su fortuna; hásele visto economizar aun para despues de su muerte (1) y encargar de un modo lastimero unas mezquinas exequias. Uno de ellos, conociendo que iba á espirar, quiso mudarse de camisa, quitarse una nueva que tenia y ponerse la mas sucia y la mas vieja, porque segun decia, no queria estropear despues de su muerte lo que tanto trabajo le habia costado adquirir.

(1) En confirmacion de esta verdad, véase lo que hemos leído en unos periódicos alemanes. Una anciana mendiga de Munich, llamada Margarita Kerzlerind, se encontraba últimamente cercana á la muerte y á su lado se hallaba su hermana, que como ella, se mantenía asi mismo de limosna. En aquel momento supremo, Margarita suplicó á su hermana que por último servicio le hiciese el de que la enterrasen con el mismo gorro viejo que tenia puesto; porque decia, era objeto caro para ella, por ser regalo que la habia hecho una señora bienhechora suya. Despues de algunos instantes espiró.

Entonces la hermana le quitó el gorro en cuestion, y al examinarlo detenidamente, notó que un liston que lo guarnecia podia serle útil: en este concepto se puso á descoserlo, y luego que le hubo quitado algunas puntadas, halló debajo de él un papel impreso que sacó y otros que descubrió sucesivamente, hasta que habiéndolo descosido por completo, vió con el mayor asombro que aquel despreciable pingajo contenia 111 billetes de Banco de á 10 florines cada uno, que sumaban la cantidad de 1,110 florines ó cerca de 5,500 francos.

(N. de los traductores).

---

---

## CAPÍTULO VIII.

### DE LOS SUICIDIOS.

#### Resumen.

Causas del suicidio en la adolescencia.—El jóven predestinado al suicidio.—Frenología.—Diez y ocho años y Paris.—Enagenacion del sentido comun.—Tédio de la vida y vacio del alma.—Suicidio por inmoralidad.—Frecuencia de estos.—Otro egemplo.—Educacion llamada liberal.—El estudiante de medicina.—Un minuto de moralidad.—El opio.—La falta de religion es causa del suicidio.—Muerte horrible.—Ciega preocupacion de la idea de la nada.—Falsa filosofia.—De los *espíritus fuertes*. (1)—Todas las inclinaciones, todos los afectos pueden degenerar en mania de suicidio.—Mas sobre frenología.—Suicidio por ambicion impotente.—El mercader de Pisa.—De la sed de oro y la Francia mercader.—Estadística del suicidio.—El valor desordenado es causa de la muerte.—Atroz suicidio de un marinero.—Del amor considerado como causa del suicidio.—*Mortis amor*.—La niña romántica.—La *virago* sentimental.—Desesperacion amorosa.—Horroroso desenlace.—Bailes de niños.—El mas horroroso de los suicidios por desengaños de amor.—Fanatismo religioso.—Egemplos.—Lipemania. (2)—Falsa pasion de gloria.—Muerte poética.—Las enfermedades de la piel son causas del suicidio.—Una prueba.—De la nostalgia.—Duelo á muerte.—Conclusion.

---

Entre las muertes violentas y trágicas, hay algunas que llenan de espanto al vulgo que no puede explicarlas, y que proporcionan al filósofo, motivo de estudio y de

(1) Llama el autor *espíritus fuertes* á los que tienen en poco la religion y no se cuidan de su salvacion.

(2) Mania religiosa.

enseñanza humanitaria: hablo de los suicidios tan frecuentes en el día, verificados por inteligencias jóvenes, en quienes funestas doctrinas han secado los gérmenes de la moralidad y de la fé en el porvenir. La revolucion francesa, al dar á todas las ambiciones el derecho de conseguir con el trabajo el llegar á todas las posiciones sociales, ha abortado una infinidad de ambiciones sin bases lógicas que optan por lo absurdo y lo abominable, cuando el objeto, codiciado por el instinto brutal de las grandezas, se derrumba llevándose consigo las locas esperanzas de la medianía y del orgullo.

Estos jóvenes, nacidos con una imaginacion ardiente, han tenido la desgracia de que en su infancia les faltase una buena madre, germen de toda iniciacion religiosa y moral, preceptores severos y filantrópicos, y buenos amigos que les probasen con el ejemplo del trabajo á qué precio se obtiene un lugar entre los seres felices de la tierra. Todos aquellos á quienes hemos conocido pasando locamente la vida, agotando las fuerzas vivas de su cerebro en vergonzosa crápula, y doblegando por fin la desesperacion de un alma débil á la detonacion de una pistola, habian heredado de sí mismos, en una tierna edad, cuando la libertad de accion puede definirse, la esclavitud de todas las pasiones y de todos los vicios.

Cuanto mas se prolonga el estado de la infancia al abrigo de los padres ó maestros, tanto mas se empapa el espíritu de un niño en las medidas de orden, prudencia y circunspeccion: lo que hace ser buen padre ó hijo de familia y buen ciudadano, no es la ciencia, porque esta es mudable y caprichosa, sino las luces naturales del buen sentido: el que nace con una imaginacion viva, vagarosa, y sin objeto, que no ha sido moderado por sus padres, está muy espuesto á volverse loco y sufrir toda su vida las irreflexiones y volátiles inspiraciones de la locura.

Tal son la mayor parte de los jóvenes que se suicidan al ver destruidas sus ilusiones por la desvergüenza y la inmoralidad. Todos han esparcido sin fruto y por un suelo inculto, la semilla de su inteligencia; todos han agotado hasta las heces el vaso de la vida, y cuando su



imprevisión les ha conducido á quitar el amargor que en el fondo encierra, les ha faltado el valor; su voluntad ya caduca no podía consentir la continuacion de la existencia.

Los que yo he conocido han sido llamados en la infancia *diablejos* y niños mimados. Les decían que eran hermosos y amables, les llevaban á brillantes reuniones, y en los bancos de la cátedra ya sabían por menor la malvada táctica de los libertinos de buen tono y de las perfumadas coquetas; en una palabra, ya eran hombres. Su organizacion cerebral habia ascendido á un grado que se escluía del frio y silencioso medio término donde se elaboran los grandes estudios que exigen una proporción voluntaria entre sí y el objeto, y que los ideólogos llaman *atencion*. Sin duda, si hubieran querido, hubiesen podido ser capaces de ello; ¿pero cómo ponerse en contacto con reglas áridas y positivas para comprender á la letra á un autor griego ó latino, á una gramática ó una prosodia, cuando se llega al estudio con un cerebro de quince años deslumbrado y fascinado por el prestigio de una cita amorosa? Empero estos estudiantes han sido algunas veces excepcionales en su género, y han conseguido aprender de memoria los trozos favoritos que hablaban á su imaginacion, y se han saciado en ellos hasta el punto de adoptar por moral y reglas de conducta las de los héroes de su eleccion. En fin, de grado ó á la fuerza desmayan en los bancos de la universidad, desde donde se les observa que de largo en largo tiempo tienen algunas semanas de una asombrosa inteligencia, que les sirve para conseguir que se les tenga por un regular estudiante, pero que podría hacer mas de lo que hace. ¿Hacer mas! conoce que no podrá nunca, porque su cabeza es candente, porque sueña con el porvenir que le espera cuando llegue á ser hombre; y porque en el dia, en que, libre de los griegos y de los romanos, pueda decir: Me pertenezco, verá realizadas sus esperanzas.

Por fin, ya se ve libre y lanzado en una carrera: el espíritu que lleva consigo, es todavía el que tenia en el colegio, con la diferencia que en el dia representa al natural el papel de hombre que por tanto tiempo estuvo

meditando: no se espere de él una idea fija acerca de su empleo ó cargo: ligero é indolente para todo lo que es formal y útil, apenas satisface las exigencias de sus patrones, porque las encuentra hasta fastidiosas y estólicas: en desquite, compone un madrigal á Clori, ó le copia de un autor cualquiera. Algunas veces se apasiona de un arte recreativo, tal como la música, el baile, la pintura; conoce sus ventajas por los favores que llueven en los salones sobre los que valsan con gracia, entonan un romance, ó esquician un lindo palmito.

Le hubieran despedido mas de veinte veces del bufete, pero es hijo de un hombre de bien, de un millonario, de un elector, y como canta, y las jóvenes dicen que baila primorosamente, se hace indispensable en las largas noches del invierno.

Los órganos que dominan en el cerebro de este *hómunculo*, son en primera línea la maravillosidad, el instinto de la altanería, la amatividad: no es raro oírle al lado de sus ignorantes padres disputar con calor que tiene una vocacion innata por el foro ó por la medicina: ya es aficionado al teatro, donde ha formado su gusto declamatorio, y sus mejores amigos son médicos imberbes que le han dado muchas lecciones de anatomía; y sus padres, convertidos por la palabra de un hijo que les promete hacer milagros, dividen su pequeña fortuna para dejarle en guisa de patrimonio lo que sin duda vale mas, que es una honrosa clase en el mundo.

Parte por fin á la ciudad de las luces este hijo tan querido, y apenas ha enjugado el llanto materno, ya respira con mas desahogo; ha conquistado dos veces su libertad.

Ya está en París sin mentor: entonces, ¿qué hace? Abrasa su vida en la caliente y embriagadora atmósfera de los espectáculos, de los lupanares y de los músicos (1). Luego las deudas, los fraudes, las enfermedades secretas, descomponen en él el hombre físico y el moral; tórnase sombrío, el fastidio se apodera de su alma, de-

(1) Nombre que se da á los lupanares en los Países-Bajos.  
(N. de los traductores.)

sea el placer, y el placer le mata; joven viejo, su impotencia le rinde, se apellida á sí propio el ciudadano fastidiado del mundo: entonces este joven, alimentado con falsas creencias sobre la vida, la ve por fin tal como es; de todo ha probado, todo le ha sido dañoso, y considera no vale la pena el venir al mundo para vivir tan desgraciado. El *mortis amor* es tambien la consecuencia de una educacion que ha adelantado la edad de esperiencia y trabajos de la adolescencia, y que se esfuerza en madurar el fruto verde todavía. Olvídase que el cerebro no está realmente completo hasta la edad de veinte años, y entonces solamente es cuando se debe pensar en desatar los lazos morales de la infancia para iniciarle en los misterios de la mision de un hombre.

El pensamiento del suicidio es una enagenacion mental y *palabrería*: cuando este pensamiento acomete á inteligencias jóvenes, que no pueden desear cosa mejor que lo que poseen, téngase seguridad de que existe en ella un mal moral difícil de curar. El cerebro es un instrumento armonioso; las pasiones precoces estiran violentamente sus cuerdas, y si se rompen, el artista desesperado destroza el inútil cuerpo. Esta es toda la historia del joven suicida.

Todas las pasiones violentas de la adolescencia tienen su martirologio. ¡Desgraciado del que no ha sentido algunas veces la molestia del freno y la brida de sus admonitorios naturales; que no ha gustado el amargo fruto del trabajo, que no ha edificado su ciencia humana sobre la sólida base del sentido comun, porque pedrá estar avisado por el estudio, pero no resguardado de los innumerables ataques de la envidia y de la mala fé! Además, fuerza es decirlo; el hombre lleva consigo el amor inmoderado á la vida; tal es la pasion del mayor número; pero otros nacen con el germen del desprecio y poco atractivo de la existencia, la soportan largo tiempo como una pesada carga hasta que un desencanto del amor ó de la amistad, de la ambicion ó de la fortuna, apresura la esplosion y los incita al suicidio. Algunas veces es menos todavía ó mas quizá, pero entonces no se puede encontrar la causa, y se pierde en

el caos de las ideas metafísicas, que se chocan en un lema escéntrica, y que creen definir con una palabra al *tadium vita*.

En todos los casos, la enagenacion del sentido comun, lo que todos los hombres pervierten, desde la mala educacion del niño mimado, hasta el que ha creido en el inagotable deleite de la ciencia ó de la vida, es siempre la causa primaria de sus fines trágicos: en una edad aun tierna, cuando las creaciones del universo debieran presentarse á nuestra vista como las móviles gasas que vemos trasparentarse en el espacio; sea como fuere, nuestra civilizacion es antisocial, y en este sentido se da demasiada priesa en improvisar hombres.

De modo, que segun nuestros estudios morales, estamos convencidos que el fastidio de la vida y el suicidio que de él resulta en un momento de enagenacion, pueden atribuirse al *vacío del alma*; enfermedad moral, que cada vez va siendo mas frecuente por la negacion y el olvido completo de los principios religiosos, por la inobservancia de las fórmulas del culto, y por las doctrinas de un materialismo filosófico, en el que si se admite una causa primera, un Ser supremo, muy poco se inquieren sus designios acerca del hombre, durante su vida y despues de su muerte. Un alma que no cree en nada sobre natural, sea cual fuere el objeto de que se alimente, ya de la ciencia vana y orgullosa, ya del placer sensual y mundano, pronto se encuentra hastiada de un alimento que la sobrecarga, sin satisfacer sus gustos de predestinacion. Tarde ó temprano, despues de haber agotado el mundo material, cae desfallecida y desilusionada sobre todo lo perecedero: aspira á la nada. Este es el primer deseo del suicida; el alma le renueva aun largo tiempo, hasta el dia en que en un acceso de desesperacion, causado por los diversos trances terribles de la vida, le cumple con circunstancias que asombran al vulgo: véanse algunos egemplos.

Un jóven, que apenas contaba veinte y dos años, ya habia manifestado muchas veces, en compañía de sus alegres camaradas, el deseo que tenia de darse la muer-

te : era buen mozo , vigoroso y ardiente para todos los géneros de deleite : entregado á sí mismo desde su temprana edad , habia tenido la desgracia de iniciarse en todos los sofismas de la incredulidad y en todos los desórdenes de la crápula : sus protectores le habian colocado en una modesta posicion , que él sabia hacer mezquina con sus deudas y sus innumerables prostituciones. Destruído por el vino y el amor , preso de una gastritis , (1) llegó á encontrarse impotente en los brazos de su querida : desde este momento la idea del suicidio empezó á vagar por su mente , y alimentándola con la lectura de las novelas de la exagerada escuela moderna , en la que vivir es sinónimo de gozar , y no gozar es una muerte continua , nuestro *Antony* señala la hora de su muerte , y para salir de la vida , como queria hacerlo Mirabeau , preparó un festin al que fueron convidados algunos compañeros en un ou de sus correspondientes parejas. Pasó la comida entre brindis en honor del futuro difunto ; pero nadie creia en la palabra , que daba con una sangre fria , estoica , de matarse : vuelve á su casa , envia su capa á su sastre á cuenta de deudas ; y despues carga una pistola , escribe una carta dando parte de su intento , y se prepara á cumplir el sacrificio ; pero vacila , y vergonzoso de su flaqueza va al aposento de un amigo , que dormia en un cuarto contiguo , y le da parte de lo que él llama su insigne cobardía. — « ¿ Lo creerás ? dice , he aplicado esta arma al ojo derecho , y la frialdad del hierro me ha apartado de mi proyecto : no lo hubiera creido jamás ; soy un miserable , un hombre sin valor , y puesto que ya pueden llamarme cobarde , consiento en vivir impotente , lleno de deudas .... á Dios. » Y se volvió á su cuarto : su jóven amigo , que luchaba con el sueño y los vapores del vino , oyó á poco tiempo una detonacion que hizo temblar la puerta de su habitacion : levántase apresurado , pero llegó tarde : encontró un cadáver y dos partes del cerebro en las dos estremidades de la alcova

(1) Inflammacion del estómago. *(Nota de los Traductores.)*

ensangrentada: al día siguiente se halló sobre la chimenea uno de esos formularios tan comunes en las novelas, y que legan á las familias y á los fáciles acreedores el fruto de sus funestas complacencias. «He gozado mucho de la vida; ya nada esperaba en este mundo: á Dios, voy á tostarle, allí nos veremos; yo con los dientes de menos y un cuerno de mas; á la una de la noche arreglé el equipage, y echo á andar tarareando el coro de difuntos de Lucrecia Borgia; todo está..... etc.»

Este inmoral suicidio es el tipo correcto del género, y es buen testigo de los productos de esa educacion bastarda que entrega un jóven corazon á todas las exageraciones del desenfreno y el orgullo: los filósofos ateos han desnaturalizado la organizacion del cerebro de las generaciones que los escuchan: esto puede parecer una paradoja, y sin embargo es cosa que se puede explicar con mucha facilidad. El cerebro, centro de órganos sociales y destinados á armonizarse reunidos, no vive del mismo modo en cada una de las partes que le componen: el hombre moral se forma poco á poco, y las buenas lecciones de su juventud no pueden asegurarse ni practicarse hasta la edad viril: ahora bien, supóngase una escuela en donde el nombre de Dios y de religion esté desterrado ó sean tratados como agenos á la enseñanza, ¿qué sucederá? que el discípulo se llamará *filósofo*; es decir, que irá por el mundo guiado por sus pasiones; no tendrá, si se quiere, ni vanas supersticiones, ni miedo al infierno, pero llegará en muy tierna edad al fin del materialismo, á la nada de su naturaleza; entonces, no es extraordinario que en uno de aquellos momentos inevitables en que el hombre no está en sí, en que la razon le abandona, y que por consecuencia no tiene la idea de un Dios y de otra vida, buscando una salida para huir de su desesperacion, sólo tropiece con la muerte: los suicidios en los jóvenes van siendo muy comunes y manifiestan los progresos de la escuela, pero esto, lo que mas prueba es que nada forma mas la base del hombre moral que la educacion, considerada bajo el punto de vista religioso; ahora bien, todos los que desdeñan

este principio de sabiduría general, son indignos tutores que roban á sus pupilos los bienes que Dios les ha concedido.

Mr.\*\*\*, hijo de un padre que se llamaba filósofo, profesaba, ya con un cinismo irritante, el desprecio á todo lo sagrado: decia frecuentemente: «Dios y el infierno son utopías buenas para los que se aprovechan de ellos: el matrimonio es un contrasentido, los animales egercen la poligamia. ¿Pensaba mi padre en mí, cuando se casó enamorado de mi madre? Me ha dado una buena educación, pero no ha hecho mas que darme lo que mis abuelos le habian dado á él.» Con estas ideas, jóven y bizarro, Mr.\*\*\* entró en el mundo: admirando con su airoso ademan, su gallarda presencia, su inteligencia en el baile, y llegando á ser el alma de todos los cafés, y el hombre agasajado por las bellas: comenzó primeramente por suicidarse cada dia un poco y de varios modos, hasta que cayó en una melancolía, que apenas distraía en los alegres círculos, de los que fué adorno en otro tiempo: decian que tomaba en secreto muchas píldoras que en Italia se llaman *diabolinos*: un dia, el feliz imberbe se halló de repente impotente, y la señora de sus pensamientos se burló de él y le cerró la puerta: al dia siguiente se le encontró en el baile, y este jóven, que estaba fuertemente resguardado de las miserias de la vida, no puede sufrir la indiferencia de la muger de quien se creia adorado, y una mirada amorosa, que su querida lanza á un rival preferido, clava un puñal en su corazon: sale el último del baile, y una hora despues se degüella con una navaja de afeitar.

Estos suicidios oscuros dejan para siempre una mancha indeleble en la dignidad del hombre, y le aminoran á los ojos de la creacion, porque hasta el dia ningun animal se ha suicidado porque ha llegado al apogeo de la felicidad terrena. Un hecho significativo, que prueba lógicamente la escelencia del espíritu de familia cimentado por el trabajo y la religion, es que el hijo del pobre labrador, que ha crecido en el hogar paterno y en medio de los esperimentos de la desgracia no se suicida por un motivo vulgar, como aquel para quien la vida es una

carga, porque la lleva con la desesperacion de haber agotado todos sus placeres y con el convencimiento de no encontrar otros nuevos. El trabajo es la garantía natural de la salud, y de un espíritu tributario del sentido comun: el hijo del artesano es un moralista práctico, al que nunca se le ha ocurrido que debia agotar sus fuerzas en el estéril trabajo de un deleite infructuoso. En su taller nos convencemos de cuán verdadero es el adagio ya muy olvidado de: *Meus sana in corpore sano.*

Nuestra época ha generalizado demasiado las pretendidas ventajas de una educacion llamada liberal. Créese que se ha hecho lo suficiente por un niño, cuando al salir del colegio, donde fué estudiante mediano, se tuercen su vocacion hácia una profesion, sea cual fuere, pero que exige una aptitud innata y profundos estudios. Tal ó tal jóven, que pierde el tiempo en los cafés y en los lupanares, hubiera sido quizá un buen artesano, si hubiera trabajado con inclinacion y gusto en su oficio; pero desmayado por su insuficiencia en el bufete de un abogado ó en una cátedra de medicina, va á buscar distracciones en todas partes donde se las halla su desidia y su incapacidad: sigámosle en su edad madura: hecho ya hombre, se ve en una escala inferior, y pasa desapercibido entre sus compañeros, que de colegas se han hecho maestros suyos; entonces quisiera volverse jóven, pero en vano; el exceso de sus bacanales nocturnas le ha robado todo lo que proporciona una posicion en el mundo, ha perdido en su naufragio, el talento, la memoria y la voluntad: si este hombre se mata, nadie se asombrará; la enagenacion mental procede siempre de la del libre alvedrio, nunca hemos dejado de creer que la mayor parte de los suicidios, dimanaban del olvido gradual del estado verdadero y genuino del hombre; este olvido conduce por mil diversos senderos á las mas fatales exageraciones, y ciertamente, la mas frecuente en nuestros dias es la que pone un puñal en mano de los jóvenes desilusionados.

Entre veinte muertes trágicas ocasionadas por esta enagenacion razonada, tomo una á la casualidad. Mr.\*\*\* tenia una inteligencia mediana, y una imaginacion fo-



gosa y desordenada. Era estudiante de medicina, jugador, reñidor y lascivo. Leía novelas y se llamaba vividor. Como se encontrase en una cátedra en que para ganar curso sea indispensable examinarse, sufría tres sin obtener el objeto de su ambicion: por fin, los catedráticos, cansados de su perseverancia, le aprobaban dándole el grado: satisfecho de la victoria conseguida, descansaba de los esfuerzos que habia hecho para conseguir su deseo: pasan dos años, y su ambicion sueña mas que nunca en un nuevo grado, que personas que empezaron los estudios mucho tiempo despues ya le tienen concedido; pónese á trabajar, y conoce que es infiel su memoria y falsos sus juicios. Tórnase taciturno y amigo de la soledad, y sus amigos hallan en él un insensato desprecio de la vida y de la ciencia.

Pasaba las noches trabajando, y segun decian los criados del gabinete anatómico, se le encontraba con los ojos fuera de sus órbitas, con un escalpelo en la mano, despues de pasar horas enteras meditando en presencia del cadáver que habia disecado, sin obtener ningun resultado instructivo; cuando amanecia, salia de su letargo, dábale golpes en la frente encolerizado é iba á encerrarse en su cuarto sin que nadie pudiera sacarle de él; llega la víspera del exámen y M<sup>\*\*\*</sup>, como todos los días, se fué al gabinete y allí pasó la noche: los mozos le oyeron hablar en alta voz, maldecir y blasfemar: en vano procuró describir lo que tantas veces ha disecado con cuidado, todos los ramos de la anatomía habian pasado por su imaginacion como el aliento sobre la tersa superficie del espejo; nada habia retenido en su memoria: la idea de la desgracia que le esperaba al dia siguiente en presencia de una numerosa asamblea, trastorna su débil razon, toma el escalpelo, se encierra en el depósito de los muertos, tiéndese en el suelo al lado de un cadáver y se abre la arteria carótida (1); la última operacion que debia hacer con el instrumento anatómico debia ser la que le quitase la vida.

(1) La arteria carótida externa es la que está detrás de la oreja.  
 (N. de los traductores).

Pero los suicidios de los jóvenes que han blasfemado de su suerte en este mundo, porque, desavisados pilotos no han presumido que la vida es un tempestuoso mar, no son los mas deplorables: hay otros que se libertan del peso de la vida despues de haber mancillado su memoria con un inmundo borron; estos no dejan despues de su muerte, ni lágrimas, ni recuerdos, y nadie se atreve á confesar los lazos confraternales que le unian á sus desordenadas crápulas: hablo de esa juventud á quien el placer inclina al latrocinio, al fraude, en fin, á todo lo que conduce ya al presidio, ya al cadalso: solo tuvieron un minuto de moralidad, aunque, haciéndolos justicia, les queda un resto de conciencia que se levanta delante de ellos en el instante del delito como un juez innoxorable y severo.

Mr.\*\*\*, jóven empleado de correos, decia que habia nacido rico y que era noble de provincia: demostraba en público un lujo y un fausto sin igual, tenia caballos, queridas, y daba suntuosos convites; por lo demás, era un jóven de una inteligencia mediana, autor de una novela inedita, y en estremo mal empleado: muchas veces se habia notado que desaparecian varias letras y billetes de Banco; pero ¿quién se hubiera atrevido á sospechar en el queridito de tantas bellas y el anfitrión de los mas célebres gastrónomos? Empero, un dia se le sorprendió deslizando una letra en su bolsillo, con la destreza de un prestidigitador: quien lo habia notado guardó por largo tiempo silencio; pero no sin dejar caer algunas puntadas en la conversacion, de que era muy fácil que un empleado de correos pudiera hacer esos manejos: nuestro jóven le comprendió, y desde entonces se tornó sombrío, taciturno y triste: fingió que no podia dormir, y que estaba enamorado, y para curarse el insomnio obtuvo de un médico una receta para un grano de ópio en píldora: por espacio de unos dias puso en contribucion á todos los farmacéuticos de la ciudad, y bien pronto pudo reunir hasta cincuenta granos de este soporífico: renuévanse con mas vehemencia las quejas de la administracion; y aun se llegó á acusar de la sustraccion á la misma oficina donde estaba destinado. Todos los em-

pleados en masa estuvieron espuestos á perder sus destinos, pero entonces por un resto de compasion, el que sabia quien era el verdadero culpable le escribió una carta á las diez de la noche, advirtiéndole que al dia siguiente diria al director todo lo que habia visto: esta carta fué un decreto de muerte para el elegante ladron, y sin vacilar un momento se tomó los cincuenta granos de ópio, y murió tres dias despues en medio de los mas terribles dolores.

De todos los medios que se han inventado para salir de la vida sin dolor, el ópio es el mas infiel y el que mas prolonga una atroz agonía: la idea que vulgarmente se tiene de que la víctima va muriendo tranquilamente en medio de un dulce sueño, es la mas acreditada, pero tambien la mas falsa; ademas de que morir de ese modo es de corazones cobardes y pusilánimes, que se matan porque tienen la conviccion de haber perdido la confianza y los medios de existir, y quieren la muerte como han recibido la vida, sin saberlo, y sobre todo sin padecer.

Esta primera variedad de suicidio, atestigua los funestos resultados de una educacion apartada del espíritu de familia, y que á propósito volcanizan las pasiones indomables, cuyas irresistibles aspiraciones mitiga apenas la edad viril: hay otra que dimana de un mismo principio, el de la falta de religion, y que conduce sus víctimas á la muerte, cansada por el tédio de la vida: estos son seres frios y reflexivos, cuyo espíritu inclinado al limitado positivismo de la materia, se llena de disgusto con la realidad siempre uniforme de los mismos actos y las mismas sensaciones: estos filósofos de buena fé son la mas sangrienta ironía del deismo ó del ateismo, porque uno ú otro terminan en el mismo fin, en el sentido de que solo admiten la nada despues de la tumba. Cuando para ciertos caractéres el vivir es padecer, y morir es volver á entrar en las condiciones de la materia, ¿es entonces tan dificil querer cesar de ser, si ya no luce en el firmamento de la felicidad el alhagüeno albor de la esperanza?

Tal es la suerte de ciertas capacidades inteligentes que

no aceptan el hecho de la vida sino como un frio problema resuelto matemáticamente, y que no admiten la indespejable incógnita de Dios y de la inmortalidad del alma. Los hombres que describen el curso de los astros, son los mas orgullosos de los humanos, puesto que no se atreven á reconocer lo que todos los pueblos han proclamado, y tambien son los mas culpables, porque su suicidio es una negacion de los dogmas innatos que forman la alegría del pobre y el consuelo de los alligidos: ya lo hemos dicho, la ciencia, sin el sentido comun, es causa frecuente de demencia y de suicidio. Muchas veces la locura es la consecuencia de los que tienen una imaginacion ardiente y vagabunda, descarriada por la ciencia, y el suicidio el destino de los corazones frios é insensibles, que mueren como los jóvenes voluptuosos, porque el árbol de la vida solo les muestra ramas marchitadas.

De modo, que hombres reputados por felices, han podido atentar á sus dias en medio de la calma y la reflexion, y los que lo hacen en un acceso de enagenacion, han declinado un principio sin definirle: creemos haber respondido.

Hé aquí el hecho extraordinario de un suicidio caracterizado por una sangre fria estóica, una insensibilidad física poco comun con la calma del espíritu, y por la ausencia de síntomas acusadores de un cuerpo extraño en el principal órgano de la circulacion. Mr.\*\*\*, hombre de vastos conocimientos, y en una buena posicion social, se le encuentra un dia en su bufete herido en el pecho y en el cuello con un cortaplumas: llévasele al hospital, donde su muger y amigos de la escuela politécnica no tardan en llegar: parece que está sereno, arrepentido y resignado á su suerte. En vano se le pregunta la causa de su suicidio, guarda silencio, y recibe sin emocion el pronóstico de los cirujanos de una próxima cura. Murió á los tres dias. Abren su pecho, y encuentran el corazon atravesado con un raspador de escritorio que hace el oficio de tapon. ¡Cosa singular! Excepto de algunas ligeras irregularidades en el pulso, la circulacion, por espacio de tres dias, no descubrió el

obstáculo que habia en el órgano central de esta funcion. Para conseguir lo que se habia propuesto el Mr.\*\*\*, habia hecho primeramente una llaga profunda en el sexto espacio intercostal; luego, despues de haber metido el raspador en el corazon, le habia rotó dentro del pecho, apoyándose en el borde de una mesa; cuéntase tambien que para hacerlo mejor, habia usado una regla de hierro.

Este suicidio, único en su género, no presenta otras pruebas de agonía moral, que una indiferencia pasiva hácia todas las cosas de este mundo; y este hombre tan sábio, tenia muger é hijos que cercaban su lecho sollozando y rezando. Rehusó sin comentarios ningunos los socorros de la religion, se apagó como una luz azotada del aire, y nótese que nada digno de observacion manifestó en él la menor prueba de enagenacion mental.

Estos suicidios fenómenos han escitado la sagacidad de los fisiólogos, y para traerlos á una causa apreciable, los han explicado por medio de la abolicion *crónica* de la libertad moral. Despues, y como para deducir el principio, han reconocido que el *esplin* puede nacer de una melancolía hereditaria, de una enfermedad orgánica, de una pena profunda, de la pérdida de dinero; en una palabra, de todo lo que trastorna y pervierte un juicio débil ó un carácter sin color. Sí; todo esto se ha visto en un hospital de locos, pero las personas de que tratamos en este momento, son de todos los hombres que hemos conocido, los que han demostrado, en las circunstancias críticas de su carrera, el valor mas reflexivo y el pensamiento mas lógico. Semi-materialistas por deducion de un filosofismo absurdo, han infatuado su alma, esta artifice de ellos mismos, con la certidumbre de la nada, y cuando el capricho de su existencia se ha cansado de la repeticion de las escenas de la naturaleza, han sido, sin saberlo quizá, los impasibles apóstoles de la doctrina de Zenon: diciéndolo en términos vulgares, el alma se fastidiaba en su casa, y se mudó.

Hemos visto multitud de estos caracteres que estan tan apartados de la humanidad del dia, y son tan superiores á los sucesos que desconciertan el valor, que no

vacilamos en explicar su suicidio, segun ya hemos dicho, por la condicion de la nada eterna del hombre. Tal fué Mr.\*\*\*, oficial de marina, guerrero á toda prueba, estudioso, frio y zenonista: apasionado por las batallas, se encontraba en ellas como en la apacible solucion de un problema. Un día, en los mares de la India, al principiarse una accion, un vizcaino le corta el brazo: coge con la mano derecha el miembro mutilado, le coloca en un pañuelo que tenia colgado del cuello, y no volvió á pensar en él hasta que se concluyó el combate, que duró seis horas: este oficial, de un pensamiento tan elevado y tan firme, al pasar un dia por un puente falso de un navío, tropezó con un baul; la contusion que resultó, degeneró en úlcera; espera su curacion por espacio de un mes sin salir de su aposento; pasado el término, este hombre, al parecer tan completo y tan sufrido, se degolló con una navaja de afeitar: muchas veces habia dicho, que este modo de morir, era el mejor, porque no dividía el cuerpo, y el mas filosófico, porque á cada borbollon de la sangre, se sentia marchar la vida hasta que se agotaba en el gran receptáculo del universo.

Este egemplo reasume el poder de una idea acerca de la determinacion de un carácter formado por la naturaleza y una falsa educacion; pero para explicarlo, ¿argüiremos el hecho de enagenacion del individuo? El que se mata, porque segun su sentir morir es dormir, ¿está menos fuera del sentido comun que el cobarde voluptuoso para quien vivir es disfrutar siempre? Digamos la verdad; la tranquilidad y la esperanza de una vida mas dulce solo se reflejan en este mundo en el seno de la medianía; en ella tambien se encuentra la verdadera sabiduría; pero al contrario, el género humano ha creado en sus veladas de angustias y de meditaciones, la duda, la desesperacion y la nada.

Los hombres que nadan en medio de las alegrías de la tierra hastiados y cansados, no se matan sino por increacion de sentido: si su razon se niega á creer lo increado, su corazon no se conmueve sino con mucha pariedad, con los éxtasis del amor ó los otros deleites

de la tierra: mas materiales bajo el aspecto de las sensaciones instintivas, hubieran consentido en vivir; estaban desgastados antes de nacer, y han muerto porque han ignorado el partido que se podria sacar de la vida. Los pretendidos filósofos ateos no se dan de puñaladas como ellos, saborean largo tiempo los infinitos néctares que dan la fortuna y una brillante posicion en el mundo y en la hora suprema inventan un *mezzo termine* para conciliar sus sofismas con las creencias, de las que su agonía parece traerles una vaga revelacion.

Ciertos espíritus fuertes, que blasfeman de Dios y de la inmortalidad del alma, no estan acometidos de la manía del suicidio hasta que los sentidos causados les demuestran la muerte material de una funcion por la cual amaban la vida: en unos es el estómago que no digiere, en otros es una adorada muger en cuya presencia se sienten impotentes; y los hay que se abandonan á un pensamiento de muerte por motivos de la menor importancia: y cuando se imagina que semejantes resoluciones germinan en cerebros que han profundizado el suelo de la ciencia, preguntan con terror lo que se debe creer y adorar; en una palabra, si, la sencilla fé en su curato que prolonga la existencia mas allá de la tumba, no vale mas que esa piedra de la filosofía y del orgullo que no se puede encontrar.

Mr. \*\*\*, hombre sábio y que no llegaba á los veinte y ocho años, no creia ya en las supersticiones de la Iglesia y se llamaba filósofo: se consideraria feliz si pudiera estar siempre á la altura de su pasion en los brazos de su querida, y si encontrase siempre buen tabaco: estábamos entonces en guerra con todas las naciones, y no podiamos entrar en la Habana: sale de su casa un dia por la mañana desesperado de su impotencia, y no teniendo mas tabaco que el que encerraba su pipa, fuma y se encamina á la cima de una montaña; arroja la última bocanada de humo, que es para él el fin del mundo: acércase á un precipicio de doscientos pies de profundidad, le examina con sangre fria, espera unos cuantos minutos, siente su última emocion, y entonces, lleno de regocijo y con los brazos abiertos, arrojase

en el abismo detras de la pipa que le precede y va á encontrar la muerte en la punta de una roca. Tal es el suicidio tan comun en la escuela filosófica, donde los que tienen la desgracia de creer en la nada, llegan prematuramente á su fin por caminos indignos de la naturaleza humana, y que la humillan á la condicion de los brutos, pero estos viven sin la conciencia de un Dios, y este sentimiento innato, de un valor subyectivo, refractario al análisis y al raciocinio, es el insuperable espacio que separa para siempre al animal mas elevado en el órden de la creacion del hombre mas sencillo, que nunca cree morir.

Pero la historia de las causas del suicidio es inmensa, y en gran parte inédita. La primera de estas causas reside en la trasformacion del hombre moral en esclavo de una pasion, de un pensamiento informe, de una palabra mal definida. Cada clase de la sociedad, alimenta y perpetúa en su seno los puñales y los venenos que deben arrojarles dramáticamente de la escena cuando llegue su hora: el pueblo sencillo se asombra de estos sacrificios humanos, que los mas felices en apariencia, deben á la consagracion del verdadero principio, de que la verdadera felicidad no está en este mundo: lo que mas ignora el pueblo que trabaja y cree, es que es él solo envidiado de los grandes de la tierra cuando su corazon engendra esos pensamientos de muerte: verdad es que la felicidad no tiene muestra, y aquel á quien se juzga que en el fondo de su alma es feliz y está resignado á su suerte, quizá sea mas digno de compasion que el zapatero de viejo en su portal: las pasiones que tenemos para sentir alguna vez la vida deleitosa y adicta á la muerte, son frecuentemente furias que se apoderan de nosotros y nos arrastran al precipicio.

No hay una sola inclinacion, ni un solo afecto humano que no degénere en mania de suicidio: si un hombre diviniza á una muger, y esta le hace traicion, si alza un altar á su ambicion ó á su fortuna y los dos se derumben; en una palabra, si cree en la eternidad de los falsos dioses de la tierra, en el mismo instante que se halla en presencia de una inmutable verdad, la de la ins-



tabilidad de las cosas, téngase seguridad de que un pensamiento de suicidio, ocupará en adelante el sitio de sus ilusiones perdidas. Bajo la mordedura de una pasión encañada en sus esperanzas, parece que un mal espíritu se apodera del alma, y la va minando en su dominio moral y material: la salud se altera porque todas las funciones salen de su estado normal; el corazón trastorna sus movimientos, la circulación de la sangre es irregular y desordenada, el estómago se rebela contra todo lo que alimenta el producto de las secreciones, se altera, vándose organizando obstrucciones é irritaciones lentas; el hombre se encamina á la nada: ni vela, ni duerme; se encuentra en un estado que no es una cosa ni otra, sino una íncesante impaciencia de la vida que se inclina á la muerte, hasta que llega el trágico desenlace; tal es el suicidio crónico que conduce al acto matador por la gradual perversion de las facultades intelectuales, y la abolición del libre alvedrío y de la libertad moral: entonces el condenado en la tierra se vuelve loco, ó se mata.

El esplin, ó el tédio de la vida, no es por mas que se diga, una enfermedad sin causa; ya lo hemos demostrado, siempre hay en los fenómenos de hipocondría una espina mortal introducida en el egoismo humano, bien sea por un dolor moral, ó bien por algun padecer lento y continuo, cuyo sitio ha podido definirse en la persona viva; solamente es preciso admitir una disposición innata á cansarse de sí mismo contra las pruebas de la desgracia: un alma verdaderamente grande es la que desprecia estóicamente la adversidad, con la esperanza de un porvenir mejor: bajo este aspecto, el cristiano mismo que para consolar el dolor dice, que es el primer culto que se debe á Dios, ha salvado muchas víctimas.

Hemos examinado, bajo el aspecto frenológico, la cabeza de los hombres predestinados al suicidio crónico; y fuerza es decirlo, muy raros son los que no estan lisiados en algun punto del cerebro: ya es el *instinto de grandezas* el que domina á un cerebro pequeño, el amor moral sin valor y sin calidad, la ausencia del órgano que

nos une á la vida, ya es una inteligencia enriquecida, pero á quien faltan las inspiraciones del sentido comun, ó un cerebro adocenado con el órgano del valor saliente, ya un cerebro superior, pequeño, aplastado y deforme que reposa en una curva de su base donde estan clasificados los pensamientos instintivos: hay mil variedades en nuestra organizacion cerebral, que prueban de un modo concluyente, que si casi todos los hombres son susceptibles de vivir, lógicamente hablando, con las sencillas luces del buen sentido, un número muy grande no puede, sin correr el riesgo del suicidio instantáneo ó crónico, llegar á la filosofía que enseña la perfeccion del talento humano. Para muchos, por ejemplo, la ambicion puede definirse por una locura del egoismo humano y ¡cuántos han creído en la inagotable copa del amor puro y feliz! El verdadero sábio, solo sabe bien una cosa; todo lo demas es vanidad.

El suicidio de los ambiciosos de todos géneros deriva de una proporcion falsa entre su capacidad y el obgeto á que aspiran: todos han creído que bastaria concebir las fórmulas del poder para manejar hábilmente sus resortes; han consumido sus fuerzas en conquistar una clase de fortuna y honores, y ya lo consiguen, ya no; su impotencia les agovia y los impele á la desesperacion, no saben que es mas fácil levantar un toro por los cuernos, que figurar dignamente á la altura de los personajes que han querido imitar.

Mr. \*\*\* , oficial de un cuerpo de Estado Mayor, consigue llegar á ser comandante, empleo que constituye el obgeto de sus mas ardientes deseos: apenas lo hubo alcanzado cuando mide su capacidad y las obligaciones que él mismo le impone, y se aterra, llegando hasta el punto de hacerle renunciar lo que antes formaba sus ilusiones; nadie conoce el motivo que pueda haberle inducido á semejante paso y á consentir en vivir oscuro y desgraciado: algun tiempo despues, el rumor belicoso resuena en su órgano *guerrero*, vuelve á obtener el empleo de comandante, y se muestra realmente heróico el dia de batalla. Ya está otra vez rehabilitado consigo mismo, su ambicion se aumenta, y anhela un puesto

mas elevado : en fin , su valor recibe la recompensa con un grado inmediato superior : entonces se colmó la medida de su capacidad : en vano quiere dominar su flaqueza , su conciencia se rebela , y el porvenir le parece sombrío ; este hombre lleno de honradez y de escrúpulos , cae bajo el golpe de una ambicion que no cree satisfacer sin un deshonor probable , y para librarse de tan horrible lucha , se precipita á la calle desde un piso quinto.

Un empleado en víveres solicita una posicion mas elevada , y la obtiene por el crédito de sus protectores : apenas llega á su nuevo sitio , la estension de sus deberes le aterra , teme comprometerse , y por la primera vez dé la vida duda de sí mismo : sin embargo , se cree obgeto de la crítica de sus subordinados , y no se atreve á hablar delante de ellos , y á trasmitirles sus voluntades : un dia , en una conversacion inofensiva con un empleado , se deja acometer por un exceso de cólera : vuelve á la razon , avergüenzase de haber dado á conocer su flaqueza y su incapacidad , y resuelve suicidarse.

Pasa la noche arreglando asuntos de familia : al dia siguiente almuerza como de costumbre , y al oír la hora de asistir á la oficina se levanta la tapa de los sesos con una pistola.

El que vive solamente en un pensamiento de ambicion impaciente y muchas veces frustrada , puede tambien alimentar en sí mismo la idea del suicidio ; anda lentamente hasta que al fin adquiere la prueba que sus esfuerzos son vanos é irrealizables. Entonces , si su fatal resolucion inspirada por su debilidad , no está equilibrada por el amor de los suyos ó por la religion , busca la muerte como la única felicidad posible en su estado : es muy raro que un alma fuerte sufra la adversidad que parece unirse á su destino , inventa otros caminos para conseguir su deseo , pero el que no tiene fuerza ni virtud se divorcia con la vida sin pensar que es padre , y que su muerte no hace mas que agravar la miseria de los que deja en la desgracia. Aquí se presentan á clasificarse la multitud de los que han soñado en grandes esperanzas con reducidos medios intelectuales , que en

su desmedida vanidad han creído que bastaba el querer para salir de una esfera común, para blasonar de lujo y de esplendor, y hacer á sus hijos magistrados y nobles; el orgullo humillado de estos seres no se perdona á sí mismo, se encamina al suicidio, y llega á él ya por medio del ópio, del arsénico, ó la estrangulación.

Un comerciante hace grandes especulaciones, que le salen como desea. Duplica y triplica sus empresas; el Pactolo corre por su caja, la prosperidad le deslumbra, y queriendo aumentar desmedidamente su tesoro, arriesga todo su caudal en un asunto decisivo; pero esta vez es víctima de su mal cálculo, hace bancarota, y lo pierde todo por haberlo querido ganar todo; lo que hay de singular en esto, es que sabe su derrota por una carta que le remiten estando en Pisa cuando está subiendo por la torre inclinada: llega á la linterna, abre la carta, y se cree arruinado, se precipita de la torre, y muere estrellado en las losas de la plaza mayor.

El orgullo y la vanidad, compañeros de una ambición infima, conducen á la miseria y al suicidio.

Mr.\*\*\* ocupa un lugar ventajoso; otro con su débil capacidad estaria contento; sin embargo, el deseo de brillar en el mundo, de adornar á su muger con ricos encages, y cuidar de la brillante educacion de muchos hijos, le hacen suscribir á viles peculados (1). La autoridad lo sabe, y pierde su destino; apenas sabe su destitucion, se encierra en un gabinete, y se asfixia con humo de carbon.

Nunca veriamos el fin de nuestro intento, si fuera preciso relatar los innumerables suicidios preparados en todas las clases de la sociedad, por la sed de oro y la certidumbre de no poderla ya satisfacer. La moralidad del siglo, que se reasume en las palabras de *hacer fortuna*, volcaniza todas las ambiciones, y las precipita hácia la conquista del metal, sin distincion de caracteres y medios para hacerse digno de él; en esta lucha de egois-

(1) Delito de distraccion de caudales públicos por aquel que tiene su custodia ó administracion.

mo, de cálculo y de mala fé, los vencidos no quedan desarmados, combaten desesperada, cobarde y criminalmente: los primeros constituyen la clase de especuladores arruinados, los segundos se suicidan, y los últimos van á presidio ó al cadalso.

El exceso de la civilizacion, y las inmensas necesidades que engendra, ahogan en el corazon del hombre el instinto de Dios, de la conciencia y del honor: la avaricia, el asesinato y el suicidio, han sustituido á las sublimes revelaciones del alma del hombre; sí, la Francia es mercantil, y cada año cuenta sin terror el número, cada vez mas creciente, de asesinatos, bancarrotas y suicidios, resultado del fatal sistema que estiende por todo el reino: en un solo año, segun las noticias dadas por los diarios de todas las localidades, se han contado cuatrocientos suicidios por ambiciones mezquinas del bajo comercio: sesenta estan colocados entre las víctimas de la estrangulacion, cuarenta precipitados de un parage elevado, ochenta con armas de fuego, setenta y cinco con instrumento cortante ó agudo, ciento quince con veneno, diez asfixiados, y veinte por submersión. (1).

Es verdad que la mayor parte de estos asesinatos pueden ser atribuidos á la enagenacion mental que ha precedido al acto, pero no queremos que esto sirva de excusa, porque seria transigir con los vicios de la época: el hombre modesto, que se contenta con las ganancias de su posicion, que vive en su familia y en el temor de Dios, no atenta casi nunca á su existencia: esto deberia servir de aviso y de ejemplo al que acomete el peligro de arruinarse, deshonorarse y morir, siguiendo los pasos de la loca fortuna, que vaga siempre perdida, y con los ojos vendados, sin saber donde fijar el pié. ¡Buen guia! ¡Famoso conductor!

Pero entre los que en el vuelo ascendente de su ambicion, caen por fin desde los astros á la mayor miseria

(1) Véase A. Devergie. *Statistique de la Morgue de Paris, pour l'année 1836.* (Anales de higiene y medicina legal, t. XVII, página 310.

(N. del autor.)

con un puñal en la mano , los hay que pudieran quedar absueltos del suicidio, si no existieran egemplos de hombres mas desgraciados aun , y que bajo las garras del remordimiento y la desesperacion , han querido conservar á la osteridad el raro modelo de un alma verdaderamente grande : el martirio del Prometeo de Santa Elena , es el mas hermoso triunfo del espíritu cristiano de los tiempos modernos.

Sin embargo , el valor desgraciado que no quiere sobrevivir á su derrota , á la caida de su gloria y á sus valientes compañeros , consagra con su muerte un magnífico y sublime suicidio. ¿ Cómo blasfemar de un lecho de laureles que un juego de la suerte ha cambiado en cipreses ? La Francia fué guerrera antes de ser cristiana: ninguna voz acusadora se ha alzado contra aquel almirante, que al darse de puñaladas, quizá decia á Nelson: «Devuélveme mis navios.» Sabido es , que en el sangriento combate de Trafalgar , el vencedor murió en su puesto, y el otro atravesando la Francia, caminaba á la tronante voz de Napoleon, que le llamaba á París , al sensible tribunal de la Francia victoriosa en todas partes, los que acompañaban al almirante Villeneuve dicen que sus ojos se oscurecian á cada parada que se hacia en el camino para mudar caballos : cuando llegó á Rennes se encerró en su cuarto , y al día siguiente se olvidó de abrirle : se le encontró bañado en su sangre , tendido en el pavimento y cosido á puñaladas ; creyóse que se rehabilitaria su memoria , diciendo que sin duda habria sido asesinado : los peritos establecieron el hecho declarando que la voluntad de un hombre no podia llegar hasta multiplicarse las heridas con la sola intencion de herirse , y que un asesino va hiriendo á la casualidad hasta que da el golpe mortal.

Este es un hecho lógico, pero otro que no lo es menos, es el de un hombre ajado terriblemente en su amor propio, y que despierta en medio de un delirio circundado de la sombra terrible de una justicia humana inexorable y afrentosa: entonces se hiere desapiadadamente sin consideracion al dolor , presa de una especie de bárbara embriaguez como Ajax en la roca. Véase un espan-

tos ejemplo de esta mutilacion egercida en sí mismo en el delirio de una venganza: hablo de Kermerec, sencillo marinero y hombre de bien en toda la espresion de la palabra, á quien su patron ultrajaba sin motivo y por pura antipatía. Un dia se cansa de las vejaciones de su enemigo, y le manda con frialdad que no le sacuda; todo fué en vano, pero al concluir de maltratarle Kermerec, acometió al agresor y le metió un puñal en el costado: le prendieron y le condujeron á la sala de presos del hospital marítimo de Brest: entonces su accion le pareció atroz, y vió alzarse el cadalso á su presencia, y su cabeza separada del cuerpo. «No, dijo, no moriré á manos del verdugo.» Levántase de su lecho y va de puntillas á buscar en los bolsillos de un vecino de lecho, un cuchillo que habia visto en la cena del dia anterior: precipítase sobre él para impedirle hacer uso de él, ya era tarde, se hiere terriblemente donde puede. Entonces, dueño del campo de batalla, este hombre furioso se coloca bajo el moribundo farol de la sala, y allí, profiriendo horribles juramentos, introduce con placer su mano en las penetrantes heridas de las entrañas. Gritaba, ¿no estoy muerto todavia? y continúa con mas furia hiriéndose en el vientre: en fin, cansado de no poder morir en aquel instante, coge los intestinos que le cuelgan, tira de ellos, y los retuerce con rábía y los pisotea, hasta que cae sin conocimiento: este hombre singular vivió aun tres dias: tanto la desesperacion centuplica la vitalidad de un hombre.

Pasemos á otro género de suicidio.

El amor es de todas las pasiones, la que monomaniza un pensamiento de hombre ó de muger, con mas abnegacion y delirio. Nacemos para ser víctimas, ya de un modo, ya de otro; si principios sólidamente establecidos por la educacion, la moral, y sobre todo por el freno religioso, no nos libertasen de las decepciones de una ternura ciega é irreflexiva: ciertos seres viven para absorberse en este sentimiento, como otros para ambicionar las grandezas de la tierra ó los bienes de la fortuna: el amor exalta la vitalidad de las pasiones nobles y generosas, cuando estas egercen un imperio ab-

soluto en las diversas facultades del cerebro: es muy extraño el que una tranquilidad duradera sea lo que consigan dos almas que han creído en el inagotable caliz de la union de dos corazones. Como todo lo que abraza y produce el dolor, el amor en su apogeo, si es vendido, torna su dulzor en amargura; entonces se apaga la antorcha de la vida para el que ya le falta el universo careciendo del objeto amado: nada en el mundo consuela á un alma ardiente y enagenada de la razon de las cosas, de la pérdida ó el abandono de su amor. ¡Desgraciado el que recibe al nacer mucha fuerza para amar! porque lleva consigo un mal eterno como la epilepsia, que vuelve repentinamente con convulsiones en las falaces horas de un sueño matador.

Ya lo hemos dicho, la educacion tal como se concibe, es una anomalía contra el órden natural de los seres reunidos en sociedad; si solo llevan turbulencia y confusion, es porque un sistema mas orgulloso que lógico parece ordenar él mismo á las familias la adopcion de las medidas que aseguran el triunfo de las doctrinas inmorales y liberticidas.

El suicidio y las numerosas causas que le fomentan son, me atrevo á decirlo, desconocidas en las familias patriarcales, en los pueblos que viven aun bajo el imperio de las tradiciones sencillas y religiosas, como el imperio turco, cuyo primer acto de nacionalidad es temer á Dios: solo se ha arraigado en los paises en donde un filosofismo desarreglado ha hecho saber á las masas, que la religion y la inmortalidad del alma mantienen el temor de la muerte y emponzoñan los gozes: la mejor critica que se puede hacer de esto es que los que creen en ello componen únicamente el martirologio de los locos, de los lypemaniáticos, de los Werther, de los Antony. Las discordias civiles que enseñan el arte de morir fanáticamente por un partido, el exceso de libertad que inflama, la lava de todas las ambiciones y el romanticismo que crea un mundo imaginario, han inoculado en las razas impregnadas con sus doctrinas el *mortis amor* y un seco materialismo.

La lectura de Werther en Alemania, ha introducido



el suicidio por amor; y las mugeres, tan propensas á sensaciones cuando se trata del sentimiento para que las creó naturaleza, han olvidado que su amor debe confundirse en el de la maternidad, y se inmolan, porque vivir y no amar es morir mil veces: nuestra monstruosa literatura que Goëthe llama, literatura de la desesperacion, ¿no es la cómplice confesa de esos innumerables asesinatos que se ofrecen en imitacion á los ardientes cerebros fascinados por el imaginario mundo de las novelas? El egoismo, que roba sus encantos al amor, y la pretendida simpatía por la mirada, se escluyen uno de otro en la nueva sociedad en que casarse es asociarse para un fin especulativo, ya de fortuna, ya de posicion: de esto resulta, que la novellesca jóven que se casa, será indigna esposa, ó si tiene su espíritu un gérmen de exaltacion romántica, se suicidará para huir de las emociones despeñadoras de su no comprendida y engañada pasion.

El delirio del amor feliz ó despreciado es el manantial de las mas deplorables aberraciones del corazon humano. Desde la jóven de baja esfera, que se alimenta con la miel de las novelas apasionadas, hasta la gran señora, que cree poder hacer el papel de la Valeria de Madame Krudner, hay una infinidad de egemplos de suicidios, cuyo motivo escitaría la compasion si no tubiera por excusa un sentimiento natural apartado del lado moral: obsérvese que hay en estas estrañas uniones, en donde á la faz del cielo y despreciando una madre ó un esposo, se hacen juramentos de una y otra parte de guardar constancia aun despues de la tumba; obsérvese, digo, que hay siempre un corázon que es víctima del otro, bien sea por muerte, abandono, ó desprecio: tarde ó temprano se muestra la justicia humana ó la divina: entonces sí es una desgraciada muger la que sucumbe al peso del desengaño, ya no ve puerto ninguno de salvacion: se le dirá que la religion, pero ella no hace con esta un juramento de constancia; ademas, en ciertas almas organizadas para el amor, este encierra todas las afecciones posibles, y cuando perdida y deshónrada una inconsolable amante, un cerebro romántico ha concluido para siempre con el

ser que la ha maldecido, en vano busca una salida; porque solo encuentra la posibilidad de la nada en la nada de su pasión; morir es entonces mas fácil que vivir; y es muy extraordinario que en la efervescencia de una desesperación solitaria, la idea del suicidio se presente á su espíritu como el único remedio para sus males?

El suicidio elige sobre todo sus víctimas en los corazones jóvenes y llenos de ilusiones quiméricas; algunas veces el orgullo de una clase mas elevada que la vulgar condicion donde nacen, encienden en mugeres jóvenes, crédulas como la inocencia, una de esas pasiones románticas hábilmente manejadas por un seductor. La señorita\*\*, nacida en pobre cuna, entra en un almacén de modas é inspira una violenta pasión á un joven rico, que decia casarse con ella. La desgraciada, ocupada su cabeza con escenas de novelas donde ha visto á un soldado casarse con una princesa, le cree bajo su palabra y esperando que sea mayor de edad su falso amigo, le entrega su vida entera. Desde este momento, la pobre muger no piensa mas que en la felicidad de ser gran señora, todos sus pensamientos como los de la lechera, la hablan de magníficos trages, riquezas y amor eterno: todo lo que ha leído en la novela por el día, murmura deliciosamente en la cabecera de su cama; pero ¡oh vanidad de nuestros deseos! Llega á la mayoría, y su amante se muestra menos vivaz, menos amoroso: un día recibe una carta de despedida y recuerdos eternos: sus padres han elegido una muger al hombre que tantas veces la habia jurado ser suya hasta la muerte: la pobrecilla llora mucho, y sus compañeras se burlan de ella: el día del matrimonio debia ser el último de su vida: la noche de los desposorios van á decirla, que la novia estaba encantadora, llena de blondas, encajes y cachemiras y adornada con un soberbio aderezo: vuélvese á su casa furiosa y desesperada, cierra todas las puertas, despues enciende en el suelo una gran hoguera de carbon, y se deja asfixiar lentamente: la muerte de la asfixia por el carbon, es una fórmula que conocen todas las jóvenes que han creído demasiado en las engañadoras promesas de un seductor, y en los milagros

del amor: obsérvese que para hacerse digna de su futuro esposo, la desgraciada, cuya muerte hemos referido, habia aprendido el italiano, la música, y hasta componia versos.

La señorita \*\*, criada en el primer colegio de Francia, se casa por vanidad con un general anciano. Es una *virago* sentimental, de nuca ancha y ardiente, romántica, apasionada y de ronca voz. Entregada desde jóven al desarreglo de los sentidos, está esperta en libertinaje, nadie sabe mejor que ella disipar con una caricia, los celos de un marido, ni representar los diversos papeles de las mugeres adúlteras, coquetas y mentirosas. Viuda y ajada, se enamora con ceguedad de un hombre de fama, este corresponde á sus demostraciones, y parece amarle un poco: el tiempo, que todo lo roe, aumentó los ardores de nuestra consolada viuda, y ¿quién sabe si otro marido de mérito habrá sido su inmutable pensamiento? El jóven estaba muy lejos de haber concebido por su querida un amor formal, porque apenas era feliz, cuando ya pensaba en lanzarse á otros placeres: despues de algunos meses de una union, muchas veces turbada por las escenas de un forzado cariño; el amante no se presenta á la hora acostumbrada; la baronesa fuera de sí, se compromete hasta el punto de ir sola á sorprender al infiel en los brazos de otra muger: la suerte la ayudó mas de lo que hubiera querido, vió á otra muger mas hermosa, mas jóven que ella, en el mismo sitio donde tantas veces su corazon habia palpitado de alegría y de verdadero amor: su reinado habia concluido: se marchó, ó mas bien, fué arrojada por su rival que la echó en cara y en términos claros todos los amantes que habia engañado. Eran las doce de la noche.... la desgraciada, que en toda su amorosa vida solo habia realmente amado una sola vez, conoció por fin, el vacío de un corazon sin moralidad y sin religion, y buscó, y encontró la muerte en las aguas del Sena.

El suicidio por desesperacion amorosa ataca regularmente á las mugeres de carácter débil, y de imaginacion delirante: el órgano de la maravillosidad que concuerda

excesivamente con el amor físico, los priva al instante del sentido real de las cosas, y de las proporciones que existen entre sus obligaciones sociales, y las del amor propiamente dicho: todas las desventuradas que han atentado á su vida, han tenido una imaginacion depravada, no se han cuidado de la maternidad, de los principios de familia y de religion, como los conciben las cabezas formales convencidas de la verdadera fé.

Las personas piadosas, las buenas madres, las esposas que si no profesan amor á su marido, á lo menos tienen la vanidad del nombre que llevan, no se cuidan: generalmente esta monomanía respeta á los cerebros frios que cumplen rigurosamente los deberes de la naturaleza y de su religion, que se ocupan sin descanso de los seres que la pertenecen, que han aprendido á raciocinar acerca de la moralidad y las consecuencias de un paso inconsiderado: en efecto, ¿qué nombre daremos á los suicidios en que dos amantes, ébrios de amor y de deleite, despues de haberse robado la tranquilidad en este mundo, huyen del lecho conyugal, y despues de haber agotado el caliz de los placeres se prometen la muerte en brazos uno de otro?

La Señora \*\*\*, vivia honrada y feliz en medio de su familia, cuando un aturdido jóven regresó á su pais despues de una larga ausencia, y vuelve á ver con la ilusion de su primer ternura á la que habia amado cuando soltera. ¿Pero de qué modo burlar la vigilancia? El único medio es abandonar al marido, á los hijos, romper todos los lazos de sangre y amistad, ir á buscar en una profunda soledad la clásica cabaña para sepultar en ella dos corazones nacidos el uno para el otro: tomado ya este partido, huye la amorosa pareja, y antes de un mes se rebela á sus amortiguados sentidos la terrible verdad. Sin fortuna, sin porvenir, llenos de remordimientos, el suicidio se presenta á su miseria, como el único recurso: el hombre cobarde que habia tentado á la infiel esposa, la habla de muerte, ya con acero, ya con veneno. «Si, dijo entonces ella, muramos, es preciso; pero que el golpe sea rápido como el relámpago.» ¿Que sucederá? El amante clavará un puñal en el corazon de

su amada, y despues se matará con él: si ya despues de la ilusion desvanecida nada resta.

¿Veis ese hombre que tiene en la mano un afilado cuchillo y una muger que le dice hiera sin compasion? ¿Veis cómo tiembla? El gelpé va mal dirigido, y no encuentra el corazon: acuéstase al lado de ella, y la hiere muchas veces hasta que al fin vuelve la cabeza, y oye una débil voz que le dice.—« Dame tu mano querido mio, quiero besarla, muero por tí. A Dios. » Y despues falta el valor al matador y no sabe morir.

El amor, del mismo modo que la ambicion de la gloria, cuenta tambien sus mártires: el que mas que todos los bienes del mundo, solo adora realmente una cosa, que es su muger, su única amiga, está muy cerca del suicidio si llega á saber su infidelidad en un momento de afliccion del ánimo.

Mr. X. tenia un corazon débil y amante; de vuelta de un largo viage, contaba con impaciencia las horas que le acercaban á su único amor: sentado en la mesa de una posada, oye á un viagero contar una orgía que pasó el dia anterior en una ciudad vecina: la heroina es su muger, sus mejores amigos los cómplices, y su casa el lupanar. Mr. X. deja la mesa en medio de las carcajadas de los demas, se encierra en su cuarto, y se levanta la tapa de los sesos.

El suicidio, por amor contrariado ó vendido, parece que es la fatalidad de ciertos caracteres de mugeres: los hombres lo sufren raramente con delirio, porque se manejan con prudencia tratándose de amor, pero pasan toda la série de las diversas afecciones, donde estan colocadas, en primer lugar, la melancolía y la hipocondría; tambien se deben mirar como apócrifas esas muertes friamente estóicas que se cuentan, en que un hombre de negocios, y ocupado, se ha suicidado por desesperacion amorosa: no es preciso ser jóven, ni tener completa la razon, y estar todo absorbido en el pensamiento de una muger, ó gastado por los placeres y fastidiado de todo, para sacrificarse en un acceso de locura: en este último caso, la causa del suicidio es mas bien la imposibilidad de volver á encender la apagada

antorcha de los placeres, que el pesar de la muerte de un ser, cuya vida era el último lazo que nos sujetaba.

La organizacion moral de los hombres, se presta menos á las exageraciones de un loco amor, y es probable que la ardiente é indomable juventud, caeria victima con menos frecuencia, si las costumbres sociales no resucitasen esta inclinacion á costa de las nobles facultades de la inteligencia. La naturaleza ha criado á las mugeres para el amor y los placeres de la maternidad: tambien su cerebro, mas desarrollado en la parte inferior, lo está menos debajo de la frente, donde residen los órganos de la educabilidad: no es tan extraño, que no poseyendo en tan alto grado como nosotros la facultad de raciocinar acerca de sus sensaciones, se dejen llevar por la demencia de una inclinacion natural, y por consecuencia al delirio del suicidio.

¿Cómo se quiere que esta enfermedad moral no se arraigue con mas intensidad aun en la generacion que crece, cuando ya recibe su gérmen el niño que acaban de quitar las mantillas? ¿No da grima el ver á las tiernas criaturas en un baile de sociedad; á la niña adornada como la mas elegante coqueta, y el niño como el mas apuesto seductor, y verlos danzar y reir, y llamarse marido y muger? Esto sobrepuja toda creencia, y sin embargo, los que cultivan estas plantas venenosas, deploran frecuentemente la inmoralidad del siglo; dicen, como nosotros, que todo tiende á la nada, y lo impelea con todo el placer de su voluntad.

Para volver á nuestro asunto, digamos que el fanatismo del amor, aunque muy raro en los hombres, puede encenderse en una posición particular, donde el voto de continencia está sin cesar luchando con una ardiente imaginacion, y con hambrientos sentidos. La lascivia escondida que se electriza por un objeto amado, precipita al paciente á todas las aberraciones del espíritu y de la materia. Ya hemos visto las monstruosas resoluciones de los maniáticos de deleites: ¿cómo el número es tan limitado? ¿Por qué no se dan la muerte cuando vuelven á la razón, y calculan la cantidad de desprecios que los aguardan en el tribunal de los hombres? Segun

el decir de algunos, el temor de Dios y el espíritu de penitencia les han impuesto por calvario; ya el presidio, ya el cadalso.

Un ejemplo terrible de lo que inventa el fanatismo por amor, y las mil serpientes de los celos, es el siguiente: Un jóven de un carácter ascético, tenia en mucho su virtud al entrar en las órdenes religiosas; su mala estrella le hizo encontrar en el mundo una de esas frágiles mugeres coquetas y artificiosas que mueren mil veces de amor en su vida, y que tienen el bárbaro capricho de atormentar los corazones que sus carocas han cautivado: tuvo esta señora un dia el capricho de un adolescente en manteos, y encontrándole con una organización volcánica y lacerada, le atrajo á su salon: nuestra sirena cantó tan bien, que el neófito cayó fascinado; nunca hombre amó á criatura con tanta abnegacion y buena fé; ningun magnetizado se mostró mas dócil á la voluntad de su *dueño*: la historia de esta pasion es un lamentable drama: esta estraña muger imaginó tener celos del mismo Dios, dictó á su esclavo una fórmula de adoracion, en la que ella tomaba el lugar de la Virgen y de los santos, y su pasatiempo habitual consistia en oirle de rodillas con todo el ceremonial de un culto solemne: el desgraciado obedecia á todas las extravagancias que esta muger imaginaba, firmaba un pacto contra sus creencias. ¿Era preciso ir al baile de la ópera? Se ponía un traje diabólico, ¿la señora queria andar á las diez de la noche por las calles de París? La pareja se ponía un traje trivial, y el amante debía distribuir sendos puñetazos al que se atreviese á creer á sus ojos.

Sin embargo, cuanto se manifestaba era dolo y perfidia de parte de esta muger; nunca habia tenido ni una leve inclinacion amorosa hácia el reprobado de la tierra; y él, celoso y engañado, ignorando todos los venenos que destila un corazón de mala muger, tenia por un crimen irremisible el haber podido algunas veces sospechar del corazón de ese ángel de amor y de misericordia: no obstante, si no hubiera estado ciego con su pasion, hubiera visto todas las noches delante de él un hombre pá-

lido; y con mirada de vampiro, gozar con su tristeza y sus ácreos deleites, y luego sonreirse volviendo los ojos, y fijándolos en los de su digna querida: un dia tuvo valor de dudar un tanto de los pasos de su rival, y fué despedido llorando y echando una maldicion al autor de su eterna condenacion: el triste amante creia en el paraiso, deliró, y en su delirio se abrió una vena, y pidió perdon en una carta escrita con su sangre, y regada con su llanto.

— Pero está muger fué inflexible, y para que mejor lo comprendiera su víctima, le mandó á su robusto favorito para intimarle su resolusion. El mensajero cumplió á las mil maravillas su comision. «Sabeis leer, le dijo, pues leed vuestra sentencia:—Querido Leon, el curita ya no volverá á mi casa, le he despedido, porque nunca le he amado. Me preguntas mis sentimientos acerca de ese miserable; pues fueron que me dió el capricho, y capricho sin igual, de disputar un corazon á Dios, y condenar un sacerdote.»

— El aspecto del infierno en un horrible sueño no produce un despertamiento tan súbito como el de nuestro seminarista; ¡cosa singular! pero esplicable; volvió á la razon como el envenenado que se libra de la muerte y que se horroriza á su recuerdo: pero entonces los recuerdos de sus locuras vagaron por su cabeza; se arrojó en su lecho, donde se reforcia como una culebra; respondia sollozando á voces desconocidas, á frailes de hábitos encarnados que pasaban junto á él llamándole por su nombre y añadiéndole el adjetivo de condenado, escomulgado etc.: navegaba en su lecho por el mar de lava del infierno, y veia á lo lejos la boca de la caverna donde dos demonios le esperaban para precipitarle en ella.

— Al amanecer la razon volvió á recobrar un tanto su imperio, y con ella el pensamiento del suicidio: cayó de rodillas delante del Cristo, al que habia descornado su cortina negra, y despues de una ardiente oracion, este hombre místico y ya sin esperanza, excepto la de la muerte, se tomó de una vez toda la farmacia que habia reunido para acallar las angustias que padecen los que



creen en el amor platónico correspondido. El láudano, el éter, la tintura de dedalesa y la de cantárida inflamaron de repente sus entrañas, cuyos dolores y sufrimientos le hicieron padecer tanto como si estuviera atacado de la hidrofobia: mordía las sábanas, y al llegar el momento supremo, tomó en una mano el Cristo y con la otra un cirio bendito, y espiró murmurando la palabra del santo Job. *Cur misero lux data est?*

El fanatismo religioso ha podido ser causa de una infinidad de suicidios; pero no estamos en el tiempo en que las creencias supersticiosas de las almas ardientes y apartadas de los verdaderos designios de la Providencia improvisaban mártires monómanos de una muerte padecida por Cristo y por los apóstoles de la Iglesia. Solo un momento tocamos en esta época de la infancia de los pueblos, que fué cuando las misiones despertaron en toda la Francia las fibras dormidas del espíritu cristiano que en otro tiempo lanzaba á las cruzadas á las gargantas de los Cevenas, donde hubiera hugonotes que inmolar. El fanatismo está hecho así; su rabia por morder la vuelve contra sí cuando no puede hacer correr la sangre de otro, como si esto complaciera á Dios: está muy lejos de nosotros ese tiempo de piadosa exaltación, de fé mística y delirante, cuyo contagio en el débil espíritu del pueblo arrastraba algunas veces á los mas iluminados á la locura del suicidio: pudiéramos consignar aquí tres ejemplos, tomados de hombres de cabeza pequeña, de una inteligencia limitada, y que preocupados con los terrores del infierno con que fueron alucinados por publicaciones furibundas, habían dado ya algunas ligeras pruebas de enagenación mental.

Uno entre otros, oficial de uno de los cuerpos del estado, santurrón por excelencia, había adquirido en los mares de la India una disenteria incurable que le hizo regresar á Europa, y que le atormentaba terriblemente: desesperado por no poder curarse, y mas aun por desagradar á Dios, maldiciendo lo que él llamaba su cruz espiatoria, se dió la muerte á puñaladas; pero para darla una apariencia de martirio hizo en su cuarto un *Via-Crucis*, y cantando el *Stabat Mater* se paraba á cada es-

tacion para herirse en los pies, en las manos, al rededor de la frente, en fin, en todos los lados en que fue herido Jesus, y reservó el último golpe para el corazon.

Este hombre estaba atacado de lipomanía, como lo estan todos los que despues de haber sufrido largo tiempo leves padecimientos, caen en un dolor general y solo sienten la vida por la amargura del corazon y lo que nosotros hemos llamado vacío del alma: el suicidio por consecuencia de una alteracion crónica de las facultades intelectuales, es en efecto muy comun y casi no debe ocuparnos, puesto que la muerte causada por ausencia del libre albedrío se excluye naturalmente del fin moral de esta obra.

Sin duda ninguna la mano que se arma con un cuchillo, es la de un loco ó la de un maniático; pero ¿quién se atreveria á sostener que el que le clava en su pecho ha llegado á este desenlace del drama, sin preámbulos, sin causas lejanas, que leves al principio, hubieran podido conjurarse fácilmente por una reflexion sólida, un sentido comun y por el espíritu del evangelio? De modo que de lo que las necesidades egoistas de un exceso de civilizacion han hecho necesario el culto de las bellas artes, se sigue que es preciso creerse pintor, poeta ó músico para consumir la vida en correr tras la gloria y la fortuna, y matarse cobardemente, porque han sembrado su pretendido génio en una tierra avara é ingrata. Es fuerza, sin duda, deplorar los suicidios de tantos jóvenes á quienes el orgullo de un nombre hace pulsar la lira y tomar la paleta; pero ¿no se podrá tambien acusar á su razon fascinada por un vano prestigio, el haberse sacrificado á un fatal amor propio que ha exagerado su importancia y la gratitud de sus contemporáneos? Los *incomprendidos* nunca han llegado á comprenderse bien á sí mismos, y si antes de habitar el mundo imaginario de las ilusiones, hubiesen meditado en el mundo real, en donde el hombre es alguna cosa, segun un trabajo tanto mas apreciado cuanto que es útil y necesario á mucha gente, no se hubiera disgustado de la vida antes de haberla visto toda reunida. La cultura de la tierra y las rudas labores de un

taller suelen hacer muy pocas veces personas miserables, y el que hace pan, como el panadero de Nimes, y canta en tan hermosos versos la nada de las vanidades humanas, debería presentarse á los que han creído que es génio de loco, fuego del entusiasmo, como una leccion práctica en que la verdadera gloria se ha unido á la razon.

En todos los siglos que han precedido á la época actual, mas de una jóven inteligencia, en una condicion oscura ha podido nacer con una chispa de fuego divino en la cabeza; y sin embargo, las narraciones del tiempo han señalado muy lejanos esos siniestros asesinatos tan comunes en los adolescentes del dia: la razon es muy sencilla; el espíritu de familia tenia á la juventud bajo el yugo de los consejos paternos, y á la hora mas tardía de su emancipacion, entraba en el mundo con esta preciosa guia dotada del buen sentido que nuestros incomprendidos no han tenido la facilidad y el tiempo de aprender.

Es una enfermedad moral suscitada por una ambicion abortada y engañada, la de nuestros jóvenes suicidas; los desgraciados habian contado con las promesas de su inteligencia apasionada por una arte noble, sin pensar que la fama no se improvisa y que tratándose de gusto y creacion, los que han podido llegar á la cima de la gloria, han comprado la subida con las miserias del mundo, tal como lo es antes de fijar las miradas de aquellos á quienes han dedicado sus vigiliass. (1)

Entre los jóvenes que nacen con una imaginacion efervescente, y que el instinto de la gloria arroja eiegamente en la esfera artistica, cuyas delicias han leído en las novelas del dia; hay muy pocos que no lleven los gér-

(1) Brown. *Considérations sur les suicides de notre époque.* (Annales de hygiene pública y medicina legal, 1836, tomo XVI pag. 224.) Esquirol. *Des maladies mentales.* Paris, 1838, tomo I pag. 526 y sig.—C. H. Mon. *De la folie, considérée dans ses rapports avec les questions medico-judiciaires.* Paris, 1840, tomo II pag. 155.—Cazauvieilh. *Du suicide, de l'aliénation mentale et des crimes contre les personnes.* Paris, 1840 en 8.

menes aun duros de las enfermedades orgánicas; y de esto resulta esta especie de melancolía habitual y sangre ácre, que los atormentan y los disponen mas para los artificios de un pensamiento ardiente, que para los que exigen la fatiga del cuerpo y penosos experimentos; como las mujeres que arreglan su porvenir por las utopias de las malas novelas han bebido en la seductora biografía de los grandes artistas salidos del pueblo, el vago presentimiento de un destino inmortal y mueren jóvenes en medio de la desesperacion y la miseria, mientras la esperiencia prueba que el trabajo ha sido para los del mismo temple un medio heróico para robustecer su débil constitucion.—Cuantos locos, lipemaniáticos y suicidas no lo hubieran sido, sin sus torturas de una vida intelectual, de una ambicion levantada sobre los principios de la gloria, ó de una pasion del cuerpo sostenida por las vaporosas producciones de un espíritu enfermo.

Mr.\*\*\* á los diez y ocho años, era lo que puede llamarse un lánguido adolescente, y de una gran sensibilidad histérica: su palabra melosa, su mirada fija, se estacionaba de vez en cuando; era fanático por las bellas artes, leía á lord Byron y á Jorge Sand, y cuando no versificaba sus inspiraciones, declamaba al frente de un espejo las escenas mas dramáticas de Macbeth y de Margarita de Borgoña: por lo demas, poseía un cerebro casi amasado enteramente con el amor propio, y sino fuera por el órgano de la maravillosidad, que desde su infancia daba á su espíritu un cierto tinte poético, sería un hombre menos que mediano: original y singular como todos los jóvenes que comienzan á desempeñar un papel, cree realmente que tiene en su frente un sello divino, sin esto no podria explicarse las mil miradas que le asesinan, en cuanto se presenta en un salon con traje de la edad media, con la cadena al cuello, y una de esas cabezas en las que un peluquero tiene derecho de fundar su reputacion artística. Mr.\*\*\*, pasó cuatro años en medio de las vagas preocupaciones de un porvenir de gran poeta, y mirando con compasion á sus joviales compañeros de infancia, que ya se encontraban unos

en posesion de un grado en el ejército, ó de un aprendizaje lucrativo: por fin llega á ser dueño de un pequeño patrimonio, y se dispone á ir á la capital á disputar los laureles de una gloria poética tantas veces soñada: no pasemos adelante; no habian trascurrido dos meses y el pobre jóven experimentaba ya las torturas de un alma desilusionada de la vida: le faltaba el dinero; era dueño de un manuscrito lleno de versos yambicos, y ademas estaba loco de enamorado de la hija de un hombre de cerebro metálico, de un banquero. El primer síntoma del *mortis amor* que se presentó en él, fué una composicion en verso que hizo, titulada «Día de los muertos»; era imposible no reconocer en esta produccion febril una lipemanía ya bastante profunda para hacer suponer un fin violento: el segundo síntoma, fué un canto de indignacion satánica contra los libreros y el mal gusto del siglo: el tercero y último, llevó á su corazon el golpe decisivo; se habia atrevido á hacer que su *musa* compusiera un dulce poema sobre los tormentos de un corazon enfermo de amor: al dia siguiente de esta misiva, un mozo de más que regular tamaño, sobrino del banquero, llegó al piso quinto donde vivia nuestro poeta, para burlarse de él, imponer silencio á su lira, y aun ver hasta donde podria llegar una bala de pistola tirada á veinte pasos: esto dicho, el héroe del descuento, se atusó los bigotes, se compuso el cabello, y con una mano puesta en la cadera esperó la respuesta: nuestro poeta tenia el alma grande y sin decirle una palabra le dió la tarjeta de desafio, «Mañana á las seis en el *bois de Boulogne*.» Todo sucedió sin que se amenguara el honor por ninguna de las partes. La misma noche Mr.\*\*\*, escribió estas líneas: «Creia que me faltarian las fuerzas en presencia de la muerte; esta mañana he sabido que la cosa mas fácil era desprenderse de la vida: soy muy culpable, pero nada debo á mi siglo: era *indigno de mí*. El carbon chispea en mi cuarto, voy á llenarle de perfumes, para dormirme entre los tranquilos vapores de los *jazmines* y de las *rosas*.  
 Las enfermedades crónicas de la piel, las que desfigurán las facciones y nos destierran de la sociedad, son

causas frecuentes de melancolía y de suicidio: la piel es el verdadero espejo de la belleza; la lepra, y lo que yo llamo sus inapercibidas señales, en una palabra, ciertos empeines, preparan las tendencias homicidas, hasta el momento en que una circunstancia decreta la hora del asesinato. Mr. \*\*\* , tenía todo su cuerpo lleno de costras, y sus articulaciones eran nudosas; parecía un esqueleto cubierto con una piel de zapa; era oficial de un cuerpo de Estado, y sus compañeros no se atrevían á comunicarle con él, y menos á darle la mano que escondían cuando se la presentaba. Mr. \*\*\* , lo conoce, se explica la causa, tórñase taciturno y pensador: un día se enamora de una jóven pobre y sin nombre, la pide en matrimonio, y sus padres se la niegan: su morosidad habitual se aumenta, pasa los días, y una parte de las noches leyendo á Werther y los escritos de los que han hecho la apología del suicidio, como Blount, Donne, Sídton, Rousseau, etc. Retirado á una casa de campo aislada, solo ha recibido una visita á la hora de su muerte, de su íntimo amigo, á quien había mandado á llamar para entregarle el testamento que hacía en favor del primer hospital que recibiera un leproso: al día siguiente de esta visita, se le encontró en su lecho con inequívocas señales de un envenenamiento con arsénico. Las dotaciones á los hospitales en favor de enfermedades atacadas de una afección incurable, ó que ha causado la muerte del donatario, es en efecto, una manda bastante común que demuestra conocimientos y verdadera filosofía en el testador.

En fin, háse escrito que la nostalgia ha podido inspirar el suicidio: nosotros no podemos dar ninguna prueba para asegurar esta opinión, y sin embargo, después de haber estudiado al hombre en tantas fases críticas de su existencia, nos asombramos de no haberle visto atender nunca á sus ideas por el único sentimiento depresivo de la patria ausente: los que han dado prueba de ello, sin duda no han tenido en cuenta su concomitancia con otro pensamiento activo y poderoso, que ha suscitado al mismo tiempo en un cerebro volcanizado, la lipemanía, la locura, y una ciega desesperación. Yo

he observado la agonía y la muerte de algunos centenares de nostálgicos, ya en los hospitales y los presidios, ya á bordo de los navíos, surcando largos años los mares de las regiones del Ecuador, y no puedo asegurar un verdadero suicidio por consecuencia de la nostalgia solamente. El corso que es para nosotros el tipo del hombre en Francia, que con mas dificultad se extrae, padece mucho con este mal del pais, pero es resignado, taciturno, y no profiere la menor queja tocante á este asunto. Y esto es, porque la nostalgia es un mal dividido en el recuerdo de lo que se ha perdido, y la esperanza de lo que se desea, y cuando el mal ha arrojado en un humano irreparables desórdenes, si el deseo del suicidio brotára en una cabeza débil, la voluntad sería impotente á consumarlo.

Los nostálgicos mueren lentamente, minados en lo físico y en lo moral, por el pensamiento fijo de su patria: nunca se ven en ellos señales de impaciencia y de cólera; al contrario, se inclinan á la tristeza sombría, y algunas veces llorosa; la expresion de su mirada es dolorosa y profunda, tórnase en una especie de alumbramiento, cuando rodeados de sus compatriotas, escuchan las aventuras de un pueblo cuyos actores conocen. Generalmente las almas capaces de sentir la poesía del pais natal, son tiernas, amantes y sensibles; creen en Dios, profesan una fé sencilla, con respecto á las lecciones del hogar paterno y de la Iglesia; tienen tambien visiones, y oyen voces desconocidas aun despiertas enteramente. Uno de ellos tendido en su lecho, veía en lugar de dos clavos que estaban en la pared, al cura de su aldea y á su cuñado que estaban comiendo delante de él, y que le ofrecían sonriéndose una parte de su comida. Un dia le dije.—«¿Quereis que los eche de aquí?»—«¡Oh, no, me respondió, me hacen compañía, y son tan sábios!»

Se resignan á la confesion y se complacen en los consuelos del confesor; no creen morirse, y esperan hasta el momento en que caen en una profunda modorra que concluye para siempre este suicidio lento por el único prestigio de una palabra, la de *patria*.

— Generalmente los nostálgicos son los que yo llamo buenos hijos de Dios, y muchas veces he hecho observar á mis discípulos que estaban ampliamente dotados de la protuberancia tan bien llamada por Gall *amor al domicilio*. La de la esperanza está no menos pronunciada, y antes que la frenología hubiese recibido la sancion de una inteligencia inmortal, el célebre Broussais, sin buscar otra induccion, excepto la de la singularidad, la habia notado en los quintos que se desmejoraban á simple vista bajo el pensamiento fijo de su pueblo y del hogar paterno.

Para terminar este capítulo ya largo, habiamos pensado en otras muchas causas de suicidio, pero nos hemos abstenido de relatarlas, porque ya se han representado ellas y porque se ha convenido el llamar suicida al que atenta violentamente á la vida ayudado de un medio de destruccion; hay que notar, no obstante, que un pensamiento fijo absorbe á los demas y va desgastando la enervacion hasta que resulta la muerte, y este es el caso mas comun en lo que hemos llamado suicidio crónico. De modo que una madre puede consumirse poco á poco bajo el depresivo sentimiento de la muerte de un hijo adorado; el amor ha producido semejantes víctimas con menos frecuencia; no obstante nosotros poseemos ejemplos tomados de personas jóvenes educadas en el misticismo de la religion, y que han dado un cambio á sus ideas, dirigiéndolas hácia los amores terrenales.

— El duelo á muerte es tambien una especie de suicidio voluntario: cuando es seguido de una agonía, es cosa curiosa de acomodar los fenómenos al carácter del individuo que sucumbe: el duelista de profesion no sabe morir; vergonzoso como la zorra presa por una gallina, no inspira ninguna simpatia y cuenta raramente con verdaderos amigos: todos los que he conocido eran ignorantes, libertinos é impíos: estos hombres que solo se complacian en el ejercicio de los diferentes géneros de esgrima, se entregan regularmente á las bebidas alcohólicas, y semejantes á los borrachos, lloran con facilidad cuando se les habla de sus últimas voluntades, de la confesion y del sacerdote: estos seres tan pusilánimes son entonces



los mas cobardes de los hombres; hemos visto morir por las solas torturas morales que engendra en ellos el temor de la muerte; ven sin cesar la mano mas diestra que los ha traspasado como la de una fantasma que los persigue sin cesar: en fin se confiesan, rezan, lloran y comulgan, acometidos por el terror involuntario que les dá la idea de un Dios y su justicia. —«Oh padre mio, decia una de ellos, si me curo como vos me lo prometéis, os juro que si me dan un bofetón en una mejilla, pondré la otra para que me den otro.»— Por lo regular estos grandes duelistas no mueren con entereza: antes de exhalar el último suspiro, la violencia de sus terrores les sumerge en un profundo estupor del cual no salen. Su muerte libra de una plaga á la sociedad.

«No titubeamos en decir que las lecciones del duelo á muerte aseguran la conversion social de los que escapan de él: la agonía los hace mejores, y los mas endurecidos, los menos morales suelen renacer á los dulces placeres de la familia y de la amistad. Mr. \*\*, pendenciero y duelista, habia abandonado á su mujer y á sus hijos; se le citaba como á hombre ateo y gran burlador de la Iglesia: un dia insulta á un buen muchacho de un modo ofensivo á su honor y á su carácter; provoca el duelo, arrastra á su adversario al sitio destinado; éste solo pide una excusa, y por única respuesta le escupe en el rostro. Ya estan por fin los dos enemigos frente á frente, con una pistola cada uno en la mano; sale un tiro y la bala hiere mortalmente en el hígado á nuestro camorrista: su agonía duró ocho dias enteros: sus dolores debilitaron su alma de hierro, lloró, se confesó, y el sacerdote fue el ángel bueno que le consoló: volvió á ver á su mujer y á sus hijos, hizo pública retractacion de su vida, y prometió si se curaba ser en adelante bueno é irrepreensible: su curacion fue un milagro, pero otro no menor, es que en adelante fue un modelo de ternura conyugal y de amistad. La sola palabra de duelo, producía en él una conmocion nerviosa.

«El desaffo es una fatal preocupacion que enajenándonos del sentimiento moral y del libre albedrío del pensamiento, dá señales mas bien de la influencia de la bar-

bárie, de la anarquía y de las guerras sangrientas, que de una civilizaci6n avanzada, «¿Pues qué, por una palabra que una falsa inteligencia del honor, llama atentado al honor, no hay mas que exponer su vida al plomo y al hierro de un asesino jubilado, y que el matador quede impune? ¡Oh! eso es poner á precio muy bajo la vida de un hombre: el duelo es un vicio capital de nuestra educaci6n tan alabada, y el pais que le consiente dá una prueba de la debilidad de su organizaci6n y de la inanidad de sus leyes civiles y religiosas.

Sí, es una verdadera enajenaci6n parcial, á la que no escaparía aun una inteligencia superior, como no tuviera un alma grande y humana: los gobiernos mas culpables son los que suministran causas de duelo, y de estas causas son la venalidad de los cargos, los favores concedidos á la bajeza y á la prostituci6n, las injusticias consagradas por el nepotismo, (1) y la imperiosa voluntad. Debe temer el dejar á los vencidos y á aquellos cuyos derechos se desconocen al argumento *ad hominem*.

El mas ardiente promotor de este último recurso, decia gravemente: no conozco otro en los gobiernos enfeudados en el culto del oro y de los empleos: murió jóven, lleno de porvenir y en un desafío: yo no dudo que estos campeones de una falsa filosofía no sean los provocadores de esta doctrina homicida: sin embargo, su conclusion ha probado hasta el fin, cuanto el fanatismo de una idea cambia la sicología de un alma superior. Tranquilo, resignado, generoso con su rival, pero deista y enemigo de un culto, ha dejado una mala leccion de la vida; porque no quiero dar otro nombre á su desprecio ó su resentimiento para vengarse de una mordedura del orgullo y del amor propio, muérase, si es preciso, en defensa de la patria ó adhesi6n á deberes sagrados, pero no se diga que el duelo conserva el valor de una naci6n: seria hacer un ultraje á la religion del

(1) Voz tomada del italiano para expresar el poder que han solidotener en Roma y en su gobierno, los Népotes ó sobrinos de un papa.

pais, el creer que es inspirado por la inconstancia de una querida ó de una mezquina ambicion fallida.

Cuando dos hombres de alma y de corazon cruzan el acero, es muy raro que no queden dos vencidos; el que vive, y el que muere: el último si es el provocador, quisiera comprar con una excusa, su existencia, el otro camina largo tiempo, llevando á su lado la importuna sombra de su víctima: es saldar demasiado caro un tardío arrepentimiento, comprándole con el asesinato de su semejante. Fuerza es volverlo á repetir, los hombres piadosos en su religion, no se matan entre sí: el turco, que es tan valiente como otro cualquiera, ignora lo que es el duelo; y creo que no debemos ceder al musulman en superioridad moral.

Un hecho de observacion y práctica nos ha confirmado el aplanamiento de las protuberancias del valor y de la destruccion en la mayor parte de esos mercaderes de muerte súbita; porque en general son en efecto los mas cobardes de los hombres, cuando se miden con hombres tan grandes prestidigitadores de esgrima como ellos, y cuyo valor es innato: el último que he conocido, provocado en duelo por una espada siempre victoriosa, se precipitó de un piso quinto, al oír al reloj dar la hora convenida.

Volviendo á entrar por última vez en la historia de los suicidios, digamos que sea cual fuere el arma, el veneno, ó el medio elegido para salir de la vida, es infinitamente raro que una de las víctimas de esta falsa doctrina, que se ha librado de la muerte, consienta en buscarla por el mismo camino. Una agonía de suicidio da buenos consejos: nunca he podido conseguir que un jóven, que dos años antes se habia tomado una dosis enorme de ópio, no conociese una preparacion hecha con él, que queria darle: el nombre de ópio solamente despertaba en él antiguos dolores. Otra vez no pude determinar á que un oficial almorzára conmigo delante de una pistola colgada en la pared, porque en otro tiempo procuró matarse con un instrumento semejante y habia escupido la bala, sin experimentar otros efectos que los de una ligera conmocion.

De modo que si el suicidio no levanta la losa de la tumba, cura todos los males que engendra su idea: el amor desgraciado, los celos, la ambicion, la miseria, son mas fáciles de olvidar que una yana tentativa de suicidio. ¿Cuál será la causa de esto? El hombre no quiere morir cuando siente una desgracia verdadera, y la mayor de ellas es conocer que se acerca la muerte.

Algunas veces no hemos visto cosa mas edificativa que la vida de estos hombres que han vuelto á entrar en el mundo por la misma puerta por donde iban á salir: tambien son para nosotros una de esas mil pruebas que dan su testimonio en favor del alma humana, la cual crece y se eleva tanto mas hácia su autor, cuanto los lazos que la unen al cuerpo son mas frágiles y menos dependientes de la materia.



## CAPÍTULO IX.

### AGONÍA Y MUERTE DE LAS MUJERES.

#### *Resumen.*

La verdadera mujer.—Su vida y su muerte.—La que ambiciona un hombre y una clase.—Sicología del género.—Nacida para el amor.—Su fin.—*Mortis horror*.—Mujer de moda.—La *accendida*.—Su muerte.—Lecciones materialistas y del histerismo.—Su influencia en las mujeres.—El pueblo y sus hijas víctimas.—Imitación de un mal modelo.—Falsa educación de las jóvenes.—Imitación romántica.—Las tres categorías de solteras.—1.º Las místicas.—2.º Las emancipadas.—De su vida y su muerte.—Ejemplo.—Mal fin.—3.º Las prostitutas.—Su fisiología.—Estadística de las prostitutas en el Sur de la Francia.—Frenología.—Atrófia uterina.—De las malas solteras bajo el aspecto moral y religioso.—Una María Egipciaca en Provenza.—El marinero y la mujer mundana.—Los tres fines de la prostituta.—Una biografía del género.—La mujer de mala vida en el hospicio.—La encubridora rehabilitada.—La mujer que encarga su autopsia.—La matrona ó alcahueta.—Su muerte.—Conclusion.

—♦♦♦—

Generalmente las mujeres saben morir mejor que los hombres, y la razón es sin duda que tienen una organización intelectual menos completa que no les permite raciocinar como nosotros acerca de las desconsoladoras teorías de la destrucción del edificio humano.

La educacion que engrandece nuestras proporciones con el universo de un modo mas ó menos extenso, el estudio de la filosoffa, que desvanece nuestras infantiles supersticiones y las sustituye una teoria mas ó menos seductora de la omnipotencia de Dios ó de la materia; mas vitalidad en los órganos, y en fin, una suma de felicidades negada á las mujeres, son efectivamente otros tantos lazos que nos unen mas estrechamente á la vida.

La naturaleza ha querido que las mujeres tuviesen una inteligencia incapaz de elevarse hasta la abstraccion, á fin de librarlas de las torturas de una calidad de proporciones inversas entre el amor y sus dolorosos trances; las ha dotado de un alma ardiente pero sencilla y credula, para que la idea de un Dios pueda trasmitirse de ellas al tierno infante que alimentan, como una iniciacion natural llena de fé y sin idea de exámen de ninguna especie.

En suma, para encontrarse en la realidad del ser, la verdadera mujer solo ha recibido por única fuerza virtual un solo y verdadero sentimiento, el del amor, pero el del amor puro, resignado, que se desborda llena de cariño y de sacrificios: el amor santo, religioso y materno, tal como se puede concebir en el seno de María, ó bien lllore sus debilidades, y aspire durante su agonía hacia el cielo, su verdadera patria.

El tipo mas interesante de la humanidad y que se considera como la base social de la civilizacion, es, sin duda ninguna, la buena mujer que vive por el amor que ella ha recibido en su oracion, y que divide entre Dios, su esposo y sus hijos: esta mujer, sin saberlo, funda la moralidad de una familia, asegura al Estado verdaderos ciudadanos, y prepara para la hora de la muerte, la mas edificativa leccion de filosofia cristiana.

El ser femenino de que tratamos, es el que menos exige la intervencion de la ciencia: la naturaleza le produce sin esfuerzos, el arte le corrompe, la sociedad le pervierte; pero deslumbra con el mas bello resplendor de su fuerza virtual, cuando crece y se desarrolla bajo el ojo vigilante de ese otro ser, que llama su madre,

y que le trasmite el decoro de virtud, que recibió antes de su fruto: por eso se puede encontrar el modelo en la brillantez del trono, en la mas modesta cabaña y en los pueblos que cuentan en mayor número estas buenas mujeres; allí es donde reina la paz, el soisego y la verdadera tranquilidad.

Se casa, jóven aun, con el hombre á quien el amor, fundado en un espíritu de asociacion franca y natural, le designa por esposo; Dios bendice su union; encuéntrase en el centro de una familia, y asi, ocupada entre los dolores del parto y las cargas domésticas, llega por una larga série de dias ya sombríos, ya serenos, al último término de su existencia.

He visto morir á mas de dos mil de estas santas mujeres, y confieso que en el mayor número de ellas, la agonía y la muerte se me han aparecido como revelaciones sublimes del amor materno y de la religion. Nada se encuentra en ellas de sombrío, sepulcral, ni dolorosamente hipócrita; no, no se representa entonces una comedia de actores interesados que circundan el lecho mortuorio, que inundan el aposento; todo lo contrario, siéntese un perfume realmente piadoso, que se exhala de todas las personas, del esposo que oprime la helada mano de su esposa, de los pobres hijos que sollozan porque su madre va á ir á esperarlos en el cielo.

Véase por lo tanto lo que puede la voluntad de una mujer sencilla, animada por el espíritu ardiente de la fé; se ha prevenido para este último viaje con mas prevision que un navegante en los polos: va á morir; su ángel bueno le ha revelado interiormente la hora de su fin, y dispone los preparativos de su partida con una calma estoica que hace la desesperacion y la crítica de un filósofo de la escuela moderna. Desea ver á su confesor antes que á su médico, cuya comision está concluida ya: obsérvese la frente serena y tranquila que presenta al director de su conciencia; ¡cómo parece que se comprenden estos dos íntimos seres del pensamiento celeste! no hay necesidad de alejarse de su lado, porque no hay que compulsar ningun exámen de

faltas; la madre de familia solo peca por demasiada abnegacion de sí misma, adherida en cuerpo y en alma á los cuidados domésticos, se reprende el olvidar á Dios pensando en sus hijos, y quizá sabe muy bien, que el que trabaja, reza: por fin, el sacerdote ha llenado el primer acto de su ministerio, nótese en su rostro la piadosa emoción de un juez satisfecho; habla á sus amigos que le rodean: ¡escuchad! sus palabras son sencillas como la inocencia, y conmueven, porque son verdaderas. Llama á la moribunda una santa, una predestinada, una hermana de los ángeles, un *alma cándida*: nadie lo ha dudado; pero cuando se oye decirlo á una boca que tiene el poder de redimir los pecados, es preciso creerlo como un oráculo, porque Dios nos lo dice.

La agonía de esta apreciable madre es un sucesos en su barrio: si habita en una de esas aldeas perdidas en un florido valle, toda la poblacion se dirige á la iglesia á implorar á la virgen y á los santos; cada uno se apresura á llevar al pobre marido el tributo del llanto, y á los hijos el de los consuelos: por lo que toca á la paciencia, sus ojos serenos, tranquilos y brillantes, anuncian una segunda vista, la del cielo: nadie sabe al inclinarse sobre su boca para oír las respuestas á sus deseos, si le va á confiar revelaciones que siente, porque créese fundadamente que las buenas almas son las que no reciben mal alguno con la muerte: dicen cosas tan místicas y tan verdaderas, que puesto que la Iglesia tambien lo enseña, es preciso creer que los pobres de espíritu son aquellos que la muerte hace sublimes.

El cuarto de la podre madre se engalana con adornos y flores, un blanquísimo tapete cubre la modesta consola sobre la que están colocados el santo Cristo, los ramilletes y las belas benditas: ¿se prepara por ventura una fiesta? sí, fiesta es para las gentes honradas; los regocijos cristianos son para ellas grandes y solemnes y no terribles como lo son para otras. ¿Escuchan la campana que tañe lentamente? ¿veis la comitiva de amigos que se halla en el pórtico de la iglesia? El santo Viático va á salir, y los verdaderos creyentes de nuestro culto van á acompañarle: no digais nunca que la



gran idea de Dios es incompatible con la ignorancia del pueblo; el pueblo cree, eso es bastante, y sus creencias son mas morales y lógicas que las vuestras, grandes del mundo; porque se fundan en la práctica del bien para merecer una recompensa á la que la hora de la muerte parece concederlas una prima adelantada.

Cosa admirable es ver al pueblo honrado, que es del que hablo, en una calle siguiendo á un sacerdote asistido del santo Viático: si camina, se detiene, descubre su cabeza, se reconcilia y cae de rodillas: entonces ningún agente de policía le impone las fórmulas de un respeto usado; lo que el pueblo hace por Dios, lo niega á los grandes de la tierra, porque el pueblo tiene solo una conciencia.

En una ciudad marítima del Sur de la Francia, cuando pasa el santo Viático, aun á una gran distancia, basta que la campana le anuncie á lo léjos, para que en este inmenso mercado el nombre de Dios cambie á la pescadera en una nueva mujer, en la mas humilde esclava de Jesucristo. ¡Oh sublime espectáculo! El corazón se conmueve, y los ojos se llenan de lágrimas, cuando se asiste al recogimiento sepulcral, y á las oraciones de esa ruidosa y animada clase, que poblaba los aires con su incesante rumor, y que una repentina emocion la recuerda las sencillas y puras fórmulas de su culto: ¿no parece, al ver la calma que sucede á la tempestad, que Dios ha extendido su mano para apaciguar por un momento las encrespadas olas?

Ahora tornemos al cuarto de la agonizante: todo ha cambiado de aspecto; diríase que es una de las naves de la edad primitiva del cristianismo: apenas se pone el pié en el primer escalon, cuando se apodera del ánimo la impresion solemne de aquel lugar; el tramo y las ennegrecidas paredes han desaparecido bajo las blancas colgaduras con que se les ha cubierto; las puertas del aposento se han agrandado; el mismo sitio donde, poco ha, se habia visto el ajuar del pobre matrimonio, se ha trocado por su desnudez en una austera basílica, un altar sencillo, y un lecho donde una hija del cielo espera las últimas palabras, y la bendicion de su padre: la religion

para los que creen en Dios, tiene tambien su poesia propia, cuya rima, mas sublime á la hora de la muerte, es la que, como David, canta la libertad del alma.

Va á cumplirse el gran misterio; un solo hombre con una hostia en la mano, domina con toda su estatura, á una multitud piadosa arrodillada desde el borde del lecho, hasta el último escalon de la casa: en medio de este recogimiento general, los cantos del salmo son repetidos en voz baja; y el que se acerque al lecho de los consuelos, se edificará al oír la voz de la moribunda, salmodiar los versículos con una rara presencia de espíritu, diríase que los habia aprendido, tiempo ha, como el canto del cisne, que no sale de su pecho con toda su armonía hasta la hora divinal de la muerte: desde el momento en que su Dios está con ella, la piadosa agonizante solo es en este mundo puro espíritu, que á través de su cubierta ya insensible, habla á todos los que amó en la tierra con el idioma del amor puro, y de la eterna verdad: medítense bien los consejos que da á sus hijos, recójanse sus menores palabras, que formulan los deberes que un hijo tiene que cumplir con su Dios, su padre y la sociedad, y dígasenos si esta sencilla mujer, súbitamente inspirada por el Espíritu-Santo, que nunca ha leído á Platon, ¿no sabe acerca de la inmutable sabiduría aun mas que el gran filósofo de Atenas?

Estas sublimes y asombrosas revelaciones del sentido comun á la hora de la agonía, solo pueden tener explicacion por el hecho metafísico del alma, casi independiente del cuerpo, que entonces ve ó juzga las cosas bajo un punto de vista superior al egoismo material del corazon humano: esto es lo que ha hecho decir desde la mas remota antigüedad, que las voluntades de los moribundos son sagradas, no por una vana complacencia, sino mas bien porque estan dictadas en una situacion moral y única, en donde el hombre, una sola vez en la vida, es realmente accesible á las intuiciones de la verdad pura.

La buena madre que muere, está tan bien inspirada con su familia, como un rey, digno de serlo, que descubre á su heredero, en el momento de entregarle la coro-

na, los secretos que conciernen al porvenir y á la gloria de su reino: de modo, que las últimas palabras de los grandes monarcas pasan siempre por proféticas.

He conocido á estas excelentes criaturas, que despues de haber gobernado por espacio de cuarenta años su casa, han dado todavía, á la hora de la muerte, pruebas de una inaudita prevision acerca del porvenir de todo lo que les habia interesado: una confia sus proyectos acerca de la vocacion de sus tiernos hijos, á su pobre marido, y las apoya en señales psicológicas que harian honor á un sabio; la otra solicita que la mano de su hija sea prometida á cierta persona mejor que á otra, porque una voz del cielo la asegura, á este precio, la paz y la felicidad. ¿Y no es nada el cuidado que tiene la enferma de los pequeños ahorros que á duras penas ha podido conservar en medio de tantas necesidades? Nada se debe temer entonces de los escribanos, porque ella ha sabido con tiempo, que el no dirigirse y ponerse en manos de ellos, era conservar su hacienda: si ha tenido que dividir el patrimonio, téngase seguridad que el escribano ha hecho legalizar el derecho imprescriptible del deber y de la justicia; el marido tendrá el usufructo, y despues de su muerte, los hijos entrarán en posesion por partes iguales: el mismo pensamiento de orden y de justicia preside á todos los actos de la que se le puede dar el justo título de excelente madre, porque á esta la hemos visto siempre en los últimos momentos de su ser, crecer indefinidamente bajo el aspecto intelectual y moral.

Las mas extraordinarias de entre ellas pertenecen á esa clase de mujeres fuertes que se han impuesto hace largo tiempo, el deber de no olvidar nada para la hora de la muerte, de tal modo que con una mirada, una señal pueden dar todavía á su desconsolada familia una útil leccion de orden y de economía: para esto es preciso que mueran sin sufrir ese sueño profundo de la muerte llamado estupor; espérese siempre una prueba manifiesta de lo que no ha dejado de ser un gran carácter: anunciar la hora de su muerte, señalar el lugar donde la persona que ella designa encontrará su

sudario nuevo cortado y cosido por ella, ver por sus ojos la marca, ordenar sus funerales, manifestar el deseo de que la sepulten en un lugar marcado del cementerio, mandar decir misas por la tranquilidad de su alma; en fin, quejarse de la turbacion de sus ideas y murmurar la palabra *extrema-uncion* en el instante supremo; estos diferentes actos de una agonizante nos han asombrado siempre; porque en efecto, cuando se considera á la muerte en las diversas clases de la sociedad, y en medio de las innumerables causas que la producen, siempre se encuentran causas nuevas.

Hemos dicho en otro sitio que la muerte es un inexorable retratista; pero es preciso añadir que á un rostro, le hace ya feo, ya misterioso y sublime: obsérvese el apagado semblante de la santa madre de familia cuando ataviada con su traje funeral, y teniendo en sus blancas manos un crucifijo, descansa por la última vez en su lecho de esposa y de madre: ¿no se ven sus facciones aun conmovidas con la pureza de su última esperanza? ¿no se vé vagar por sus labios una cosa triste, suave y que conmueve? Sí: en este rostro hay una expresion simbólica, un secreto humano, una fugitiva vision de la eternidad?

Por fin va á concluir la última escena del drama: la buena madre de familia es conducida al cementerio rodeada de lágrimas, de oraciones y de tristeza: su comitiva se compone de aquellos para los que nada se ha olvidado, excepto la esquila de convite formulada en la conveniencia y el respeto humano; y sin embargo, todos los que han conocido á la difunta, llegan por todas partes, y con el traje en que la hora de los funerales les ha sorprendido: los amigos de la deshecha pareja caminan con la cabeza baja y silenciosos, en medio de una hilera que se forma y se descompone sucesivamente: escúchense tambien las palabras que se pronuncian en voz baja; oh! en los acompañamientos funerales se recogen grandes verdades, porque aquí, mas que nunca, la voz del pueblo es voz de Dios: el elogio de la difunta está en todas las bocas, que se abren para bendecirla; nadie la acusará de adulterio, ni de

infanticidio : la mentira puede sollozar en los bordes de la tumba; pero no aceptarse por verdaderas todas las alabanzas que se oigan en las calles y las plazas públicas, dichas por una persona que al saber el nombre de la difunta, exclama naturalmente : ¡ *Pobre muger!* ¡ *buena madre!* ¡ *digna esposa!* ¡ *amiga de los pobres!* Estas sencillas y piadosas palabras valen mas que el silencio, el desden y las acusaciones póstumas lanzadas sobre los restos de un personaje rico y malo, que una comun oracion fúnebre arreglada como un *Requiem* de encargo ya á honrar su sepulcro de mármol, hecho con el oro de la viuda y las lágrimas de mil desgraciados.

Despues de la buena madre, la que toda su vida estuvo dedicada á su casa y á sus hijos, nos hallamos perplejos en elegir, porque no encontramos otro tipo de mujer digno de ser comparado al que acabamos de describir; porque efectivamente está fuera de la clase, sin exceptuar las hermanas hospitalarias y las vírgenes que consumen su vida en medio de la austeridad y las oraciones del claústro : ya hemos hablado de estas últimas en un capítulo de esta obra.

Hay en la sociedad un género de mujeres, cuya educacion, casi viril, forma un ser mixto que participa de su sexo y del del hombre : estas mujeres tienen un cerebro de feliz organizacion, y quizá fuerza y valor : la influencia que pueden ejercer en las costumbres y las ideas seria mas provechosa á la humanidad, si se limitase á las sencillas lecciones de familia y á las virtudes de la maternidad. Estas mujeres han aspirado á una clase entre los hombres y la han conquistado con ayuda de los encantos de su palabra, de la sutileza de su talento, y algunas veces con el bien maduro frnto de estudios formales. Sin embargo, no se las llama *leonas* (1): estas pueden ser la copia incorrecta de un buen modelo; pero por mas que hagan, el abismo que separa lo ridículo de lo serio es insuperable.

(1) En Paris el nombre *lion* ha sustituido al de *petimetre* ó *dandy*, y en este sentido une aqui el autor esa palabra aludiendo sin duda á la célebre escritora Mmc. Dudevant. (Jorge Sand.)

(Nota de los traductores.)

Estas mujeres son accesibles á todas las ambiciones literarias y políticas; tienen su opinión, su filosofía y por consecuencia principios religiosos que dimanán de un modo suyo propio de concebir y de explicar la naturaleza de Dios: la fé sencilla en las máximas de la Iglesia no bastaría á esas almas ávidas de positivismo y de convicción y mirarían como seres de una naturaleza inferior á la suya; esa multitud de su especie que tiembla de una estola y que por miedo del infierno ó para merecer la recompensa de una santa vida cumple las piadosas obligaciones que impone la Iglesia: se complacen con la sociedad de los hombres y en particular con la de los que las honran y cuya opinión funda la supremacía que anhelan publicar en todas partes; de modo que los historiadores, los poetas, y en general los artistas, son bien recibidos en los salones de esas monadas viriles que se han apartado de su destino al caer en nuestro planeta.

Estas mujeres fuertes no sienten el amor como las demás: disponen y tratan de su corazón como de una alianza amistosa concluida con una persona en quien se ha reconocido todo lo que cimienta la unión y la recíproca estimación, el matrimonio propiamente llamado, es para ellas únicamente una fórmula legal de asociación, que solo se da una vez á aquel cuya clase ó posición predispone á tomar su nombre para llevarle en el mundo como un título indispensable á toda mujer que conoce su valor: ya casada, si estuviera en sus medios de seducción el obtener títulos ó condecoraciones para adornar el nombre de su marido, ¿qué sacrificios no haría ya con su talento, ya con sus atractivos esta mujer que ambiciona un pedestal para colocarse sobre la muchedumbre asombrada? Prosiguiendo su carrera no busca con ayuda de los recursos de su inteligencia y de su corazón la tranquilidad doméstica, ni la felicidad de un esposo á quien protege, ni el cuidado de sus hijos; no, estas virtudes de una mujer común, no son las de una inteligencia que juzga las faltas de los reyes ó los sofismas de la historia.

La vanidad, el poder, el incienso de la moda, amigos poderosos de un corazón *varonil* que honra con un culto particular un círculo íntimo, donde revolotean en re-

dedor de las antorchas las brillantes mariposas de una gloria efímera, esta es la existencia de esta mujer á quien se llama, dulce, amante y cariñosa; porque en efecto, todas las riquezas de su alma, se desbordan algunas horas del día para parecerlo á los ojos de sus admiradores: este género de mujeres es generalmente bien recibido en la vida, sus órganos son sanos; las causas de las enfermedades apenas las marchitan, tienen una salud que lucha contra todas las molestas impresiones físicas, y una inteligente voluntad que sabe reducir una emoción, por viva que sea, á ese grado de indolencia que en nada turba las funciones del cuerpo y la paz del alma: no por eso se crea que en su carrera, en apariencia tan alabada y tan envidiada, no hayan encontrado inevitables decepciones; pero han sufrido un instante, y despues la filosofía las ha consolado; por ejemplo, la inconstancia de un amante ha arrancado algunas veces de sus ojos abundantes lágrimas; la dureza de un acreedor tambien las ha hecho descender al nivel del vulgo de las demas mujeres; pero todo esto se ha deslizado sobre su amor propio sin herirles, y han encontrado alivio, ya en otro imprudente que ha tomado á su cargo la felicidad de la pobre abandonada, ya en otro usurero que las ha fiado, y ya tienen renovada por algunos meses una existencia de gran señora.

Su agonía, ó mas bien los últimos días de su existencia es un resumen pintoresco de su larga y poética carrera: las mismas escenas y los mismos cuadros se reproducen en su salon con los hombres que iban á embellecerle y á disputar acerca de los asuntos del día; la única diferencia es que entonces existe una muger que padece y cuya alma, defendida por el estorcismo, contra los males inevitables de la vida: sabe todavía intrigar los gritos del dolor, y hacerlos interesantes á los que vienen á compadecerla y á consolarla. Siempre tienen sus respuestas cierta cosa que atrae y despierta la simpatía: si tiende su helada mano dirá al que la tome. «¿No es verdad que es prosáica?» Si demuestra alguna impaciencia por sus dolores, y si ha olvidado por un momento su papel de muger amable, de talento, y de una cor-

tesanía proverbial, se disculpará con la persona que ha sido testigo de su inquietud. «Perdonadme, dirá sonriéndose, á penas tengo tiempo de ser cortés, mi alma dolorida solo sabe gemir.»

Entre los amigos íntimos de esta señora, hay siempre un médico de fama local; ella le encuentra en esta clase, bastante rara por cierto, en donde el talento se une á la grandeza de carácter, y sobre todo, á este espíritu consolador que parece ejercer sobre el mal una especie de magnetismo: un médico de estas circunstancias parece tomar por cuenta suya la mitad de los dolores de su cliente: en estos momentos se sustituye á este médico en el Dios de la casa; á él es á quien se invoca en todas las preocupaciones de la hora presente; su ausencia languidece el retorno de la salud, y la hora que promete su visita, hace palpar el corazón de esperanza y de amor; en fin, la enferma ha oído á gran distancia sus pasos; todo está preparado para recibirle; encontrará á la paciente en *toilette de rigor*, y adaptada á la circunstancia; su blanca mano estará perfumada; el lecho estará adornado, nada demostrará negligencia ni descuido; todo, hasta el sillón doctoral habrá tomado una forma precisa y tristemente festiva. El médico es de los que saben de memoria el arte de cerrar dulcemente los ojos de una enferma, sin que esta nunca haya tenido la menor duda acerca de las maravillas del arte; da seguridad el escuchar, como hombre inspirado, la narracion tan bien hecha de los sucesos de la noche, del efecto de una pocion, de los mil y un síntomas que percibe una inteligencia absorta en la contemplacion de su enfermedad. ¡Cuán rápida ha pasado la media hora de plática con su querido doctor! Pero en fin, el médico tiene otros enfermos á quien es preciso asistir; y son tanto mas exigentes, cuanto el del momento va siendo de fatal é irremediable éxito: hácia el fin de la vida de nuestra enferma, siempre hay un motivo imperioso para abreviar la conversacion, en otro tiempo tan dulce, y que nunca se concluía sin dejar hasta el dia siguiente un bálsamo de esperanza, y un eco de sus dulces palabras



En fin, la duracion de la enfermedad, algunas veces marcada con un dia de reposo, inspira á la enferma sèrias reflexiones; desespera del arte; una voz interior que no engaña nunca al espíritu que sufre un largo mal, la dice lo que en vano quisiera ocultarse á sí misma, la dice que es preciso morir: esta idea de destruccion la anonada, y ya sus palabras toman un colorido de tristeza; pronto va á no saber disimular su pensamiento: la mujer en otro tiempo tan fuerte, demostraba un rostro jovial, aun bajo la mordedura de un remordimiento, parece haber olvidado este arte sublime de saber componer el rostro: ya no habla de tocador, su fiel espejo la aterra y sus dedos de esqueleto estan irrevocablemente prisioneros en sus guantes: este es el momento en que tornará á los recuerdos piadosos de la infancia, pero en vano busca la ardiente fé que ha perdido en las felices realidades de la vida: durante su largo reinado, no ha meditado formalmente acerca de la inestabilidad de las cosas, su filosofía enseñaba la felicidad y nada verdaderamente moral ha aprendido acerca de la muerte, de ese capítulo olvidado por las mujeres filósofas, y por las coquetas vaporosas. ¿Qué partido tomará? Las que han conservado algun átomo de religion, abrazan la idea del arrepentimiento que se ofrece á su espíritu como una resolucion desesperada en el momento del naufragio: ¿pero cómo definir esta conversion? ¿Merece acaso este nombre, esa apresurada acogida que una mujer sabia hacer á un buen sacerdote, familiar de su casa á quien un dia confia á título de examen de conciencia, lo que él sabia tan bien como ella acerca de sus principios de moral y de religion? Estas visitas misteriosas en donde la moribunda presa del punzador remordimiento de haber olvidado á su Dios por las locas dulzuras del mundo manifiesta á un sacerdote sus dudas acerca de Jesu-Cristo, y su indiferencia en religion para aprovecharse de una ganga que se le presenta; ¿no se parecen á la entrevista de un comerciante en quiebra con un compañero para arreglar el balance segun las susceptibilidades mas ó menos conciliadoras de los acreedores?

Por mucho que nos hablen de los prodigios que ha

:

obrado la gracia, aunque veamos el fenómeno constante de las revelaciones de la agonía, nada nos hace admitir una vuelta simple, franca y sencilla á las creencias de la religion que se profesa, cuando se ha pasado la vida en medio de las controversias filosóficas, donde se da por conclusion en medio de un festin, ó de los deleites de la noche, que Dios es bueno y no condenará á nadie.

Cuando se presencian estas agonías de carácter, se está acorde en el punto capital de que ninguna de ellas se parece al edificativo fin de la sencilla madre de familia, que sus últimas miradas aun llenas de vida se tornan al cielo, ó á su esposo y á sus hijos: bien se puede decir de ella; «Su fin se parece al de un magnífico sol poniente.»

Las mujeres que carecen de la fé sencilla, sienten un horror inexplicable á la muerte: la dama filósofa, primeramente virtuosa, se reconviene amargamente por sus lecturas y las conversaciones que han falsificado sus principios religiosos: siente con demasiada exaltacion, quizá que el remordimiento de haber sido impía, no ceda su lugar al sencillo y verdadero arrepentimiento: muere con las fórmulas de contricion en los lábios, aunque el ácibar de la duda ha quedado en el fondo del corazon: su rostro difunto, revela frecuentemente sus interiores luchas y las desconsoladoras visiones de la hora suprema.

Si la mujer filósofa ha sido del número de las que han desgastado su vida en los deleites corrosivos del amor, de la vanidad, y de las intrigas de una inmoral ambicion, se debe esperar un terrible rompimiento con el mundo frívolo que acaba de cerrarse para ella; se debe esperar tambien la comun conversion de un corazon que quiere engañar á Dios como engañaba á la sociedad, que la sacrificaba con sus sarcasmos, cuando despues de una falta que la mancillaba en la opinion pública, se arrodillaba penitentemente en las naves de la Iglesia mas frecuentada, como para mendigar el perdon.

El arrepentimiento á la hora crítica, da idea de un carácter débil, y de un alma elástica y falsa que se do-

blega á las crueles angustias del momento, porque esta mujer teme la muerte, el infierno, y el nombre de hereje y de condenada: esto es tan cierto, que no nos atreveríamos á decirlo, si tantos hechos no viniesen á confirmarlo; hemos visto la mas ejemplar contricion, irse disminuyendo poco á poco cada dia, desde el de la agonia inminente, hasta el del recibo de la salud. Colocada entre un amante y un confesor, la muger impía, y sin conviccion religiosa, representa el drama de la muerte, como si fuera una sublime actriz; ¿y quién sabe? Quizá cree engañar á Dios, ó interesarle en su conversion, mostrándose escandalosa hasta en la ostentacion de su arrepentimiento: lo que ella quiere hoy es la absolucion del sacerdote, es el lenguaje de Cristo á la Samaritana, un paralelo con la gran pecadora que lloró por espacio de treinta años su mundana vida; en una palabra, la promesa de tener un sitio en el cielo: es la misma mujer que solloza á los pies de un marido ó de un amante engañado, que llora hoy en su desolado lecho, que besa la mano del sacerdote, que parece que está convertida, y cuya boca proferirá quizá los mismos juramentos dentro de tres meses, si recobra la salud, á algun necio enamorado de sus decrépitos atractivos.

La mujer enajenada á las virtudes modestas de la familias, y á las creencias puras de la fé, es un ser aparte y sin punto de contacto moral con la que solo ama á su marido y sus deberes domésticos: la de que hablamos, se ha trasformado en una falsa naturaleza, que camina por el mundo, segun el viento de la pasion que la agita, y que raciocina en medio de la ilusion del acto que la satisface con una buena fé, de la que ella misma es la primera á dudar.

La mujer que realmente ha nacido para el amor, cree aun á su pesar en la infinita duracion de sus encantos, y sobre todo, en su inagotable deleite: acometida por un mal grave en la flor de la edad, cree tambien que una sencilla confesion, la conquista el cielo, y se abandona á un buen sacerdote, que con dificultad se engaña acerca de la sinceridad de un penitente; sin embargo, ella llora su destino y su tierno amigo, el que la ha con-

denado la última vez, vuelve á borrar las sombras im-  
presiones que el juez de las conciencias ha dejado en  
aquella alma sin fondo: ¿ creéis que resiste á las tiernas  
caricias, á las promesas para el porvenir, á los jura-  
mentos inmortales? De ningún modo: está agonizante,  
y es aun la mujer volátil como el éter; repite al últi-  
mo, que suspirando se inclina en su lecho, y la reani-  
ma con un beso de fuego, lo que dijo sollozando al ter-  
rible sacerdote, que á ese precio solo, la absolvía de sus  
numerosos pecados.

Hemos visto á mujeres que han dividido la larga ago-  
nía de un mal crónico entre la vuelta á Dios y al aman-  
te, hasta que el estertor ó el sueño de la muerte, llegó  
á sorprenderla en esta alternativa de esperanza y de  
abandono: la tísís pulmonal y la usura rápida de la vida  
por el abuso que se hace de ella, son frecuentemente las  
causas de estas lentas agonías, donde la mujer y la pe-  
nitente se muestran cambiando de papel, segun la esce-  
na improvisada por el sitio y la casualidad.

Entre las mujeres del mismo temple, que mueren jó-  
venes, las hay que llevan en su alma un horror tal á  
la muerte que si en su fin no es edificativo, no obstante,  
es digno de compasion: con alguna menos razon que  
otras; no por eso han faltado menos bien, sea por es-  
ceso de temperamento para ello, bien por imitacion de  
una falta que compensa frecuentemente el remordimien-  
to, por las ventajas de que se lisongan tantas mujeres  
coquetas y vanidosas: el dia en que resuena en su oído  
por primera vez la terrible sentencia del arte, es para  
ellas un dia infernal; su figura convulsiva, sus ojos  
inundados en lágrimas, las inquietudes que agitan su  
cuerpo y le estremecen en el lecho, forman una agonía  
lastimosa: el artista que quiera pintar la fisonomía de  
una suplicante, ¿dónde hallará mejor modelo que en la  
mujer jóven, hermosa y moribunda que lucha en su des-  
ordenado lecho con todos los terrores del infierno, que  
oprime y baña con sus lágrimas la mano del doctor del  
que emanan fingidas promesas? Cuando no se ha oído al  
*¿pero no me moriré?* de la enfermedad, es imposible po-  
derlo concebir.

Quando al abrigo de sus buenos padres estas mujeres recibieron sábios principios de moral y de religion, es muy comun que lo que aprendieron acerca de Dios y de la contriccion del alma vuelva á su pensamiento como un tierno y antiguo amigo con el que siempre se puede contar: entonces, despues de haber gemido, llorado y sollozado, una fuerte resolucion de morir libre de las mancillas del cuerpo, se apodera de su corazon como si fuera una noble pasion: estas mujeres, fuerza es decirlo, se han desembarado en algunos dias de su ajado traje, y se han revestido con una nueva túnica de inocencia. Si aun deshonorada en el mundo por sus prostituciones, una mujer estuviese dotada de un alma fuerte, puede dejar con su muerte el ejemplo de un arrepentimiento fiel y heróico, y aun me atrevería á decir, de una piadosa muerte: y no se crea que es debilidad la conversion de esta mujer, porque en ella existía un alma y una fé: hemos asistido á muchas de este género; una entre otras, mujer de talento y de una sensibilidad valetudinaria: la que valió aun mas que su gran resolucion del bien morir, fué el discurso que pronunció á una jóven esposa, parienta suya, acerca de las crueles visiones de la eternidad que aguardan á la mala mujer. En conclusion, la confesion concienzuda el ardiente arepentimiento, la comunión sincera y la idea fija de una muerte resignada, terminaron su existencia con admirable solemnidad.

Entre los diferentes fines de mujeres á la moda, las hay que nunca tuvieron alma ni corazon, cuyas abrazadoras orgías se tornaron en necesarias y abrazaron el círculo de todas sus emociones: sin fé, sin moralidad, guiadas por las malas novelas y una filosofía única, la muerte puede detener su carrera, pero no sorprenderlas en medio de un imposible arrepentimiento é inbuir las un pensamiento religioso: en vano una boca amiga las hace oír palabras de conciliacion y de amor; apartan la vista, pronuncian con desprecio el nombre de sacerdote, y piden por compasion que se las deje morir tranquilas y sin pesares: si la persona que las dice que tienen que dar cuenta á Dios tiene algun derecho á su esti-

macion, la cierran la boca diciéndola: « Todavía no, ya os avisaré cuando sea tiempo. » si un antiguo amante se atreve á implorarlas acerca de la salvacion de su alma, se burlan de esta última prueba de su ternura cristiana.

Esta indiferencia hácia la forma, dimana de un pensamiento bestial, de un egoismo sensual, de una moral fácil que profesan los cerebros humanos, marcados por la estrechez orgánica del instinto bruto, sin otra estension que la de la satisfaccion de las necesidades naturales. Estos viragos mueren friamente en medio de toda la desnudez de la impenitencia final: las hay, que el último suspiro ha sido una abominable exclamacion contra el sacerdote y la Iglesia.

Hemos observado en las agonías del sexo de que tratamos, que la mayor parte de los caprichos, de humor, de carácter, y de opinion religiosa, que manifiestan *in extremis*; se han notado en las mujeres volubles, delgadas y atacadas de diversas manías, que podríamos llamar y clasificar por el nombre de variedades histéricas.

Y en efecto, ¿por qué las muertes comunes que son las mas apetezibles y que hemos descrito al principio de este capítulo, estan exentas de terrores, de sombrías visiones, de maldiciones impías? ¿Y todo el honor de esto, no se debe atribuir al simple buen sentido, al sentido comun en moral y en religion? Cámbiese al instante á la buena madre de familia, en una coqueta armada, ociosa y vaporosa, imbúyansela las lecciones materialistas de la nueva escuela y véasela en el lecho de muerte: me atrevo á asegurar que hubiera sido grande, de otro modo, si se presenciara su agonía en medio de la sencillez campesina, como esposa tierna y como madre cariñosa.

Recordamos la mujer de un comerciante, que despues de un parto trabajoso, fué á llamar á las puertas de la muerte: al fin curó: su agonía fué la de un alma heroica; una santa no hubiera preparado mejor su muerte: ocho años despues la volví á ver en París, moribunda de languidez, y me atrevo á decirlo, llena de orgullo,

de ambicion y de ideas falsas en política y en religion: el histerismo habia echado raíces en la cabeza de esta señora, el dia en que su marido se encontró repentinamente rico á consecuencia de una expedicion marítima que pudo haberse arruinado, y se fué á vivir á la capital: separada de sus hijos, encerrada en un palacio, sufriendo el yugo de la moda, legitimista é inflamada con las novelas en donde la mujer usurpa la potestad del hombre, y ademas recibiendo por imitacion los obsequios de un jóven artista, codiciosa de adornos, bailes y todo lo que aplanan un alma femenina; esta dama llevó por espacio de un año todavía su ruin cubierta forrada con terciopelo y seda: recorrió todas las variedades del histerismo, es decir, que segun las impresiones que recibia, bien sea de las personas que viese, bien de las lecturas ó sucesos del dia, manifestaba los síntomas propios de las caprichosas afecciones de este inconstante mal á quien un médico dió el nombre de vapores.

Nunca hubo mujer que supiera morir peor: adquirió el convencimiento de su destino de boca de un sacerdote que la enviaron con pretesto de interesarla en una obra de caridad; apenas fué pronunciado el nombre de *eterna salvacion*, se apoderaron de esta mujer, en otro tiempo tan edificante, espantosas convulsiones mortales. En semejante situacion se acordó suministrarla la extrema-unción: repentinamente volvió en sí, y cuando vió los preparativos de la ceremonia y la dieron á besar el crucifijo, lo hizo con trabajo, pero su terror fué tal, que se apoderó de ella un hipo entrecortado á sollozos, y murió con los ojos fuera de sus órbitas, las manos crispadas y el cuerpo encorvado como un arco.

Cuando la agonía considerada bajo el aspecto moral, se aleja tanto del órden natural que se reduce á contemplar nuestro fin como el cumplimiento necesario de una mision de fé y de hermandad, es preciso acusar al pensamiento de aberracion, de una especie de enajenacion física y moral, cuya idea general se encierra en la palabra *histerismo*. Las enseñanzas materialistas consagradas por las doctrinas de la civilizacion moderna, los que fomentan la insaciabilidad de las necesidades, los

que proclaman la soberanía del oro, del poder y del lujo, son la sola y única causa.

— ¿Por qué en una aldea aislada las muertes hermosas y estóicas, me atrevo á decirlo, son generales? ¿No se debe atribuir esto al nunca interrumpido culto de las costumbres sencillas y tradicionales? Jamás hemos conversado con un sacerdote protestante de las poblaciones distantes de las grandes capitales, sin informarnos de la comun costumbre de morir de sus habitantes, y casi nunca nos hemos engañado.

— En efecto, fuerza es tener un alma verdaderamente grande, para no sufrir el contagio de lo que une al contacto de los deleites materiales. ¿Cómo ha de componer una jóven la poesía religiosa de su muerte, cuando no oye hablar sino de ideas falsas y prodigiosas, acerca de una felicidad artificial que consume su alma en su imaginaria paz, cuando llega tarde ó temprano á la conclusion del todo, y se apercibe que únicamente ha alcanzado una sombra, y esta sombra es precisamente el verdugo de su última hora. ¿Y es creible que al morir es fácil merecer la recompensa del justo en la presencia de Dios, si nada se ha hecho para obtenerla? Renunciar de corazon y con el alma al que se creia duradero por largo tiempo; volver á agenciarse una moral y una fé en algunas horas, dudar de esta obra, y pasar por todas las peripecias de una imaginacion desengañada, tales como la confesion y los remordimientos, desesperacion y arrepentimiento, comunion y recuerdos del pasado, ¿qué es esto sino el último acceso de histerismo moral?

Créase que la hora en que la nada de la vida se nos aparece en su desoladora desnudez, es la hora de un siglo, en que nuestra alma recorre rápida como el relámpago, los tiempos pasados, y como un juez imparcial é inexorable, se sorprende á sí misma contando los delitos y las faltas que reprueban á la vez, naturaleza y religion: una gran señora, tal como la concibe el buen tono, está en el mundo tantas veces espuesta al naufragio de la fé sencilla, de sus principios de moral y de virtud, que si algun dia se retira no vencida,



sin duda ninguna alcanzará el cielo; la hipótesis contraria se encuentra tantas veces que no dudamos en publicar su influencia, acerca de una deplorable agonía y una mala muerte.

Si una mujer postrada en un fastoso lecho, es una de aquellas á quien el cálculo de una desenfadada ambición ha impelido á una accion homicida, de todos ignorada, menos de Dios y de sí misma; ¿llegará al oido del sacerdote la voz del remordimiento y de la conciencia para obtener el perdon? no: esas mujeres de espíritu sin corazon y de resolucion sin escrúpulos no se humillan delante de un sacerdote; le engañarán, sí, harán que las compadezcan, y se servirán de él como panegiristas de su desconocida sabiduría; pero nunca en la ra suprema se llenará su alma de una verdadera contricion: la mas imperturbable desvergüenza camina al lado de una imaginacion romántica, de una mística de sensibilidad y de un perfecto aplomo y una firme seguridad: mientras respiran en este mundo semejantes mujeres, solo tratan de engañar y en el momento de la agonía, un engaño es su última palabra: hemos conocido algunas que, á pesar de ser culpables de adulterios y de infanticidios, y aun acusadas de haber procurado la muerte de su esposo, nada han dicho al confesor que las ha absuelto de leves faltas que han confesado, y han recibido la comunión, dando asi un elocuente mentís á la sociedad que las había calumniado.

Semejantes mujeres, nacidas con un insaciable orgullo, son capaces de cualquier atrevida resolucion para conseguir sus fines, y la melosa mentira habla en su boca con una sonrisa angelical: por lo regular no son históricas; la afeccion de que hemos hablado, ataca á seres delicados; y estas nada sienten, y no tienen ni corazon ni conciencia: muchas veces al leer los varios capítulos de su vida, nos hemos preguntado cómo han podido soportar sin morir ya los terribles asaltos de un dolor físico, cómo un parto á escondidas, ya los sangrientos ataques de la opinion pública y los no menos crueles de los que han engañado.

Estas criaturas de bronce, son del pequeño número que no admitiendo nada sagrado, nada consolador ni moral, nada han comprendido tampoco en el misterio de la muerte: cuando nada social les interesa para mentir el nombre que dejan en la tierra, se apagan, mueren, nada mas.

La inmoralidad y el descaro de las clases elevadas, es un mal ejemplo y una contagiosa lección para las clases ínfimas de la sociedad: la necesidad de librarse de la miseria y de salir de una existencia humilde y perdida en el olvido del pueblo, agita sin cesar á una multitud de personas del bello sexo que creen encontrar la felicidad de este mundo lanzándose tras las inspiraciones de la coquetería y del orgullo. El olvido ó la negacion de los principios de moral y de religion engendra las mismas diferencias en la agonía y la muerte del pueblo que aquellas cuyo horrible cuadro acabamos de trazar en las clases elevadas.

El pueblo tiene tambien sus buenas madres, sus virtuosas hijas, que encuentran en el trabajo y en la práctica de la virtud, los consuelos de una muerte apacible. estas son infinitamente mas numerosas en esta parte de la poblacion laboriosa, supersticiosa y pobre, que encuentra en el conocimiento de su flaqueza intelectual la necesidad de creer que la vida comienza para ella feliz é infinita despues de la tumba. Si fuera permitido desear una agonía, desearíamos á nuestros amigos la del sencillo artesano, del buen campesino, y sobre todo, la de su mujer ó su hija: creemos que son las obras mas puras de la creacion, y mas felices que aquel, cuyo insaciable pensamiento ha absorto en sí los seis dias de la formacion del mundo: se quedan dormidos llenos de fé en las promesas que les han hecho, y nunca la sombra de una duda ha empañado en todo el curso de su vida el claro espejo de sus esperanzas.

Durante la infancia de las naciones, bajo el allagüeño y sublime reinado de las preocupaciones religiosas, las agonías de este orden primitivo, se encontraban en mayor número: ¿será verdad que la fé en los milagros y en los dogmas de la revelacion, quel as piasos supers-

ticiones nos preparan el camino de una muerte fácil y bienaventurada? Entonces ¿por qué todos los celebros no están organizados por una intencion igual? ¿por qué no son todos supersticiosos y creyentes? El exceso de civilizacion que es tambien la expresion de todos los vicios, habla á los humildes del mismo modo que á los poderosos de la tierra: nada fascina un cerebro de mujer ó de hija, de una condicion modesta, como la imitacion de lo que formula para ella los atributos de la verdadera belleza y del poder: la ambicion de brillar en la esfera comun, es un aguijon tan fuerte para la pobre mujer, como para la gran señora que anda en busca de admiradores.

La hija del artesano, deslumbrada por el prestigio de ser hermosa y adorada, ha comprendido al instante en presencia de su modelo, lo que puede hacer como mujer y á qué precio obtendrá los preciosos adornos que la vuelven el juicio, que exaltan sus sentidos, y que para toda su vida la enferman y excitan el cerebro. Una vez mordida por el demonio de la lujuria, á Dios lecciones de sabiduría y de templanza que recibió en las escuelas ó en los sermones de la parroquia; al contrario, la semiinstruccion de que fué dotada gratuitamente, acelerará su pérdida total, su ruina precoz y su ignominioso fin. Sabe leer y sabe ya lo bastante para devorar las novelas que hablan del amor, como lo hacen los asesinos de la moral pública: de modo que la vanidad y el deseo de agradar fecundan y multiplican esa generacion de hombres no comprendidos, inútiles y apropósito para las empresas liberticidas y el suicidio; y en cuanto á mujeres, esos mismos motivos separan de la buena multitud del pueblo á una infinidad de seres débiles que el orgullo ha enajenado de las virtudes sólidas, que se prostituyen bajo la apariencia del amor para brillar algunos años con un falso esplendor y morir despues abandonadas de Dios y de los hombres.

En la delirante ilusion de su cerebro enfermo, imaginan estas desgraciadas criaturas llegar mediante el amor que inspiran, á la fortuna y á los honores: estas constituyen *la alta clase* de ese pequeño mundo de cor-

rupcion y de miseria que estudiamos: el número de las jóvenes que toman este partido, es tanto mayor en una ciudad populosa, cuanto es mas fácil la educación liberal, cuanto los hombres son mas ricos, y en fin, cuantas mas prostitutas enriquecidas por el amor se encuentren.

Los elementos de la educaciou, como la lectura, la escritura y el cálculo, han sido los auxiliares de una falsa direccion en esta clase, que cree elevarse por la mal juzgada imitacion de las clases superiores; y los padres que hubieran tenido una buena hija si la hubieran querido como ellos, deploran tarde ó temprano una desgracia, cuyos culpables y engañados agentes han sido ellos mismos.

Las afecciones histéricas son muy comunes en las jóvenes de esta categoría, y su sensacion tiene lugar sobre todo, en los órganos del pecho, donde se arraigan la tisis y las lesiones orgánicas del corazon. De cien mujeres jóvenes, viciosamente colocadas en el mundo, hemos reconocido que, en el espacio de una mala vida, treinta y siete fueron atacadas de una prolongada enfermedad que aniquila (1): esta proporcion no sorprenderá á los que conocen el tardío desarrollo del pecho en las mujeres acometidas en temprana edad por las angustias ó los placeres del deleite, de una escitacion nerviosa, y que se entregan con furor al baile, á las orgías nocturnas, en fin, es todo lo que abrasa la vida y corrompe la sangre. La mayor parte de ellas habian tenido madres débiles y envanecidas con la beldad de sus hijas; se privaban de las primeras necesidades de la vida para adornarlas, darlas maestros y lanzarlas en un almacén de moda ó en otra condicion superior á su

(1) Consúltese: *De l'influence des professions sur le développement de la phthisie pulmonaire* por los señores Benoiton de Chateau-Neufe, y H-C Lombard (Anales de higiene pública y de medicina legal, tomo 6.º y 11.º) *Influence des professions sur la durée de la vie* por H-C Lombard (la misma coleccion, tomo 11 página 88) Parent-Duchatelet-*De la Prostitution dans la ville de Paris*. Paris 1837-tomo 2.º, página 564.

humilde estado. Las hemos conocido que habian aprendido el canto, que tocaban la guitarra y otras que pintaban de un modo primoroso. En fin, la imitacion de las formas puede avanzar tanto en una cabeza infatuada con gracias y coqueterías, que las mas distinguidas pudieran rivalizar en este género con las señoras de gran mundo mas duchas en el arte de engañar y seducir.

Verdad es que el espíritu de imitacion, esta facultad innata que pervierten los malos modelos con falsedades y sensualidades, consigue mucho mejor reproducir las costumbres de las malas mujeres de alto rango, que las de aquellas cuya apasible vida se desliza bajo el techo doméstico, apartada de las emociones de la coquetería y del amor.

Nuestras jóvenes, faltas de sentido comun, racionan acerca de la moda y los asuntos del corazon como las heroínas de novela, y hablan del matrimonio, á modo de los partidarios de San Simon. Se aborrecen por dos motivos, asaz plausibles: el marido que apetecen, solo codicia sus efímeros encantos, y el que pueden pretender por encontrarse al nivel de su posicion social, huele á pez ó á pintura, tiene las manos ásperas y probablemente no ha leído á Werther.

Las que por cálculo sufren la repugnancia que les inspira un esposo trivial, añaden regularmente el adulterio premeditado á todas las elucubraciones (1) de una vida mundana y algunas veces trágica: en efecto, la forma erótica del histerismo, guia al marasmo, (2) al suicidio y á la demencia. Las que se casan en esta precaria condicion, no han llegado todavía á ese alto grado de la iniciacion romántica, en que una mujer, como debe ser, solo ve en el matrimonio una asociacion restrictiva y no un yugo odioso, en que el marido ha usurpado un poder concedido por una legislacion absurda, y

(1) Elucubracion, es tarea ó vigilancia de noche á la luz.

(2) Marasmo, flaqueza y consuncion de toda las sustancias de cuerpo.

(Notas de los traductores).

una religion brutal. De modo que la negacion del matrimonio, considerado como una obra eminentemente social y humanitaria, tiende á corromper las costumbres de un pueblo, y la sangre de las generaciones.

¿Será preciso decirlo? Las enseñanzas contradictorias de la época, vienen á añadir aun á la fluctuante inestabilidad de sus doctrinas, un *mezzo termine* por el cual la sociedad actual, concilia lo verdadero, lo profano y lo abominable: ¡oh irrision inmoral! ¡Qué amargos frutos recogeremos! Por la mañana vamos á la iglesia y recibimos los sacramentos; pero nos espera por la noche el baile, ó un alegre festin; el oro es un poder que es preciso conquistar á todo trance, nadie pregunta á un rico de donde le viene su opulencia; no falta nunca esposo á una jóven bien dotada y debe seguirse el movimiento literario de la época... ¿Y por ventura, todas estas impiedades que erigimos en aforismos, no son el código invariable de los que se glorifican de representar al siglo? Y sin embargo, los males que resultan de una moral sacrilega y ambigua, no nos hacen ni mas sabios, ni mas advertidos.

Una jóven rica, se ha unido á un hombre rico, ó que ha consentido en venderse para serlo: la que no lo es, queda virgen, y sometida y sujeta á todos los estímulos de los sentidos que la acosan por todas partes donde lleva sus pasos; sino se pierde cuando todo lo que la rodea la habla de vanidad y de amor; su estéril virtud la suscita el histerismo por continencia, las enfermedades del corazon, los caprichos del espíritu y la muerte lenta, consecuente de una lesion orgánica: si esta jóven no está detenida por padres cuidadosos de su reputacion, se entrega á un amante, despues á otro, y su corta vida se pasa en medio de las diversas tribulaciones de una passion que se estingue de otra que comienza, y al fin es víctima de una enfermedad mortal que la mata en la flor de su vida.

Si la doncella víctima de nuestras ideas progresistas, pertenece á la última clase, y nuestra civilizacion la ha conmovido, entonces menos desgraciada que aquella cuyo orgullo, y las novelas que ha leído, han emponzoña-

do su virtud; un día sacude los lazos que la ligan á su familia, y alegre como la fiera que rompe los hierros de su prision, llega á los grandes focos de las luces á prostituirse, sin remordimiento acerca del pasado, y sin cuidados para el porvenir, se hace familiar á todos los lupanares, y es la obediente víctima de todos los truanes. Esta solo tiene una ambicion en el mundo, la de envejecer pronto y solicitar el empleo de reina de las prostitutas: es un hecho, que las malas mujeres de baja esfera, son las que segun nuestros cómputos estadísticos, sufren menos las torturas del alma, y los dolores del cuerpo. Podemos establecer tres categorías generales entre las mujeres que no se casan.

1.<sup>a</sup> Las que por posicion, ó por gusto, se dedican á la continencia perfecta, caen fatalmente en una especie de histerismo religioso, caracterizado por el cristianismo práctico, las visiones de éxtasis, en una palabra, el amor divino: este amor desviado de su objeto natural, sufre á su modo los asaltos de un deleite ácre y simpático, que son verdaderos accesos de una fiebre nerviosa. Este estado irregular las conduce poco á poco á la locura piadosa, ó á la muerte lenta por tisis, enfermedades del corazon, ó por la destruccion de un órgano esencial, atacado por el cáncer: la agonía de estas criaturas, víctimas inocentes de una civilizacion inexorable, que las niega los naturales placeres del amor y de la maternidad, es siempre la representacion pacientemente esperada del drama cristiano de la muerte, cuya parte que en la escena les corresponde han estado aprendiendo con el fanatismo y la abnegacion que un hombre de genio no sabria tener en la composicion de sus obras: esta muerte es la de la buena madre de familia, pero mas excéntrica aun, mas despegada del mundo, es, si se quiere, el momento que precede al vuelo que un espíritu puro toma al lanzarse á la eternidad: la crédula muchedumbre las observa como santas vírgenes, mientras el médico materialista ve en ellas cerebros enfermos y las llama alucinadas. El exceso de misticismo en las prácticas de la religion, debilita y rompe pronto las constituciones mas robustas en apariencia: donde estas po-

bres mujeres estan reunidas en congregacion, se ven aparecer las muertes precoces tanto mas, cuanto los ejercicios piadosos se acercan al éxtasis y la contemplacion.

2.<sup>a</sup> Las mujeres que siguen las sendas del vicio por vanidad ó por temperamento, aunque muchas veces hipócritas por cálculo en materia de religion, son siempre en el fondo del alma incrédulas é indiferentes: se burlan sin compasion de los servidores de Dios, y de los prosáicos y virtuosos maridos; hablan de placeres y festines, amores fáciles y bailes, intrigas de damas del gran mundo y de novelas escandalosas; esos son sus Dioses, su culto y el círculo, al rededor del cual gira y gravita su existencia. Cuando pasan de la juventud y se marchitan sus atractivos, deploran entonces la nada de las ilusiones, la amargura de la inconstancia, los fecundos productos de las bacanales eróticas, y los infinitos síntomas histéricos ya citados. ¡Cosa extraña! Las enfermedades mortales de las mujeres juiciosas, las atacan por el exceso contrario de la inmoralidad y de la crápula; por el amor á la muerte y las infalibles esperanzas de la felicidad del cielo.

¡La muerte! Una prostituta no piensa formalmente en ella, hasta que el dolor físico, la pérdida de su belleza, y la flaqueza siempre ascendente de su cuerpo la avisan vagamente que á cualquier edad se puede morir: no obstante, la costumbre de la orgía está de tal modo arraigada en esta alma lasciva, que nada cree perdido mientras su amigo la encuentre hermosa, y su corazon se complazca en la llama de su amor.

Recordamos una voluptuosa Laïs, á quien pomposamente daban el nombre de Reina de las modistas; sentada en un confidente, arrugando con sus lindas manos el tul y las cintas que tenia para adornar un magnífico prendido; sobrepujaba en gracia y atractivos á la mas seductora señorita tocando el harpa: un dia, su amante nos confió que iba enflaqueciendo, que de cuando en cuando escupia sangre negra, y que una áspera tos la impedía dormir: no fué difícil el crear un funesto pronóstico: consintió en tomar algunos remedios, pero na-



da en el mundo pudo conseguir que renunciase á las matadoras costumbres que la aseguraban de la constancia de sus amigos; cuando quiso vernos estaba espantosa: imagínese cualquiera, un armazon huesoso cubierto con algunas carnes flacas, un rostro pálido, donde brillaban dos pupilas ardientes y calenturientas: una vez que su amante entró en nuestro gabinete y vió un esqueleto que tenemos, que era de la misma estatura que su querida, retrocedió asustado y me dijo con terror.— « Ayer noche estreché en mis brazos un esqueleto igual. » — Era verdad. ¿ Pero que no disculpa el delirio del amor? Después de largas noches pasadas en bailes y festines, Emelina ( porque todas estas mujeres adoptan un nombre romántico ), fué acometida de una gran diarrea y de hinchazon de cuerpo; sin duda debia tener mucho humor su pecho. Guardó cama para curarse mas pronto, pero no quiso nunca renunciar á no volver á ver junto á ella al que de todos sus amantes llamaba, y quizá con razon *su cruz de amor*: una buena alma se atrevió un día á hablarla de confesion, y de implorar al Dios que tanto habia ofendido; pero tuvo la imprudencia de nombrar al paraiso y al infierno: á estas palabras esta mujer cayó en un profundo estupor, interrumpido por palabras inarticuladas donde se confundian mezcladas expresiones de una lascivia brutal, semejantes á las que se articulan en medio de un amor furioso. Su agonía duró dos dias largos, y su último suspiro se exhaló con un obsceno deseo, digno del mas asqueroso lupanar, y que segun decia su amante, solo otra vez le habia manifestado.

De modo que este ejemplo que hemos sacado de otros ciento prueba suficientemente que las mujeres de este género temen á la muerte, y sobre todo al infierno, cuando han guardado en la memoria la espantosa imágen que de los energúmenos nos hacen en la edad de credulidad. Este recuerdo, nunca olvidado, se presenta con su acompañamiento de demonios y su océano de fuego en la hora de la agonía, que es, como ya en otra parte lo hemos manifestado, cuando las impresiones de la juventud se nos aparecen en toda su sencillez; pero

obsérvese que los terrores de la condenacion muy raramente despiertan en los seres monómanos los deleites materiales, un verdadero arrepentimiento y una conversion sincera. La impiedad en estas mugeres, que tanto se aficianan al mal, es una cosa aprendida en las novelas modernas con el trato de los hombres á la moda; en una palabra, por todo lo que nos aparta de un culto que puede llamarse solaz del alma con Dios: el pensamiento fijo que las dominó toda la vida, es el que naturalmente se presenta á su imaginacion durante el delirio de la agonía.

Una vez, en el mismo dia casi, en el mismo techo, visité á dos mugeres jóvenes que habian seguido dos caminos opuestos: una, piadosa y sencilla, veía en su lecho de muerte á un crucifijo inundado de sangre que un misionero habia elevado en otro tiempo delante de su lloroso auditorio para dramatizar el efecto de su discurso: la otra, al contrario, acabada por el exceso de los placeres, queria que se arrojase de su alcoba á una legion de ángeles desnudos, cuyas lenguas trasformadas en *falos* (1) murmuraban horribles obscenidades. Muchas veces la agonía es una alucinacion, un verdadero delirio sin calentura.

Esta clase de mugeres pervertidas cuenta tambien en sus filas, filósofas que sin negar al cielo aborrecen con toda su alma á los intolerantes sacerdotes que desde los púlpitos declaman contra las mugeres impúdicas y mundanas: hemos visto morir á una de esas bellezas románticas, cuya vida, como una abrasada antorcha, arde noche y dia, cuyo espíritu se alimenta de lecturas que son una muralla contra los absurdos de un infierno y de una vida eterna. Esta mujer, que apenas tenia veinte y dos años, atacada por la tisis y una horrible infeccion, se llenaba de furor cuando se le proponia la vista de un buen sacerdote que se ofrecia como el consolador de su infortunio. Nunca se escuchará al estertor de un moribundo articular estas palabras, co-

(1) Faló: representacion del miembro viril entre los antiguos.

(N. de los traductores.)

mo ella lo hacía delante de su indigna madre: «Que arrojen de aquí á ese cura ó le escupó en la coronilla.» Por fin, murió como una rabiosa. A ruego de algunas mujeres del barrio el buen sacerdote administró á este cuerpo, ya helado, las gotas de la extrema-uncion: al acabar de cumplir su ministerio me presentó un libro que habia encontrado en el lecho. — Era *Teresa la Filósofa*.

El número de estas mujeres disolutas se acrecienta cada dia, no solamente por las causas ya enunciadas, sino por la posteridad que dejan sobre la tierra y que está destinada invariablemente á imitar á su madre. Hemos observado en una gran ciudad que el sexo de los hijos que procrean es nueve veces por quince del género femenino: estos hijos, concebidos en la érgia, después de abortos, y frecuentemente atormentados en el útero por intentos criminales ó remedios violentos, reunen en ellos todo lo que quebranta una mísera vida, á saber: una constitucion delicada é infectada con muchos vicios, y una educacion inmoral que las prepara al libertinaje particular de su madre.

Sin embargo, fuerza es decirlo, ninguna de estas indignas madres cria á sus hijas para que las sucedan en sus desarregladas costumbres: no hay una sola que no se imponga privaciones para dar á su hijo lo que ella califica con el nombre de *educacion y oficio*. Aun contra su gusto, estas mujeres multiplican sus clandestinas prostituciones para subvenir á gastos insólitos; pero en vano; la enseñanza contradictoria de sus frutos, y una cabeza jóven no titubea nunca en seguir el placer que la atrae, cuando sus ojos y sus sentidos han visto y aspirado sus perfumes en el mismo hogar materno.

Las lecciones contradictorias, son la plaga de las sociedades modernas, y endurecen grandemente el alma y el corazon de las malas mujeres, de las madres culpables, sea cualquiera la clase que se examine para demostrar los resultados: hay una, sobre todo, que no da su fruto de adulterio y de inmoralidad hasta el momento, en que ya no es posible el aplicar el remedio, puesto que un buen dote asegura un esposo á una señorita,

y que lo que en ella se entiende por *juicio*, puede tambien dar á otro á la que nada tiene; los padres permiten á sus hijas casaderas todo lo que exalta los sentidos, y pervierte la imaginacion, con tal que se conserven ilesas de toda mancilla en su virginidad: con este talisman se conceptúa juiciosa á una jóven, al paso que las novelas, las confidencias amorosas, los bailes, y otros mil filtros declarados ó *solitarios*, han emponzoñado su espíritu y pervertido su corazon: se cree haberlo hecho todo por la moral pública, porque á los diez y ocho años, una jóven es abominable en todo su ser físico y moral, excepto en el lugar que un antiguo refran llama el *matrimonio*. Que esta vírgen, iniciada en todos los géneros teóricos de prostitucion, halle por fin un marido, este complemento social de su ambicion, y dos años despues escúchese el nombre que la dan los libertinos.

Estas mujeres, en pretendida dependencia de un marido, que en el curso de su agitada vida se han deshonorado con el adulterio una infinidad de veces, son los gérmenes corruptores de las mujeres de baja esfera, que han recibido una especie de educacion que les prepara para la imitacion de las damas emancipadas del lazo moral del matrimonio: estas, fuera del contrato legal que las legitima, son aun mas funestas al verdadero espíritu de la familia, que las mujeres que no pueden casarse, y cuyos desórdenes deben ser considerados como un fatal desarreglo social, que se excluye de sí mismo y de la consideracion unida al sagrado título de esposa y madre.

3.º Las mujeres que no se casan, abrazan este vasto conjunto de criaturas débiles, crédulas, estúpidas, pobres y holgazanas, que una falsa civilizacion engendra, y que despues desconoce: no conduce al lupanar á la mujer oscura y mal guardada, el deseo y el orgullo de parodiar los movimientos de gran señora, ni la estimulacion nerviosa causada por las novelas eróticas ó los requiebros de un elegante seductor, no; primeramente, porque no sabe leer, y ademas, en la nada de su miseria, ¿quién se atreveria á alzar una codiciosa mirada á la suprema clase de una gran señora?

El campo raso, mas bien que la montaña y el valle,

produce esta grosera flor del amor; el rudo trabajo de los campos, donde las ásperas cargas de un matrimonio curten su cutis, desarrollan su robusto cuerpo, endurecen sus manos, la libertan, en una palabra, de los males físicos de la vida: su sistema nervioso, sumido en la grasa y la sangre, no se comprende á sí mismo, parece vivir en comunidad de acción y de poder igual con los demas. Cuando á la edad de la pubertad, el útero se aviva, ya está apto para entrar en ejercicio como lo quiere la naturaleza, es decir; en toda su perfeccion orgánica.

La hemos llamado débil de espíritu, y por consecuencia crédula, de modo que durante su jóven edad se la ha visto en la iglesia del pueblo prestar atento oído á las instrucciones del sacerdote que la ha hablado de la infinita bondad de Dios, de sus designios acerca de la criatura, y sobre todo de los tormentos eternos que esperan en la otra vida á la que ha blasfemado de su nombre ó pecado contra las reglas de la sabiduría: añádase aun las innumerables supersticiones que han corroborado su fé sencilla y crédula á todos los preceptos y los misterios de la religion cristiana: estos recuerdos de la infancia no la abandonan jamás, y si una muerte trágica no la ataca en el océano del mundo, se la encontrará en su agonía sublime y resignada.

Asi, la primera diferencia que separa á la prostituta de la mujer entretenida ó emancipada del respeto humano, es la fé en Dios que conserva en el fondo de su alma, esto es tan cierto, que este sentimiento interno entra por mas de la mitad en los actos de caridad que ejerce con los desgraciados que les tienden instintivamente la mano.

Su primer paso falso en la senda del vicio puede haber procedido de una infinidad de causas diversas. De trescientas mujeres de último orden que hemos estudiado, ya en sus casas, ya en los hospitales ó en los numerosos chiribitiles de nuestros puertos de mar, doscientas veinte provenian de ciudades pequeñas ó de aldeas, en las cuales, por mas que se diga, solo hemos visto prosperar la cizaña de las semillas de la civilizacion que se

importan (1). Todas han sabido, cuando jóvenes eran, que el medio infalible de no trabajar en los campos, de librarse de las brutales exigencias de los padres ó de los amos desapiadados, de evitar los trabajos de una casa, era irse una noche á París y alli vender su cuerpo: la miseria, la pereza que es su consecuencia, y luego la certeza de quedar solteras ó de casarse para aumentar el peso de su infortunio, son tres causas lejanas de la baja prostitucion.

De estas trescientas criaturas, ochenta pertenecian á los grandes focos de la lujuria, y salian de las condiciones despreciadas, cuya inmoralidad asegura el pan de cada día: habian vivido desde su infancia en la mansion del vicio; á 14 ó 15 años ya eran maestras en el oficio que su madre las dejó por herencia; á decir verdad, todas estas desgraciadas habian tenido una madre segun la naturaleza; pero ninguna ha podido asegurarnos que lo fuera segun Dios y sus preceptos. En suma, habian nacido para vivir y morir siendo la hez de su especie: la mujer de los zaquizamies no es la prostituta que tuvo una infancia alimentada con la fé y la esperanza; no, una recibió un gérmen de buenos principios en las lecciones preparatorias de su comunión; otra es un alma rasa y bruta en la que nunca ha cabido un sentimiento moral ó religioso: ha olvidado hasta la exacta memoria de su primer mal paso, y la primera le recuerda siempre como la mas fatal circunstancia de su vida.

De doseientas mujeres de infancia *guardada*, casi todas habian sucumbido una vez, de grado ó á la fuerza, al ascendiente de un amo, ó de un hombre de elevada posicion, antes de abandonar para siempre el techo doméstico: en este número, cuarenta y siete habian concebido, y treinta y tres habian abortado del segundo al cuarto mes.

(1) Parent Duchatelet ha probado que de 41,607 mujeres públicas inscritas en los registros de la prefectura de policia, desde el 16 de marzo de 1816 al 30 de abril de 1834, habia 3,460 nacidas en las aldeas. (De la prostitution dans la ville de Paris, tomo 1.º, pág. 58.)

Los autores de la primera falta fueron para cuarenta y cinco, mozos de las granjas, jardineros, artesanos, en una palabra, individuos de una clase igual á la suya con quien hubieran podido casarse: cincuenta y cuatro habian escuchado los requiebros de militares ya licenciados, ya de guarnicion en el mismo pueblo ó en las cercanías: diez y siete habian sucumbido al ascendiente de los amos en cuya casa se encontraban en estado de domesticidad: treinta habian recibido las lecciones del vicio de hijos de familia de buenas casas, tres de médicos, dos de sacerdotes: diez y nueve habian sido violadas durante su sueño, ó en la soledad de los campos: quince se habian vendido una vez á un libertino por engaños de una mala mujer: diez despedidas por sus madres por perezosas y pobres, para viajar se entregaron á los carreteros, y por fin, cinco que habian perdido á sus parientes, habian seguido vírgenes y víctimas á las mujeres pervertidas del pueblo, que habian ajustado su prostitucion con el que, sin trabajo y sin cuidados y aun con cierto placer, alimenta á las que solo han recibido del cielo *ojos para llorar*: las veinte que faltan para completar el número de las doscientas y cuyo primer paso en la senda del vicio no podemos relatar, habian sido dadas al sur de la Francia por las ciudades literales de Córcega y de Italia.

Tambien hemos querido establecer una proporcion craneológica entre su vocacion y la preponderancia del cerebêlo y de las otras partes del cerebro, generalmente hemos encontrado en estas mujeres una frente estrecha y una nuca convexa, órganos laterales é instintivos mas desarrollados que los de la educabilidad; pero fuerza es decir tambien que en muchas mujeres virtuosas y dotadas de intelijencia, esta forma del cerebro muy comun en el sexo femenino no debilita en nada la tendencia al libertinaje y á la anuencia del libre albedrio: ademas la vocacion de la prostituta es mas por la necesidad de ganar la vida que por la insaciabilidad de sus deseos: lo que milita en favor de la rudeza del oficio de cortesana es su organizacion admirable y vigorosa completada por una juventud laboriosa, indiferente y exenta de los

estímulos de todo género que deterioran las pálidas y débiles bellezas de nuestros salones.

El estudio filosófico de este género de prostitutas nos ha conducido á rebelaciones curiosas que no decimos, porque la naturaleza de esta obra nos impone la obligación de callar, aunque podemos relatar, las siguientes que se elevan del fondo de nuestro objeto: sea cual fuere la razon por la que las mujeres no conciben, es evidente que las formas y las costumbres que adquieren con el ejercicio prodigioso de un arte, por medio del cual la sensacion material desaparece, tarde ó temprano las asimilan al temperamento comun de los trabajadores. (1)

Véaselas sin prevencion en el lupanar, ó mejor en las calles de una gran ciudad marítima, único paraje clásico donde la mujer y su carácter se dibujan con libertad: su atrevida figura y su provocadora expresion, su ademan y su aspecto, imitando al gladiador, su talle derecho y casi recto como el de un atleta que se apoya en las caderas cuando no trabaja, y luego su voz ronca y varonil, señal fisiológica de un útero enajenado á sus verdaderas funciones: ¿todo esto no formula la neutralidad de un sexo degenerado y cuyas tendencias orgánicas se acercan mas á las del hombre que á las de la mujer púdica y fecunda? Si la mujer no es mujer hasta que el útero es susceptible de cumplir sus funciones, la que no concibe, y que á pesar de la frecuencia del acto, tiene un útero que va disminuyendo en volumen en la edad en que debe tener toda su exuberancia, ha dejado de ser mujer: la atrofia uterina, como principal de la modificacion masculina que sufren las verdaderas *viragos*, se demuestra al fin.

Al contrario, si la mujer de baja esfera, lanzada en el vicio, ha concebido una ó dos veces, conserva siempre, y á pesar suyo, los atributos de su sexo, y lo que prueba que la naturaleza ha predestinado á la mujer mas á

(1) Compárese á Pazent—Duchatelet tomo 1.º. página 230 y siguientes.



Los placeres y dolores de la maternidad, que á los éxtasis del amor es, que la soltera que es madre, abandonaria con gusto su tráfico, si con ayuda de un trabajo algo duro pudiera subvenir á sus gastos y á los de su hijo. Generalmente estas criaturas son dulces y resignadas; las otras tienen para sí el interés y la compasión que inspiran los seres débiles, porque no se han salido de su sexo, al paso que las otras se han tornado en seres monstruosos, han cesado de ser mujeres.

Las solteras que son ó que han sido madres, conservan también las emociones de la familia y el recuerdo religioso de su primera infancia; las hemos conocido que han tornado á su deber, y que bajo el techo conyugal han merecido el título de buenas esposas. No es extraño ver en estas criaturas, que á la inversa de sus semejantes, han adquirido una constitución viril; han contraído hábitos histéricos, monomanías piadosas, tales como el culto sincero á la virgen que adorna su aposento, ó á las medallas benditas que llevan pendientes del cuello. El carácter de su voz, no pierde nunca el timbre femenino, á la par que las que no conciben, le pierden después de uno ó dos años de práctica; y no se debe acusar de este cambio de timbre de las cuerdas *bocales* al abuso de las bebidas alcohólicas: hemos visto á desvergonzadas *viragos* que solo bebían agua, que aborrecían el régimen animal, y que tenían la voz tan masculina, que pudiera llamarse clásica en su género: de cinco solteras, que salieron el mismo día de una localidad, distante veinte leguas del puerto de Tolon, cuatro de ellas perdieron la voz atiplada, después de estar ocho meses en el lupanar; la quinta se hizo embarazada, y la conservó á pesar de su género de vida idéntico al de sus compañeras.

Sin embargo, bajo el aspecto religioso y moral, no debemos esperar por parte de estas criaturas excepcionales un simulacro del culto, y aun menos esas exaltaciones fanáticas que hemos señalado en las personas del sexo que no se casan: las malas mujeres son, bajo este punto de vista, como el usurero que vive bajo el imperio de un tráfico que la Iglesia condena, que aunque no

observa las prácticas religiosas, conserva en el fondo de su alma un resto de las convicciones piadosas de su juventud, se entibia, pero vuelve á inflamarse en él la antorcha de la fé olvidada, despues de un peligro inminente, que ha puesto en riesgo su vida, tal como un naufragio ó una enfermedad mortal.

De las doscientas mujeres públicas, cuyas costumbres he estudiado, no hay una que en presencia de su abjeccion y de las esperanzas de la otra vida, no haya echado de menos sinceramente sus dias de inocencia, y la tranquilidad de un corazon puro y religioso: ninguna de ellas se ha mostrado incrédula al recuerdo de Dios, de la Virgen y de los Santos; todas han pensado alguna vez en su patrona como en un infalible recurso á la hora de la muerte. En los raros instantes de remordimientos, que la sorprenden en medio de sus orgías, nos asombramos al encontrar en su alma vacía lo que no muere á la obscuridad de la crápula y la prostitucion, y que en vano se busca en la que está infatuada con los sofismas de la civilizacion: la fé, la sencilla fé tan rara en el dia, y tan comun en los primeros tiempos de la Iglesia y de las sociedades cristianas. Las tres cuartas partes de las mujeres, que se encuentran en sus inmundos chiribitiles, ejercen su oficio únicamente para librarse de la miseria y del trabajo: esto es decir, que no es el materialismo, ó la incredulidad, los que aumentan todos los años la vergonzosa contribucion de la mediana y de la inferior prostitucion: el sentimiento religioso no ha abandonado nunca á la pobre cortesana: nunca se la oirá blasfemar con intencion de las cosas santas; siempre á la hora de la muerte, se la verá confiar en la misericordia del cielo. En todo lo que tiene contacto con la salud, se diferencia infinito de la elegante Mesalina, de la que blasona, por coqueteria, un materialismo cortés y sensual, que por largo tiempo ha estado aprendiendo con sus amantes, ó en los libros que tienen por objeto desterrar las preocupaciones y el temor de un Dios vengador, de otra vida y de un infierno eterno. Esta no será nunca una mujer moral, suponiendo que la casualidad la improvise un marido, siempre será lo que ha sido, y du-

damos que ninguna de ellas pueda un dia encontrar una muerte igual á la de la buena madre de familia.

Al contrario, cuando la prostituta es por excepcion esposa y madre; cien veces por una será irrepreensible, y estará adherida á su marido, á sus hijos, y lo que es mas, á sus deberes para con Dios: la razon de lo que se cree que es un fenómeno, es muy sencilla: el cuerpo de la prostituta ha sido el único que se ha profanado, pero su espíritu ha quedado inculto, estéril para el bien y para el mal moral; de modo, que la fé y las creencias que quedan vírgenes de los sofismas que las conmueven, brillan en ellas como un faro de esperanza siempre luciente en el instante del naufragio. Se ha observado en la época de las misiones un celo inaudito por parte de estas mujeres para oír los sermones de los apóstoles de la Iglesia, y si despues volvian á su miserable lecho llorando y sollozando, no es culpa de ella; es que la miseria hambrienta y descarnada la esperaba en el dintel de la puerta. La prostituta, asi como la oveja, padece en los parajes donde la civilizacion la ha colocado.

¿Imagináis que no preferiria un lecho conyugal? Si nadie se casa con ella, porque es pobre, y si un rudo trabajo la proporciona á duras penas pan y agua, la naturaleza la concede el lecho y la manutencion: estas son las causas de la baja prostitucion, causas tan materiales como el fin que se propone. Dése un marido á estas necesitadas ligueselas á la sociedad, y serán mujeres.

En un pais del Nuevo Mundo, que me abstengo de citar, llegó de Francia un cargamento de mujeres de la segunda y tercera categoría: las primeras continuaron su tráfico con la gente rica, jóvenes ó viejos, ardientes ó debilitados; las otras menos lanzadas en los carriles de la civilizacion, se entregaron solamente á un hombre, vivieron maritalmente con él sin desliz alguno, se casaron, y pasan en el dia por excelentes mujeres. Hemos sabido de la misma boca de un sacerdote, que estas Magdalenas verdaderamente arrepentidas no hablaban de su antiguo comercio con el horror que inspira á las damas del mundo. No, el tiempo de la prostitucion durante el que fueron tan desgraciadas, era un recuerdo

lejano casi olvidado como el del hambre, en que para vivir y no morir se come lo que se puede, sin disposicion de la naturaleza del alimento; si pasa y se digiere, ya se ha conseguido el objeto que era el de no morir.

Por lo demas, hemos visto conversiones que se inclinaban á la monomanía religiosa, en las prostitutas arrancadas repentinamente de su condicion, con una herencia inesperada. Hemos conocido á una mujer que se hizo propietaria de una finca en Provenza, situada en la llanura de Pourrieres, sitio célebre por la vitoria que alcanzó en ella Mario sobre los bárbaros del Norte: se fué á vivir incognita en su linda posesion, y solo salia de ella el domingo para ir á la aldea vecina y pasar todo el dia en la iglesia. Asistiendo una vez al sermon de un predicador extranjero, oyó lo historia de Santa María Egipciaca que adquirió gran reputacion de santa, despues de haber sido por espacio de diez y siete años el mayor vaso de impureza del todo el Egipto, y se conmovió de tal modo que desaparecia de su casa tres veces por semana, y caminaba sola, dia y noche, por montes y valles para ir á Sainte-Beaume á dos leguas de San Maximino, donde, segun la tradicion, está enterrada Santa Magdalena. Despues de cinco años de peregrinaciones místicas, nuestra convertida hizo el singular cálculo de cada una de sus prostituciones, reguladas á cinco por dia durante seis años, y las espíó con tantos actos de penitencia, como son ayunos, oraciones, mortificaciones y viajes por el desierto, cuantas veces habian sido las que habia sucumbido á este pecado venial, cuya necesidad le imponia la miseria: murió como un mártir de su fé y de sus áusteras prácticas; en suma, era una inspirada, pero lo que probaba en ella un alma piadosa y grande, fué la cláusula de su testamento en favor de un hospital designado, donde dejaba cuatro lechos perpétuos para recibir hasta su muerte á cuatro prostitutas incurables.

Estos ejemplos de rehabilitacion moral por un trastorno imprevisto de la fortuna son, nos atrevemos á decirlo, unos fenómenos en la clase mas envilecida de la sociedad: envilecida, sí, y sin embargo en el uso de las

grandes capitales, donde la liberalidad de los gobiernos conserva cátedras de moral, de filosofía y de religion, estas miserables mujeres están mas que en otra parte impregnadas en lo mas asqueroso que puede inventar la lujuria y la deshonestidad. ¿Quién las ha perfeccionado en el ejercicio de su arte infame? Créase que no ha sido su estrecho é inculto cerebro el que ha inventado la desvergüenza de la prostitucion. Estas mujeres tan discretas en todo lo que las concierne, saben discernir frecuentemente al hombre egoista que las interroga del que las compadece y las considera como maniqués amaestrados en maniobras lascivas y deformes. Ahora bien, los inteligentes monitores de estos instintos de amor físico salen frecuentemente mas bien que de los talleres, de las universidades que proclaman de palabra la soberanía de lo bello.

Lo que da á esta asercion una gran verosimilitud es, que las mujeres públicas de nuestras ciudades marítimas y de los grandes puertos de la Inglaterra no ofrecen, ni con mucho, el mismo grado de frio cinismo de asquerosas prostituciones, que los observadores han podido señalar en los dorados lupanares de las capitales: de modo que en Tolon, por ejemplo, no se dá otro nombre á no ser el de mujer *de marinero*, á esa turba de mujeres indolentes, caritativas y estúpidamente embrutecidas que viven de la mar y para quienes cada arribada de un navío del estado, es una noticia tan buena, como puede serlo para un comerciante el anuncio de un convoy de trigo en tiempo de hambre.

Las mujeres públicas de nuestros puertos son lo que los marineros quieren, y quizá las hacen menos asquerosas sus prostituciones que su incesante comercio con una raza de hombres honrada y jovial, laboriosa y valiente, que despues de haber expuesto cien veces su vida, desembarca por fin en el puerto deseado, y por premio de algunas noches de amor y algunos tragos de vino, gasta estoicamente en ocho dias el salario de muchos meses de campaña.

Esta diferencia entre la prostituta de un puerto de mar con la de París esplica nuestras divergentes opiniones

acerca de esta clase demasiado despreciada, con las del ilustre Parent-Duchatelet en su cuadro de la prostitucion en las orillas del Sena.

La carrera de nuestra prostituta es una rápida combustion que la consume en poco tiempo. Cuando llega á treinta ó treinta y cinco años, está ya concluida como ser viviente y como cortesana. Las irregularidades de la vida física mas que las de la vida moral, son las causas comunes de un precoz deterioro. No leen, son inaccesibles á los estímulos morales que engendran una infinidad de enfermedades nerviosas; sus celos amorosos se agitan frecuentemente y se calman con otra asociacion, de forma que mas parece un sentimiento de cólera que de afecto. Bien que este último solo es instinto y se cambia como el del perro en favor del que le alimenta, sin inteligencia de lo pasado, sin preveer en el porvenir, y sin temer las enfermedades y la muerte, todas estas condiciones instintivas y materiales deben hacer de la mujer mundana un ser de excepcion; una exuberancia de la creacion humana. Se destruyen pronto por el mismo motivo que se destruye el trabajador.

Estas causas son, un trabajo forzoso, semanal é ingrato á todas las horas del dia, las sordas y lentas irritaciones que se inflaman en el pecho y en el vientre, los diarios excesos de las bebidas alcohólicas, una alternativa de saciedad y de apetito y nunca gozar un sueño puro, ni templar el cuerpo con un régimen salutífero, en fin, nunca dirigir la vida conforme á la higiene y al órden natural: en una palabra, la prostituta pasa dias llenos de horribles infortunios; y es raro que trascurra uno en que no haya sido golpeada, y quizá herida mortalmente.

Los asesinatos de estas mujeres son muy comunes en los puertos de mar, los autores de ellos los consuman en estado de embriaguez, á puñaladas, ó precipitando á sus víctimas por una escalera: colocadas en un lupanar aislada, viven entre ellas sino como enemigas, á lo menos como fieras, enviándose la presa de carne que la casualidad de las navegaciones lejanas les da para pacto.

Como no leen, no temen á la muerte, y ademas sim-

patizan mucho con las mas desgraciadas: esta es la tercera diferencia que las separa de las *Lais* románticas y desapiadadas. Un pobre hombre mostrando á la vista de todos sus asquerosas llagas, no atraviesa en vano por su obscuro callejon; un preso esperto no desconoce la misteriosa mano que le lleva á su calabozo pan, frutas y tabaco: si un desgraciado marinero recorre la ciudad pidiendo limosna, su sombrero se llenará con las dádivas de la baja cortesana: si marcha á la guillotina como el capitán Valles que fue condenado á muerte en tiempo de la restauracion por conspirador; se verán las señales del mas expansivo dolor en las lágrimas y dichos de los numerosos grupos de mujeres mundanas que se forman á su paso. Empero, no se cree que todas estas señales de simpatía hácia el próximo que padece, constituyen en la mujer mundana una moralidad comun; no, ningun pensamiento es menos moral que el suyo porque ningun entendimiento está menos cultivado tampoco ningun corazon es menos sensible porque no puede experimentar por las desgracias de un mundo que no conoce la piedad, que no siente por sus propias desventuras: es una sensibilidad de instinto apenas inteligente la de la prostituta. Si da limosna al mendigo que la canta sus miserias, es porque ella tambien cuenta sus dias de penuria y ociosidad, y este sencillo retorno á sí misma la hace pasivamente caritativa: y nótese que estos enfermos y estas pobres no pertenecen á clase mediana; y es preciso que sean muy andrajosos sus necesitados, y que sollozen mucho, y que la llamen *buená hija de Dios*. Nunca un ciego de un puerto de mar la dará otro nombre, concibe y está convencido que seria apostata de sus principios, si, al aviso de su lazarillo invocara como hija de Dios á una hermana hospitalaria que pasa á su lado sin darle limosna.

Hemos dicho que la conmueven las grandes desgracias, y que reserva sus simpatías para los males que puede padecer, y es cierto, ¿qué le importan las vicisitudes sociales ó el duelo de las familias? ¿Puede ella padecer un mal que no siente? la verdadera cortesana compadece la suerte del marinero prisionero ó que corre la

bolina, porque puede de la tarde á la mañana encontrarse en un calabozo, y hallarse como él, llena de cardenales: la guillotina, el fusilamiento, todos los géneros de ejecucion hieren su desgastada sensibilidad, la estremecen, la aterran y si cae una cabeza al impulso del cuchillo dejará escapar un grito sin apartar la vista: ha asistido á un drama solamente, pero este drama puede hacerla reflexionar acerca de su destino. ¡ Cuántas veces con un cuchillo en la mano ha amenazado herir á un hombre! Si, decia al volverse á su cuarto, *si la desgracia quisiera que matara á un hombre, la guillotina no me aterraria.* Por lo demas estamos convencidos que la única moralidad que tienen las ejecuciones públicas es hacer saber al pueblo que puede morir.

En el drama de las antiguas ejecuciones, el fúnebre aparato, las velas amarillas, las limosnas honrosas; en una palabra, el modo con que se ponía en escena, aterraba á las masas y sin discutirlo, neutralizaba las malas pasiones, y las inclinaciones homicidas, mas que una muerte rápida como el relámpago.

La mujer mundana, bajo el reinado mas ó menos floreciente de sus encantos, llega á la muerte por tres fines diferentes:

1.º Por muerte violenta, pero no dada por ella. El suicidio en ellas no puede ser mas raro; no conocemos ningun ejemplo en nuestros puertos de mar; el golpe fatal le reciben en el acaloramiento de una riña, y algunas veces ¡ cosa estraña! En un arrebato de celos por parte de un ser trivial como ella, y que ha sido tan pobre de espíritu, que la ha honrado con el título de infiel. Aplastada por un cuerpo pesado, ó traspasada con un cuchillo de cocina, su muerte es un accidente vulgar, que pone en conmocion á la turba brutal del lupanar, y á los agentes de policia. La sociedad no se cuida de un asesinato obscuro, que venga un ultraje hecho á la moral pública. Este asesinato raramente es premeditado; el que hirió, no tenia intencion de matar, su fuerza brutal ha engañado á la tasa de su venganza. De una infinidad de crímenes cometidos en las prostitutas de Tolon de seis años á esta parte, tenemos conocimiento de un



solo, en que se manifiesta á las claras la evidencia de la meditacion; el hecho es, que un presidario famoso fué una mañana al aposento de su infiel, que tenia veinte años, y la clavó friamente un puñal en el corazon; despues buscó á los gendarmes, se entregó á ellos y los dijo que moria contento. Obsérvese que un marinero sería incapaz de tan cobarde atentado, porque raciocina bien acerca de la inconstancia, y á cada instante su oficio le enseña á perdonar: la mar á quien tanto ama, es mas pérfida que la mujer.

2.º El segundo género de muerte de una prostituta, es el que la arrebatá la vida en el miserable lecho del lupanar: el favor de padecer y morir entre sus semejantes, solo se obtiene en casos particulares: ya recibiendo con que pagar la vieja encubridora, ya admitiendo de un buen marinero el haber que la consagra para que se cure su pobre amiga. Algunas veces tambien la enferma tiene varios aborros, y entonces se la consiente en el lecho de dolor, porque el médico responde de ella y vaticina su pronta curacion. No es comun que una mujer pobre, que tenga una enfermedad incurable, exhale su último suspiro en el infecto lecho de sus desórdenes. Las encubridoras, son de todas las *viragos* gastadas, las que nunca han conocido la compasion: las hemos visto hacer el papel de una benevolencia materna con sus niñas enfermas, si era probable su restablecimiento y mandarlas brutalmente al hospital, si el médico pronunciaba la fatal decision. Para que una encubridora consienta en conceder ocho dias á una de sus colegialas, ha de ser esta corrida y productiva; si pertenece á la especie *qualis*, la órden de desalojar se da el dia mismo en que gasta y no produce.

Sin embargo, el pensamiento fijo de estas desgraciadas, es no morir en el hospital; de modo, que al conoer que va á llegar su fin, suplican al facultativo que diga á la encubridora que su estado no tiene nada de alarmante. Las ha habido que para burlar la avaricia de la matrona han sufrido mil dolores, han finjido sonreirse en medio de la amargura de su alma, y han demostrado sentir los placeres del deleite, á la par que

eran atrocemente atormentadas por el cáncer uterino.

Una entre otras, llamada Clara, iba á consultarnos á escondidas, estaba atacada de un cáncer tan adelantado, que el dedo podia sumirse en el tejido del útero, como si este tuviera la consistencia de una especie de papilla; y con todo esto, Clara tenia una figura juvenil, fresca y graciosa. Un dia nos mandaron á llamar para que la viéramos: apenas nos apercibió, exclamó: «Estoy salvada» estas fueron sus palabras. Ya hacia tiempo que sabia que tenia que morir; pero hasta que llegará á la muerte, tenia que buscarme la subsistencia.—¡Oh! ¡cuanto he sufrido! pero felizmente pronto dejaré de padecer! prometedme no decir nada al ama hasta la noche, porque esta noche es cuando voy á morir; enviadme tambien al sacerdote \*\*\* que no tendrá reparo en venir á verme: sí, que venga, porque sino me enterrarán como una perra; muriendo arrepentida, seré tratada como una criatura que ha recibido el bautismo: si el sacerdote os niega esta gracia, decidle que Dios le castigará y que mi alma se le aparecerá en sus sueños: si os propone que vaya al hospital, entonces moriré aqui; prefiero ser enterrada en vida que ser descuartizada por los estudiantes de cirugía etc.»

A las diez de la noche, en compañía del digno sacerdote, nos introdujimos en las obscuras callejuelas que dan al *Sabbat-des-Vivants*; ya estamos en el barrio donde la orgía comienza al anochecer, ruidosa y desenfrenada, y concluye al amanecer: nos avergonzábamos de servir de guia á un hombre de iglesia, por medio de los juramentos, y las voces de una turba sumida en la embriaguez: me hizo observar que no podia cumplir su ministerio en semejante paraje; en fin, cayendo y tropesando por una escalera estrecha, sucia y tenebrosa, con varios marineros que estaban en discreta conversacion con sus parejas, llegamos al lecho de la agonizante. Clara se alegró de vernos porque no nos esperaba: en medio de unos dolores punzantes y de una hemorragia, que nada en el mundo habia podido moderar, escuchó al sacerdote llorando, y cuando el santo hombre la preguntó si estaba resignada á la voluntad

de Dios, descubrió su pecho descarnado y le mostró dos arapos de paño negro: era un escapulario. La pobre mujer le confesó que para curar su mal se había puesto bajo la protección de la Virgen, que había rezado y que había llorado mucho. El sacerdote se conmovió tanto que se le arrasaron los ojos en lágrimas, y apenas Clara había comenzado su narración, dió un grito y cayó sin conocimiento. En medio de las saturnales cuyos agudos critos resonaban por fuera en un ahumado y nauseabundo chiribitil, con los ojos fijos en un mezquino lecho, de donde salía como de una cueva, el estertor de una mujer moribunda que una vez solamente púdica, se había cubierto con una basta tela de algodón, apareció repentinamente una mujer vieja que traía en una mano un vaso de vino caliente para fortificar á la enferma. Al vernos soltó la carcajada, y mientras que el sacerdote arrodillado á los pies del lecho recitaba la oración de los agonizantes, la vieja se bebió el vino, miró á Clara tranquilamente, alzó los hombros, y colocando la vela en el cuello de una botella, se marchó sin decir una palabra. Aun rezaba el sacerdote cuando la puerta se abrió: esta vez la escena fué tierna: seis marineros, como seis buenos hijos de Dios, con la cabeza inclinada, teniendo en la mano el sombrero embreado, rodearon el lecho: avergonzados de su papel, no sabían que partido tomar; pero cuando el sacerdote despues de una invocación á María la patrona de los marineros, comenzó la *letania* de la Virgen; estos pobres hombres, olvidando lo que habían ido á buscar, cayeron de rodillas con el fervor de los apóstoles, juntaron sus manos y repitieron en coro, *Ora pro nobis*.

Al día siguiente, al anochecer, un sacerdote conducía al campo santo un modesto ataúd: atravesó por la ciudad, y como seis marineros le siguiesen tristes y silenciosos, mas de una mujer, cuyo hijo recorría los mares, al ver pasar el féretro, le persiguió y derramó una lágrima pensando en la pobre madre del marinero.

Aunque hemos demostrado este ejemplo de una muerte edificativa en un paraje malo, no se crea que son muy comunes; no lo son, porque la reunión de circunstan-

cias que han favorecido á Clara, son difíciles y casi imposibles de encontrar. Al ver la estúpida indiferencia de la matrona, las repulsas que sufren los médicos con tales clientes, la antipatía que profesan á los sacerdotes, fundada en la excomunion de las prostitutas, debemos creer que es un fenómeno su conversion *in extremis*.

Las diez y nueve vigésimas partes de estas mujeres, han conservado en su alma un vago recuerdo de las promesas de la fé; ninguna de ellas negará la existencia de Dios; pero tampoco ninguna pensará en volver á entrar en el regazo de la Iglesia por el camino del perdón, si á las cercanías de la muerte, un sacerdote no la manifiesta los desarreglos de su vida: ¿sabeis por qué una mujer mundana agonizante, vacila en tomar un partido? Primeramente, porque no cree que va á morir; y entonces, ¿de qué la serviría una conversion, si se hallaba sin asilo, sin alimento, y tendria que volver á su oficio? Y luego como saben que la Iglesia las condena, el conocimiento de su degradacion es tan profundo en ellas, que cuando una mujer pública muere en el lupanar, por lo regular sus abyectas compañeras la hablan de Dios y de su misericordia: esta exortacion hecha por bocas impuras, es repugnante, si se quiere; pero prueba que por parte de esas criaturas condenadas á la saciedad de los deleites brutales y materiales, existe una idea de un principio que nunca fué desconocido ni olvidado.

En las ciudades como París, Tolon y Marsella, donde la prostitucion de baja esfera no engendra disgusto ni desden, porque alimenta diversos ramos de industria, y donde todo el oro ganado en la mar, pasa de las manos del marinero á las de la ramera, y por ella se extiende en todas partes, es fácil dar pruebas de que toda idea de religion no está extinguida en estas bajas regiones de la humanidad; y ademas, nadie en el mundo profesa una fé mas sencilla que el marinero, que al dia siguiente por la mañana, al salir del *músico*, irá descalzo á cumplir el voto prometido en el altar de la vírgen de Cicie; el mismo dia se le encontrará cantoneándose por la calle, con su Dulcinea del brazo, adornados los dos con floridos ramilletes, y para que nadie dude de su felicidad, hará

que le preceda una vieja. Este marinero y esta mujer sin pudor, que hacen mofa de la opinion pública, se detienen, no obstante, al aspecto del santo Viático, y mientras la gran señora sigue su camino sin cuidarse de él, la amorosa pareja se separa, se reconcilia un momento, y se hinca de hinojos delante del misterio que ha podido olvidar un día, pero nunca despreciar.

El marinero y la ramera, además del interés que inspira un oficio rudo y aventurero, son dos seres hechos del mismo barro, y cuyos átomos parecen haber sido lanzados en nuestro planeta para unirse: ambos sin pasado y sin porvenir, sin haber aprendido nada, pero también sin haber olvidado las buenas lecciones del hogar doméstico, viven como el insecto del estío, que brilla y canta por los vientos, sin cuidarse del rayo que rasga las nubes, ó del viajero, cuyo pesado pié le va á aplastar. Bajo el punto de vista religioso, los dos tipos, que tanto tiempo hemos escarpelado, se recomiendan mucho más. La una teme la muerte en el hospital, porque su cadáver será entregado á los estudios anatómicos, y el otro en plena mar, porque no quiere servir de alimento á los tiburones.

Sin duda ninguna, no hay religion sin culto, pero este puede recibir de la posición de un hombre y de sus costumbres particulares una forma que se separa de lo que une á toda una nacion; el marinero y la mujer pública no necesitan sacerdote, y no frecuentan la Iglesia; sin embargo, profesan una fé supersticiosa á la Santa Virgen, y solo reconocen las fiestas cristianas que se manifiestan á los sentidos con un símbolo consagrado por la Iglesia primitiva: por ejemplo, la palma del domingo de Ramos, el cirio de la Candelaria, el cordero Pascual, los milagros que cantan los peregrinos ambulantes, el regocijo de Noche-buena; estos son los objetos de su culto; los honran con creer en ellos, los festejan lo mejor que pueden, y cuelgan sus emblemas en las paredes de su cuarto ó en la alcoba encima de la cabecera de la cama, como ángeles custodios de la vida y de la buena muerte.

Ahora bien, no se debe admitir que estos dos tipos

humanos no saben morir bien , porque en su última hora no tienen los socorros de la religion con el acompañamiento de la pompa y de las lágrimas. La esperiencia nos ha probado mil veces que los hospitales de marina , ningun marinero en peligro de muerte ha pensado en el sacerdote , y sin embargo se complace en sus exhortaciones si el capellan se las hace sin que él le haya buscado: las mujeres mundanas están en el mismo caso , todos los sacerdotes á quien hemos interrogado tocante á este asunto , y sobre todo , los que por un espíritu de filosofia cristiana se dedican á la salvacion de las clases disidentes de las costumbres recibidas , nos han asegurado siempre , que una prostituta bien convencida de su muerte , y por consecuencia libre ya del yugo del lupanar , muere mejor en su miserable lecho que ciertas mujeres cuyos desarreglos no tienen por excusa la miseria y el abandono.

La prostituta que llega al hospital atacada por un mal incurable , no es la misma mujer que en otro tiempo estaba herida con una saeta emponzoñada , y en la que no se descubria un átomo de moral y de religion , hoy es ya la Samaritana vencida por el dolor , privada de sus atractivos , y dedicada enteramente á la nada : en todas las condiciones sociales , la mujer es el ser elástico por excelencia , y la mala mujer bajo este aspecto , es tan de su sexo como la gran señora que todo lo ha aprendido , hasta las formas clásicas de una muerte edificativa.

En un hospital bien administrado , lo que asombra y conmueve , es la limpieza , el órden , el silencio , las costumbres graves y el sentimiento religioso : despues de quince días de sosiego , la prostituta ha tomado las costumbres de su nueva posicion: se la encontrará en su lecho limpio , blanco y arreglado con decencia ; la hermana hospitalaria la encontrará sumisa y dócil ; el capellan se acercará con confianza á ella , y su mirada le dará á conocer su reconocimiento y su arrepentimiento : el sacerdote que sabe perfectamente el arte de convertir á una pecadora de este temple , comienza siempre si su mal es crónico por prometerla la salud , y

la intercesion de sus oraciones. La buena mujer olvida sus dolores y los confunde en su esperanza, mientras que su alma nutrida con las verdades de la religion, se va elevando hácia las regiones infinitas de la misericordia, y del perdon: un buen sacerdote y un hospital, es lo único que hay en el mundo para trasformar asi en quince días la cubierta moral de una prostituta, hacerla sino hermosa, á lo menos interesante á los ojos del moralista y del cristiano, y cuando esta mujer llega á su último día, y ha merecido la absolucion y la gracia de los Sacramentos, entonces, mundo, que escupiste á la pobre mujer que traficaba con tu nocturna lujuria, ven á reconocerla en su lecho de muerte: el dolor, el arrepentimiento y la esperanza, han cambiado su fisonomía audaz y provocativa, la masculinidad de sus facciones se ha dulcificado de tal modo, que un pintor hábil para buscar modelos, encontraria en una ramera moribunda la solemne figura de una agonizante resignada.

Hay prostitutas que han pertenecido á una familia honrada, y á quienes *desgracias* que sobrevienen, las han obligado á abandonar el techo paterno: los sentidos volcanizados antes de tiempo, han sido muchas veces los consejeros de sus lascivos ardores, de tal modo, que se encaminaron á la gran ciudad (1) en un verdadero acceso de manía erótica: he conocido á muchas de estas desgraciadas, las he visto despues cansadas, saciadas y curadas: algunas veces en las cercanías de la muerte, devoradas por un mal incurable y horrible, estas *lupanaristas* recuerdan que tienen una madre débil y piadosa, amigos caritativos á quienes pueden invocar en su desventura: si vuelven al aprisco estas ovejas descarriadas, la agonía de estas mujeres que tuvieron una infancia feliz, es todavía mas tierna que la de aquella cuyos días se estinguen en un hospital.

Un dia fuimos llamados á las once de la noche á una ahumada casuca, para ver á una persona que se moria,

(1) París.

*(Nota de los traductores)*

y que decia conocernos: tenia que confiarnos un secreto de familia: reconocimos en las lívidas y descarnadas facciones de aquella mujer, á una jóven en otro tiempo muy bella, de un talento no comun, y cuyas aventuras románticas se habian desenlazado de un modo trivial, el de la mas vil prostitucion. Al vernos se cubrió el rostro y comenzó á llorar: dejamos correr sus lágrimas respetando una crisis natural, y mientras rodaban por nuestra imaginacion los recuerdos infantiles, en donde esta jóven se nos aparecia con toda la brillantez de su belleza y realmente adorada por una multitud que idolatraba su beldad, nuestra mano apretaba á la suya, huesosa, descarnada y con el corrosivo calor de la fiebre. Habia llegado de Marsella el dia anterior, y oido hablar de nosotros como de un médico, que vuelve á encender una vida apagada; pero se engañaba, yo solo podia ayudarla á morir: sin embargo, la hablé de su anciana madre y con mucho trabajo pude decidirla, á dar un paso en su favor, haciendo yo la parte de tercera: unidas las instancias de un sacerdote anciano á las nuestras, se consiguió lo que se deseaba, y al dia siguiente nuestra enferma fué llevada á la casa materna; el golpe moral que recibió al volver á ver á su madre llorando, y tambien al cuarto donde habia pasado su infancia fué tan terrible, que poco faltó para que muriera.

El mismo dia de su rehabilitacion, su estado pareció desesperado: por la tarde, al conducir al sacerdote á su habitacion, me confiaba las emociones que habia sentido respecto á la penitente: «Siento en mi alma, dijo, todo el delicioso placer de una buena accion: nunca, en todo el curso de mi ministerio, he encontrado una contricion mas sencilla y mas verdadera. ¡Cuán digna de compasion es nuestra Magdalena con sus remordimientos y las lágrimas que bañan sus párpados marchitos! La pobre mujer no se cansa de repetirme que Dios no la rechaza, que Dios la perdona y que la recibirá en la gloria; pero observad el inesplicable fenómeno de esta alma antes tan impura, y que se desenlaza de las trabas del cuerpo: cuanto mas se aproxima su partida, mas purificada y meritoria se cree: en verdad esta mujer muer-



re como una santa; no la olvidaré en mis oraciones.»

La muerte de una ramera, tal como tantas veces la hemos admirado, no tiene nada de sorprendente. ¿Qué deja en la vida? Un cuerpo marchito y ruinoso, un vestido de seda ó de sayal cien veces teñido y por muchos lados roto: lo que conserva en la hora suprema, es su alma débil, crédula, y supersticiosa, y con todos estos medios de salvacion, y ayudada por un buen sacerdote; no se ha de preparar la pecadora á un fin dulce y envidiado de todos!

Despues de su piadosa muerte, nuestra Adeláida pareció haberse quedado dormida como un niño, con un rayo de esperanza en la frente: ya es algun dato para entrar en la cuestion de la inmortalidad del alma, el molde de la plastica de un rostro antes pálido y contraído, que vuelve á tomar el carácter augusto de su orijen, cuando el alma, este álito de Dios, deja impresa en él su última emocion al lanzarse á la eternidad: ya no se observa á una mujer en el momento de la agonía, sino á un espíritu puro: nunca pincei como el de Lesueur, pintor que nos ha dejado la muerte del justo y del culpable, ha intentado reproducir las facciones de la mujer mundana que muere convertida. Adeláida hubiera sido un modelo inimitable.

Las criaturas del temple de las que acabamos de observar, no tienen todas un mismo perfume cristiano. Hemos visto mujeres de baja esfera blasonar de las formas de la prostitucion y del ateismo, alimentar con sus modales y sus hechos las calumnias de las encubridoras, morir impenitentes y ¡cosa estraña! ocuparse durante su agonía mas de probar su viginidad que de hacer una buena muerte segun los preceptos de la Iglesia.

Estas virtuosas *viragos*, son capaces de las mas comprometidas resoluciones: se las ha visto correr aventuras; la opinion las ha mancillado, y sin embargo se han conservado puras é intactas: nadie las ha querido para esposas, y precisamente lo que honra á una mujer, es la única flor de inocencia que conserva. La hija de una mujer republicana, tenida por una prostituta, cayó enferma á los veinte y cuatro años de edad, y murió: mo-

mentos antes de su muerte, y despues de haber arrojado brutalmente á un sacerdote, nos dijo con una imponente gravedad, en presencia de una señora, que sospechaba que moria por funestas tentativas de infanticidio: « Señor doctor, quiero confundir á las santurronas del bario; mañana abrid mi cuerpo por la parte *matrimonial*, y vos el primero os asombrareis de ver que soy virgen. » Hecha la autopsia, á los mas incrédulos maravilló la prueba de su castidad. Otra vez, malas lenguas de una ciudad, destilaban el mas ácre veneno sobre una jóven lijera, imprudente y muy corrida: al salir de un baile, una noche de invierno, la acometió una fluxion de pecho y murió: se confesó, pero como la maledicencia la persiguiese aun en su lecho fúnebre, el sacerdote vacilaba en *administrarla* y ella misma pidió al confesor por conducto del médico, que se abriera su cuerpo para confundir á todas las jóvenes del lugar: su voluntad se ejecutó y bajó á la tumba con fama de Virgen.

Empero, bajo las apariencias de una vida mundana y desarreglada, estos casos de virginidad *monómana*, son excepcionales y muy raros; pero cuando existen pueden explicar bien el empeño de nuestras jóvenes víctimas, de que la prueba póstuma de su *honor* mas bien que la prueba de su conversion cubra su memoria con un renombre virtuoso.

En fin, para concluir esta escena donde el alma preparada para la partida, deja el aspecto de lo que siente en su fuero interno sin poder explicarlo como lo vé, digamos que de todas las agonías y muertes de mujeres envilecidas, ninguna es mas inmundada que la de aquella cuya cuna fué un lupanar; la juventud, una larga y abrasada órgia, la edad madura, una sárie de engaños clandestinos. La verdadera encubridora es segun nuestro sentir, el ser humano de alma mas aplanada: la costumbre del tráfico de carne, solo la ha enseñado una cosa, el poder comprender cual ó cual ninfa de su coleccion puede darla mas beneficio. Hija de una madre ignoble, ha recibido con la vida la sangre infestada; despues ha cooperado á infestarla mas por su cuenta, y por

fin, el uso ilógico del mercurio, no ha contribuido poco á apagar en su espíritu las sencillas nociones comunes é innatas de la conciencia y de la humanidad.

De todos los medicamentos que pervierten el ser moral, que ponen trabas al libre albedrío, que hacen desconocer las grandes verdades de la moral y de la religión, el mas decisivo es la saturación mercurial del cuerpo y en particular del sistema cerebro-raquindiano. Si fuere este lugar para que á propósito relatáramos casos de idiotismo y embrutecimiento ocasionados por tratamientos mal concebidos, podríamos también demostrar el análisis químico de los cerebros humanos donde se ha encontrado el mercurio al natural: sea como fuere, este dato médico basta para explicar en parte la estupidez, la indiferencia y la muerte bestial de una matrona. Confesamos haber asistido á una escena de este género á cuyo solo recuerdo se nos cae la pluma de las manos. Una de esas *viragos*, encubridora, pensaba en retirarse de su comercio para vivir en el campo con el fruto de sus economías (1). La robaron, y no pudiendo sobrevivir á la pérdida de su tesoro, se envenenó con arsénico: un pobre perro de aguas, único ser á quien la matrona tenía algun afecto por instinto, fue envuelto en la misma catástrofe, comiéndose la mitad de la fatal preparación. Esta enorme mujer (la mayor parte de ellas son obesas) tendida sobre su lecho, temblaba y gemía agitando en las órbitas de sus ojos dos pupilas redondas é inflamadas como las de una fiera mortalmente herida. Aun no habia proferido ninguna queja, cuando un sacerdote apareció al otro lado del lecho donde nos encontrábamos, que tenia en una mano un vaso con un licor que neutralizaba el efecto del veneno. Al aspecto del santo hombre, los dos brazos de la matrona se abrieron como un resorte; con una de sus manos arrojó el vaso, y con la otra amenazaba al pobre sacerdote; entonces su boca se

(1) Véase á Parent-Duchatelet. *De la Prostitution dans la ville de Paris*, cap. 7.º DES DAMES OU MAITRESSES DE MAISONS, tomo 1.º pág. 423 y siguientes.

abrió y en medio de los mas atroces dolóres se puso á ahullar : « canalla , clerizonte , ¿quién te ha llamado? vete, vete, no hay Dios, no hay Virgen:» estos juramentos proferidos por la desdentada boca de una vieja , tenían una significacion satánica ; mientras mirábamós con temor á esta furia en medio del estertor de su horrosa agonía , tendida al lado del perro que tambien espiraba , y que sacaba su lengua cubierta de bava , un gran gatazo negro que no habíamos visto , se arrojó con familiaridad junto á ella , y comenzó á afilar las uñas en la colcha : su muerte fue horrible , y su cadáver asqueroso.

Estas encubridoras viejas son seres sin corazon y de un instinto á penas intelectual: solo han sabido raciocinar una cosa , el instinto material del sentido de la generacion del hombre y de los medios de engolosinarle en los deleites groseros : su vida está sembrada de incidentes abominables que revolucionan á la moral y á la humanidad: todas han sufrido penas judiciarias , graves , y han salido del calabozo del mismo modo que ciertos forzados libres del presidio , donde se han pervertido mas (1) , y ejercen su industria con un refinamiento inaudito , diciendo que la soledad de la cárcel las ha hecho *génios en su oficio*. De quince matronas cuya inmoralidad nos ha sido manifiesta por los registros de presos , todas han sufrido diversas penas: dos han sido presas cinco veces por crimen de seduccion de jóvenes pobres ó huérfanas ; nueve han sido convictas muchas veces de robo ; cinco han sido cómplices de asesinatos cometidos en sus lupanares ; una habia asesinado por su mano á un parroquiano á quien encontró sin dinero para pagar , otra mató á su madre de un badilazo : estas mujeres andan en tan malos sitios , no han conocido nunca religion ni respeto humano , y no es raro que mueran profesando la fórmula de un estúpido ateismo. Ademas , ¿quién ha podido instruir las acerca de nues-

(1) Fregier. *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes*. Paris 1844 , tomo 1.º , pág. 251.

(N. del autor).

tres deberes en la tierra? Los hombres que ellas han visto á cualquiera clase de la sociedad á que pertenecieran, no iban á su inmundicia para poner cátedra de continencia.

No obstante, sabemos por algunos alcaides de cárceles y capellanes de las mismas, que las que mueren en la prisión, manifiestan una cosa vaga á la hora de la muerte, que se asemeja al arrepentimiento, pero sin fervor y sin remordimientos: continuarían en su costumbre, si volviendo á la vida, se les abriese las puertas de la cárcel. Véase un ejemplo de esto.

Habia en uno de nuestros puertos de mar una matrona *modelo*, de una obesidad enorme. Un día que, montada en un caballo, recorría los campos para cazar á una pobre aldeana, el frote de la silla la hirió en las partes bajas. Volvió por la tarde á su casa, y vió que tenia una herida, que rápidamente se agangrenó. Después de algunos dias de enfermedad, esta masa de carne, *caprichosamente cortada*, solo era un cadáver, aun animado, que se deshacia en medio de la putrefaccion. Ninguna alma asquerosa, se habia mostrado mejor bajo su verdadera cubierta; sin embargo, un sacerdote se habia atrevido á hablar de religion á esta base de inmundicia, y obtuvo un simulacro de arrepentimiento. Esta inesperada conversion asombró á todo el mundo, hasta al médico que la prodigaba inútiles atenciones. ¡Qué! la decia, ¿hablais de buena fé? ¿Es cierto que renunciáis á vuestro oficio? Decidme la verdad, eso es solo lo que os pido. Entonces la vieja matrona, poniendo la mano en el corazon, respondió: «A decir verdad, tan cristiana soy en el dia, como en los tiempos felices en que mi industria llenaba mi bolsa; pero, ya se ve, á la orilla de la tumba es preciso entrar en ella como todos entran, y si tuviera la felicidad de volver á la vida, para no deber nada á nadie, volveria á mis antiguas mañas.»

Terminaremos aquí nuestras observaciones, acerca de la agonía de las mujeres, bajo el aspecto puramente moral. Es evidente, que la gran diversidad que hemos observado en su manera de desenlazar el drama individual de la vida, consiste en el grado de moralidad religiosa y

materna, y casi siempre en el conocimiento profundo de lo que en ellas fué pasión, manía y pensamiento fijo: sea cual fuere su posición social, la mujer de un solo marido y de familia, es aquella cuyos últimos momentos son más solemnes y *reveladores*. Una buena madre nos decía á la hora de su muerte: «Pues es preciso partir, me voy sin sentirlo; estoy segura de mi conciencia con Dios, y de mi marido con las mujeres. Ayer, cuando creían que ya había espirado, abrí los ojos, fijé la vista en mi pobre marido, y leí en él mil veces más amor del que sus labios me habían dicho. ¡Oh, con qué placer hubiera muerto entonces!»

Las lecciones contradictorias de la nueva sociedad, que ya hemos demostrado, y que fomentan en un corazón de mujer, la vana ambición de usurpar el papel del hombre, son el manantial de los infinitos estímulos intelectuales, y de las enfermedades nerviosas, volubles, que hacen de una mujer un ser particular, amalgamada de fuerza y debilidad, de grandeza moral y de cobardía, que la apartan de Dios y de la familia, y la preparan una lamentable agonía, y una muerte pusilánime.

### FIN DEL TOMO PRIMERO.

---

---

## TABLA DE LOS CAPITULOS.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### INDUCCIONES FRENOLÓGICAS Y MORALES.

*Definición de la palabra agonía. — Consideraciones morales sobre esta última fase de la existencia humana. — Del alma. — Medios de apreciar la fuerza, la altura y la extensión. — Estos medios son físicos y metafísicos. — El estudio del cerebro, es la llave natural de toda ideología con respecto á los primeros. — La plástica (1) de la forma de este órgano, se reveló á los egipcios y á los griegos como medio diferencial de los caracteres y de las razas. — La frenología comparada, es la luz de la psicología. — Pruebas de este axioma, sacadas del estudio de la antigüedad. — De la hermosura femenina, y del óvalo superior de la cabeza. — El cerebro es la miniatura del hombre, el homúnculo del alquimista. — Las protuberancias, son los medios de contacto con el universo. — Frenología de las almas superiores. — De la revelación. — Es-*

(1) Plástica, se dice de la facultad y virtud de formar.

(Nota de los traductores).

tado del alma en la agonía ó en la proximidad de un gran peligro.—Del sentido metafísico ó revelador.—Ejemplos de segunda vista.—El órgano del sentido religioso eleva al alma hasta la inteligencia de las cosas del cielo.—Éxtasis piadosos y agonías reveladoras.—Ejemplo inaudito de trasfiguración.—Frenología de las almas inferiores.—Forma retrógada de la cabeza clásica.—Agonía de los grandes criminales.—La calcetera de Marat.—Instinto de crueldad y destrucción en tiempo de anarquía.—Diferentes fines del hombre.—Lucida inteligencia á la hora de la muerte. . . . 21

## CAPÍTULO II.

### INFLUENCIA DE LAS RELIGIONES Y DE LOS GOBIERNOS EN LA AGONÍA Y LA MUERTE.

- 1.º De las religiones.—Ideas generales acerca de las agonías que estas preparan.—Fin ú objeto revelado de un culto.—Del islamismo.—De su espíritu.—Carácter del verdadero musulmán.—Del fatalismo.—Fábula de los houries.—Del Alcorán.—Agonía y muerte de los hijos de Alá. 2.º De la religion protestante.—Su influencia en la moral de los pueblos.—De su moral y sus dogmas.—Fin del protestante. 3.º De la religion cristiana.—Consideraciones acerca de las diversas creencias.—Protección de un gobierno á un culto.—El cristianismo en Italia.—Su influencia en los espíritus.—Política y diplomacia de las córtes de Roma y de Viena.—Inquisición monacal.—Del cristia-



nismo supersticioso.—Culto, ceremonias, creencias y costumbres de la Italia Central.—Protesta contra los tiranos.—Agonia y muerte de los romanos.—Muerte de los papas.—El cristianismo y la agonía en Toscana, Córcega y Francia.—Dos palabras acerca del fin de los árabes en Argel. 71

### CAPÍTULO III.

#### DE LA EMBRIAGUEZ.

De la embriaguez.—Consideraciones generales.—Influencia del abuso de los licores alcohólicos en las costumbres y la constitucion de los pueblos.—Resultados patológicos.—Ejemplos diversos.—Marineros del Norte y del Mediodía de la Francia.—La embriaguez prepara al espíritu para la esclavitud.—Agonia y muerte de los borrachos. . . . 109

### CAPÍTULO IV.

#### DE LA AMATIVIDAD (1).

Funciones del cerebro.—Del matrimonio y su influencia en la familia y en el estado.—El exceso de la civilizacion ha desnaturalizado el sentido de esta institucion.—El novio de avanzada edad.—El marido septuagenario.—De los celos, y sus

(1) Véase la pág. 19.

(N. de los traductores).

consecuencias.— *Notable ejemplo de muerte por celos.— Erotomania.— Histerismo por extincion y depravacion del sentido de la generacion.— Educacion contradictoria de las hijas.— Una Safo.— Escorbuto histórico.— De la poligamia.— De los hombres de vida erótica.— Su agonía y su muerte.— Propositiones relativas á la educacion del cerebello.— Conclusion. . . . .* 125

## CAPÍTULO V.

### DE LA PASION DEL JUEGO.

*De la libertad moral del hombre.— Un regicida.— Causa de las monomanías.— Casas de juego.— Carácter del jugador.— Los presidiarios jugadores.— Cabezas características del género.— Ejemplos diversos.— Suicidio por pérdidas en el juego.— El jugador arruinado.— Historia de una pasion de juego.— Fines diversos.— Las mujeres jugadoras, y la loteria.— Otro prisidiario.— Conclusion. . .* 152

## CAPÍTULO VI.

### DE LA USURA.

*Sicología del usurero.— Su carácter, sus costumbres, su aislamiento social, su agonía y su muerte.— Ejemplos y retratos.— Muertes violentas del usurero. . . . .* 169

## CAPÍTULO VII.

### DE LA AVARICIA.

*Sicología del avaro.—La avaricia disfrazada.—El demandadero.—El padre de las cárceles.—La manía de amontonar riquezas puede mas que el amor á la vida.—El avaro vacilante entre dos poderes.—El lecho de un avaro.—Frenología.—Medicina del avaro.—Una enfermedad.—Falsa educacion de los avaros letrados.—El avaro no cree morirse nunca.—Es poco religioso.—Agonía y muerte.—Última palabra á su último suspiro. . . 179*

## CAPÍTULO VIII.

### DE LOS SUICIDIOS.

*Causas del suicidio en la adolescencia.—El joven predestinado al suicidio.—Frenología.—Diez y ocho años y Paris.—Enagenacion del sentido comun.—Tédio de la vida, y vacío del alma.—Suicidio por inmoralidad.—Frecuencia de estos.—Otro ejemplo.—Educacion llamada liberal.—El estudiante de medicina.—Un minuto de moralidad.—El ópio.—La falta de religion es causa del suicidio.—Muerte horrible.—Ciega preocupacion de la idea de la nada.—Falsa filosofia.—De los*

espíritus fuertes (1).—*Todas las inclinaciones, todos los afectos pueden degenerar en manía de suicidio.—Mas sobre frenología.—Suicidio por ambicion impotente.—El mercader de Pisa.—De la sed de oro, y la Francia mercader.—Estadística del suicidio.—El valor desordenado es causa de la muerte.—Atroz suicidio de un marinero.—Del amor considerado como causa del suicidio.—Mortis amor.—La niña romántica.—La virago sentimental.—Desesperacion amorosa.—Horroroso desenlace.—Bailes de niños.—El mas horroroso de los suicidios por desengaños de amor.—Fanatismo religioso.—Ejemplos.—Lipemanía (2).—Falsa pasion de gloria.—Muerte poética.—Las enfermedades de la piel son causas del suicidio.—Una prueba.—De la nostalgia.—Duelo á muerte.—Conclusion . . . . .* 193

## CAPÍTULO IX.

### AGONÍA Y MUERTE DE LAS MUJERES.

*La verdadera mujer.—Su vida y su muerte.—La que ambiciona un nombre y una clase.—Sicología del género.—Nacida para el amor.—Su fin.—Mortis horror.—Mujer de moda.—La accendida.—Su muerte.—Lecciones materialistas y del histerismo.—Su influencia en las mujeres.—El*

(1) Llama el autor espíritus fuertes á los que tienen en poco la religion y no se cuidan de su salvacion.

(2) Manía religiosa.

(N. de los traductores.)

pueblo y sus hijas víctimas.—*Imitacion de un mal modelo.*—*Falsa educacion de las jóvenes.*—*Imitacion romántica.*—*Las tres categorías de solteras.*—1.º *Las místicas.*—2.º *Las emancipadas.*—*De su vida y su muerte.*—*Ejemplo.*—*Mal fin.*—3.º *Las prostitutas.*—*Su fisiología.*—*Estadística de las prostitutas en el Sur de la Francia.*—*Frenología.*—*Atrofia uterina.*—*De las malas solteras bajo el aspecto moral y religioso.*—*Una María Ejiptiaca en Provenza.*—*El marinero y la mujer mundana.*—*Los tres fines de la prostituta.*—*Una biografía del género.*—*La mujer de mala vida en el hospicio.*—*La encubridora rehabilitada.*—*La mujer que encarga su autopsia.*—*La matrona ó alcahueta.*—*Su muerte.*—*Conclusion.* . . . . . 239

FIN DE LA TABLA DEL PRIMER TOMO.

modelo.—Falta educación de las jóvenes.—Lucha  
 con continencia.—Las tres categorías de solte-  
 ras.—1.º Las melancólicas.—2.º Las emancipadas.—  
 De su vida y su muerte.—Ejemplo.—Mal fin.—  
 3.º Las prostitutas.—Su fisiología.—Estadística  
 de las prostitutas en el Sur de la Francia.—Eti-  
 ología.—Atrofia uterina.—De las malas solte-  
 ras bajo el aspecto moral y religioso.—Lina Ma-  
 ría.—Ejemplos en Francia.—El nacimiento y la  
 mujer mundana.—Las tres fases de la prostitu-  
 ta.—Una historia de un puero.—Una mujer de  
 mala vida en el pópulo.—La escuela de la expo-  
 sición.—La mujer que encierra su culpa.—  
 La medicina y el crimen.—Su objeto.—Conclu-  
 sión.

FIN DE LA TABLA DEL PRIMER TOMO.

# AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

ASPECTO HUMANITARIO, ENDÉMICO Y RECLUSIVO

EL DOUTER UVE:

AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

TOMO SEGUNDO.

MADRID.

OFICINA EDITORIAL DE LA REVISTA DE NEUROLOGÍA Y PSICHIATRIA.

AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD



# AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD,

consideradas bajo el

ASPECTO HUMANITARIO, FISIOLÓGICO Y RELIGIOSO;

POR

**H. LAUVERGNE:**

*traducción de los señores*

D. FRANCISCO LUIS DE RETES Y D. JUAN GARCIA DE TORRES.

---

Quand la mort ne finit pas brusquement un homme, les phénomènes de l'agonie improvisent aux regards d'un observateur impartial le plus inexorable peintre de portrait qui fût jamais. Alors l'âme qui déloge se montre telle qu'elle fut; quelques heures lui suffisent pour exposer dans toute sa nudité le résumé de la plus longue vie.

*Discours préliminaire.*

---

---

TOMO SEGUNDO.

---

---

**MADRID:**

OFICINA PROVISIONAL DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.  
CALLE DEL FOMENTO, NÚMERO 7.

—  
1845.

# AGONIA Y MUERTE

EN TODAS LAS CLASES DE LA SOCIEDAD

considerada bajo el

ASPECTO HUMANITARIO, FISIOLÓGICO Y RELIGIOSO

por

**M. LAUVERGNE**

Traducción de los señores

**D. FERRUCO LUIS DE RIVER Y D. GUAY GARCÍA DE TORRES**

Quand la mort se fait par insensiblement  
un homme, les phénomènes de l'agonie  
imposent aux regards d'un observateur  
tout important le plus inévitable point de  
de partir du 101 jamais. Alors l'âme  
qui déloge se montre telle qu'elle est;  
quelques heures lui suffisent pour exprimer  
ses dans toute sa naïveté le résumé de sa  
plus longue vie.

Discours préliminaire.

**TOMO SEGUNDO.**

**MADRID:**

OFICINA PROVISIONAL DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.  
CALLE DEL FOMENTO, NÚMERO 7.

1842.

## CAPÍTULO PRIMERO.

### AGONIA Y MUERTE DE LOS HOMBRES.

#### Resumen.

La hora de la muerte.—1º. Hombres de *instinto* intelectual.—El marinero llamado Sin Pluma.—Falta de libre albedrío.—Los presidiarios.—Mal ingerto humano.—Estadísticas.—Leon el sentenciado.—Contribucion de los presidios.—Ejemplo y suplicio extraordinario.—2º. De los hombres de inteligencia.—Sicología.—Colocacion de un hombre en el globo.—El artesano de baja esfera.—La fé, las creencias y la indiferencia en materia de religion.—Las pruebas contradictorias.—Profecía.—Resultado de las teorías escépticas.—El positivismo en las profesiones liberales.—De los eclesiásticos y del sacerdocio.—De los militares.—Revelaciones en el campo de batalla.—San Juan Ulloa, Bessieres, Lannes, Lasalle, Drouot.—M. de las Cases.—El fanatismo patriótico y el campo de Fleurus.—El soldado republicano.—La era imperial.—Muerte del soldado.—El pirata.—3º. El hombre de génio.—Los grandes artesanos.—De su agonía.—Influencia del vapor en el siglo.—Un inglés virtuoso.—Su muerte.—Jacquar.—El génio materialista.—Influencia de la moda.—Del celebre.—El odio y la envidia cesan antes de la muerte.—De las creencias religiosas y de las ciencias matemáticas.—Influencia social de estas últimas.—Muerte de un génio sin cultura.—El génio de las bellas artes.—Del elemento católico.—Literatura moderna.—La poesia y la pintura.—Ejemplo.—El pueblo de las personas ricas.—Fin de un ambicioso por fuerza.—Agonía y muerte de un artista.—Beethoven.—De la música.—Los marineros artistas.—Enfermedades y muertes de los artistas.—Conclusion.

La agonía y la muerte del hombre considerada bajo el punto de vista en que se halla colocado en el orden social, se nos ha manifestado, en el curso de nuestras observaciones, como un testo inagotable de datos cu-

riosos y de investigaciones humanitarias. Cuando se han presenciado con un fin filosófico (como nosotros hemos tenido ocasion de hacerlo) mil fallecimientos, cuando á la cabecera del lecho de un ser que va á dejar de existir se ha sorprendido su último pensamiento, su último deseo, su última emoción, se puede estar seguro de haber recogido de una manera infalible el completo resumen de una existencia, que se creia conocer y cuyo enigma solo la muerte adivina. Si, las últimas fases de la agonía, tienen mucha analogía con los pésimos y antiguos dramas en que cae el telon, cuando el héroe principal atado con fuertes ligaduras aparece ante los jueces que han de decidir de su suerte. No es extraño ver entonces presentarse en la escena el mismo héroe, oírle hacer la relacion de los acontecimientos de su vida entera, y profetizar la sentencia del tribunal. Con razon dijo Pétrone que todos los hombres ejercen el oficio de historiones; pero debemos añadir que cuando el escotillon se hunde bajo sus pies, y cuando yace en un lecho funebre, aparecen generalmente tales como han sido bajo la máscara que les cubria, como el actor de que hemos hecho mencion. En el alma de un moribundo difícilmente cabe disimulo.

La hora de la muerte observada con abnegacion de todo sistema demuestra la realidad de un sin número de problemas que en vano intentamos resolver con el auxilio del raciocinio y que prueban la poca solidez de las diversas teorías sobre la predestinacion del hombre. Nada hay mas vario que el hombre, y por eso la agonía prueba la gran diferencia que existe en la naturaleza de las almas. Unas se manifiestan por la voluntad del instinto, otras por las de la inteligencia de las cosas mas sublimes. Las que se toman por tipo cuando se trata de la dignidad humana se dan á conocer por el conocimiento profundo de lo infinito y de lo inexplicable. Asi es que se muere como se ha nacido; es decir siguiendo la especie de alma de que nos dotó la casualidad al hacer. Esta diferencia es el móvil de nuestras observaciones sobre el modo de morir de los hombres, *instintos, inteligencias y géntos.*

1.<sup>a</sup> Los hombres instintos son aquellos cuyo cerebro tanto bajo el aspecto físico, cuanto con respecto al moral ha quedado incompleto. A estos *lisiados* del pensamiento humano incapaces de conocer lógicamente las sencillas nociones de lo justo y de lo injusto, les hace vivir el aguijón de las necesidades naturales y de las pasiones brutales. Hemos tenido ocasion de ver algunos de estos seres incapaces de comprender mas que el comer ó beber, cuya alma realmente inferior en el órden de la creacion, y quizá desviada de su predestinacion, no ha podido nunca elevarse á una creencia, á un dogma de la fé, y que ignorando hasta que hay otra vida, mueren como una cosa animada sin apercibirse de ello. Así es que, se puede muy bien andar en dos pies y no ser hombre. Si: el alma no es igual en todos, como lo es el barro de que está formado el cuerpo. El salvaje que cree en el espíritu de sus padres, y que muere en la persuasion de que va á reunirse á ellos, no es ya el hombre instinto. ¿Quién sabe si el animal que nos ha querido, y cuyos ojos moribundos manifiestan á su amo los sentimientos afectuosos de la amistad, no encierra en sí un álito mas puro que el de los estúpidos mortales de que hablamos? Parecerá cosa extraña, pero si las cualidades afectivas son una medida natural para apreciar el valor de un alma, vemos el cafre que es el tipo mas degradado de la especie humana y vemos tambien al perro que tanto dista de ella, susceptible de dar lecciones de sensibilidad á hombres llamados de la hermosa raza, y que nada tienen de ella sino el perfil caucasiiano. La filosofía que se inclina á las demostraciones metafísicas, nos demostrará algun día por qué un animal que no debe nunca comprender á Dios ha dado mas pruebas de sensibilidad y de entendimiento que un hombre cuyo corazon está vacío, y cuya alma no tiene moralidad ni religion.

Estos hombres instintos que tienen ademas el cerebro mal formado, permanecen por solo este hecho congenial, dóciles como corderos, ó indomables como fieras. Ya hemos citado varios ejemplos en el curso de esta obra; pero hacemos mencion de un marinero á

quien hemos estudiado por mucho tiempo, el cual se llamaba Sin Pluma. Este apodo le habia sido puesto por sus compañeros del navío *La Lamprea*, en el cual se habia embarcado. Este hombre tenia un cráneo y una cara que los menos penetrantes comparaban á un becerro. Era tan estúpido y tosco, que nunca pensaba en la parte moral de alguna cosa. Sin Pluma habia merecido este título, porque le era indiferente que su traje fuese bueno o malo, gastando el dinero sin pensar nunca en él, pues era tan insensible al frio como al calor. Cuando le enviaban á tierra conduciendo el pequeño rebaño de un navío se dormia en cualquier sembrado sin cuidarse de la hora en que debia retirarse, y de la corrección que le esperaba á bordo. Recordamos que en una isla del Archipiélago Griego, una cabra inteligente que conducia el marinero á pastar, llegaba á la orilla á advertir al vigía con un fuerte balado que viniera en su ayuda y en la del pastor que se habia dormido, en una maleza excesivamente húmeda.

Sin Pluma era todo apetito: se hubiera saciado todos los dias de carne, de galleta ó de vino si la racion no hubiera sido para él una regla que no podia traspasar; comia bien en compañía de los marineros, ó de los carneros, pues le era indiferente, estar en sociedad de unos, ó de otros, en razon á que como nada pensaba, no escuchaba, y por consecuencia nada tenia que decir. Sin embargo, conocia maravillosamente el carácter instintivo de los animales, que la necesidad ó la casualidad reúne á bordo de un navío. De modo, que cuando estaba de servicio durante la noche sobre el puente, le sorprendimos muchas veces en un rincon, teniendo entre sus piernas á un gato ó un perro, sobre el comer, el beber, ó cualquiera otra cosa de puro instinto, y á los que interrogaba les hacia chillar, pellizcándoles en cierta parte del cuerpo; y lo mas extraño es, parecia que mal articuladas palabras contestaban á sus preguntas. Confieso que he oido á un gato á quien decia lleno de cólera. *¿Quién se ha comido mi chuleta?* mayar lastimosamente pareciendo decirle en dialecto provenzal. *Es iou* (yo he sido).

Sin Pluma, se llamaba tambien *Miseria*, sufría sin quejarse las privaciones que son ajenas al oficio de marinero, y á mas los malos tratamientos de sus compañeros; pero él, como un animal, solo hacia cuanto estaba de su parte para alimentar bien sus carneros y limpiar la proa. Cierta dia le untaron la cara mientras dormía, con miel mezclada con hollin, y le echaron encima plumas; mas, en lugar de irritarse se reía con los demas. Otra vez hallándose profundamente dormido, cortaron las cuerdas de su homaca, y cayó sobre el puente del navío; se levantó con la mayor calma, y sin incomodarse se puso á colocarla nuevamente.

Miseria, sin Pluma, ó como quiera llamársele, era de una insensibilidad física, de que no he visto ejemplo. Hubiera sufrido sin emocion una operacion cruel, siempre que le hubiesen recompensado despues con una larga posesion de vianda. Tenia el vigor de un toro, y no daba sino asentaba un puñetazo; habia ido á la escuela, y no sabia el alfabeto; tambien decia que habia hecho su primera comunión, é ignoraba con que mano se hace la señal de la Cruz.

Despues de la campaña dejé de ver á Sin Pluma; algun tiempo despues le encontré empleado en el humilde servicio de cortar leña para la ciudad, y habiéndome un dia enviado á buscar de una quinta vecina, le encontré de mozo de cuerda; estaba atacado de una diarrea crónica, acostado entre el ganado, y en un estado totalmente desesperado. Sin embargo, un sacerdote vino diversas veces á hablar de sus deberes de cristiano, y segun decia, jamás se ha hallado durante su largo ministerio un alma mas endurecida, y un ser mas difícil de conmover en lo que se llama conciencia y espíritu de religion. Yo asistí una vez por casualidad á una de estas exhortaciones. Sin Pluma, casi moribundo, y con los ojos cerrados, parecia escuchar; mas cuando el sacerdote le preguntó si deseaba que volviese á visitarle, respondió con un tono indiferente. «Dejadme en paz ó dadme de comer.»

Sin embargo, Sin Pluma, que todo era estómago, hacia poco aprecio de la vida, si debía sostenerla con la

tisana y las drogas. También puede ser, que el que le prometia la gloria eterna, queriendo manifestarse á él, le habia indispuerto contra sus exhortaciones, porque le solia amenazar con el infierno y las penas eternas. Una noche desapareció, y se le halló muerto en el fondo de una caverna, colocada al pié de la montaña, tenia á su lado una botella vacía, un salchichon del que habia comido la tercera parte, y un gran pan de avena apenas comenzado. Mientras conocimos á Sin Pluma, consideramos en él, no una inteligencia, pero sí un estómago. Recuerdo que cuando se apartaba del régimen establecido á bordo, padecia á menudo indigestiones, y entonces no respondia á las preguntas de ninguno de sus camaradas; pero en el instante en que le advertian que se iba á matar un buey, sentia renacer el instinto carnívoro, y arremangando las mangas de su camisa, iba á ofrecer sus servicios para degollarle ó despedazarle.

Si la inteligencia de las cosas morales, supone al menos que un alma mediana, es un artífice que existe en nosotros para trabajar en los materiales esparcidos en el universo, conquistar el mundo para nuestra perfeccion intelectual, y elevarnos por el reconocimiento al que es todo y está en todo, seguramente Sin Pluma era, á nuestros ojos, una excepcion humana, un cerebro de *instinto*; su vida, y su muerte lo han probado.

Los hombres brutos é incompletos, sin determinacion moral fija, hacen el mal, por lo regular, sin preveer las penas morales en que incurren. Si caen bajo los golpes de la ley, que les castiga, caminan indiferentes y estúpidos, sea al cadalso, sea á las galeras, permaneciendo como animales insensibles, hasta que el instinto del mal les impele á alguna accion enorme. Una vez, en el presidio de Tolon, se hallaron unos cuantos que se propusieron dar muerte á sus guardianes. El primero que dió el golpe mortal á su vigilante, murió con la mayor sangre fria en la guillotina. Este ejemplo no enfrió el ardor de los otros; pagaban *alegremente* con la cabeza de uno de ellos el asesinato de una víctima inocente; la conjuracion duró muchos meses, y el sacerdote que les asistia en el suplicio, no conseguia de ellos, ni mas ni me-



nos, que lo que alcanzó el de Sin Pluma; le escuchaban, y nada más. Si no le repelían, era quizá porque su último y suntuoso banquete dependía de las exhortaciones del pobre sacerdote. Sin embargo, todos los domingos, los forzados asistían á una plática cristiana, y entre ellos se hallaban los cómplices del último decapitado, que oían la relación de las penas que en la otra vida esperan á los asesinos; pero ninguno se convirtió á la Divina palabra, porque ninguno faltó al juramento que había hecho de matar á uno de los guardas ó celadores de los galeotes. Después que habían satisfecho su venganza, morían sin remordimientos, sin la conciencia de un Dios vengador, y algunas, pero raras veces, con la hipocresía del arrepentimiento, siendo esto tan cierto, que al caminar hácia el suplicio, asistidos del sacerdote, nunca dejaban de saludar á uno de sus guardas, gozosos con una próxima y terrible represalia. Estos hombres de malvada condición, son muy comunes en los presidios; y los letrados los salvan, porque admiten, para libertarlos de la guillotina, la ausencia de la razón y del libre albedrío; ni una cosa ni otra tienen, es cierto, pero han nacido malvados, con una masa cerebral inferior dada por las pasiones instintivas.

Los que viven en el mundo como seres estúpidos, sin inclinaciones á la destrucción, son la misma clase de hombres, bajo el concepto de la ausencia de las facultades intelectuales de un orden regular; se diferencian en que nunca son asesinos á sangre fría, viven como los rumiantes que desde edad temprana han sido obligados á sufrir el yugo del arado, y que han olvidado el uso natural de sus armas defensivas; al ver semejantes individualidades, es preciso convenir en que todos los hombres no nacen iguales; pues por mucho que se haga para ligarlos á la fé común y á las más simples ideas de la humanidad, viven y mueren próximos á la condición de un instinto bestial.

No se crea por esto, que semejantes hombres de masa cerebral recojida hácia atrás, tienen las señales del idiotismo, y salen, por consecuencia, del tipo convenido que analizamos. Todo lo que produce el instinto, apenas in-

teligente, de un hombre inferior, es muy lógico en su modo de considerar las cosas. No uncirá un buey detrás del arado, pero no podrá elevarse hasta la sencilla fé en Dios, porque no ha recibido para esto, ni una sola partida de este sentimiento religioso, negado por los unos y admitido por los otros, y que sin advertirlo, nos obliga á reconocer lo que filósofos mas sábios no pueden concebir, á pesar de las luces adquiridas por su inteligencia. Hemos visitado poblaciones salvajes, en las cuales no habia señal de culto ni religion; el misionero que los ilustraba, nos aseguró que un gran número de estas criaturas, que creíamos faltas de entendimiento, aparecian repentinamente convencidas de la idea de un Dios, al solo aspecto de una ceremonia religiosa; nos decia, que habia tambien otros, entre los cuales, el Espíritu Santo descendiendo del cielo para iluminarlos, intentaria en vano penetrar en las tinieblas de sus espíritus. Estos son, entre los salvajes, lo mismo que los hombres de instinto entre nosotros.

En general, los *conjuntos de instinto humano* (para distinguirlos del instinto animal) procrean seres parecidos á ellos, que nacen, viven, sufren y mueren sin haber tenido un pensamiento divinizado de su ser todo material. Los *conjuntos* de inteligencia mediana ó superior, aunque mas raramente, suministran á la sociedad sus mutilaciones de entendimiento. Los hombres *génios*, son los menos á propósito para las reproducciones vigorosas tanto en lo moral, como en lo físico. De esto se deduce, que facultades del orden metafísico como las del género, no son hereditarias. El hijo de un Newton, del hombre que ha visto mas de cerca al Eterno en todo el esplendor de su gloria, puede decaer hasta el último extremo del instinto humano; los vástagos de los hombres de una inteligencia mediana, pero dotada de un buen sentido, es decir, de la comun razon de las cosas, son los injertos humanos que menos degeneran de su primitivo origen. Conocemos doce familias patriarcales, notables por su modo de vivir y de morir, y sabemos que en el transcurso de tres siglos, por el estudio de sus retratos de familia, y de sus acciones, estas mis-

mas familias de inteligencia mediana, y de sano entendimiento, se reproducen de padres á hijos en lo físico y en lo moral, del mismo modo, que los vástagos inmaculados de un hermoso árbol.

Las diversas comarcas de la Francia, producen hombres de instinto intelectual en proporciones desiguales, y en relacion con las costumbres groseras mas ó menos arraigadas, que desnaturalizan en el tronco materno la organizacion normal del árbol *cerebro-raquidiano*. Esta degeneracion es análoga á la del sistema vegetal, cuando un tipo vigoroso mal alimentado pasa al estado de salvatigüez. Segun los cálculos estadísticos que damos por exáctos, de cien niños que nacen en el medio dia de la Francia, la naturaleza procrea siete seres estúpidos ó instintivos; esta proporción es menor que en el Norte, en donde segun las ilustraciones del doctor Blanchet (1) en Cherbourg, se cuentan de setenta y cinco nacimientos, siete deformidades del cráneo, que estudiadas despues en su desarrollo completo, se han hallado un entendimiento obtuso y sin fondo. Esta diferencia debe tener dos causas principales: la privacion del Sol y sobre todo, el abuso de las bebidas fermentadas. Hemos dicho y repetimos, que los borrachos de profesion engendran, por lo regular seres predestinados á diversos géneros de locura ó de estupidez.

Estos hombres brutos, son sin embargo escasos en la sociedad, pues mueren jóvenes: la intemperancia y las pasiones sensuales, minan su naturaleza desde muy temprano; suelen casarse con mujeres que se les asemejan, y como son incapaces de ejercer ninguna industria que exija cierta dosis de inteligencia: vejetan inútiles, ociosos, ó en los mas bajos empleos domésticos. Si el camino del mal se presenta á ellos, le recorren sin cuidarse de que les salga la ley al paso, y de las penas con que castiga á los malhechores; asi es que los vemos muchas veces sentados en el banco de los acusados, en las ca-

(1) Véase el Boletín de la Academia real de medicina. Paris 1840, tomo 6.º pag. 107 y siguientes.

sas de correccion, y en los presidios. Hemos conocido en las galeras de Tolon á dos hermanos convictos de homicidio; su padre habia muerto en el presidio de Brest, su hermana era una prostituta de París, su madre habia estado por dos veces en la cárcel de Embrun, que es correccion de mujeres; la naturaleza imprime un sello de reprobacion sobre estas fisonomias bestiales. La semejanza de sus rasgos fisonómicos con los de algun animal dañino, es por lo regular un hecho irrecusable. Cuando la circunferencia de su cabeza, alcanza de diez y ocho á diez y nueve pulgadas, se puede tener la certeza de encontrar uno de esos frios homicidas, de que hemos hecho relacion en nuestra obra: *Los forzados considerados bajo el aspecto fisiológico moral ó intelectual*.

Uno, entre otros, condenado para siempre á la cadena, por haber matado á un compañero empleado como él, en el servicio de una casa de fieras ambulante, merece que se haga mencion de él. Se llamaba *Leon*, tenia una contestura vigorosa, la cabeza ancha y el cráneo en declive; su cabello espeso, negro y rizado flotaba como una crin sobre su hundida y torcida frente. Lo que tenia de notable, no eran solo sus enormes quijadas, agitadas sin cesar por un movimiento convulsivo, sino unos ojos redondos, inflamados, con la pupila larga como la del tigre, y que ejercia un magnetismo aterrador sobre quien los fijaba.

Leon en las galeras estaba taciturno, vivia solo, soportaba los mayores trabajos con la impassibilidad de un estóico, no sabia leer ni escribir; sus ademanes, asi como sus miradas, eran tortuosos y obliquos; no pensaba, ni se ocupaba en nada, y acurrucado en el lecho del hospital veinte horas, de las veinte y cuatro del dia, tenia alguna semejanza con el leon cuando descansa.

Referia con estas mismas palabras la causa de su condena. «En un pueblo tuve unas palabras con un mozo de la casa de fieras; caí al suelo, de un palo que mi enemigo me descargó en la cabeza; creyéndome muerto, se preparaba á arrastrarme hácia un pozo en el cual queria echarme; cuando llegué á la pila, que estaba al

lado del pozo, me levanté, apreté con fuerza el cuerpo de mi enemigo, con una mano cojí el cuchillo, con la otra le hice bajar la cabeza al suelo, le corté la garganta y le arrojé al pozo.

Leon, al hallarse en el hospital, debía sufrir mucho; pues siendo tan impaciente é infatigable, consentia en estar echado y tener clavado un extremo de la cadena, al poste más inmediato á su cama; al tocar su cuerpo sentimos una cosa extraordinaria. Figúrese el lector que nos pareció ver un enorme boa que le daba vuelta al cuerpo, enlazaba la nalga derecha, y acababa en una punta aguda hácia el fin del órgano de la generacion. La boca del monstruo, se abría entre azul y roja en el sitio del hoyo del corazón, que parecia querer devorar.

Su cuerpo tenia en diferentes sitios varias mutilaciones, pedazos de carne arrancados, y mordeduras profundas. Leon en su lecho de miseria, como en otro tiempo delante de las jaulas de las fieras, describia con la mayor indiferencia las cualidades y los dientes del animal que le habia escalpelado. Ningun hombre podia asemejarse tanto á una fiera.

Leon padecia de un escirro, y por consecuencia debia morir. El capellan al pasar por delante de su cama, habia fijado sus ojos en él cariñosamente, y á esta mirada habia correspondido presentando el aspecto de una loba. Cierto dia este hombre honorable se arriesgó á preguntarle si se recordaba alguna cosa del catecismo.

«Sí, le respondió, recuerdo los bofetones que me ha costado en mi niñez.—¿Quereis que yo os instruya en lo que es preciso saber para prepararse á una buena muerte? Leon fijando sus dos ojos como carbunclos sobre el sacerdote, le impusó con su mirada y le redujo al silencio. Sí, en su cólera, aquella mirada que aterraba aun á hombres libres, y que en otro tiempo habia fascinado á las yenas y las panteras, era irresistible, imperiosa. Una noche Leon me suplicó por la primera vez que le hiciera dormir. Habia arrojado por la boca en aquel dia mucha sangre de un color muy semejante al del chocolate, y esta señal indicaba un próximo fin. Al dia siguiente, como padecia mucho, quisieron quitarle su

doble cadena, de peso de catorce quilógramos. El forzado que se le acercó para desembarazarle de ella, se vió obligado á retroceder, quiero dormir, «vete.» Es indudable que Leon soportaba su cadena como si fuera una lijera paja.

Hacia la mitad de la noche, sintiendo que se apoderaba de él el frio de la muerte, llamó á un enfermero y le dijo: «Dame de beber un vaso de vino, y te doy lo que tengo en el vientre.» Y espiró bebiendo una tisana. Al dar el último suspiro, tiró su vaso de estaño á la cabeza del enfermero que le habia engañado.

Veinte y cuatro horas despues de su muerte hicimos la autopsia de su cadáver, y encontramos en su estómago la causa material de la corta enfermedad que nos habia engañado hasta el punto de hacernos creer que era un escirro. Contamos hasta cincuenta sueldos en la viscera, y este descubrimiento nos explicó la dureza que se notaba en su concavidad del estómago, y por fin, el enigma de lo que tenia en el vientre. Esta suma fué religiosamente entregada al heredero de Leon. La agonía de estos seres instintivos, sea cual fuere su sexo, se pasa regularmente sin la menor significacion intelectual. ¿Si nunca han sentido nada, por qué han de sentir la muerte? Sin embargo, en el delirio de su agonía, los hemos sorprendido diciendo entre dientes palabras con que habian expresado, en otro tiempo, la sola ocupacion de su vida mezquina y laboriosa. Llega un carretero al hospital; en vano el médico ó el sacerdote quieren hacerle dar una idea acerca de su posicion, pues guarda un silencio imperturbable. Al ponerse el sol, le empieza el delirio, y ya se le ve en un ancho camino, regañando con los caballos, guiándoles, haciendo chasquear su látigo y haciéndolos parar en el relevo, justamente en el momento en que daba el último suspiro.

Una prostituta de la última clase, atacada de una enfermedad del cerebro, recuperó sus sentidos en sus últimos momentos, y no deja hasta que espira, de decir las palabras mas obscenas.

Un molinero muere á nuestra vista articulando acompasadamente el ruido monótono de su molino.

Una vieja dedicada á criar gallinas, las llama al comedero, mientras la suministran la extrema-uncion.

Un jóven pastor que ha sufrido sendas felpas de mano de su amo, expresa con sus gritos el dolor mas vivo, y muere con la idea de que acaban de darle el último golpe en la cabeza.

Un ladron estúpido, en su agonía, repite sin cesar que es inocente, y denuncia á los que eran sus cómplices.

El criado de un verdugo, no cesa de poner en órden la guillotina.

Estas diversas agonías, las mas comunes entre las que hemos observado y á las que podríamos añadir otras ciento, pertenecen á seres que han sido por la formacion retrógrada de su cerebro y por los actos instintivos de toda su vida, individualidades fuera de la inteligencia ordinaria, verdaderos autómatas de nuestra especie, estúpidamente buenos ó malos. Estamos tan convencidos de la falta de libre albedrío en estas criaturas imperfectas, que comparando los actos de su voluntad á los actos instintivos de algunos animales, hemos hecho un paralelo nada favorable á nuestra naturaleza tan encomiada por los filósofos, cuando la dan el espléndido título de la primera obra de Dios en el Universo.

No, bajo el aspecto moral, no todos los hombres son iguales; hay almas superiores, las hay medianas que componen el mayor número, y las hay tan inferiores que tocan por sus frecuentes manifestaciones al simple instinto: y para estas, por mucho que se haga, á pesar de las ventajas del nacimiento, á pesar de los pretendidos recursos de la educacion, los mas famosos monitores de la especie humana, llámense Fenelon, ó Juan Jacobo Rousseau, no harán con sus lecciones ni con sus ejemplos que una criatura mal organizada salga de los límites morales que le ha señalado la voluntad del autor de lo criado.

Se ha dicho de un modo general, que el espíritu de unidad religiosa es el medio mas lógico de ligar á un pueblo y de hacer, por decirlo así, un cuerpo nacional; convenimos. Pero si este pueblo se compone de indivi-

dualidades inferiores en el orden moral incapaces de impregnarse en la fé, los milagros de la creacion que tienen apagado el primer albor del alma humana, ¿quién ha de creer que con tales seres puede formarse una nación? Y si la naturaleza los produce invariablemente y los esparce entre la nación mas intelectual, asi como lo hace con la cizaña, que crece entre el grano, ¿está bien escogido por los legisladores el medio de disminuir su número, cuando castigan con muerte ó presidio á un hombre instinto, indiferente á la vida y á la muerte, á quien negamos un alma *alimentada con la misma vida* que la que sabe definir lo justo y lo injusto, y á la que la facultad de creer en Dios supone á lo menos la idea de su origen celeste. Ademas los hombres de que hablamos son precisamente aquellos cuya muerte y penas infamantes satisfacen las tres cuartas partes con que el Estado vindica la moral ultrajada, y el poco respeto á las leyes.

En estos hombres de instinto castigan los de inteligencia y genio, las aberraciones del alma y del corazón. Y este es á mi entender uno de los errores capitales de nuestro código criminal. La ley castiga, pero nada remedia: su impotencia se manifiesta en los presidios, porque podemos asegurar sin temor de ser desmentidos, siempre que se nos permita presentar las pruebas, que una vez por ciento es eficaz la ley que castiga á un hombre con la cadena, y que mas bien engendra una plaga social, cuya influencia moral es patente al ver el crecido número de nuevos delitos que se cometen en Francia.

El estudio de los hombres instintos prueba la ninguna esperanza de que semejantes seres vuelvan á la virtud y á las ideas humanitarias. Cuanto mas incapaces son de moralidad y de religion, mas nulos é insensibles se muestran á la muerte, bajo cualquiera forma que se presente. La ignorancia de este estado del alma y del cuerpo, no los ocupa un solo instante, como si la idea de la muerte fuese una cosa desconocida para ellos, y como si nunca hubieran pronunciado esta palabra, ni visto morir á nadie. En este sentido la humanidad puede descender algunos grados del bruto; pues que el cor-



dero que se lleva al matadero manifiesta por sus tristes balidos, que conoce la suerte que le espera. Tenemos por cierto, que los asesinos y criminales frios y organizados para serlo, solo aceptan el beneficio de la vida, despues de haber sido sentenciados á muerte: por capricho y por curiosidad de saber lo que puede suceder á sus semejantes.

El ejemplo mas incomprendible para el hombre de inteligencia y del cual nunca hemos visto caso mas extraordinario, es el siguiente: Mehemet-Alí, virey de Egipto habia sentenciado á muerte á tres bandidos de su reino que robaban á los viajeros despues de haberlos degollado. Por fin, fueron aprehendidos y conducidos á una ciudad vecina al litoral, allí ven la sentencia del *Pachá* y la órden de ejecutarlos al momento. Conducidos por dos soldados al lugar del suplicio, nada estaba preparado para recibirlos; entonces fue admirable ver á aquellos hombres-máquinas proporcionarse una estaca, cavar la tierra y plantarla en el mismo agujero; concluida esta operacion, era necesaria una cuerda y nadie habia pensado en ella. Los mismos bandidos, para acabar con su vida, fueron á buscarla á las casas inmediatas al lugar de la ejecucion; les suplicaron les diesen algunas ligaduras de palma, las cuales ataron al árbol de la estaca para unirlos y hacer una cuerda bastante larga para poderlos ahorcar. Y ademas, tres mujeres se hallaban acurrucadas frente á ellos, rodeadas de sus hijos y sin manifestar la menor emocion en su semblante: eran sus propias mujeres. En fin, despues de haber echado una mirada inteligente á los preparativos de la ceremonia, el primero llegó á la cima de la estaca con la serenidad de un valiente, rodeó la cuerda á su cuello y se dejó escurrir á lo largo del árbol hasta su completa extrangulacion. Los otros dos á su vez repitieron el ejemplo del primero, como si se tratase de la cosa mas insignificante.

Despues de la muerte de los hombres de instinto, debemos tratar de los hombres de inteligencia. Antes de entrar en materia sobre este asunto confesamos que nos ha parecido la mas complexa entre todas las que hemos

examinado. ¿Qué es, en efecto, la inteligencia y en qué puede influir en el género de agonía y muerte de cada persona?

La inteligencia es una facultad superior á la del instinto intelectual, con la ayuda de la cual un ser que de ella se halla dotado, es capaz de apropiarse las verdades de hecho y de razon esparcidas en el universo, de tener y de conservar en el presentimiento innato de un supremo Dios y de hacer servir para su felicidad lo que *crea* del mundo inmaterial, y lo que absorbe del mundo material.

La inteligencia es la manifestacion del alma; esta puede, como hemos dicho en otra parte, ser llamada artífice de nosotros mismos. Los sentidos y las pasiones son sus instrumentos. El universo y Dios son los materiales en que trabaja. Los diversos grados de inteligencia demuestran las varias asimilaciones morales de las almas, y por consecuencia sus diferencias probables. Un trabajador es malo, mediano, bueno, ó por fin perfecto. Segun los materiales que el alma elije, asi pertenece mas ó menos al culto de la materia ó al de la divinidad. Esta distincion congenial puede ser efecto del nacimiento ó producto de la educacion que le ha desnaturalizado ó mejorado. La diversidad de inteligencias y la de las causas que la ponen en ejercicio, fijan el valor de un hombre y son la llave de las inclinaciones, de los vicios, de las costumbres y del carácter peculiar de cada uno.

El alma, ó la inteligencia; como quiera llamársela, ya se la suponga grande, mediana ó inferior, lleva consigo, sobre todos los objetos de la naturaleza ó del cielo, con el que se identifica mas ó menos, alguna parte de ese calor misterioso y sublime, que llaman *amor*. Esta sensacion abraza lo que hay de mas metafísico en la naturaleza del hombre; y pues que por ella recibimos la inspiracion de Dios, es probable que el amor, ó esta facultad de sentir vivamente, es un don especial de Dios, para ciertas almas privilegiadas. Este don, aplicado á la inteligencia de las cosas, constituye el génio y la percepcion de las sensaciones afectivas, es la poesia del corazon. Una inteligencia puede existir sin génio, y puede

hacer sus funciones, tambien sin corazon. Pero las mas bellas organizaciones humanas, son aquellas en donde el alma se produce exteriormente por el corazon y por el génio. Estos corolarios sobre una cuestion tan árdua, comprendian lo que nosotros llamamos la metafísica del hombre en el estado primitivo.

La encarnacion de un alma asegura por un tiempo limitado la duracion de una inteligencia. Despues de la muerte, la humanidad concluye, y el alma vuelve al seno de Dios, que está en todas partes. El solo hecho de la observacion hace infinitamente probable, que cada especie de alma, antes de incorporarse á la máquina material del mundo, llevaba en ella la intencion, ó la fuerza, en virtud de la cual deba completarse el desarrollo de un tipo humano. Apartándonos de la distancia que separa un óvulo de un gérmen vegetal, estos dos seres sufren la ley de un poder intencional, preexistente, eterno, y de cualquier manera que quiera llamarse, alma, idea, mónada, ó simple sustancia, átomo, ó espíritu, llevan en ellos la personificacion de un hombre, ó de un árbol.

Todos nacemos en la condicion individual decretada por la Providencia, y pues que un alma solo es, en resumen, una intencion mas ó menos elevada del destino de un ser; ¿qué tiene de extraño que en el desarrollo orgánico del gérmen en que reside, no pueda traspasar sus poderes, y que el cerebro de un hombre, instinto, inteligencia, ó génio, reproduzca exteriormente la plástica de la *idea madre* ó formadora? Existen almas, que como las cosas, pueden gradualmente perfeccionarse. ¿Pero por esa regla, será permitido preguntar si hay almas *animales*, que por error de lugar se hayan colocado en gérmenes humanos? Ya hemos expresado en este particular nuestro modo de pensar, al hablar de la agonía y de la muerte de los hombres instintos. Ademas, estos tienen señalado el lugar que les corresponde, y estas señales regularmente son infalibles. ¿Sucede lo mismo con los hombres de inteligencia? No: bajo el aspecto social y religioso, el alma se halla incitada por los atractivos del bien y del mal. Oscila sin cesar entre estos dos

polos de la humanidad, hasta que al fin, según el grado y la fuerza de su natural inteligente, según la casualidad de su condicion nativa, de sus luces propias ó adquiridas, de su posicion en el mundo, y de otras mil circunstancias, toma el sitio que le corresponde en el dominio moral, religioso y material de la sociedad.

Todas estas diferencias de organizacion natural, de inteligencia adquirida, de plantacion territorial y de clase social, dan, á no dudarlo, otros tantos variantes específicos en los últimos momentos de la vida que circunscriben la agonía y la muerte. Pero es evidente que de todas estas diferencias, la clase social es la que influye de un modo mas general y mas comun sobre los fenómenos morales é individuales.

Es un hecho que las circunstancias y los acontecimientos que rodean al hombre en la colocacion de su individuo sobre la tierra, le modifican en su ser físico y moral con la misma influencia, que la accion del cielo y del sol en un árbol trasplantado de las comarcas del Ecuador al clima europeo. Por ejemplo, un soldado, que ha pasado su vida en los campamentos, y que nunca ha visto la salida del sol, sin saludar con la mayor sangre fria su último dia, si vuelve, despues de una larga ausencia, á habitar su prosáica aldea, vivirá y morirá de un modo muy diferente, del que hubiera manifestado despreciando las balas en un campo de batalla.

La posicion de un hombre en el rincon del globo que mas ha habitado, y donde ha muerto, su clase social en el mundo, deben casi infaliblemente darnos la idea y la medida de su capacidad intelectual, de su carácter, de sus ideas en moral, en filosofia, en religion, y por consecuencia, de la manera con que deberá componer el drama de su fin. Si muere en medio de las impresiones incesantes, que por largo tiempo han ocupado su alma, debe salir de la vida monómano, y convencido de todo lo que ha aprendido y profesado; si ha sido hipócrita en sus convicciones, orgulloso y calculador; si blasfemaba de Dios, con la duda en el alma; la hora de la agonía, en que se toca el peligro con la mano, le encontrará irresoluto, pusilánime y arrepentido. Ya lo hemos dicho:

la agonía es una fase de claridad y de revelación. El que ha sido supersticioso en materias de fé hasta el exceso, morirá en la convicción profunda de Dios y de la inmortalidad del alma. Así es como se muere en los lugares y aldeas aisladas y separadas de los grandes focos de la civilización.

Si con una inteligencia mediana y un fondo amortiguado de religion, un hombre industrioso que anhela los bienes de la tierra, llega á sentir la mano helada de la muerte, se encontrará en él, todavía, el antiguo especulador, el verdadero hombre de negocios. La agonía es para él el último convenio. Una prueba lo demostrará: Ved qué solicitud muestra este hombre moribundo con el sacerdote que le asiste, cuando la fiebre toma un carácter grave. Le ha enviado á llamar con instancia, le recibe como agente de negocios de una gran casa á quien debe guardar atenciones. Este hombre, que hemos conocido tan ávido de riquezas, cuyos duros modales repelían al mendigo que llegaba á su puerta, que nada ha amado verdaderamente mas que el oro, á pesar de esto no ha puesto jamás en duda el poder de una confesión *in extremis*, y el no menos sublime de una absolución. Es tan escrupuloso en este punto, que cuando lleno de salud engañaba á sus parroquianos, hubiera confundido con toda su alma á quien delante de él hubiera querido desacreditar los dogmas de nuestra santa religion.

Las agonías semejantes á las de este especulador, deben ser, y son en efecto, muy comunes en la época en que vivimos, época en que la adoracion del becerro de oro ha fanatizado las inteligencias mas elevadas, y con mas razon, aquellos á quienes la casualidad ha negado un destello del cielo, un presentimiento inexplicable de nuestro destino despues de la tumba.

Antes que reinasen las ideas llamadas filosóficas, las religiosas dominaban poderosamente en la clase media y en el pueblo; bajo estas dos clases, vivían y morían de la misma manera con todo el fervor de las supersticiones piadosas, y en la convicción indestructible de una vida eterna. Antiguamente era cuando el espíritu de familia y de religion perpetuaba la raza de los buenos

hijos de Dios; tambien aquel era el tiempo de las preocupaciones y de la ignorancia en las masas, entre las que se creian mil prodigios de la vida metafísica; es cierto, pero si una religion no puede concebirse sin que tenga algo de mística, ¿se podrá culpar á un aldeano inculto, que con la ayuda de sus preocupaciones ha vivido como hombre de bien, y no ha pedido al cielo sino el pan de cada dia, una larga vida, y una dichosa muerte?

Este antiguo cuadro de la sociedad francesa, se encuentra todavia en algunos lugares del norte de la Francia; pero se va borrando á medida que la civilizacion, ó mas bien lo que se llama así, es decir, la insaciabilidad de las necesidades, enlaza en sus mil ramificaciones, la capital y la provincia, el pueblo y la aldea.

La experiencia prueba que la buena fé de un pueblo disminuye á proporcion de sus necesidades, y cuando estas se hacen demasiado imperiosas é indispensables, la buena fé es un obstáculo muy débil si no se necesita mas que destruirle para satisfacerlas. Despues de este primer daño de las pretendidas luces de una civilizacion tan encomiada, hay otro cuya evidencia no es menos incontestable: Vedla aquí. A medida que las ciencias y las artes se perfeccionan en un pueblo, se dice que este pueblo está en el camino del progreso; entonces en su marcha ascendente, el espíritu humano sale realmente de las trabas de la infancia, y sacude con orgullo el moho de sus antiguas preocupaciones y de sus innumerables supersticiones. Todo esto es cierto; ¿pero un pueblo es por eso mas dichoso? ¿Tiene mas riqueza de vida afectiva? ¿Muere, en fin, contento por haber vivido segun los principios de órden, de moral y de religion, y no haber merecido un lugar en el cielo? No; y aquí, sin examinar la cuestion bajo el aspecto de la inmortalidad del alma y de la existencia de Dios, es suficiente para probar el hecho moral de la agonía y de la muerte, ver que el hombre indiferente y excéptico en materia de dogmas, ha sido menos dichoso que aquel que ha cifrado toda su metafísica en creer y en orar.

Cada parte de supersticion arrebatada al pueblo es el robo de una porcion de su felicidad real. Esta era la idea de Juan Jacobo Rousseau, cuando hablaba de una tradicion transmitida del Egipto á la Grecia en que se dice que un Dios, enemigo de la felicidad de los hombres, pasaba por ser el inventor de las ciencias. ¿Pero el mismo Juan Jacobo Rousseau no ha sido este Dios enemigo en Francia? Ademas, la civilizacion que define todavia el triunfo de la verdad sobre el error, dispersa y huella las creencias y las supersticiones; es decir, lo que consuela al pueblo y contiene al malvado, humilla al soberbio y hace temblar al asesino. La civilizacion que se sustituye al reinado de las antiguas preocupaciones, proclama la soberania del hecho material sobre los que tienen una esencia mas pura y menos palpable; su fin es absorber con la ayuda de las pasiones des encadenadas é insaciables todas las voluptuosidades del universo; su fin es lo mas fatal é imprevisible que puede suceder á los que caminan uncidos á su carro.

Es raro que la sociedad marche en este camino resguardada de las asechanzas de una corta agonía y una muerte instantánea; ademas, la indiferencia en materia de religion, cegándonos acerca de los misterios de nuestro fin, nos salva de los terrores que asedian el lecho del malvado crédulo y supersticioso. Esta diferencia es el resultado infalible de las lecciones contradictorias de la civilizacion y de la Iglesia que va preparando poco á poco el espíritu humano á todas las aberraciones de la conciencia y de la razon; ella es la que arrastra al hombre á todo lo que es injusto y falso. El avaro, el usurero, el voluptuoso, el suicida, el que ambiciona los honores de la gloria y de la fortuna no han llegado al apogeo de su monomanía, sino negando ú olvidando las verdades inmutables de la moral y de la religion.

Las lecciones contradictorias de la nueva sociedad, que ya hemos examinado al tratar de su influencia en el cerebro de las mujeres, obra con no menos intensidad en el de los hombres, con la diferencia de que aunque los resultados son mas diversos, y físicamente ha-

blando, mas positivos; la moralidad ficticia y convencional del estado actual de la civilizacion se ha hecho una condicion indispensable para el éxito del arte ó la profesion que se ejercé. En la larga preocupacion del fin á que se aspira, si es el de la fortuna y el rango, es posible que la educacion religiosa de la infancia, si se ha recibido con sus formas sencillas y candorosas, se nos presente de tarde en tarde á la memoria como un recuerdo de lo pasado, pero en vano. ¿Qué es el espíritu de cada oficio, sino el deseo de llegar á satisfacer el amor propio con el ayuda de los medios mas ó menos tolerados por el derecho y la razon? Bajo este punto de vista, las clases inferiores y medianas de la sociedad conservan mas religiosamente el depósito de las creencias que las demas, y aunque muchas veces desnaturalizados, se los encuentra todavía tales en los graves acontecimientos de su profesion á la hora de su agonía y de su muerte. Para ellos la fé en Dios y en los preceptos del Evangelio, es una cosa indispensable; para ellos tambien el pensamiento de una muerte cristiana es una teoría sabida, y en un gran número es muchas veces ratificada de antemano por las prácticas religiosas del culto. Así, los ejemplos de un fin pacífico y verdaderamente edificativo, son muy comunes entre la buena gente, y en particular, en la clase infima del pueblo, cuya inteligencia aunque sana, no traspasa, sino rara vez, los límites de una clase superior y de la fortuna. ¿Por qué? La razon es muy fácil de deducir: del género de educacion que domina hoy en dia en la inteligencia de las clases privilegiadas. Dejando aparte algunas excepciones muy raras, la ciencia que constituye á un legista, á un diplomático, á un médico, á un hombre de mundo, concluye siempre por entibiar en el espíritu de los iniciados la fé primitiva de las creencias dichosas de la infancia, por las cuales el hombre que las conserva siente en el instante de su muerte volar su alma pacífica y tranquila hácia una eterna bienaventuranza.

Sí, nada es mas comun que la agonía llena de esperanza y amor del que conservó toda la vida en su alma la fé en Dios. Llámese la preocupacion, supersticion, er-



ror, poco nos importa; es suficiente por el momento demostrar un hecho general en favor de los que han vivido y mueren convencidos de este principio.

Pero es menester no confundir con este sentimiento evangélico y puro el sentimiento religioso innato en todos los hombres, despues olvidado y desconocido, que no detiene, ni al intringante, ni al malvado, y cuya tardía manifestacion no tiene lugar sino en las situaciones críticas, tales como un naufragio, una epidemia, ó la muerte. Las ciencias de que hablabamos antes, y que se glorían de dispersar las vanas supersticiones, reconocen tambien una causa suprema, ó si se quiere un Dios; pero este Dios del hombre científico, difiere de el del campesino; en vano le manda amarle, servirle y honrar al prójimo como á sí mismo. Solo en el instante de la muerte del hombre mundano, se le manifiesta de repente el Dios de la gente buena, en su sentido moral; y entonces menos dichoso que el campesino lleno de preocupaciones, reconoce que estas son necesarias á la paz de su alma, é invoça la fé como el bálsamo que debe calmar el terror, que involuntariamente le inspira la tumba. De modo, que el terror tiene mas imperio en su alma, que el espectáculo del cielo, y le espanta como el eco del trueno, sobre la cima de un volcan.

La prueba más clara que podemos dar, es la siguiente. En 1835, el cólera de la India apareció en Francia en una poblacion, en la que la décima quinta parte al menos, profesaba la vispera lo que llamamos falso ateísmo ó indiferencia en religion. Apenas la bomba salida del cielo estalla en la ciudad, cuando se vé por las calles y al pie de los altares, los que eran señalados en otro tiempo como *espíritus fuertes*, fatigando con su súbito celo á los eclesiásticos. Se les ha visto seguir una procesion descalzos, con una hacha en la mano, y gritando como fanáticos al golpearse el pecho «*parce domine*.» El cólera y el miedo de ser víctima de él, habia repentinamente despertado en ellos el sentimiento íntimo de Dios y de su dependencia.

Es necesario decir, que este género de agonía y de muerte, marcado por signos nada equívocos de temor y

de arrepentimiento, de debilidad y de exaltacion piadosa, no podrá ser confundido con el fin del justo, del que caminó toda una larga vida, iluminado por la antorcha mística de la fé?

— La razon de esta diferencia capital se funda enteramente en la clase de educacion del que por su condicion debe vivir en una esfera inferior, y del que se destina por una consecuencia lógica, á ocupar una posicion superior en el mundo. Durante los primeros años que transcurren para este último bajo el techo paternal, y sobre el banco de un colegio ¿cuáles son sus entretenimientos? Son muy diferentes de los del hijo de un buen artesano; á este se le habla del trabajo, de la sumision al dueño del taller, del respeto á las cosas santas; al otro se le tiene poco mas ó menos el mismo language; pero lo que tratan de impresionar en su cerebro ardiente que es ¿sino la expresion de la vanidad, de la ambicion y de la superioridad?

— Cuando el uno y el otro tocan el momento de su iniciacion en los dogmas del evangelio, en el de la comunión, por ejemplo, sígaseles en esta solemne fase de su vida, y dígasenos si la clase de jóvenes iniciados que aspira á dominar la otra, es la que concibe mejor el espíritu y la forma. Si hay alguna humildad en presencia del gran símbolo ¿no se halla en realidad en la familia del pobre, que cree y espera en Dios? Guárdense bien en la memoria las emociones de este gran día, porque se volverán á encontrar en la hora de la agonía, y segun las obras morales, estará mezclada de terrores, ó bien llena de las inefables visiones de la eternidad. Me atrevo á decir que estas son la sola recompensa que en esta vida tiene, el que siempre ha caminado por la senda de la justicia y de la piedad. El último ejemplo que hemos recogido de este género de agonía, es el de un arrendatario moribundo, á casa del cual llegamos á media noche, en compañía de un pariente á quien siempre habia querido mucho. Este arrendatario, buen hombre, si los hay, habia recibido los últimos sacramentos, y sin embargo tenia todavía que pedir alguna cosa á la tierra. Su anciano tio apenas le hubo abrazado, cuando su

figurá tomó un aire estático; «Muero dichoso, dijo, pues veo desde aquí dos sacerdotes, que me abren las puertas del paraíso.» Nótese que estas visiones, sea cual fuere el nombre que quiera dárselas, no se apoderan nunca de ciertos celebros, que se han desgastado conquistando los bienes de la tierra.

En el día la educación llamada liberal, ha inventado y puesto en práctica las doctrinas subversivas, que separan el alma del camino de su predestinación. Frecuentemente el hijo de un rico en el acto de su primera comunión, no hace sino llenar la condición que le impone su título de cristiano. Debe por respetos humanos acatar la forma; ¿pero qué le importa el fondo? Cualquiera escolar latinista y disertador, podrá decir como nos decía un jóven deísta entusiasta de Ciceron: «que despues de todas las necesidades de los hombres con respecto á la Divinidad, no les faltaba mas que transformarla en alimento para comérsela.» La religion cristiana que ha activado la civilización del mundo, recoge hoy día el premio reservado á todos los bienhechores de la humanidad; es decir, la ingratitud y el olvido. Ella que ha proclamado la igualdad de los hombres delante de Dios, y que ha sostenido el valor de los humildes contra el despotismo de los poderosos, la religion, repetimos, camina desconocida trás el pueblo que ella ha emancipado. Este pueblo ha olvidado que por la religion cristiana, Dios se hizo oír cuando le dijo que se levantara y rompiera sus cadenas. ¿Os he dicho que os levanteis contra él, ciudadanos y ricos demócratas materialistas, que pagais á la religion cristiana con la indiferencia y la duda lo que os ha entregado en riquezas y libertad? Escribimos estas palabras con el alma llena de un terror profundo; no sabemos que voz interior parece profetizarnos la desgracia de este pueblo abrasado por el febril deseo de democracia sin verdadero espíritu de religion, que arroja al agua al piloto de su combatida nave y va corriendo en un mar tempestuoso y lleno de escollos. La educación de la juventud del pueblo materializa todas las acciones de la vida, y formula la duda sobre todo lo que huye á la cien-

cia matemática, y no se resuelve con la ayuda de un producto real; tal es el principio fundamental de la diferencia en religión.

Entonces qué se ha de obtener de un corazón joven impulsado por la moral ambigua del Evangelio y de la civilización? La una enseña la naturalidad del alma, la desprende de las sensualidades del cuerpo, y le hace aspirar al cielo; la otra la clava en las voluptuosidades de la materia como Prometeo en su roca; entre estos dos poderes la alternativa de la elección no es dudosa. ¡Apresúrese á improvisar un hombre, á lanzarle desde muy temprano en el camino que conduce á los honores! La vida no es mas que el desarrollo acelerado de un orgullo inmenso: la muerte es el desenlace final de un drama, ó de una comedia, segun el curso de las facultades individuales. Pero es justo manifestar que cuando la muerte hiere inopinadamente á un iniciado en esta confusión de inteligencias, empeñadas en correr tras del fantasma que ellas llaman *felicidad*, es tambien el sentimiento religioso el que les demuestra el vacío y la nada. Es seguro que el hombre ha nacido para otros fines que los de la duda y la materia, en que mas adelante le veremos en las circunstancias críticas, á las cuales están expuestas ciertas profesiones, como las de la marina y las armas; le veremos, repetimos, sentir en la inminencia de una catástrofe, que se despierta en su alma una aspiración hácia el cielo. En el objeto que nos ocupa en este momento, la misma aspiración se revela á las jóvenes inteligencias, que las preocupaciones de su carrera han distraído de los pensamientos morales sobre la vida ó la muerte; tambien se les ve, cuando se acerca el momento fatal en que su alma separada de los sentidos del mundo exterior, y entregada á los recuerdos de la infancia, y en el porvenir que ellas presienten, busca un consuelo en las teorías filosóficas de la escuela, renegar de ellas en seguida y entregarse á los sentimientos religiosos de su niñez, donde alguna vez quizá en una iglesia, ó sobre una montaña, su infancia comprendió á una madre que le enseñaba el nombre de Dios.

Seamos verídicos, creer en la muerte en el sentido metafísico de la palabra, es sin contradicción un freno más durable y más sólido impuesto á las pasiones liberticidas y materialistas que el de las teorías excépticas, y el de las leyes trabajosamente elaboradas. ¿No es la prueba más concluyente de la insuficiencia de las leyes y de su número, para comprimir las malas pasiones del pueblo, y castigar sus vicios y delitos? Pero para llegar á este resultado y llenar dignamente la misión de rey, de jurisconsulto, de ministro del Evangelio, de apóstol de la humanidad, era preciso que los hombres que se colocan á la cabeza de las masas, como monitores y modelos se hallasen ellos mismos convencidos del orden moral y religioso del universo, que el orador que habla también de patriotismo y de virtud en la tribuna, fuese él mismo el modelo irreprochable de lo que sabe decir á sus contemporáneos, que no diera nunca á sabiendas á la mentira el prestigio resplandeciente de la verdad, que la espada del guerrero no fuese venal, y que no se desembainase sino á la voz de la patria insultada ó invadida, que el banquero no probase jamás por sus ilícitas ganancias ó sus quiebras, que el Dios del comercio es el de los ladrones; que por fin, el hombre mediano y corrompido, que ha llegado á los honores y á los empleos distinguidos, que ha atravesado tantas revoluciones, sano y salvo no fuese conocido por las bajezas, que le han rebajado lo bastante para que el ojo hóstil de un partido no pueda aperebirlas.

Así la inmoralidad que á los ojos del sabio deshonra el antiguo carácter de las más nobles profesiones se explica por la materialidad de las mismas acciones humanas que formulaban en otro tiempo una especie de sacerdocio y por el fin á que se aspira. Concebimos perfectamente que la plaza mercantil, elevada al rango de ciudadanos por el comercio, conserve una ardiente sed del metal, que de concierto con la religión le ayuda á dilatar su inteligencia hasta la altura de los ciudadanos y de los nobles; pero lo que desespera nuestras creencias, es el ver al hijo del pechero, instruido con grandes estudios, y llegando á la mayor altura

social, no haber conservado de los medios de emancipacion de sus padres mas que el que denigra el almacen lugar de la religion que la ilumina. Una aristocracia mercantil y venal sin fé religiosa y por consecuencia sin porvenir ¿merece el nombre de cima social? Si desciende al nivel de las escresiones ínfimas, si no aspira á nada metafísico y cuando sin quererlo y casi á su pesar, se esfuerza en probar por sus actos la omnipotencia de la materia y la de la nada?

El exceso del positivismo comparado con el espiritua- lismo que abandona cada vez mas el espíritu de la so- ciedad en Francia, es el fenómeno que se muestra mas amenudo en una multitud de agonías y muertes parti- culares á ciertas clases. Las profesiones que ocupan el pensamiento de ideas incesantes y concretas, tal como el comercio y la hacienda, ciertas industrias pacíficas del uno y de la otra, como las del fabricante y manu- facturero de ciertos *altos* artesanos, disponen y prepara- ran una agonía, que bajo el punto de vista espiritual, difiere de las profesiones de grandes estudios que obli- gan á continuarlos hasta el instante de la muerte. El foro de la filosofía del hombre aplicado al derecho civil, la medicina que camina iluminada con la antor- cha de la fisiología, la instruccion pública de donde salen tantos retóricos, filósofos, poetas, historiadores, y hombres de estado, las ciencias físicas y natura- les que han producido los émulo de Newton y de Cu- vier, la escuela de las bellas artes que fecundiza los in- terpretes mejor inspirados de la naturaleza y del cielo, en una palabra, todos los hombres de profesiones cien- tíficas, no nos ofrecen cosa mas notable en su carrera que los fenómenos especiales de su agonía, sobre todo si vivieron como verdaderos artistas de la ciencia y del arte.

Es necesario para la inteligencia de que vamos á decir, reasumir en pocas palabras nuestras ideas generales sobre las diferentes agonías que acabamos de señalar. Es- tas se reducen:

1.º Al hombre sencillo que ha quedado estacionario en el movimiento ascendente de la civilización, invariable en

su fé en Dios que vive y muere en el espíritu de su culto.

3.º Al hombre de negocios que anda sin cesar en busca de bienes temporales y siempre preocupado, sea de las cifras de sus ganancias, sea de las de sus pérdidas, que conserva en su alma el depósito de la fé y hasta el de sus creencias y supersticiones, sin negarlas sin duda, pero tambien sin utilizarlas para la obra de una dichosa muerte.

3.º Al hombre científico y de gran talento que durante el curso de sus estudios físicos y metafísicos ha llegado en materia de religion al ateísmo razonado, á la duda relativa ó la convicción profunda de las sublimes ideas de la revelación.

Despues de estas tres categorías de hombres de inteligencia, hay otra que componen aquellos. Toda su carrera ha estado llena del estudio de las cosas del cielo y de la abnegacion de las de la tierra. Si una y otra de estas preocupaciones sacerdotales han sido cumplidas con conciencia y dirigidas por un pensamiento apostólico, es imposible que la agonía y la muerte de estos fervientes cuidados no sea un brillante reflejo de la inmensidad que les ocupó durante su vida. En general, los eclesiásticos y los que fuera de las órdenes profesan las mismas doctrinas y siguen las mismas prácticas, mueren resignados y convencidos de lo que fué siempre el objeto de sus constantes meditaciones. Sin embargo, nos atrevemos á decir que el filosofismo del siglo XVIII que inoculó la duda en los misterios que el orgullo humano no habia jamas profundizado, ha pululado hasta en el santuario, y entre los que aproximan todos los dias al ara sagrada, las altas inteligencias que han sido con respecto al cristianismo tan funestas á la moral y á la felicidad de los pueblos, como lo fueron en otro tiempo Voltaire, Volney y los que propagan sus sofismas. Estos hombres de tanta fama que nosotros comparamos á los palacios decrépitos de Venecia, aun brillantes cuando las antorchas los iluminan, y cuyas pálidas ruinas y deslucidos oropeles se descubren al viajero con la luz del dia, son en su lecho de muerte los mas versátiles de los filósofos y de los apóstatas.

Nosotros hemos disertado con muchos personajes sobre los principios deicidas que habian profesado durante una larga existencia. ¡Pues bien! A la hora suprema ni uno solo de estos grandes ateos *in partibus* que habian renegado de su fé y de las prescripciones de su ministerio para abrazar las ideas de nuestra primera revolucion, ha podido resistir al grito de su conciencia repentinamente inspirada, ni uno solo ha osado sostener como otras veces en el mundo, que todo concluia con la muerte. La leccion moral que nos ha dado la agonía de estos hombres que pertenecieron en otra época á la Iglesia, no ha sido mas que una baja retractacion de sus errores, una confesion forzosa del alma que cree en fin en la muerte del cuerpo y que confiesa su inmortalidad y la omnipotencia de Dios en la hora en que es preciso haber sido muy poco inteligente para morir incrédulo y sin fé.

Hemos dicho que los eclesiásticos trabajan toda su vida en preparar su muerte; sin embargo, á pesar de la uniformidad del ceremonial de costumbre, observado con tanto rigor, como una leccion prendida de mucho tiempo, un observador imparcial notará las diferencias importantes que dimanán del hecho de su vocacion mas ó menos providencial.

Los unos convencidos de que la muerte está en este mundo, y la vida en el seno de Dios que la ha dado, entran en las órdenes con una fé plena y completa, con una abnegacion total de los bienes de la tierra, viven y mueren como los pobres de espíritu en un humilde presbiterio, rodeados de su rebaño de que fueron por largo tiempo dignos pastores.

Los otros, personas de inteligencia mas cultivada, han ambicionado las grandezas temporales. En la lucha de las pasiones rivales que chocan entre sí sobre los escalones de un curato ú obispado, el hombre lleno de orgullo aparece en lugar del predestinado. Sobre el lecho del agonizante, el sacerdote acostumbrado á ver inclinarse ante su estola todas las vanidades humanas, parece colocado por última vez como ministro de Dios y dispensador de sus gracias. La muerte de los papas y



en general la de todos los grandes prelados, es otra prueba mas del ascendiente supremo que habian ejercido en las masas y que conservan en toda su sublime pompa, en presencia de la eternidad; mueren convencidos de su excelencia temporal como verdaderos ministros del Rey de los Reyes.

Por fin, la última categoría de inteligencias consagradas al culto de su religión, es la que enteramente separada de las prisiones de la materia, vive aislada del comercio de los hombres y entregada á la contemplacion de la naturaleza y del Cielo. Estas individualidades excepcionales, llámeseles cenobitas, solitarios, trapenses, padres latinos, predicadores, etc., son á nuestros ojos los tipos humanos mas capaces de iluminar la cuestion de las relaciones del alma con Dios. Si se les considera bajo el aspecto del sensualismo grosero de la materia, viven con tan poco, los placeres de la tierra los hallan tan indiferentes, que hay derecho á fijar la cuestion de si tales seres son hombres ante la naturaleza ó bien puros espíritus. ¡Cuántas veces hemos visto morir á estas naturalezas de inteligencia metafísica que rechazan la civilizacion moderna, porque son el equivalente de aquellas naturalezas primitivas que han salido las primeras de las manos de la creacion y á quien Dios habia revelado sus designios sobre la humanidad! Por ellas nos han venido las grandes ideas de la vida eterna. Al principio del mundo, los primeros habitantes de la tierra, siempre asombrados, siempre deslumbrados con la magnificencia de Dios, estaban como los verdaderos solitarios de nuestros días, poseidos de esta inspiracion ascética hácia lo infinito é impenetrable (1). Entonces esta gran tristeza de los hijos de Dios, su fisonomía sombría y melancólica como la bóveda de una iglesia gótica, sus manos elevadas hácia el cielo parecidas á las beletas de un antiguo campanario, atraian en todas partes el respeto de la multitud. Los reyes los buscaban para

(1) Zimmermann, *De la solitude, des causes qui en font naitre le goût*, Paris 1840, en 8.º

tenerlos á su lado á fin de obtener la vida ó una tranquila muerte: los pueblos mas entusiastas que los reyes, les seguian para escucharlos y para hacerse iniciar en los misterios de la sabiduría y del otro mundo.

¿En el dia, quién creeria en la sublime mision de estos hombres de carne y hueso que tienen un cuerpo y un alma con sus necesidades y pasiones, que viven y mueren como nosotros? Dar á su vida el nombre de un sublime entretenimiento con Dios, es ultrajar la razon y el buen sentido, y el que los crea inspirados se halla por lo menos tan iluminado como sus ídolos. Este lenguaje á nadie debe admirar; ¿un siglo positivo debe decir y comprender las palabras, espiritualismo y revelacion? No, y sin embargo, en todos los siglos del mundo y en todos los pueblos en que la religion dimana de un espiritualismo mas ó menos purificado, las inteligencias de que hablamos, estas almas que han entrado en la carne á manera de préstamo, que han encarnado para predicar á los hombres las inmutables verdades, han sido todos comprendidos y honrados, ¿por qué? Porque no han vivido con la vida insaciable de nuestras necesidades egoistas, porque el bien fué su pensamiento fijo, porque su agonía, si el último grito de la existencia debe llamarse así, fué la revelacion de una imagen maravillosa de la eternidad.

Estos apóstoles de la humanidad, ya que se les descubra en las cartujas perdidas en medio de los bosques ó de las montañas inaccesibles, ya que se les siga en sus peregrinaciones tras-atlánticas, se nos aparecen en todos lugares como los representantes de la humanidad primitiva, pasan sobre la tierra como viajeros del cielo, y su voz solo se mezcla al ruido tumultuoso de las pasiones para imponerlas un freno y hacer entender á los pueblos las grandes verdades de la religion; y cuando estos pescadores de almas llegan por fin á la playa, cuando sienten que la suya les abandona, no abjurán como los filósofos mundanos las doctrinas que han predicado: no, mueren como el marinero que ha terminado una larga navegacion y respira en fin el aire de la patria, lanzándose en los brazos de su madre. La fisiono-

mía de la muerte es mas dulce todavia que la de una madre para el que ha vivido piadoso y sin remordimientos.

Ninguno, creemos, calificará mal lo que sabemos y lo que hemos visto, pero despues del espectáculo del éter, en medio de los vastos encantos del Oceano, ninguna poesía me ha revelado mejor el poder divino de un alma realmente inspirada, que el drama de estas agonías reveladoras. Si el arte puro y sublime, no se halla hoy dia en parte alguna, es porque la fé se ha extinguido en todos los corazones, pero no lo está bajo el cilicio del verdadero solitario y sobre su lecho de ceniza. El arte religioso solo ha sobrevivido al naufragio uníversal de la poesía.

Despues de la agonía y la muerte de estos hombres entregados al apostolado de sus creencias, tendremos que estudiar las de los militares. ¿En qué consiste que toda profesion que se ejerce bajo la preocupacion de un fin fatal é inopinado, es fecunda en lecciones metafísicas? La guerra, el Oceano y el desierto, han sido siempre los púlpitos proféticos de donde sale la gran voz de Dios y la esplicacion de los altos misterios de la eternidad. Bonaparte, en las arenas del Egipto, se detiene lleno de una inspiracion religiosa y profunda, y Cristóbal Colon se arrodilla al descubrir las playas del América. Manifestemos en pocas palabras las graves meditaciones que nos ocupan.

Un soldado sin cultura intelectual que camina al combate y cuyo valor es innato, experimenta en su alma el sentimiento de un poder moral que le suspende encima de un precipicio que debe salvar. Es una lucha entre la vida y la muerte; es la hora de la revelacion: el estremecimiento eléctrico que se advierte en él no se puede explicar, pero se experimenta, centuplica las fuerzas, y ensancha el campo del pensamiento. Este fenómeno no se observa en un individuo, sino en las circunstancias de su vida en que el alma que vela en nosotros para la salvacion del cuerpo, afligida por una catástrofe probable, parece analizar el presentimiento de lo que debe suceder y deducir de él una conclusion. Esta operacion

del alma, inesplicable con la ayuda de las razones lógicas, no puede demostrarse sino con la prueba del hecho individual. Es preciso haber sido uno mismo actor interesado en una escena grandiosa y dramática, y quizá haber estado dotado de una facultad moral distinta, para sentir en la hora de un peligro inminente esa voz interior, órgano de un sentido metafísico que nos revela súbitamente un hecho increado, un porvenir dudoso, pero que existe en el orden de las cosas antes de revestirlos con una significación material.

No todos los soldados, ni los que acompañan á un hombre superior colocado á su cabeza, son el ser que acabamos de describir; es preciso para comprender y percibir las impresiones íntimas de este sexto sentido, haber recibido una alma privilegiada que tan fácilmente pueda entusiasmar el cuerpo de un soldado, como el de un valiente general.

Los hechos de revelaciones de lo que debe suceder, son tan comunes en un campo de batalla, que no vacilamos en admitir que en un destello de recogimiento sublime, un Napoleon, un Alejandro, un Anibal hayan podido organizar la victoria y predecirla con toda la presciencia de un inspirado. Este fenómeno inesplicable y verdadero, raro en los hombres vulgares, que funda la base de un gran carácter en todos los géneros, parece peculiar á los hombres que el cielo ha predestinado á las misiones providenciales, y que en el horror de una tempestad, de una batalla ó de un cataclisma social, conserva su *ser* entero en medio de los terrores que desaniman á sus semejantes. Vedle sobre un caballo de batalla, en el timon de un navio, ó gravemente sentado en una tribuna, permanecer tranquilo, impasible y frio como Moises sobre el Sinaí, recogiendo los oráculos del Eterno, y sin embargo, la vida que anima á sus cuerpos se halla toda reconcentrada en la cabeza, se introduce como un torrente para alimentar las rápidas corrientes que su pensamiento consume durante el comercio invisible y pronto que se opera entre ellas y el campo en el cual va á juzgarse la cuestion de vida y de muerte, la de triunfo ó derrota. Aquí, como en los ce-

nobitas inspirados, no hay cuerpo, es un espíritu que funciona casi independientemente de la materia. Cree-riase que esto son partículas de alma, semejantes á las ideas fundamentales de Platon, (tipos eternos é increados de las cosas) que se estienden para explorar el terreno sobre el cual se agitan para volver al cerebro que las atrae, y solicitar la perfeccion interna de lo que han visto y observado.

Conocemos bien que estas ideas parecerán vanas á los que definen al hombre como un mecanismo que funciona con la idea de un movimiento comunicado desde su nacimiento, y que se detiene á la hora de la muerte en que ha terminado para siempre; asi que no es á las inteligencias que no pueden traspasar la esfera de las verdades de hecho y de razon, á quien nos dirigimos, sino á los que viven en medio de las imponentes escenas de la naturaleza, únicos lugares de la tierra en donde un ser moral encuentra un recuerdo de lo que ha sido antes de encerrarse en una prision de huesos y de músculos, y de lo que será despues cuando se halle libre de ella. Un siglo positivo y sin fé no puede creer en la naturaleza semi-divina de un Moises, de un Sesostris, de un Alejandro y de un Bonaparte; y sin embargo, ninguna época ha sido mas fértil en caracteres de *revelacion* que esa de que somos aun contemporáneos. ¿Quién no ha sido confidente de los pensamientos íntimos de algun gran capitán del Imperio? ¿Quién no ha oido á hombres sencillos como Miguel Ney, confesar que en los momentos mas solemnes de su carrera, su alma se ha estremecido al contacto de una idea del cielo? ¿Y el gran Napoleon, tan á menudo sublime y supersticioso á la vez, no ha confiado á sus generales que sus presentimientos nunca le engañaban? Lo que falta á la conviccion de los que niegan las bases de nuestras mas santas creencias, es el instante que precede á una carga al enemigo, es una tempestad, en una palabra, la agonía moral tan comun en las profesiones aventureras. Entonces los que no están organizados para el fenómeno de revelacion se inspiran con el valor de los que parecen estarlo. En el momento de un naufragio en el

mar, ¡véanse estos hombres pálidos, acongojados y suplicantes!..... Repentinamente un desconocido, un pobre marinero sale de entre la tripulación y se ofrece á salvar el navío. Apenas se ha colocado en el timon, cuando ya su palabra es poderosa y mágica, la esperanza resplandece en todas las fisonomías y aparece á la multitud como el enviado de Dios para salvar su pueblo.

Las discordias civiles, las guerras sangrientas, las epidemias asoladoras, son el místico manantial en el cual se bañan las almas fuertes é inspiradas. Hemos oído á un griego, en otro tiempo obscuro, contarnos sencillamente que en el fervor de su oracion, Dios le habia ordenado que vengase á sus hermanos asesinados. Partió sobre una débil barquilla, seguido de dos de sus criados, y al dia siguiente la mar de Scio se hallaba roja de sangre y cubierta de despojos. Este hombre se hizo célebre, este hombre es Canaris.

Hay otro carácter que la santa amistad que á él me liga me impide definir, este tal recibe una mision facultativa de paz ó de guerra, segun los obstáculos que debe encontrar bajo los parapetos de una fortaleza capaz de resistir á todas las flotas del mundo. Este hombre de una imaginacion elevada y firme y profundamente religioso, me anuncia su salida de un puerto de Francia, y me predice lo que debe suceder; llegado al sitio, propone al enemigo un arreglo que cree, será deshechado; su flota sin embargo, azotada por una furiosa tempestad, recibe la orden de anclar al dia siguiente bajo las terribles bastiones. A la hora señalada por el jefe, la mar se apacigua, el bombardeo comienza, el drama se desenlaza y toca á su fin. De repente la fortaleza se desmorona, como los muros de Jericó, y él queda impassible é indiferente en medio del entusiasmo universal, mira sin sorpresa el previsto espectáculo de una espantosa caida. Asi los verdaderos caracteres providenciales parecen señalados con el dedo de Dios. La religion y la patria son dos cosas sagradas, nada tiene de extraño que su amor sea el cauce de toda revelacion, que los misterios de la una y los intereses de la otra hayan tenido sus pro-

fetas infalibles desde Moises, David, Salomon, Ezequiel y Jeremías hasta nuestros solitarios inspirados y nuestros guerreros tan largo tiempo victoriosos. Fijese la atencion en que la historia de los tiempos transcurridos desde el establecimiento del cristianismo, ha probado la verdad de los profetas Hebraicos. La filosofía escéptica del siglo XVIII viene siempre á estrellarse contra el muro de bronce de la revelacion. Por fin, el nombre de Jesucristo permanece en la memoria de los hombres, y vivirá hasta el fin de los siglos como el tipo mas elevado y mas puro de lo que hemos llamado aspiracion divina.

Volvamos á nuestro asunto. Antes de hablar de la agonía y de la muerte de los militares, diremos una palabra del presentimiento de su fin, que se apodera de ellos algunas veces la vispera de una batalla en que caen heridos de un golpe mortal, con gran admiracion de aquellos á quienes han confiado la fatalidad de su destino. La voz interior que nos habla de la muerte, en ninguna parte es mas inteligible que en el pensamiento de un héroe que da vueltas sin cesar á la trilogía de muerte, victoria ó desastre. ¿Cómo esplicar el presentimiento de el alma que ha visto transcurrir veinte años, que ha presenciado mil muertes sin hallar la suya, y que llega un dia en que se la profetiza, en su tienda y lejos de su enemigo? La epopeya militar de la Francia imperial está llena de ejemplos de este género. Bessiéres se levantó el 13 de abril de 1813, afectado con la revelacion de su muerte. «Una bala de cañon debe matarme hoy, no quiero que me encuentre en ayunas.» En seguida toma las cartas de su esposa y las arroja al fuego. Una hora despues el emperador monta á caballo y Bessiéres le sigue. La cara del mariscal, triste y pálida, admira á todos. M. de Baudus, su ayudante de campo y confidente del presentimiento de su jefe, dice á los que le hacen esta advertencia: «Si nos batimos hoy, el mariscal morirá.» La accion se empeña, y bien pronto una bala divide aquella noble espada del imperio. Su reloj se paró sin que nadie le tocara.

El mariscal Lannes presintió como Bessiéres su pró-

ximo fin. En 1809, cuando estalló la guerra entre la Francia y Austria, Lannes se separó de su esposa y de sus hijos con la idea fija de no volverlos á ver. Apareció en el campo de batalla de Essling, el 22 de mayo, por la última vez.

La víspera de la batalla de Marengo, Desaix decia á sus ayudantes de campo: «Como hace largo tiempo que no me he batido en Europa, ya no me conocen las balas, y me sucederá alguna cosa.» Y al siguiente dia Desaix victorioso y moribundo se tendia sobre un lecho de laureles.

El general Lasalle en una pesadilla nocturna tuvo el presentimiento de su muerte. Era la vispera de la batalla de Wagram. Escribió á Napoleon el mismo dia para recomendarle su mujer y sus hijos. Este hombre de hierro, entregado desde aquel instante á una agitacion violenta, repetia sin cesar á sus amigos: «Mañana me matarán». La suerte de los combates le cumplió la palabra.

Antes del combate de Wurtzchen, Duroc tuvo una estraña conversacion con el emperador. Napoleon no logró tranquilizarle sino á medias: supersticioso como buen Corso, le afectó aquella confidencia. Durante la accion supo la muerte de su amigo, y entonces asegurando los testigos que Napoleon golpeándose la frente, exclamó. «Mis presentimientos no me engañan jamás!»

El general Drouot del que nadie pondrá en duda el anticuado carácter, habia recibido con frecuencia por parte de sus compañeros de armas las confesiones proféticas de su fallecimiento, y muy á menudo las habia visto realizarse ante sus ojos, transformándole en supersticioso por conviccion, asi como era religioso por esencia; nunca entraba en el combate sin haber rezado con todo el fervor de su alma. Fuerza es decirlo, con semejantes hechos es imposible raciocinar; el dogmatismo de la escuela será siempre impotente para comprender y esplicar las verdades del mundo metafísico (1).

El guerrero que cae mortalmente herido en un cam-

(1) Estos ejemplos de presentimientos nos han sido facilitados



po de batalla y que no ha perdido enteramente el conocimiento, tiene los mismos pensamientos que mas le han ocupado durante su vida. Si la religion de familia, si el recuerdo del hogar doméstico, se le han representado en sus sueños y sostenido en los peligros, recuerda al caer el doble golpe que le hiere desde lejos. Su cuerpo sufre la muerte estendido sobre la tierra, su alma anda errante en el recinto de el sitio en donde aspiraba y que nunca volverá á ver. Si el techo bajo el cual se abriga un pensamiento ardiente al padecer la gloriosa agonía de los campos de batalla, cubre otra alma cuya atraccion misteriosa ya de lejos ó de cerca parece seguirnos y aun inspirarnos, entonces la experiencia de los tiempos desastrosos ha probado el hecho de las visiones que el escepticismo desdeñoso puede llamar con los nombres mas despreciables de la tierra, pero que no destruyen ni las convicciones de los que las experimentan, ni la certeza del fenómeno sostenido por el voto exacto de una muerte heroica y revelada en el mismo instante á cien leguas de distancia.

El número de gentes honradas que profesan una firme fé en hechos de revelaciones, es inmenso; el de los hombres ilustrados es mucho mas pequeño. Entre los que tengo el gusto de citar. M. Girou de Buzareingues, sabio fisiologista y sobre todo de carácter religioso, es á nuestro parecer el que mejor ha resuelto la cuestion por la afirmativa en su memoria de la *naturaleza de los seres*.

Hay un ejemplo de revelacion en la comunion de dos almas, cimentada por una santa amistad en dias de ilustre desventura que parece tomada de los siglos homéricos. La hora suprema de Napoleon se oyó al mismo tiempo en la roca de Santa Elena, y en una fonda de Bada. El conde de las Casas viajando en Alemania con el corazon henchido de su sublime epopeya, y esforzándose en vano en hacerla comprender á los reyes liga-

por M. Vérusmar, autor de una obra histórica (mss) llena de noticias sobre este interesante objeto.

(N. del autor.)

dos por una *santa alianza*, se halló sorprendido en medio del día por un sueño letárgico y en su éxtasis vió á Napoleon subir al cielo como un arcángel, fijando en él miradas llenas de amor y dirigiéndole al traves de la nube que le cubria dulces y proféticas palabras. Al despertar M. de las Casas anunció á su familia la resurreccion del grande hombre. Y pasados algunos dias su profecia se halló realizada.

El vencedor de San Juan de Ulloa siendo aun jóven y estando en los mares de la India queria entrañablemente á un oficial de su misma edad. M. Moreau, empleado en la misma escuadra. Esta amistad recuerda la de Montaigne con La Boetie. Cierta noche se halla M.\*\*\* en sueños en un combate, vió á Moreau dividido por una bala; este presentimiento le persigue como su sombra, y cuando despues llegó al sitio del combate sabe que su sueño se habia cumplido como él lo habia referido.

Así es que en un campo de batalla el heroe que sucumbe se entrega en sus últimas aspiraciones terrestres al objeto que mas ha amado. Un hijo idolatrado de su madre, exclama: ¡Oh madre mia, qué dolor para tí! Un amante apasionado de su querida, dice: ¡Oh amor mio, no te volveré á ver! ¡Qué horrible muerte! Y un tierno esposo: ¡Oh esposa mia, hijos míos, quién cuidará de vosotros!

La guerra, que acrisola el alma de los individuos, como la de las naciones, inspira tambien de una manera general la agonía y la muerte de los que sucumben, segun el carácter épico de la causa que arma la mano de los combatientes. Si es el fanatismo religioso, todos los sentimientos de humanidad se absorben en esta entusiasta pasion. La historia de las cruzadas, en que el cristiano abandonaba sus intereses materiales para ir á la conquista del santo sepulcro, resuelve la cuestion tan controvertida del poder de una idea como medio de unir una nacion bajo el punto de vista religioso. Lo que sucede en el dia con los argelinos debe convencernos de la fuerza indisoluble de los lazos de las creencias. La religion y la patria, acampadas en las fronteras amenazadas, son el *usque quó veniès* de las santas Escrituras. El

árabe que muere combatiendo agita todavía su fusil con mano convulsiva, y contempla el cielo que se abre para recibirle. En una alma henchida de fanatismo, no tiene ya lugar ni el hogar ni la familia.

El fanatismo patriótico produce también gloriosas muertes. Nuestros soldados republicanos eran invencibles, porque caminaban bajo la doble bandera de la patria, y aunque se haya dicho lo contrario, de la religión. Existía en los ejércitos de aquella época el cuadro ideal de una santa democracia. ¡Cosa inaudita! Se han contado en sola una brigada hasta cuatrocientas educaciones oratorias. Seguramente eran bastantes para inflamar con el mismo espíritu á todos los que se batían tan denodadamente al lado de tan nobles modelos. La fisonomía de los republicanos muertos en Fleurus era macilenta, contraída, y sus abiertos ojos amenazaban todavía al enemigo. No es difícil juzgar su último pensamiento al dar su postrer suspiro. Cuando retumba el trueno de la artillería, el cerebro es monómana de destrucción, el mundo que se desploma nos halla sordos. Los romanos y los cartagineses, en medio de una sangrienta carnicería, combatían á Trasymina en un suelo que se abría al impulso de un violento terremoto.

Si el soldado republicano, recogido del campo de batalla, despertase un día en el lecho del hospital, no sería extraño encontrar en él al hombre de la religión y de la familia. Bajo las tiendas del monte Tabor, en ese lugar desierto de la Siria siempre impregnado con un perfume cristiano, nuestros soldados morían articulando los nombres de Jesús y María; sabemos este hecho significativo de un enfermero empleado al servicio de los heridos, y á quien por este humilde ministerio (¡cosa pasmosa!) Napoleón el grande concedió la cruz de la Legión de Honor el mismo día de la fundación de este orden.

Después de la religión y la patria, manantiales del fanatismo belicoso, hay otro fanatismo, la ambición que usurpa su lugar cuando las causas legítimas de la guerra han acabado. Las últimas guerras del Imperio han ofrecido á la Europa el espectáculo de una nación sega-

da por la voluntad de un solo hombre y entregada, como el grano al molino, á las destructoras falanges de todas las naciones coaligadas. El fin de la era imperial demuestra claramente que la ambicion, sin el fuego sagrado de la religion y de la patria, es impotente para unir las diferentes clases de una nacion en una masa comun é indisoluble. Entonces el conscripto caminaba sin convicción, se animaba en la lucha, y en el acceso súbito de su valerosa desesperacion, improvisaba muchas veces prodigios de audacia y de arrojo. El que por tan largo tiempo habia monopolizado los triunfos de los ejércitos bajo el nombre de la patria y de la libertad, que reasumia entonces en sí solo el destino de su imperio, hizo de sus guerras, antes antipáticas á la Francia fatigada, el pedestal de todas las plebeyas ambiciones. Esta época elevó sin transicion el espíritu democrático en Francia á la altura de una aristocracia blasonada á expensas de las naciones invadidas. Entonces la ambicion fué á menudo el móvil de grandes acciones, y para atraerse la mirada de César, fija siempre sobre su ejército, el soldado francés, valiente por instinto, exponia noblemente su vida. Aventurar la cabeza por un pergamino, se hizo la fórmula usitada de todos los que juraban con alma y corazon *por la estrella del emperador*.

Pero el hombre del destino ha sucumbido, y solo queda el recuerdo de sus trofeos con la idea que presidió al monopolio que hizo de las acciones humanas: quiero decir, la ambicion exasperada por un interés material, y embellecido con un nombre pomposo, la gloria. Este pensamiento, mas que nunca vulgar, se ha filtrado en el alma de la nacion; ella es la que impele las medianías ávidas, y algunos caracteres enérgicos á la república y á la conquista, como si la una fuese posible sin virtudes republicanas, como si la otra pudiese conjurar el decreto irrevocable de Dios, que ha querido que un pueblo, despues de haber sido sublime y divino, descansase por largo tiempo en el seno de la paz y de la libertad.

La fisonomía del soldado muerto en el campo de bata-

La espresión de los diversos estados por los cuales su alma ha pasado antes de dar su último suspiro. En general la acción de los proyectiles que matan despues de algun tiempo de sufrimientos, estingue la enervación en medio de atroces angustias. Se lee sin trabajo en los rasgos frenológicos aplanados de los que muerden la arena, lo que han debido sufrir y cuanto les abrumaba un resto de vida, que hacia esfuerzos para desprenderse. Este fenómeno fisiológico, está todavía mas de manifiesto en los rostros cuando la batalla ha sido perdida contra un enemigo ya victorioso, y los vencidos han disputado con el presentimiento de la derrota y con los esfuerzos de una resistencia desesperada. Nuestras falanges vencidas en las playas heladas del Norte, luchando con escarchas mas mortíferas que las balas de los rusos, presentaban en el mas alto grado esta dolorosa disminución de los rasgos de la fisonomía. Un observador, al recorrer los dos campos de batalla, hubiera podido por la simple inspeccion de los guerreros muertos, profetizar sin trabajo cual era el partido victorioso. El doctor Larrey, este ángel custodio de todos los soldados de el imperio, nos ha hablado algunas veces de las luchas dramáticas en las que fué á la vez el médico que sana y consuela, y el pintor cuyos cuadros inspiran algun dia al Homero futuro de nuestra Iliada.

Si el proyectil ha lacerado las entrañas, la espresión física de la muerte se colora con el tinte mas sombrío que se puede imaginar. Por lo demas, las heridas del bajo vientre desnaturalizan casi súbitamente las facciones, estinguen el fuego de la mirada, alargan la cara por la dislocación de sus músculos y cubren la piel de un color de hollin.

Las heridas mortales ocasionadas por instrumentos punzantes, tales como el puñal, el sable, la espada, la bayoneta, contraen la cara de una manera convulsiva y apasionada. Este estado nada tiene de extraño cuando uno se penetra que en un combate cuerpo á cuerpo, el deseo de resistencia que redobla nuestras facultades, eleva nuestra alma y la abraza con un fanatismo belicoso. Además, si en este estado de exaltación

de la vida moral y física se sucumbe, se muere enteramente, la vida, que ha huido como un relámpago, nada ha alterado de la prosopopeya fiera ó enérgica con que el difunto amenazaba á su adversario. Aquí el alma ha desalojado su palacio, y si su partida ha sido demasiado pronta para que haya tenido tiempo de descomponer las habitaciones, se encontrará el edificio en toda su viva y acostumbrada magestad, solo que en vano se busca al huesped misterioso, pues se ausentó para siempre.

Pero en ninguna parte se muestra el espectáculo de una fisonomía altanera y contraída con mas severidad que sobre el puente de un navio en que los corsarios han conquistado una rica presa. Durante nuestras guerras del imperio, se han visto prodigios inauditos consumados por corsarios de nuestra nacion á bordo de bastimentos ingleses, que volvian de las Indias con un puñado de hombres deterrnidados á vencer ó morir.

He sabido de la misma boca de uno de los jefes de estas atrevidas expediciones, que algunos de sus marineros, cuando caian en el ataque, apretaban todavia el puñal con una mano tan firme, que era preciso el puño vigoroso de dos hombres para desarmarlos. La contraccion de los músculos de la mano armada se vé mejor en los de la cara, y ningun hombre se pareció mas á un leon furioso que cuando el terrible Surcouf, tan pacífico en la hamaca de su camarote, apareció un dia sobre la popa de un navio enemigo, armado con un simple puñal corto y ancho como el de los cartagineses, que blandia como una guadaña mortal en su mano envuelta en un fular rojo. ¡Cuánto puede el génio destructor de un marino sobre el campo de batalla de un navio tomado al abordage en medio del Océano, lejos del puerto y sin otra alternativa que la victoria, la infamia ó la muerte!

Hemos visto á bordo de un navio turco capturado por un puñado de griegos sedientos de venganza durante la guerra de la independencia helénica al gefe de esta expedicion, tendido muerto en medio del puente, un yatagan le atravesaba el pecho y tenia en su mano dere-

cha una pistola cargada que su dedo no habia podido de- cargar cuando fué herido del golpe mortal; este hombre estaba magnífico de espresion heróica; y á no ser por la efigie de la santa Madona que llevaba sobre su corazon, la imaginacion se hubiera trasladado al tiempo de los siglos homéricos cuando el invencible Ajax no debia ser vencido sino por sí mismo. Hasta entonces no se nos habia presentado la muerte tan parecida á la vida; sus compañeros le gritaban al oido; « porqué no hablas?»

Por fin, la tercera categoría de agonías y muertes que nos proponemos considerar aqui de una manera general, es la de las inteligencias que han sido señaladas en el mundo por la cultura de un genio especial.

La palabra *inteligencia-génio*, se aplica en nuestros dias á una porcion de capacidades, por otra parte muy conocidas, que en diferentes géneros de industria han sabido discernir de los nuevos relatos con las cosas ya conocidas, y los han dado el título de una invencion reputada por importante y útil; bajo este punto de vista nada es mas comun entre nuestros dias, como estos perfeccionamientos positivos llevados por los hombres de la ciencia á las insaciables necesidades de la vida social. El espíritu inventivo que llega despues de laboriosos estudios á un resultado susceptible de inmensas aplicaciones aunque sensible á una fuerte tension cerebral, no es sin embargo, propiamente hablando, el espíritu creador que no se inspira sino por sí mismo, que se exalta con el espectáculo de las maravillas de la naturaleza y del cielo, y que de un destello de entusiasmo profetizo pinta en un lienzo como Miguel Angel el milagro del juicio final. No, la invencion no es el génio, y sin embargo los que estan poseidos de este espíritu monomanizado, por el pensamiento fijo del fin de sus trabajos, pasan tambien su vida en la contemplacion de una idea que los absorve, los devora y no los abandona hasta el momento supremo. Estos idólatras de su pensamiento ingenioso y fecundo, siempre cuidadosos del empleo del tiempo, estan á la hora de la agonía mucho menos atormentados por la muerte que avanza hácia su lecho, que por la obra inacabada, sobre la cual habia fundado las esperanzas de

la ambicion y de la fortuna, y mueren tristes y descontentos. Hemos conocido á algunos, y para ellos las horas reveladoras de la agonía han sido instantes de dichosa inspiracion para lo que les faltaba que hacer, que hubieran, segun decian, dado por fin á luz el prodigio que les ocupó durante treinta años si hubiesen podido volver á la existencia y realizado lo que su moribundo cerebro no habia realmente profundizado sino está sola vez.

Si es cierto que un gran artista no produce jamás su obra tal como la tiene en el pensamiento, sería curioso el ver el fenómeno de la perfeccion salir del alma al desprenderse de la materia en el momento en que ella aspira á su libertad. En esto no vemos nada contrario á la experiencia de los siglos, y no es para rendir homenaje á las últimas voluntades de los hombres que fueron inteligencias elevadas, ó genios sublimes para lo que despues de la mas remota antigüedad se han proclamado las palabras de los moribundos como solemnes y divinas?

Sin embargo, no confundimos aquí las categorías que hemos formulado tocante á las especies de agonía, siguiendo las clases de inteligencias. Hablamos de los hombres realmente *genios* que han recibido del cielo un destello del fuego divino que se elevan por Dios y que por sus obras parecen proclaman su dependencia de aquel cuya misión cumplen.

Los hombres creadores de industrias materiales, cuyas vigiliat terminan buscando los medios propios para aumentar el bienestar superabundante del rico, y por consiguiente, el del pobre no son sino providencias temporales; sus invenciones, por mucho que se las estime, achican la humanidad, fijándola de una manera indisoluble en el culto de un sensualismo prodigioso. Es preciso tener en cuenta en la agonía de los hombres que han consumido la fuerza de su agonía en invenciones industriales y mecánicas el sentimiento profundo que les ha inspirado constantemente en su carrera, y sobre todo, el del espíritu religioso que se cobijaba mas ó menos tibio en el fondo de su conciencia. Los unos, y son el mayor número, han tenido por móvil de su ambicion el aumento de fortuna y el ruido de su fama; estos mueren



cómo todos los que han pensado poco en la muerte, y que dejan sobre la tierra el objeto inacabado de su monomanía. Rodeados de cuidados, de esperanzas y de consuelos se muestran ingeniosos en engañarse á sí mismos, y abrazan con trasporte las promesas de la medicina, como si esta fuese un arte infalible. Entonces vuelven á la idea fija de su profesión, meditan largos proyectos, tanto mas lejanos cuanto mas se aproximan á los bordes de la tumba. Por fin, los parientes mas cercanos se arman una vez de valor y le hacen entrever la posibilidad de un arreglo de cuentas con su confesor; de repente, la verdad de la nada los ilumina, y estos espíritus en otro tiempo fuertes y absolutos en materia de intereses, vienen á parar en ser los sumisos corderos de un pobre sacerdote que les acomoda á las formas improvisadas de una muerte cristiana. Esta los encuentra irresolutos y sin resignacion como todos los hombres que en su carrera, ocupados sin cesar de sí mismos, jamás han adorado de un modo formal y con la extóica intencion de convencerse, á lo que enseñan los dogmas de la Iglesia y los deberes que impone para conseguir un buen fin.

Los temores anticipados del infierno impelen á estos agonizantes á intentar para ganar el cielo, lo que hicieron en otro tiempo para conquistar los sufragios de la tierra. Las riquezas que les proporcionaron patronos y protectores, se les presentan como un medio natural de salvacion. ¡Cuántas obras edificativas y fundaciones piadosas han sido el último esfuerzo de un egoismo desfallido que cambia de objeto, que trasporta al cielo las mismas intenciones que le exaltaron en la tierra sobre el pabes de la gloria y de la fortuna! Tal es la última escena que el peligro de lo que nunca se habia querido creer adorna su deseo de hacer *votos*, ofrendas y dar inmensas riquezas. Este género vulgar de reconciliacion con un poder sobrenatural que por mucho tiempo se ha desconocido, rara vez ocupa á un cerebro convencido de la existencia de Dios y de nuestros deberes hácia él, hasta la hora de demolicion física y moral en que el hombre libre, su ser intelectual, concluye para siempre. Nada

distrae tanto de la preocupacion de los misterios de la muerte como una inteligencia-génio que dá vueltas sin cesar en torno un sistema de mecánica industrial para engrandecerla ó perfeccionarla, nada es tampoco menos filosófico como la inteligencia que funciona en la esfera de las fuerzas naturales, para obtener de sus máquinas admirables y de sus crisoles, el oro y las innumerables inversiones en todo lo que es metafísico, incomprendible é indefinido.

En esta categoría de hombres especiales, dedicados al estudio y al progreso de un hecho, reconoció el poder del vapor, por ejemplo, hay algunos que se nos han aparecido en su lecho de muerte como tipos inimitables de grandeza moral y sublime resignacion. Son raros estos verdaderos puritanos del alta industria, para los cuales los grandes talleres son un templo de que ellos son los pontífices, y en que los operarios ejecutan la poderosa voluntad de su amo, como los últimos iniciados en el santuario de Jsis. Todos los hombres superiores de esta clase que hemos conocido, eran menos notables por su génio en un género dado, que por su carácter eminentemente religioso. Sencillos y benévolos para todos, han amado el arte por el arte, le han aumentado no por un espíritu de interés material é ilimitado, sino mas bien como un homenaje hecho á Dios por el don del génio de que los habia dotado, y para hacerles contribuir á la felicidad de todos; nada á hablado mas á nuestra vista en favor de una monarquía santa que el espíritu de seis-cientos trabajadores en un taller, dóciles y atentos á los consejos de una alta inteligencia que les anima con sus nobles y útiles inspiraciones. La piedad de tal maestro á la hora de las oraciones de su culto, la dignidad áusterá y sencilla de su continente, le acompañan todos los días de su vida desde el palacio del rico hasta el banco del último trabajador que pule un clavo de su invencion. Sin embargo, este industrial posee todo lo que dispensa las voluptuosidades del mundo y vive sobrio, es legal en todo, escepto cuando esplica las nuevas combinaciones de su génio, y es amado de los mismos á quienes manda y que dependen de él.

El génio y la religion, iluminando el uno al otro, producirian grandes cosas si pudiesen obrar igualmente sobre naciones enteras, como lo hacen con los trabajadores de un taller bien administrado. Todos los jefes de estos establecimientos, cuya vida y muerte pudiéramos referir, pertenecieron á la religion protestante y habian sido tambien los que mas habian obtenido de sus trabajadores bajo el aspecto industrial, moral y religioso. Estos pontífices del arte y de la humanidad son muy comunes en Inglaterra. El estudio y las aplicaciones del vapor, que en Francia, digan lo que quieran, escitan á la avaricia é impelen al materialismo y á la indiferencia, producen efectos diversos entre nuestros eternos rivales. Las maravillas del vapor han estrechado en el corazon de los ingleses los lazos de la religion y de la nacionalidad. Existe en Marsella un modelo de estas asociaciones fundadas sobre el trabajo y la religion, y cosa singular, el hombre de génio que la ha concebido y que prosigue en sus dichosos resultados, es un virtuoso inglés; ha excluido de sus fábricas á sus compatriotas, porque siempre son presuntuosos en presencia de los nuestros. No ha querido para obreros suyos sino la gente del país. A la hora presente, la perfeccion de su obra está completa. Cuatrocientos hombres viven en una perfecta igualdad y en una dichosa medianía. Un buen maestro y un trabajo sostenido por su ejemplo, mantienen en este vasto taller el órden, la actividad, y una fraternal asociacion. Los que son casados cultivan las virtudes de la familia, porque son esclavos del taller; la borrachera misma se ha hecho una pasion incidental y que se cura por la vergüenza que suscita en los delincuentes la vuelta á la razon. En el dia un obrero borracho seria un caso raro. En 1840, todo el cuerpo del taller regaló al gefe del establecimiento, para el dia de su Santo, una medalla de plata. M..... improvisó en una de sus vastas salas un banquete de quinientos cubiertos. ¿Se creerá que tan gran número de jóvenes trabajadores se levantaron de la mesa, despues de cuatro horas de banquete, sin que el maestro reconociera en un solo hombre el estado de embriaguez?

Las inteligencias elevadas, que hacen un sacerdocio de sus profesiones, y en donde una sola voluntad preside á la accion de tantas otras, contribuyen en general á una noble agonía y á una admirable muerte. Son los verdaderos filántropos prácticos, y sus virtudes nunca brillan con un resplandor mas puro, que, cuando convencidos de su fragilidad, arreglan sus cuentas consigo mismos. El que mas me ha edificado entre todos los que yo quisiera citar, creyó verdaderamente en su muerte, el dia que, acostado en una cama de respeto, se apercibió de que habia olvidado el nombre de los principales servidores que le visitaban, y sobre todo, de la clase de obra á que los habia destinado. «Puesto que, dijo, el mecánico ha muerto, el hombre no tardará en seguirle;» hizo llamar á sus hijos y á un notario, y dictó su testamento como una ley escrita que habia meditado por largo tiempo. Insistió mucho sobre la necesidad de los buenos ejemplos por parte del maestro, acerca de la influencia que sus costumbres ejercen en una clase que escoge sus modelos entre los hombres colocados en puestos distinguidos y en evidencia. En seguida hizo sus legados á los mas dignos de sus obreros y fundó dos pensiones de jubilacion, para los que le habian servido largo tiempo. Desde su lecho de muerte improvisó una sublime exhortacion al trabajo y á las virtudes domésticas que de él dimanar, y comisionó á su hijo para que fuera á repetir sus palabras á todo el taller reunido bajo el balcón del enfermo. Todos los servidores escucharon los avisos del agonizante, y, de comun acuerdo, se trasladaron á la iglesia vecina para llorar á su buen amo y rogar á Dios en su favor.

Despues de haber satisfecho las necesidades de su conciencia, este excelente hombre anunció, con una voz dulce y como inspirada, á todos los que se le acercaban, el deseo de toda su vida, que era pasar sus últimas horas en el silencio y el recogimiento en compañía del ministro de su religion; las diez de la mañana dieron en su reloj, este fué el instante de la separacion. Como habia indicado, cada uno de los asistentes salió de la habitacion mortuaria, y bien pronto no se oyó mas que

la voz grave y misteriosa del sacerdote que leía en alta voz las oraciones de la iglesia protestante. Refieren que sintiéndose desfallecer, llevó la mano á la Biblia y la cerró al dar el último suspiro. Ciertamente, este género de muerte hace creer en la perfectibilidad indefinida del hombre.

El modelo del carácter que acabamos de trazar, es casi un fenómeno en una sociedad como la nuestra, en donde el génio es un género que solo se mira como un medio para absorber el oro, la gloria y el poder, á la vista y á sabiendas de todos los contemporáneos. Seguramente distamos mucho de los tiempos en que un Jacquard, que habia fundado un pactolo en la ciudad de Lyon, su patria se moria de hambre; al echar su última mirada sobre la venal cruz de honor que un inglés entusiasta del anciano mecánico habia obtenido para él de la munificencia demasiado decantada de un ministro. Y esto ¿por qué? Jacquard, era uno de aquellos hombres, en quienes el don del génio es como una mision recibida del cielo, para hacer bien sin ostentacion ni cálculo. Una inteligencia de esta clase, á la cabeza de una inmensa manufactura, hubiera realizado el milagro de las antiguas familias patriarcales. Supongamos que en Francia, y en todos los empleos superiores, se hallasen colocados hombres de tanta moralidad; no es cierto que en nuestro pais, en donde la fé y el entusiasmo por las cosas generosas y desinteresadas se va perdiendo, no se borrarían fatalmente del primer lugar que ocuparon sobre todos los pueblos de la tierra?

En general, la vida de estos bienhechores de la humanidad corre pacífica y límpida, como los rios encajonados de la América del Norte, que derraman sobre todas las ciudades establecidas en sus riberas la prosperidad y la abundancia. Solo parecen indiferentes para sí mismos, sacrificándose al bienestar de los pueblos de que se instituyen pastores; son adorados de todos los que obedecen á las voluntades de su génio, porque no viven como sus semejantes, los de la alta industria, que estan sedientos de oro y de poder, y siempre inquietos por una fortuna que quisieran elevar al nivel de la de los reyes. Estos úl-

timos ejercen una funesta influencia sobre los industriales sin génio, cuya vana ambicion seducen y arrastran consigo á asaltar la fortuna y los honores. ¿Y que sucede? Sorprendidos por su debilidad, en medio de su vuelo imprudente, caen de lo alto de la rueda inconstante, y la diosa ciega los destroza con el nombre de quebrados, falsarios, culpables y defraudadores de los tesoros públicos.

Quando el fuego creador de un génio pacífico, como el de un gran mecánico, abrasa un cerebro, se apodera de él por entero, y no deja ningun vacío para que el gérmen de las pasiones ambiciosas pueda echar raíces.

Es una señal favorable para conceder la superioridad de una poderosa inteligencia, el carácter ligero y poco apegado á los bienes del mundo, en un hombre al cual solo falta el vicio de acumular, para poseer un palacio y cortesanos. Solo puede quedarse en la esfera de verdadero hombre de génio, con la condicion de sufrir ataques ardientes é inefables voluptuosidades, lejos de los ojos vulgares y libre de las asechanzas de una avaricia codiciosa, que ahoga en un alma todo lo que puede valer á la vista de Dios y de los hombres. Mírese al rededor para buscar al hombre de nuestra hipótesis, cuando niño, quizá le habreis conocido; si adolescente le habreis seguido en la embriaguez de sus primeros triunfos; pero ya maestro, no es lo que debiera ser; su génio caba la tierra y pone los cimientos de un palacio, pero no podria vivir en el éter del cielo.

Ahora bien, un génio una vez materializado puede todavía producir en un siglo *material*; pero ha abdicado su celeste origen y su alta mision, que es la de iluminar al pueblo en sus necesidades morales y sus deberes para con Dios, que es ademas mas importante para la duracion de los imperios que el lujo de una familia y la rapidez de un carro lanzado sobre un camino de hierro. Ademas, los descubrimientos de estos hombres de génio en el del vapor, engendran tantas emociones en las diferentes clases de la sociedad, que cesan de intitularse bienhechores de la humanidad; son en la organizacion moral del pueblo lo que las estimulaciones cerebrales de cual-

quier especie, considerados en ellos mismos como individuos.

El porvenir nos demostrará la suma de nuestras obligaciones con los que han multiplicado, á todo trance y sin mucho trabajo, los infinitos recuerdos de la vida social de los que no teníamos ninguna necesidad para ser un buen pueblo; pues que los romanos lo fueron antes que nosotros, y nosotros lo hemos sido antes que nuestros aldeanos hubiesen podido apreciar las ventajas de la moda. La Francia está fatalmente destinada á renovar la terrible leccion de los pueblos muy civilizados, que dichosos hasta el *exceso* de la felicidad, despues degeneran, mueren y se estinguen en la esclavitud. El brazo que nos impele hácia nuestra destruccion como individuos y como cuerpo de nacion, es tanto mas rápido cuanto los medios de sostener la vida son diversos y sobre todo corrosivos ó están enervados del principio de nuestro ser. Las maravillas de la industria tienden cada vez mas á resolver el problema de nuestra muerte física y precóz por el exceso de toda estimulacion moral. Se diria que una nacion demasiado civilizada respira bajo una atmósfera de oxígeno como los cuerpos abrasados que se depositan bajo una campana llena de este gas que se consumen pronto despidiendo chispas en medio de una deslumbrante claridad. Sin ninguna duda el pechero camina al igual del noble, y como él, puede de la noche á la mañana y con la ayuda del vapor variar de un instante á otro sus emociones y sus mil caprichos. ¿Pero es por esto mas perfectamente dichoso? El hombre-génio que consume sus vigiliass y las fuerzas de su cerebro en la multiplicacion de sus descubrimientos y en el espíritu vulgar que se satisface, ¿no caminan los dos con viveza y celeridad hácia el *nada* absoluto? Solamente la usura de la vida por las estimulaciones artificiales del lujo y de la industria arruina al hombre en su conjunto, aminora sus fuerzas físicas, pone término á su longebidad; en una palabra, le deteriora y le acaba antes de tiempo. Asi es, que los pueblos mas lejanos que nosotros de la perfeccion, esta pérvida enemiga de la fidelidad sólida de las masas, los que ya

en el camino del progreso lento no sufren como nosotros el exceso de todo lo que exalta y consume la vida, no tienen: nos atrevemos á decirlo, nada que enviarnos. Ellos toman la vida como la tradicion, y la familia se la ha enseñado, y gozan en seguida por largo tiempo de una dulce y florida vejez.

Hemos observado como hecho fisiológico general en la clase de los hombres-génios de todos los géneros, y en particular en todos los que viven de emociones fuertes, rápidas exaltadas ó depresivas, que la substancia propia del cerebro experimenta alteraciones en su vitalidad y en su consistencia. Este resultado que los hombres sóbrios y laboriosos, cultivando su herencia ó una modesta industria, no encuentran sino en una vejez avanzada, nos parece hoy el premio de las inteligencias ávidas de gloria, de fortuna y de ardientes aspiraciones. Este estado de cerebro es el sello de una vejez enferma y anticipada; esta enfermedad ha tomado nacimiento en el pensamiento de los que han hecho, por su propia, cuenta la monstruosa alianza de su génio con el fango de las pasiones egoistas é insaciables.

¿Cómo esplicar este hecho de generacion orgánica apreciable durante la vida en la contestura de la viscera sobre la cual reposa la fuerza, la profundidad y la extension del ser humano? Los que profesan la supremacia del dogma orgánico, atribuyen la disminucion del hombre viril y su muerte antes del término natural, á la molicie de un cerebro sobre excitado á mas no poder, y que concluye como el del bebedor por caer en una atonía (1) indirecta, es decir, una debilidad que sucede á un exceso de estimulacion. Entonces los innumerables vasos que recorren en todas direcciones la pasta del órgano que hemos nombrado *homúnculo*, contraidos y relajados los nervios por el ardor incesante de los estímulos diversos que los tienen en ejercicio, acaban por no sostenerse en la ablandada trama del cerebro y no poderle llevar la sangre necesaria para sus funciones sino cuando los es-

(1) Enfermedad de las partes sólidas del cuerpo humano.

(N. de los traductores.)



citantes de todas especies vienen en su ayuda. Este flujo y reflujo de la sangre en el cerebro, que la naturaleza ordena sin peligro para el individuo, en las naciones pacíficas é indiferentes al progreso, se transforma en enfermedad social en aquellas que siempre tienen hambre y sed de los refinamientos del lujo que sufre sin intermision las torturas de la ambicion, y que no funda ninguna esperanza en el dominio de lo increado.

Los que niegan la importancia de la materia y conceden al principio vital la parte superior en todas nuestras voliciones instintivas, intelectuales y sensitivas, esplican esta alteracion de consistencia por una especie de combustion rápida de la cantidad de vida que el principio fundamental puede suministrar. Cuando las necesidades sobrepujan á las facultades de satisfacerlas, la poca fuerza del cerebro y la debilidad de sus actos dan principio á la vejez y preparan nuestro fin.

Lo que hace que los hombres-genios sean muy raros en el día, que los que se intitulan tales se desplomen al instante desde una posicion elevada que no siempre han sabido merecer, en una palabra, que su génio se borre con la explosion de las enfermedades nerviosas, consecuencia inevitable de las sobreescitaciones continuas, es que por una parte no producen como los elevados árboles fructíferos que esparcen á larga distancia el perfume de sus flores y la belleza de sus frutos, dando á todos los viageros el alimento y la sombra; y que por otra, desnaturalizan y falsean sus inspiraciones, por la incompatibilidad de su mision con los intereses miserables de la vida. Un fenómeno extraño que se advierte algunas veces en los hombres superiores que estuvieron llenos de ódio y envidia contra los que les oponian algun obstáculo en la obra incompleta de su ambicion, es la súbita y repentina benevolencia que se despierta en ellos con respecto á sus víctimas. Esta mudanza inesperada hácia las afecciones dulces y generosas, es una prueba de la debilidad física y moral que les aqueja, es el presagio del inevitable peligro que amenaza su existencia. Entonces no es extraño verlos abjurar sus pasiones rencorosas, y volver á las ideas sencillas y religio-

sas del Evangelio; pero entonces han cesado de ser ellos mismos; en vano se les busca en medio de las preocupaciones de su salud desfallecida. Aparte del cuidado de su fortuna que les aguijona aun en los intervalos lucidos de su mal, permanecen indiferentes al recuerdo de sus obras reputadas admirables, y responden con una sonrisa amarga á quien se las recuerda como si se tratase de un enemigo que les ha matado con la ayuda de un veneno lento. Si ellos mueren progresiva y diariamente, se vuelven hipocondriacos, y fijan su atencion en el órgano que creen amenazado; pasan periódicamente por pequeñas alegrías y tristes temores; temen las visitas de sus émulos ó de sus rivales, y solo quieren del mundo á quien han abandonado despues de la pérdida de lo que constituye su encanto, los cuidados del médico y de sus allegados. Estos enfermos, notables por el espíritu de análisis y de observacion que les valió en otro tiempo la pomposa denominacion de hombres-ge-nios, son los que egercitan con menos piedad la paciencia de los médicos; preciso es que el facultativo se arme de valor á cada entrevista para oír á este mecánico, interesado en su economía, cuando le explica todas las mañanas las menores variaciones que ha observado y notado durante el siglo de una noche que acaba de transcurrir. Algunas veces son muy ingeniosos en describir lo que experimentan, sobre todo si se valen para expresarse del lenguaje peculiar de su profesion,

Hemos conocido sugetos de este temple que tiranizaban al médico para obtener *la recomposicion de su máquina*, y que se enfadaban sériamente, de que este arte menos abanzado que el suyo, era impotente para restablecer en su corazon el estado normal.

Cuando el médico, el descanso y el tiempo han producido una curacion aparente, se les vé sonreír, renacer en ellos la esperanza y regocijarse todavía con la idea del trabajo y de la fortuna. ¡Vana ilusion! Es suficiente para estos cerebros gastados el intentar lo imposible; una meditacion abstracta sobre un objeto de invencion y de investigacion les ahoga, comprime y vuelve á lanzarlos á un nuevo acceso de incurable atonía. En-

tonces comienza para nuestro enfermo el papel del sacerdote en toda la extension y sus inmensos poderes; puede todo lo que quiere, habla á una victima obediente que solo pide creer en un Dios misericordioso y tener fé en un sacerdote que le absuelve de los pecados de la carne. Se concibe que este acompañamiento obligado de un hombre que finaliza, prueba sin ninguna duda, el peligro de un alma que conoce su naturaleza inmortal; pero aquí, esta prueba no se muestra hasta el momento en que el hombre ha terminado. ¡Qué importa una conversion arrancada, en la eminencia del naufragio de todas nuestras ilusiones, á la moralidad de la multitud que observa el ejemplo que les dan los que buscan sus modelos en las inteligencias que les gobiernan! Ya seria tiempo de destruir la falsa y funesta máxima de que una buena muerte, arreglada á los preceptos de la Iglesia, absuelve y redime de los errores de una mala vida; porque de todas las lecciones contradictorias de la civilizacion, esta es la que dá los mas deplorables resultados. No se puede creer el número infinito de vicios, de crímenes y de prostituciones que protege y anima la moral clásica de una pretendida *buena muerte*. Los *presidarios-génios*, los grandes criminales, y otros muchos saben tambien arreglar cristianamente su fin; pero sus hipocresías piadosas no engañan á nadie, su conversion se hace en un presidio entre su conciencia y Dios, ¿sucede lo mismo con los hombres cuya vida y muerte inscribimos? No.

Es probable que las creencias religiosas de los hombres que aplican la ciencia del cálculo á las obras de arte y de industria no sean tibias, y menos nulas é imposibles, á no ser por un vicio de la primera educacion y una falsa direccion dada á las facultades de su inteligencia. La mayor causa de la duda y de la indiferencia, en materia de religion, es sin contradiccion, la ambiciosa necesidad de formar prontamente un hombre intelectual de un niño que es todavía un cerebro lleno de ilusion y de noble entusiasmo. El positivismo de los estudios clásicos, el nivel que corta las ciencias exactas, que arrebatan el pensamiento exhuberante hasta la altura de

la inteligencia requerida, para la percepcion de las verdades de hecho y de razon, excluye á viva fuerza del santuario del alma el sentimiento innato de las creencias puras. Supóngase que estas creencias, que hacen la felicidad y la resignacion del pobre, sean ficticias, y enseñadas, ¿pero la educacion ambiciosa y vasta de nuestras universidades, ¿no causa una especie de irrision al hablar á un estudiante de Dios, de religion y de conciencia? Así es, que las malas lecciones empiezan por lo regular en los bancos de un colegio, donde un niño va á aprender todo lo que debe hacerle olvidar la creencia en Dios, el amor á su familia, y el respeto á la religion. Las ciencias exactas son, nos atrevemos á decirlo, esencialmente materialistas; en este sentido disecan en el espíritu el germen de las verdades reveladas. Las matemáticas, que nuestra época considera con la razon del fin que ellas se proponen, organizan una especie de monstruosidad intelectual en el cerebro de un jóven, y son un verdadero lecho de Procristo hecho con regla y compás. ¡Cuántas veces un adolescente dotado de una imaginacion creadora, y de nobles instintos religiosos, se ha detenido, en su desarrollo moral, el día en que por el aparato de las reglas inexorables del cálculo ha conseguido doblegarse bajo el nivel políténico! El espíritu y el carácter son dos facultades que nunca caminan mejor unidas que cuando no deben casi nada á una cultura tiránica, y se han formado ellas mismas; sobre todo si han sido encarnadas al nacer en un cerebro-génio, y que presenta por fuera una cabeza llena de proféticas protuberancias.

Para llegar á la aplicacion del objeto que nos ocupa, los estudios llamados positivos deben enagenar ó adormecer la actividad del sentido religioso; su influencia es decisiva sobre las creencias, si el hombre que las posee las emplea constantemente en las ciencias mecánicas é industriales. Es imposible que en medio de un admirable sistema, funcionando con precision bajo la voluntad del que le ha inventado, pueda un alma pensar en Dios tan fuertemente como debe hacerlo, y confundir en su gloria las mas vastas creaciones de su génio. El orgullo del hombre positivo es un abismo que la fé mas plena y

entera no podría colmar. Si se añade á esta inconmensurable estimacion de sí mismo, el amor á las riquezas, á los honores, á todo lo que embriaga y corrompe la humanidad, dígasenos; ¿cuál será el instante del día en que este hombre recojido pueda ponerse en estado de gracia y de contemplacion ante su Criador? Si puede y si parece tal á las miradas escrutadoras de los que administra, este hombre será un patriarca descendiente de las familias primitivas, un bienhechor de nuestra especie, cuya influencia fecundará en su pais las solas virtudes sólidas del trabajo, la familia y la religion.

Este modelo es desgraciadamente muy raro, y casi imposible de encontrar en el estado de nuestra civilizacion tan avanzada, y para servirnos del término admitido *siempre progresiva*; ¿y por qué? Porque los hombres no cultivan ya el arte por el arte: porque el génio cualquiera que sea, es en particular el génio industrial en Francia, y no se manifiesta exteriormente sino bajo la triple inspiracion del orgullo, del poder y de la fortuna. La ambicion política que atormenta en el día tantas capacidades enseñadas en la escuela de la duda en materia de religion, ¿no es el término mas general así como el mas inmoderado del amor al poder? El caos moral político y religioso que los espíritus mas escépticos no vacilan en presentarnos como el cuadro verdadero del espíritu en Francia, ¿no se derivará del fácil monopolio de los hombres, hecho por los que pudiendo hacerlos mejores, los aficionan á un gobierno y á leyes de que se han hecho árbitros y oráculos? En efecto, nada es mas raro en nuestro pais que la verdadera educacion parlamentaria, y sin embargo nada mas vulgar que la ambicion de llegar á ser hombre de estado, despues de haber sido hombre de industria y acumulador. Supóngase que esas mil inteligencias (el mayor número pertenece á la categoría de los hombres-génios de que hablamos) que todos esos poderes industriales, en lugar de lanzarse por todos los caminos conocidos al falso resplandor de las grandezas que brillan en las capitales al pié del trono, ó sobre los bancos del palacio legislativo, se cifrasen á vivir en medio de sus servidores para servirles de

modelo, y obtener su respeto y amor ; no se creará entonces que nuestro pais iniciado en los beneficios de la asociacion por el trabajo, sería menos combatido por el choque de los diversos partidos que no son en el dia, á decir verdad, otra cosa que masas de egoistas insaciables y descontentos? Quisiéramos que el ejemplo memorable de nuestro patriarca ingles en Marsella encontrase entre nosotros verdaderos imitadores; porque el problema de la felicidad y de la humanidad, solo se resolverá á este precio.

En este momento otra cuestion se presenta á nuestro exámen, y es la siguiente: ¿qué influencia deben ejercer las ciencias matemáticas trascendentales, y su aplicacion á la industria y á las artes en los principios religiosos de los que las poseen?

Este problema es inmenso, y desesperamos de resolverle con las aclaraciones que exige; encierra quizá la suerte de la humanidad bajo el punto de vista religioso; en efecto, si el positivismo sensualista y racional, comprendido en teoría por las elevadas inteligencias, se filtra en el cuerpo social del estado, y concluye por dominar y apasionar al pueblo, la religion cristiana, cuya esencia es toda espiritualista y que abre el cielo, despues de la muerte, á los que la han honrado ; no tiene nada que temer de este nuevo Soberano que reúne y absorbe la voluntad de las masas por el poder lógico del bienestar?

Los genios del arte y de la industria no son otra cosa que los sublimes artífices de la materia; son los Prometeos del *movimiento* que han encontrado, y con el cual atraviesan los continentes, los rios y los mares. El vapor por que se funcionan á la vez las innumerables palancas de los talleres y de los obradores que neutraliza la fuerza muscular del trabajador, y le dá á vil precio lo que ni aun hubiera deseado otras veces, el vapor decimos, parece haber creado en nuestros dias y á nuestros ojos, un nuevo mundo. Los inventores de este mundo no son sin embargo, ni ateos ni materialistas; reconocen sin profundizarle un poder intencional que preside á la armonía de las cosas, ó no son religiosos, ó si

lo son, muy poco ; les falta para esto un espíritu poético, creyente é inspirado ; poseen con exceso el culto de sí mismos, y sus adoraciones se absorben en las sábias aplicaciones del Dios que han encontrado : el poder del gas.

Adviértase de que esta ilusion del orgullo humano, se deriba de un hecho evidente que se multiplica y se reproduce todos los dias ; que se ve, que se toca, que siembra de arriba á bajo en la escala social la prosperidad y la abundancia ; ademas, la religion de Cristo que es toda humildad y abnegacion, ¿puede conciliar su objeto *que no es de este mundo* con el de una inteligencia orgullosa, con un positivismo que ha fundado y estendido todas las necesidades de la vida ?

El hombre de *elevada clase* que abre á su pais tan grandes manantiales de industria y de comercio, que la multitud de sus contemporáneos escucha, observa y procura imitar, es un cristiano sin culto, sin práctica, y sin pruebas de conviccion religiosa. Este realismo prodigioso de nuestra época, desde las maravillas del vapor, es todavía mas funesto á la moralidad de una nacion y al fin que ella debiera proponerse para su tranquilidad y su duracion, que lo que ya se ha llamado indiferencia en materia de religion. El uno propende á destruir las creencias metafísicas, con el otro, un pueblo no ha dicho todavía su última palabra y puede aun rehabilitarse en el espíritu de su iglesia.

Asi la felicidad de las masas que procura el exceso del industrialismo en un pueblo antiguo, representa fielmente en nuestros dias la antigua sociedad judaica, sus hermosas mujeres, sus festines, su becerro de oro: su altar fué derribado por Moisés al descender del Sinaí. ¿Pero qué brazo será bastante poderoso para derribar nuestros ídolos ?

De todo lo que precede podemos deducir el género de agonía y de muerte que espera al hombre de nuestra hipótesis, sobre su sobervio lecho rodeado de los admiradores de su genio, de los corruptores de sus presentimientos siniestros y de pretendidos amigos pagados por su crédito y su fortuna. Hemos observado muchos de

estos fines característicos de nuestra época, ellos abrazan dos situaciones particulares del alma; por de pronto el enfermo que llega todavía á los días de su gloria, de su ambición y de su salud, padece con la esperanza dada por todos los que le rodean, de renacer pronto á las emociones de su hermosa existencia. Esta fásede su enfermedad no suministra ninguna lección moral; es siempre el hombre como siempre se le ha conocido; es el sábio con sus proyectos, el industrioso con sus máquinas, el opulento ciudadano con sus mal aprendidas maneras de gran señor. Hemos oído discutir, con mucha dilucidación, sobre las árduas cuestiones comerciales de la economía política, del porvenir de las naciones, y hasta sobre las probabilidades de un Dios; ellos tratan de este último asunto como gente acostumbrada á la resolución de los problemas como verdaderos matemáticos, incapaces de manifestar por la palabra una verdad del sentimiento.

La naturaleza de estos hombres es la que conserva mas largo tiempo las ilusiones de la vida; no creen en la muerte sino cuando ya estan muertos; es decir, cuando el alma libre y esperando la hora suprema se detiene todavía algun tiempo en el campo, en breve desierto, de lo que fué órgano del pensamiento. Los que han vivido en los trances de un peligro incesante como los soldados, los marinos ó los viageros, sin temer la muerte, son los hombres que la presienten mejor desde muy lejos; su aproximación no les pasma jamas, y puede ser que deban á este único pensamiento el sentimiento íntimo de un ser supremo que no les abandona jamas.

La última fase de la vida de nuestros elevados industriales debe ser vulgar y comun. El alma se inspira mas ó menos con las verdades del cielo, así como sucede siempre cuando la luz del sol palidece á las miradas del agonizante. Las ceremonias piadosas, que ponen el sello á una vuelta tardia de lo que debió ser el objeto de un culto cotidiano se hacen como un acto obligado y tradicional y, casi sin conmover á un ser cuyos sentidos internos y externos se hallan extinguidos no tienen de vida mas que un punto en su cabeza. A decir verdad estas gentes sufren todavía mas que los otros el mal de



nuestra época, pues que su génio hace exfuerzos inauditos para extraer de la materia todas las voluptuosidades que encierra ¿es pues tan extraordinario que no sepan lo que han hecho olvidar á sus contemporáneos el arte sublime y divino de bien morir?

Por el contrario, aquel á quien el orgullo del rango, la sed de riquezas y otras mil seducciones de la flaqueza humana no han falsificado el genio, muere de una manera solemne y edificativa. Ciertamente, Pascal y Newton, cuyos pensamientos midieron la extension de los cielos, nos presentan un buen ejemplo para atestiguar la alianza de un genio sublime y de una gran fé en Dios. El sentido del amor divino, aplicado á las cosas de la tierra, constituye la sola humanidad digna de este título. Nótese que en este capítulo hemos dado el nombre de *genio* á las inteligencias que no lo son realmente en la acepción bien comprendida de esta palabra. Apoderarse de un hecho y cohordinar relatos no es la facultad de inventarlos. Toda cosa humana puede concebirse sin la poesía que hace de ella una emanacion divina. Nosotros no pensamos que se llame así el arte sabido de encontrar con la ayuda del cálculo un problema de estadística; no; pero reconocemos la *emanacion divina* en ese cerebro que sin cultura le resuelve casi sin saberlo.

No hemos conocido Ser mas moral y mas religioso que el pobre marinero dotado del genio mas extraordinario y que se substituyó con frecuencia á altas capacidades que venian á él, como los apóstoles á Jesucristo, en el instante del naufragio. Recordamos que levantó con la fuerza de un aparato sencillo una fragata del Pachá de Egipto encallada al descender del arsenal. Su genio habia buscado, en la inspiracion, lo que en vano habian otros preguntado á su adornada y vasta inteligencia. Este hombre no pidió casi nada al soberano de Egipto por la obra grandiosa que acababa de ejecutar á la vista de toda la asombrada poblacion de Marsella. Ha muerto en la Ciotat como habia vivido: bueno, sencillo y religioso; á la hora de su muerte tuvo una *vision de la eternidad* que otros mas arriesgados llamaban *vision* del delirio de un cerebro enfermo ¿Entonces qué nombre da-

remos á los terrores del que reconoce á un Dios cuando cara á cara con la eternidad blasfema una vez del orgullo de su genio?

El trabajo y la religion son las bases de la condicion humana mas favorables á la duracion y á la moralidad de los pueblos.

El que no compra por cualquier trabajo el derecho de gozar, el que ocioso y materialmente dichoso pierde la costumbre del trabajo, pierde tambien lo que le hacia ser alguna cosa á los ojos de la naturaleza y delante de Dios. Esto puede parecer extraño, y sin embargo es lo mas cierto. La Francia desde que es industrial y mercantil, paga todos los años un impuesto, que va en aumento, á los vicios, á los crimines y á las casas de correccion. (1) El juez odia el patíbulo, respeta la vida de los parricidas y de los asesinos, y es mas indulgente que Dios que maldijo á Cain. Este mal social proviene de que toda la poesía ha desaparecido y con ella la fé y la esperanza de la otra vida. Se nos acusará quizá de sobrecargar con colores oscuros un cuadro ya sombrío, y de prejuzgar mal el porvenir del vapor. No exponemos en duda su poder ilimitado, pero sí el del hombre que cruza sus brazos y que repite gimiendo en el exceso de su impotencia: *Quæsiuit celo lucem, ingemuitque reperta.*

Pasemos á otra parte de nuestro asunto. La cultura de un genio creador, nunca ha ayudado mas á la felicidad de la humanidad, que en su aplicacion al estudio de las bellas artes. Desde el principio del mundo, el instinto de los pueblos ha creído reconocer el lenguaje del cielo en los que se le han revelado, inspirándose con las maravillas de Dios y con los esplendores del universo. El fuego divino del entusiasmo poético es el medio civilizador por excelencia; pero no lo es sino con la condi-

(1) Véase nuestra obra *les Forçats*, Capitulo 9.º, estadística de los presidios de Francia p. 435 y siguientes.—Fregier, *Des classes dangereuses de la population, dans les grandes villes.*—Paris, 1840 tomo 1.º, pág. 43 y siguientes.

(N. del autor.)

cion de brillar sobre la tierra, como una emanacion del gran Ser cuya mision providencial cumple los verdaderos manantiales de la inspiracion del génio; son Dios en el cielo, y la patria en la tierra; fuera de estas dos esferas infinitas, se vulgariza, se encarna en una vil materia, y es la imágen del ángel caído herido por el rayo. Entonces toma las armas de la duda y de la incredulidad: blasfema de sus poderes: tiene un language ateo, y reniega de su naturaleza divina. La hora de los falsos apóstoles ya ha sonado; su palabra retumbará un dia y ahogará las voces dulces y armoniosas del cielo. ¡Desdichados los pueblos que hayan creído en la mentira de sus predicciones! El elemento cristiano nos suministra una prueba magnífica de la influencia civilizadora de una obra escrita bajo la inspiracion religiosa y continuada con la misma vervosidad durante alguuas largas generaciones de hombres. Desde Moises, y puede ser antes que él, las ideas que se han cantado en el poema de todas las edades, han conducido á los pueblos á salir de la esclavitud del fondo de la tierra, y le han fortificado con la fé de los misterios de la religion revelada, bajo el aspecto de la alianza del hombre con Dios. Los sublimes poetas de la biblia han sido y son todavía para las naciones modernas pontífices infalibles, legisladores siempre verídicos, moralistas consoladores y sinceros. Se ha dicho que las palabras escritas en este libro, habian venido del cielo, y que los profetas de la sociedad primitiva las habian recogido para cantarlas en la tierra. Sin querer alterar en nada el sentido de esta metáfora, creemos que las almas verdaderamente superiores las han traído con ellas al mundo, y que las han traducido al idioma de los hombres para enseñarles los caminos de la sabiduría y de la felicidad.

Los verdaderos continuadores de esta raza apostólica, solo pueden ser las *inteligencias-génios* cuyas obras escritas, cantadas ó espresadas en inefables melodías, hablan á sus contemporáneos de las grandezas de Dios, de la inestabilidad de las felicidades temporales, de las esperanzas de otro universo. ¿Por qué el artista verdadero que se ha entusiasmado en el hogar poético del cielo

¿de la patria, es necesariamente sublime é ideal? Porque sus aspiraciones al venir á despertar y regocijar los ecos de la naturaleza, parece han recibido por adelantado, la consagracion de los espíritus de que él mismo es una forma visible. Por lo demas, para nosotros y para los que reconocen todas las cosas grandes como una creacion útil á la humanidad, el espíritu de la biblia es el que puebla el firmamento de estrellas y le colora de un vivo azul; tambien es el que sostiene la juventud y la fecundidad de la tierra. El espíritu de la Biblia es el alma del poeta que canta, del pintor que reproduce las imágenes del universo, del músico que repite las sublimes voces de la floresta del Océano y del trueno; todos siempre bajo el pensamiento divinizador de Dios y de la eternidad. La agonía y la muerte del que ha vivido como Jeremías, David y todos los cantores esparcidos en la epopeya bíblica, en nada se parecen á las de los hombres cuya inteligencia creadora se ha aniquilado en inspiraciones fantásticas, y por consecuencia percederas. Es preciso que la muerte rejuvenezca las esperanzas de la vida en el que jamás ha creado mas que obras frágiles, y que no sabe morir sino con la ayuda de un sacerdote. La voz que cantó toda su vida el símbolo divino oculto en todas las producciones de la tierra y del cielo, muere como el cisne fabuloso de la mitología. Su último canto, es el mas melodioso porque está tomado del mismo cauce de la inmortal poesía visible para él solo.

— Pero esta especie de agonía es en nuestros dias un fenómeno. Las revoluciones políticas y religiosas, los trastornos que producen en el nuevo orden, la fusion de las ideas humanas en el mismo crisol social, han elaborado, y me atrevo á decir, han filtrado un germen impuro en el seno de estas naturalezas angélicas, en todos tiempos tan raras, y que pasan ignoradas de tal modo, que sus obras reputadas por las mas bellas, parecen los enanos de las que se les han adelantado en la carrera, y que mucho antes que ellas habian fundado la gloria y la emancipacion del mundo. En nuestros dias de impiedad y de positivismo, el alma del génio parece en su juventud á la de un mortal cargado de años, cuyos resortes

se impregnan de sales de la tierra, como para reconvenirle de qué ya no es para ella una prision sino un sepulcro. El génio materializado hace vanos esfuerzos para llegar á la altura de su mision; pues vuelve á caer en los lazos carnales de la habitacion que le han abierto las pasiones vanas y egoistas. Y sin embargo, el arte no ha muerto como propalan los adictos á la nueva escuela. No: el soplo divino repartido entre algunas almas predestinadas no puede morir, vive siempre como el que se reproduce sin cesar y bajo mil formas en los campos del universo; pero vive aprisionado en las criptas (1) del positivismo moderno. Trabaja por cuenta de la materia y por la del individuo, organiza los vastos talleres, va tras del problema de las aplicaciones del vapor, multiplica lo supérfluo en el uso de las clases numerosas é ínfimas que en otro tiempo trabajaban con un fin comun, para ir un dia á descansar sin temor y sin remordimientos en el seno de Dios.

Si el nuevo génio toma la pluma, ¿es para borrar de la Biblia las tradiciones primitivas en donde las generaciones han buscado el espíritu de las leyes, el de familia y el de nuestras relaciones con la divinidad. Puede impunemente blasfemar y escribir lo que quiera, puede negar el cielo, divinizar la materia y proclamar *la nada* absoluta. Con estos tres elementos de un mundo profano ¿qué hay mas lógico y mas contagioso que el ejemplo de la mujer libre, la comunidad de bienes sin el trabajo, y la economía que pueden proporcionarles la igualdad brutal de las condiciones en la sociedad, á pesar del derecho de los que, en las pruebas de la obediencia, han conquistado las insignias del mando?

Si el pintor prepara su paleta y dispone sus pinceles, podrá algunas veces imponerse el ejemplo de los grandes maestros de la escuela y reproducir en el lienzo el noble desprendimiento de un patriotismo nacional ó extranjero, ó bien, resucitando las edades pasadas, hacer

(1) Lugar subterráneo donde se acostumbraba dar sepultura á los muertos.

(N. de los traductores.)

revivir, á los ojos de la raza contemporánea, las sublimes y religiosas emociones de la epopeya hebraica. Mas intentará en vano elevarse en nuestros dias á la altura sublime y eminentemente moral que exigen tales composiciones; ¿por qué? ¿Y lo hemos preguntado? Las verdaderas relaciones que existen ó que deben establecerse entre las producciones artisticas en la época contemporánea, son enteramente negativas del bello moral y de su perfeccion. Son precisas al artista elegido de Dios; por una parte una fé ardiente y mística, y por otra la abnegacion y la independencia. Si camina con su cruz llevando en su alma el grande pensamiento de su glorioso suplicio (porque se padece con el genio) á este precio es pintor moralista; en una palabra, apóstol de la humanidad. Inspirado por la fé de la Iglesia, hará palpitar en el lienzo, como Murillo, al cristo que ha soñado en sus noches de piadosa meditacion, ó bien como Miguel Angel en su milagro del juicio final, inventará tambien alguna terrible leccion para asustar á los malos y soberbios del siglo. Si se ha apoderado de las formas puras del bello sexo, si el nombre de *Maria* es para él la expresion de la serenidad y del amor ideal, entonces arrebatará del cielo algunas de las vírgenes escapadas á Rafael, será amante apasionado de la naturaleza, y la hará amar. Si el estrangero amenaza su patria, su pincel le opondrá un Leonidas en las Termópilas; en fin, si quiere fundar un culto á la gloria de otro Alejandro, nos le mostrará radioso y triunfante sobre su caballo de batalla, teniendo por pedestal la roca ó punta culminante del gran San Bernardo.

Todos estos mártires del arte no han tenido una vida comun y prosáica; si algunos han parecido pertenecer á la humanidad vulgar, adviértase que á cada contacto profano de su espíritu con la materia, algunos de ellos han profanado y deslucido los mas bellos colores de su paleta. El arte ha muerto, en un pueblo toda vez que la gloria y el egoismo en el platillo de la balanza se disputan un nombre. Cuando el alma de un hombre se siente abrasada por un destello del fuego Celeste, se hace pintor; y en seguida el artista olvida su mision para ha-

cerse pueblo ó cortesano : para adular las malas pasiones de su época , revistiéndolas de formas amables; cree que esta prostitucion es un desgracia para el genio : entonces se vende , se le compra y se dá por dinero, por condecoraciones, por empleos y por títulos. ¿ Pero es este el genio ó bien su encarnacion con el fango de los intereses sórdidos y materiales ?

Nadie se admire si la pintura , así como la literatura, no dan al pueblo grandes y útiles lecciones; pues que en Francia las palabras que muy pronto se comprenderán menos, serán las de religion y patria; porque los que estan encargados de adoctrinarla y darla ejemplo, no esponen á sus miradas y á su admiracion sino la vernal trivialidad de sus modelos.

Así sin negar las excepciones honrosas que se han conservado puras de todo contagio, el pensamiento fijo de lo bello , descendiendo á las regiones inferiores de la sociedad , se ha llevado en su descenso en nuestros dias sus altas prerogativas del órden moral , las de la enseñanza humanitaria , política y religiosa. El arte ha perdido bajo todos aspectos; fabricado á consecuencia de la vulgaridad de sus obras, se ha vuelto oficio; y los numerosos aprendices , menos ansiosos de su gloria que de el dinero que el genio proporciona, se ponen á producir segun la opinion y gustos de los que les pagan. Cuando se piensa que los mil sábios lienzos que se manifiestan anualmente á las miradas del pueblo, comparados al de la confesion de S. Gerónimo, ó al del juicio final, no arrancan un remordimiento á los malos, no producen ningun arrepentimiento y retorno hácia el bien , se pregunta con pasmo de qué utilidad son las bellas artes para la mejoría de los pueblos.

No obstante, es preciso decirlo , hemos conocido literatos, pintores y poetas que han permanecido siendo séres angélicos en medio de la corrupcion de su época; hemos visto algunas de estas bellas inteligencias que habian cultivado el arte por el arte en las horas de su agonía y de su muerte; y la leccion que nos han dado sobre las esperanzas de la otra vida , se halla todavía presente á nuestra memoria. Uno de ellos poeta, y todavía

en los andadores del porvenir, soñaba noche y día con un nuevo canto, con una *Mesiada*, y según sus revelaciones repentinas, ensanchaba todavía más el cuadro magnífico de Klopstock. La moderna *Mesiada* concebida en el delirio de la agonía, debía abrazar la humanidad en su cuna, y el hombre-dios debía ser la gran figura final; aquella cuya muerte esperan con ansiedad los espectadores de un drama sublime. Todos los días nuestro poeta nos contaba las adiciones ó los córtés que había hecho á su obra tan querida, pues que calmaba sus dolores y le elevaba por horas enteras en alas de la esperanza. Se extinguió como un ángel al ponerse el sol un día en que con voz sonora y con una dilucidación fenomenal se empeñó en hacernos recorrer el elemento hebreo, griego y romano, como encerrando el germen de las verdades infalibles del cristianismo. Se adormeció en una especie de éxtasis, en medio de su sueño metafísico, y la muerte le sorprendió con las manos juntas y la mirada inspirada de un santo anacoreta. Jamás el genio, consumiendo las fuerzas del cuerpo como una llama devoradora, se ha mostrado á nosotros bajo un aspecto más memorable. Semejantes agonías (diga lo que quiera el filosofismo rígido que con nada sustituye lo que destruye), son la demostración más positiva de las verdades del cielo.

La poesía y la pintura cuando procuran, á los que las cultivan, las ventajas de la fortuna y del poder, parecen no ser ya aquellas dos hijas del cielo, descendidas á la tierra para hacer oír á los hombres la palabra que los liga con la unidad de las creencias, y los instruye con el arte que estampa, para siempre, en el lienzo las escenas graciosas ó dramáticas de la vida, y se fecundiza en útiles lecciones.

Compendiemos nuestro pensamiento: No es poeta el que solo hace versos, ni artista el que presenta algunos lienzos ingeniosos, si se quiere, pero que nada prueban sino que, con la ayuda de las reglas y de la paciencia, un espíritu vulgar puede hacer otro tanto. El pintor y el poeta son dos individualidades excepcionales que nacen con el fuego divino de su arte, y que no deben casi nada



á las lecciones de los maestros. El pastor de la campiña de Roma que con la punta de su cuchillo descubria una madona oculta en un pedazo de madera, y el amable niño que hemos visto durante la languidez de una enfermedad crónica, formando con cera los angelitos mas graciosos que pueden imaginarse, eran de otra materia que esa multitud venal á la cual el pueblo *civilizado* concede con tanta frecuencia el título de artistas y de poetas. No lo fueron jamás; viven de una industria como los que les pagan; fabrican versos y pinturas, así como otros hacen licores fuertes ó suaves, segun el gusto y el bolsillo de aquellos para quienes trabajan. El pueblo que solo habia contado sus aduladores y cortesanos en tiempo de anarquía, los tiene en el dia que no le hablan de la fuerza de sus puños ni de su brutal soberanía. No: este lenguaje á nada conduce; los nuevos panegiristas le entretienen con el lujo que embellece y encanta la existencia.

Cuando el pueblo acaudalado ha adquirido el lujo de la moda, se le hace entender que un ciudadano de la primera nacion del mundo no debe ser extraño al movimiento literario y artístico de la época; vamos señores, manos á la obra! escribid libros que agraden á los que nada entienden de las literaturas diversas sino todo lo que vos querais enseñarles. El romanticismo, el drama, el verso incisivo y plebeyo, las pinturas que le recuerdan sus tiempos sangrientos y sus pasiones corrosivas, esos son los artículos que se venden..... Ah! nosotros damos á todos esos menestrales que hacen poesia y arte, como á los que fabrican toda especie de vinos con drogas, el nombre sagrado de artista, es decir, de hombre independiente, inspirado, de apóstol de la humanidad!.....

Lo mas deplorable en esta confusion de hombres y de cosas, es la perversidad del verdadero genio; si consiente en sacrificar á los ídolos, su muerte será en medio de la miseria, ó sobre una cama de hospital si no ha abdicado su descendencia divina. Los artistas y poetas se consumen jóvenes en la languidez de sus santas aspiraciones. El genio que arde solo puede durar cuando el ardor de

su llama se atempera con la frescura de las dulces emociones de la gloria. En Francia un poeta que tiende sus alas sin el apoyo de los protectores, y sin la habilidad de los mecánicos del arte, está seguro de caer en el fango herido por la envidia y la venenosa medianía. Así gracias á nuestra civilizaci6n inmoral y campanuda, un verdadero genio no será en la naci6n que en otro tiempo fué metrópoli del mundo, sino un fenómeno posible; pero en el momento imposible de encontrar.

Si existen todavía seres inspirados, y si la opinion los proclama tales, se lanzan por espacio de algunos años tras un pensamiento de bienaventuranza para ellos, y otro de rehabilitaci6n para el hombre; entonces elevados á la escarpada cima de la gloria, si no mueren; retroceden, se les ve tímidos y como aterrorizados de la profundidad del abismo que les falta que superar para llegar á la verdadera inmortalidad. Pero ni son tímidos, ni estan aterrorizados de su impotencia, sufren el mal de la época; no quieren abortar en medio de las tempestades y de la soledad; quieren vivir y gozar. El pueblo que los juzga y los paga estará mas orgulloso de sí mismo cuando al pronunciar sobre el mérito de sus nuevas obras, fabricadas á estajo, como un lienzo en el telar, los reconocerá como sublimes, porque él los comprende; y porque estan escritos por una pluma cuya perfecci6n todos los periódicos alaban. Los hombres de estado de los talleres y de los obradores no reconocen otros monitores.

¿Será necesario decir, que la agonía y la muerte de esos menestrales del pensamiento no pueden ser sino tribiales y comunes?

El genio que abdica su misi6n se vulgariza, se humaniza, sufre aun las demas enfermedades del mundo moral que viene á habitar; de las cuales la mas comun es la que aguijona el deseo inmoderado de las grandezas, que es, hablando con propiedad la ambici6n política. En el tiempo que conocemos hay en todos los cerebros *metálicos*, y con mas motivo en el que no lo es una chispa de fuego sagrado, un pequeño lugar inculto, en el cual cuando le parece, el industrial gusta de sembrar los gérmenes que multiplican los hombres de Estado. El hombre artista,

atacado de esta enfermedad, acaba como los ambiciosos que han presumido demasiado de sí mismos; como ellos, se engaña en la eleccion que hace del *Rocinante* donde debe elevarse. El sueño de la gloria que hemos visto extinguirse con la vida, entre los que jamás habian abjurado el culto de su genio, nos demuestra al artista realmente inspirado hasta en su mismo lecho de muerte. La cabeza de los hombres que mueren convencidos de su sublime mision brilla siempre con una espresion sobrenatural.

Al contrerrio, el que desdeña el tesoro del pensamiento que el cielo ha puesto en su alma, despues de haber filtrado la quinta esencia para ofrecerla en admiracion á sus contemporáneos, corta en seguida en su acceso de egoismo y de necio orgullo las alas á su genio, á fin de dejar á su espíritu, desprendido de todo lazo, encarnizarse ruidosamente en la defensa de los grandes intereses del Estado. Este es un loco que no echará de menos nunca la enagenacion de su celeste patrimonio, sino en las horas solemnes en que recojemos los consuelos de la vida que abandonamos y las esperanzas de la que nos espera.

Entre otros ejemplos de una existencia destruida por los vanos atractivos de la carrera política, citaremos aqui el de un hombre que la restauracion distinguió como el *eco* de su partido, cuyo bello genio y floreciente salud recibieron el golpe mortal el dia en que su razon se vió obligada á humillarse ante dueños absurdos y tiránicos.

M<sup>\*\*\*</sup> viene al medio dia de la Francia á buscar el sol del invierno, su salud perdida y la distraccion de sus penas. Un dia en que un escirro que seria en el *portonario* (1) su *cangrejo* como él le llamaba, le daba un poco de descanso, me refirió un capítulo de su historia. «Amigo mio no hay probabilidad de reposo, de salud y de larga vida sino para el que tuvo bastante acierto para adivinar en su alma el secreto de su vocacion. Yo habia nacido con el don de la poesia pastoril,

(1) Orificio interior del estómago.  
(Nota de los traductores.)

aquella que murmura en el arroyuelo, que serpentea y que suena en la hojarasca de los árboles, y que se complace en la soledad en medio de los sueños del amor. Ya habeis leído algunas de mis poesías y teneis la bondad de encontrarlas llenas de verbosidad; sin embargo no tienen tanta como yo hubiera podido darlas. Mi familia no lo creyó así. Me casaron jóven y mi mujer no concebía nada regular fuera de la vida positiva; fue preciso conformarse: viajar, hacer visitas, recibir á los amigos, en una palabra, arrastrarse en los detalles áridos de la vida. Yo sentía siempre en mí cobijarse el fuego sagrado, y esperaba, á beneficio del tiempo, algún largo descanso para volver á tomar, con igual ardor que otras veces, *mi lira y mis pinceles*. ¡Vana esperanza! La restauracion hizo de mí un diputado: me dejé convencer, y aparecí en la cámara.

«La cámara fue el principio, y quizás será el fin de todas mis travesuras. Las mil estocadas que los hábiles tienen el arte de introducir, sin dolor, hasta la fibra mas profunda de la conciencia y del corazón, son los *alcoólicos* de que me habláis, y cuyo abuso ocasiona las enfermedades del estómago. Vos no podreis creer todas las luchas de mi razon: de mi independencia: de mi alma, que me echa en cara aun mis apostasías durante los tristes y largos dias en que juré ser hombre ante las pretensiones del absolutismo y de la mediania.»

«Algunos triunfos en la tribuna me llenaron de orgullo; y muchas veces me he creído un reformador del Estado, un futuro ministro, un consejero de la corona; yo pobre diablo, que hubiera debido aconsejarme á mí mismo el vivir en paz y cantar la naturaleza, pues que Dios me lo habia dicho. La ambicion de pesar alguna cosa en la balanza de los destinos de un pueblo, fue tambien mi manía, y recuerdo haber maldecido de todo corazón aquellos de mis cólegas, que osaban hacerme un elogio pomposo de mis obras; hubiera querido no haber escrito nunca nada; parecía que me echaban en cara mi humilde condicion. Ahora que conozco el vacío y la insignificancia de las miserables pasiones de la tribuna y de la diplomacia, me queda el remordimiento de haber destruído la mejor porcion de mi inte-

ligencia. ¡Quién sabe! quizá, la mónada del cielo que me hacía poeta y, lo confieso, de todas mis defecciones, esta me roe el corazón en el paraje del verdadero amor propio. En el descanso que me proporcionaba el intervalo de las sesiones, quise algunas veces rejuvenecer al hombre viejo, y hacerle subir en el Pegaso, pero en vano; después de haber sudado sangre y agua, me hallaba avergonzado de mí mismo, y echaba al fuego mi incienso á las musas, mi himno inacabado en que por parentesis reconocía no sin despecho, que no encontraba la rima, que estropeaba muy amenudo la razón, y fuerza es decirlo, que ya no sabía escribir el francés.»

M.<sup>\*\*\*</sup> arrastró todavía algunas semanas una vida lánguida y melancólica; padecía mucho sin quejarse, solamente cuando acusaba á su *cangrejo* de no descender á los intestinos y de multiplicar todos los días sus *corbas patas* y deducir su próxima muerte. Lleno de sabiduría y de penetración, sacaba fácilmente de sus luchas, de sus penas y de la ingratitud de los hombres la causa de su afección cancerosa. «A cada conmoción en la cabeza decía, sentía mi estómago crisparse por días enteros». Se informaba de los negocios públicos y muchas veces solía decir con un sentimiento de orgullo. «Si yo hubiera sido ministro, hubiera hecho tal proposición.» Sin embargo, la amargura de la vida política desbordaba por todos sus poros, había sembrado su vida en los consejos y en los salones diplomáticos, y solo recogía en su lecho de muerte la indiferencia y el olvido. Un poema y algunos amigos que hubieran leído una canción á su cabecera, hubieran regocijado más su oído y encantado su corazón, que todos los nombres mil veces repetidos cada día en los periódicos cuotidianos, y que publican el nombre de los actores en voga en tal ó cual drama político del Estado.

M.<sup>\*\*</sup> era deísta y en este punto se mostraba *inconvertible*: había dicho un día y nadie lo había olvidado. «El sacerdocio *no existe* etc.» La víspera de su muerte recibió la visita de un prelado á quien trató con la más esquisita política y al cual citó á los tres días para escuchar sus *razones*. Debía esta deferencia á las

creencias de nuestro culto, despues al respeto, al uso, y sin duda tambien porque el interés de su familia le imponia el deber de rendir homenaje á la religion del Estado. Era el diplomático á la hora de su muerte. Sin embargo, cuando el prelado se alejó cerró las cortinas de su lecho murmurando. «¡Ya me libré del tirano!»

Por la noche le acometió un parasismo de fiebre durante el cual tuvo sueños espantosos, y pronunció distintamente varios nombres muy conocidos en la alta aristocrácia. Los de *Monterrojo* é infierno venian tambien frecuentemente á sus lábios. Por la mañana estos mismos nombres salian inarticulados; era una especie de murmullo monótono que cesó con el último suspiro.

Asi, cualquiera que sea su nueva ruta, el hombre que se ha desviado de su marcha ascendente hácia el cielo, y cuyo vuelo semece sobre las grandezas terrestres, queda esclavo como el ave de rapiña que caza en la playa un pedazo de carne iufecto que no hubiera podido conquistar á tener vida en las regiones del aire. Entonces, como el águila en una jaula dorada, cuyo pico y garras languidecen y pierden su vigor, el que reniega del cielo por la tierra, con cualquier nombre pomposo que se llame el abandono del hábito de que los reyes y los pueblos le han revestido, no es sino una águila desplumada y mutilada en sus atributos de fuerza y de poder.

En nuestros dias es sumamente difícil referir las últimas horas de un hombre que durante treinta años de su vida ha profesado constantemente el culto de su pensamiento; los egoismos divinos que se consumen con el triunfo de una obra gigantesca que engrandecen sin cesar, que se elevan por superposicion de perlas, topacios y de diamantes, parecidos á los bellos faros del canal de la Mancha, á los de Edystone y los de Gatteville, cuya cabeza oscila en las nubes como las péndolas del cielo. Los egoismos, repito á la manera de Homero, de Dante, de Miguel Angel y de Rubens, no exista en mas que en nuestros sueños del porvenir; son los Mesias de la cristiandad moderna.

¶ No es falta de Dios si la tierra cuenta tan pocos apóstoles verdaderos. Todos los días nacen algunos de estos seres que traen en sí la aureola celeste; pero apenas comienza su peregrinación en este mundo, cuando parecen atacados de nostalgia: maldicen la existencia y mueren. Puede decirse que en nuestros días el genio no tiene más condición de posibilidad de vivir que la de detenerse al tender su vuelo. Hemos hallado muchas veces almas seráficas alojadas en cuerpos ruines y dolientes; con frecuencia hemos asistido á melodiosas agonías improvisadas como el canto del Cisne; de modo que no vacilamos en proclamar que en nuestros días lo mejor de nuestra especie, en una palabra, la flor de la humanidad cae desprendida de su rama antes de haber podido dar su más grato perfume y su mejor fruto.

La primera causa de esto es la debilidad nativa de los organismos, en el seno de los cuales la naturaleza ha colocado un alma demasiado vibrante. Sus oscilaciones precoces, que resuenan y se estienden, los dislocan y quiebran antes del término aparente de su duración.

De sesenta organizaciones excepcionales, todas predestinadas á la misión de un genio ya en literatura, ya en música ó en pintura, que hemos podido seguir de cerca ó de lejos en el transcurso de nuestra carrera, hemos hallado cincuenta y ocho constituciones en las cuales había un elemento de raquítica de tisis tuberculosa, ó bien de afección orgánica del corazón; las otras dos eran completas en lo físico y en lo moral. Sin ninguna duda los vicios orgánicos de las primeras debían ser hereditarios. Creer en la fermentación degenerada de nuestra especie es una cosa vulgar para quien observa la nueva población de las ciudades. ¿Ha habido algunas veces tantas criaturas abortos, tan llenos de lamparones y desfigurados por el vicio raquítrico, como en el día? Pero no es esto, hablando con propiedad, lo que mata nuestras bellas inteligencias que ya se hallan en la edad de la pubertad, y que ya han preludiado los acordes de su genio; lo que las arruina son las estimulaciones nerviosas de los órganos del pecho, por el ejercicio entusiasta y fanático del demonio de su arte. Como antes

hemos dicho, las vibraciones de su alma son demasiado fuertes para organos débiles, irritables y que han nacido mal.

¿En qué consiste que las emociones de la gloria y del amor resuenan mas en el pulmon y en el corazon, que en la cabeza? ¿Que un pensamiento, que mide los campos de lo increado ó de los mundos metafísicos, vuelve á encerrarse en su estrecho límite al menor llamamiento que le dirige el corazon herido de aneurisma, ó el pulmon ahogado en una hemorragia de sangre? Algunas veces tambien, lo que corta la vida por el intermediario de un órgano que experimenta el choque electrico del génio, es todavia menos susceptible de una demostración lógica. Recordamos á un jóven, en quien los sonidos de un violin pasaban á su pecho de tal modo, que los sentia como si los viera y los siguiera, fijando las oscilaciones de una cuerda tendida. Una vez animado el instrumento de su eleccion, hacia parte de él mismo; solo por él hablaba, cantaba y expresaba sus pasiones y sus necesidades. Murió jóven con toda la pompa de su talento, atacado de una consuncion seca. Su agonía que duró muchos dias, nos dió el espectáculo singular de un cerebro enfermo que experimenta los accesos de una fiebre, que bien podría llamarse *musical*. El fenómeno empezaba á operar hácia el fin del dia, en la hora en que los tísicos sienten encenderse en ellos un calor ácre y vivo que les abrasa el pecho, y que se manifiesta exteriormente en sus ojos resplandecientes, sus megillas inflamadas, su piel seca y sus manos que causan fiebre á los que las tocan.

M<sup>\*\*\*</sup> empezaba por cantar con voz dulce todas las notas que su memoria le recordaba; algunas veces las re- cargaba con suspensiones y *floriturus*. Cuando ya habia encontrado un efecto mas armonioso que el de su tema, volvía á él con frecuencia, se complacia en él, y entonces parecia, al escucharse á sí mismo, enteramente entregado á una especie de éxtasis.

Habia dicho que moriría un sábado en la noche, para ver desde lo alto de los cielos la salida del Sol en el hermoso dia del domingo. El sábado á las nueve de la ma-



ñana, despues de haber abrazado al confesor que acababa de administrarle, hizo correr sus cortinas y pidió á su enfermera que no le atormentara, obligándole á beber y sobre todo á tragar las malditas drogas que le impedían dormirse *algunos dias antes*. A las tres de la tarde nuestro enfermo empezó á salmediar algunos aires que sabíamos pertenecian á *Handel*, y en particular la cantata de la caída de los ángeles. A eso de las cinco, su voz antes débil y temblorosa, tomó un timbre severo y magestuoso. Entonces fué cuando, como inspirado por su ángel custodio, compuso un *Stabat Mater* en que se manifestaba la grande y sublime tristeza de la madre de Cristo. He oido despues himnos admirables llamados por sus autores *Stabat*, pero confieso que ninguna de estas composiciones, obras maestras de los *maestros* de la Italia, no ha vibrado en mi alma como la del inspirado del cielo tendido en su lecho de muerte.

Este ejemplo es mas notable bajo muchos aspectos. Es un tipo de cerebro-génio monómano de la poesia del sonido; es un alma, una *mónada* melodiosa que sobrevive á la destruccion de la que fué su habitacion; es un espíritu que se separa del cuerpo ya estinguido, y que canta magestuosamente el fin de su esclavitud, con toda la pompa de su fuerza y de su libertad. Este género de muerte, con algunas variaciones en los detalles, es bastante comun en los grandes compositores de música, y podríamos citar con este motivo el fin angélico de Beethoven que á la hora de su muerte, recobró el oido y la voz que habia perdido, y se sirvió de ellos para repetir por última vez, las suaves melodías que él llamaba sus súplicas á Dios. De todas las especies de almas que pueblan el universo, las mas puras, las mas sencillas, las que contribuyen poderosamente á la felicidad real de la humanidad, son aquellas que han nacido para hablar con conviccion el idioma que debe escucharse en el cielo; es decir, la música. Es toda metafísica esta emaración suave del positivismo de las cosas; el que habla este idioma es un semi-dios; y el que le comprende sin poder articularle, es un ser necesariamente mas perfecto que el hombre privado del sentido musical. Las al-

mas religiosas y verdaderamente patrióticas, se sienten mas arrebatadas hácia el trono del Eterno, ó hácia la frontera de la patria amenazada, por el himno piadoso ó por el clarin guerrero, que por el lenguaje prosáico de los intereses mundanos. Los pueblos que cantan, son mejores y agradan mas á Dios. La música es la voz maternal del alma; cuando se halla privada de su verdadera madre, es la voz que la consuela, la sonrisa que la regocija, el calmante que la adormece, el ángel que la abre el cielo, el poder irresistible que la desprende de la tierra.

Una observacion que hemos tenido ocasion de hacer, en el interior de los presidios, y es que la hez de la sociedad, los presidiarios, es en general insensible alencanto de la melodía. Se rien, refieren las prohezcas del crimen, del vicio y de la prostitucion, pero jamás se oye ninguna voz inspirada por la patria, el amor y la religion. Durante un mes he buscado en la cabeza de los recién venidos á las salas de mi hospital las protuberancias afectivas á la melodía, pero he sido segador en un campo inculto.

Por el contrario, los marineros, que bien puede decirse son la flor de los mejores hijos de Dios, son casi todos apasionados al lenguaje musical que no pueden hablar; pero que comprenden maravillosamente. Combatidos por las olas, por los vientos y la tempestad, bebiendo agua corrompida, comiendo un alimento conservado en sal y en vinagre, experimentan aun por el sentido del oido las mas dulces emociones de la patria, de la familia y de la religion. Si hay en una tripulacion destinada á un largo viaje un marinero á quien la naturaleza ha dado un alma propia á las inspiraciones poéticas, con una laringe expresiva, véase que aquel hombre pesa mas de lo que se cree en el destino de ese pequeño mundo que se aleja siempre flotante sobre el Océano de las tempestades. Por la noche, cuando el sol se despide tristemente, desde el lecho purpurino del marinero pensativo, se ve al *Osian* de la tripulacion tomar la delantera del navío y escojer el sitio desde donde su mirada domine las olas, y desde donde pueda contemplar la bóveda de azul sembrada de estrellas. Pre-

India el canto lastimero de S. Marcos y de la Madona, y los grupos de marineros, yendo y viniendo á la proa, se acercan apresurados al borde de la embarcacion para oír de su boca el canto del náufrago á nuestra señora del Buen-Socorro; ó bien el de los recuerdos á la patria ausente y á la querida abandonada. La hora de la noche, la del *Avemaria*, es la mas solemne de todas en las vastas soledades del Océano. Cuando bajo el cielo encantado del Ecuador, al ruido de la ola que el espolon del navío labra con magestad, un marinero colocado sobre un cañon, y rodeado de sus compañeros, envía á los vientos y á las olas su voz melancólica é inspirada, nos ha sucedido con frecuencia olvidar las largas horas de la navegacion al escuchar las lastimeras cadencias de este hombre de la naturaleza. ¿En qué consiste que el canto familiar del salvaje, y mas todavía el del marinero, es por lo regular triste y desolado? ¿No es una nueva prueba de lo que hemos llamado aspiracion hácia un mundo mejor? Sea como quiera, á bordo de un navío destinado á una larga travesía, bastan una ó dos gargantas armoniosas para asegurar la mas consoladora distraccion á una tripulacion, para hacer olvidar una vida desgraciada y de fatalidad, para conjurar el mas terrible de los azotes, la incurable nostalgia.

Así como un cancionero hace las costumbres de un pueblo, así como Beranger con sus estribillos patrióticos organiza un ejército, al cual da la voz de orden, lo mismo á bordo de un navío que puede llamarse un pequeño mundo, el que es reconocido como un trovador, ejerce sobre los marineros una influencia incontestable; sus cantos son los de toda la tripulacion, ella los adopta, los talarea, cada uno se hace el héroe de la balada ó del romance que le agrada, y cuyo carácter conviene á sus gustos. Hemos observado que una tripulacion monomaniada con la idea de los cantos guerreros, es mas activa, mas belicosa, y siempre está dedicada á los mas rudos trabajos. A bordo de la fragata *Ifigenia* que se hallaba de crucero al frente de Argel en medio de un horrible invierno, teníamos un hombre que era á la vez cantor y poeta; pues bien, este marinero fué un gran

consuelo en medio de nuestras interminables evoluciones. El canto de estos trovadores embreados, está siempre lleno de atractivo y de entusiasmo. Es el génio toscano en verdad; pero en fin, el verdadero génio no es otra cosa. La *Ifigenia*, mandada entonces por el apreciable almirante Latreyte, podia alabarse de dos cosas: la una de tener una tripulacion honrada, valiente y experta; la otra, de poseer dos ó tres hombres de la chusma que cantaban canciones militares de la Francia en términos felices y que caracterizaban maravillosamente el espíritu del momento. La verdadera epopeya del emperador, no se halla en parte alguna como en las acciones del pueblo. Hay una observacion muy curiosa que hacer, y que tiene alguna relacion con la metromanía considerada bajo el aspecto social, y es, que esta es el género de agonía y de muerte en los pueblos cantores, segun los lugares y las circunstancias que les inspiran. Desde que en Francia no se canta ya entre cierta gente, y que la música, tan poderosa sobre las costumbres, no suele ser sino un asunto venal de moda y de frivolidad, y un motivo de reuniones mundanas, el pueblo se ha hecho mercader calculador y egoísta; así es, que los verdaderos cantos nacionales, están muertos y olvidados. Por mucho que introduzcan en nuestras óperas, en donde el fastidio, el ocio y la curiosidad, ocupan todos los asientos, el órgano de nuestras catedrales, el ruido de las campanas góticas, el cañon de nuestros campos de batalla, todas estas armonías, que tanto conmueven en las naciones religiosas y guerreras, no producen sino un vano ruido, y no electrizan á nadie con el pensamiento que ellas recuerdan. La máxima tan conocida y tan seguida *todo por el oro*, funda el carácter humano mas general en el día; con este carácter, que podria definirse como *educacion del egoísmo animal*, un hombre se separa del culto ideal de las bellas artes; puede conservar la forma, pero seguramente ha perdido el espíritu y las ventajas de él.

La agonía de todos los hombres de dinero, de los cerebros *metálicos*, nos ofrece en general una deplorable identidad. Siempre presentan un *mozzo termine* entre

los intereses materiales de la vida y las preocupaciones de otro mundo mezcladas con lágrimas, recuerdos é inesplicables terrores. Adviértase con este motivo que, el fin mas comun que todos los súbditos de una nacion se proponen, encierra implícitamente la causa de su carácter, de sus costumbres, de su género de perfectibilidad y del grado de sus creencias. Siempre que en Francia se ha tenido fé en un canto religioso ó guerrero, se han hecho grandes cosas con un afan que tenia algo de prodigioso. No citaremos mas que el imperio y la república. Un cántico de libertad y otro de gloria militar han fanatizado todos los corazones por la victoria ó una heroica muerte.

En un lugar perdido en las montañas existe un pueblo eminentemente cantor y religioso. Su vieja iglesia resuena con frecuencia con los ecos de sus voces reunidas para celebrar al Eterno. Allí, en aquel rincon ignorado de la edad de oro, todas las agonías son pacíficas, reveladoras y algunas veces armoniosas. Hemos sorprendido á una jóven agonizante que cantaba al morir, todos los cánticos que sabia con una voz pura y deliciosa. Espérese siempre alguna cosa que conmueva de parte de un alma noblemente apasionada cuando toca la hora suprema; pero no de la de un ávido especulador que fué toda su vida compañero de Pluton. La agonía de la una es una poesia, la de la otra es el último cálculo.

Definitivamente estamos persuadidos que de todas las bellas artes, la música es la que anuda mas los lazos de asociacion entre los hombres, y cuyo idioma, espresado por sonidos á los cuales el alma solamente dá el valor que tiene, es el que mas se acerca á las inteligencias brutas, es lo que la hace ser el único medio de comunicacion extraordinaria entre hombres como los marineros y los soldados, que despues de haber satisfecho las necesidades ordinarias de la vida, tienen mucho tiempo desocupado que utilizar. Cantan las canciones populares, baladas inmortales que serán algun dia los preciosos documentos de la historia contemporánea, y que no son á la hora presente para el especulador absorto en su libro, sino un inocente desahogo de

esos espíritus incultos que nada comprenden en el nuevo arte de ganar dinero. Es un hecho que la música, considerada bajo el aspecto de union y de asociacion de las masas, es mas poderosa como medio de prosperidad y de garantía contra el tumulto, que el despotismo de las leyes brutales é insensatas ¿y esto por qué? Ya lo hemos dicho; la música es la palabra natural del hombre sin cultura intelectual; euando un marinero olvidá por un momento su rudeza, y que su voz, en otro tiempo ronca y breve, suspira tiernamente un romance, parece que habla su verdadero idioma y que la otra no era sino un gruñido. La patria y la religion no tienen mejores intérpretes de lo que proclaman á los ojos de las masas, que son la verdadera base del edificio social, que el órgano y el clarin: la voz seráfica ó atronadora de un jóven levita ó bien la de un *veterano*.

Así, cuando el pueblo canta créasele, hace traicion á sus pasiones á sus actos. La *Marsellesa* en 93 y el *Triunfo de la Verdadera cruz* en la restauracion, nos ofrecen los extremos de lo que podria conseguir un gobierno que utilizase, para la felicidad comun, el idioma *metafisico* de los sonidos. Cuando un pueblo no canta, ó cuando blasfema en música de su rey, de su religion, de los preceptos sagrados, de la moral, conspira ó se materializa al peso específico del oro.

Hemos notado en el curso de nuestros viajes en Francia, que las clases trabajadoras no cantan ya como otras veces, ó que sus estribillos, lejos de espresar los tormentos del amor y los encantos de la patria, son en general liberticidas y rencorosos. Por otra parte, estamos convencidos que esos trabajadores, hoy mejor pagados, son menos dichosos, mas pobres, y sin embargo, segun el decir de los panegiristas de la época actual, se hallan infinitamente mas ilustrados acerca de sus intereses. Sí; están mas instruidos en los gastos ficticios y en las costosas necesidades que les han enseñado la aristocracia industrial; ganan tres francos diarios y gastan cinco, de suerte que mas ricos en apariencia, son en realidad mas desgraciados, y por consecuencia, siempre están tristes y son menos morales. De esta manera el espíritu

de familia y de religion no podia encontrar mas poderoso contrapeso. Véase á donde nos conducen los prodigios del industrialismo que pasan de la clase elevada á las clases laboriosas é ínfimas (1).

Ahora asístase á la agonía y la muerte de esta generacion extraña á todo lo que consuela el alma, á lo que la habla de un presente que desaparece y de un porvenir brillante de santas esperanzas, y se tendrá el complemento de una sociedad decrepita y entregada á la miseria, á la desesperacion y á la nada. Los hospicios, las casas de beneficencia recojen, al fin de su carrera, á esos hijos perdidos de la civilizacion; ó bien se extinguen obscuramente en un húmedo desban y sobre un vergonzoso jergon. Y si en el número de estos fines deplorables, sin consuelos y sin creencias, fortificados por el hábito de las costumbres sencillas y por lo tanto póceticas, se hace entrar los que en los presidios y en las cárceles se han registrado, dígasenos si esta base de la columna social de que antes hablábamos, no está radicalmente llena de gangrena y de carcinoma.

De lo que precede es fácil concluir que la influencia verdadera de las bellas artes en Francia, y en particular la de la música, ha sido ahogada por la de los génius industriales á quienes debemos el falso materialismo y la indiferencia en religion que se observa, cada vez mas, en las clases inferiores. En los campos, á bordo de los bastimentos del Estado y en las iglesias se canta la verdadera melodía del alma, y los hombres son mejores. La asociacion de las masas por el trabajo, por la disciplina y la religion fortalece á los que las comprenden así, contra la miseria, los errores morales y los remordimientos de una mala muerte. No decimos que no se aumente el bien estar del pueblo; pero si es mas desgraciado desde que se ha creido centuplicarle la felicidad, es porque el medio rápido con la ayuda del cual le han iluminado

(1) Fregier *Des classes dangereuses de la population dans les grandes villes y des moyens de les rendre meilleures*: Paris 1810, t. 4.º, pag. 288.

(Nota del autor.)

acerca del lujo y de la vida, es prematuro y quizá anti-humanitario. La emancipacion, á cualquiera clase de séres que se aplique, si se improvisa, es cosa grave y muy fatalmente decisiva para el mal; pero puede dar la esperanza de un buen resultado cuando es obra del tiempo, de una instruccion concienzuda y del mérito individual de los que la pretenden. El árbol de la libertad se hace silvestre ó erizado de espinas, y se carga de frutos amargos cuando se le trasplanta á un suelo inculto y quemado por el sol.

Para concluir con la cuestion tratada en este capítulo, nos resta todavía que exponer el género de muerte de los hombres cuya vida entera se consumió en inspiraciones artísticas. En general, los mártires del génio no aspiran á los bienes de este mundo, ni los amontonan si otros no lo hacen por ellos. La ambicion del rango y de la fortuna es el veneno de toda la noble y gloriosa vocacion á las bellas artes. La agonía de estos séres se parece á un *memorandum* de todas las creaciones que les hicieron monomanos y les valieron algunas veces la inmortalidad aun durante su vida. Hemos visto el pensamiento fijo de un trabajo comenzado en plena salud y que agotó en ellos los torrentes de enervacion, cuya pérdida será desde entonces irreparable, atormentarles todavía y precipitar el instante fatal. Acaban pronto, como toda cosa que una llama devora; sin embargo, la brevedad de su carrera, atestigua con frecuencia los vestigios de ciertas pasiones, cuyo reinado y el abuso que hicieron de ellas, fueron como la compensacion humana de sus vigili-  
as y de sus fanáticas concepciones. Cosa fatal, y sin embargo muy cierta, por grande é inspirado que sea un hombre-génio, es preciso que descienda de los cielos, que vuele con sus angélicas alas, que toque la tierra, y que se bañe en la voluptuosidad de los sentidos. No se puede imaginar el poco imperio que estos hombres tienen sobre su voluntad en todo lo que pertenece á la conservacion física de su ser. Se creeria que no han recibido al nacer la conciencia del ser orgánico, tanto le prodigan en cosas sensuales y mortíferas. Son, en este particular, tan poco cuidadosos de su salud como los marineros, que de



vuelta de una peligrosa navegacion, gastan en una semana en goces inmoderados, el producto de mil peligros y el sudor de tales trabajos.

Los verdaderos artistas quieren gustar la vida física al nivel de la vida moral; y si el génio ha despertado en sus órganos centrales el germen, largo tiempo adormecido, de enfermedades mortales, la materialidad desenfrenada de los actos de la vida les saca de su sueño é impele el desarrollo hasta el grado final. En algunos, este amor al placer de los sentidos tiene mas poder que el culto que deben á su génio. Se suicidan cuando la naturaleza, ya impotente y debilitada, les niega en medio de su gloria, el mas rápido destello de sus materiales deleites; necesitan emociones de toda especie para consentir en vivir; así es que mueren en la flor de su edad. Y adviértase que entre los apóstoles de esta religion, los que producen en la meditacion, que es muy diferente que la emocion, dán á luz obras frias y clásicas si se quiere; pero viven largo tiempo y no hacen dar al arte un solo paso. De esta distincion capital entre las obras abortadas en los tormentos del entusiasmo ó en la quietud del pensamiento, se puede venir en conocimiento del carácter de los artistas. Los de la primera categoría son de los que tratamos. Estos, en el curso de una rápida existencia, brillan unos en pos de otros, en el firmamento de los hombres, como un bello meteoro; y se extinguen regularmente en el apogeo de su resplandor, en las fangosas olas del desarreglo de los sentidos. Los unos hallan la muerte en un lupanar ó en un gabinete ó tocador; otros sacrifican á Baco; los últimos en fin, inmolan el tesoro de su génio al album corrosivo y dudoso de una carta ó de un dado.

Hemos conocido un *maestro* verdadera líra de Orfeo, si alguna vez ha existido, jóven todavía y compositor de primer órden; habia recibido de la naturaleza la celeste facultad de separarse de la tierra, de ocultarse en medio de los imaginarios coros de ángeles, é inventar las mas bellas melodías del cielo. A cada triunfo obtenido sobre los primeros teatros del mundo, se encerraba por meses enteros en casas de campo deliciosas, y allí en-

tregado enteramente á los abrazos del amor, descansaba de las fatigas de la gloria. Cuando se sentia abatido y vencido volvía á tomar ánimo, é inspirándose de nuevo con las mas suaves emociones, admiraba á los mismos que mas fé tenian en su génio. Una vida como esta es una combustion continua; asi que nuestro jóven maestro empezó á experimentar los síntomas de la tisis pulmonar, y para curarse, marchó á su pais natal, á Italia, en donde el reposo del alma y del cuerpo le volvieron las apariencias de la salud. Apenas repuesto, vino á una capital en donde dos hermosos ojos reanimaron otra vez el entusiasmo divino que creia perdido, y que acababa de encenderse al fuego de una nueva pasion. Para agradecer á su querida y ofrecerle una corona, se puso al trabajo, y al cabo de un mes de febril exaltacion anunció al mundo musical una ópera, única en su género. El éxito sobrepujó á sus esperanzas. Entonces se cruzó de brazos; su génio pidió su recompensa á la tierra y la obtuvo; vuelto á ser hombre bebió el caliz de las voluptuosidades hasta las heces, y encontró el gérmen de la muerte que creia estinguido, y que le impulsó rápidamente á su pérdida. Durante su agonía, se volvió á acordar de su arte y de los proyectos que en otro tiempo habia concebido para perfeccionarle y engrandecerle. Su génio se le apareció durante los parasismos proféticos del largo mal devastador, y como para echarle en cara sus locos ardores, modulaba en sus oidos melodías desconocidas. «Las oigo, decia á sus amigos, si pudiera trasladarlas, moriria dejando la obra maestra del mundo.» Se estinguió lentamente, y en el delirio estático de la agonía tan comun en los verdaderos *hombres-génios*, se oian salir todavía de su boca estas palabras apenas artículadas. «¡Oh Dios mio que bello es esto! ¡Oh! Todavía.... Siempre.... la, la, la....» Bien pronto el éstasis se disipó para dar lugar á un estupor profundo que duró tres horas. Ya estaba muerto; pero sus ojos conservaban siempre el resplandor y la fijeza, propios de los cerebros de los inspirados.

Este ejemplo es un tipo de los hombres extraordinarios que están siempre sobre ó bajo la humanidad

vulgar ; extremados en todo , y cuya vida es una lucha incesante , y á muerte , entre las dos naturalezas del hombre , el espíritu y la materia . Se diria que el verdadero génio no es otra cosa que dos géneros de emociones febriles , encarnizadas en la demolicion rápida de un ser . El gran Rafael Alfieri , Biron , Hugo , Fascoło , Myllevoje , Gilber , Heroldo , Cimarosa , Bellini , Hegesippe y Moreau , han concluido jóvenes todavía su visita á este mundo ; su alma ha aparecido sobre la grande escena del universo , para cantar el himno de la inmensidad de Dios , y volar en seguida á las regiones de lo increado . Lo que llamaban en ellos aspiraciones irresistibles , á las voluptuosidades del amor , era un fenómeno de animalidad que efectuaban , sin conocerlo su génio adormecido ó cansado , y que sin él solo hubieran sido inteligencias ínfimas . En efecto nada es menos propio para gobierno de las cosas usuales y comunes de la vida , que estos cerebros etéreos llenos de laba é inflamados con el espíritu de Dios . El amor que les inspiró sus mas bellas creaciones , no era el ave que canta en el corazon de las mujeres y de los hombres , y que une hasta la muerte dos voluntades . No , ellos no han amado asi , ellos han visto las mujeres hermosas , como miraban la flor de los campos , las elevadas cimas de las montañas , las brillantes estrellas ; para penetrarse de las sublimes particiones del gran poema del Eterno , sorprender sus maravillas , y trasladarlas al idioma de los hombres .

En la esfera artística , no todos son cerebros predestinados á los prodigios ; solo entre los que ocupan las regiones medianas é inferiores se encuentran las muertes dramáticas , y ocasionadas por el convencimiento de su impotencia y de su pobreza . No hay carrera que muestre menos á los hombres lo que se llama un fin de fortuna , que la de las artes ; la causa está en el espíritu de industrialismo que fatiga los entendimientos . La sociedad material ha perdido el gusto poético á las obras de imaginacion ; prefiere lo que habla á los sentidos ; en una palabra , no vive ya para el cerebro superior . Sin embargo , la naturaleza da á luz siempre artistas de vocacion irresistible , á pesar de la poderosa voz que los

entretiene en la nada de sus esperanzas. Cantan, esculpen, pintan, hacen versos, pero sólo trabajan con el fin estéril de la ambición que les atormenta: la de inscribir su nombre en algunas páginas desconocidas de sus contemporáneos. La ilusión de la gloria les engaña hasta el momento en que la miseria les ataca con sus garras hediondas. En este estado de penuria moral, no es la voluptuosidad la que les distrae de sus peregrinaciones celestes, como lo hemos visto en los grandes artistas que saborean los goces de la forma femenina despues de haber filtrado la idea en sus obras. El génio vencido por la miseria, se consuela con el vino, y trabaja en la taberna, en el drama, algunas veces lamentable, de su oscura muerte. Zurbaran y Camaëns, estos dos planetas artísticos han muerto en un hospital, porque su siglo no pudo comprenderlos; el nuestro tendrá aun menos esta inteligencia divina que hace descubrir el génio, si persiste en su positivismo y en su incredulidad.

En general, los hombres que se han propuesto, en vano, un fin honroso en la carrera de las bellas artes, son personas honradas y resignadas. Mueren en un jergon, y nunca se deshonran por acciones bajas ú homieidas. Si el hambre los mina, y si no abrazan una profesion, ó no se dan un carácter venal y corruptor, es porque son incapaces de cualquier cosa fuera de su vocacion. No definia Tácito su siglo por ellos. *Corrumpere aut corrumpi sæculum vocatur*. No son realmente buenos sino por un lado. El célebre David quiso hacerse legislador, y solo supo rebajar su alta naturaleza.

Recórranse las listas de los ladrones y de los asesinos, y no se encontrará ni una sola inteligencia en quien Dios haya colocado un verdadero destello del fuego sagrado. Hemos estudiado por mucho tiempo los presidios, y de cinco mil forzados, apenas podemos mencionar siete individuos que hubiesen abjurado de su vocacion de artista. Acusaban á la pasion del juego como el mar en que naufragó su débil virtud.

Para abreviar: el pobre poeta agota el óleo de su lámpara en las languídecas de la ambicion, del hambre y del desencanto de la vida; muere aniquilado, hipocón-

driaco, blasfema de su siglo, y definitivamente se halla atacado de un mal muy general en Francia, el *mortis amor*. La muerte es su querida, la invoca, la implora, y sus sueños nocturnos la colocan en su lecho, segun la triste expresion de un desgraciado poeta eligiaco, que por premio de nuestros cuidados nos legó su último canto intitulado, *Quid sum miser tunc dicturus*.

El pintor, mas filósofo que el poeta, porque se encuentra menos en la emociion de un mundo imaginario, bebe y se duerme un dia entero en una ola de espumoso sitio que pinta en su cuadro.

El músico, y por esta palabra entendemos el hombre monómano de este hermoso arte, es como el niño mimado de la nueva civilizacion. Por este título está menos espuesto al abandono y á la miseria. Es alegre y divertido: su filosofía es dulce, expansiva, resignada y encuentra siempre la sonrisa de la benevolencia en cualquier parte á donde lleve su talento. Compañero necesario de los placeres y de las fiestas, al fin es víctima de ellos; pero muere con mas frecuencia á consecuencia de enfermedades agudas é inflamatorias, y por la usura de las pasiones tristes y depresivas. Hacemos abstraccion de los grandes génios á quienes devora el fuego de la composicion, pues ya hemos hablado en otra parte.

De modo, en tesis general, al pobre poeta le corresponde la tisis, los aneurismas, las enfermedades nerviosas, la desesperacion, la *mortis amor*, la asfixia, la estrangulacion, la submersion y el veneno; y al desgraciado pintor, las congestiones sanguíneas, las inflamaciones de las vísceras, en fin, la muerte mas apeteccible, que es la de una apoplegía fulminante.



## CAPÍTULO II.

### AGONÍAS Y MUERTES EN LAS DIVERSAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

#### *Resumen.*

*Panteon* moral.—Agonía y muerte de un hombre honrado.—De un jornalero pobre de espíritu.—De un especulador de alma mediana.—Del hombre bueno y piadoso.—Agonía segun el código cristiano, buena para evitar la condenacion.—Un avaro jubilado.—Un lujurioso en su lecho de muerte.—Tésis y celos.—Un médico filósofo.—El materialista y la fiebre amarilla.—Agonía de los médicos.—Un Panteísta.—Un Deísta.—Un sacerdocio medical.—Una conclusion.—Agonía y muerte en el foro.—Un digno presidente del tribunal.—El abogado hombre político.—Un abogado modelo.—Horror.—Un filósofo panteísta.—Enciclopedistas antiguos y modernos.—Sofistas trascendentales.—Del sensualismo de la época.—El materialista mecánico.—El matemático esceptico.—El físico y el Astrónomo.—Los apóstoles de la teología natural.—Químicos y naturalistas.

Vamos á hacer relacion de una serie de fallecimientos dignos de atencion bajo el aspecto humanitario, filosófico y religioso. No hemos querido consignarle en el curso de la obra, primero, porque su prolijidad hubiera estendido demasiado la longitud de los capítulos; y segundo, porque hemos preferido concederles el sitio que debía presentarlos en relieve.

I.

*Agonia y muerte de un hombre honrado.*

Cierto dia asistimos á los últimos momentos de un hombre sencillo, piadoso y bueno, á quien llamariamos con gusto un patriarca. La vispera de su muerte nos decia: «Tengo sesenta años: he trabajado mucho y orado bastante: no he hecho daño á nadie y siempre he perdonado; tenia fé en mi padre, y he obrado y pensado como él; si volviese del otro mundo, encontraría su casa, con corta diferencia, como la dejó, y si se hallase en vuestro lugar como yo me encontré en su muerte, me vería morir como él. Mis supersticiones son innumerables: las tengo hereditarias; pero muchas veces me han consolado y animado el corazon. Asi es que ¿no oís las campanas de mi parroquia? Tocan por mi porque yo lo quiero asi. El ruido de las campanas remite los pecados veniales al dia de las animas; y me encuentro aliviado, con cada sonido que hiere mi oido. He creido en la virtud de mi madre, como en la existencia de Dios; y mi confesor os dirá que en este punto soy irreprensible. Me he casado para coger, sin remordimientos, las mas hermosas manzanas del Eden: he cultivado arboles y flores para gozar de ellos. he educado seis hijos en nuestro espíritu de religion y de familia para perpetuar mi nombre; en todo el curso de mi vida solo me he propuesto un fin: el de prepararme para pasar las últimas horas que preceden á la eternidad, en el estado de quietud hacia el cual me siento ya caminar dulcemente.»

Decia estas palabras con un tono verdaderamente solemne, cuando advirtió que su familia, no lejos de su lecho lloraba y sollozaba: «Hijos míos, no lloreis; vosotros oprimis mi pecho mas fuertemente que la mano de la muerte; ella se maneja mejor que vosotros, pues apenas la siento. Y ademas, ¿no era preciso dejaros, pues que Dios lo quiere? Pedro ven aquí, y escúchame: Vé á la bodega y principia el tonel mas viejo, quiero beber un vaso, y os recomiendo que le conserveis y le



desocupeis un poco todos los años en los dias de las grandes fiestas de la parroquia.»

Entonces el sacerdote vino á preguntarle cómo se encontraba : «Cada vez mas tranquilo, respondió bondadosamente. Esta noche, á las seis ¿no es verdad? Es la que mi padre habia escojido para cerrar su puerta de este mundo y pasar el resto de su vida con Dios. Nuestros antepasados son nuestros mejores modelos.»

Las seis habian sonado en el relój, cuando nuestro agonizante por una especie de adivinacion anunció la llegada del Viático ; decia que le veia salir de la iglesia, y cosa singular ! llamaba por sus nombres á todos los que componian la comitiva. Era un viernes, dia de la muerte de Cristo, y concibió un dichoso presentimiento para su salvacion; pero no hubiera consentido en morir á las tres, hubiera sido un pecado de ambicion, y así lo advirtió.

Recibió la Eucaristía con una fé tan sencilla y tan entera, que un espíritu fuerte que se hallaba á mi lado no pudo menos de decirme al oido: «Si, yo creo lo que dice Buffon: el fin del justo es la noche de un hermoso dia. — Y el princio del cielo; respondió el buen sacerdote que le habia escuchado.

Nuestro viejo arrendador, sentado sobre su lecho, dirigia hácia la hostia, suspendida sobre sus lábios, miradas espresivas de compuncion y de amor; y en su arrebatado, salmodiaba juntamente con el vicario, el himno preparatorio á este gran misterio.

Cuando esto se verificó, llamó á su mujer y á sus hijos, y despues de haber pedido á la primera el perdon de sus faltas, la dió consejos sobre sus bienes y la particion que habia hecho entre sus hijos despues de ella. «Hijos míos, les dijo, os dejo poca cosa; pero con el amor de Dios y del trabajo, llegareis, como vuestro padre, sin temor y sin remordimientos, al puerto de salvacion. Ahora qua tengo á Dios en mi corazon, recibid mi bendicion; yo reservaba esta gracia para mi hora de bienaventuranza.»

Era de noche, y el moribundo observó que la colgadura de las paredes empezaba á arrugarse: «Vamos, dijo,

estoy pronto ; leedme las oraciones de los moribundos.» Entonces un antiguo criado de la quinta tomó el libro y se puso en estado de satisfacer, por última vez, á su viejo amo. Hacia un cuarto de hora que leía , cuando el agonizante con voz cascada exclamó : «Ya vasta... ¡adios mujer mia... adios hijos míos!... Y concluyó. Este género de muerte , con algunas variantes en la forma, es bastante general en una parte del buen pueblo de arrendadores , de oscuros industriales ; toda gente de buena fé, que las revoluciones encuentran invulnerables en sus tradiciones de familia y de religion. El lugar, el campo, las pequeñas ciudades apartadas del gran torrente de la civilizacion , conservan aun algunos de estos tipos , cortados bajo el antiguo patron de los buenos hijos de Dios. Las muertes mas apetecibles en todos los paises, son las de los verdaderos creyentes.

## II.

### *De un jornalero pobre de espíritu.*

La instruccion cristiana dada bajo el punto de vista de las penas eternas y de una falsa idea de la divinidad, prepara una muerte inversa de la que acabamos de referir. Un jornalero débil de espíritu , padecia de tisis pulmonal. Sin haberle preparado al terrible mandato de su próximo fin , una mujer le anuncia un sacerdote. Con esta noticia, cae inopinadamente en el delirio razonado de las cosas del infierno ; murmuraba de un modo distinto y con todos los signos de un terror profundo. Estaba en su cama echando en todas direcciones vagas y aterrorizadas miradas : sus ojos daban vueltas en sus órbitas como los de un maniático : sus cabellos, sus cejas, su frente, contrahidos repentinamente: sus lábios convulsivos y morados , y sus dientes rechinantes hacian de él un ser doplorable. Su confesor no pudo hacerle escuchar ni una palabra de consuelo ; le repelia con horror diciendo «¡Déjame, déjame! todavía no estoy muerto, vete demonio.» Y entonces su mano queria , sin poderlo lograr , hacer la señal de la Cruz. Veia alrede-

dor de su cama jugar los espíritus infernales que reían á carcajadas al lanzarle como si fuera una pelota de uno al otro. Dos horas despues de esta alucinacion, tuvo otra; esta vez asistia al suplicio de Jesucristo y era el mal ladron. Pidió vinagre para aplacar su sed, y anunció con voz profética la hora del juicio final. De repente la escena cambió; abundantes lágrimas y sollozos se abrieron paso por su fisonomía tétrica y macilenta. La razon tornó á él una hora antes de morir: pidió perdon á los asistentes, al sacerdote, y á un niño de dos meses que una nodriza tenia en sus brazos. Las palabras de «Dios mio no me condeneis» fueron su solo monólogo durante los últimos minutos que concluyeron con el conocimiento del moribundo.

### III.

#### *De un especulador de alma mediana.*

Las inteligencias medianas, atormentadas con la sed de la ganancia, padecen y mueren por el aguijon de las pérdidas y de los disgustos comerciales. Este estado constituye una verdadera afeccion moral. Un mercader pasa una noche en preparar remesas de comestibles que deben partir al siguiente dia de su almacén; contrae una fluxion de pecho poco grave: continúa su trabajo, y no se acuesta sino al tercer dia de la invasion de la enfermedad. El médico prescribe un régimen conveniente, y el enfermo se informa del momento de su curacion. Tiene prisa de velar por sus negocios; no padece, pero está triste y desconsolado; cuida de todo, da órdenes, lee las cartas y recorre su libro de cuentas. Por la noche sueña, pronuncia el nombre de su asociado, y á ia mañana dice que se encuentra mejor y quiere absolutamente hacer llamar á sus deudores. Dos de estos últimos le piden una próroga, y sabe que se halla comprometido en dos quiebras: «Este es el golpe de la muerte» dice con emocion. Desde este momento el mal se agrava, y apesar de las exhortaciones de su mujer y de sus mejores amigos, no puede vencer el pensamiento

de que se halla arruinado , sin ninguna esperanza de recobrar sus bienes. Piensa de día, y delira de noche.

Sin embargo, la funesta suerte que le amenaza le ha sido comunicada con todas las precauciones necesarias. Nada comprende : su hermana le dice con bondad que el cura \*\*\* quisiera verle: le recibe como á un antiguo conocimiento y solo le habla de sus desastres; á las palabras de paz y de reconciliacion con Dios parece conmovido por un instante y llora; creen que ha tomado una piadosa resolucion; pero cuando le invitan á comenzar sus obras cristianas, se obstina en decir que está mejor, y en trasladar el negocio para el dia siguiente. Sobre este particular, los agonizantes se engañan siempre; porque realmente, cuando los espasmos de la vida cesan, se padece menos, y las funciones parecen volver á tomar su curso pacífico.

La noche es horrorosa; encienden cerca de su cama los cirios benditos, y le muestran un Crucifijo; entonces llora con amargas lágrimas, y consiente en que vuelva el confesor. Entra y solo habla de créditos en regla; quiere hacer citar á los malos pagadores; cree ver al abogado de su casa, cita los artículos del Código relativos á las quiebras. Sin embargo, una persona le dice: «? No reconocéis al buen sacerdote?»—«Si, es un hombre de Dios, un verdadero apóstol, le veré el domingo en la misa.»

Por fin, un delirio continuo se apodera de su cerebro, y muere fijo en el pensamiento de las pérdidas de su comercio. Sus últimas palabras ininteligibles son: *ruina, muerte, balance.*

#### IV.

##### *Del hombre bueno y muy piadoso.*

El que ha nacido en una condicion modesta y dichosa, cuyos principios de humanidad y de religion han permanecido inalterables, se resigna á la muerte, y la recibe con calma y dignidad. El caso siguiente es el de un propietario de buen corazon, constituido tal por la

herencia de su padre , que no ha tentado ninguno de los caminos para buscar la fortuna , y cuyos cálculos se han limitado á conservar las comodidades en que habia nacido.

M. <sup>\*\*\*</sup>, afectado de un cancer al *piloris* , no creyó realmente morir , sino cuando su estómago, cerrando el paso á los alimentos mas ligeros , le quitó toda esperanza de volver á la salud. Entonces pensó en su conciencia , y durante los veinte dias que precedieron á su muerte , no cesó de ocuparse de todo lo que consuela el alma , infundiéndola en la idea de Dios y de la eternidad. «Pues que es preciso morir, dijo, fuerza es que me prepare á este último viaje como mis padres me lo han enseñado. Somos en esto semejantes á los navegantes del Océano , que antes de embarcarse tienen cuidado de cargar su navio con todos los objetos cuya necesidad han conocido, y que serán precisos á su necesidad durante la peligrosa travesía. El que falta á este deber, padecerá cuando su vecino, mas prevenido que él, no tenga nada que desear de lo que deja sobre la rivera.» Y se deslizaba dulcemente hácia la muerte, sin interrumpir un solo dia las ocupaciones relativas á la economía de su casa ; daba sus órdenes , arreglaba los gastos y dirigía los trabajos de sus fincas con una calma admirable. Un dia me hallé presente á una de las conferencias con su confesor , y me sorprendí de la alegría expansiva que se manifestaron por una y otra parte. El confesor era el amigo en el cual se piensa si está ausente y á quien se tiene necesidad de volver á ver. Quise retirarme y el cura insistió para que me quedase en la habitacion del moribundo : «Ya no soy el confesor, me dijo , soy como vos, un amigo que viene á conversar familiarmente con el enfermo.» Se habló de moral , de historia y hasta de la política del dia. La sola palabra del enfermo, con motivo de la desaparicion de un gran agente de cambio que se habia llevado inmensos valores , fué esta : «Si los hombres colocados en estos puestos temiesen á Dios y pensasen en la muerte , no darian al pueblo el ejemplo del robo y de la bancarrota. Desde que no se cree en la confesion al pie del sacerdote , él

número de todos los vicios se ha aumentado. La sola vergüenza de manifestar lo malo á un hombre revestido de un santo ministerio, ha impedido muchos crímenes.»

La antevíspera de su muerte, tuvo el presentimiento de su llegada. Este día fué todo inteligencia, y como el viajero que arregla sus cuentas, no cesó de preguntar y de imponer su voluntad. Al hacerle yo esta observacion como médico. «Mañana, me contestó, seré todo espíritu; pero por hoy dejadme por última vez ser de este mundo.»

Al amanecer del siguiente dia, dió el alma á su criador; su último suspiro se exhaló al decir á su sobrina: «No olvides á los pobres.»

V.  
*Agonía segun el código cristiano, buena para evitar la condenacion.*

☞ Morir al pie de la letra del código cristiano, es para los espíritus medianos, egoistas y calculadores, una ciencia aprendida, una escena ejecutada, sin que por eso sea lógico presumir que ella es un carácter moral; entonces es una mentira interesada que el alma se forja á sí misma á la hora crítica de un fin probable. M. \*\*\* recibió en su infancia las lecciones de la religion, que siempre ha conservado en la memoria. A los veinte años, lanzado en un comercio que exige estremada prudencia, y la sutileza cautelosa de un zorro, con el cual su rostro ofrece una singular analogía, es nombrado por su extrema avaricia y su grande habilidad para dirigir los negocios.

A los freinta años tuvo una grande enfermedad, y su primer pensamiento se dirigió á la muerte. Procede con sangre fria al arreglo de cuentas con sus asociados, y hace llamar un confesor; en seguida comulga por precaucion, segun dice, y hace que le rodeen los médicos mas afamados de la comarca. Un mes despues de esta prueba, gozaba de perfecta salud.

M. \*\*\* vuelve á dirigir su comercio, y desde aquel momento su rapacidad y hasta su féduaosa en las transacciones de su estado, se hacen proverbiales; tiene su abogado, su notario y su alguacil, á los cuales no cesa de comunicar sus planes codiciosos tocante á la fortuna de otro. Sin embargo, oye misa todos los domingos, recibe en su mesa á un sacerdote, y si cuando va á hacer sus visitas á sus deudores alcanzados, y á la gente de la curia, pasa por delante de una iglesia llena de fieles, entra, se arrodilla y recibe su parte de bendiccion.

A los treinta y ocho años vuelve á enfermar de nuevo, y aunque débilmente atacado de su anterior mal, torna á hacer examen de conciencia, recibe el Viático con una especie de aparato, y no desconfia de los cuidados de la medicina. Resucita por segunda vez.

Este hombre, aborrecido de cuantos se le acercan, se vuelve mas que nunca desapiadado y duro. Compra, enagena, estiende sus capitales por todas las vias indignas de un corazon honrado. Mas hipócrita que antes de su última enfermedad, adopta todos los ademanes de un beato y de un santo hombre.

A los cincuenta y dos años, siente que el brazo de la muerte se apodera de él para no soltarle. Muere arrepentido, confesado y administrado, y con la execracion de todos los que le conocieron. Su testamento es su mas bella obra: por él restituye bienes mal adquiridos, anula recibos de usura, funda misas para el reposo de su alma, y todos los pobres son sus hijos. Este sugeto es un ejemplo del deseo de adquirir sin objeto y sin principios humanitarios.

## VI.

### *Un avaro jubilado.*

El amor á la propiedad puede sobrevenir á la conciencia de la nada de las cosas de este mundo. En este caso, se ha visto el lecho del agonizante servir de escenario

en donde el hombre, infatuado del positivismo de la materia, se muestra en toda su desnudez.

M<sup>\*\*\*</sup> rico capitalista, hombre de bellos modales, económico, arreglado, enemigo del matrimonio y sin espíritu de familia, cae gravemente enfermo á una edad avanzada y prevee su fin. Recibe dignamente un sacerdote, y llena sus deberes religiosos, como una formalidad de uso. Apesar de todo lo que le anuncia su suerte, vive todavía en este mundo atesorador que va á dejar, y solo sueña con sus tesoros. ¿Creeis que se ocupa de sus herederos, de sus sobrinos, á quienes apenas conoce, de los establecimientos de beneficencia, y de los pobres de la comarca? No, administra sus bienes, hace contratos y no comunica con su notario y sus demas agentes sino para hablar de la administracion de sus grandes dominios. Si un amigo, un confesor, trata de penetrar su voluntad, y hacerle conocer la mas bella fase de su posicion, elude toda otra intencion que la suya, que es la de morir en la entera monomanía de lo que fué durante su vida. Aqui el espíritu sobrevivia al cadáver; estaba ya muerto, pues no existia mas que en su cabeza, y su alma, llegado el instante de su partida, aspiraba aun á contemplar el oro.

Véase un coloquio extraño. Este moribundo se agita sobre su lecho y articula una palabra entre abogada... «¡Oro!» abren su gabeta y le ponen ante los ojos un pesado talego; su mano nudosa y helada le palpa, sonrie y vuelve á caer sobre su almohadon «¡Oro, Oro!» dice segunda vez. Buscan en su cofre, y le traen nuevos royos encima de su cama. Los mira y no está todavia satisfecho; su pulso apenas late, y sus miradas son vidriosas y aterrorizadoras; repite «¡Oro, Oro!»—Su agente de negocios recorre los parages donde recela puede encontrarle, y en efecto, halla un escondite; este monton no le calma todavia, necesita mas. Su impaciencia es ansiosa y va á morir: su alma desprendida del cuerpo anda errante aun sobre sus lábios: parece querer articular la última palabra. Un amigo le aplica el oido y en el vapor de un débil suspiro, percibe el apagado acento de «¡oro, mas oro!»



VII.

*Un lujurioso en su lecho de muerte.*

La inteligencia que se monomaniza; mientras su duracion, por una sola idea ó una sola pasion, la suele encontrar con frecuencia en su pleno poder en el instante de su fin. El alma saborea por última vez el fruto de que se ha alimentado.

Un humilde menestral, no habia respirado durante 50 años, sino para satisfacer su inclinacion irresistible á la lujuria. Estaba dotado de todas las virtudes que hacen á un hombre apreciable, y solo era reprehensible por lo respectivo al bello sexo. Establecido muy jóven, se habia casado hasta cuatro veces, era padre de muchos hijos de quienes era muy amado. Tenia una cara de sátiro, y presentaba un cerebello monstruoso. Jamás habia podido ponerse bien un sombrero; con todo eso, este hombre no se hallaba sin religion, y se le citaba como un mercader probo y desinteresado.

Ya viejo, cascado y mutilado en sus partes nobles, conservaba todavia sus inclinaciones lascivas, y hablaba algunas veces, como un gastrónomo ambriento condenado á guardar dieta.

Atacado de una enfermedad crónica, hablaba de su fin con una frialdad cínica, que daba asco. El único inconveniente que encontraba en la muerte, era la privacion de las hurís, y hubiera deseado, decia, que este capítulo de Mahoma fuese á lo menos un medio artículo de fé.

Al fin murió; y apesar de todas las convicciones piadosas que habia manifestado en las últimas fases de su agonía, tuvo á la hora suprema, una vigilia priápica que no le abandonó hasta su último suspiro. ¡Puede concebirse nada mas obsceno que un hombre que va á morir y cuya alma no se satisface sino con cuadros voluptuosos! Sin embargo, sentia los remordimientos de los malos pensamientos, porque en su febril alegría, en medio de sus éxtasis, y de los estremecimientos de todo su ca-

dáver, se le veía con los ojos fijos, ardientes y los labios combulsivos, musitando con espanto. «¡Oh Dios mio, perdonadme! Sí, yo os ofendo, ¡oh, que placer! me avergüenzo, merezco el infierno y sus penas eternas; pero no dejo de ser el hombre de la carne!» Este monólogo duró hasta la muerte, que sobrevino una hora después de este vergonzoso delirio.

### VIII.

#### *Tisis y celos.*

Una monomanía de cualquier naturaleza que sea, si ha sido por largo tiempo el pensamiento fijo de un hombre, es la última que muere en su cerebro.

Un joven negociante, atacado de tisis, y casado con una muger lasciva de que estaba enamorado, sufría mas con los tormentos de los celos, que con su verdadero mal. Su agonía fué un largo lamento, y no cesaba de repetir: «No me ama, ¡oh Dios mio! No la deseo ningún mal, pero haced que se vuelva hombre, y que ame á una muger bonita, y que mis celos sean la serpiente que la muerdan el corazon.»

### IX.

#### *Un médico filósofo.*

El espíritu filosófico del siglo XVIII, empapado en el del año noventa y tres, ha formado una multitud de agnías morales, que presentan de tarde en tarde un fenómeno.

Yo tenía un amigo, dotado de las mas nobles facultades del corazon y del espíritu. Adormecido desde la cuna con los nombres de igualdad y de libertad, tenía el nombre de un Graco, y mas tarde mostró el carácter de tal. Había hecho grandes estudios: su gusto le conducía hácia la antigüedad griega y romana, concluyendo, por una convicción fuerte y profunda, en admitir una causa gene-

ral del universo sin nombre posible, y la nada absoluta despues de la muerte.

A los veinte años, siguió como médico á nuestros ejércitos que marchaban á Alemania, y contrajo los hábitos cabilosos de un filósofo de las orillas del Rhin. En 1815, podia pasar por un materialista contagioso. Su palabra era grave y persuasiva. Un estóico no hubiera desechado sus costumbres y su conducta. Habia analizado todos los grandes caracteres de la revolucion, y encontraba pocos completos, bajo el aspecto de las convicciones y de los principios: «El hombre de estado, nos decia, que no cree que es delito nada de lo que hace, es el que, firme como una roca en las tempestades civiles, toca sin conmoverse, las tablas del patibulo cuando cae víctima de su causa. La muerte es la biografia de un hombre.»

Tambien repetia con frecuencia: «La anatomía es el alcoran del universo; ella es el *alfa*, y el *omega* de todas las verdades que el hombre ha creido encontrar. El cuerpo humano es el compendio de todas las ciencias exactas,» y decia verdad; no hay problema social humanitario y científico, que no se halle resuelto en los detalles de la economia del hombre.

Una de sus ideas favoritas era esta: «La vida de los animales es una especie de germinacion de formas variadas, y todas iguales en el fondo; un hombre se planta como un árbol; es una flor macho ó una flor hembra, que fecundiza un huebo, de donde sale una planta llamada *hombre*, que se alimenta, crece, florece, se marchita y acaba; fin eterno en cuanto al individuo, solo la especie tiene una duracion incalculable. Esta es toda la filosofia de la razon y de la evidencia.»

En 1819, estaba en las Antillas de cirujano mayor de una corbeta, y la fiebre amarilla se propagaba cruelmente en su tripulacion. Nuestro estóico modelo, desplegó, en el curso de esta epidemia, el carácter que funda solo el verdadero grande hombre, y fue un ángel tutelar en tan terrible situacion. Entonces la causa del azote de las Antillas era una cuestion arrojada al mundo medicinal, y los cirujanos de la marina, respondieron los primeros al llamamiento. M.<sup>\*\*\*\*</sup>, investigador

impaciente, creyó haberla encontrado en la materia de los vómitos; se atrevió á hacer el ensayo sobre sí mismo, y salió triunfante.

Murió hacia el fin de esta epidemia, sin que se haya podido presumir la naturaleza de su muerte. Véase esta página extraordinaria que hemos extraído de su diario de Clínica.

M. de Lansmattre, oficial de marina, habia llegado al tercer dia de la enfermedad, y todas las horas escribia la marcha de la fiebre, y la de los síntomas que se agravaban; decia: «2<sup>da</sup> de junio á la una, vómitos negros; cursos líquidos; sed inexplicable; ictericia de color mas fuerte; pulso débil y precipitado. A las dos, *idem* para los síntomas precipitados; delirio locuaz; agitacion extrema; mirada fija; conjuntiva ingertada de amarillo; cursos involuntarios; pulso filiforme. A las tres, el mismo estado; muerte inminente. El individuo sufre el *imperió de su razon*; nombra á su padre y á su país. A las cuatro decubito sobre las espaldas; ojos espantados; cutis frio; pulso fugitivo; hipo agonizante, y muerte. Este era un valiente militar: *fortiter in modo et dulciter in re.*» Hasta aquí no hay nada de extraordinario; pero lo que no se puede concebir á no haber conocido el temple enteramente romano de este Curcio, es que el mismo, atacado de la fiebre amarilla, habia sabido conservarse invulnerado por el alma, y que ya casi muerto, vivia todavia bastante por su inteligencia para dar consejos que acertasen á treinta enfermos, y para anotar incontinenti todo lo que observaba en cada uno de ellos, con el fin de escribir despues una historia general.

Asi es, que M. Lansmattre habia muerto á las cuatro, y á las cinco, es decir, una hora despues, M.<sup>\*\*\*\*</sup> habia cesado de vivir, sin ningun otro vestigio de enfermedad que un color amarillo de ocre derramado por toda su persona. Podria creerse que una afeccion subita, tal como una apoplejía, le habia sorprendido; pero habia escrito en el márgen de los síntomas esperimentados por su enfermo: «Y yo tambien estoy atacado del mal; pero confio en mi temperamento físico y moral: *fortitudo animi duplex.*» Este estoicismo en pre-

sencia de una muerte inevitable, esta calma del pensamiento con el veneno en el corazón, esta idea del deber y su complemento sagrado hasta el último suspiro, no tiene nada comparable en los tiempos modernos, y la antigüedad no tiene nada más sublime que ofrecernos. He admirado algunas veces la larga agonía del Córcega Viterbi que, injustamente condenado á perecer en el pátibulo, se dejó morir de hambre en las cárceles de Bastia, notando hora por hora, y durante cerca de 20 días, todas las sensaciones de su alma y de su cuerpo; pero confieso que el ejemplo de nuestro amigo es bastante diferente. El uno fue una obra maestra de personalidad orgullosa; el otro fue una magnífica lección de abnegación sublime y de inextinguible filantropía.

X.

*El materialista y la fiebre amarilla.*

El espíritu filosófico volteriano que persiste en sus creencias en el momento de la muerte, es un hecho que se hace cada vez más raro, por el retorno de la sociedad á las ideas mistas y contradictorias de la nueva civilización, de las que se encuentran todavía de tarde en tarde algunos ejemplos; pero se hallan bien lejos del tipo admirable que hemos bosquejado en el precedente paralelo. M.<sup>\*\*\*</sup> de una inteligencia mediana é infatuado con las doctrinas materialistas, se encontraba también como médico, á bordo de un navío debastado por la fiebre amarilla, y aplicaba sus cuidados á la tripulación, hasta el momento en que se sintió atacado él mismo. La primera señal de este mal, que hace presentir su ataque, es un horrible dolor de cabeza, y para atemperar sus dolores, los pacientes se aprietan instintamente las sienes con un pañuelo. M.<sup>\*\*\*</sup> sorprendido de repente por el fatal síntoma, dijo alegremente delante de todo el estado mayor, y de la desfallecida tripulación: «Es mi día de boda: *Maria Amarilla* me echa el pañuelo.» Al decir estas palabras, ciñe su cabeza con un fular, desciende á su cuarto, dirige un á Dios cómico á sus ami-

gos: «Buenas noches, dice voy á pintarme.» Y se encierra para que no vayan á turbar los preludios de su sueño; despues se acostó en las sabanas mas blancas que tenia, se lavó los pies, se afeitó, se perfumó, cambió de ropa blanca, se estendió lo mas cómodamente posible en su camilla, y se oyó morir.

## XI.

### *Agonia de los médicos.*

Las propiedades liberales, segun el espíritu con que se abrazan, determinan los géneros particulares de agonía y de muerte. La medicina que se ocupa de la humanidad bajo tantas fases diversas, es de todas las profesiones la que ejerce mas imperio sobre las últimas determinaciones morales de los que la ejercen con talento y conviccion.

La agonía y la muerte de los médicos, señalados por sus grandes estudios sobre la organizacion humana, son pasibles de las doctrinas que han profesado sobre las causas de la vida. Los unos no ven en las funciones del cerebro, sino un acto de secrecion. Asi, para ellos el cerebro encierra el pensamiento como el hígado la vilis. Desde que la funcion cesa, hay muerte absoluta. Con la conviccion de tal sistema es imposible que el espiritualismo pueda guiar una inteligencia, por cima de la esfera limitada de hechos positivos. Para los hombres asi organizados, la razon y la fé en lugar de iluminarse la una por la otra, se niegan mutuamente; y este estado del alma, que no es aun el excepticismo, engendra los filósofos mas peligrosos de las sociedades modernas. Los mas pertinaces son los que han abordado el estudio positivo de la anatomía sin aspiracion filosófica de un órden transcendente. Para ellos el admirable mecanismo del cuerpo humano es un rincón del Universo donde cada cosa ocupa su lugar, y de que no se puede lógicamente deducir sino las verdades de hecho.

M.\*\*\* era uno de esos anatomistas (frios, alimentado

con las ideas filosóficas de Diderot y de Voltaire que habia adoptado sin exámen, y que aplicaba á todos los ramos de su arte. Por lo demas, hombre concienzudo, razonador, impírico y maniático del naturalismo concreto. Adviértase tambien que sus largos trabajos, emprendidos bajo el punto de vista de la posicion matemática, no habian dado sino el resultado estéril de una masa de hechos bien observados, sin conclusion de provecho para la ciencia. Para él, admitir una incógnita, una intencion providencial, era ir en contra de la razon.

Murió de una afeccion lenta, de una viscera del bajo vientre. Jamás hombre alguno se mostró menos cuidadoso de vivir, el dia en que adquirió la certeza de la incurabilidad de su mal. Hasta allí habia seguido los progresos de su enfermedad con la tenacidad de un químico que investiga un trabajo de análisis; cuando se sentenció el mismo, dijo friamente: *«una de estas cuatros mañanas encolchase mi alma.»* La vida, es otra cosa que un gas aprisionado que se escapa á la hora de la muerte?»

M. \*\*\* no manifestó ni temor ni debilidad. Habia hecho mucho bien, y su conciencia se hallaba tranquila con respecto á los remordimientos. No se reprendió nada con respecto á la humanidad; lo mas singular es, que tenia por amigo un buen viejo clérigo que le visitaba frecuentemente, y que con él pasaba las horas enteras en conversaciones íntimas. Cuando tocaba al capítulo de los deberes religiosos, M. \*\*\* se ponía á sonreír y le decía. «Mi querido Abate, sobre este asunto os detengo; porque vos no sabeis mas que yo; Callad, pues vuestro orgullo es inmenso.»

Cada vez, que daba la hora en el reloj, M. \*\*\* estudiaba su pulso, y con un reloj de segundos, contaba exactamente el número de las pulsaciones de su arteria. El último dia de su vida, mostró una resignacion casi cómica; sus reflexiones, con este objeto pasaban muchas veces de lo trivial y de lo grotesco. Seguía sin embargo, las variaciones de su pulso con una presencia de espíritu admirable, y cuando reconocia una disminucion en el número de los latidos de su corazon, anunciaba á

los asistentes que se le habia acabado una quincuagésima ó una sexagésima parte de vida. Hacia la noche, cortó toda la relacion con lo que él llamaba su mecanismo, y esta fué su última reflexion sobre su ser en este mundo.

XII.

*Un panteista.*

La ciencia médica, con sus relaciones con el espíritu humano, puede suministrar á todos los sistemas filosóficos argumentos poco mas ó menos capciosos que corroboren la aparente verdad. En este número hemos expuesto antes el género de agonía del que admite, sin exámen, las fuerzas activas y primitivas de la naturaleza como causa de todos los fenómenos esparcidos en el universo. Existe, despues de este primer tipo medicinal, una clase de médicos, á quienes las meditaciones fisiológicas han revelado una verdad de primer orden: la de una causa primera, eterna, incomprensible, é imposible de encontrar; que se multiplica infinitamente, y que se manifiesta desde el tallo de la hierba que sale de la tierra apuntando su direccion hacia el cielo, hasta la marcha de los grandes cuerpos, que gravitan en el azul del firmamento. En una palabra, el pensamiento religioso del antiguo Egipto les ocupa; adoran la entidad de Dios en cualquiera parte donde reconocen su presencia, es decir, en todas partes. Es, y lo digo con una especie de terror, un panteismo á la vez espléndido y orgulloso, cuyos audaces pensamientos parecen haber sido estimulados por la Biblia, el Alkoran, los libros indios y chinos, y por el Evangelio mismo.

Las sociedades envejecidas y deterioradas, se acomodan á ellos con mucho gusto, por la razon de que una religion en que el espíritu y los sentidos pueden encarnarse, y con ayuda de la cual, una alma puede libremente subir al cielo pasando por un Eden terrestre, será siempre la de una nacion grande y fecunda; que despues de haberlo intentado todo, destruido y rehabilitado lo que



ella reconocia bello, bueno y útil, se detiene en fin en un *mezzo término* entre la nada y la vida, para conciliar á la vez el sensualismo de sus gustos y el presentimiento de un destino mas elevado.

M.<sup>\*\*\*</sup> era un médico filantrópico, y amante apasionado de la naturaleza; el panteísmo, segun él, debía ser la religion de cualquiera, que por conviccion ó por estudio ha aprendido á leer en el gran libro del universo. No dudaba de la perfectibilidad del espíritu humano, y sobre este asunto sus opiniones eran talmente exageradas, que escribia á uno de sus amigos: «Yo adoro á un ser supremo, en todo lo que poseo sobre la tierra, y que sé positivamente que es mio; asi mi mujer, mis hijos, las flores de mi jardín, y mi bodega, tienen los primeros derechos á mis sinceras admiraciones. En cuanto al que me ha colmado de sus dones, me ocupo muy poco de él, hasta que se muestre á mí de una manera irrecusable; sin embargo, yo creo que existe y que quiere ser adivinado; como esos bienhechores de los hombres que se ocultan á los que mas aman. Asi Dios se mostrará quizá algun dia, gracias á los progresos de las nuevas luces; entonces iremos á sus templos de piedra, para verle mas de cerca. Entretanto, mi templo se halla en todas partes, y en particular sobre la cima de una elevada montaña, desde donde puedo ver salir y ponerse el sol.»

No obstante, M.<sup>\*\*\*</sup>, como todos los espíritus de su temple, que no han inventado ningun sistema, y que procuran convencerse del de otro, no tenia idea fija en el capítulo de las causas finales. Sabia tambien, que todos los grandes hombres que habian escrito sobre esta materia, no habian tenido la fuerza de sancionar sus creencias á la hora de su muerte; que Buffon y Voltaire, se habian manifestado arrepentidos á la voz de un sacerdote; que Diderot, blasfemando de Dios en sus escritos, enseñaba el Catecismo á su hija, y que los terroristas del 93, morian la mayor parte como capuchinos indignos. Todas estas apostasias le incomodaban, y eso era lo que le habia infatuado en una religion suya peculiar, y que era, con muy poca diferencia, el panteísmo comodo y artístico de que hemos hablado. Especie de transacion egois-

ta entre las necesidades de la naturaleza bruta, y el amor de la vida despues de la muerte. No negaba á Dios, y le admiraba en sus obras, y en todo lo que tenia relacion con el culto de sí mismo. Asi él se miraba en cada uno de los fragmentos de su egoismo; y si hubiera podido, aumentára el aroma de una flor ó de un fruto; y esto para manifestar á sus ojos, en su mas vivo esplendor, los poderes sobrehumanos de su ser supremo.

Ya tenemos la llave de su religion, y podemos definirla como el culto apasionado y exclusivo de sí mismo.

Este hombre poseia á las mil maravillas el arte del mundo, y se hacia amar menos por sus beneficios, que por una expansion de egoismo hácia cualquiera que se acercaba á él: siempre que fuese *centro*, era bueno, generoso y de una política exquisita. Descansaba hasta en su lecho de muerte, y su boca helada depositó un beso en una mano de sultana con la gracia de un marqués de la regencia. Entonces no tenia sino como una media hora que vivir; su dormitorio era un tocador que adornaba todas las mañanas, visitando todos sus rincones, y arreglando los hermosos muebles y los cuadros, y adornándole con las flores de su jardin. El dia de su muerte encomendó á su criado todos los detalles de este negocio, y le seguia con los ojos para dirigirle en caso de necesidad. Ningun moribundo nos ha manifestado jamás tanta coquetería en el arreglo de sí mismo y de su lecho adornado á la oriental. En un momento llevó sus manos al madrás que cubria su cabeza para mejor ahuecar los lazos de figura de rosa; vino un sacerdote á su último momento, y como en otro tiempo cuando sonreia á todo el mundo, le escuchó con compuncion y amor; y cuando hubo terminado las alabanzas de Dios, al que iba á ver muy pronto en medio de los coros de ángeles: «¡Qué lástima, le respondió, que yo haya perdido *mi voz de cabeza!*—En fin, le dijo el santo hombre, ¿creeis en Dios?—Sí, en el que se muestra en sus *miriadas* (1) de creaciones.»

Quando se sintió desfallecer para siempre, M. \*\*\* or-

(1) *Miriada* es diez mil entre anticuarios: hubiéramos podido

denó que levantasen su cabeza sobre su magnífico almohadon, que abriesen las ventanas, que descorriesen las cortinas de su cama, y en seguida, saludando con el gesto á sus buenos amigos, se murió murmurando con acento pueril: «¡Adios, adios!»

El panteísmo es el culto de la forma, y la expresion de una inteligencia orgullosa bien adornada y algunas veces sublime. Los gigantes del pensamiento humano en la edad madura, se despojan de la duda y se hacen panteístas. La religion cristiana, tal como la atavian en el dia, parece tener gusto en demostrar los principales dogmas del panteísmo.

### XIII.

#### *Un deista.*

Los que ejercen la medicina á la letra del Evangelio y del espíritu de la caridad cristiana, son los mejores de los hombres, pues convierten su ministerio en un verdadero sacerdocio. No se espere nada realmente humano de parte de los que trasforman en oficio lo que deberia ser un apostolado.

El médico que toma las santas creencias en el estudio de su arte, es un tipo que cada dia va haciéndose mas raro; el contagio del lujo y de la moda, se ha inculcado en la sangre de los hombres que, por estudio y conviccion, conocen mejor la nada de las cosas y la fragilidad de nuestras esperanzas. Un hecho significativo de la época actual es, que el verdadero carácter de la mas bella de las profesiones, se pierde en los grandes hogares de las luces, y se personifica en el médico del campo.

M. \*\*\* , despues de haber recibido una gran educacion oratoria, estudió la medicina y entró en el ejército naval. Se mostró, durante una larga carrera, piadoso sin

traducir *infinitas* ó *innumerables*; pero hemos querido dejar intacto al autor, segun manifestamos en nuestro prólogo.

(Nota de los traductores.)

ostentacion, médico modesto, seguro y rígido en la observancia de todos sus deberes; su conducta habia sido admirada cuando, jóven aun, asistió á diversos combates en el mar.

Ya muy acreditado en una gran ciudad, se dedicó á todas las clases de la sociedad. Pero lo que le hacia mas admirable en su nueva posicion era el destino que daba á sus honorarios. Recibia de los ricos, no pedia nada á las clases pobres, y pagaba sus consultas y sus cuidados á los verdaderos indigentes. Daba limosnas á un tercero para distribuirlas, y solo despues de mucho tiempo se supo en las cabañas y en los palacios el nombre de este bienhechor desconocido.

Véase aqui el empleo de su tiempo durante mas de medio siglo. Se despertaba á las cinco, hacia una corta oracion, recordaba durante media hora sentado en su cama el estado de sus enfermos; en seguida, procedia á su tocador, y bebia lentamente una taza poco cargada de café hecho con agua; concluida esta operacion, se iba á la iglesia mas inmediata y oia la primera misa. Visitaba sus enfermos hasta cerca de las once; á las doce, despues de su desayuno, empezaba sus consultas hasta las dos; despues se echaba en una silla de brazos y dormitaba ó bien leia sus autores. Se vanagloriaba de que jamas habia hecho una lectura inútil, abria un libro como un alconero que sale de caza, y se consideraba dichoso si podia encontrar en él dos ideas nuevas. Entre cuatro y cinco volvia á visitar sus enfermos, y sino le faltaba tiempo acostumbraba á ir á la iglesia en que se hallaba expuesto el Santisimo Sacramento; cenaba á las siete, entraba en su dormitorio á las nueve, y á las diez al acostarse, tomaba desde la edad de cuarenta años una píldora de ruibarbo de peso de dos granos. Ejerció durante cincuenta y cinco años el sacerdocio medical en toda su pureza; obtuvo grandes resultados en su práctica, fundada sobre hechos clinicos, análogos á los que habia observado, y lo que vale mas todavia, sobre las inspiraciones del sentido comun de que estaba dotado en el mas alto grado. Acusaba al exceso de las luces, á la manía de mejorar de posicion á las inagotables emociones de la

publicidad de los acontecimientos, y en fin al sistema representativo que monomaniza las masas con el amor al poder, acusaba repito, al socialismo nuevo de todos los males cada vez mas numerosos que afectan el sistema nervioso.

Bajo este punto de vista, la medicina moderna estraviaba sus doctrinas y no la comprendia, porque el médico antiguo no la habia aprendido; así es, que no se hallaba realmente en su lugar sino á la cabecera de las personas buenas y ancianas. El ejercicio regular y lógico de los actos ordinarios de la vida aseguraba, segun decia, la salud y la longevidad; tenia una especie de martirologio de los que habian fallecido víctimas de las preocupaciones políticas.

Una sociedad no es durable sino cuando descansa sobre el triángulo de la fé, la patria y la familia; la falta de uno solo de estos pilares la hace vacilar y apresura su caída. Cuando se hablaba delante de este digno médico de un crimen cometido, de una quiebra fraudulenta, de un escándalo conyugal, de una accion infame, decia con una firme conviccion: «¿Y por qué no han de ser así los hombres? Ellos no temen ya á Dios; ya tampoco se confiesan; la confesion es la escuela del pueblo bajo.» En fin, su grande pensamiento era este: «Yo no he obrado en este mundo sino para prepararme á una buena muerte.»

Su hora llegó á una edad muy auanzada, y, cosa singular j este hombre tan pacífico pasó de una escena apostólica á la vision inefable de un inspirado. Cuando sintió el frio de la muerte, hizo llamar al rededor de su cama la multitud de personas á quien habia amado; recibió el Viático en presencia de un concurso numeroso, que habia acudido para asistir á los últimos momentos de este santo hombre; despues de recibir la eucaristía tomó la palabra, y supo encontrar en su pensamiento moribundo un testo de discurso sobre la nada de las cosas, que Bossuet no hubiera desdeñado, y espiró dando su bendicion á toda su familia arrodillada. Creyóse que no pertenecia á este mundo, cuando enderezándose sobre su cama y estendiendo hácia el cielo

sus manos, en una de las cuales tenia un crucifijo, exclamó en un piadoso movimiento de éxtasis: « ¡Oh bondad inefable de Dios, qué dulce es mi alegría! Los cielos estan abiertos, yo veo al Eterno rodeado de arcángeles! ¡Oh! qué dichosa es el alma de un elegido! ¡Silencio!... ¿Veis esos dos serafines? ¡ellos vienen á mí traen mi corona!.... qué bella es!...

Despues de su muerte le revistieron con el sudario que él mismo habia confeccionado, y cuando descubrieron su hermosa y calva cabeza, su cráneo preeminente se parecia á el de san Bruno.

#### XIV.

#### *Un Sacerdocio medical.*

En general, los médicos están familiarizados con la muerte; la ven bajo faces tan diversas que solo les parece espantosa cuando se les presenta con el acompañamiento de los dolores. Son entre todos los hombres los que en las enfermedades conservan mas esperanzas de triunfar de ellas; pero cuando renuncian á asistirse á sí mismos, y se entregan á sus cofrades, se les olvida su papel; el presentimiento de su fin apresura el término. Los médicos ancianos temen menos la muerte que los jóvenes: tienen el valor de los soldados viejos abituados á los azares de la guerra; y así es, que en tiempos de epidemia y contagio los hemos visto llenos de celo y de abnegacion. Se les ha acusado de materialismo: eso es un error; sus estudios hablan desde luego en favor del deismo. Por lo que toca á la religion y al culto, son, como la mayor parte de los hombres, pasibles de la educacion de familia y de las circunstancias que han formado su caracter. Seria un absurdo ver en ellos alzar la bandera del materialismo, puesto que su ministerio les pone con tanta frecuencia en presencia de la fragilidad del hombre. Si la muerte es la sublime leccion de la vida, el triste honor de escucharla y aprenderla ¿no es para ellos una tarea diaria? Y las bellas muertes de que son testigos ¿no hablan con mas elocuencia que aquellas cuyo drama final pasa

entre remordimientos, terrores é infernales visiones? Se imita lo que agrada, y seguramente una agonía mecida por la religion y la esperanza, simpatiza mejor con el egoismo humano que el vacio y la nada del materialismo. La prueba mas clara de las opiniones religiosas que inspira el culto de la medicina á los que se hallan verdaderamente iniciados, es el convencimiento de que hay un poder protector al lado de la cama de un enfermo. Sí, cuando el hombre del arte divino ha prescripto todo lo que sabe á un enfermo sin esperanza, su último pensamiento es siempre «Dios te sane!» Esta voz interior habla mas alto en el alma de un médico, porque es el que con mas frecuencia asiste á la demolicion de nuestro edificio. Solo una madre, inclinada sobre la cuna de su hijo enfermo, comprende como él la voz de Dios.

Yo creo que bajo muchos aspectos el médico filantrópico sostiene un comercio mas directo con Dios y el mundo metafísico que los teólogos y los sacerdotes. ¿Y esto por qué? Porque su vida pasa entre el estudio y la contemplacion de la obra maestra de la creacion. Si los médicos materialistas se han aumentado, acusemos al espíritu de revolucion contra el cielo en un momento de demagogía (1) nacional. La surexcitacion republicana ¿ha dejado de interesar en pró ó en contra las sanas doctrinas á una sola inteligencia de cualquier órden que sea? Esta época fué una excepcion en el transcurso de los siglos; seria injusto y demasiado inmoral acriminar á la época que debe sucederla. ¿Se injuriará por ventura á un insensato porque haya recobrado la razon?

Seamos imparciales: la medicina ocupa la cima de las ciencias filosóficas por el fin que se propone: la felicidad de la humanidad. Ha perdido su verdadero puesto, porque ha abjurado su sacerdocio, porque, se llama profesion ú oficio, porque ha dicho al poder: «Yo me elevaré por tí. Toda grande institucion se desflora y perece

(1) Ambicion de dominar en una faccion popular.

*(N. de los traductores.)*

cuando materializa sus actos, y cuando coloca el becerro de oro en el altar de sus dioses.

XV.

*Conclusion.*

El estudio de las leyes, así como la medicina, no es ya una iniciación á una especie de sacerdocio; se ha convertido en un medio para conseguir una gran fortuna y honores. Las surexcitaciones cerebrales de toda especie que la ambicion despierta en el alma de los que siguen la carrera de la jurisprudencia, los aleja de la vida sencilla, de las costumbres patriarcales, y con frecuencia de una agonía reveladora, y de una dichosa muerte. Mas que nunca, el foro ha dejado de ser una vocacion, una inclinacion irresistible á meditar en el principio innato de «No hagas á otro, lo que no quieras que te hagan á tí.»

Esto es lo que justifica la opinion de los frenólogos, cuando hablando acerca de la inactividad de las ideas de las verdades de primer orden, dicen: «Dios á sido el legislador de los hombres, pues que ha puesto en ellos la conciencia del bien y del mal.» Moises, Carlomagno y Napoleon, han sido los intérpretes de la ley revelada, como los apóstoles y los profetas lo fueron cuando fundaron las bases de esta religion, cuya moral y cuyo fin se hallaban innatos en el fondo de sus almas.

Los hombres que han echo de la jurisprudencia un sacerdocio útil al sostenimiento del orden y de las costumbres de una nacion, viven demasiado bajo el imperio de esta idea fija, para que su religion y su culto se parezcan á el del comun de los hombres. Adoran á Dios á su manera, y el bien que ellos creen haber hecho, les parece el homenaje mas puro que pueden ofrecer á la divinidad. Pero, lo repetimos, es muy limitado el número de los que han comentado las leyes con este fin filantrópico y desinteresado.

M\*\*\* habia pasado una larga vida en la presidencia de los tribunales del reino, y tambien escribió algunas obras



sobre la legislación. Escalpeló tantos perversos, los encontró en tantas regiones sociales, amasó en los bancos de los tribunales tantas naturalezas fangosas, que ha concluido por no creer en la perfectibilidad del hombre sino por lo injusto y abominable. Murió de una enfermedad lenta, á los sesenta años; y hasta la víspera de su fallecimiento no cesó de ocuparse de los criminales que habia sido llamado á juzgar y castigar. Su inteligencia sobre este asunto era tal, que hacia el retrato de un hombre perdido en el presidio ó muerto en el patíbulo, como si desde lo alto de su sillón le persiguiera aun con su mirada inquisitorial y su lógica inflexible. Un dia nos decia: «Los hombres-génios del mal, me han admirado mas que los doce trabajos de Hércules; he encontrado en ellos el fenómeno moral mas extraño; la extrema maldad, unida á la conciencia de la justicia y del derecho. Cierta dia fui llamado por un gran criminal á su calabozo. «Señor presidente, me dijo, vd. está enterado de mi negocio, y yo merecería la muerte, si visto el código y contra el derecho de gentes, hubiera obrado de esa manera.» Me enumeró las circunstancias atenuantes de su delito con una precision admirable. «Mi delito tiene tal pena, y yo os conjuro que no falteis á ella; porque si no es así, estad seguro que me evadiré de esta prision en que me creis asegurado.» Entonces, mostrandome en el techo una lumbrera con cerrojos, y escalando una pared de diez pies de altura, saltó como un mono, y con brazo vigoroso agitó los hierros; quedé estupefacto de su habilidad. Fué juzgado y condenado, y cuando le leyeron la sentencia le pregunté su opinion: esta era la mia me contestó; y pues que habeis sido justo, yo lo seré tambien y sufriré mi condena.»

Este digno y virtuoso magistrado, acostado en su lecho de muerte, no acababa de referir anécdotas acerca del fondo de moralidad repugnante que se anida en el alma de los grandes malhechores, para estallar en las épocas dramáticas de su vida. Este tema fué el de sus últimos dias, y el que habia compuesto en todo el curso de su carrera. No dudo de manera alguna que la opinion que tenia sobre la conciencia y los remordimientos

tardíos de los hombres predestinados á las acciones liberticidas, no fuese el móvil del gran valor cívico que manifestó en las épocas críticas de nuestra revolucion.

Quando fué preciso pensar en la partida, aceptó á un sacerdote como una forma arreglada allá en su espíritu, para proceder al acto de una agonía normal. «Los hombres que como yo han analizado tantos crímenes, se creen mejor que los otros; vamos, pues que es preciso señor cura, hagamos como cuando yo era jóven en el tribunal, invoquemos las luces del Espíritu Santo;» y entonó con voz apagada el *Veni creator*. Después del himno, cumplió la forma del culto como quisieron; no tuvo ni debilidad ni arrepentimiento; trató á la muerte como una sedición con la cual el magistrado tiene necesidad de capitular.

Su delirio fué de algunas horas; durante las cuales balbuceó siempre nombres que habian pertenecido á los gorros verdes, con los cuales hacia sus negocios en el recinto de los tribunales.

No hay en este fin, por otra parte estóico y moral, nada que deba admirar. La filosofía de las leyes y su aplicacion constante, deben adsorver una inteligencia, y monomanizarla hasta el fin de lo que fué el pensamiento fijo de una larga vida. Los monomaniacos, y por esta palabra no entendemos aqui los insensatos, mueren ordinariamente sentenciosos y graves, como si se tratase para ellos de un castigo inevitable, al cual estan resignados por gracia de estado. Los magistrados cortados por el patron de los d' Aguesseau, de los Molé, y para reasumirlos todos en un carácter, del grande Molesherbes, han caminado con la cabeza erguida y el corazon puro bajo el acha de los setembristas del 93. Quando una nacion posee algunos como estos hombres, son la escuela de las costumbres públicas; son el árbol sagrado cuyo ramage abriga y hace inviolables á los que se refugian bajo la salvaguardia del honor y de la patria. Pero, por favor, no trasplantarle fuera del santuario, y lejos de la diosa que tiene en sus manos la balanza y el acero.

No existe profesion que tenga mas variacion en los diversos géneros de agonía y de muerte. El conocimiento

de las leyes que rigen los intereses positivos de la sociedad, ha concedido inmensos privilegios á los que hablan de cierto modo el idioma del foro; son para el mundo como un trozo de mármol escogido y sin labrar, en el que un hábil estatuario descubre, á su gusto, la obra maestra que se halla todavía en su cerebro. Un abogado es una inteligencia elástica, un espíritu silfo, un ser de metamorfosis; y en una sociedad tan preocupada de intereses mundanos, su lugar ha debido encontrarse en todas partes. Así es, que los vemos morir con cartera de ministro, de consejeros de Estado, de pares, de diputados, de administradores generales, de diplomáticos etc. Una vez salido de su gabinete, un abogado no vive de la misma manera; muere con el espíritu mas ó menos aristocrático, y orgulloso de su nueva posicion en el estado. Nosotros hemos redactado, despues de conocer las muertes precoces, que estas castigan cada vez mas á los jóvenes que salen de las escuelas de derecho para lanzarse en la carrera de la ambicion y de los honores. Los estímulos opuestos y diarios del amor propio, tan pronto embriagados de la gloria, como abatidos bajo el peso de amargas decepciones, destruyen rápidamente las fuerzas del pensamiento y las del cuerpo; son mas accesibles á las afecciones mentales profundas, y lentas que conducen á la muerte desde muy temprano, por el decaimiento de los poderes de la enervacion.

Hemos asistido, en diversas enfermedades, á muchas de estas *capacidades* legislativas que han renunciado al honorífico ejercicio de su profesion en un tribunal ó en un estudio, y que han tomado las alas de la ambicion y de la intriga. No habian creido en la muerte sino á la hora anterior de la agonía; y entonces el terror súbito que se apoderaba de ellos sin saberlo, les enagenaba el período lucido de las últimas horas, tan comun en la gente honrada.

Nada aleja tanto de las meditaciones metafísicas, como una vida de emociones miserables, resultado de los azares contrarios y alternativos para llegar al término de una ambicion, que se ha monomanizado en un cerebro. M<sup>\*\*\*</sup>, al salir de una facultad de derecho, habia in-

tentado en vano hacerse á las costumbres de un foro de provincia. Rico por su patrimonio, y no exigiendocasi nada de sus clientes, sueña una posición mas elevada, rompe con sus costumbres, se encierra en una casa de campo y se forma un plan de educacion parlamentaria. Un acceso de emotísis se declara en medio de sus tareas. Una vez restablecido, vuelve á ponerse á la obra, y compone un escrito acerca de los vicios de la ley electoral. Se le anuncia una plaza de secretario particular de un prefecto, que debe ser inmediatamente seguida del nombramiento para una subprefectura. La eleccion del prefecto recae sobre otro y M<sup>\*\*\*</sup>, vuelve á ser atacado por otro acceso de emotísis. Un año despues, se despierta una mañana verdadero subprefecto; su emocion de alegría dá lugar á un pequeño esputo de sangre; desde entonces, el tiempo se pasó en vigiliás y en trabajos sobre diversas materias de derecho y de administracion. Una de sus memorias recibe la sancion del ministerio, y esta distincion volcaniza su alma, enciende su sangre y le infatúa de la diputacion en las próximas elecciones. Por esta vez la emotísis, aunque fácilmente calmada, deja tras de sí una fiebre lenta que dura tres meses. Un año despues, su nombre sale de la urna electoral; pero su competidor ha ganado mas votos que él, y este chasco puede causar su muerte. M<sup>\*\*\*</sup> está pálido, triste, apenas come, y duerme por el socorro del ópio. Los unos, dicen que está atacado de gastritis, otros de consuncion, los mas exactos están persuadidos que se hálla abatido bajo el peso de una ambicion defraudada; sin embargo, el ministerio le llama á un puesto elevado. M<sup>\*\*\*</sup> renace á la vida y durante tres años, su existencia se pasa en intrigas, en proyectos y en escritos aduladores de un sistema; por fin, la última emotísis le inclina hácia el abismo; parte para Italia con la seguridad que le han dado los médicos de que va á reverdecer una vida seca con trabajos intelectuales; y apenas llegado á Niza, cuando una fluxion de pecho, de la naturaleza de las que nada hacen suponer y que sorprenden en una apariencia de salud, le mata en tres dias, en medio de sus sueños de gloria y de porvenir.

Le predican su fin, y le anuncian un sacerdote. A esta palabra, las convulsiones mezcladas de gritos y de lágrimas se apoderan de esta víctima de la ambición, y muere como hombre vil y desprevenido contra su inevitable destino,

XVI.

*Agonía y muerte en el foro.*

La muerte de los legistas, de los abogados íntegros, de los escribanos próbos que se han dedicado á la defensa de las causas justas, es en general pacífica. El culto de la verdad, durante una larga vida, es el homenaje que mas agrada á Dios.

M<sup>\*\*\*</sup> habia durante cuarenta años regido un estudio de abogado con una probidad apostólica; jamás habia pensado en su fortuna, ni en las formas de su culto. Padre de una numerosa familia, solo la dejaba por herencia un nombre sin mancha.

Atacado de una enfermedad mortal, reúne su familia en presencia de un sacerdote. «Amigos míos, les dijo, muero sin ningun cuidado por mi alma, porque creo no haber obrado sino en el interés del derecho y de la justicia. Rara vez se me ha visto en las iglesias; pero confieso haber dedicado á Dios, todo el bien que he hecho á los hombres. Esto es lo que hace á la hora presente que el rostro de la muerte me parezca mas hermoso que el de la vida. La fortuna me ha ofrecido muchas veces caminos fáciles para llegar á ella, y la he vuelto la espalda; porque era preciso para agradarla, sacrificar mi conciencia y suscitarme enemigos y envidiosos. Hoy recojo el fruto de una larga y honrada vida; abrid mi casa á todos los que quieran entrar: el número será grande, y moriré en medio de todos los que me aman. Quiero se haga un entierro sencillo; pero quiero tambien que atraviese los barrios mas populosos, para que cada uno ruegue por mí al ver pasar mis restos: He dicho. Mi querido abate, mi confesion pública es la que tendré que hacer, si vos lo exijis, para la salud de mi alma.» Y este hombre honra-

do murió con la calma de un santo , y toda la villa acompañó sus restos con piadoso recogimiento hasta su último asilo.

La sed execrable del oro, es en nuestra época la transformación mas grosera del materialismo del siglo XVIII. Las profesiones mas honrosas se han manchado con el contagio del lucro, y mancillado todos los dias lo que constituyó á las miradas de la multitud su poder y su magestad. Esta es la lepra de la época actual, contra la cual el moralista desespera de encontrar mas remedio que esta máxima impía: todo por el oro. Este azote social que habia perdonado por largo tiempo á las clases elevadas, cuyo desinterés y virtudes públicas tanto resplandecian, es hoy para ellas un mal incurable. Los legistas, encarnizados en la persecucion de la fortuna *que hacen flechas de cualquiera madera*, para alcanzarla son veinte veces por una, sacrílegos é impíos. Su crimen, en este mundo y en el otro, será siempre haber deshonorado lo que los mas grandes malvados estiman y honran: es decir, la probidad y la justicia. Sus innumerables maldades, consumadas sigilosamente y garantidas por la observancia de las formas prohibitivas de las leyes, reconocen algunas veces á la hora vengadora de la agonía, el terror anticipado del infierno.

M<sup>\*\*\*</sup> abogado de un tribunal del centro de la Francia, ha podido en 20 años de ejercicio, pagar á un alto precio un bufete, y adquirir por cuatro ó cinco mil francos de inmuebles; es temido y execrado por todos los lugares circunvecinos. Las pasiones populares desencadenadas por un momento en 1830, comprometen su vida y su seguridad. Sorprendido por unos aldeanos cuando iba á visitar una quinta y tendido boca á bajo, su muerte se resuelve en el mismo sitio, se liberta de sus asesinos, á quienes habia arruinado, prometiéndoles el silencio sobre lo que acaban de intentar, y la restitution de todo lo que han perdido. M<sup>\*\*\*</sup> entrando en su casa, y padeciendo bastante se mete en la cama, y empieza por dar señales de enagenacion mental. El menor ruido que oye fuera, ó en el interior de su casa, provoca un acceso de locuacidad delirante y razonada, durante la cual se

acusa de mil maldades que ha cometido para *tener oro*: terminaba siempre por pedir perdon á Dios, y en medio de un torrente de lágrimas acababa por sumirse en una especie de adormecimiento ligero; el desgraciado, siempre preocupado de sus ganancias ilícitas y de sus asesinatos, no reconocia ya á sus parientes, no veia en todas las personas que se acercaban á él, sino viudas y huérfanos arruinados, ó aldeanos armados para matarle. Se juzgó prudente el conducirle á una de las casas de campo que poseía á una larga distancia de la ciudad.

Allí, despues de algunos dias de calma y de soledad, nuestro insensato pareció volver á la razon; pero el remordimiento de su vida, pasada en vergonzosos tráficos, de su conciencia y de sus talentos, le inspiró una generosa resolucion, la de aliviar las cargas de aquellos, cuya ruina y sufrimientos tenia mas en el corazon. Habló de ello á su mujer y á su hijo, los cuales repelieron este consejo dictado por la fiebre cerebral.

Desde aquel momento una melancolía se apoderó del enfermo. Sueños horrosos le ocupaban durante la noche, y segun decia, un sueño febril de dos horas equivalía á su vida de un año. Recorria todos sus actos injustos y falsos hasta el momento en que á la vuelta de una calle ó de un bosque dos aldeanos armados le forzaban á arrodillarse y á jurar la restitution de sus bienes robados. Entonces se despertaba sobresaltado; daba gritos desgarradores, y una vez se le escapó decir como Collot-d' Herbois en su agonía en Sinamary. «!Oh Dios mio! Enviadme un ángel ó un sacerdote para que me consuele y aparte la laguna de sangre que veo al rededor de mi lecho.»

Desde este momento la manía de este pobre diablo se trocó en temor al juicio final, y sobre todo al infierno, al cual tenia un miedo infantil. Sabia ya la suma y la naturaleza de los suplicios que esperan en la sombra ribera á los defraudadores de los bienes de los pobres. Habia visto mas allá de todas las previsiones humanas; y cuando acostado y la mirada fija al pie de su cama, describía los tormentos ordinarios y extraordinarios que padecian algunos abogados ó notarios á quienes

conocía, muertos algunos años hacía, había de que temblar por sus amigos legistas, en los cuales se sospechaba la codicia del oro.

Nuestro desgraciado abogado, privado del sueño, reusando todo alimento, en el estado de un esqueleto, estaba horroroso de ver; sin embargo, no moría.

En fin, recibió el golpe de la muerte como lo había soñado; los aldeanos de la cercanía de la quinta, habiendo sabido que el *procurador* había jurado la restitución de los bienes mal adquiridos, porque le habían echado boca á bajo, imaginaron para decidirle á este acto de justicia, darle durante la noche la representación á alguna distancia, de un vivo fuego de fusilería; vinieron á media noche, en bastante número, bajo las ventanas de su cuarto, y descargaron sus armas con grande estrépito. A este ruido inesperado, sucedieron los prolongados ladridos de una trahilla de perros, que mezclados á los estremecimientos de los árboles de la floresta y á un viento violento, hicieron de esta noche, y en la habitación del enfermo, una especie de representación de las escenas del Sabat.

La descarga de los aldeanos llegó exáctamente al cerebro del enfermo, preso de su insomnio habitual. Se enderezó en toda su altura sobre su cama, y al abrir la puerta para socorrerle, se dejó caer: su cabeza tropezó violentamente contra el ángulo de una chimenea de mármol, y murió á consecuencia de la conmocion.

Su muerte dramática, fué creída como una venganza del cielo; su cortejo fúnebre atravesó la ciudad, y por todas partes los hombres y las mujeres del pueblo, pronunciaron á la vista de sus restos abominables palabras. Se dice, que despues de su muerte, el alma del abogado viene á la hora de media noche á llorar y gemir en el cancel de las chozas de los pobres.

## XVII.

### *Varono presidente del Tribunal.*

Los estudios filosóficos solo tienen influencia directa



sobre un modo especial de agonía y de muerte, cuando han sido profundizados con un fin práctico; en una palabra, cuando son, me atrevo á decir, hechos y seguidos por la convicción de su certeza. ¿Quién no sabe en el día que el término venal de las ciencias filosóficas, aplicado á todos los ramos, es el pasatiempo de las gentes del mundo desocupadas y curiosas, que es un entremés de egoismo y de buen tono, que sirve de auxiliar al orgullo á la ambición y á todas las medianías escritas ó habladas del espíritu humano? Las ideas filosóficas y religiosas han llegado al pináculo de la juventud y de la exaltación. Las masas no mueren ya como fanáticas por la conquista del Santo Sepulcro ni por el triunfo de un principio. Tal hombre, colocado en elevada esfera de la enseñanza ó del poder que se dice estar absorto en el culto de una idea, se despoja humildemente de ella en sus últimas horas, y muere en la fé simple y candorosa del cura que viene á asistirle. Sin embargo, de tarde en tarde el médico y el sacerdote descubren y admiran algunas raras escepciones de esta regla, tan comun en los hombres llamados fuertes, y repentinamente pusilánimes y apóstatas de lo que habian propagado desde lo alto de una cátedra.

M. \*\*\* profesor disertador, habia largo tiempo aplicado una filosofía panteística á las creencias de la religion cristiana. Habia concluido por alterar los consuelos y las esperanzas; su palabra era contagiosa, y consiguió hacer apóstoles y prosélitos. El hombre penetrado de su papel no debe procurar conocer otra cosa que lo que pueden comprender sus sentidos y su razon; debe abandonar al sobervio y al insensato la pretension de explicar las causas primeras de la naturaleza sobre las cuales ninguna inteligencia puede tener accion. La autopía de un Dios que castiga y recompensa segun las obras meritorias de cada uno, es una insigne mentira que los déspotas y los poderosos han atribuido á un ser supremo, á fin de legitimar sobre la tierra las ventajas del nacimiento y sus vastas usurpaciones. Dios está en todas y en ninguna parte; lo que quiere decir, que como él, despues de nuestra muerte, el

soplo que nos anima será esparcido y disuelto en el gran conservatorio en donde la inmensidad de la creacion toma incesantemente la vida que se renueva por la muerte. » Las palabras que acabamos de citar eran con frecuencia el testo favorito de este pretendido filósofo. De ninguna manera dudamos que no estuviese muy convencido de su ciencia, y que no hubiera muerto proclamándola infalible, si hubiera rendido el alma en medio de las ideas republicanas que aseguraron su triunfo; pero habia visto el imperio, la restauracion y los nuevos hombres que no escuchaban razones en punto á la filosofía llamada natural.

Un hecho que nos ha demostrado siempre el sentido perfecto de los que raciocinan en la calma de las pasiones políticas es que á pesar de la alta comprension intelectual de ciertas obras materialistas, á las cuales las circunstancias de su publicacion han dado gran renombre, se las ve caer en el olvido, cuando el buen sentido de las masas recobra su libre alvedrio. Por ejemplo, la revolucion francesa se anunció en el mundo sabio por el *Rapport du Physique et du moral* de Cabanis; obra erudita y sofisticada que desde su primer vuelo llegó á la mayor altura de la fama. Pues bien! esta palabra grave y sentenciosa, ya no se lee precisamente por que destruye las creencias de todos los siglos. No hay duda que si Platon en lugar de inspirarse con la existencia de Dios hubiera divinizado la materia, no dormiria hoy dia en tan profundo olvido.

Todo esto es para decir que nuestro filósofo al morir por las consecuencias de una enfermedad en los riñones, habia largo tiempo comentado las relaciones de lo físico y de lo moral; y debia dejar á sus discípulos una obra póstuma, en la cual corroborase aun sus opiniones sobre el naturalismo de Cabanis. Su manuscrito era conocido de todos sus amigos.

Sin embargo su enfermedad habia hecho progresos rápidos. Los dolores desgarradores de entrañas eran frecuentes, y como él mismo decia, moria de muerte crónica.

Desde este momento, su sistema filosófico, cuyas

partes se iban desprendiendo, y eran sustituidas con concesiones tomadas de Ciceron *de natura Deorum*, poco á poco encontró gusto y placer en las conversaciones de un sacerdote de su conciencia; le deseaba cuando llegaba la hora de su visita, sin verle llegar. Una noche tuvo una crisis horrible, y despertó al siguiente día medio cristiano.

Su conversion marchaba en razon del progreso de sus tormentos; las arenas de sus riñones que descendian á la vejiga de la orina, hicieron el milagro de volver teólogo á un materialista. El día en que se decidió á retractarse de sus doctrinas por un decreto solemne, entregó á su confesor el manuscrito, en el cual habia empleado todas sus vigiliias. Aquel verdugo sin compasion, arrojó á las llamas el escrito en presencia de su autor.

Se confesó y comulgó, y no cesó de ocuparse con los que se le acercaban en hablar de Dios y de sus santos.

Algunos dias antes de su muerte recibió una visita que no esparaba; era la de un hombre de su temple infatuado en filosofía y orgullo. Al verle, pareció humillado por un instante; en seguida rompiendo el silencio y mostrándole un Cristo le dijo con tono patético. «La razon del hombre es vana y engañosa; solo existe la verdad en Dios; estoy convencido de ello.

### XVIII.

#### *Un abogado, hombre político.*

Hemos dicho que la filosofía natural habia concluido; y en ninguna parte encuentra este axioma una aplicacion mas sorprendente que á la cabecera de un enfermo que se ha alimentado, por vanidad y por espíritu de controversia, de todo lo que tiende á hacer dudar de los dogmas del cristianismo. Siempre se ocuparán los hombres de la filosofía racionalista, y hasta de la teología natural; pero las mejores lecciones en este género serán apostatadas en la hora de la muerte, cuando el pensamiento de los sectarios haya tenido tiempo de re-

cogerse en presencia de los misterios de la eternidad. Sin embargo, notemos bien que no es el hombre filósofo porque el espíritu se haya apasionado por los argumentos y las pruebas de los que, en este género, se han adquirido un nombre célebre. Los cerebros génios son solo capaces por orgullo de su nombre, de mentirse á sí mismos, cuando moribundos é iluminados con la verdad real no confían á nadie las visiones religiosas de su agonía. Dupuis y Volney han podido cerrar su boca al morir; algunos grandes hombres que son todo orgullo, han podido serlo aun al borde de la tumba; ¿pero quien ha leído en sus almas cuando dejaban el mundo?

Un sábio profundamente versado en el estudio de la filosofía natural, y que raciocinaba de un modo tan atractivo como Dupuis y Volney, nos decia durante el largo intervalo de una muerte crónica. «Amigo mio, la ciencia no nos enseña á vivir ni á morir; mientras que con tan poco fruto para la quietud actual de mi alma, yo acompasaba los seis dias de la creacion del mundo, mi arrendador pasaba tranquilamente sus dias sin contarlos, y ha muerto ayer entre los brazos de su cura, á los setenta y cinco años, sintiendo que la vida fuese tan corta. Segun mi cuenta nada he ganado con mis tareas; pues que seguro de morir no me queda de todo mi tesoro de ciencia una sola prueba que me demuestre que la muerte es la muerte. Siento en mí la aspiracion hácia otro mundo, y cosa singular, mi pretendida ciencia no me recuerda nada mejor que lo que mi alma sentia tambien á la edad de ocho años, cuando mi madre me hacia cerrar los ojos al hacerme recitar la oracion dominical. El verdadero estado del alma en el instante de la muerte, ¿es el que marca sus primeros pasos en la vida? ¿Por qué no? El alma penetra el cuerpo como un viagero que se embarca en un navío; para ella el viage en el mundo es una lucha de largos años sobre el oceano, de las penas y de los placeres, durante la cual, el término de su predestinacion le ocupa menos que el momento presente, pero por fin llega al puerto; entonces, las aventuras de su viage se pierden en lo pasado, y entonces piensa co-

mo en el instante de su partida en el objeto verdadero de su mision. Si yo me volviese niño escogeria mejor mi barca y el pasaje. Si, amigo mio, conozco que el hombre ha nacido para vogar hácia la eternidad. » Inútil es decir que este sábio murió en las formas ordinarias del culto que habia desconocido y casi olvidado. Por lo demas, la indiferencia en materia de religion *improvisa* este género de muerte y cae siempre sobre los que han adoptado una filosofía ascética sin la conviccion indestructible que se deduce de una inteligencia génio.

Cuando el clero gozaba de inmensos privilegios y de grandes riquezas, y la iglesia era un estado en el reino, se concibe sin trabajo que los grandes demócratas tratasen de establecer la soberanía del espíritu y de la razon, en oposicion de los que se decian enviados de Dios, para dictar leyes á la tierra; estos últimos fueron con mucha frecuencia malos apóstoles y demasiado hombres, con respecto á la humanidad vulgar, para imponer el espíritu del Evangelio; cuando eran los primeros á interpretar á los que hubiesen inventado el pretesto de una lucha á muerte contra ellos, si sus adversarios poco previsores y mal aconsejados no se hubiesen entregado ellos mismos á sus golpes. No era á Dios á quien los filósofos del último siglo aborrecieren, era á la clerica rica esclarecida y que dominaba todas las conciencias; era á la aristocracia tonsurada del espíritu á quien hacian la guerra sin misericordia, para ponerse como siempre en el lugar y sitio de los que querian abatir. Si los que comenzaron la cruzada anti-religiosa hubiesen podido preveer que vendria á parar en el drama espantoso de la destruccion del clero por la guillotina ó el destierro, seguramente no lo hubieran emprendido.

Sea como quiera, la muerte de una multitud de grandes filósofos, de literatos distinguidos, de la mayor parte de los enciclopedistas cuya historia nos ha trasmitido la ostentacion algunas veces espiritual, muchas burlesca y rara vez digna, es una protesta convenida *in extremis* contra las exorbitantes prevaricaciones del clero para captarse los bienes de este mundo, con la ayuda del monopolio refinado y sin obstáculo del cielo y del infierno.

En el día sería de mal tono chancearse al morir, sobre la nada de las cosas; el gran número no es ni tan ilustrado, ni tan escéptico ni tan burlesco como el de la época en que vivieron los filósofos de que hablamos. Además el clero se ha despojado, por la fuerza de las circunstancias, del prestigio, de la fortuna y del poder temporal y no aguza ya, por el abuso de sus derechos abolidos, la calumnia de los mordaces publicistas, ni los sofismas de los filósofos. En suma, Dios y la religion han quedado lo que eran; los que han querido negar y destruir las verdades reveladas serán pronto olvidados, y sus obras, cubiertas de polvo, sirven apenas de tarde en tarde para llenar algunas hojas efímeras de las revistas europeas. No es pues la religion ni el ateísmo lo que los enciclopedistas y sus adheridos querían improvisar en su hora suprema; sino la oposición á las miras sobradamente ambiciosas del clero. Cuando los reyes podían impunemente impedir estas protestas, descendían hasta suplicar á los moribundos que no hicieran nada en contra de la religion. «Señor, decía el marqués de Danjeau al conde de Grammont en el instante en que éste entregaba el alma, el rey desea que murais como buen cristiano.» y para complacer al rey, el gran señor filósofo capitulaba con el sacerdote. No se crea sin embargo que había una sombra de ateísmo en esta rivalidad entre la iglesia y la gente de talento, de toga ó de espada. ¡Cuántas veces despues de la obstinacion de un agonizante en manifestarse á un confesor, ha sacedido que una buena contrición ha salido de sus labios con el último suspiro! Estos hechos no son nunca menos raros que cuando no se los supone. «¡Pensad en Dios y en vuestra alma!» gritaba con todas sus fuerzas, al oído de un gran señor espirante, un jóven page cuidadoso de la salvacion del alma de su tío; á lo que éste respondió: «¿Pues en quién quieres que piense...? en el diablo por ventura...?»

Un noble personaje en su lecho de muerte hacia sus observaciones sobre las creencias confesadas por el filosofismo, un sacerdote le escuchaba y se esforzaba para convencerle de la infalibilidad de un arrepentimiento sincero, cuando una señora, que escuchaba á la puerta can-

sada de este extraño coloquio, entró resueltamente y preguntó al cura si estaba satisfecho de su penitente. «Ah! no señora, no cree ni en Dios ni en el diablo. —Bah! bah! tanto sabe él como vos y como yo sobre esta materia;» Y como el moribundo tomara su mano para besársela: «No, dijo ella, vos no obtendreis este favor sino con condicion de decírselo todo al señor cura. —No todo si os place, pues temeria desagradaros y faltar al gran favor que me haceis de vuestra bonita mano.» y en seguida hizo una confesion regular.

Los filósofos ascéticos presentaban á su secta el aspecto de una muerte, bajo el punto de vista de una duda cómica; era una ironía sangrienta que se dirigia precisamente á los hombres que tenian una gran influencia en las ceremonias lúgubres de que habian circundado los bordes de la tumba. Dios no se contaba por nada en esta lucha cuyos intereses materiales eran la base que la revolucion francesa ha repartido á los que triunfaron en la causa. Así Hobbes espiró haciendo epigramas. «Voy, dijo, á dar un salto á la eternidad.» Palabra innoble que parodiaba la de Sócrates, y que proclamaba trivialmente un misterio que habia negado. El poeta \*\*\*, obligado por su querida á escuchar con paciencia las exhortaciones de un confesor, se guardaba muy bien de interrumpirle, de miedo de que no le obligase á dar su parecer, y hacerle que se entregase á un exámen de conciencia. Creía en Dios, pero profesaba un extremo desden hácia los hombres ignorantes y orgullosos de un ministerio que no está á sus alcances. Cuando el pobre cura hubo dicho todo cuanto sabia, y cesó de intentar que se despertase la fé de su penitente, alhagándole con la idea de la vista de Dios por toda la eternidad, el poeta filósofo le preguntó con un tono amigable: «¿De frente, señor cura?—Sí, hermano mio.—¡Qué, siempre de frente, y nunca de perfil!.....»

Todo lo que podia edificar esta filosofia burlona y ascética, se limitaba, durante la vida, á una demolicion sistemática de las antiguas creencias; y cuando los implacables destructores de tantas augustas ruinas, despues de haber intentado en vano sustituirles un nuevo puer-

to de salvacion para abrigar á la humanidad que les seguia con confianza, tocaban, en fin, á la hora de la muerte, en lugar de una buena palabra, legaban al mundo la condenacion irónica de un sistema que no tenia nada mejor que ofrecer á sus adictos, que la duda, la blasfemia y la impiedad. Yo no hablo aquí de Buffon que se retractó bajamente y sin conviccion en el borde de la tumba de todo lo que llamaba impropriamente sus heregias. Su muerte, como la de Voltaire, no fué ni una conversion al puro cristianismo, ni una gran leccion de todo lo que habia profesado; su muerte fué comun y trivial; creyó que era el poder de Dios, el sentimiento de un terror involuntario al pensar en los suplicios de los condenados. Cuesta trabajo el creer tanta debilidad; y la sola conclusion lógica que se puede deducir de su lastimoso fin, es que su boca habia siempre mentido á su conciencia, que nunca fue apóstata, sino que se habia esforzado por parecerlo.

Gassendi, hombre grave como la ciencia de los números, y positiva como la demostracion de un triángulo no era volteriano; al contrario, era religioso, sincero y lleno de verdadera filantropía. En el momento de su muerte, despues de haber cumplido con todos sus deberes, tuvo el capricho de interrogar á su alma acerca de su posicion real. Lo que pensó y lo que dijo hubiera sido suficiente al apoteosis de Voltaire. Próximo á partir, se inclinó al oido de un amigo, y despues de estar seguro de que nadie podia oirle, le dijo: « He nacido sin saber por qué, he vivido sin saber cómo, y muero sin saber ni cómo ni por qué. » Siempre he dudado de la autenticidad de estas palabras, que son por una parte una contradiccion terminante de lo que Gassendi acababa de jurar, y por otra, un solo testigo en semejante caso, no es apto para deponer: *testis unum, testis nullus.*

Si nuestra intencion, al escribir este libro, fuera excitar la risa de nuestros lectores, no tendríamos mas que recorrer esa época de nuestra historia en que el hombre llamado de talento, se inscribia á los ojos de su siglo cuando sabia con gracia negar á Dios, y hablar con inteligencia y malicia de los que bajo la púrpura



el sayal se intitulaban sus mas humildes servidores.

En general, la historia de la vida y de la muerte de los filósofos, de los enciclopedistas y de los jansenistas de aquel tiempo, es jocosa y burlesca; y parece señalar en nuestros fastos el período intelectual de las naciones, ó el orgullo del talento; verdadera monomanía del entendimiento humano que los enajena de lo pasado, y los ciega acerca de su porvenir. Es de advertir cuán vanas é impotentes han sido sus combates contra la divinidad. Si los filósofos han destruido las creencias, la moral, las prerrogativas de la magestad y los poderes del sacerdocio, Dios no ha dejado de ser Dios, y las nuevas generaciones, al venir al mundo, han traído con ellas la idea congenial de su idea y de su inmensidad. El que ha dicho á su siglo: «Si Dios no existiese seria preciso inventarle», ha muerto como capuchino indigno; y el voltariano por excelencia Robespierre, que fué á la vez el pensamiento y la acción de un materialismo sin misericordia, despues de haber concluido el duro trabajo que le habian legado sus maestros, solo apostató en el apogeo de su poder: proclamó un ser supremo y quiso mas aun: quiso ser su pontífice esforzándose en reedificar un culto, que él mismo habia procurado destruir.

### XIX.

#### *Un abogado modelo.*

Existe una filosofía transcendente, innata en un cerebro humano, que no dimana de ningun sistema ni de ningun maestro; nace de sí misma por la sola contemplacion de las maravillas del universo, y se fortifica con la ayuda de la inteligencia mas elevada y del génio mas absoluto. Los hombres dotados de esta poderosa abstraccion metafísica se elevan gradualmente de la tierra hácia el mundo inmaterial, procediendo de lo conocido á lo desconocido, de lo creado á lo increado y á lo impenetrable. Son de naturaleza divina; pero, semejantes á los ángeles malos, no reconocen un Dios sino para penetrar y comprender todos los secretos cuya causa y ob-

jeto ha ocultado su sabiduría á los hombres. Esplican con una inteligencia maravillosa todos los actos físicos de la creacion; son naturalistas, físicos y químicos; son aun mas que todos los que raciocinan sobre estas ciencias con el apoyo del hecho y de la razon; penetran las tinieblas de la tumba, y su alma recorre lo infinito: puebla los espacios, las estrellas y los planetas; anuncian que nada muere y su sublime orgullo aspira hasta la distribucion del rango espiritual que cada clase de alma ocupará en Saturno, Syrio ó cualquiera otro globo de los que vemos gravitar en el firmamento. Estos seres son fenomenuales y no aparecen entre nosotros sino de tarde en tarde; un siglo apenas puede producir dos ó tres. Se forman á su modo un Dios, una religion y una divisa. Varias veces su teología panteista despues de haber absorbido y aspirado, como filósofos y como poetas, la tierra y el cielo, acaba siempre por tropezar con la insuperable dificultad que ataca vanamente el orgullo humano. La actividad incesante de estos Prometeos concluye siempre por detenerse y confundirse en el dogma tan combatido por otros de la revelacion. Llegados á la cima de la fuerza y de los poderes de su pensamiento místico, hablan de la unidad del Verbo con una voz tan melodiosa y seráfica que podria llamárseles voluntariamente los arcangeles visibles de Dios. Es un placer el oirlos en el momento de la muerte exclamar, con el acento del orgullo humillado, que el alma humana no puede hallar su salvacion sino en la union inviolable de la palabra revelada.

Yo no he asistido á la agonía de una de estas águilas del pensamiento ambicioso y soberbio: de estos hombres de vuelo sublime, que han pasado por cima de todas las concepciones de su época... Qué digo? si, he visto morir solo uno. Habia nacido con una alma poética y candente. Salido de la escuela politécnica, habia permanecido, apesar del nivel positivo de esta escuela, un talento newtoniano; tuvo la conciencia y el poder de someterse á todo lo que los hombres han encontrado en la esfera de lo posible. Tan pronto astrónomo como naturalista físico é ideólogo, se habia detenido en el problema

insuperable de las fuerzas elementales que dirigen el universo. Entonces esta sed de ciencia no conoció ya límites; se lanzó en los dominios de lo increado y se apasionó por una clase de seres preexistentes á toda creación que él llamaba *larvas*. Estas bullen, se agitan y llenan todas las esferas; son, como una bruma invisible, una columna de pedestales innumerables, cuyas bases son la atmósfera de todos los mundos, y cuyo fuste sostiene el trono de Dios.

Los larvas son las ideas puras; una vez materializadas por su penetración en la materia, son, según el orden y el rango que Dios les ha señalado, animal, planta ó mineral. La larva humana toca más de cerca la atmósfera del trono del Eterno. Cada larva lleva en sí una intención y un destino tanto más completo y más elevado en sus atributos, cuanto más próximo se encuentra á la esfera del soberano de los mundos. La larva humana se diferencia de las otras en que conserva el recuerdo de lo que ha visto y aprendido antes de unirse á la materia. En esta reminiscencia de su estado anterior, ya oscuro en el nuevo bullicio de su actividad terrestre, es en lo que reposa el dogma de la inactividad de Dios y de la inmortalidad del alma. A pesar de las preocupaciones de su vida actual, una larva que se aísla interiormente y se concentra en sí misma, puede existir en lo pasado, y por consecuencia en su porvenir, después de haberse librado de los bienes materiales que la tienen cautiva durante un tiempo limitado. La vida opera la transformación de una larva en una inteligencia que nosotros llamamos alma. Esta conservará, después de la muerte del cadáver, el recuerdo y la sensación de lo que fue sobre la tierra. Si ha llenado la intención de Dios, si fue todo amor y caridad entrará para no salir jamás en la mansión de los ángeles y de los elegidos; si su destino vuelve á echarla de nuevo al mundo de las larvas, es que no había cumplido las condiciones de su beatificación y que sufrirá las pruebas hasta que Dios la encuentre digna de su gracia eterna.

Esta filosofía, que en suma vale tanto como cualquiera otra, se desanuda al punto de vista del cristianismo; y si

algo de humano pudiera añadirse á las verdades de lo que nos enseña, y á las pruebas de su infalibilidad, es sin contradiccion el alma angélica que hemos conocido y amado y que hacia de su sistema de larvas una aplicacion metódica á la felicidad de sus semejantes.

Moria de tisis pulmonal y en la languidez de este largo mal que consume sin dolores, ningun enfermo nos habia ofrecido como él, el fenómeno de la resignacion y el de la esperanza de sobrevivir. Su espíritu estaba en calma, algunas veces arrojaba vivos destellos, como los vasos de alabastro iluminados por dentro por una llama vacilante. Estos fulgores de entusiasmo eran algunas veces profecías sobre el estado futuro de la sociedad; con frecuencia se exalaba en grandes y nobles ideas sobre los caminos de la felicidad humanitaria, por la virtud y el trabajo. Estoy seguro de que nunca habia leído á Fourier, y sin embargo, su larga agonía fue, me atrevo á decirlo, un curso de furierismo menos eufópico que el del maestro, y de una aplicacion mas inmediata.

Un dia le acometió un vómito de sangre que fue seguido de un largo síncope. Cuando volvió en sí murmuró con una voz apagada. «Ya se lo que esto quiere decir.» Tal fue el solo indicio que dió del presentimiento de su fin. Entonces su alma se unió á la vida con una actividad incesante, hablaba con una volubilidad indefinible de todos los que habia conocido, explicaba su carácter, sus tendencias científicas y morales, y los presagiaba triunfos y reveses. Su sed de vida se agotaba en la contemplacion de las cosas naturales; admiraba la forma de las nubes, de las flores, de un esqueleto de niño que tenia en su cuarto. Los rayos del sol ó de la luna, cuando coloreaban sus cristales, le llenaban de una loca alegría. Entonces era físico del orden metafísico, raciocinaba con calor, y sus opiniones extraordinarias contrastaban de tal modo con las reglas y la ciencia en la cual habia pasado como maestro, que se hubiera creído ver en él un hombre nuevo, un espíritu de otro mundo que hablaba otro idioma, y cuyas ideas solo para él debian tener el curso y valor competentes.

Una mañana se despertó en medio de una alucinacion

encantadora; se acercaron á él, y le vieron acostado pacíficamente con los ojos abiertos y llenos de una dulzura ascética; hablaba con una suavidad angelical á un grupo de buenos trabajadores que él veía en el techo de su habitación, y que habian dejado la llana y el martillo para venir á escuchar la leccion de su maestro. Trataba de una digresion sobre los medios de organizar el trabajo con un fin de asociacion comun; y por la primera vez quizá, mezclaba á su tema el nombre y el ejemplo de Cristo sobre la tierra; concluyó su leccion con estas palabras: «El sueño es la imágen de la muerte, amigos míos; y sin embargo, en el sueño es donde reparamos las fuerzas gastadas por nuestro trabajo; el que ha trabajado merece dormir; yo estoy seguro de una buena noche y de un despertar todavía mas dichoso; el sueño es la muerte del cuerpo.....» Entonces se amodorró; su respiracion fue desapareciendo poco á poco, sin que nada de insólito anunciase á los asistentes la última crisis de un fallecido. Esta muerte ha quedado en mi memoria como la del tipo filosófico mas acabado.

XX.

*Horror.*

El estudio de la filosofía no ha formado jamás ningún sábio; es preciso para esta grande obra, una disposicion innata del alma, y me atrevo á decir providencial. Además, es necesario que las seducciones del poder ó de la fortuna, no vengán á afeminar y á corromper en el cerebro de un predestinado el *quid divum* del alma: la passion de lo bello y de lo verdadero: lo que la mantiene en todas las posiciones de su ser independiente, noble y orgulloso. En nuestros dias, el carácter del verdadero filósofo, es imposible de encontrar entre cierta gente que se halla colocada en primera línea á las miradas de la multitud, y cuyo ejemplo hace ley. Sin duda alguna nacen todavía algunas de estas poderosas inteligencias, en quien Dios ha puesto un sello de sabiduría, que estudian, ó mejor dicho, que se inspiran con las verdades revela-

das; y que al enseñarlas juntan siempre el precepto al ejemplo. La revolucion francesa ha aniquilado á muchos bajo el nombre de jesuitas, hermanos predicadores, oradores, sacerdotes, sábios, magistrados etc. Los que existen en Francia, y que son como los vástagos de las nobles palmeras de la especie humana, que florecian treinta años en el patio de un cláustro, y que alimentaban con sus frutos á la generacion que combatió á Jemopes y á Fleurus: los que viven todavía, repito, son la raza mestiza de la sabiduría antigua y de la moral elástica del dia. Habian nacido buenos, y la civilizacion ha echado á perder sus frutos. El oro, las dignidades y los destinos, estos tres móviles de grandes cosas bajo el gobierno cuyos súbditos dimanen de una sola voluntad fuerte y equitativa, son en el dia las tres arpías que ensucian con su contacto los espíritus mejor organizados para el estudio y la práctica de la filosofía. Actualmente, esta es una ciencia de palabras, pedantesca y ambiciosa de todos los bienes que ella enseña á desdeñar. Su lógica se ha vuelto un *en caso* de circunstancias, un idioma meloso de todos los intereses sórdidos; en una palabra, la máscara trasparente de la palabra tan profanada de filantropía. Los jóvenes filósofos, galopan sobre su sabiduría teórica hácia los honores y los destinos; los viejos siguiendo la expresion de Cristo, no son en realidad sino sepulcros blanqueados.

Una filosofía que fecundiza y excita las pasiones malas y ávidas, que ni enseña á vivir bien, ni á morir bien, ¿merece este nombre? ¿Llamaremos ciencia de la sabiduría á una inteligencia *cargada* de Pelemas y silogismos, que se vende en todas las opñiones y á todos los partidos? No. Seamos francos, nuestra epoca, propiamente hablando, no tiene filosofía, á menos que no se llame así el culto en todas las cosas de lo que es materialmente bueno, agradable y útil. Adviertase que si los animales raciocinasen en sus actos, sin traspasar sin embargo el grado en que nuestro pensamiento se exalta para comprender mejor á Dios, llegarían al mismo resultado que nosotros. El siglo 19 ha inventado una filosofía que le pertenece; la del instinto del bien estar.

Difinitivamente es ella la que teoriza la indiferencia en materia de religion; pues que ella anima el egoísmo mas violento: enseña los medios de llegar á la satisfaccion de las mas diversas inclinaciones, y no cuidandose del objeto exquisito de la humanidad, renuncia á las sanas doctrinas del espiritualismo cristiano.

Bien sabemos que la letra de la filosofia en Francia no es la que acabamos de articular; así no es por el código escrito y que se profesa en las escuelas, por lo que acusamos á la moral del siglo, sino por las obras practicas; sola manera de juzgar bien los resultados morales de las instituciones filosoficas. Ademas estas en todas las clases de la sociedad, ¿hacen otra cosa sino animar por los medios mas extremos, y muchas veces libertizadas y antihumanos la actividad sin freno hacia el fin único de todas las ambiciones, á saver: la actualidad presente; pero dichosa esplendida, variada, y sin preocupacion religiosa de la agonía y de la muerte? Ha resultado un cambio completo en los habitos y constumbres del caracter nacional; cada uno lo conoce y lo dice el pueblo Frances no es ya el mismo, yo quisiera engañarme; pero me parece que una nacion no cambia jamas impugnemente en sus costumbres físicas y morales. Del mismo modo que cada edad del hombre está marcada por una renovacion completa de la substancia de su ser, en una palabra, que muere muchas veces antes de morir por entero, se diria que una nacion que cambia en entendimiento y en religion, acaba de sufrir una muerte integral. Sin duda ninguna no faltarian razones para hacer valer las ventajas adquiridas de la nueva sociedad; pero estas ventajas me parecen muy caramamente pagadas por las perdidas inapreciables que hemos experimentado.

Por ejemplo, el medio de apreciar y de gozar de la vida, consiste en el olvido de lo que nos recuerda la muerte. Sentado una vez este axioma, veanse todas las consecuencias que del dimanar; por de pronto la religion que funda las esperanzas ó los terrores de nuestro fin sobre la moralidad de la existencia, pierde su prestigio y su medio de compresion en presencia de los perversos. La muerte, lejos de ser un motivo de espanto y

de preocupacion, será desde ahora un puerto de salvacion contra las tempestades ó los sinsabores de la vida presente. Hasta aquí todo vá bien para el hombre embebido en sus pensamientos de ambicion y de fortuna; Pero he aqui lo que la sociedad saca de este olvido desdeñoso de la muerte, *de este dia superior que debe juzgar á todos los demas*

La virtud y el vicio no obtienen ninguna recompensa ni incurren en ningun castigo fuera de la jurisdiccion humana; de ahí dimana, por una parte la apatia de las almas hacia los sentimientos mas puros, mas nobles, y mas desinteresados; y por la otra, su inclinacion á la crueldad á la venganza, á la avaricia, á la astucia, y á todos los desbordamientos de las pasiones humanas. Advertidas que las condiciones de una santa muerte son durante la vida, la dulzura, el perdon, el desinteres, y la adnegacion de sí mismo; vease lo que estamos amenazados de perder.

El realismo absoluto de la epoca, haga lo que quiera para mantener en equilibrio la balanza de los intereses contradictorios, llega siempre apesar de su conviccion interior de orden y de justicia, á aplicaciones practicas falsas y paradoxales. Es imposible que una nacion vacilante en sus creencias, no abuse de su libertad de hacerlo y decirlo todo; que la fuerza no sea el derecho, que el interes no sea el móvil de la justicia: que admita á el alma como á un ser de toda eternidad: que pueda comprenderse á Dios: y por fin, que la verdad sea otra cosa que una palabra.

Así armado de todas armas para conquistar la fortuna ó los honores, todo hombre ó sea cual fuere su rango en el órden social, escogé su conductor familiar para llegar á su fin. Si consigue su objeto, todos los medios son buenos; si sale mal, tiene la muerte sin el vano temor de un juicio formidable. El suicidio salva las acciones bajas é infamantes, salva los robos, las quiebras, las prostituciones, los sacrilegios, lo salva todo, hasta el fastidio de la vida. Las casas de correccion, los presidios, los patíbulos, se encargan en seguida de pagar las exacciones y los crímenes de los que



no hubiesen sido víctimas de la justicia humana, si hubieran podido guardar la conciencia de una bella muerte, y si hubieran temido la justicia divina. Porque en suma, la generalidad de los malvados no tiembla sino con la idea de la muerte y de las penas temporales que impone la ley. Los hombres buenos, los que aplican las penas, legisladores, jueces, jurados, jefes de cuerpos, en fin, todos los que hacen justicia experimentan, á su pesar quizá, una necesidad de indulgencia para los culpables. » ¿La llamaremos virtud? no: es una necesidad de la época, una necesidad de positivismo filosófico, una consecuencia de la duda sobre la definicion de lo que es bueno y de lo que es malo, de la incertidumbre y del error del juicio de los hombres. Se teme para sí mismo una suerte semejante á la del acusado, que la fatalidad entrega á nuestro tribunal. Las casas de correccion y las galeras encierran malhechores que han merecido la muerte. Los parricidas se multiplican; los mas grandes crímenes se muestran para imitacion, y como en exposicion pública. Ya lo hemos dicho (1) las circunstancias atenuantes han empesado la ley.

La filosofía cuyas funestas *tendencias* acabamos de trazar, no es la que en el mundo se profesa; al contrario la niegan; y los mismos que son los autores émritos, estan inclinados á considerarla como un insomnio de un cerebro enfermo y misántropo. Todo esto lo sabemos; pero por poco que nos hallemos inclinados á no reconocerlo, apelamos á los actos prácticos.

Los gobiernos que conspiran á su duracion contra los ataques de las malas pasiones se ven obligados á usar de las mismas armas que sus enemigos, y la falsificacion de los principios, á los cuales las exigencias de los partidos les fuerzan á sacrificar, es todavia un ejemplo contagioso para la nueva generacion que entra en los negocios, y que para llegar al término á

(4) *Les forçats considérés sous le rapport physio-logique, moral é intellectuel*, Paris, 1841, p. 224.

que aspira, debe necesariamente obrar y hablar como aquellos á quienes sucede.

Hemos dicho que el sensualismo práctico de los súbditos enerva la fuerza moral de las naciones; esta debilidad es tanto mas rápida, tanto mas incurable, cuanto la forma del gobierno concede á un gran número de súbditos mayor suma de independencia sin freno, de libertad sin medida. La Inglaterra es sobre este particular la primera nacion del mundo que ha marchado por este camino de materialismo excesivo, que ha hecho de ella el pueblo mas comerciante, el mas industrial, el mas completo en la forma; pero tambien el menos moral y el mas corruptor. Ella ha sido por sus costumbres y el culto que ha dado á la moda, una enemiga mas temible para la Francia que lo fué en otro tiempo cuando Napoleon para reducirla, queria separarla de todos los continentes, y que comprase con montones de oro, el derecho y la libertad de penetrar en ellos. Ella ha atraido la Francia guerrera á sus talleres y á sus escritorios; y bien segura de ir siempre delante de ella en este camino de su sola y real prosperidad, ella conserva los medios de triunfar si saliésemos algun dia para volvernos enemigos. Sin embargo, es consolador el decir que la corrupcion del cuerpo de la nacion, está muy lejos de igualar á la de la Inglaterra; y Dios nos preserve de ello. ¿Quién sabe la suerte de la Gran Bretaña si su gobierno, en lugar de tener su fuerza real en una aristocracia poderosa, rica y patriota, contase sobre la unidad de voluntad de las masas?

Creo que he dicho bastante sobre esta filosofía sin nombre moral que amenaza invadirnos, y cuyos principios vagamente negados en la hora en que la vida desfallece y prueba la nada, no ejercen ninguna influencia sobre los que vogan en plena seguridad y sin preveer los terrores de la muerte sobre el océano de lo intereses egoistas y materiales. Sea como quiera, las agonías y las muertes comunes sin lecciones morales, sin poesía cristiana, no tienen otro objeto que la preocupacion de una existencia entregada á todo lo que nos halaga y nos en-

gaña bajo el nombre de honor y de fortuna. ¡Cosa extraña! cuando la ilusion de lo que se ha tratado de conseguir con tanto ardor, abandona á un hombre colocado en alto puesto, sobre su lecho de miseria, es menos hombre, en el sentido de la palabra, que el pobre artesano que nos parece tan humilde y tan crédulo. Asi no se nos pregunte el género de agonía de los grandes personajes, de los diplomáticos, de los legisladores, de los que han manejado el poder y que le hayan hecho amar ó aborrecer. Hemos vivido en un tiempo de renovacion social en que los elementos improvisados del orden, de la moral y de la religion, no han tenido tiempo de formar combinaciones duraderas. Tengamos esperanza y confianza en el pensamiento providencial que dirige á la Francia.

## XXI.

### *Un filósofo panteísta.*

Los hombres que por estado no se han encontrado nunca en presencia de una causa inminente de muerte, son de todas las inteligencias las que tienen mas tendencia á considerar la última hora como el fin natural de las fuerzas elementales de la vida. Téngase entendido que no queremos hablar aqui de los que aplican la ciencia de los números á la especulacion de las cosas vulgares de la vida, sino de aquellos cuyo entendimiento encerrado en el círculo de todo lo que se mueve en el universo, calcula su marcha, sus relaciones, su forma y su duracion. La aplicacion práctica que los hombres superiores hacen de esta ciencia, parece dimanar de la conformacion nativa de su cerebro. En general ésta, freneológicamente hablando, se presenta á la observacion con los caracteres orgánicos que hacen prefijar el gusto de las cosas positivas, y una vocacion especial para la investigacion de las verdades de hecho y de razon. De ahí dimana el gusto exclusivo del positivismo racionado é inexorable de los fanáticos de esta escuela. Nos acordamos del fastidio profundo de un célebre calculador, obligado á escuchar un magnífico discurso sobre la in-

mortalidad del alma. Como cierta persona le preguntase lo que pensaba, respondió despues de un largo bostezo: —Qué es lo que prueba? nada absolutamente: ¿para qué sirve eso?—Nada por el momento; pero así sucede con todas las cuestiones de porvenir. Por ejemplo caballero, ¿tendriais la bondad de decirnos para qué sirve un feto humano?—Os lo diré cuando sea hombre....

Así todo lo que se conoce y no se prueba es para ellos una imposibilidad matemática. Los artículos de la fé no se demuestran con la ayuda de los números. ¿Se ha de decir por esto que todos los matemáticos de primer órden son materialistas y ateos? No: si los hay y si hemos conocido quién en su orgullo filosófico ha proclamado la nada, su número es infinitamente mas reducido de lo que el espíritu de esta ciencia parecia hacer creer.

El que limita su vida intelectual á hacer números, á establecer cálculos y á suministrar pruebas: que jamas ha profundizado la parte especulativa de su arte, sea porque no se hallase organizado para la investigacion de la verdad pura, sea que una falsa filosofía le diese la ley, muere como una máquina animada que tiene la conciencia de la deterioracion de su rueda.

M.<sup>\*\*\*</sup> sábio matemático, filósofo y fogoso republicano, llegó á una edad avanzada, cada vez mas enconado contra los sacerdotes, y aun mas detractor de las creencias religiosas. No negaba las fuerzas activas y primarias de la naturaleza; pero combatía el absurdo de una intencion suprema en todos los fenómos de la vida y de la muerte.

Una mañana se levanta, y cuando siguiendo su costumbre va á abrir la ventana que daba á su jardín, cae sobre su lecho y conoce la mano del tiempo que le detiene sin movimiento. El antiguo calculador no habia olvidado el papel que se habia impuesto para esta hora crítica; toma consejo de sí mismo, y se pone en actitud de estudiar su máquina que respira lenta y dificultosamente; sin embargo, no profiere queja alguna, y aun parece absorto en una meditacion pacífica, ¿qué hace? Un viejo sacerdote es llamado, se aproxima al lecho con un aire de cariño pastoral, y arriesga algunas palabras;

continúa en el mismo tono é improvisa una tierna allocucion sobre la gracia y el arrepentimiento del pecador. El moribundo no dice palabra, permanece impassible y grave como una estatua del tiempo. El sacerdote se retira sin haber logrado una contestacion. Una hora despues, el médico llamado de la ciudad vecina llega, y apenas entra en la habitacion, cuando el viejo agonizante le recibe con el ademan y con la voz.—Se acabó; doctor, los movimientos del corazon se han gastado; el pulmon no funciona ya, y la cabeza tambien me abandona; los tubos de los espíritus animales se obstruyen cada vez mas. No hace todavía una hora que podia aun- que con algun trabajo, hacer un cálculo sobre las ecuaciones de segundo grado; en este momento mi pobre entendimiento no es capaz de una adiccion: apenas puedo acordarme de haber contado los latidos de mi corazon y del número de mis respiraciones por minuto.... No hay idea, nada.

Este hombre llamaba á la muerte un violento golpe de maza que quiebra, pulverizándola, una estatua formada de carne y hueso; ademas, como el alma está inseparablemente ligada á un arreglo particular de la materia, de ahí se sigue que cesa de existir desde el instante en que este arreglo se ha destruido para siempre.

Singular modo de raciocinar es el de esos puros materialistas que comparan un hombre á un hermoso mármol, sin advertir que una estatua, por perfecta que sea, solo es una piedra, una imitacion exterior del mecanismo mas complicado; y que antes de proceder á una teoría subversiva del espiritualismo, era preciso destruir dos cosas capitales: 1.º la organizacion del hombre que manifiesta una intencion divina; 2.º alguna cosa que no es materia, y que no tiene ninguna de sus propiedades, tal como la dimension, el peso, el color y la forma.

Por lo demas, los matemáticos materialistas, gente honrada y de conviccion, nunca han tenido escuela de sus doctrinas, que guardan para sí solos, sin ninguna pretension de querer incrustarlas en el espíritu de las masas. Son hombres que conservan á la hora de su muer-

te lo que fue la creencia de toda su vida; bien diferentes en esto á los filósofos enciclopedistas que corrompieron la moralidad de la nacion, y cuyo mayor número esperó despues los remordimientos de haber mentido á su conciencia y á su razon. Hemos notado muchas veces en los materialistas positivos la ausencia del sentido y de la religiosidad, ¡ quien sabe ! puede ser que á una conformacion mas dichosa de su cerebro, bajo la relacion del amor divino, debamos las grandes ideas religiosas de Pascal de Newton y de los que siguen esta senda, y que se elevaron casi á la altura de las simples creencias de la fé, apoyándose en las inducciones positivas de la teología natural.

Creemos en la sinceridad de un materialismo excéntrico y enteramente individual de ciertas inteligencias fanáticas de la verdad de hecho, porque hemos observado que el drama de la muerte y las mas sublimes exortaciones no le han podido destruir; y que ellos mismos maldecian en el exceso de sus padecimientos, por no poder creer en los consuelos y en las esperanzas de la religion.

M<sup>\*\*\*</sup>, matemático de un mérito incontestable, y que fué durante su larga carrera un modelo de filantropía práctica, moria de una afeccion orgánica del corazón. La víspera de su muerte, y en contestacion á una invitacion amigable de recibir un sacerdote, hizo en estos términos su profesion de fé. « Dejarme extinguirme en paz, y no añadais á la violencia de mi mal el fastidio de escuchar vuestros cuentos. Yo os lo habia dicho y repetido cien veces, que con la mejor voluntad de creer, de rezar y de tener fé en dichas supersticiones nunca he podido convencerme de lo que yo sabia ser falso y absurdo. Comprendo la felicidad de un alma crédula, y muchas veces la he envidiado. En la hora presente, seria una cosa deliciosa para mí el creer en otra vida; ¿ pero qué quereis que haga? vuestro Dios me ha desheredado del don de fé. Yo no he quitado nada á nadie, he hecho el bien por el bien; yo nunca he confesado el ateismo y he hallado mis ojos llenos de lágrimas cuando he podido contemplar el fin tan pacífico del verdadero

cristiano. Si hay un Dios, le dejo árbitro de mi suerte y estoy seguro que no me condenará á mí, porque él se ha equivocado. Amigos míos, estad persuadidos de que daría toda mi ciencia por ser en este momento crédulo y supersticioso, como el mas devoto de mi parroquia.»

## XXII.

### *Enciclopedistas antiguos y modernos.*

La aplicacion de las matemáticas trascendentales á las ciencias físicas y naturales, lleva el entendimiento por vía de induccion á pruebas infinitamente probables de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma. Estas pruebas no se acercan jamás á las luces tradicionales de la revelacion. Nada humano puede reemplazar á la fé sencilla.

Los matemáticos, bajo el punto de vista de las ideas que se forman de la divinidad, se colocan bajo dos categorías. Los unos sin negarla de un modo absoluto, no admiten su intervencion directa en los fenómenos del universo, los otros elevándose con la ayuda de sus deducciones á la posibilidad de artesanos por el conocimiento raciocinado de sus obras, admiten una providencia suprema que lo ha previsto todo para mantener la armonía de los mundos.

Asi el puro materialista representa á nuestros ojos la inteligencia que no puede concebir sino la ley física de una verdad científica, mientras que los hombres émulos de los Pascal y de los Newton, se arrojan aun mas allá del objeto, y hacen de su descubrimiento la causa y el corolario principal de su contemplacion. De este esfuerzo del génio resulta la prueba de la sicología. Toda la diferencia entre estas dos clases de sábios, es que en los unos, el raciocinio es puramente matemático, y en los otros es á la vez matemático é inductivo.

Estos últimos son propiamente hablando, los sectarios de la teología natural; por ella se inspiran en la omnipotencia de Dios y le rinden homenaje. Su culto es el del orgullo del génio; culto reflexionado y solemne al cual las inteligencias excepcionales de primer orden pueden solo pretender.

De la intencion bien raciocinada, del artesano que ha fabricado el universo, deducimos la realidad de su existencia. Tal es el dogma fundamental de la teología natural, de este panteísmo lógico que no aspira á ningun poder sobre las pasiones humanas: que emancipa las conciencias de las prescripciones del catecismo y le sustituye una sola formilla de la admiracion entusiasta por todas las cosas en que resplandece el espíritu del gran Criador. Hemos dicho ya que el panteísmo amenaza absorver el elemento cristiano. Si alguna vez hay que lamentar esta desgracia social, será obra de la inteligencia demasiado ascendente de la mayoría, en una palabra, de la propagacion ilimitada de los conocimientos positivos. Resta este último combate que arriesgar, para fundar para siempre su poder y su infalible verdad en el pensamiento de los hombres.

Un sábio á la vez físico y astrónomo, respondió en estos términos en su lecho de muerte al sacerdote á quien por otra parte habia recibido muy bien: «Yo no he sido nunca materialista; pero tampoco soy espiritualista como vos lo entendeis. Comprendo á Dios por el conocimiento raciocinado que tengo de la perfeccion de sus obras, y profeso una creencia, peculiar mia, de la existencia del alma independiente del cuerpo; sin embargo, estoy muy convencido de la existencia del mundo material. Despues de todo la materia es la sola existencia probada; ella sola ha sido el objeto de mis trabajos matemáticos y de mis meditaciones. Si hubiera podido raciocinar y especular sobre una existencia inmaterial, mi ambicion hubiera sido entregarme á ella de una manera exclusiva. Por lo que hace á un Dios, á un sublime artista, mi conviccion sobre este punto es indestructible; y ved por qué camino de induccion he llegado á ella. La influencia universal de la gravitacion sobre las órbitas y las masas, produce un cambio constante en la órbita de cada cuerpo. Este cambio que se opera lentamente durante millares de años, que hace poco á poco convexar la línea de la órbita hasta que llega á cierto límite: en seguida se vuelve en sentido contrario durante un número igual de años, despues de los cuales vuelve á empezar de



nuevo cuando la órbita ha vuelto á su primitiva forma. Este cambio repito, no puede deber su existencia sino á la intencion cierta de llegar á algun término. Hay pues un poder capaz de producir este orden admirable. Pues bien, este poder es para mí, la prueba lógica de la existencia de un Dios.»

Los hombres pacíficos y entregados á las [observaciones astronómicas, hablan en religion el idioma de su oficio; son en general deístas por induccion.

Se penetran del poder de Dios por el poder que ellos han adquirido de raciocinar acerca de sus obras; y en la inmensidad de su orgullo, desdeñan y pisan á los débiles mortales que, incapaces de seguirles en su vuelo á través de los mundos, abaten humildemente su razon bajo los dogmas de la fé y de la esperanza. Lo que debe para siempre dar á un pobre mortal, mas quietud y espíritu de propaganda cristiana, es que la mayor parte de los grandes hombres que han divinizado el descubrimiento del cálculo, con la ayuda del cual han explicado el sistema del mundo y han creído en su autor, acaban hácia el fin de su carrera por no comprenderse ellos mismos, y experimentar lo que con gusto llamaríamos alucinaciones de un génio sublime.

Los pobres de espíritu conservan hasta la muerte la misma y primitiva idea que tenian de Dios; al paso que nadie puede decirnos si el gran Laplace en los últimos dias de su vida se entendia á sí mismo en el árduo asunto de la creacion y del ser supremo. Por lo demas, todas las autopias trascendentales de estos grandes descubridores de las leyes planetarias y cósmicas, á escepcion de un pequeño número, no han añadido una sola página á la gloria de Dios que pueda hacer olvidar ó palidecer ninguna de las conocidas bajo el nombre de Santas escrituras. El Eterno ha podido decir á los hombres lo que ha querido de su gloria, de su poder y de sus intenciones, con la ayuda de las revelaciones; pero seria presumir mucho de la ciencia, por vasta y profunda que se la suponga, el creerla capaz de penetrar sus misterios cuya significacion ha ocultado Dios á sus elegidos de la tierra. Los esfuerzos religiosos de ciertos hom-

bres de ciencia y de fama, no tienen eco despues de su muerte sino en el pensamiento de los que los han creído infalibles.

Los grandes astrónomos, los físicos célebres, los químicos conocidos por sus concienzudos trabajos, no consituyen una clase peligrosa para la moralidad de las clases ínfimas sino cuando pretenden dirigir el fin de las religiones, ó bien cuando hablan del cielo, como si asistiesen á los consejos del Eterno. La negacion de las causas finales es á la vez mas moral y mas cristiana, pues que coloca un abismo insuperable entre la vanidad de la ciencia y el dogma de la revelacion. El exámen de las causas finales no ha hallado nunca una prueba irrefragable de la real existencia de Dios y de la imaterialidad del alma; y lo menos funesto que produce para la moral de las naciones es conducir á los que se entregan á él con buena fé al deismo racionado ó al ateismo científico. Bacon que daba la ley á su siglo, profesaba un profundo desprecio al estudio de las causas finales; las creía inútiles y sin verdadero resultado, las comparaba en cuanto á su esterilidad á una Vestal. «*Sterilis et tanquam virgo Deo sacra non parit.*» Descartes las consideraba como absurdas é irreligiosas; Newton, el divino Newton solo ha podido hablar una sola vez con motivo del cálculo de la curva que traza un cometa que es desviado de su primera línea por otra fuerza cualquiera, basado sobre la hipótesis parabólica. En el entusiasmo de su alma compuso este célebre Schólio sobre el cual osó concebir el santo orgullo de asentar un día la prueba eterna de la naturaleza de Dios. «*Hunc (Deum) cognoscimus per proprietates ejus et attributa, et per sapientissimas, et optimas rerum structuras, et causas finales, et admiramur ob prospectivnes. Deus, sine dominio providentia et causis finalibus nihil aliud est quam fatum et natura. El hæc de Deo de quo utique ex phenomenis redissere ad philosophiam naturalem pertinet.*» (*Scholium generale.*)

Los progresos de las luces, y lo que enseñan las ciencias ya tan fáciles, con el ayuda de las reglas, de los métodos y de una porcion de inoculaciones artísticas, fa-

vorecen en nuestros dias la tendencia del espíritu humano, hácia la especulacion de la filosofía natural. No se ha dudado, para el porvenir de la religion cristiana, el aplicarla á las lecciones de la teoría. No sé lo que saldrá de esta inoculacion del dogma natural, en lo sagrado é impenetrable; pero seguramente, Jesu-Cristo y los apóstoles, los padres de la Iglesia, y los grandes oradores del púlpito, no tuvieron necesidad de las inducciones sacadas de las ciencias físicas y naturales, para mostrarnos la religion cristiana en su divina sencillez, y hacérsola amar como el mas dulce entretenimiento del hombre con Dios. Yo no gusto de oír desde el púlpito, una demostracion inductiva de las bases de la religion, con el ayuda de la física ó de algun otro ramo de la historia natural; la metafísica sagrada, repele esta alianza casi-materialista. La verdadera religion, es la que la revelacion ha hecho conocer á los hombres, y camina por todas partes victoriosa y triunfante, porque no dimana de ningun poder humano.

Es un pensamiento orgulloso el que el culto de la teología natural es suficiente á la prueba de nuestra dependencia de un ser supremo, que separa á los hombres de la ciencia, tal como los grandes anatómicos, los químicos, los físicos, los astrónomos, de las formas convenidas y tradicionales del rito católico. El anatómico, versado en el estudio comparado de su arte, deja á los ignorantes la preocupacion de la fé. ¿De qué le serviría su saber, si no pudiera hacer uso de él, para elevarse por sí mismo á la idea del sublime artífice de los mundos? Cuando ya ha descubierto la intencion, que antes ha debido hacer de la composicion del ojo, entre los diferentes seres, segun en los lugares que habitan, y que el que tan bien ha concebido antes que él la verdadera construccion de un anteojo de atraccion, debe ser una inteligencia perfecta y sobre humana, y se contenta con su admiracion para serle agradable; su propia satisfaccion constituye la sola forma de su culto, y ofrece á Dios por todo sacrificio el sentimiento que concibe de su vanidad: del poder que su inteligencia posee: de haber podido penetrar tan lejos en los secretos de la

naturaleza, y haber profundizado la organizacion del universo.

Ahora se concibe, que la agonía y la muerte de estos hombres que tubieron el pensamiento fijo de un término científico: que han pasado su vida en descubrir las leyes intencionales: que han presidido á la estructura y á la armonía del mundo, no se parecen á las de los individuos cuyo espíritu especulativo se detiene en las cosas vulgares. Sin duda, una fé indestructible se encuentra en todas las clases desde Newton y Pascal hasta la mas ínfima; pero, es mas comun ver los resultados deistas de la filosofia natural, entre los que por estado han repellido las consecuencias, hasta raciocinar acerca del objeto y los motivos de la creacion. No necesitan de la fé ni de las obligaciones que ella impone á los que la son fieles. Su cerebro, en el cual habita un poder que mide la extension de los cielos: que deja leer en las hojas del gran libro de los partos terrestres: que repite los productos de la naturaleza: que esplica la estructura de los animales y de las plantas, su cerebro digo, es su templo; y en su altar es donde se concentran cuando se aíslan de la tierra; en una palabra, se adoran así mismos.

Para ellos no hay nada de ininteligible ni sagrado; pretenden hasta explicar lo impenetrable á su modo, y un pobre sacerdote les parece muy mezquino con sus creencias sencillas y sus prácticas de humildad. En el vigor de su génio son inabordables para las lecciones religiosas, los menos obcecados tienen ideas incompatibles con la abnegacion del verdadero cristiano.

A la hora de su agonía, cuando la ciencia vana y lujosa les abandona y se pierde en las sombras de lo pasado, he visto á muchos de estos deistas experimentar una especie de necesidad de una conviccion mas consoladora que la de una ciencia árida con respecto al fin verdadero del hombre. ¡Cosa singular! habian deseado siempre para ellos una muerte súbita; un sueño eterno: una apoplejía; y cuando ven que su deseo ha salido fallido, que pueden analizar los dolores y los progresos de su demolicion física, prestan con gusto el oido á las dulces palabras de un pastor que pasaba para ellos desaper-

cibido, cuando llenaba los deberes de su ministerio con otras personas.

Entonces conversiones forzadas, un arrepentimiento *in extremis* pueden algunas veces proclamar el verdadero triunfo de la religion; ¿pero este es sincero? Tiene mucha semejanza con el reconocimiento ó el miedo del que se ahoga, y que promete todo lo que quiere de su posición, á la persona que le tiende una mano salvadora. Es preciso decir tambien que morir en el espíritu del culto confesado por la generalidad, ha podido ser una intencion formada de antemano; y los hombres superiores son muchas veces como esos cortesanos eternos que se inclinan al *decorum* de todos los reinados posibles. Es cierto que nadie puede asegurar lo que será á la hora de la muerte; pero ciertamente las inteligencias—genios de que hablamos en este momento, son de todos los hombres los que mas creen en la sinceridad de su alma durante la agonía. Si mueren violentamente, su última palabra es un homenaje á la belleza del universo á quien tanto han incensado. En su egoísmo sublime quisieran rodearse de flores, perderse en las suaves armonías de Flandel y de Beethoven; quisieran que los descubrimientos que los han inmortalizado en la tierra tomasen un color y una forma que los sonriera y los contemplase. El desgraciado Lavoisier pidió á sus jueces algunos dias para poner su sello á su mas bella obra inacabada; y el inmortal Goethe, á una edad avanzada, sintiendo al levantarse una mañana la mano helada de la muerte ante sus ojos, abre su ventana y se sienta en una silla de frente al sol, exclamando: «Haced entrar la mas luz posible!»

Cuando las dolencias miran los largos dias de esos hombres fanáticos de la religion natural que ellos se han formado, estos pierden ya el gusto y la admiración; se inclinan algunas veces lentamente hácia las creencias que prolongan la esperanza de la felicidad mas allá de la tumba. «Yo soy, me decía un pobre enfermo que queria convencerse de lo que nunca habia profesado, yo soy como los niños que lloran y que desean ser consolados.» Una noche que la fiebre ética le habia dado una inteligencia toda metafísica, fenómeno bastante co-

mun en este género de enfermedad , parecia que repentinamente vacilaba por las razones sin réplica de un prelado que habia meditado tanto como él sobre la innatidad de las doctrinas naturales. «Sí, hermano mio, como vos conozco que todo lo que respira varia sin cesar en su forma y en su modo de existir; que la materia cambia constantemente y que nunca se destruye; que el cuerpo del hombre se corrompe, pero que sus partículas desprendidas suministran los elementos de nuevas combinaciones animadas é inanimadas. Todo esto se ve, se comprende y se explica. Pero decidme: ¿no es un absurdo y una locura aplicar al *alma* lo que demuestra tan claramente el estudio del cuerpo, y creer que muere, que cambia y se resuelve en particular? ¿Sabeis si es susceptible de resolucion ó de disolucion? No: vos lo ignorais y los que profesan el sistema de las causas finales estan en esto tan poco adelantados como vos y como yo. Ademas el solo ejemplo de duda absoluta sobre el estado póstumo de un ser, es el que concierne al alma; nadie puede decir si ella vive ó si muere despues de la muerte; y obligado á escoger entre estos dos destinos, vos preferis su aniquilamiento completo mas bien que su existencia dichosa é inefable, próxima al trono del que ha pesado los granos de las montañas y medido la estension de los Océanos...»

Nuestro enfermo, en otro tiempo tan profundo lógico, quizá por la primera vez conoció su debilidad y humilló su orgullo bajo el ascendiente del sacerdote. Hizo de su muerte la ocupacion mas importante de su vida; hizo el exámen de todos sus conocimientos en física, en química, y en teología natural; y en cada ramo de su vasta erudicion encontró siempre un *quid ignotum* donde se ocultaba la intencion misteriosa del Criador. Cuando juzgó que su alma se hallaba en estado de gracia, cumplió sinceramente con todas las formas de la religion; y cuando las hubo acabado oyó que la muerte venia hácia él y quiso recibirla en un recogimiento piadoso y sentirla como una cosa buena en sí misma; y al espirar hizo á sus amigos la señal convenida para asegurarles que habia tenido conciencia en la marcha de su alma.

### CAPÍTULO III.

#### AGONÍA Y MUERTE DE LAS DIFERENTES CLASES DEL CLERO.

##### *Resumen.*

Del estado eclesiástico.—Agonía y muerte de un cura del campo.  
—De un cura de ciudad.—Un Santo.—Un mal sacerdote.—Agonía y muerte de los grandes prelados y de los principes de la Iglesia.—Los misioneros viajantes.—Un loco religioso.—Naturaleza ascética.—El Trapense.—Los hermanos de la doctrina cristiana.—El capuchino caballero de Cristo.—La monja.—La hermana hospitalaria.—El ministro protestante.

El estado eclesiástico impone las obligaciones de una vida sencilla y pura, de una educación escepcional aplicada á las cosas de este mundo, y sin intermision ilustrada con los rayos de la fé. La abnegacion completa de sí mismo, el amor al prójimo, y la aspiracion hácia Dios, componen en efecto la trilogía moral innata en el corazon de todos los hombres cuyo origen se remonta á el de la sociedad, y que ha servido de base á todas las legislaciones conocidas.

De todas las profesiones nobles y liberales, el sacerdocio propiamente dicho, ocupa la primacía social de las instituciones humanas. El santuario de la iniciacion sacerdotal ha sido, en todos los tiempos y en todos los pueblos, el hogar misterioso y brillante de la civilizacion

y de las luces; Las naciones que mas han vivido y que viven todavía en la memoria de los hombres, han debido su inmortalidad en la tierra á los principios religiosos y humanitarios que los pontífices de todos los cultos han recibido por revelacion, y transmitido por tradicion á los que abrazaban sus creencias.

Desde el nacimiento del mundo, el sacerdocio ha sido la verdadera madre *espiritual* de los hombres; él les ha enseñado la ciencia del bien, los caminos de la ventura en este mundo y los de la eterna bienaventuranza en el otro.

Donde una religion ha hecho brillar su luz, una sociedad comenzó á nacer; y donde su influencia ha sido reconocida como una emanacion de la divinidad, la humanidad no ha cesado de progresar y de caminar hácia el punto providencial de su emancipacion y de su duracion.

Un hecho irrecusable sacado de la historia de todos los grandes pueblos, prueba hasta la evidencia que donde ha florecido el árbol de una religion fundada por Dios mismo en el corazon de todos los hombres, estos han sido tanto mas dichosos y fuertes, quanto este árbol de inmensas ramas ha sido el objeto del amor y del respeto de aquellos á quienes Dios confiara su guarda, cayendo en la esclavitud; cuando se destruyó, huyeron de su sombra ó dispersaron sus raices.

Una religion no muere mas que por el abandono y menosprecio que inspira á aquellos que son indignos de hacerla amar por la conviccion y por el ejemplo. Sin lazo *metafisico* que una la tierra con el cielo, no hay humanidad posible, y si la segregacion y muerte de los principios que la asocian y eternizan. El poderío gigantesco del Egipto, cayó en tierra como sus monumentos el dia en que la barbárie y la corrupcion de su pueblo rasgaron los velos de Isis; y la grandeza romana cayó en decadencia cuando los vencedores del mundo insultaron los oráculos y pisaron sus divinidades de piedra. Antes de la destruccion de su culto, estas religiones estaban heridas de muerte en la idea de su misticidad: estaba escrito, que su imperio habia terminado.



De esta inestabilidad de religiones destruidas por el olvido de su forma, y nos atreveremos á decir, por la inmortalidad de su esencia, resulta la consecracion universal de las bases de la sola religion fuerte y duradera. La idea religiosa por excelencia, aquella que se traduce en el lenguaje de los hombres con las palabras de inmortalidad del alma, y de unidad de un Dios, es una idea preexistente á todas las creaciones terrestres, ella se encarnó el dia en que el primer hombre apareció sobre la tierra. Cada siglo y cada pueblo la han expresado segun la voluntad de Dios, y el elemento religioso que representó en cada época la forma bajo la cual ellos la han adorado; siendo sucesivamente llamada religion de Boudha, de Ysis, judáica pantheística, y en fin cristiana.

El cristianismo es el pensamiento religioso en toda su perfeccion posible, y en su desarrollo absoluto; recibiendo su complemento de verdad con la muerte del hijo de Dios que se hizo hombre para enseñarnos el solo y verdadero culto, por el cual el gran Creador quiere ser servido y adorado. La iniciacion cristiana comienza por la fé de los misterios; la fé escluye toda investigacion y todo comentario para explicar lo que Dios ha revelado á los apóstoles, y que los ministros de su evangelio están encargados de transmitir y enseñar á los fieles. La religion cristiana de una admirable sencillez, se practica por el amor de Dios y del prójimo, promete la vida eterna á los justos segun la ley de la Iglesia, amenazando á los malos con las penas del infierno. El tesoro de creencias y de conocimientos humanitarios está confiado á un jefe de la Iglesia ó Soberano Pontífice que la recibió del primer elegido de Dios, de San Pedro; y todos los pastores de la Iglesia dependen de Roma, metrópoli del mundo cristiano. El Papa es el jefe de la jerarquía sacerdotal, dividida en cardenales, grandes prelados y pequeños prelados. Este conjunto de inteligencias reunidas en un punto para estender los rayos de luz de la buena doctrina por todo el universo, se llama clero; él llena la mision de Dios de llegar con la propagacion de la fé á la tendencia del mundo entero

hacia el mismo pensamiento de unidad y de creencias. Asi como una parte de esta milicia celestial se sitúa en las ciudades en las aldeas y en los campos, otra atraviesa los mares y recorre los solitarios términos del nuevo mundo, para sembrar los gérmenes civilizadores de la religion, que únicamente emancipa á los hombres de la esclavitud y del error.

Tal es el espíritu de la religion cristiana; es sencilla consoladora y caritativa; ella dá á la existencia mortal su verdadero valor, enseñándonos á sufrir los trabajos de la vida, y á considerarlos como los caminos que Dios ha dispuesto como de prueba, para hacernos dignos del cielo despues de nuestra muerte. Ahora volviendo á nuestro objeto, nosotros profesamos el dogma mil veces comprobado por los sucesos, que no hay agonía mas solemne y muerte mas dulce que la del hombre que fué toda su vida un modelo de verdadero cristiano.

¿Dónde debemos buscar este modelo para ofrecerle como ejemplo á los que profesan el mismo culto, sino entre los hombres consagrados al sacerdocio?

Tómemosle con toda su sencillez en un eclesiastico que ha sido llamado á las funciones sacerdotales, por una vocacion irresistible, cuyas miradas no han traspasado los muros de su seminario, y que despues de algunos años de noviciado, ha llegado á concentrar su amor á la humanidad en el humilde presbiterio de una aldea.

El verdadero pastor del campo, es una maravilla ignorada de los grandes hogares de civilizacion, una fuente inagotable de obras buenas y de bendiciones. Vedle recorrer los senderos de su curato: es grave, afectuoso, bueno para todos, accesible á los mas humildes, temido de los malvados, y amado y respetado de todos sus torreligionarios. Sabe sin quererlo, el grado de moralidad de cada uno, y á este título es tan buen consejero como buen juez. Este conocimiento práctico del temperamento moral propio de sus parroquianos, le hace tan preciso para curar las heridas del corazon y del amor propio, como el médico que cura tanto mejor á sus clientes, cuanta mas fé tienen estos en sus conocimientos sobre el temperamento individual.

El cura de aldea es sobre todo bello y admirable en la nave de su modesta iglesia. El domingo cuando la campana matinal del presbiterio esparce sus sonidos, se le vé sobre la grada exterior del templo, se pasea bajo la vasta sombra del olmo venerable, fijando su mirada significativa sobre los que llegan. Parece que cuenta su rebaño, sabe el número de los que le pertenecen, sabe también el nombre de aquellos que se dispensan de recibir el maná que vá á distribuir.

A la hora indicada el oficio comienza, su voz llena y entera entona el himno de gracia, y el auditorio la sostiene con acentos entusiastas que salen del corazón. El extranjero que asiste á estas reuniones pastorales, difícilmente puede libertarse de la emoción piadosa que ocupa su corazón, y sus ojos se bañan de las más dulces lágrimas. Este cuadro natural de la primitiva sociedad, no se encuentra en ninguna otra parte sino en las iglesias lejanas, en medio de los campos, bajo la cúpula del cielo llena de las armonías y de los perfumes de la naturaleza. La verdadera fé como el lirio de los campos no es en parte alguna más brillante que en una iglesia de aldea, y en el alma de un infeliz labrador.

Los cantos han cesado y el pastor vá á hablar en nombre de un Dios justo y Todo-poderoso. Su modesto púlpito que apenas domina al auditorio que vá á instruir y santificar, nunca es una cátedra de elocuencia ó de literatura cristiana. ¿De qué servirían los discursos enfáticos, las palabras sonoras y huecas, las magníficas peripecias á aquellos que todos los días llevan consigo las mismas escenas que la víspera, que viven de las mismas emociones del hogar doméstico, y de las promesas de la religión? Sin embargo, todo lo que dice el sacerdote tan sencillo en la apariencia, está impregnado de un encanto indefinible. Se prueba con él la convicción de las palabras que salen de su boca; se cree en las virtudes de que él mismo es un perfecto modelo. Sus discursos no son una tesis meditada, un tema iluminado con refulgentes colores. El no ambiciona una palma del laurel del púlpito; y sin embargo, el pensamiento que le ocupa y que expresa con tanta sencillez, debe tener una gran influencia.

Vedle allí como un verdadero ministro de las almas, él conoce todas las particularidades de su ministerio, del que razona como de una cosa que observa todos los días de su vida. Si habla de la lujuria y de sus peligros, quién sabe? quizá recorre su mirada una familia que se halla en peligro de perder la paz ó el honor. Si reclama enérgicamente contra los avaros, los usureros, los ladrones, los borrachos, es porque trata de convertir, porque quiere volver al redil una oveja descarriada. ¿Cómo un sacerdote de aldea no ha de saber la historia de su ganado? El habitante de una pequeña jurisdiccion ¿puede sustraerse al ojo investigador de su párroco? Como el marinero á bordo de un navio no puede ocultar su vida interior á los jefes que le dirigen, el aldeano se halla forzado por su posicion, sus creencias y sus gustos, á confiar á su párroco todos los actos horrendos de su vida. Si nace, si es cristiano, si comulga, si se casa y si muere no cesa de estar en relacion con el hombre sin el cual no puede nada; y que le hace hombre é hijo de la iglesia. Por otra parte, el trato habitual inicia el sacerdote en el secreto íntimo de las familias, sus hábitos, sus costumbres, sus miserias y sus vicios. El escribano, el médico, el maestro y el alcalde, son respectivamente sus fideicomisos tambien. Cuando desde lo alto del púlpito habla de las malas pasiones como hombre convencido, lo está realmente; y ninguno, al salir de la iglesia, podrá hacer injuria á lo que ha querido decir. Reflexionando bien las costumbres sencillas y puras de la aldea, ellas no tienen otros móviles fuera de las condiciones llenas de trabajo y de religion, predicadas y estimuladas por un hombre en que se aprecia el carácter y la piedad, y que habla en nombre de Dios una vez á la semana para hacer amar y practicar la virtud.

Los sacerdotes de los campos son los elegidos de los seminarios en quienes brilla mas fundadamente las pruebas de la vocacion religiosa; ellos no ambicionan de los bienes de la tierra otra cosa que un pequeño rincon, poblado de gentes honradas que crean en la palabra del Evangelio, y que obedezcan sus preceptos. ¿Cuántas veces en nuestros departamentos del medio dia no hemos ben-

decido el apostolado de un jóven consagrado al servicio de un modesto curato y que sin leyes prohibidas, sin recursos de justicia, habia tenido el arte de hacer amar el bien por el bien, transformando una aldea, perdida en los bosques, en un delicioso Eden? De este modo las leyes de la iglesia son suficientes á la justicia cuando los hombres son buenos y estan mas aproximados á Dios que en el dia. Viven como hermanos y mueren como dichosos cristianos. Este fenómeno de la edad de oro se reproduce todabia al cabo de largos periodos, especialmente en los países en que el lujo y las maneras de la moderna Babilonia no han podido todavia *civilizar* los naturales agrestes *incorruptibles y fieros*. Un jóven sacerdote que conocimos el mas dichoso de todos los mortales, que entonces desempeñaba un pequeño curato, nos confió en otro tiempo estas palabras: «Renuncio al desempeño de mi profesion, sin que por ello yo quiera acusar á las pobres gentes que á ello me han obligado, se han vuelto revoltosos, pendencieros y enemigos los unos de los otros, desde el momento en que la eleccion de un diputado ha venido á infatuarles en una opinion política. La paz, la dicha y el amor de la religion les abandonaron el dia en que los candidates de la ciudad inmediata, llegaron en carruages á convidarlos para una reunion electoral. Desde este fatal suceso la principal ocupacion de mis parroquianos ha sido la eleccion presente ó la próxima de tal ó cual para diputado del distrito. No sé lo que de bueno pueda esperar mi sucesor; pero á ciencia cierta puede asegurarse que si tiene en el corazon el intento de salvar las almas, nada tiene que esperar de aquellos que se denominan libres y ciudadanos.» Es positivo que el espíritu del Evangelio se ha huido de los campos con las doctrinas mal comprendidas de liberalismo; la agricultura misma ha sufrido; y los rudos trabajos de los campos se acomodan mal con lo que enseña la moda y la libertad de decirlo todo y de publicarlo todo. Por otra parte, nosotros creemos firmemente que el círculo moral, en el cual ruedan y se agitan los espíritus de una gran ciudad, es una enfadosa importacion donde el hombre no tiene

stro valor que el del precio que él sabe dar á la tierra. Además, todo ejercicio intelectual practicado con pasión, y muchas veces con fanatismo, es una usura en pura pérdida de las fuerzas físicas, y una causa permanente de deterioro de la salud. Me apresuro á llegar á la muerte de un digno eclesiástico que habia sido cuarenta años cura de su pequeña parroquia. Viejo, cascado y destruido por las enfermedades de la edad y los sufrimientos de la gota, no habia perdido por un solo instante su carácter bondadoso; ni un solo dia el rebaño que dirigia con una solicitud paternal, habia cesado de ser el objeto de sus pensamientos y de sus cuidados. Sin desear la muerte estaba siempre pronto á partir; únicamente á la hora presente, el término de su viaje le parecia un poco largo de tocar; él decia al médico que vino de la ciudad para visitarle: «Nada mas tengo que hacer en este mundo que pueda ser agradable á Dios; he cumplido lo mas dignamente posible el ministerio que me ha sido conferido sobre la tierra, y ya puedo decir humildemente como aquel romano: «No he perdido un solo dia. Ya es tiempo que viva, y para esto es preciso que muera.»

La muerte sin embargo, destruia poco á poco este viejo tronco, y sin la menor queja sobre lo que él llamaba escrúpulos del *camarada*, pasaba los dias en conversar con las personas de su parroquia que hacia llamar y á las cuales fijaba una hora convenida. Cada uno debia tener su turno de plática, pues todos querian verle todavía una vez en la vida. Lo que él decia á cada visitador no era ni insípido ni vano; era como otras veces un sermón familiar sobre su ancha silla en lugar del modesto púlpito de la iglesia; y como él conocia á fondo todos los negocios de las familias, tocaba justamente el punto vulnerable de la moralidad individual. Habia concluido por tutear á todos los habitantes de la aldea, puesto que él los habia visto nacer á todos, los habia adoc-trinado ó casado. El coloquio, ó mas bien el tono de la amonestacion, variaba segun el sexo ó el caracter y los defectos de aquel á quienes se dirigia. El perezoso, el borracho, el jugador, recibian del agonizante los con-

sejos proféticos que tomaban un nuevo ascendiente de la boca del santo varon que les prometia sus ruegos desde el cielo. Animaba á los jóvenes al matrimonio reconciliaba las familias y sonsacaba el secreto de las jóvenes, haciendo de él buen uso; predicando siempre la concordia, la union, el respeto á la religion, y no deploró la muerte que iba á herirle, sino por el tierno recuerdo que hacia de su aldea donde habia pasado tan largos dias haciendo bien.

El verdadero espíritu del sacerdocio enseña con la ciencia de Dios, la de una edificante muerte. Los verdaderos elegidos, á fuerza de pensar en ella, parece han adquirido el conocimiento de la hora suprema de su fin. Tal fué nuestro viejo pastor: una mañana anuncia el momento de su viage á la eternidad, y se dispone á prevenir anticipadamente su alma como habia previsto todos los dias de su vida. Debia morir al ponerse el sol: todo desde entonces tomó en su habitacion un aire de fiesta cristiana. Un altar fué improvisado al pie de su lecho, ordena que anuncien la misa, y quiere que se facilite la entrada en su morada á todos aquellos que quieran unirse á él de corazon y de alma para celebrar el triunfo del cristianismo. El vicario celebra la misa en medio de un auditorio recogido y con los ojos llenos de lágrimas. El párroco solo, lleno de una resignacion angélica sigue el santo sacrificio, y con una precision admirable las respuestas de costumbre; en seguida comulga por última vez, se recoge por largo tiempo y no sale de su piadoso silencio mas que para dar su bendicion á los concnrentes y rogarles vayan á la iglesia á implorar el reposo de su alma. Todo el dia fué empleado en una lectura hecha por su vicario sobre los consuelos de la muerte, y se adormeció como un viagero fatigado. Se le creyó en un delirio tranquilo cuando al despertar como por intervalos balbuceaba de un modo casi inteligible el *De profundis*. Estas intermitencias de reposo y de conocimiento se sucedieron muchas veces, y siempre murmuraba el verso que sigue al último que habia ya recitado. En fin, el sol se ocultó en el horizonte, y dijo el sacerdote al vicario como Thon en

Cinq-Mars: « Muero dichoso; yo no creia tan bello el aspecto de la muerte. Los que han hecho el bien y amado al Señor, hallarán las cosas como yo en su último suspiro » y despues debilitándose añadió: « *Non nobis, Domine, sed nomini tuo da gloriam.* » De esta manera murió uno de los hombres mas evangélicos que nosotros hemos conocido. Entonces su cuerpo inanimado fué revestido con sus hábitos sacerdotales; sus manos cruzadas sobre el pecho sujetando el breviario que fué largo tiempo su inseparable amigo, parecian todavia por su estremecimiento anunciar la existencia del auciario, sus ojos quedaron abiertos como lo estarian en un éxtasis, pareciendo leer la escritura de los salmos. Fué, segun costumbre, conducido á la tierra con la cara descubierta, y cuando la madre comun de los restos del hombre en este mundo le recibió en el fondo de su abismo, la poblacion inconsolable le saludó por la vez postrera con sus oraciones y con sus lágrimas. Su sepulcro venerado fué largo tiempo para sus parroquianos un lugar de peregrinacion.

Tal es en general la historia de la vida y de la muerte del venerable sacerdote del campo, característica del género y fecunda en estudios humanitarios. Este fin no es posible mas que en los sitios donde un hombre libre de los atractivos materiales, que el progreso de las luces multiplican cada dia, pasa una larga vida ignorándolos en la paz de su corazon y en la independenciam de las cosas que irritan las pasiones sin saciarlas ni satisfacerlas. Este sacerdote ha resuelto el problema de la verdadera libertad: no se puede ser libre sino en la soledad.

El sacerdocio en las grandes ciudades es una tarea mucho mas difícil de cumplir. En una ciudad populosa y rica los hombres se ocupan casi nada de la muerte, porque las emociones continuas de la vida dejan muy poco lugar á las ideas religiosas. No se cree en la muerte mas que para hacer una injuria al enfermo ó al médico. Siempre es la falta del uno ó del otro si se murió de una afeccion al pecho; como si las enfermedades no hubieran podido entrar en el plan del Criador



para advertirnos que la muerte llama de tiempo en tiempo á nuestra puerta para servirnos de *memento* de nuestros deberes sobre la tierra. Una vez curados de la amenaza de la muerte, ya no tenemos ningun cuidado; somos sobre este particular como los niños mal criados; volvemos á ser los mismos hombres despues de la dura leccion de una enfermedad que nos ha perdonado. El ambicioso aspira á elevarse mas alto, el corruptor del poder á inspirarse mas en el espíritu de la serpiente, el que tiene sed de oro, se vuelve *insaciable*.

En medio de una sociedad que honra tanto las cosas mundanas, un sacerdote segun el espíritu del Evangelio ¿puede ser comprendido? Es preciso para que enseñe á combatir las malas pasiones, que descienda al fango de los intereses egoistas y diversos: que sondée su profundidad: que experimente los medios que tiene de aniquilarlos por su lógica y su ejemplo. Es preciso que sepa servirse de las armas pérfidas, y disfrazar las suyas para alcanzar la conviccion de las creencias y de los preceptos que él quiere imponer á los fanáticos adoradores del becerro de oro; debe saber de todo: historia, filosofía, ciencias naturales, hasta aquellas pasiones inmundas que no se muestran nunca en pleno día, y que desnaturalizan al hombre moral en lo que tiene de mas sagrado, la conciencia y el honor.

¡Oh! es muy difícil ser el verdadero monitor de los habitantes de una gran ciudad; y si de tarde en tarde es atacado por el contagio de las enfermedades, ¿quién se atreverá á tirarle la primera piedra? Es imposible que el contacto de los hombres no deje una impresion, por ligera que sea, en aquellos que estan encargados de curarlas. Es preciso haber recibido del cielo un alma grande, escepcional y privilegiada para que, al menos una vez, no se encante con el armónico ruido del carro de la civilizacion. Aquellos que han vivido puros de toda mancha, en medio de las fiestas mundanas, de las modernas Níives, y que la voz del pueblo ha proclamado santos, han merecido mil veces la corona y la aureola con que el reconocimiento y la piedad de los fieles honraron sus estátuas.

De la necesidad de hacerse por el estudio y la observación dos inteligencias, una mundana para conocer el objeto de las pasiones, y otra toda religiosa para reprimirlas, resulta para el hombre sacerdote de la civilización avanzada un carácter menos rígido y mas indulgente que el del sacerdote del campo. Debe hacerse bien quisto de los malos, para que los pueda aproximar á sí, y ganar su confianza; es preciso que hable dos lenguajes distintos, uno para cuando se dirija á los justos que no quieren sus consejos, otro para aquellos que es preciso combatir con sus propias armas y convencerlos con poderosas razones. Si es enteramente inexorable con respecto á las debilidades y al orgullo humano, se le desdénia y se huye de él. El indiferente y el ateo han inventado una palabra sin réplica para designarle; se le llama energúmeno y todo esta dicho.

La poca firmeza en la fé y la indiferencia en la religion, estas dos plagas de la época no tienen mas causa que las conquistas hechas en las artes y en las ciencias. Nosotros ciertamente, no somos aquellos elegidos de Dios de que nos habla la historia, que olvidaron su culto porque conocieron que las hijas de la tierra eran hermosas; nosotros hemos descubierto que cada cosa de la creación encubre un placer, y hemos poblado la naturaleza de falsos dioses. La fé y los terrores de la muerte, han perdido su prestigio para volverles el anterior poder que les hacía tan fuertes contra los malos. El sacerdote se ve obligado á descender de la altura divina de su ministerio, hasta el campo cerrado de la filosofía y de la teología natural, á armarse de razones que hemos visto robustecer la fé vacilante de las altas inteligencias que hemos estudiado, y cuyo orgullo pretendia reconocer á un Dios, con la ayuda de las inducciones contemplativas de su cerebro, llegado al apogeo de los conocimientos humanos. Un sacerdote de lugar, respira y combate en otra atmósfera; habla á corazones de donde la fé no se ha desterrado, cultiva arbolillos dóciles que puede dirigir, y cuya copa logra siempre enderezar hácia el cielo. El mismo, alejado de las olas contagiosas de los grandes, concluirá tarde ó temprano por hacerse aun mejor

sino hubiera recibido de Dios la noble vocacion del sacerdocio. Se ha advertido durante los mas fuertes parasismos revolucionarios, que los pastores de las aldeas fueron los últimos y los menos numerosos, en aceptar el triste beneficio de una legal apostasía.

El pontífice de las grandes ciudades, es en nuestros dias una autoridad militante, y es imposible, si se halla bien penetrado de las inmensas obligaciones de su ministerio, que no se lea en su rostro aquella sublime tristeza de los hijos de Dios; de que se ha hablado durante los malos dias de la Iglesia. No tratamos aquí sino de los buenos y dignos sacerdotes, de los que cumplen sobre la tierra un verdadero apostolado. No es un hábito particular ni un exterior de mando lo que revela á un ministro del evangelio, y un noviciado en un seminario ha podido ser un retiro forzado, donde un alma mundana ha soñado con la ambicion, con la fortuna ó con alguna otra cosa peor. No, esto seria conceder demasiado á la educacion; esto jamás ha sido suficiente para formar un prodigio. ¿Quién es buen abogado, buen médico, ó literato irrepreensible, por que ha estado muchos años en los bancos de la universidad? Una escuela; ¿qué es sino un campo esmaltado de flores, donde la aveja va á chupar el jugo que produce la miel, y la serpiente el que destila el veneno? Todas las universidades tienen sus contras.

El sacerdote que da sus consuelos á las buenas gentes es mas dichoso que aquel cuya instruccion es mas adelantada, y cuya clase le imponen deberes que cumple entre las clases ilustradas y entendidas del mundo. Vive por mas largo tiempo; sus dias corren con mas lentitud y satisfaccion en medio de los que ama y que creen en su palabra; llega á la vejez por los mismos senderos que el pastor de lugar; no ha entorpecido su cerebro con las meditaciones científicas, y se libra de los tormentos de la ambicion, de las enfermedades cerebrales y nerviosas, de las afecciones morales que desaniman ó estimulan á mansalva el orgullo humano bajo un cráneo mitrado ó doctorado. Se deja vivir y morir en el espíritu y en el carácter que conviene á los mas hu-

mildes de entre los servidores de Dios; es la imagen del náutico en su barco su iglesia es la navicilla en la cual voga largo tiempo con el único anhelo de pescar las almas para iluminarlas con los rayos de la fé. Su muerte se presenta á él bajo una forma sencilla y apetecible; la ha previsto como la ha deseado todos los dias de su vida, cuando se esforzaba cerca del lecho de un agonizante á hacerla tan hermosa como para sí mismo la deseaba. Hemos visto morir tantas de estas criaturas evangélicas!... Viejos y gastados por la edad, su alma brilla todavía con una serenidad tan vital como en la primavera de sus dias. Ningun hombre ha sido siempre como él, el mismo; nunca ha variado. En las horas de la agonía de un pobre sacerdote, éntrese con recogimiento en su modesto domicilio, si se quiere estudiar y comprender á éste elegido de Dios; no hay ni fausto ni elegancia; sus muebles son limpios y de una sencillez anacorétic;a hágase una celda del cenobita y todo lo que oculta la desnudez sirve para un uso doméstico ó religioso. Una dura cama, algunas sillas, una mesa, un armario, un reclinatorio antiguo y usado, una Virgen, un Cristo de marfil, algunos *milagros* y algunos cuadros de Santos. Sus reliquias venidas de Roma ó de Jerusalem se hallan suspendidas, con el cirio bendito, el laurel de las Pascuas, y los adornos de su pila del agua bendita, encima de su cama. Un *memento* de la muerte entapiza la pared de su alcoba; allí, en medio de sus riquezas que nadie envidia y que rara vez tientan á sus herederos, un peregrino del mundo cristiano, va á esplayar por última vez su alma por cima del seco tronco de su cuerpo; humilde y suave flor si alguna vez ha existido que oculta sus perfumes bajo el follage, y que el viajero extraviado no reconoce sino á la hora de su sueño bajo la encina de los bosques.

El pobre sacerdote que va á morir, sabe perfectamente todo lo que le resta hacer para arreglar su viaje. Lo sabe como una leccion aprendida que va á poner en práctica. Se diría al ver su indiferencia por la vida, que llega al fin de ella como una cosa que él sabe

mejor que todos los que le rodean. Padece agudos dolores en las entrañas, y sus ojos miran con amor al Cristo á quien tantas veces ha visto padecer y morir. Ya no es mas que una sombra, y su voz repite con una dulzura inefable los versículos de aquella epopeya de los ángeles, cuyo autor divino, el Homero inspirado de Dios casi desconoce, y que llaman la *Imitacion de Jesucristo*. Recibe la Eucaristia, y su mirada brilla de alegría como el convidado radiante de las esferas celestes: está allí sin miedo y sin remordimientos como un apóstol de la cena dormido en la santa mesa. El misterio ha concluido, y reza todavia esperando la muerte. Cuando ya ha recibido la Extrema-uncion conoce que ya nada tiene que hacer y que ya puede dormir. Entonces se aísla del mundo, vive en sí mismo, y se extingue poco á poco, como las constelaciones que se sumergen con dulzura y amor bajo las olas límpidas y azuladas del Oceano,

La agonía y la muerte de los dignatarios de la iglesia no se diferencia nada de las que acabamos de describir; la misma fé les sostiene siempre en el borde del abismo y les adormece con la esperanza de la eternidad. Solamente el gran prelado, elevado á los honores de la tierra y que los ha merecido por la fuerza de su carácter ó las pruebas de su génio, no es igual al pobre sacerdote que ha cargado humildemente con su cruz y que ha dicho á los humildes. «Haced como yo y caminad sobre mis huellas.» Hay del uno al otro toda la diferencia que existe entre el que obedece y el que manda; y ya se sabe si las formas del mando y las insignias respetadas de un poder de que cualquiera se halla investido, amoldan el carácter al amor de la dominacion y al orgullo de sí mismo.» Ya lo hemos dicho en otra parte, cualquiera que sea la region intelectual que el alma habite en este mundo, es preciso que al fin descienda al nivel de las creaciones comunes, y que la humanidad pague su cuenta de fragilidad y de errores. Hay en el eclesiástico dos individualidades, la del hombre propiamente dicho, y la del sacerdocio; y segun ella se demuestra exteriormente bajo una ú otra

forma, así se nos presenta con la abnegación de un apóstol ó con las debilidades de la humanidad.

Los jóvenes curas que ambicionan las grandezas temporales, deben necesariamente hacerse personas del gran mundo, aprender sus costumbres, y adquirir sus conocimientos. Esta educación ficticia y convencional puede suscitarles mil infracciones de la regla severa y cenobítica de su orden. Los triunfos del amor propio y las mordeduras del orgullo herido, son, me atrevo á decirlo, mas sentidas por los que tienen un interés mayor en ocultarlas á las miradas de los que les observan. La vida contemplativa á la cual se han dedicado por estado, y de donde sacan el ascendiente mágico que ejercen sobre las masas, perdería todo su prestigio si se pudiese creer que es una capa detrás de la cual late un corazón henchido de vanidosas preocupaciones. Nada iguala á la tortura de un mal moral que el respeto de sí mismo nos obliga á devorar en silencio. La soledad á que están condenados los que deben imponer á la multitud por sus prácticas místicas y piadosas, introduce mas en la fibra del corazón el aguijón de los pensamientos corrosivos de la dominación. Las miras ambiciosas son todo lo que pueden ser en un claustro; no se hallan mitigadas ni entibiadas por el trato de los hombres y de las cosas que nos las hacen menos atractivas, y que las ahogan en las olas de un sensualismo embriagador.

De todo lo que precede podemos definir dos espíritus de sacerdocio: 1.º el de la vocación natural: 2.º el del carácter ó el del estudio. De hay también dimanar los dos modos diferentes de agonía y de muerte. Hemos conocido y amado muchos tipos de jóvenes y buenos sacerdotes; les hemos seguido desde los bancos del colegio hasta su lecho mortuario en que la mayor parte han espirado en la flor de la edad.

M<sup>\*\*\*</sup>, era un escolar modelo; siempre sencillo afectuoso y reservado, solo tenía un defecto á los ojos de sus camaradas, el de no disfrutar de las diversiones bulliciosas que iniciaba á la juventud imperial en los juegos de la guerra, á que los convidaban con tanta frecuencia los alarmantes boletines del grande ejército. Frecuentaba

cón asiduidad las iglesias, y les obligaba al respeto, porque estaba siempre en escena y se mostraba con la misma decencia que admirabamos en él cuando, á nuestro lado, en la mesa del estudio, nos excitaba á escuchar las lecciones del maestro, y nos corregia el tema y la version, cómo si no aspirase al primer lugar. Nunca consentia en venir á nuestras casas en los dias de vacaciones; pero recuerdo que un dia en que me hallaba gravemente herido de una pedrada en la cabeza, resultado de una batalla que los colegiales presentaron á los muchachos de la plebe en la muralla, vino espontaneamente á mi casa, me dió sus consuelos y sobre todo su parecer sobre el mal empleo de mi tiempo; despues todos los dias venia á curarme la llaga.

M<sup>\*\*\*</sup>, entró muy temprano en el seminario, y salió de él con una reputacion ejemplar; fué distinguido por un grande prelado que le hizo su secretario y su amigo. Los honores de la iglesia le hallaron al mismo tiempo que el sacerdocio. Aceptó su posicion como una dura necesidad de su empleo; pero jamas se pudo conocer en su fisonomia, de una dulzura evangélica, el menor síntoma de una pasion mundana ó cavilosa; ó yo me engaño, ó habia sobre esta cabeza clásica del genero de la sublime protuberancia de la *religiosidad*; y en sus ojos, de un azul celeste y humedecidos con un rocío límpido, la inesplicable quietud de la mirada del jóven san Luis Gonzaga. Como él, nuestro buen colegial, no faltaba nunca á su mision, era infatigable; todo el dia lo empleaba en obras piadosas. La misa, los oficios, el pulpito y el tribunal de la penitencia, no le dejaban ningun descanso; era el director de los jóvenes de la congregacion y de la cofradía de los penitentes; tenia tambien gustos cosmopolitas, que su debil salud le imponia el deber de repeler. Hubiera querido atravesar los mares por espíritu de proselitismo, y envidiaba los duros trabajos de los misioneros en Oceania. No se conocia de una manera cierta su vida privada; todo lo que yo supe de él fué, que se imponia con obstinacion el ayuno y la abstinencia, que combatia todas las inclinaciones naturales á la humanidad; en una palabra, tomaba la carne todas las veces

que una imperiosa necesidad de la vida se ofrecia á él bajo los atractivos del placer ó de una satisfaccion; entonces fué cuando le vimos enflaquecer extraordinariamente, sus mejillas se hundieron y su mirada iluminada, como la de un cataléctico, parecia haber absorbido para sí sola todo el fuego de su débil existencia.

A no dudarle el ascetismo religioso, esta piadosa manía de los espíritus poseidos del amor de Dios, consumia lentamente este alma apostólica. Por fin cayó gravemente enferma algunos dias despues de mi sermón que habia predicado sobre la muerte del justo; desde lo alto del púlpito fué el profeta de su propia muerte; recuerdo que en su patética peroracion pidió al Altísimo que concediera á sus ovejas la hermosa muerte que él tambien experimentaba; se hubiera dicho al escucharle, que él mismo era un justo resucitado para describir á los vivos las escenas de su agonía. Un hecho singular que merece ser notado es que, haciendo hablar á Lázaro sobre las visiones espléndidas de la eternidad cuando tocaba al borde de la tumba, improvisó una série de bellas exclamaciones sobre la nada de las cosas y sobre la beatitud de los elegidos, que fueron repetidas, palabra por palabra, por él durante su último sueño que hemos llamado muchas veces el delirio de la agonía. Creemos que existe en ciertas disposiciones del alma, y segun la manera con que se la ha ocupado en este mundo, sueños que no son una divagacion del espíritu libre, del freno y de la razon.

En la fuerza de la edad y de la vida, ¡cuántas veces durante un sueño profundo no hemos recorrido en algunas horas todos los países y todos los hombres que habíamos visto sobre casi todos los continentes del mundo! Haciendo memoria al despertar, de estas admirables apariciones, recordamos que hemos soñado largo tiempo sobre acontecimientos que habian pasado á nuestros ojos sin ocuparnos de ellos. Mi alma habia observado y mi inteligencia aprendido sin saberlo. Este fenómeno, aplicado al mundo metafísico, ¿puede no ser el que transporta un alma ardiente y privilegiada al dominio de lo increado durante las visiones estáticas de Santa Teresa,



y las de los piadosos agonizantes? Lo que debe dar á ciertos sueños mas importancia de la que la conceden los espíritus fuertes, es la especie de culto que les rindieron hombres tales como Moisés, Alejandro, César y Napoleón.

Pero volviendo á nuestro pobre amigo, una fiebre nerviosa le clavó en su cama durante tres semanas, y le arrebató toda la fuerza física que le quedaba. Causaba lástima ver su esqueleto cubierto con alguna carne, arrugada y amarilla. Se hubiera dicho que sus huesos hacian esfuerzos para salir de su cubierta piel. Su alma solo sobrevivió entera, á la nada anticipada de su ser. La certeza de su próxima muerte habia dado á su fisonomía una expresion radiante; hablaba de ella á las numerosas personas que venian á consolarle como de un acontecimiento dichoso, como de un favor pontifical del que todavía no era digno; y ya no se ocupó de las cosas de la tierra. Iglesias, sermones, congregaciones, porvenir, todas aquellas ocupaciones que le habian sido tan queridas las habia olvidado, como el amante que no respira sino pensando en su querida. Era la *mortis amor*, con la esperanza de la eterna vida. Nos recordaba las alegrías puras de las jóvenes vírgenes que han tomado el velo, que hemos visto gozosas como los niños al aspecto de la muerte, y que se ponen tristes cuando el médico les anuncia el dichoso efecto de sus remedios. En general, los jóvenes sacerdotes, cuya vocacion fué irresistible mueren en un *sensualismo* teosófico como si hubiesen soñado hallar delicias en los sombríos misterios de la muerte. Nuestro joven sacerdote hubiera reñido voluntariamente al que expresára sentimiento por su próxima emigracion; parecia decir á los sacerdotes que rodeaban su lecho, y que deploraban su suerte: «¡Qué mal hacéis en cometer, en perjuicio mio, un pecado de envidia!» Parece que un poco antes de acabar su ascetismo tomó un vuelo todavía mas atrevido hácia el cielo; porque una mañana refiriendo una especie de vision que habia tenido, exclamó: «¡Siempre me he humillado delante de Dios; pero si me permitiera relatar todo lo que sé de su gloria, me parece aclararia los puntos

mas oscuros de la revelacion. Dios me ha hecho esta gracia porque ya no soy de este mundo.» Tuvo un sueño de agonía que duró tres horas, durante las cuales pronunció con voz distinta y clara muchas máximas de sus pensamientos sobre la muerte, y que le habíamos oído en su sermón el día de la fiesta de difuntos. Cuando abrió los ojos, preguntó á su confesor si habia recibido la Extrema-uncion.

Este jóven, santo ó sacerdote como quiera llamársele, parece que nunca ha vivido con una existencia mortal, y lo mismo sucede con todas las altas inteligencias que se aíslan de los intereses mezquinos de una sociedad que bulle en torno suyo, para vivir en sí mismos; para llevar todas sus manifestaciones de existencia hácia un fin metafísico y religioso. El verdadero tipo del género divino que no ha llenado las condiciones de su porvenir, es el de nuestro jóven eclesiástico; murió como un verdadero gran apóstol de Cristo que el verbo llama á sí para recompensarle de su corta mision. Esos caracteres piadosos é inspirados tienen necesidad de morir jóvenes para aparecérsenos radiantes y hermosos como los ángeles. Si envejecen y si combaten por sus doctrinas, se les vé desgraciados y mártires; luchan algunas veces en vano contra los rivales de su orden, y sucumben desesperados y pobres; entonces un impuro Zailo como el cura Bossuet cuando escribia á su tío el gran orador del púlpito, se atreve á decir de ellos como de Fenelon. «Este animal feroz que espanta á la cristiandad con sus rugidos.»

No conozco mas carácter de verdadero sacerdote que el que se reasume por la vocacion de un ardiente apóstolado; cuando un individuo del sacerdocio excusa por sí mismo la vulgaridad ó la inconveniencia de cualquier accion, cuando cose á su traje venerable pieles de zorro, de gato, de tigre ó de leon, no se debe esperar nada bueno de este falso sacerdote, cualesquiera que sean por otra parte las apariencias de su piedad y las maneras suaves con que se conduzca en el mundo. En general, y sobre todo hoy día en Francia, estas anomalías de la mas sublime de las profesiones son excesivamente

raras ; se encuentran mas bien en la clase de eclesiásticos que aspiran á elevarse , que viven de esperanza, de ambicion y de sacrificios de amor propio á la vista del poder que les cubre con su mirada , para reconocerlos y unirlos á su causa. ¿Qué importa á la hora de la muerte que se haya sido gran cura, ó buen dignatario, cruzado ó mitrado, si se han pagado las insignias de su poder con la prostitucion de lo que mas se debe amar despues de Dios, la independenciam y el honor ? El fanatismo de un falso celo religioso es la mas abominable de las aberraciones del pensamiento, menos por las predicaciones que transportan las masas hácia un fin político , fingido ó verdadero , que por la hipocresía de los que fundan su poder temporal en las tempestades populares que fomentan á su placer.

Nada es tan antisocial como un fanático de mala fé en cualquiera clase que se le observe; es un coloso con pies de barro , y ninguno es tan deplorable como él cuando cae roto por el infortunio ó la muerte. Estos hombres acaban , como todos los ambiciosos, con el gran sentimiento de no haber terminado la obra de su orgullo ; y echando de menos amargamente la vida sobre la cual habian sentado sus solas y verdaderas creencias. Mueren no obstante, cumpliendo con las formas cristianas; pero su paso en este mundo no deja ningun ejemplo que ofrecer á los imitadores de los buenos y generosos modelos.

M.\*\*\*, al salir del seminario, habia abrazado la carrera de las misiones ; jóven todavía , estudiante regular y de carácter enredador , manifestaba gusto por el poder y el mando ; ya dueño de si mismo , se encontraban en él dos hombres , el del mundo y el del púlpito ; tanto como se mostraba afable y benévolo al lado de los dichosos de la tierra , era tanto mas energúmeno é inexorable cuando dirigia á un auditorio su palabra ácre y aterradora ; queria llegar á la conversion por el terror y el espanto ; tenia un infierno suyo , y se inspiraba á su gusto para arrancar abundantes lágrimas á las buenas gentes que queria atraer al seno de la Iglesia. Sin embargo , ambicionaba una gran posicion en su orden,

cuando se vió obligado, á consecuencia de un cambio político, á terminar su mando; guardó silencio y su ambicion oculta le suscitó muchos males físicos que le absorbieron por entero; desde entonces no pensó sino en vivir y en no padecer. Pasaba su tiempo en estudiar sus dolores, en fatigar á los facultativos mas afamados, en asirse á la existencia por todos los medios que engañan calman ó curan el dolor. La tisis que rara vez perdona, era á su juicio un simple reuma; contaba con una perseverancia infatigable el número cotidiano de sus toses y de sus esputos; quemaba estos para reconocer el olor, y los hacía disolver en el agua para juzgar de su naturaleza, los miraba con un microscopio para buscar los animalillos que son particulares á los esputos del simple catarro, y este hombre en otro tiempo tan apasionado por el triunfo de su causa, murió sin pensarlo, engañándose todos los dias con una finura admirable; sacrificando de este modo á su error su lógica, sus creencias, su ministerio y su Dios; el carácter político deslució al carácter pontifical, en el sentido que la alianza temporal y espiritual forma dos hombres distintos que se niegan y se repelen.

No obstante, el sacerdocio admite con razon una gerarquía en los poderes; es dichoso con proclamarla, y en ninguna parte como en Francia, los honores de la iglesia van á buscar á los hombres que de ellos son mas dignos. No queremos otras pruebas que las suministradas por la revelante agonía de los grandes prelados que continúan en medio de nosotros el apostolado de san Pedro. La agonía de los curas de las primeras ciudades del reino, de los obispos y de los arzobispos, ofrecen una mezcla augusta de sublime resignacion, de caridad cristiana y de grandeza de carácter, que solo pertenece á su clase de hombres alimentados en la escuela de un poder que hacen respetar y bendecir, hasta bajo el dosel mortuario; nuestra época es mas fértil en este género que ninguna otra. Lo debe sin duda á este nivel de condiciones individuales de donde salen los que por sus talentos y su piedad se han revestido en una edad avanzada de las insignias del poder temporal. Aquí, mas que en

parte alguna; las prerogativas del nacimiento y de la fortuna han terminado; y quizá es uno de los bellos frutos de nuestra revolucion radical el de esta igualdad de todos los miembros del clero ante la ley, y el derecho de solicitar las mas eminentes posiciones del sacerdocio. Es preciso decir tambien que los poderes de la tierra habiendo al fin concebido los altos destinos de los que aspiran á reinar sobre las almas, no se atreven á ambicionarlos para ellos ó para sus amigos, cuando no son llamados por una vocacion irresistible; por otra parte, las inmunidades y privilegios abolidos por el poder de las nuevas ideas tambien han disminuido considerablemente el número de las ambiciones mundanas. El clero nace pobre como el apóstol del Evangelio, y como él muere pobre. La cizaña no crece en un terreno que es preciso cultivar con el sudor de la frente para darle valor.

Véase la historia de los finados de la alta clerecía de Francia de doce años á esta parte; y se observará que es admirable y fecunda en señales morales y cristianas. Nos hemos impuesto esta tarea y seria preciso un volúmen para contar los episodios finales de una vida pura que corre como las bellas cascadas que quiebran las rocas orgullosas y que hacen abrir las flores, ó aumentan los pastos, y por todas partes sus aguas llevan la fecundidad y la vida.

Hay un momento decisivo en la larga carrera de los hombres del sacerdocio; este momento es cuando el sacerdote que la sigue con amor, conciencia y buena fé parece recibir del cielo un rayo de revelacion súbita que recuerda el misterio de aquellas lenguas de fuego que iluminaron el alma de los apóstoles, y que les transformaron de simples pescadores en sublimes inteligencias, en oradores patéticos y convencidos. Aquel fue el *quid divum* de todas las profesiones; pero este es el *divum* en toda su verdad. Este prestigio que se une á todas las improvisaciones oratorias de los grandes prelados, no es la obra de un cayado pastoral, de un traje morado, ni de la mitra solemne. No, si este prestigio fuera tan vano como un grosero escepticismo parece decirlo, su pala-

bra seria enfática, hueca, engañosa y controvertible como la de los oradores asalariados y sin convicción. No, su elocuencia no viene del hombre que habla en carne y hueso; desciende de un manantial más puro, más etéreo; dimana del espíritu de paz y amor que habita el cielo. Hay en la elocuencia pastoral un misterio, y este misterio es el que hace su encanto y su belleza.

Estos hombres predestinados son sobre todo magníficos é imponentes en la hora de su muerte; no terminan su viaje como el joven arcángel de que hemos hecho mención que cantaba más bien que contaba su agonía. Ellos la describen como verdaderos profetas, y como si la relación de su cruzada fuese expresada por otra boca. Con frecuencia uno se admira de las palabras y de las máximas que encuentran sin esfuerzo, como poseídos de un acceso de un genio lírico que se estaba lejos de suponerseles. ¡Es admirable el profético *adios* del confesor de Luis XVI «Hijo de san Luis, subid al cielo.» Pero este grito del alma se ha popularizado tanto, porque el vulgo lo que más aprecia es la vida; y porque este *adios* había sido pronunciado bajo la cuchilla inexorable de la guillotina. Pero los que creen en las promesas de la religión, escuchan con recogimiento el *adios* que dirigen á la vida los pontífices venerables de la iglesia; ellos recogerán también las verdades de la tumba, separadas de los horrores del patíbulo y del acre espectáculo que ofrece una cabeza coronada separada de los hombros.

La muerte de un príncipe de la Iglesia tiene un sonido natural, tanto á causa del carácter oficial del hombre, como de las imponentes ceremonias que le cercan en su hora suprema. Debe morir como héroe en la posición de que le han hecho merecedor sus virtudes y sus talentos; lo debe á la edificación de aquellos á quienes ha querido convencer de su alta inteligencia y de su ardiente fé. Acostado sobre su lecho de respeto, recibe á su clerecía como otras veces bajo el dosel de su metrópoli, domina todavía á la asamblea que se apiña en derredor de su lecho para verle, oírle y recoger sus menores palabras que mañana, y los días siguientes, serán el

motivo de conversacion en todos los pueblos de la diócesis. Un dia asisti á los últimos momentos de un arzobispo; no hubiera creido nunca que el carácter del hombre pudiese ostentar tan noble fiereza en presencia de todo lo que proclama la nada; veo todavía la imponente figura del gran prelado y su bella mirada, quedando impassible y solemne en medio del ceremonial de costumbre. Estaba sentado de esta manera: la espalda apoyada sobre un almohadon de muaré; el rostro vuelto del lado de un magnífico altar adornado con los ornamentos pontificales; mas de quinientos eclesiásticos ó cristianos oraban de rodillas: un número infinito de círios ardian por todas partes: el incensario se agitaba en las manos de los levitas, no esperando mas que incienso y mirra para perfumar esta imponente reunion. El arzobispo escuchaba con las manos juntas y con un aire de magestad las oraciones que se dirigian á Dios por las cabezas tocadas por el unguido del Señor. Recibia esta muestra de poderío y de grandeza como si no fuese la última, y como hombre acostumbrado á reinar. En el momento de recibir la Eucaristía, el prelado se enderezó en la cama para levantarse; lo quiso, y ninguno se atrevió á oponerse á su fuerza y á su gran edad. Es un hecho que este anciano, minado por largas enfermedades y por los síntomas de la muerte, recuperó por un momento su vigor acostumbrado para salir al encuentro de su solo dueño en el cielo, y recibirle de rodillas con toda la humildad cristiana. Entonces fué cuando, prosternado sobre una grada elevada, tuvo un momento de inspiracion divina. Improvisó tan bellas armonías al contemplar el misterio que venia á él bajo las mismas apariencias que para los mas humildes, que nos imaginamos habia otra cosa en la santa ostia de los arzobispos y que habia ademas un sentimiento indefinible mas santo y mejor experimentado en la fé de Dios. Despues de la ceremonia, el gran prelado enderezó toda su magestuosa estatura, y dió su bendicion á la reunion. Vuelto á colocar en su cama, las oraciones tomaron un carácter augusto; tenian por texto la salvacion de un príncipe de la Iglesia que habia siempre tenido en el corazon los intereses de la religion, que habia

combatido por su triunfo, y que moria en toda la inocencia de su corazon y de su alma.

Entonces dos vicarios jóvenes rodearon su lecho; tomó la mano de uno de ellos y les dijo: «Rogad por mí; glorificad al señor que ha querido humillarme para los unos y santificarme para los otros. Dios que conoce todas mis acciones, no me abandonará en este momento supremo. Yo no creo que las fuerzas me falten en este último combate en que el alma lucha con la carne; pero si estuviera débil, si mis palabras hiciesen traicion á mi firme voluntad de morir en estado de gracia ¡oh! entonces recordadme mi deber; no dejéis de hablarme; vuestra voz sostendrá mi valor.» El médico que le habia asistido en su corta enfermedad, pidió ser introducido en la habitacion. Cuando le vió le dijo con una uncion evangélica: «Ya veis! yo os habia dicho que mi hora era llegada: ya era tiempo de acabar. Sin embargo, os doy gracias por vuestros cuidados. Confieso que hubiera querido vivir todavía para cuidar mi rebaño; pero Dios no lo ha juzgado como vos y yo: cúmplase su santa voluntad!»

Dos horas despues que el prelado hubo recibido la comunión, quedó aletargado. Asi como lo habia ordenado se le llamó por su título de Monseñor y le pidieron su última bendición. Entonces aquel magnífico agonizante abrió los ojos y volvió á la vida como por efecto de un choque eléctrico: hizo un esfuerzo para incorporarse, y despues de haber estendido su mano y de haber pronunciado las palabras sacramentales, su espíritu, vuelto á su lucidez, le dictó estas palabras: «Hermanos míos, yo os dejo en medio de la pelea en que por tan largo tiempo he combatido por el triunfo de la cruz; continuad la tarea que os dejo comenzada. ¡Ojalá murais en la brecha de las malas pasiones! Yo voy á esperaros á los pies del trono de nuestro soberano.»

Y murió en la paz del Señor. Se procedió dos horas despues con una solemne etiqueta, en medio de los perfumes, de las oraciones y de los cantos piadosos á preparar el adorno mortuorio del difunto. Se le colocó sobre una cama elevada encima de una grada. Estaba como dormido revestido con la dorada capa pluvial, cal-



zados los zapatos de raso que llevaba, su cruz en el pecho, y la mitra brillaba en su cabeza; el báculo episcopal estaba á su lado. En esta pomposa actitud se le hubiera creído vivo y en plena meditacion. Estaba hermoso, orgulloso y austero como en un dia de fiesta cristiana. Despues del tiempo y oraciones de costumbre fué colocado en un catafalco construido en medio de una capilla iluminada; allí estuvo ocho dias, durante los cuales, las oraciones especiales de los príncipes difuntos fueron escrupulosamente recitadas por su órden por los miembros de su clero. Despues de la octava se celebró un gran funeral de cuerpo presente segun el ritual acostumbrado en semejantes casos. Las eminentes funciones del arzobispado estan llenas de homenajes y de respetos aun mas-allá de la tumba. La iglesia al perder un obispo en la tierra, adquiere un protector en el cielo. Su memoria vive perpetuamente; en su diócesis se le ruega y se le implora por largo tiempo.

El cuerpo del venerable prelado fué llevado á su último asilo con toda la pompa de su ornamento y con el rostro descubierto. El séquito innumerable que le acompañaba atravesó todas las calles de la ciudad en que habia muerto. Llegado al lugar de descanso despojaron al cuerpo de la capa pluvial, le dejaron el alba de lino, los zapatos de seda, la estola y la mitra; en seguida cubrieron su rostro con una lijera gasa y le deslizaron poco á poco en su ataud hasta que su cadáver quedó colocado de un modo conveniente. En esta ocasion hubo un acontecimiento que aunque simple en la apariencia no dejó de hacernos sensacion. Sea que la medida de la caja hubiese estado mal tomada, sea que el pontífice aun muerto hubiese querido dirigirse á la tumba con toda ia magestad de su estatura, se halló que su cabeza no podia colocarse como corresponde á un héroe, y se vieron obligados á inclinarla sobre su pecho mas como el primer esfuerzo habia sido infructuoso el pontífice la enderezó con orgullo, abrió los ojos y parecia apelar á la tierra de este insulto hecho á su frente coronada.

Conocimos á este poderoso arzobispo tan solo un momento en nuestra vida, y en la languidez de su vacilante salud. Napoleon le halló de simple cura, y al confiarle la oracion fúnebre de uno de nuestros primeros semidioses muerto en el campo del honor, le promovió al obispado. Un rasgo de su vida es suficiente para honrar su carácter, su agradecimiento y su espíritu de caridad. Estaba desauiciado, y sin embargo, habia reunido en una comida de etiqueta á todas las personas á quienes profesaba afecto ó que eran recomendables por su talento, ó por su posicion en el mundo. Se encontraba este dia en la mesa un jefe famoso de las misiones de Francia, quien afectaba llamar con el nombre de Buonaparte al que en ocasion de la consagracion de nuestro arzobispo tenia otro nombre. « Poco á poco respondió con una calma imponente el noble prelado; deteneos señor cura: Jesucristo ha querido que se diese al César lo que es del César; en este momento faltais á este precepto del legislador de los cristianos. En la época de que hablais no habia ningun Buonaparte ni ningun general de este nombre; pero la Europa entera conoció y admiraba al Emperador Napoleon.

Los papas mas convencidos todavia de su poder *casi* celeste, acababan siempre con mas solemnidad y magnificencia el último acto de su carrera pontifical. Esto se concibe bien; un alma papal se halla siempre alimentada con la sublime idea de Dios. El que vé humillarse ante su tiara todos los tronos y todas las dominaciones de la tierra, un pontífice que, en una palabra, solo dimana de las voluntades del cielo, debe considerar la muerte desde una eminencia culminante, inaccesible al resto de los hombres. Desde su trono colocado en la bóveda de la cúpula del cielo, debe lanzarse á la diestra del Eterno con la magestad y la rapidez del vuelo de los arcángeles. ¿ Quién podrá decirnos los pensamientos íntimos de un soberano Pontífice, sobre todo si es de aquellos cuyo reinado ha transcurrido en medio de la paz de su Iglesia, cuya nave reverenciada navega sin peligro por cima de las olas tumultuosas de las pasiones liberticidas y sangrientas? Entrad en la Santa Roma cuando un

papa está espirando ó cuando ya á muerto. ¿No parece que la ciudad eterna, recuerda aquella Sion desolada tocando á su último dia? ¿podria acabar como otro cualquiera aquel para quien la muerte se adorna con sus vestidos de fiesta y de santa alegría; el que oye las lágrimas, los gemidos, las oraciones de cien mil criaturas, aquel por quien los templos se llenan de fieles, por quien mil campanas hunden los espacios y llenan el aire de las tristezas de la tierra, aquel en fin que camina á la nada de este mundo con las llaves que abren las puertas de la inmortalidad en el otro? No me persuado que pueda haber nada mas propio para desnaturalizar la idea horrorosa de la muerte y circundarla con una aureola resplandeciente de azul y de luz, que esos preludios y esas magnificencias pontificales; un soberano de la iglesia solamente puede no morir como el vulgo; solo él vive enteramente, ó por mejor decir vive siempre; su muerte solo es un cambio de reinado.

Así para reasumirnos, el humilde sacerdote del campo ó el que vive con el mismo espíritu de sencillez en las ciudades, muere como el valiente soldado obedeciendo sin murmurar al órden de los destinos; su muerte es el fin de un viage penoso. El jóven sacerdote cuya fé le lleva á la misticidad muere sonriendo; su muerte es la recompensa anticipada de sus obras. Los ancianos y grandes prelados no invocan la muerte; al contrario, apartan de sí esta idea y conservan la vida por todos los medios conocidos, por la higiene y el arte. Una vez convencidos de la aproximacion de la muerte la reciben con resignacion, como los jenerales de vanguardia que despues de haber combatido largo tiempo, sucumben y se duermen sobre los laureles de sus trabajos y de su gloria. Hasta aquí no hemos hablado sino de los guardas pacíficos de la barca de san Pedro, la vida de los cuales corre en paz y abrigada bajo la nave de una parroquia. Falta á nuestra revista mortuoria la relacion de los peligros, de los naufragios y de los fallecimientos dramáticos que hieren algunas veces al antípoda de su patria, de los hombres-prodigios abrasados por el amor de Dios, de los verdaderos apóstoles que sin interés ni am-

bición proponen todos los días á la barbarie y á la ignorancia de los pueblos nuevos el espectáculo de sus creencias ó de su martirio. Un misionero es un verdadero cruzado de los tiempos modernos, un soldado de Cristo que marcha al combate y á la conversion de los nuevos gentiles con un pensamiento menos ambicioso y mas noble que el de los conquistadores del santo sepulcro; gentes ávidas que procuraron mas bien fundar dinastías, que aumentar con sus predicaciones y sus ejemplos el rebaño de la fé. El espíritu religioso despojado de vanos terrores y de falsas supersticiones, puede solo producir y animar el proselitismo cristiano que atraviesa el Océano, para fundar, en medio de los desiertos de la Polinésia, (1) una sociedad católica que quizá será algun dia el arca de salvacion del mundo viejo, si alguna vez los hijos degenerados de la primitiva Iglesia se hallan obligados á sufrir el yugo *moscovita* de un futuro Atila. ¿No es un milagro la obra de la propagacion de la fé? Si ella consigue iluminar con las luces de la Iglesia los vastos continentes ¿no se dirá que fué inspirada de Dios, como lo fué Juana d' Arc, aquella sencilla hija de Lyon que vendió su patrimonio para fundar la mision extranjera confiando á dos apóstoles el cuidado de empezar la cruzada á la cual convidaba á toda la cristiandad?

Los misioneros viajeros, son generalmente hombres de eventualidad y de perseverancia. La vida que llevan en mil sitios distintos, bajo todas las latitudes y en todos los climas, sin ningun cuidado ni de las intemperies del aire, ni del abrigo nocturno ni de los hombres á quienes van á hacer frente, parece haberles sido dada por Dios como un tiempo limitado durante el cual tienen una noble y penosa tarea que cumplir. La muerte los amenaza sin cesar; y bajo cualquier fisonomia con que á ellos se presente, la desprecian como soldados cristianos por la salvacion de la humanidad y para la mayor gloria de Dios.

No son las luces de la teología ni el entusiasmo frené-

(1) Una de las partes en que se divide la Oceania.

(N. de los traductores.)

tico, lo que caracteriza al hombre de las misiones extranjeras. No: los que hemos conocido son sencillos, de una educacion regular, dotados de un gran sentido comun é iluminados por la fé. Los apóstoles que han llenado el universo con su palabra ¿no sabian mas y han hablado mejor de Dios y del alma, que todos los comentadores de la Biblia y los padres de la Iglesia? Esos hombres tan fácilmente convencidos, que un vago presentimiento de su destino impele á largas y peligrosas peregrinaciones, que soportan el hambre, la sed, la canícula y el invierno, que desafian los tormentos y la muerte, y todo esto por el triunfo de una idea, tienen un cerebro organizado *ad hoc*, cerebro completo y especial si los hubo alguna vez, para su género de vida. El instinto de los viajes, la religiosidad unida á la maravillosidad, la perseverancia, la firmeza y muchas veces el afan de la guerra y de la destruccion se equilibran en la superficie de sus cráneos. En casi todos los que hemos interrogado sobre la causa de su determinacion en correr las aventuras de un piadoso viaje, hemos hallado un órgano metafísico preponderante. La vocacion al proselitismo religioso, se asocia siempre con el órgano de las emigraciones y el del amor divino. Hemos asistido al embarque de una mision extranjera, y hemos admirado la abnegacion de aquellos intrépidos peregrinos; ninguno al partir ha vuelto sus miradas á la patria que huia bajo el horizonte. He preguntado á diez misioneros expatriados en distintas épocas, cual era á sus ojos la muerte mas apetecible. Todos han estado acordes en que era la que les hiriese en medio de las santas prácticas de su ministerio; pero variaban en esto: tres nos han confesado que querrian morir en el púlpito al terminar una instruccion pastoral; otros cuatro hubieran preferido recibir la orden de Dios, de dejar la tierra despues de haber conferido millones de bautismos: los otros tres por fin, optaban por un martirio en regla, con tal que este martirio sirviese para la obra de la propagacion. Lo que esto tiene de particular es, que despues de 1825 estos misioneros salieron de Francia, y han muerto todos segun el deseo que habian tenido.

El hombre empapado en las cosas religiosas, aprecia poco las riquezas, el bien estar material, y es el que menos caso hace de la vida; cuando solo se posee en el mundo el *pellejo* se juega ó se pierde sin emocion y sin sentimiento. Y si reune como el forzado el convencimiento de su degradacion moral, la abandona como á un vestido viejo; si está animado como el misionero de una ardiente fé, la prodiga y la espone como una cosa que no tiene valor sino para aquel de quien la ha recibido. El misionero camina con la frente erguida, y el corazon sin temer el contagio de los hospitales, el encuentro de un precipicio, el hambre, el martirio, en fin una muerte inevitable. Es el verdadero *Cúrcio* cristiano; su fuerza moral es el único remedio que opone á todas las enfermedades, á las innumerables privaciones que sufre sin murmurar, y de las que frecuentemente sale triunfante. Por ejemplo, en la Oceanía el misionero \*\*\* se halló atacado del tifus que siega casi por entero un pueblo salvaje: queda solo en una choza acostado en un lecho de juncos, y en el estertor de la agonía «No, dice, yo oré y esperé. Despues de ocho dias de espera, volví á la vida y me encontré solo en un desierto. Todos los salvajes me habian abandonado ó habian perecido. Cuando volví á parecer vivo en el lugar vecino, mi presencia hizo creer en un milagro y bendije á Dios por haber permitido pasase por esta prueba, pues que mi curacion en medio de tantos desastres me proporcionaba una multitud de nuevas conversiones.» He aqui otro ejemplo sacado de una carta escrita por un misionero de las islas del Océano del Sud á la ocasion de la muerte de uno de sus hermanos:

«Mi querido amigo: nuestro amado compañero ha muerto del tifus que habia contrahido á consecuencia de las grandes fatigas y del contagio. Habia estado, durante tres dias, de mision en un rancho de indios vecino á nuestra iglesia; volvíó una mañana con un sol abrasador que sucedió al rocío fresco y penetrante de la noche, y al llegar á la cabaña se tendió sobre su estera de palma y se quejó de una debilidad general y de un fuerte dolor en la cabeza; no quiso hacer nada para aliviar-

se, diciendo que ningun cuidado le daba el morir, y tal era la voluntad del cielo. Desde este momento se halló cada vez peor, y nada exigió de mí, sino agua fresca y una lectura asidua de la vida de los santos solitarios de Occidente. Cuando empezaba ya á estar en la agonía, me suplicó que no cesase de hablarle hasta el fin, y que no dejase su mano. Oprimía la mía con fuerza y estuvo cinco horas en este estado, saliendo de él para decirme que habia oido todas mis oraciones, y que teniendo asida mi mano se creía en Francia, en Auvernia donde vivía su familia y donde tenia buenos amigos. Después de esta conversacion nuestro hermano me dijo que se sentia morir, y me suplicó le recitase la muerte de Cristo. Yo no sé si oia mi voz; pero lo que me ha parecido significativo es, que al dar su último suspiro abrió sus brazos como si quisiese extenderlos sobre el árbol de la cruz, y en esta actitud recibió el golpe mortal.»

Esta relacion tan sencilla de la muerte de un noble héroe de la fé nos sugiere una reflexion piadosa y humanitaria. Es evidente que durante el período depresivo de la agonía, los moribundos oyen y comprenden todo lo que pasa á su alrededor y todo lo que se dice; en esta hora solemne en que, dígase lo que se quiera, los mas fuertes tienen necesidad de consuelos y de esperanzas, es inhumano y bárbaro alejar los próximos parientes, las esposas, las madres y los hijos del lecho fúnebre. Nunca insistiremos demasiado sobre esta prueba de amor y de caridad que el corazon lleno de vida debe al que siente ya el vacío de la nada. ¿Quién sabe si no produce en un cadaver esta transfusion de amor un efecto magnético con el auxilio del cual conserva hasta el fin la ilusion de la existencia? La muerte que afea tantos rostros, apenas se apercibe sobre los que la han sufrido en medio de los testimonios afectuosos de los que les fueron queridos.

Los misioneros viajantes son entre todos los eclesiásticos los que ambicionan con mas fanatismo la palma del martirio. Es preciso decir tambien que son los seres en quienes domina en mas alto grado el organo de la reli-

giosidad. La fuerza que les impele á una vocacion divina es insuperable, resiste á los malos ejemplos, triunfa de la resistencia de las familias, y se centuplica por los peligros.

M<sup>...</sup>, desciende de un padre filósofo que se burla de su piedad, de su gusto de iglesia y de lecturas espirituales. Joven todavia, se escapa de la casa paterna para ir á rezar; entra en el seminario contra el gusto de sus padres, y sale de él para ir á la tierra santa. Allí es donde le hemos conocido; allí es donde pasa los dias y las noches en estudiar la Jerusalem reconstruida sobre los cimientos de la ciudad primitiva. Visita todos los lugares que hizo célebres la presencia de Jesucristo, y las diversas estaciones de su suplicio. Acoje á los viajeros, los conduce sobre el Gógota, á las orillas del Jordan, al jardin de los Olivos, y por todas partes muestra con una sincera conviccion los lugares en que nuestro Salvador ha puesto la huella de sus pasos; ha reconocido la señal y su ilusion sobre este punto es indestructible. Sin embargo, predica el Evangelio á los Musulmanes, y á los Judios que le escuchan con un aire de piedad, que el creé ser él de la contricion; los infieles le creen *mahoul* (loco) y por este título su religion le coloca entre los seres privilegiados de que Dios no se ocupa, y que hallarán gracia ante él. Otra vez le sorprenden midiendo con una pértica la elevacion y anchura de los muros de la ciudad. En vano protesta de su inocencia, pues no se libra de la indignacion de los que le toman por un espía de los francos; por lo que es preso y apaleado. Vuelto á la libertad, empieza de nuevo sus peregrinaciones por todas las partes en que Jesucristo ha predicado; sueña un atlas del nuevo testamento, es manómano de la tierra Santa, no hace doce metros de camino sin ponerse de rodillas y decir á los que le siguen: »Aquí es por donde Jesus pasó para ir á Bethania: un padre nuestro y dos avemarias.» Este hombre admirable vive de raices, de agua pura; y de lo que en Levante se llama pan de esclavos. (Masa negra, amazacotada, seis veces cocida y dura como el granito) Sus austeridades pasan de lo verosimil, iguala por lo menos en este genero los prodigios de los Fakirs



de la India; como ellos pasa muchos días sin comer, en una postura dolorosa, y en estado de contemplacion. Su moral es pura sencilla y consoladora; llena de amor y de fé, sino convierte á ningun turco al Evangelio, á pesar de que él dice lo contrario, es que el mahometismo es una religion hecha con creencias pasadas sobre la influencia del clima de Oriente y el gusto de las voluptuosidades que engendra. Si nuestro misionero hubiera elegido la Polynesia por término de sus emigraciones, hubiese servido mejor á la causa de la cristiandad, y no hubiera intentado lo imposible, la conversion de un turco; en fin su cerebro se hubiera librado de las estimulaciones contemplativas de los santos lugares, donde su vista iluminada vé las cosas como en tiempo de Herodes, mientras que el polvo de la antigua Sion no esta ni aun en los lugares en que los peregrinos van á buscarle.

Esta manera de apostolado no obtiene nuestra admiracion pues caracteriza el egoismo cristiano en toda su aspera desnudez. Aquí es un hombre fanático con una idea que vive solo por ella, y que pide á los desiertos, los yelos y á los infieles torturas y desgracias; quisierá plantar su cruz sobre el calvario al lado de la de Jesucristo, y embriagarse con sus propias angustias. ¡Que orgullo tan esteril! El hombre del sacerdocio que en lugar de sembrar en las almas el buen grano del Evangelio aspira á sufrir y á morir en Dios, es un maniaco, un loco razonable; puede azotarse, macerar su carne, hacerse una cruz, pero invente lo que quiera por beber sus lágrimas, y alimentarse con sus dolores no se eximirá de las condiciones de su vulgar naturaleza, hasta pretender que su muerte sea una imitacion insensata de la del hijo de Dios. El verbo, su mision, y su muerte símbolo impenetrable y verdadero, cuya aparicion coincide con el fin del mundo antiguo con el nacimiento del cristianismo y el mundo nuevo, es no solamente superior á las fuerzas intictivas de la inteligencia, sino que solamente á Dios está reservado el pensamiento y su conclusion: ¿No es vulgarizar lo que no puede ser explicado, no ver nunca en la muerte de Cristo, sino un hijo de sangre real entregado á los verdugos?

Ahora no será difícil de definir el género de agonía que es peculiar á las naturalezas ascéticas y contemplativas de los misterios de la religion. Todos los que se conocen con el nombre de solitarios, de penitentes, de anacoretas, de trapenses, atraviesan la vida como un desierto sin flores frutos ni perfumes. Vogan sobre un mar de arena abrasada por los rayos del sol, con la convicción adquirida, de que solo hay para ellos un puerto de salvación: aquel en que habita la muerte. La esperanza misma de reposo y de felicidad mas allá de la tumba, no debe animarles ni enorgullecercles; presumirian demasiado de su virtud si osasen creer en su eterna bienaventuranza; no son susceptibles de este pecado de orgullo tan grande; en su incertidumbre dudan de tal modo de su salvación que acarician la ilusión de su impureza y de su debilidad. Les es necesario el sentimiento de una profunda humildad, de una especie de indignidad moral para encontrar en sus maceraciones el de una deuda que pagan á Dios. Vedlos bajo las galerías de los claústros, en las soledades de los bosques, en cualquier parte en que busquen el olvido del mundo. ¡Qué no inventan para convencerse de sus pretendidos crímenes, y de la inexorable justicia de Dios! Los unos se desgarran á disciplinazos, otros duermen sobre el suelo, estos se meten en un lecho herizado de clavos. Su compañía se limita á una calabaza y un crufijo. Apostatan hasta de las necesidades de la naturaleza si deben satisfacerlas con el sentimiento de placer y de reparación que ella añade. ¡Singular aberración humana la de estos verdaderos condenados de la tierra! Se van suicidando un poco todos los días, y llaman á este crimen á los ojos de la razón, persistencia y elevación del alma hácia el Creador. ¡Cuánto mas animado de la verdadera fé y de un espíritu severo de penitencia, nos pareció un hombre á quien encontré en un hospital bajo el hábito de enfermero y entregándose, por amor á la humanidad, á los cuidados repugnantes de la mas baja servidumbre! Una noche, mientras que reposaba no lejos del lecho de un calenturiento, se halló entre sus manos una obra escrita en latín de uno de los primeros padres de la Iglesia. Ya le ha-

bia yo distinguido por su celo ardiente y sus maneras afectuosas ; pero desde el momento en que supe se hallaba iniciado en las dificultades de las lenguas antiguas, quise conocer su vida, y lo conseguí. Este excelente jóven habia sido trapense, es decir, que habia vivido lejos de los hombres, sin hablar, sin distraccion, absorto en el pensamiento de la muerte, comiendo como un autómata, escatimando la intencion de encontrar un placer, durmiendo sobre un jergon y trabajando en un suelo ingrato para confiarle los gérmenes groseros de su futuro alimento. Despues habia jurado, á fé de trapense, obedecer ciegamente á su superior y dueño, sacerdote cruzado y mitrado que exigia de él lo que el mas abatido esclavo puede rehusar á su tirano, como es no comer con la satisfaccion de una necesidad satisfecha algunas malas legumbres cocidas con agua, mientras que Monseñor, libre de la tropa caminaba á placer por montes y castillos embozando su silicio en las olas de una vida dichosa y profunda. Un día que tomaba su mezquino alimento delante del abad, éste creyó advertir que el hermano comia muy de prisa, lo que bien podria formular un defecto de glotonería ; la reprension fué justamente en el momento en que la cuchara saliendo del plato iba á introducirse en la boca por un movimiento instintivo. La mano asida á la cuchara, quedó inmóvil á la altura del pecho, y allí debia quedar hasta que el superior ordenase otra cosa. En seguida, despues de haber sufrido el castigo, resolvió dejar la trapa. Su mano infaliblemente se hubiera disecado, si no hubiera reflexionado seriamente en el papel absurdo que le imponian á los ojos de la comunidad, que sin embargo le miraba con aire contrito y sin reir. Arrojó como suele decirse su sayal á las ortigas, y queriendo sin embargo, llevar una cruz de expiacion en este mundo, escogió lade ser enfermero; profesion penosa repugnante, y poco honrosa que los hombres de baja extraccion y de alguna moralidad no aprecian, y en la que los penitentes, bien convencidos de la necesidad del ayuno y de la abstinencia, estan mas inciertos de hallar su salvacion, que en una soledad en que la pereza y las prácticas poco razonables embrute-

cen la razón con gran pérdida para el bien de la humanidad.

Cuando se considere que en el siglo XIX el espíritu religioso puede conducir á semejantes extremos se pregunta uno á sí mismo, si se tiene el derecho de tirar la piedra á esos energúmenos crueles de los tiempos pasados que predicaban gravemente que el medio infalible de agradar á la divinidad consistía en despojarse, por una mutilación sangrienta, de los atributos sexuales. Me parece que hay más barbarie en sistematizar los remedios de rebajar la inteligencia y trasformarla en autómatas sin voluntad y sin pasiones. La agonía y la muerte de los trapenses es un espectáculo doloroso y sensible; consiste en decir al dolor: No, tú no eres un mal; y á la muerte, tu debes ser un mártirio, un cáliz más amargo que el de nuestro Señor en el jardín de las Olivas. El infeliz está allí acostado sobre una dura tarima, en extremo contristado por todas las imágenes de que llenan su alma ávida de sufrimientos, es preciso que padezca todas las miserias, que cante las alabanzas de Dios en medio de las torturas, que apure la medida de sus tormentos, para que la prepare amarga y cruel hasta el extremo. La hora reveladora de la agonía sería una hora de impiedad y de orgullo, si él fuese suficientemente desgraciado para experimentar la sublime despertación de esta facultad mística que el Eterno reserva al hombre hasta su momento supremo para que le contemple en la gloria y en la realidad de sus promesas. Sí, el alma que durante el curso de su existencia no tiene más que este solo momento para vivir desembarazada de las prisiones de la materia, debe renunciar á este único privilegio que tiene una sola vez de acercarse más á la naturaleza de los puros espíritus. Cuando el trapense sumergido por los tormentos físicos y morales cree estar todavía muy debajo de las miserias, que su salud reclama para tentar la misericordia del cielo, es preciso que él se estudie para morir, que afirme á aquellos que le estrujan, todos los poros de su cuerpo y de su alma, que sienta la mano helada de la muerte; entonces se le juzga digno del inmenso favor de la última expiación. Se cubre el tablado

de frias cenizas, se las reúne en un solo punto, se disponen con arte de manera que representen la imagen de una cruz; hecho esto, el pobre agonizante es colocado sobre la eminencia emblemática del árbol de la redención, y en esta es en la que despues de muchas exortaciones al arrepentimiento espera el golpe de gracia que le hiere siempre muy pronto segun la opinion de los que le asisten en sus angustias.

Hé aqui la pintura exacta de tan terrible como inútil muerte; y esta es la que hacia decir á nuestro enfermero desertor de su Tebaida, que un tífus contraído cuidando enfermos, le parecia una obra mas santamente expiatoria que la de los trapenses.

De este modo, entretanto que la caridad cristiana y el espíritu de penitencia instituyen la orden de los hermanos dedicados al servicio de los hospitales, nosotros nos inclinamos á creer, con toda la sinceridad de nuestra alma, que las obras mas meritorias son aquellas que tornan en provecho de las miserias reales de las clases que experimentan mas la falta de los cuidados de la familia y los tormentos del cuerpo.

Solo con admiracion sincera debemos acoger los beneficios de la institucion de los hermanos de la doctrina cristiana que ilumina las clases ínfimas y laboriosas de la sociedad. Cuando considero que inteligencias de un órden elevado han podido dejarse violentar contra estos humildes penitentes que han plantado su cruz en las ciudades populosas y en medio de las sentinas sociales, de las que salen las pasiones viciosas y liberticidas, no me atrevo á creer que la ciencia, á pesar de su inmensidad, sea realmente el árbol humanitario que da los mejores frutos.

Los hermanos de la doctrina cristiana son el emblema de la ancha capa de santa Ursula, en que el niño á quien abriga está seguro de sacar las lecciones que deben constituirle despues en hombre honrado y buen ciudadano. Reflexionándolo bien, no es la cima de la escala social donde residen los que están rebosando en oro y honores, ni lo que hace la fuerza y la voluntad de una gran nacion. ¿De qué serviría un faro elevado con gran coste á la orilla

de una playa inhospitalaria, si los materiales que fundan su base fuesen débiles, poco sólidos y podridos? Ese farol que arrojase á lo lejos fuegos resplandecientes, ¿no tendría la misma suerte que un faro británico construido en alta mar, que se hundió cierto dia porque sus cimientos no pudieron resistir al ímpetu de las olas encrespadas? No: el pueblo, esta es la fuerza, la virtud, la piedra angular del edificio nacional; y los hermanos de la doctrina cristiana son los que la cimentan y la incrustan en el granito indestructible de un Estado. Considérese que estos verdaderos petinientes viven á la vista de todos los que les observan; que su vida es sencilla y frugal; que su penoso trabajo es estéril solo para ellos, y fértil para las clases ínfimas tanto como para los dichosos del siglo de los que garantizan la inviolabilidad. Son por el precepto y el ejemplo los monitores naturales de todos los que tienen necesidad de pan y de trabajo para soportar los males de la vida. Son los padres espirituales del pobre, del artesano y del obrero, de todo este mar que la religión encadena y adormece en los momentos de paz, que impele á las fronteras de un estado amenazado por sus enemigos, que puebla de multitud de modestos artesanos que concurren en gran parte al bienestar material de los que nada tienen que envidiarles.

Tienen una idea social fuera de la que ha exaltado á todo trance los aduladores de la nueva civilizacion, y se la han imputado como crimen. Han protestado contra las reglas universitarias que su institucion rechaza; no han querido someterse; ¿pero cómo han respondido? Han guardado silencio, han salido de la ciudad, y bien distintos de Saurin y de todos los apóstoles de la reforma, han sacudido el polvo de sus pies, y no han ido á proferir al extranjero sediciosos clamores. Se les ha vuelto á llamar y han tendido los brazos á los que los reconocian por amigos del orden y de la paz; han abierto sus escuelas, y millares de criaturas jóvenes y abandonadas han venido á constituirse en imitadores de sus virtudes cívicas y religiosas. Se les acusa de ser ignorantes y limitados en sus medios de enseñanza, y de no querer adelantar el horizonte mas estrecho de la perfectibilidad

humana: sea ; pero recordad que esos cerebros tan vulgares en la apariencia , han producido los ignorantes sublimes que en 1793 alimentaban la gloria y el valor de catorce ejércitos. Ademas , ¿pensais acaso que el hijo del pueblo , pues que es preciso que haya un pueblo , tenga una necesidad absoluta de adquirir el conocimiento de lo que conduce á tantos otros á sondear lo falso y lo verdadero , lo sagrado , lo profano y lo abominable? ¿Si lo ha aprendido , ¿creéis que las fuerzas vivas de esta inteligencia adornada se agotarán en las duras labores de un taller mezquino y trivial? Si se vé forzado á comprimir las aspiraciones de su orgullo , ó si se abandona á ellas , ¿qué será de este niño que se desprende de la gran familia del pueblo? Ricos de la tierra , ¿le abriéis los cofres de vuestro oro , le dareis vuestra hija , comprareis sus medianas producciones , le hareis vuestro igual? No: este niño herido en su orgullo de hombre libre é inteligente , será todo lo que le hemos visto ambicionar en los capítulos de la embriaguez , del juego , del suicidio ; maldició á su padre y á su siglo ; apresurará una revolucion de los hombres y de las cosas , será un leon popular , y lo que es peor de todo , no será dichoso. Despues que una revolucion ha concluido su curso moral , la generacion que sucede á la que ha triunfado está atormentada de la misma hambre que aquella cuya emancipacion fué el resultado previsto de un cataclismo de las antiguas posiciones sociales. ¿El deber de los gobiernos no es el de calmar las pasiones liberticidas , de mantener el nivel de las condiciones hasta que el génio y los servicios relevantes hagan salir un mariscal de Francia de la cabaña de un labrador? Napoleon , que tanto ha hecho por el pueblo , habia concluido , como todos los conquistadores dichosos y cansados , por temer al leon popular de que antes hablamos. ¿Cosa extraña! ¿Por qué queria tenerle con el bozal , cuando su trono podia depender de que se despertasen sus furores? A su vuelta de la isla de Elva un poderoso republicano , un hombre de Estado le decia : «Señor , es preciso soltar al leon de la Francia.»— «Sí , dijo ; quiero despertarle , y aun consiento que sus rugidos sean oidos de nuestros enemigos ; pero quiero

tenerle bajo los cerrojos de la jaula y guardar la llave.»

Volviendo á nuestro tema, los hermanos de la doctrina cristiana, á quienes se cree definir por esta palabra en lo sucesivo ennoblecida por ellos, *inorantillos*; son de todos los hombres que se ofrecen como ejemplo á los demas, los tipos mas acabados del verdadero ciudadano. Este religioso cumple con sus obligaciones, y es mejor padre para los hijos que se le confian que sus verdaderos padres. El les enseña el respeto á Dios y la obediencia á los maestros del taller, lo que vale mas, sin duda ninguna, que la lectura y la escritura, asi como los elementos de aritmética y de geometría que está encargado de enseñarles. Los niños nacen imitadores, y por una fatalidad consiguiente á las ventajas de una pomposa civilizacion, se apasionan mas pronto por los modelos violentos é imperiosos que por los que predicán la union, la modestia y la calma de los sentidos. ¡Cuántas veces un jóven, y buen hijo de Dios en un colegio, ha sido la víctima de todos los educandos que siguen el ejemplo de la disipacion y de la violencia dada por algunas cabezas jóvenes en quien hierve desde muy temprano la lava de la dominacion y de la lujuria! Los hermanos saben calmar el espíritu y reprimir los deseos precoces que crian en su tallo la flor de la juventud. Hemos puesto en paralelo la organizacion de ochocientos discípulos de los hermanos de la doctrina cristiana con un número sobre poco mas ó menos igual de niños pertenecientes á las clases que se esfuerzan, con respeto á sus hijos, en improvisar hombres antes de tiempo; pues bien; nos atrevemos á afirmar, sin género de duda, que la fuerza física y un *talento sano* son las ventajas que lleva el hijo del pobre, mal alimentado, peor vestido, pero mejor guiado y mas convencido que los primeros, de su entera dependencia de Dios, de los hombres que le instruyen y de su padre que le alimenta.

La importancia de la institucion de los buenos hermanos, es sobre todo apreciada en las ciudades populosas, marítimas y militares. Los grandes puertos de mar les deben en particular una juventud decidida, honrada y laboriosa que puebla mas tarde los navíos, el ejército



de mar y los talleres de nuestros vastos arsenales. Cuando se considera que en la metrópoli marítima del mediodía los buenos hermanos sacan de la ociosidad, del vicio y quizá de la iniciación en los crímenes, de novecientas á mil cabezas jóvenes, que sin esto se contagiarían con la vista de los forzados, de los lupanaristas tan osados, de los marineros algunas veces demasiado alegres, no se sabe lo que vale más para los diversos fines del hombre: ó el sacerdote que no se ocupa de la juventud sino en las épocas sacramentales de su iniciación religiosa, ó el sencillo y buen hermano que se apodera de ella desde las seis de la mañana hasta la noche, y la doma en sus excesos con el gusto del trabajo, las prácticas piadosas y las costumbres cien veces repetidas del orden y del respeto hácia los superiores. Pues bien, estos hombres que colman á las clases bajas de tantos beneficios no quieren ninguna remuneración ni aun moral; si hacen alguna obra meritoria la dedican á la gloria de Dios que les prueba en este mundo: viven como cenobitas y se ha visto que han vuelto á enviar á la municipalidad el resto de los honorarios que no sabían en que emplear.

La gran reconvencción que la filosofía les dirige, es el perpetuar la infancia del talento, eternizar los andadores de la inteligencia, y preparar los piadosos holgazanes del último siglo. ¡Qué hombres tan singulares son nuestros moralistas aristocráticos! No saben el por qué de nada, y ponen en duda la superioridad de una raza que se contenta, con respecto á la Iglesia, con el dogma impenetrable de la fé. Convengo en que el servidor del Estado, el marino, el soldado sean los dóciles discípulos de los hermanos de la doctrina cristiana, y que conserven sus lecciones: ¿serán por esto menos valientes y disciplinados? En 1830 la Francia guerrera vogaba hácia las costas de Africa; la casualidad me había colocado en el magnífico navio *el Marengo*; su tripulación se componía de hombres admirables por su valor y su constancia; el digno comandante que lo mandaba, el honorable Duplessis-Pascau, podía presentarse á sus amigos y á sus enemigos. Pues bien, esta tripulación desde el principio

de la campaña se renia para hacer la oracion de la mañana y la de la noche ; y era dichosa ; su callosa mano contenia , cuando era necesario, el ímpetu del navio, y jamás el menor castigo por poco grave que fuera, habia señalado á los demas un hombre malo ó un mal marinero. Por lo contrario, si el gran mundo supiera lo que significa designar un buen marinero se admiraria de lo que puede la perfectibilidad humana en el rango inferior de la escala social. Ademas, los hermanos de la doctrina cristiana son los instituidores naturales de esta clase ruda, virtuosa é infatigable. Y no se nos diga que son los hombres de la actualidad de las circunstancias, no : no se necesita para contenerlos en los límites del patriotismo y de la libertad civil sino el amor á sus ministros y á sus deberes. Por ejemplo, el navio *el Marengo* echaba el ancla en las costas de la Francia, cuando *le Reveil du peuple* y *la Marseillaise* inflamaban las masas con sus eléctricas inspiraciones ; pues bien : estos mismos marineros experimentaron como tantos otros la sublime conmocion ; y sin embargo, ninguno faltó á sus antiguas costumbres de orden, de respeto y de religion. El pabellon tricolor fue hizado despues de una oracion matutina.

Los hermanos de la doctrina cristiana, esos puros monitores de las virtudes de tales, viven y mueren como los honrados artesanos á los cuales se parecen bajo tantos aspectos. No hacen de la agonía una especie de martirio piadoso como los trapenses, los anacoretas y la multitud de órdenes religiosas. Si están enfermos se cuidan y desean sanar para continuar la tarca de su vocacion. Cuando suena la hora suprema para ellos en el reloj del templo, se resignan, se confiesan, comulgan y son en todo análogos á esos sencillos y buenos obreros, que habiendo tomado la vida como un campo, á que es preciso desmontar, dejan caer el martillo ó la hoz cuando la fuerza física les abandona. No mueren como el jóven sacerdote con alegría y beatitud, ni como el anciano prelado sintiendo dejar la vida, y llenando con resignacion las últimas escenas de la agonía, ni como el trapense invocando el dolor y el martirio de

lá cruz. No ; ellos concluyen su existencia como las fatigas de un día que no debe ya lucir á sus ojos , sin orgullo de lo que han hecho , sin preocupacion de la recompensa prometida á los justos ; caminan al tribunal de Dios como los héroes llamados desde el campo de batalla para dar cuenta de sus acciones ; no prejuzgan nada de las bondades del cielo , y se abandonan con humildad á sus voluntades y á su justicia.

En general, cada órden religiosa cualquiera que sea su denominacion , ha arreglado de un modo especial la agonía y la muerte , siguiendo el plan de una idea convenida : seria muy largo y demasiado fastidioso describirlas. La Italia, es en este punto la tierra clásica de semejante género ; perdónesenos una sola escursion en Sicilia.

\* Un dia visitaba el antiguo convento de frailes de San Francisco en Palermo. A mi llegada á la puerta del convento, la gran campana del hermano portero anunció estrepitosamente la llegada de un viajero. Fuf introducido en la sala de espera. Esta era una vasta estancia completamente entapizada de retratos ahumados de los hermanos de la órden. Vinieron á advertirme que se me permitia recorrer el monasterio , conducido por *Fr. Bartolomeo*. Supe que un religioso se hallaba en la agonía y quise ser testigo de ella. En el momento en que entré en su habitacion acababa de espirar ; vi aun la mirada fija del difunto obstinadamente clavada en un gran crucifijo frente á los pies del lecho , y unos cincuenta religiosos de rodillas con achas encendidas salmodiando oraciones. El hermano difunto habia pertenecido á una órden de caballeros de Cristo , y como tal , le revistieron de sus insignias. Estas consistian en una corona de espinas que le colocaron en la cabeza , y una cuerda al rededor del cuello con un nudo corredizo ; y le estendieron los brazos como si estuvieran en el árbol de la cruz. Hecho esto, elevaron una especie de estrada de madera , sobre la cual colocaron cuatro ladrillos. La cabeza del difunto , su espalda , sus caderas y sus talones fueron en seguida echados sobre la piedra , y no tengo reparo en confesarlo , este capuchino de larga barba

blanca, expuesto con su traje de caballero de Cristo, me causó una extraña impresion de terror. Salí anonadado; me creia al fin de aquellas visiones terribles cuando me condujeron á una inmensa sala subterránea, á una gruta misteriosa como las de Thébas y Menphis. La sala estaba dispuesta como un templo de Thalia y los espectadores no eran menos numerosos que en la representacion de un drama. Figuraos muchas filas de palcos todos ocupados por personajes mudos, encogidos, con semblantes diabólicos, todos revestidos de la capucha y del hábito de la órden atado á la cintura con una áspera cuerda. Tuve náuseas, y mi estómago se descompuso. Esta inmortalidad de la mómia humana preparada al natural, afea horriblemente la fisonomía de la muerte; me parecia inmundada cuando *Fr. Bartolomeo*, acercándose á una cabeza encapuchada y descubriéndola para que la viese me dijo: «Este hermano era un francés que vuestra revolucion echó á nuestro convento, hablaba cinco idiomas y nunca predicador alguno italiano gustó tanto.» Entonces presencié con horror la mas sangrienta ironía de la muerte, inventada por este humilde monje. Sus dedos índice y pulgar cogieron como una cuerda de guitarra, el pedazo encogido de viejo pergamino, que en otro tiempo fue una lengua dorada é hizo muchas veces horriblos arpegios.

Despues de haber hablado de los hombres que se consagran á una vocacion piadosa, es justo echar una mirada sobre las personas del sexo, que rompen con los placeres del mundo, para abrazar la soledad de un cláustro. Su agonía y su muerte, segun la idea que las ha aislado de la sociedad, presentan algunas analogías evidentes con las de las diferentes órdenes del sacerdocio.

La organizacion de la mujer es mas susceptible de las aberraciones del sistema nervioso que la de los hombres, y entre estos últimos los que presentan una similitud *de ser* con el género femenino, son todos notables por una tendencia innata hácia las emociones afectivas del alma y del corazon. Las jóvenes que toman el velo, han experimentado desde muy temprano los encantos de

la poesía mística del cielo, las lecciones de la Iglesia, y la fé viva en las creencias; las preocupaciones de la salvacion las han, me atrevo á decir, enagenado á los goces de la familia, á las pompas mundanas de la tierra, y á la voluptuosidad enervante de la sociedad.

En suma, las mujeres son de una naturaleza mas exquisita que la de los hombres, y se puede decir, que donde quiera que se halle una mujer, está la sensacion de la piedad y del verdadero amor. Si cambian, es por el contagio del ejemplo. La fermentacion del vicio y de la corrupcion rara vez adquiere sus propiedades ácras y seductoras en el alma de una jóven.

La que se entrega á las austeridades del cláustro ha podido ignorar el uso de los sentidos ó haber absorbido su vitalidad en éxtasis del amor divino. Ha podido oscilar entre la tentaciones de la carne y las del espíritu místico; ha podido creer algun dia en el amor puro de la criatura; haber sondeado la vaguedad, y en seguida volver al amor segun las primeras impresiones de su alma. El amor engañado que se venga por los rigores del cláustro, es un suicida angélico; y la virgen que se desprende de la tierra para gozarse idealmente en medio de las alegrías celestes de los elegidos de Dios, es de una naturaleza metafísica, y nada tiene de comun con la vulgar humanidad. Entre las jóvenes que toman el velo, unas se dedican á la instruccion de la juventud y otras se consagran al cuidado de los enfermos y huérfanos. En uno y otro estado su constancia y su resignacion son admirables. Sea que sirvan de madres y de iniciadoras en la moral y en la religion de los niños abandonados, sea que su celo procure aliviar los males de nuestra especie, no se puede menos de reconocer que ejercen un sacerdocio de filantropía; y bajo este aspecto, casi todo maternal. Ninguna inteligencia masculina podria reemplazarlas y menos hacerlas olvidar.

Las que mueren en una edad todavía tierna, dejan la vida sin ningun temor de los misterios que encierra el secreto de la muerte. Llenas de fé y de caridad, ninguna de ellas duda de su salvacion. El tiempo que pasan en las pruebas del cláustro, las parece una especie de novi-

ciado indispensable para merecer antes ó despues el formar parte de los coros de vírgenes de que sus libros de oraciones las hablan con un lujo de ascetismo que padece ante las metáforas de las novelas mundanas. La costumbre de la oracion, y el recojimiento del alma que se eleva hácia Dios en medio de las pompas y de las esperanzas de la religion, excitan el sistema nervioso de la vida animal y las jóvenes que experimentan los fenómenos de la estimulacion cerebral en mas alto grado son aquellas cuyo cuerpo languidece y se deteriora, mientras que su alma apasionada por el ideal de las creencias se abrasa y se consume prematuramente. Las que no han recibido del cielo este exceso de amor, y cuya vocacion fué una comun consecuencia de motivos extraños ó de la iluminacion del cerebro, atraviesan casi siempre la época cristiana y fatal de la virgen que se ignora con respecto á los sentidos, y entonces pueden llegar á una edad avanzada. He conocido en Palermo una religiosa de edad de ciento siete años: la pedí el favor de besarla la mano, era el primer favor que concedia á un hombre.

Las jóvenes abrasadas del amor divino mueren en la flor de la edad; y la naturaleza se venga del desprecio de sus dones y de sus leyes violadas, en los órganos que fundan la duracion de las razas. Es preciso decir tambien que, las prescripciones del cláustro queriendo domar las tentaciones de la carne, determinan, por su brutal aplicacion sobre los órganos sensibles, irritables y delicados, las degeneraciones mortales y las aberraciones que perjudican á la integridad y al libre ejercicio de la vida.

La costumbre adoptada desde tiempo inmemorial en algunas comunidades, constituye un verdadero martirio del cuerpo: no solamente precave las miradas contra la desnudez de diversas partes del cuerpo, sino que las oprime, las encadena y las desnaturaliza. La coraza con aros de hierro y la rama metálica del tronco que la atraviesa en su medio anterior, ¿no es un suplicio lento y disfrazado de la cruz aplicada á los órganos de la vida orgánica? La vida ascética que bajo tan-

tos aspectos se asemeja á la de los verdaderos artistas del pensamiento, junto con las causas del suicidio crónico del cuerpo, fecunda con rapidez las enfermedades que siegan antes de tiempo las jóvenes vírgenes, dedicadas á las prácticas y á las labores de la vida monástica.

Las afecciones cancerosas de las vísceras que caracterizan el *ser femenino*, las enfermedades del pulmon y en particular la inexorable tisis se hallan en primera línea entre las causas de la destruccion precoz de las pobres religiosas; hé aquí el retrato de una muerte angélica.

La señorita <sup>\*\*\*</sup>, abrazó desde muy jóven la vida monástica. Tenia diez y seis años: su carácter era melancólico y taciturno, sensible y bonita nunca habia dado un pensamiento al mundo frívolo, y cuando sus jóvenes compañeras se entregaban á una inocente alegría se la veia buscar la soledad, de donde salia con el semblante sonrosado y los ojos encarnados de llanto. Al tomar el velo, la dieron el nombre tan bien adoptado para ella de sor Angeles. Durante los seis primeros meses de su vida reclusa, se la vió adelgazar y palidecer en extremo. Un dia confiesa que padece un dolor agudo en el pecho derecho, la superiora insiste para que se descubra á un facultativo; se ruboriza de vergüenza y pronuncia una negativa formal de sufrir las miradas de un extraño. Despues de mil súplicas, cede al fin á su confesor, y el médico reconoce un cáncer del que es urgente desembarazarse por medio de la operacion. Se somete á ella, y mientras que un cirujano disecciona el tumor, solo se la oye de tarde en tarde el dulce y suave nombre de la vírgen María, á quien tenia particular devocion. Confesó, despues de la operacion, que habia sufrido muy poco y que la santa Vírgen la habia tomado en sus brazos. La cicatriz del pecho se cerraba con lentitud, cuando se declararon síntomas de tisis: habló á una amiga suya de este favor del cielo, y desde este momento solo deseó morir pronto, inocente y pura. Habia tambien en el convento una monja de su edad, con la que vivia en una tierna intimidad, y durante la noche, cuando reinaba el silencio en todas las celdas, despertaba á su compañera cuya

cama estaba próxima á la suya, y conversaba con ella de sus visiones y de la dulce esperanza de su muerte. Este dia llegó por fin. Nunca habia brillado su bonito rostro con un resplandor mas ardiente; la enfermedad habia adornado sus mejillas de un sonrosado encarnado, y humedecido de un blanco anacarado, sus ojos de un azul celeste. Desde las nueve de la mañana, se hallaba todo preparado para el triunfo de la virgen, su modesta habitación estaba adornada como en un dia de fiesta, y ya se habia confesado y comulgado en presencia de todas sus compañeras. La jóven religiosa á quien tanto amaba, estaba tambien en un estado desesperado, y habia obtenido que su cama se colocase al lado de la agonizante, á fin de gozar por entero el espectáculo de una santa muerte. Por ella sabemos el hecho siguiente: «Antes de recibir la Eucaristia, es costumbre el cantar el cántico consagrado; sor Angeles en este momento solemne elevó los brazos hácia el cielo y con una voz seráfica mas pura aun que la que se la conocia cantó, arrancando lágrimas del corazon de los circunstantes, esta cancion tan sencilla y tan verdadera :

«Sous ce dehors obscur qui vous cache á nos yeux,  
 Jésus, nous vous croyons le puissant roi des ciéux,  
 Et, pleins d' un saint respect, á travers ce nuage,  
 Prosternés á vos pieds, nous vous rendons hommage.» (1)

Despues de la ceremonia solo restaba á sor Angeles morir. Conservó una claridad de ideas hasta el fin de su vida, á la cual se mezclaba una especie de alegría infantil porque el cielo se entreabria para recibirla. Por ejemplo: mientras que dos religiosas la tenian asida de las manos y procuraban con sus dulces palabras afirmar su valor, echaba una furtiva mirada sobre su vecina presa

(1)

Bajo el oscuro Velo

que os veda sin cesar á nuestros ojos,  
 rey potente del cielo  
 os creemos Jesus, y en nuestro anhelo  
 ponemos por despojos  
 á vuestros pies sagrados,  
 del santo amor los pechos abrasados.



de la calentura, y cuando se encontraba con la suya, la mostraba un dedo levantado sobre su boca; esto queria decir: «Solo tengo que esperar una hora;» y entonces le dirigia hácia el cielo como para profetizarla su felicidad. De repente, cambiando de ademan la preguntaba, por señas cuantas horas la restaban todavía para gozar como ella del beneficio de la muerte. Este manejo la hizo recordar por un momento que cometia un pecado de orgullo; y entonces, llamando á su director, se confesó con un candor inesplicable.

Hácia el medio dia su cabeza pareció hundirse en su almohadon, y estuvo dos ó tres horas en un estado de letargo. Salió de él, para preguntar á una religiosa si habia dormido. «Nunca, dijo, me he creído tan muerta; he visto tan bien en mi sueño todas las bellas cosas del cielo, que ya me creia en él.» Al decir estas palabras se levantó lentamente sobre su lecho, y estendió sus brazos como para abrazar una sombra que veia á los pies de su cama. Sus ojos abiertos é inspirados querian hablarla y seguirla: dos religiosas la sostenian y en esta actitud, propia de una niña que va á arrojarse de la cama para abrazar á su padre, exhaló el último suspiro. Sus ojos permanecieron abiertos, y conservaron por largo tiempo todo su brillo.

Despues de su muerte, sor Angeles fué revestida con su hábito de religiosa y expuesta hasta el momento de sus funerales en una cama de respeto.

Este ejemplo es uno de los mas decisivos que podemos referir en favor de las agonias reveladoras y del sueño profético que en ciertas individualidades preceden al momento de la muerte. Ved el segundo. El cólera se manifestó con furor en 1835 en uno de los principales puertos de Francia. Las religiosas destinadas al servicio de los hospitales de la marina, desplegaron en estas circunstancias un valor y una abnegacion superiores á todos los heroismos conocidos, fueron mas que mortales. En aquel tiempo una hermana hospitalera á quien conocemos bien, desafiando el contagio y la muerte, cayó gravemente enferma atacada del azote de esta enfermedad. Este mal que empieza por matar, la habia atacado

con tanta violencia que se la tuvo por muerta , estando solamente adormecida con un sueño cataléptico que tanto se asemeja á la inmovilidad del sepulcro. «Yo me creía , nos dijo , suspendida entre el cielo y la tierra, flotando dulcemente en el aire como una gasa ligera y trasparente. No sentía ninguna sensacion en mis entrañas , en las que tanto habia padecido ; me creía sin cuerpo , ó mas bien me parecia que nunca le habia tenido ; toda mi vida estaba en mi cabeza , pero sin la menor voluntad de moverme , de hablar ó de abrir los ojos. Mientras que hablaban cerca de mí , mi alma errante revoloteaba en un nuevo mundo desconocido á los hombres , y yo discernia distintamente cosas espléndidas , habitantes tales como nos pintan á los ángeles , y el cielo tal cual debe ser. He visto la fisonomía magestuosa de Dios á través de una nube , sin poder sin embargo considerarle como á los otros objetos que se ofrecian á mi vista. Al menor ruido , el fuego fátuo de mi alma penetraba lentamente en mi cabeza , y entonces renacia á la existencia terrestre. He oido las palabras del médico , que ha dicho á la superiora y á las demas hermanas : Esto está acabado. Ha respondido á la observacion que le han hecho , de que algunas veces movia los dedos : que en la muerte colérica este fenómeno era muy comun. He comprendido perfectamente la órden de la hermana que ha encargado á una de mis compañeras que preparase mi hábito y arreglase la cama en que debia quedar expuesta. Esta daba vueltas al rededor de mi cama , y exclamaba dolorosamente :—¡Mi pobre hermana , rogad por nosotras en el cielo!—En fin , este estado de muerte aparente ha durado hasta el dia siguiente por la mañana. Cuando he abierto los ojos me parecia salir de un largo y penoso sueño. He echado de menos este estado de quietud , al saber por nuestra desgracia , que la religiosa que lloraba por mí habia muerto aquella misma noche del cólera y que estaba colocada sobre la misma cama de respeto que habia preparado para mí.»

Las religiosas ancianas no van al encuentro de las esperanzas de la muerte , no la invocan y nunca la aco-

gen con una sonrisa de bienvenida. Cuando se hallan enfermas las gusta agotar los recursos del arte, consultar los grandes profesores; usan hasta para la salud del cuerpo de una porcion de prácticas supersticiosas, prometen *exvotos* á la Virgen, hacen novenas á cualquier santo que les parece, y en una palabra, se agarran á la vida por todos los medios posibles. «¿Merece la pena de nacer, nos decia una octogenaria evclaustrada, para pasar cuatro dias en este mundo?» En esta edad avanzada, el negocio de la salvacion ocupa menos el espíritu de las religiosas que las que mueren entre los cuarenta y cincuenta años. Esto se concibe porque el amor de la vida conserva largo tiempo todo su prestigio á pesar de la debilidad de las facultades intelectuales, y nose extingue sino cuando una vejez decrepita ó anticipada debilita y pervierte la razon. Las religiosas de una mediana edad no mueren tambien como las jóvenes, no porque ellas tengan apego á la vida para gozar de ella, sino mas bien á causa de ciertos escrúpulos de conciencia que las hace dudar de su entera salvacion. La idea del purgatorio las espanta; preferirian las penas físicas de este mundo si pudiesen rescatar por ellas este maldito tiempo de expiacion que han merecido infaliblemente. Las menos resignadas son las que han tomado el velo por despecho y, (cortemos la palabra) por tener una buena conclusion. Arduo seria el desenvolver mas nuestro pensamiento.

En fin, para terminar lo que queriamos decir con respecto á la muerte de los eclesiásticos, solo nos queda que hablar de los ministros protestantes y del modo que ellos arreglan el fin de su viaje en este mundo. Hay en esta clase de hombres inteligencias superiores, adornadas de las luces que constituyen el filósofo el sacerdote y el ciudadano del universo. He visto morir muchos, y confieso no haber observado cerca de su lecho nada que defiriese de los demas hombres de su clase. Ya lo hemos dicho, la religion reformada, une al sacerdocio con el amor de la familia; y ninguno es tan propio para ser un digno pastor como el que prueba con su ejemplo que es buen padre, buen esposo y que educa sus numerosos hijos en el amor de Dios y en sus deberes.

Todos los ministros protestantes que he conocido en Francia, son hombres distinguidos por su probidad, sus virtudes domésticas y el modo sencillo, noble y ejemplar con que ejercen su ministerio. Sin embargo, cuentan en sus filas seres de vida mística, y oradores que rivalizan con los que la Iglesia de Roma proclama como mas eminentes en este género. El desgraciado Lavater, como Pascal, era apasionado del misterio de lo infinito y de la obscuridad santa de las doctrinas; concluyó por extinguir su razon en estas tinieblas, y por descarriar su incontestable génio en las dulzuras del éxtasis. Fué un verdadero taumaturgo y un entusiasta iluminado.

Los pastores protestantes son modelos de piedad filial; se les estima y se les ama porque su existencia entera prueba hasta el fin que cumplen al pié de la letra los deberes del hombre honrado y del verdadero ciudadano. Consúltense los anales de las casas de correccion y de los baños, y se tendrá la de la moralidad de esos ministros de la religion disidente. Nosotros no hablamos aquí sino del clero protestante de la Francia; solo él ha dejado de faltar á las santas doctrinas de su culto; ninguna pena infamante y espiada en los sitios de tentacion ha venido á empañar á los ojos de la sociedad, lo que ella tiene derecho de esperar de los que deben justificar por el ejemplo la bondad de las dogmas religiosos que profesan. La Inglaterra en este punto es menos pura que nosotros de los vicios de la reforma; cuenta malos apóstoles de Luthero; y hace perder la reputacion todos los dias á pastores ambiciosos y ávidos que procuran los bienes de la tierra por todas las vias mundanas, y que aseguran á los interesados la posesion de lujo. Si la religion reformada debe acabar y caer en el olvido, por la Inglaterra empezará la disolucion del cisma de Luthero.

Los pastores protestantes mueren en el seno de su familia rodeados de sus esposas é hijos. Con nada podriamos comparar mejor este fin, que con el de ciertos hombres de profesion liberal que han vivido en el espíritu de una moral pura, y que le han predicado por los actos públicos de una vida irrepreensible. Asi es que un sermón de la reforma no es otra cosa que un homenaje bello y

sencillo de las costumbres del pastor en el interior de su familia. Lo que dice con tan buena fé sobre el matrimonio y las obligaciones que impone, lo ha practicado durante toda la semana que ha precedido á su sermón familiar. Es una lección de *clínica* moral la que acaba de hacer, parecida á la de un médico que para hacer adoptar su método en una enfermedad, manifiesta el éxito de los remedios que ha empleado sobre sí mismo. No es pues extraordinario el encontrar en un pastor, el ideal antiguo de los verdaderos patriarcas, y de admirarle tal como fueron Habraham y Jacob á la hora de su muerte.

Los que yo he visto en su momento supremo sentían abandonar la vida menos por sí mismos, que por aquellos que dejaban sobre la tierra privados de sus consejos y de su apoyo. Han acabado el negocio de la muerte como los buenos padres de familia que sin temerla hubieran querido prolongar su existencia para gozar la dicha de los que habían alimentado y educado; y esto es tan verídico, que hemos visto á ancianos pastores recibirla con una calma y una serenidad de espíritu dignas de envidia. Es un hecho, que ninguna profesion es mas propia á fortalecer las costumbres de la virtud, que la que nos impone el deber de repetir sus lecciones y su ejemplo en el hogar doméstico, en los negocios del mundo, y en el asiento de un púlpito protestante. El que hubiera faltado á las exigencias de esta posición siempre en evidencia á las miradas de la multitud, hubiera recogido desde muy temprano el fruto de su evidente apostasía. El espíritu de la reforma no es intolerante, sino con respecto á la moralidad de sus ministros, y al pacto de asociación que existe entre el pastor y sus fieles; se rompe por sí mismo, como efecto de un contrato violado, cuando su conducta, como padre y como ciudadano, cesa de ser la conclusión y la prueba de sus preceptos. Un poder que solo dimana de la opinión de las masas, y que saca todo su esplendor de las virtudes cívicas y religiosas, debe inspirar á los que estan encargados de hacerla amar y respetar la noble ambición de aparecer en todas partes como la personificación exacta de lo que estan encargados de enseñar. Ved porque un buen ministro protes-

tante es un hombre completo; por que su mujer es el modelo de las esposas tiernas y solícitas, porque su hija es tenida por casta, porque sus hijos son generalmente estimados. Todo esto es preciso para que el pastor sea el patron de todas las familias que vienen á reanimarse con su palabra y sus ejemplos. El dia en que las familias hubieran cesado de imitarle en todos los actos de su vida doméstica, en ese dia cesaria de representar su papel.

Este hombre que estudiamos es bastante sensible á los males físicos de la vida, la cual para él pasa pacífica como la de un patriarca. Las enfermedades que atacan á los que combaten en la soledad del claustro ó en otra parte, las inspiraciones de la lujuria, no pueden estimular sus nervios, pues que es jefe de una familia, esposo y padre; aquellas cuyo origen dimana del desempeño de los sentidos ó de las fortunas de la ambicion no tienen entrada en él, porque está obligado tanto por conviccion como por interés á permanecer hombre moral, y que definida una vez su posicion social, no podria sin perjudicar á su estado presente aspirar á nada mejor.

Ved al pastor protestante en toda la belleza de su ministerio. Ahora sigámosle en su lecho de muerte. He escogido un ejemplo entre muchos; su similitud es perfecta.

M.\*\*\*, ministro de la iglesia reformada, padecia desde largo tiempo de una enteritis crónica. Se habia casado jóven, y habia tenido muchos hijos. En el intervalo de cerca de dos años que duró su enfermedad, no tuvimos una sola vez ocasion de observar en él la menor impaciencia de carácter: siempre fué el mismo hombre; ya se le admirase rodeado de su familia, ó va en el púlpito, donde usaba una dicion que enternecia, se creia uno mejor despues de haberle oido. Un dia que debia ir al templo fué atacado de un cólico terrible; sin decir nada á su esposa tomó una pocion laudanizada, se puso en camino y, segun todos dijeron, nunca habia estado tan patético. Sabia que no curaria jamás; se lo habia dicho á su médico en confianza, y

le suplicó no dijese nada á nadie, de miedo que las instancias de sus amigos no le impidiesen una sola vez cumplir con los deberes de su ministerio. Un dia asistió á la agonía de un correigionario atacado del mismo mla que él; le habló de la muerte como de una cosa á al cual el hombre debe prepararse durante sus buenos dias de salud y de felicidad; y al decir esto, discurria con un calor evangélico sobre todos los motivos que deben dulcificar aquel momento á los que siempre han estado puros de toda mancha. Pasó muchas noches cerca del enfermo y no se sabia cual admirar mas, si al pastor con sus palabras consoladoras, ó si al enfermero vijilante que ejecutaba con tanta abnegacion lo que ordenaba el facultativo. Dos horas antes de la muerte de su amigo, abrió un libro de oraciones y no lo cerró sino mucho tiempo despues de haber dado el último suspiro. Despues de haber acompañado sus restos al cementerio volvió á su casa, se acostó y no volvió á salir de su habitacion sino para ir á descansar cerca del difunto. Sin embargo, á pesar del estado de padecimientos y de consuncion, continuó dirigiendo su casa como tenia de costumbre, daba lecciones á su hija y á dos hijos jóvenes, leia las obras de moral y escribia sermones sin manifestar nunca la menor inquietud acerca de su estado. Cuando se sintió morir, se encerró con su notario y le dictó un testamento mezclado de ideas morales y piadosas que hemos leido despues, y que no podemos definir mejor que llamándole el *camino del cielo* de la Iglesia reformada. El último dia de su vida llamó alrededor de su cama á su mujer, á sus hijos y á sus criados, se recogió un momento y se despidió de ellos solemnemente, reinando en sus discursos la sublimidad de las santas criaturas y el amor mas puro de un padre hácia su descendencia. Cuando se sintió desfallecer sacó un libro que tenia bajo su cabecera, le abrió, señaló con el dedo un capítulo, y suplicó á uno de los presentes que se le leyera en alta voz hasta despues de su muerte; y así se durmió en la paz del Señor.

lo suplico no digas nada a nadie, no tengas que las  
 instancias de sus amigos no se impidiesen, voy sola a  
 cumplir con los deberes de su ministerio. Tu has estado a  
 la espera de un correo para ir al campo del mismo día  
 que el de Madrid, como de una cosa a la  
 cual el hombre de la casa de Madrid sus puntos  
 días de salud y de felicidad; y al decir esto, sus ojos  
 con un calor evangélico sobre todos los rostros que  
 deben servirte de ejemplo a los que siempre han  
 estado guos de toda manera. Pero muchas veces en-  
 ce del espíritu y no se puede con solemnidad más, si al  
 pastor con sus palabras consoladoras, y si al enfermo  
 y cuando que glorifica con tanta claridad lo que se  
 desea de la felicidad. Los días más de la guerra, de  
 un amor, obediente a las órdenes de Dios, y a la  
 una misma. El que se ha de haber de ser el último  
 espíritu, y se ha de haber acompañado sus cosas, si  
 con el espíritu de la guerra, se ve en un momento  
 salir de sus habitaciones para ir a descansar, y se  
 del clima, sin embargo, a pesar del estado de la pa-  
 rientes y de la consanguinidad, cuando el cuerpo su  
 casa como tenía de acostumbrarse, daba, lección a su  
 que y a los hijos de la casa de la casa de la moral y es-  
 trada se venían sin embargo a tener la menor in-  
 tal, y se veía en la casa de la casa de la moral, se  
 oneroso con el espíritu y se daba un testimonio de  
 estado de la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 que y se veía en la casa de la casa de la moral, se  
 el espíritu de la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 dice en la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 a sus hijos y a sus amigos, se veía en la casa de la moral, se  
 se veía en la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 discursos de la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 que por de un punto, se veía en la casa de la moral, se  
 se veía en la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 decía, se veía en la casa de la casa de la casa de la moral, se  
 que a uno de los presentes que se le había en la  
 voz hasta después de su muerte, y así se quedó en la  
 paz del señor.



CAPÍTULO IV.

AGONÍA Y MUERTE DEL SOLDADO Y DEL MARINO.

Resumen.

Carácter del soldado.—Un coronel retirado del imperio.—El militar retirado.—El marino.—Retrato de un buen marinero.—Vicisitudes desastrosas de su existencia.—Una balsa.—Tempestades.—Naufragios.—Combate naval.—Un Abordaje.—Agonía y muerte del marino ó en su navio ó en el hospital.



La agonía y la muerte de los que se dedican al arte militar, son dos peripecias conforme se observan, ya sea sobre el campo de batalla, ya en medio del ruido de los campamentos, ó bien bajo del techo doméstico, donde así el soldado veterano como el jóven, vueltos á su libertad y á su familia, han renunciado decididamente á los encantos de los juegos sangrientos de Marte. Y ¿por qué es esta diferencia? Porque el que marcha al enemigo lleva mucho fuego y brio en el corazon; persuadido que su honor está interesado en conservar á su país una bandera sin mancilla; y este sublime entusiasmo le transforma de repente en un soldado sin miedo ni aprehension, arrastrándole el prestigio de una sola conviccion durante su vida militar, á una muerte casi inevitable sin percibirlo ni temerle con solo el sentimiento de no poder jugar su vida contra la de su enemigo, porque una muerte gloriosa es toda la ambicion del militar bizarro en los esta-

dos libres; una pequeña poblacion bien defendida en la altura no mereceria ser tomada por asalto, si no fuese por el riesgo de encontrar una muerte honrosa. Asi se esplica un héroe verdadero que aprecia mas una muerte gloriosa que todas las vanas promesas; y es muy singular que los guerreros de Esparta, de Homero, de Atenas, de Roma y de Napoleon, han divinizado la idea de la muerte recibida bajo el rayo de la victoria, sin que ninguno haya osado proclamar el ateismo, porque en aquel último momento todos tienen la revelacion de la eternidad, y el que lleva por divisa el *dulci pro patria mori*, es el mas digno defensor de la inmortalidad del alma.

Pero ahora no tratamos del soldado, considerado bajo sus banderas, sino del que despues de haber tenido una vida militar activa, entra en la civil y se transforma por el frecuente roce con una nueva sociedad, en un ser enteramente diverso del que hubiera sido, á no haber renunciado su antigua carrera.

Desde luego el militar que deja su espada es el que ya no siente el estímulo de la gloria, ó si algo percibe es á la manera que un caballo viejo, al cual la edad y las heridas le condenan al descanso y á la ociosidad; asi el militar de todas graduaciones cuando llega á convencerse de su impotencia para arrostrar los azares de la guerra, nó es ya aquel hombre animoso y noblemente resignado al aspecto de la muerte sobre una trinchera; domina al dolor sin ostentar este noble sentimiento, justificando este dicho de Caton: No eres un mal,» ni el que con frente serena delante de treinta cañones asestados á su cuerpo, cuando sale del horror del campo de batalla soporta el ardor de un cauterio, y se muestra afable con quien poco antes hubiera aniquilado de una sola mirada; porque la edad y las circunstancias modifican indefinidamente el carácter de los hombres, y esta transformacion nos admira mas cuando queremos penetrar las acciones simples y reflexivas de los que en otro tiempo pertenecieron á una condicion opuesta, en los cuales se traslucen veinte veces al dia por los actos decisivos y violentos.

M<sup>\*\*\*</sup>, oficial superior retirado de la antigua guardia imperial, llamada con razon por los enemigos de la Francia *Muro de hierro*, se habia casado; tenia dos hijos, y cultivaba sus heredades con mucha aplicacion; su manía (porque cada uno tiene la suya), era multiplicar sus tulipanes y sus rosales; descocar la hortaliza; podar los frutales; y nunca estaba mas contento que cuando hablaba de sus árboles, enseñándolos á cualquiera persona que le visitaba. Alguna vez hablaba de sus campañas, pero no á la manera de otros retirados que solo se complacen con recordar las acciones en que han tomado parte. M<sup>\*\*\*</sup> se habia retirado del gran mundo por esquivar los antiguos compromisos en que una mirada indiferente de cualquiera le parecia indicarle un enemigo. «Todos los dias, decia, me convenzo de la necesidad que tengo de elevar la pared que me oculta á mis vecinos.» La vista de un desconocido le alarmaba hasta que le tenia bien fondeado: su sensibilidad llegaba al estremo de saltársele las lágrimas solo con oír una buena accion: era un hombre honrado, y nada revelaba en él su antiguo valor y decision; pero se observaba que al paso que temia la muerte, recibia con el mayor gusto la visita amistosa del médico y del sacerdote; con aquel hablaba del estado de sus órganos; al otro le adulaba como si se hablase de un artículo propio é indispensable al último momento de la vida. Pocos dias pasaron, y nuestro militar enfermó; costaba mas consolar y fortalecer su ánimo que cuidar de su curacion; y cuando se restableció, se hizo monómano de su higiene; estudiaba el tiempo para vestirse: su cocinero no le preparaba los alimentos sino despues que su amo le habia explicado el estado de sus órganos y los medios de adaptar á sus jugos gástricos la vianda.

Pero al fin se vió de repente acometido de una apoplejía, y entonces sus terrores eran incesantes, pasando sucesivamente como un niño de las manos del médico á las de su confesor, ó lo que es lo mismo, de la esperanza de la vida á la agonía de la muerte; de manera que al verle en esta situacion, nadie creeria que este hombre habria alguna vez considerado la inanidad de las cosas,

ni se habia hallado en un campo de batalla; y en el último dia de su vida, combatido de terribles angustias, disponiéndose á recibir el santo Viático, echaba al derredor de su cama unas miradas espantosas y murmuraba algunas palabras como si pidiese gracia á la muerte: falleció al fin, y pocos dias despues, al hacer el inventario de sus efectos, se halló en un rincon de su cuarto un rollo de papel mugriento y muy plegado que contenia estas palabras: «*Nosotros los abajo firmados, oficiales, granaderos, soldados y tambores, certificamos á todos los que lean este papel, que el granadero\*\*\* en todo el curso de la campaña ha sido el mas valiente entre los mas valientes de nuestra media brigada: y un poco mas abajo en letras picadas, casi como geroglíficos: El granadero que en la opinion de los mas valientes ha honrado las espoletas de soldado, es digno de llevar las de oficial; en su consecuencia nombro al granadero\*\*\* subteniente de la primera compañía de la media brigada.*» — *Bonaparte, general en jefe del ejército de Italia.*

1. Los militares que se retiran del servicio todavia jóvenes sin haber vivido mucho tiempo en el bullicio y actividad de la campaña, pierden pronto el carácter uniforme que imprime la disciplina, que se robustece con la costumbre de los peligros, y que se generaliza en los ejércitos por el solo hecho de su organizacion; cuando estos retirados se dedican á la industria, ó abrazan una profesion que cambia sus relaciones, se revisten de las costumbres de su nuevo estado, dejan de ser soldados y mueren conforme á las ideas que han adquirido en el comercio. Cuantos retirados hemos conocido que vivian de su patrimonio, son unos hombres dibujados por sí mismos, como las plantas de América en medio de la sociedad; porque llevan marcado exterior é interiormente el carácter de orden, de subordinacion y de economía que han aprendido y observado en el servicio militar; tienen un lenguaje particular, maneras graves y dignas, llevan con justo orgullo la condecoracion que les ennoblece y honran en todas partes la religiosa memoria de su antigua carrera; en la aldea son los mentores de la juventud, y en las grandes poblaciones for-

man cuerpos á parte. Templada su imaginacion, solo se exalta con la lectura de las batallas en los periódicos que las refieren, en las grandes revistas y en los simulacros. Todos tienen grabada en su corazon la imagen y los altos hechos de un general que han visto en el medio del fuego mortífero de las batallas; y de esto hablan muy á menudo, sobre todo, si le han visto humano y generoso. Napoleon, Ney, Murat, Eugenio y otros muchos de alta nombradía no podrian escoger mejores biógrafos. No son exteriormente devotos, pero tampoco maldicen á Dios y á sus ministros: se les vé graves y recogidos en los templos como unos hombres convencidos de la grande idea de la existencia de un Ser eterno, y se hacen mas notables cuando asisten al funeral de algun compañero; entonces, vestidos con su antiguo uniforme, siguen el acompañamiento con aire melancólico como si la muerte fuera para ellos una cosa nueva é inesperada. Amigos fieles, buenos maridos y de una solicitud paternal que en nada se parece á un hombre de fortuna que, ante todas cosas, sueña con los proyectos de obtener para sus hijos un alto puesto en el Estado, los hijos del militar serán ante todo soldados; porque sabe por sí mismo que en esta carrera, con buena conducta, al fin se consigue formar una posicion social, y saben en lo general crearse una situacion. Cuanto mas alegre y viva es nuestra juventud, en la edad madura, mas nos arrastra el amor á nuestros hogares. Si el soldado retirado posee alguna comodidad, procura habitar en el campo situado á orilla del mar si es posible, porque ama mucho al Oceano que tranquiliza su alma y su corazon; todos los dias vendrá á sentarse sobre una roca; pescará, y acabará por hablar sobre la pesca como un marinero práctico. Los hombres que han viajado mucho; tienen grande aficion á los sitios pintorescos, y los soldados veteranos que pueden elegir á su gusto, los adivinan donde el paisano no puede imaginarlos; poseen ademas el arte de embellecer el terreno, como lo ví en uno que á fuerza de trabajo consiguió multiplicar las plantas fructíferas y deliciosas sobre el piso de una montaña elevada, desde la que se descubre un vas-

to Oceano. La agricultura es la parte que mas seriamente les ocupa, apoyados en los conocimientos que han adquirido en los paises que han conquistado, y poniéndolos en práctica, se forman ganancias positivas y mejoras muy útiles; y la civilizacion, fruto de la guerra, diversa de la que inventa la industria elevada ó que fecundan las bellas artes, se fija principalmente en la tierra, en esta madre comun de los hombres que les mantiene con ternura si saben estudiarla y comprenderla.

El militar retirado no entiende de comercio, ni de especulaciones mercantiles; si alguno se ha dedicado á esta profesion, comunmente ha descendido de una posicion brillante á la bancarrota y á la miseria, porque carecen de astucia y de circunspeccion; y por otra parte son francos y leales en los negocios, aunque alguno que otro, pero muy raro, se hace usurero.

Los que pasan de un taller al ejército, se acuerdan siempre de su anterior estado, y si son de aquellos que trabajan de carpinteros ensambladores ó evanistas, se les ve tomar el cepillo ó la hacha con un ardor juvenil que mantiene su fuerza y su salud; y algunos retirados tambien tienen gusto en formarse una coleccion de objetos de historia natural que no les es desconocida y vuelven á cultivar esta afieion en su retiro escogiendo; plantas, minerales, conchas que clasifican ordenadamente, y se dedican despues á seguir la descripcion en las obras clásicas; asi es, que los hijos de Marte que han sobrevivido al fuego de las batallas, caminan á la muerte embelleciendo cuanto les es posible el espacio que separa el sepulcro de la actividad del servicio; y es de notar que aquellos cuya vida borrascosa parecia despreciar la muerte en todos los climas, y que acaso maldecian la suerte que les habia preservado de sus ataques, son los que menos cuidan de su salud, miran como lento el paso de su última hora, jamás la creen como tocando los umbrales de su puerta, la rechazan cual si empezáran á vivir, y alejan la inoportuna idea de este instante con cuantas distracciones pueden inventar. Es indudable que la vida de un militar es muy diversa de la de un paisano, y cuando llega para un soldado la últi-

ma hora, es precisamente cuando piensa en vivir; pues en el servicio solo aprende á morir, y no debe admirar que habiendo empezado mas tarde que los otros á gozar una vida pacífica é independiente mire su corta duracion con una especie de inquietud, y que trate de alargar la vida por las distracciones de que se vió privado en su juventud sembrada de fatigas y peligros; y es para él una felicidad que en cierto modo le vuelve á su primera edad, siendo buen compañero, amigo de las fiestas de la aldea, convidado á las partidas de caza, de pesca y de pasatiempos y recreo de toda clase; pero esta existencia llega á un término imprevisto; y entonces disimula sus sentimientos, teme decir mucho, quisiera engañar á la muerte, y rara vez esta le halla preparado á recibirla; este hombre que la habia arrostrado mil veces con frente serena en medio del fuego de las batallas no se atreve á verla acercarse á su cama; oprimido de dolores, rodeado de médicos, de sacerdotes y de otros buenos amigos que le hablan de Dios y de la otra vida, se resigna á una buena muerte por estas persuasiones mas bien por un deber que por inspiracion de lo alto; hace como hizo su padre en aquel caso; pero aun quiere esperar, y no consiente escuchar sino despues que sus oidos se han cerrado, sus ojos se han eclipsado, y en una palabra, cuando no tiene voluntad; entonces hace cuanto se le exige, confiesa, comulga y de este modo todo el lugar cree que el guerrero veterano ha muerto cristianamente.

En Francia existe una clase fecunda en estudios humanitarios que es la gente de mar, cuya vida es un drama no interrumpido sobre un elemento no creado para nuestra especie, y por lo mismo padecen mucho mas que los demas hombres cuando se ven envueltos en circunstancias extraordinarias.

El marinero es un tipo humano que no tiene comparacion, y así cuando aparece en medio de la Babilonia moderna de Paris con todas sus maneras, tal como cuando al tocar la playa sacude sus cabellos humedecidos, los que le ven, le miran con ojos asombrados, y no se atreven á dudar sobre la imponente variedad de

una raza que sale de entre las olas del mar. No hay en Paris á quien no admiren estos hombres singulares al verles desembarcar trayendo consigo los restos mortales de aquel que jamas les ha conocido como marineros, y no les ha reputado en su tiempo hombres invencibles y muros de acero en las últimas campañas del imperio.

En cualquiera punto del globo que se examinen las condiciones de la naturaleza del hombre, en ninguna parte son mas favorables y completas para el desarrollo de todos los órganos de la vida que las que se encuentran sobre el Océano. Un marinero está plantado en la tierra como una robusta encina en medio de un bosque muy poblado; y á la manera que la encina puede desenvolver su tronco vigoroso y su inmenso follage, asi el marinero recibe del cielo esta fuerza interior que despliega sin violencia, dá elasticidad á sus músculos y nervios, y á su cuerpo una fortaleza y unas formas atléticas, á la manera de los daulas antiguos. Como hijo del mar desde la cuna, se arroja al fondo de las aguas fortificantes del vasto elemento, bullendo desde sus primeros dias en medio de las olas: sube como un centauro á una débil banca y bajo de su mano armada del remo hace espumar su caballo marino. Si en el continente de un hombre se reconoce un guerrero triunfante de obstáculos y de resistencias, obsérvese al marinero cuando se presenta en una plaza pública, y se notará un noble orgullo juvenil; marcha con pasos orgullosos como un vencedor, sus narices aspiran el aire como el toro: obstenta en fuerza y libertad; y hasta el traje pintoresco revela un hombre enérgico y dispuesto siempre á la lucha y á los combates; inaccesible al miedo, al falso respeto humano, á las miserias sociales y á mil causas de muerte que atormentan á un ánimo vulgar comprometido en la civilizacion, del mismo modo y con la misma alegría que agota los placeres de la vida, usa los que la destruyen; los goces y pasatiempos son la recompensa de sus trabajos sobrehumanos; hoy bebe rodeado de íntimos amigos y compañeros, apura la copa hasta las heces sin mover las cejas, si sacrifica á Venus, se entrega sin la menor reserva y al extremo de ser ver-



dugo de sí mismo, pero sin rendirse; de nada duda, no codicia honores ni distinciones venales solo aprecia lo que ha conquistado cien veces en la brecha arrojando los peligros inauditos de su profesion; y cuando se halla satisfecho de sí mismo, está mas orgulloso que un rey de la India. Cuando atraviesa las calles de una capital con su sombrerito embreado, rodeado de cintas, el cuello al aire, su elegante chaqueta, su pantalon largo y ancho, se considera igual á todos los héroes de la tierra: á nadie mira con atencion, escepto á sus jefes ó á la ramera que le reconoce como su mancebo favorito; y quien ve al marinero en la maniobra se complace cuando le mira fuera de su elemento. Es un hecho cierto que la tripulacion de la *Belle Poule* en Paris ha hecho palpar el corazon de marinos antiguos retirados de su profesion, y creian que la tripulacion exhalaba un olor balsámico perfumado de la mar.

Un marinero es un ser fatalista descuidado, y de este modo engorda; si asi no fuese no seria un legítimo marinero: con efecto, obsérvese su existencia fantástica: habita en el mar, y á la manera que la aguja náutica, sigue él por donde le conducen la inconstancia de las ondas ó los peligros de la navegacion; nunea arriba á un puerto determinado del globo, pues se ve obligado á pasar por los hielos del Polo, ó el fuego del Ecuador; debe ser estóico práctico, para que resvalen en su corazon las emociones mas opuestas, como las olas sobre el costado de su navio. El marinero hace poco caso de los peligros, vive en medio de una atmósfera poblada de azares y castigos mortales: sabe solo, y esto porque lo ve á todas horas, que la muerte anda siempre á su alrededor, y que el profundo del mar es su sepulcro. Todos los males que amenazan la existencia del hombre; son su patrimonio: si visita el Oriente, entra en el domicilio de la peste, de la disentería y de la fiebre maligna; si camina al nuevo mundo, le precede la fiebre amarilla y el cólera; y en todas partes donde su abandono fatal le arrastra, halla la muerte, y siempre la muerte; si embarcado, las velas, el mar que agita su mano, el viento que brama arrancando los árboles,

el pan que come, el agua que bebe, su cama suspendida como el nido de un pájaro, lo mas sencillo de su ejercicio, todo se convierte por un golpe casual en armas mortíferas que acaban con él: se levanta el aquilon, se rasgan las velas: una voz ronca grita «apréstese todo el mundo» y al momento se ve un grupo apiñado de marineros trepar al cordage y á los mástiles, y á pesar de la obscuridad, la lluvia y el granizo, se le ve medio desnudo, sin chistar, resvalarse como un reptil á lo largo de una verga sobre la cual choca la vela con un ruido espantoso. El marinero, este hombre prodigio, abismado en las velas toma un.... en sus manos robustas, le oprime y le doma. Concluyó su obra, el navio flota, pasó el peligro, y entonces como si descendiera de las nubes, se le ve bajar con la mayor impasibilidad, sin cuidar de sí mismo, ni de la sangre que corre de sus venas desgarradas, del agua que destila todo su cuerpo, y se fija sobre el puente del navio, apayándose sobre su costado, y contemplando su obra. Interin que se ha jugado felizmente contra el furor de los elementos, se creerá que está seguro por algunas horas; pues no, cada minuto se ve obligado á luchar con los hombres, con las cosas, y en cuya lucha es preciso que venza ó sufra una enfermedad, una mutilacion ó la muerte; y véase como todos los males que salieron de la caja de Pandora estan reunidos en los horrores de un naufragio ó de un combate naval. Cuando un navio es combatido por las ondas, el huracan rompe las velas y las arrebatá, quebranta los mástiles como si fuera una paja, disloca el timon, todo se trastorna, y es arrastrado á seguir las rápidas evoluciones de la quilla: la perdicion contra las peñas, ó lo que es aun mas terrible la niebla, esta inundacion flotante en la profundidad del mar; mas en medio de tanto horror jamas la esperanza abandona al marinero: cree en los milagros en la virgen santísima, y sobre todo tiene una confianza ciega en su capitan; nada es mas solemne y grande que un navio en la tempestad ó en el naufragio. El capitan, rey en toda la estension de la palabra, ordena la maniobra á la tripulacion, y esta, sin voluntad propia pronto como el relám-

pago obedece ciegamente su voluntad, y aunque alguna vez estas órdenes son un decreto de muerte, el marinerero no vacila, sube, como yo le he visto, á un mástil quebrantado que vacila en su base sacudido con violencia por el viento, y apenas ha llegado al punto de su destino corta con su cuchillo las cuerdas que retienen el mástil; y cae, ó al mar ó sobre el puente, herido de una conmocion cerebral: otro le reemplaza si muere, y otro, y otro, hasta que en fin, el trozo que apura al navio y amenaza su pérdida, está completamente rebajado. Cuando un navio está amenazado de perderse ó lucha contra los elementos desencadenados, se ve el hombre reducido á solos sus recursos, mucho mas si ha perdido las velas, el timon, todo en fin, lo que le habia de resguardar de los vientos y de las olas. Entonces que nada espera el marinerero sino de su inteligencia, prueba que merece justamente el título de hombre cuando atado por la cintura á una cuerda se descuelga y va á reconocer el timon desamparado; si perece en esta peligrosa accion, habrá otro que sea tal vez mas dichoso. Aun cree que nada le es imposible como si fuese un semi Dios; pero en medio de la tempestad que amenaza despedazar su navio ¡cuántos ojos y manos necesita! Allí ve un cañon desmontado que aplana el buque, acá una ola levantada que cubre el puente y le arrastra consigo á las olas; aqui un pedazo de fierro ó de madera que le cae de lo alto y que le espachurra sobre el puente; mas lejos una espesa maniobra que le arroja muerto. Tales y tantas son las calamidades que llueven sobre el marinerero á todas horas y á cada momento; pero él sin embargo siempre imperturbable aumenta su valor cuanto mas crecen las calamidades; de manera que se puede decir que es siempre un fenómeno. La pérdida del navio es casi cierta, y aunque la del marinerero parece inevitable, tiene siempre una tabla: «Hijos míos, dice, vamos á la obra.» Y en medio de mil peligros y golpes de agua que momentáneamente surgen el navio, de cañones, balas y otras mil cosas que chocan y trabajan el puente henchido de heridos y muertos, en medio de todos los elementos conjura-

dos contra él, se le ve en la maniobra, como en una colmena de abejas, ocupado en reunir los mástiles y los cordajes para componer su último recurso de salvacion. Por fin, acabó de formar su balsa; flota al mar, es llegado el momento de partir, de acercarse á la muerte que le espera en la soledad del Océano, puesto que se entrega á un recurso tan fragil, que no vale para reposar en él su alas el pájaro de las tempestades.

Es muy urgente abandonar el navío, y apenas la tripulacion ha bajado á la balsa, enjugándose las lágrimas que dirige á su antiguo amigo que se ha ocultado á su vista, llevando consigo al profundo abismo de las aguas á los que se detuvieron sobre las ruinas del navío, los heridos y todos los que han preferido una muerte pronta á prolongar una vida inútil. Se han visto en estos casos marineros que eran buenos nadadores suicidarse con un puñal por no sobrevivir unos instantes á las agonías de una asfixia por mersion; y cuando ha llegado este, que es el apogéo de las vicisitudes humanas, el perro, este fiel amigo del hombre no deja el navío, adivina el Océano y elige la muerte; tal vez presiente la suerte que le espera en la balsa; el hombre arrastrado por la hambre y por la sed se come al perro y bebe su sangre, y en seguida el instinto sucede á la inteligencia y le trasforma en Antropófago.

No hay lengua ni pincel que puedan expresar debidamente los horrores de una vida sobre una balsa. Traigase á la memoria que Dante, este antiguo Givellino vuelto del infierno á la tierra, queriendo describir el suplicio del arzobispo Ruggieri, asesino de los hijos de Ugolino y de su padre, no halló otro cuadro en la horrible poesía de los infiernos, que la hambre de un condenado agotando todo su esfuerzo en devorar el cráneo de un niño. Este cuadro infernal que escapó de las manos del Dante, esta vision del otro mundo se hace realidad en la balsa de los náufragos: esta horrible peripecia se ha podido observar tambien en los campos de batalla, luego que son abandonados por vencedores y vencidos: se ve un herido al lado de un cadáver roerles la espalda para mitigar el hambre; pero en parte

alguna, al menos entre las naciones civilizadas, se ha visto un hombre tan desnaturalizado jugar á una suerte la vida de un amigo para alargar la suya por algunos instantes, manteniéndose de la carne de aquel; mas no obstante, debe tambien decirse que á bordo de una balsa aislada sobre un vasto mar no se llega á tal grado de fuerza sino despues de haber padecido los inauditos sufrimientos del hambre que constituyen al hombre en un estado de verdadera enagenacion del libre albedrfo, como el que está poseido de fiebre delirante; y asi se ve que un leon cuando no tiene hambre, no acomete al hombre, pero este despues que ha devorado para mitigar su hambre todo lo que encuentra, hasta sus mismos vestidos, el instinto de la propia conservacion trasforma al marinero y le inspira el bárbaro pensamiento de comerse á otro hombre. Antes de llegar á este extremo, ha disminuido mucho el número de los naufragos; porque unos se han dejado morir de hambre; otros se han suicidado; otros por arrojarse al agua han desaparecido; otros para apagar la sed bebiendo, se han sumergido; pero no faltan hombres de una resolucion infernal y desesperada que disputan con la muerte, quieren vivir á toda costa, y son consejeros de la carnicería humana, y llega su egoismo hasta elegir la víctima, cuyo último recurso ha conservado la vida de muchos marineros que hemos conocido; entre otros, uno, hombre admirable por sus nobles cualidades de marinero que hizo á nuestro lado una dilatada campaña á los mares del Sud; y este nos refirió una vez durante la navegacion la tragedia lamentable de la balsa de la *Medusa*, en la cual fué el principal actor. «Cuando un hombre, nos decia, muere de hambre y de sed, tiene hambre de todo lo que se come y se bebe, hubiera acabado por beber su propia sangre. Si: he comido carne humana y precisamente de un pobre infeliz á quien yo amaba: escapé de la muerte, pero hasta ahora no he podido digerir este pedazo de carne desabrida y estropajosa: un año entero pasé sin poder comer un trozo de carnero; en el momento que os hablo de este convite de muertos, tengo ánsias de vomitar aquella vianda.

Infame *Medusa*, siempre serás para mí un objeto horroroso. Abrid mi cuerpo, hallareis escrito en letras muy grandes; «*Medusa*.» Este hombre que ya no existe, ha sufrido hasta su último suspiro remordimientos agudos de haber comido carne humana, semejante á un envenenado con arsénico que ha conseguido librarse de su accion, el cual tiene horror del nombre del metal que le recuerda su suicidio.

La agonía y la muerte no son siempre inevitables, sobre una balsa hay muchas casualidades que pueden salvar y que rara vez se encuentran en buques pequeños, sean del estado ó del comercio, en los que por mas que se haga, no pueden reunirse los numerosos medios conocidos de salvacion, ni una tripulacion suficiente para todo lo que pueda ocurrir durante la navegacion; y entonces el buque sin medios ni recursos, hecho juguete de los vientos parece totalmente viéndose en alta mar, y nadie sabe esta desgracia, ni llega á la playa noticia alguna del drama que ha pasado en la escena del Océano. En vano se inquiera la suerte del navio que partió de Francia hacia un año, pasan algunos meses, entonces el susurro de su pérdida permanece y se consiente la desgracia. Algunas veces se deja ver el navio flotando, y como el Océano se horroriza de la muerte, echa á las riveras todo lo que carece de vida, el cadáver del hombre y los restos del navio; se acabó todo para el marino, cuando los que andan por las riveras recogen una lámina y el nombre de un navio escrito en un madero; los cadáveres humanos sirven para algo: los Tiburones por ejemplo son muy golosos, y por eso los marinos en cualquiera parte los hacen guerra encarnizada. La familia de los..... tan torpe de olfato parece que presiente los moribundos que hay en un navio; tengo muy presente un enorme tiburón que perseguía obstinadamente nuestro navio durante muchos dias, y era que teníamos á bordo dos marineros atacados del tífus en gran peligro; los marinos prácticos presagiaban que no se restablecerian, porque la obstinacion de el minotauro percibía el olor de un cadáver. Murieron efectivamente, y el uno encomendó á su marino (término que designa

su mejor amigo) que le envolviese muy bien en su colchon, le cosiese fuertemente, le colgase de los pies piedras de mucho peso y lo rodase como si fuese un gran mástil para que el tiburón le encontrase muy duro cuando quisiese devorarlo.

El solo cuidado del marinero en cuanto á su cadáver, es cuando piensa ser devorado por los tiburones; no piensa en otros pescados que no se portan mejor. En efecto, así como los habitantes del profundo del mar, los grandes pájaros acuáticos también les imitan en esto. Hemos visto algunos ahogados sacados del mar después de algunos días, devorados á pedacitos y cubiertos de unos animales que allí se han alojado como por compañías. Vimos otra vez un cuerpo descompuesto sobre el cual pululaban cangrejos de color oscuro. Hay pescados que tienen un gusto particular por diversas partes del cuerpo humano, así como en los anfiteatros de anatomía se observa que los ratones son aficionados á los párpados, á los ojos y á los labios; en el vasto anfiteatro del Océano poblado de tantos habitantes, son mas numerosos y variados los gustos. En los mares de la India, sobre todo hácia el Ganjes sufre el cadáver del marinero una profanacion muy asquerosa. No puede imaginarse cosa mas horrible que la vista de cien cadáveres victimas del tifus ó ahogados, brotados á la superficie del agua, agrupados á las amarras que sostienen las áncoras, y sobre ellos una nube confusa de pájaros voraces armados de picos enormes, que con espantosos chillidos arrebatan un brazo ó un muslo, como si fuesen un gloton hambriento. Sin estos pájaros sepultureros de las victimas del cólera, se veria el Ganjes abandonado de los navios de comercio, porque ellos desinfectan por una parte aquella atmósfera inclemente y apestada. Los pájaros carnívoros no convienen con el tiburón en cuanto á los marineros, pues que por una parte las riveras del Ganjes no son frecuentadas por todos los navios, y que por otra no gustan de la carne del hombre hasta que ya se haya descompuesto. Por el contrario, el tiburón es enemigo del marino muerto y vivo, se halla en todos los sitios, se le encuentra en todas partes, su historia es

conocida de todos, y no háy naturalista que la conozca mejor que el marinero. Apenas habia alguno de éstos que no tenga alguna anécdota en la que haya sido actor ó testigo y que no pueda decir que ha encontrado en el estómago de un tiburón la pierna de un marinero pocos días despues de su amputacion á bordo de un navio, ó bien alguna parte ó partes de un ahogado.

El naufragio en la mar ó contra la costa son las dos causas mas comunes de muerte violenta. El marinero, entre todos los hombres es el que tiene menos prescien-  
cia de la suerte que le amenaza; solo cuando un contratiempo inesperado ó un fracaso le obligan á confesar que es frágil y muy percedero un navio. Entonces todo el buque se transforma en una fisonomia severa y som-  
bria, y segun el carácter del comandante se vé á la tri-  
pulacion confiada hasta creerle inspirado; pero si no es digno, se abandona á todos los actos que denotan un corazon débil y desesperado. Muchas veces nos halla-  
mos en peligro de naufragar, pero ninguno nos ha pare-  
cido mas espantoso sin contradiccion que el fatal tér-  
mino de la soberbia embarcacion llamada *Coloso* y sus valientes marinos. Se hallaba surta en la inmensa rada nueva Icrok, cuando un huracan, con una tempestad de truenos y de agua, cayó á las ocho de la noche sobre un centenar de navios. El *Coloso* estaba con sus cuatro áncoras, pero los cables se rompian y pronto se vió re-  
ducida á solo una. Bien conocia el bizarro comandante Jurien que era imposible conjurar un desastre, tanto mas que la costa estaba inundada de buques destrozados. Quedó solo el *Coloso* y en este estado para evitar que el marinero, este hijo infernal, se desanimase ó se abandonase á los licores fuertes, el comandante dispuso que toda la tripulacion se entregase á desembarazar la áncora de salvacion, sin embargo de que era una fatiga inútil y trabajosa; pero era preciso ocupar y distraer al marinero cuyo objeto se consiguió, pues á la mañana siguiente se vió que solo el navio francés habia resistido al huracan, y habia conservado la vida por una de las tres cuerdas que forman el cable.

30 Durante las horas fatales que preceden á un naufragio,



es muy prudente ocupar á los marineros, como el único medio de conservar la presencia de ánimo y la robustez del cuerpo en el caso posible de salvación; pues frecuentemente en los buques mal gobernados, la tripulación previendo su ruina, rompe por sí misma los vínculos de la disciplina, se entrega á todos los excesos de la intemperancia y de las pasiones tristes, pero el mas horrible espectáculo es, cuando las olas cargan sobre un buque desamparado; cuando colocado entre el agua y el cielo espera que cada ráfaga de viento le sepulte para siempre: un silencio sepulcral reina á bordo: la inutilidad de la lucha quebranta el valor de todos: el marinero pálido suspendido del cordage, mira aterrado sin esperanza la espantosa mar hirviendo á su alrededor, un mónstruo que le vá á tragar para siempre: á menos que una ráfaga le separe de repente del abismo y le reemplace en su navio, ó bajo de una montaña de agua para volver de nuevo á su agonía. Entonces que todo está perdido, el capitan fijo en su puesto debe calcularlo todo y preveerlo: sus miradas firmes consultan la brújula, los vientos y el mar: la tripulación le observa atenta; y si es hombre de un ánimo firme, acreditado y práctico, con una sola palabra reanima estas masas inertes que en tal estado quieren la muerte y no tienen valor para darsela por su mano. No es posible imaginar el efecto homicida y el frio glacial que se apodera del hombre cuando en medio de una tempestad que compromete al navio, se le ve ir poco á poco calando al fondo, ocultarse en parte, oscilar lentamente entre el mar y el viento, levantarse en seguida del abismo para volver de nuevo al agua. Hay un momento indivisible en que el navio empeñado é inmóvil, parece que se pregunta para juzgar por sí de la cuestion de vida ó muerte de toda una tripulación: la ansia angustiosa en tal situacion es inesplicable: se siente el frio que precede á la fiebre, y se respira como si se estuviera bajo la cuchilla del verdugo. No es ciertamente de mí, de quien hablo. He preguntado á marineros de valor y de ciencia, que se han hallado á bordo de un navio en riesgo de sumergirse, y todos me han confesado que en este horrible momento, el miedo de la muer-

te encadena, y absorbe todas las facultades del alma. Además, mi último amigo que tenía en la marina, y con quien he corrido la Grecia y el Egipto, Mr. Lersat de Saint Hadnen, muerto durante la expedición de san Juan de Ullua me ha asegurado que, cuando naufragó la gabarra *Lampréa*, tenía miedo de tener miedo, y eso que era un hombre de buen temple de alma. En la situación de un naufragio, no se excita el sentimiento religioso como acción fervorosa de piedad, se teme por la vida, y no se piensa jamás en los preparativos de una santa muerte: es preciso decirlo, se espera vivir, se aguarda hasta el fin un cambio inesperado en el cielo y en las aguas: se escuchan los pasos de la muerte, se la ve al lado: la ansia de conservar la vida que reside en nosotros, está alerta y nos meze siempre con una sombra de ilusión hasta el punto de cegarnos, para no ver lo que nuestros ojos y nuestra razón deberían hacernos conocer, efecto muy propio de las pasiones exageradas alegres ó tristes; que es mostrarnos las cosas de diferente modo que son en realidad; y sin duda han terminado en esta disposición los navíos que han hecho naufragio, pero no todos los marineros tienen esta calma de terror que esclaviza al alma, y la mantiene indecisa entre la duda de la muerte y la esperanza de la vida. Los marineros del Norte se quedan taciturnos y pasivos en las vicisitudes de una tempestad desecha: unos quieren dormir el sueño eterno, pero antes de morir; se deslizan sin que se advierta, al almacén ó depósito del vino y del aguardiente, y se embriagan al punto de perder la razón. Los del medio día, penetrados de las preocupaciones de la infancia, no están tan dispuestos como sus compañeros del Norte de la Francia á suicidarse. Aquel con serenidad y confianza llora y pide á la Santísima Virgen como un verdadero creyente. Hace un voto, y si se libra del peligro, irá á las ermitas que hay en las alturas de la Provenza á ofrecer velas, oír la misa con los pies descalzos, y colocar en el altar el voto que ha ofrecido; no se olvidará de hacer pintar una Virgen rodeada de nubes, que se le apareció durante la tempestad para asegurarle que se salvaría. El viajero que visite á Mar-

sella no debe dejar de ir como en romería á Ntra. Sra. del Buen Socorro, subiendo en la primera hora del dia á la colina para asistir á la primera misa, y se hallará piadosamente conmovido al ver á un marinero que ha escapado del naufragio, que viene con la mayor humildad á colocar un cuadro que pinta su desgracia en las paredes de esta Basílica, guarnecida de la historia de muchas desgracias, conjuradas por la intercesion de la Santísima Virgen María. Por lo demas, á bordo de un navío que se pierde cuando toda esperanza se ha desvanecido; el hombre de alma firme espera la muerte de pie, apoyado á cualquier cuerpo sólido; el débil se embriaga y se duerme; el religioso suplica, llora y espera; el que rechaza el dolor, se arma de un cuchillo para matarse: el estóico se mete en su hamaca y calcula con sangre fria una por una la demolicion de todas las partes del navío, el progreso de los vientos y de los golpes de agua que se disputan la presa. El hombre que ha viajado y que ha sufrido muchas veces la incertidumbre de la suerte, es todavía mas indiferente que el que se resigna en su cama á esperar el término de la tempestad; un hecho que contará pocos ejemplos, es muy propio de este lugar.

Mr. Gaymaude, médico de la armada, viajero incansable que habia pasado por todas las calamidades de las grandes y peligrosas peregrinaciones, se hallaba á bordo de un navío en ocasion que un fuerte golpe de viento le arroja sobre las peñas á flor de agua, y en el temor de una horrible muerte, los oficiales y la tripulacion reunidos sobre el puente, padecian en silencio su lamentable agonía; mas Mr. Gaymard, muy acostumbrado á todos los accidentes buenos y malos, se retiró á su hamaca y se quedó dormido profundamente. Al cabo de dos ó tres horas, *el Astrolabio*, mandado por el célebre cuanto desgraciado D'urbillé, apenas existia; y en tal situacion, un oficial bajó á su cámara, despertó al eterno durmiente; este le miró: ¿qué hay?—Estamos perdidos.—¿Qué queréis que yo haga? respondió; se volvió al otro lado de la hamaca y volvió á su sueño. Entre tanto el navío, por una de las casualidades tan comunes en las navegaciones

dilatadas; empujado por una ráfaga de viento, pasó por bajo de las peñas; dejó una porción de su quilla inferior y se encontró en una posición pacífica é ignorada. Los lectores conocerán que la mas inesperada alegría renació por todas partes, olvidando lo pasado, y sin que se acordasen de Mr. Gaynard hasta que le echaron de menos á la mesa: fueron á su cámara y le hallaron todavía dormido; por manera que una indiferencia, única en la historia de los naufragios, no puede esplicarse sino por el poder que tiene cierta organización de disponer á su arbitrio el acto del sueño, como v. g. Napoleon que se dormía cuando y como quería.

Parece imposible que haya hombres que tengan el carácter de un Don Juan en medio de los horrores de un naufragio, de una muerte cierta y de los elementos desencadenados contra un frágil navío; y aunque es efectivamente raro, hemos conocido hombres de mar que despreciaban riéndose todas las playas que juegan con un navío como si fuese una paja. Estos tales llaman fuerza de alma la resistencia á la fuerza, pero es muy singular que la mayor parte de estos hombres desconocen el peligro, é ignoran el arte de alejarle. La casualidad es su móvil en todas ocasiones, y la audacia y la temeridad, que son el complemento del valor irreflexivo y temerario, les arrastran á empresas irracionales, en las que triunfan de una manera inesperada; proporcionándoles una nombradía famosa á los ojos del vulgo, que solo admira lo que no comprende. Conviene mucho el carácter resuelto é indomable al marinero, porque su oficio consiste en obedecer órdenes crueles, desapiadas, las cuales eludiría, si su razón pudiera enseñarle los peligros; pero ¿quién podría fijar el punto hasta que es permitido á un gefe ser fatalista en los accidentes de una navegacion? Cuando se habla de un oficial, cuya intrepidez desafía todos los obstáculos y desdeña todos los consejos de la prudencia, se dice: es un gran marinero: queriendo con esto explicar el bello ideal de la conducção subalterna á un hombre de mar que no se acomodará jamas á las cualidades que por obligacion debe tener el que gobierna un navío: su primera virtud es la

conservacion de los hombres que se le han confiado ; la segunda la seguridad de su navío.

El marinero tiene ademas contra sí otro peligro de una muerte horrorosa cuando navega bajo el pabellon de un gefe que nada cree imposible á la osadía irreflexiva , y que no pudiendo razonar el objeto de una manioobra , se abandona fatalmente al curso ordinario de los sucesos. Sucede que la casualidad corona tan á menudo una ambicion egoista , que no es muy raro que los que de nada tienen miedo , la reputen su verdadero Dios. Por último , el sobrenombre de *tempestad á la vela* que se usa vulgarmente á bordo para los gefes petulantes y temerarios , puede muy bien apropiarse á un ilustre pirata , pero jamás conviene á un verdadero oficial de marina encargado del mando , porque éste debe ser digno de la posicion en que se halla ; debe ser un hombre superior de alma y de inteligencia , y como su destino es correr todos los climas y neutralizar las diversas influencias , debe casi saberlo todo. Nos hemos distraido del retrato que ofrecimos de un Don Juan ; es el siguiente :

M<sup>\*\*\*</sup> es un hombre de un valor inaudito ; ninguno merece mejor la divisa *me pluribus impar*. Su biografía no debe presentarse como un ejemplo para imitarse , porque todos los actos de su vida militar se apartan de la prudencia y de la moderacion. Es preciso ser un hombre como él para caminar por la senda excecpcional que se propone , y cuyo objeto consiguió gloriosamente. Este oficial jamás supo definir el verdadero valor , ni para sí ni para los que conduce al enemigo ; de nada tiene miedo , no conoce otra alternativa que vencer ó morir , porque jamás meditaba , ni conoció la importancia de las cosas. Encargado en cierta ocasion de una comision importante en que debía doblar el cabo de Hornos , que es el de las tormentas , y yo he atravesado dos veces , menos peligroso para la navegacion que las costas de Normandía en invierno , es preciso por lo mismo no perderle de vista y mantenerse por lo menos á la distancia de algunas leguas ; pero M<sup>\*\*\*</sup> jamás se conducía como los demas : se metió mucho en el Sud , y en lugar de un mar tratable se encontró en un Océano nuevo , corrientes rá;

pidas y profundas, inmensos témpanos de hielo que le embarazaban el paso, y por fin un Aquilon que todo lo arrebató á su paso. Sorprendido el buque por este huracán, no sabía á qué atenerse: ya sus velas hechas hilos y dispersadas á lo lejos; sus mástiles quebrantados no eran ya mas que trozos: la violencia de las undulaciones y los embates habian descompuesto el aparejo, y mezclado todos sobre el puente y en la bodega, se chocaban unos con otros y se destrozaban con una ruina espantosa; el terror se habia apoderado de todo el equipage y no era posible distraer á los marineros ocupándolos en maniobras de salvacion, de modo que por todas partes solo veian la muerte por único remedio; así que esperando esta desgracia, oficiales y marineros reunidos sobre el puente estaban cruzados de manos; el terror en su frente, y fijos los ojos sobre los montes de hielo que la mar y el viento empujaban contra los costados del navío, demostraban todas las agonías que pueden sufrir los mortales: un hombre solo, fiero y animoso como otro Ajax, miraba la tormenta con orgullo desdeñoso, y no se doblegaban sus miradas sino para echarlas irónicas sobre los que se atrevian á creer una catástrofe. Este hombre era el comandante, quien despues de muchas horas corridas en medio de este caos de los elementos, el hombre que miraba en calma el espacio, reparó en un trozo enorme de hielo conducido por las hondas, cuyo choque no podía el navío evitar: á su vista la tripulacion sometió su cabeza como si esperara la cuchilla, resignándose á recibir el golpe de muerte. El témpano toca de repente al navío, éste se inclina, y como si fuese el choque de una descarga eléctrica, queda un rato con la quilla fuera del agua entre dos olas, á ochenta pies de altura, y esto solo era como un juguete de la tempestad: la corbeta se eleva sobre su eje, y asombrada la tripulacion contempla con horror una ola enorme, que atravesando horizontalmente el frente del navío, arrebató del puente catorce hombres, y en un momento los sepultó en el profundo del mar: consternados todos, esperaban igual suerte; solo el capitan sin pestañear, el rostro sereno, con un orgullo sobrehumano, tuvo el ar-

rojo de prorrumpir en estas palabras : «Doctor, jamás »podreis ver una figura de muertos como mis oficiales; »vedlos mas pálidos que la muerte misma.»

Estas agonías transitorias son muy comunes entre los hombres de mar , tanto mas observadas cuanto que por la depresion de la fuerza moral se concibe menos esperanza de salvar la vida ; entonces el miedo es una especie de providencia que nos abate, enervando la fuerza y embargando el pensamiento : se pierde el instinto intelectual, y por poco que se prolongue la agonía , el último golpe de una muerte hiere solo á un semi-cadáver. Así discurría el hombre que nos refirió este suceso ; pero por lo demas, este caso se concilia perfectamente con los que hemos tenido lugar de observar respecto de los reos condenados á muerte. Estos, sea cual fuese la fuerza de su ánimo , desde el momento que se les notifica la sentencia, viven bajo el dominio del decreto de muerte prefijado á hora determinada : se van descomponiendo á proporción creciente que la hora se acerca, y cuando los conducen al cadalso , apenas tienen pulsos : van turbados ó mas bien aturdidos, y no están capaces de analizar la tragedia que va á acabarlos para siempre: le arrastran al suplicio como á un buey al matadero : si el reo camina lentamente, no va aquel mas aprisa, como si presintiera una fatalidad ; en fin, como el criminal que se horroriza á vista de la cuchilla, así el buey asido por las astas, antes de recibir el golpe dá á entender en algun modo su horror al carnicero. Lacenaire solo tuvo miedo cuando experimentó los efectos de la depresion moral de que vamos hablando: colocó maquinalmente su cabeza bajo la guillotina ; mas cuando vió en la cesta que estaba sobre el cadalso la cabeza ensangrentada de su cómplice Aaril , imitó al buey, se agitó y estremeció con movimientos tan terribles, que se conmovió á su impulso todo el aparato de la guillotina.

El marinero tan prodigioso en medio de los peligros á que puede hacer frente, no es un hombre de la naturaleza el leon de los bosques, que en medio de los trastornos del globo en que se ve á su pesar envuelto, experimenta el poder magnetico. El leon se agrupa y tiembla cuando

la tempestad truena en su inmediacion, y al mismo modo el hombre cuando los rayos giran y serpentean en torno de su navío, padece un terror profundo, porque ve en esta situacion una causa insuperable de su ruina. Está mas espuesto que nadie á morir abrasado de un rayo; y es indudable que el mayor número de buques que desaparecen en alta mar, de los que no se tiene noticia, son despedazados y sumergidos á resultas del agua que por efecto de la tempestad se introduce por la parte mas baja de la quilla. He visto una vez un navío iluminado, durante muchas horas de la noche, por los rayos; las exhalaciones rodeaban sin cesar los mástiles y el velamen: los relámpagos y los truenos conmovian tan espantosamente el animo, que el corazon comprimido por un poder mágico, apenas podia latir: la respiracion casi embargada; oprimido el pecho; la idea de la muerte se veía pintada muy al vivo en el semblante pálido y desencajado de la tripulacion, y en medio de un silencio sepulcral un solo marinero fué herido de un rayo, á cuya vista seme herizaron los cabellos; me entró un frio intenso, efecto que casi todos experimentaron sin duda por el influjo de la fisiologia del rayo sobre la libertad mental; los que esto nieguen, no convendrán en conceder que el hombre dependia de las grandes catástrofes del globo que hacen temblar á los animales mas valientes: verdad es que la muerte de rayo es menos frecuente desde que Franklin enseñó el medio de desviar su ataque.

El naufragio en alta mar, la tormenta y la manga de agua no son las únicas causas de muerte de los pobres marineros: si hasta ahora ha parecido el hombre diferente de lo que vá á ver en las otras escenas calamitosas de su profesion, consiste en que tal es la humanidad, pues por grande y sublime que se la suponga, siempre que lucha contra un poder atmosferico, sea torbellino, tempestad, cólera indiano, ó una peste; desde el momento que reconoce su importancia, se le ve triste y resignado á los decretos del cielo; así es que el Turco es fatalista por la conviccion de que estan contados sus dias por Alá y bajo este principio cree inutil la medicina contra la peste que le sacrifica.



Siempre que es posible luchar contra los elementos, no se entrega del todo el marinero á la idea de la muerte, combate animoso, disputa su vida hasta que al fin por la pérdida de sus fuerzas sucumbe, ó por otro accidente fatal; pero su mas terrible agonía, y la muerte mas comun que le aguarda, es cuando sufre una tempestad y un naufragio á vista de una corta herida de peligro que cuando la ola viene á estrellarse contra los bordes del navio; desgracias no muy raras, y en tanto que la sociedad de los náufragos nos dá una relacion exacta de estas muertes trágicas durante un año; adelantaremos con relacion á los documentos recogidos del litoral de Cercega y del Mediterraneo, incluso Argel, y de los departamentos que baña el Océano, por un término medio llegan en un año á mil los náufragos; cómputo que nos parece corto, puesto que el mar de la Mancha se traga durante el invierno por lo menos sesenta navios, sin contar los que se pierden aisladamente sin dejar noticia.

El marinero en los momentos de resistencia heroica es un hombre prodigioso; lucha, se multiplica, centuplica sus fuerzas por conservar su navio, expone con calma su vida por salvar á todos, se entrega á la ejecucion de una maniobra casi siempre impracticable; como se vió á bordo del navio el *Formidable*, combatido de la tempestad en inminente peligro; se trató de bajar un mástil, y un marinero viejo decorado con la Legion de honor, besó su cruz, y gritando, sigame el que tenga corazon; trepó seguido por catorce que apenas llegaron con él á lo mas grave del peligro, cuando el mástil roto por el viento, arrastró consigo á estos titanes de la mar, y todos murieron á la vista del navio sin poderles socorrer. Son muy comunes los ejemplos de igual sacrificio, que se leen en los fastos de la marina; y apenas habrá un buque pequeño que no haya sido teatro de una accion tan noble y atrevida.

En el curso de un naufragio, donde por descubrirse tierra se concibe alguna esperanza de salvacion, hay momento, en que la tripulacion supeditada por la desigualdad de la lucha contra los elementos, se abandona á la voz fatal de »salvese el que pueda» y este momento

es en el que el carácter del hombre se presenta sin disfraz forjándose en su interior algún medio de salvarse: unos malos nadadores no se atreven á arrastrar el furor de las ondas, se quedan á bordo del navío, que se vá descomponiendo, se mantienen agarrados á la última tabla que pueden asir; hasta que la tabla y ellos van al fondo del abismo; y esperando la muerte precedida de mil agonías, recuerdan las ideas piadosas de su infancia, invocan á la Virgen Santísima patrona de los marineros, hacen votos inútiles, y mueren como mártires cristianos. Otros se abandonan á las olas y hacen esfuerzos inauditos para superarlas y ganan la playa, y cualquiera objeto ya sea un trozo de mástil, ú otro fragmento del navío, de que puedan asirse; le inspira una esperanza aunque debil; los marineros veteranos suspendidos sobre el abismo, acojen bajo su proteccion á los débiles y desanimados; los sostienen, los animan, y les inspiran valor. Su compasion es mas decidida hácia las pobres mujeres que con ellos han participado del naufragio, especialmente si se halla alguna criando. En el año de 1838 arrojó el mar á las costas del Golfo de Gascuña una infinidad de destrozos de un navío y de cadáveres procedentes de un naufragio que acababa de suceder, y entre estos se vió un hombre colosal que tenia estrechamente abrazada una jóven con el niño al pecho.

La memoria de la familia, el amor á su hogar aun mas que la propia conservacion sostienen el ánimo del marinero que resiste nadando la violencia de las aguas: si está casado, si tiene hijos, los llama; renuncia á la vida y les consagra su último pensamiento. En el año de 1840 pereció un navío sobre las costas de Normandía, de cuya tripulacion nadaban en compañía dos marineros que de vez en cuando daban un grito para avisarse que vivian, puesto que las olas les cubrian á su vez; y sintiéndose uno de ellos sin fuerzas, dispuesto á dejarse sumergir, antes hizo una corta oracion, y dirigiéndose despues á su compañero, le gritó con toda la fuerza de sus pulmones. «No puedo seguir mas: á Dios Pedro: abraza á mi mujer y á mis hijos: sírveles de amigo y de padre.»

Un naufragio y los varios medios de salvacion que se ofrecen á los marineros, tal vez no son mas que ilusiones crueles de horribles catástrofes; durante cuyas agonías echan de menos el beneficio de la primera muerte que rehusaron: un intrépido nadador, un hombre de hierro despues de superadas con el mayor valor las fatigas de una larga travesía, arribó al fin á un islote despo- blado en la soledad del Océano: se halló solo, transido de frio, desnudo, sin abrigo ni subsistencia: ¿qué será de este desgraciado? En vano registra el horizonte para ver si descubre alguna vela, y recibir un rayo de espe- ranza: tal vez se deja ver un mástil; pero pasa y desa- parece: otra por un dichoso azar que se suelen ver en el curso de estas aventuras, llega un navío á socorrer al náufrago; y recoje unos seres lívidos, casi consumi- dos por el sufrimiento y el hambre padecidos, durante los dias que lentamente han ido minando su existencia. Todo es un fenómeno en la vida del hombre de mar, su vida y su muerte son acompañadas de circunstancias imprevistas y fanáticas. Una goleta naufragó á vista de Córcega, la tripulacion ganó á nado un islote á flor de agua, donde con las pocas provisiones que por milagro se salvaron del naufragio, se mantuvieron muchos dias, viviendo una mitad del cuerpo en agua, y el resto com- batido por las olas: ya llegaba su término, cuando ar- ribaron unos contrabandistas al islote para asegurar sus efectos de las diligencias de su resguardo, y estos con- trabandistas salvaron á esta tripulacion.

Los buenos nadadores, en lo general, siempre auguran muy bien de su arte como casi se prueba por los mari- neros que han sobrevivido nadando, á los naufragios; al paso que el pobre marino que se confia de un resto del navío, gana en fin la playa, entre tanto que el mal na- dador pocos dias despues deja ver su cadáver degollado, porque si la fuerza desfallece, se apodera de él la des- esperacion, y para acabar pronto, se suicida.

La asfixia por sumersion es una fatalidad vinculada al oficio de marinero, si alguno gana una playa habitada, es muy raro pueda volver á la vida con los socorros del arte, porque si estos son casi inútiles para los ahoga-

dos de las playas y puertos de mar; ¿de qué podrían servir para un marinero que llega á la playa, agotadas sus fuerzas, destrozado el cuerpo, y casi deshecha la cabeza, y cuyo restablecimiento no pasa siquiera por la imaginación de los que le reciben? Pero á bordo del navío es un recurso de mucha utilidad, en el caso de caer un hombre á la mar, porque al instante se le tira una Boya, la coge, en tanto una canoa vá á encontrarle; le recibe; y si llega en estado de síncope, ordinariamente se recobra. No se puede calcular el tiempo que un ahogado puede subsistir vivo bajo del agua: prescindiendo de casos muy raros, consignados en la historia de los ahogados, nos parece que la facultad de volver á la vida, pende de una multitud de circunstancias individuales, siendo la principal la fuerza moral que conserva en un ahogado la serenidad y el valor. El miedo en un hombre débil trae consigo el síncope instantáneo, y por poco que se prolongue la suspension de los movimientos del corazón, es casi inevitable la muerte: cuando la mar está borrascosa con viento de tempestad, si un marinero se deja ir, no es raro ver hombres de valor que se apresuren á intentar salvarlo; entonces un grupo de hombres se ofrecen á exponer su vida por el que está en peligro. No hace mucho que en la India, ocho marineros y un grumete se arrojaron á una canoa para recoger á otro que cayó de una verga; habian conseguido despues de mucho trabajo retirarle del agua, pero al tocar los costados del navío, se apodera una ola de la canoa, la hace pedazos contra el timon y perecieron todos á la vista de sus camaradas.

Si el dominio del mar es la conquista mas gloriosa que ha hecho el hombre, bien caro paga todos los dias esta gloria con catástrofes de mil géneros. Hasta ahora no hemos hecho mas que indicar las innumerables ocasiones de delirio y de muerte de la noble raza de los marineros; pues solo son una sombra del cuadro: nos falta verle al frente del enemigo.

Sea cual fuere el título pomposo con que el orgullo de las naciones ha querido decorar un campo de batalla, ninguno es mas espantoso que un combate naval; aquí

está escogido el campo sobre un elemento fantástico, en el que el hombre ha conquistado y dominado la violencia y la inestabilidad; en medio de la tempestad y sobre el abismo, está el asiento de sus fortalezas: con las olas que pueden engullir sus proyectos y con el fuego devorador conjura la pérdida de su enemigo: los elementos de muerte y de destrucción están con él, y fuera de el rayo de sus cañones que dirige contra sus enemigos, puede burlarse de sus combinaciones, reventar entre sus manos, abrasar sus murallas y tragársele en medio del ostentoso aparato de su poder: un combate naval no puede compararse á otro ninguno: comprende cuanto puede inventar el hombre de horrible y fiero: no hay expresión para dar idea de lo que es un navío que vomita la muerte por ciento y veinte bocas abiertas á la vez; ni hay pincel, aunque fuera el mas diestro, que pueda diseñar las escenas de desolacion, de valor indomable, de terror, de serenidad que pasan en este combate; concepcion monstruosa fuera de toda humanidad inventada en el apogéo de la civilizacion, y solo puede definirse por el lujo de los medios que ha descubierto para multiplicar la muerte y desembarazar el mundo. El hombre solo sabe hallar el secreto de sufrir y morir; si hubiera descubierto el cielo como un mundo desconocido, hubiera llevado hasta allí el espíritu de su orgullo y de su dominacion. ¿A qué no se atreveria despues de haber trasformado el elemento de las tempestades de la naturaleza en teatro de las que ha podido inventar su ingenio?

Cuando se avanzan dos escuadras para el ataque, se coloca cada uno en su puesto de batalla: el gefe ocupa una posicion desde donde sea visto por sus amigos y sus enemigos: los marineros están distribuidos conforme su capacidad y su empleo: unos velan para reparar las averías de los mástiles y de las velas: otros en el puente ejecutan la maniobra necesaria: los artilleros en sus piezas: otros suministran las municiones: en el centro del navío los cirujanos rodeados de sus aparatos, esperan que empiece la muerte su siega.

Entre tanto, las dos escuadras navegan en silencio

como dos monstruos marinos que se preparan á una guerra de exterminio, se observan, se comparan, maniobran para ganar el viento y el agua. De repente se arbola la insignia y la señal de batalla: cada navío escoge su enemigo, y dentro de un minuto el honor de las naciones entra en el campo cerrado: ya el marinero se muestra impaciente como un Alano, aguzando sus dientes contra el Javalí: todos acusan la lentitud de las maniobras; comprimido el corazón por un poder magnético, ansía la explosión del combate para dilatarse, y este es el momento solemne que revela la vida del guerrero: momento, que se excitan en su alma y combaten emociones que no es dado explicar. Porque no es posible sostenerse contra un sentimiento extraño á lo que se llama honor nacional, á esta hora extrema, donde el hombre en su silencio y ensimismado reconoce su posición rodeada de instrumentos de muerte: los nombres de familia, de religion, de muerte revolotean en su imaginación electrizada en la idea del campeón de la gloria, hasta el momento que la imaginación electrizada por la conmoción de las peripecias del drama, tiene la idea fija en el combate. El valor razonado del jefe que ordena los medios de vencer, no puede ser dote de un simple marinero, porque son muy raras las prendas de saber y de inteligencia en un campo de batalla, que Napoleón conocedor de los hombres, las llamaba cuadrados por la base.

Las baterías de un navío aprestado al combate es un espectáculo muy sublime, no puede negarse, cuando se observa al hombre en los momentos que la muerte está tan cerca de la vida; que el hombre nunca puede afanarse mas que cuando á la vista de una catástrofe que su ingenio debe conjurar, olvida su cuerpo y vive una vida puramente metafísica, problema que se resuelve mejor que en ninguna parte á bordo de un navío, donde el guerrero está enteramente abandonado de todo lo que puede hacerle apetecer la vida, porque entre el cielo y el mar no hay mas medio que vencer ó morir.

El capitán recorre las baterías con satisfacción; los artilleros están en su puesto y han practicado muy bien

la maniobra á su presencia , se muestra satisfecho , les dirige estas cortas expresiones. « Hijos , tenéis artillería , municiones y un valor á prueba. Apuntad bien sin tropelía , con vuestra bazarria estoy seguro de la victoria. » Se dió la señal , una voz ronca entrecortada que la bocina transmite á las baterías , dá la órden de romper el fuego. Entonces admira y compadece la suerte de estos marineros que se multiplican , bajo cuyas manos de hierro todo se mueve , todo se rinde , y tratan una pieza de artillería con el órden y la prontitud que se admira en las máquinas de vapor. En medio del fuego de las llamas , de las balas y de un alboroto espantoso , los marineros en la batería de un navío son unos hombres que no se han visto en ninguna parte , excepto tal vez en alguna descripcion mitológica de los antiguos poetas de la Grecia : en el ardor que les anima son insensibles á todo lo que les rodea , las balas enemigas acribillan las frágiles murallas que les cubren : su choque por todo el círculo que las dirige el angel exterminador , convierte en proyectiles mortíferos y en agentes de destrucción los objetos mas apreciables del marinero , la madera , el hierro , los cables fuera de su puesto á manera de un torbellino amenazan la vida del marinero , pero este nada vé , á nada atiende , clavado al cañon sigue las evoluciones , y triunfa ó muere , sin traspasar una línea del círculo que le traza el honor para transijir con la muerte : en un dia de combate son iguales el que manda y el que obedece á las miras del destino , porque en tal dia solo hay en el navío fuego que conmueve y agua que traga : en una atmósfera abrasada en medio de los vapores de pólvora y de azúfre , el marino parece que ha cambiado de naturaleza , recuerda los primeros habitantes del mundo que salen del caos cuando el sol como un volcan no encerraba solo legiones fantásticas de Salamandras y dragones alados.

Quando el navío está envuelto en un torbellino de llamas y de humo , que mil playas desoladoras llueven en sus entrañas , no hemos hecho mención del número de víctimas de esta escena sangrienta en la que al cabo de

una hora, ¡ cuántos héroes duermen el sueño eterno! unos sin cabeza; otros despedazados entre los restos informes de otros cadáveres destrozados por el fuego: de mil maneras aquí la vista de la destruccion del hombre hiero el animo. Se ven hombres destrozados, convulsiones horribles, miembros lacerados, pedazos de entrañas, un mar de sangre ennegrecida por la pólvora; este es el teatro en que con una exaltacion fanática se agitan para disputar la tumba al enemigo. Nadie como un marinero sabe mejor el arte de matar: en una gaviá, sobre un puente maneja el fusil con un arte pérfido; artillero en la batería sobrevive á sus camaradas, y sólo él basta para el manejo de una pieza: carpintero, galafate, es todo lo que se quiere á pesar del fuego incésante de mil cañones, y no ostentaria mayor seguridad si hubiese hecho pacto con el destino, por manera que, una nacion de marineros seria invencible. Con las palabras «patria y honor,» pone un gefe, que sabe mandar bien, el derecho de vida y el de muerte en un día de combate: cuando el fuego devora un navío molido por las balas que un golpe de agua amenaza tragársele, un buen marinero se sobrepone magnánimo á proporcion del peligro, porque lleva en sí un corazón pronto á inflamarse de un sentimiento sublime y vive en un mundo prohibido á las almas vulgares y que las impresiones que recibe de su existencia son grandiosas, imponentes y terribles: la lucha y el peligro son los manantiales que le inspiran. En el fin de combate se ve un navío que se hundé bajo de los pies del marinero, pero no le falta á este un puesto en el de su enemigo: en un giro de ojos el marinero armado hasta de los dientes, se lanza sobre el puente de su adversario y combate con toda independenciam de su gefe y de la disciplina. Los dos navíos están tocándose los bordos á pesar de un bosque de flechas que arroja el enemigo para detener á su contrario: este, tan ágil como un leon, franquea la selva de puñales, toma pié firme, y entonces espumando furor y coraje, vomitando fuego por todas partes, se arrojan frente á frente á un combate á muerte: en esta horrible confusion todos los golpes son se-



guros : jamás se ve burlado el valor natural : la mano que hiere, el diente que muerde, la pistola que vomita una bala, la hacha que asesta un golpe : en una palabra, el hombre reniega de su naturaleza, y olvida ser imagen de Dios : tiene uñas y armas, el olor de la sangre le lisongea, marcha sobre un cadáver y se goza delante de la carne muerta. No obstante lo horroroso de este cuadro, es solo una sombra oscura de un combate naval : y es muy raro que en el delirio de la victoria, se haga la piedad algun lugar en el corazon de un marinero que defiende su hogar : el que asalta, aborda á un buque, no tiene otra alternativa que morir ó vencer ; si triunfa, es un momento generoso, perdonando á los medio vencidos.

Tal es en bosquejo la vida del guerrero del mar ; á ninguna otra parecida, tan diferente del soldado que marcha al enemigo ordenado en batalla, en masas compactas sobre terreno firme dirigido á solo un modo de combatir : si es herido se ve transportado en unas parihuelas para ser curado en un lugar seguro distante del campo de la batalla ; solo falta añadir que un navío bien organizado es imagen de una monarquía absoluta. Desde el comandante que ordena con sujecion á la ordenanza, hasta el último que obedece, existe una graduacion descendente de sumision y deberes. Cada parte de la tripulacion es solidana una de otra ; la armonía y la seguridad del todo aseguran este dichoso resultado : un navío es un mundo pequeño, destinado á unir sus relaciones con todos los pueblos del globo : aqui mas que en parte alguna el interés individual impone el respeto y la obediencia á las condiciones obligatorias de la disciplina : condiciones que forman un pacto sagrado de asociacion que asegura la lealtad de intencion del amo y la buena fé de los criados, y si se añade á la constitucion orgánica de este pequeño Estado las circunstancias del oficio de marinero, se explica la palabra que define al marinero llamándole, « el hombre de la naturaleza y del deber. »

Si se considera al marinero como un ente físico, es un ser que se complace con las ideas místicas y religiosas de las razas antiguas, amalgamando las supersti-

ciones tradicionales de las que mil veces en su infancia ha experimentado los efectos maravillosos, cuando en la barca de su padre, el pescador de la costa le veía encomendarse á la Virgen en medio de una tempestad, y á la noche se hallaba en brazos de su madre.

Los hijos de los marineros están educados en las prácticas de un culto primitivo: la santa Virgen y San Pedro son las deidades de esta gente sencilla y grosera que juzga á Dios muy distante para que pueda oír sus súplicas y sin creer que le ofenden conceden la devoción particular á la Virgen y al patron de los pescadores con su interés material y espiritual. El que alguna vez viaje por el Mediterráneo, procure informarse de la iglesia que frecuentan los pescadores, y vaya al amanecer á oír la misa que se dice por su intencion; por ejemplo, en Tolosa, la iglesia de San Juan reúne en sus humildes navees una poblacion laboriosa que desde la aurora viene de oír de rodillas la misa que ofrece á Dios en adoracion y homenaje. Estos marinos que empiezan su oracion pidiendo á su Patron San Pedro una pesca abundante, una navegacion feliz, una pronta vuelta, y que hablan en la seguridad de que su súplica ha sido escuchada, son los hombres de la humilde condicion que saben, mejor que otros, conservar delante de un amo la dignidad de hombre y no saben envilecerse. La franqueza del hombre de mar es proverbial, su orgullo es incommensurable, siempre tiene en su interior un alma grande; sus prácticas de culto son poner en el altar de la Virgen una navecilla de plata, un pez de oro, un corazon, una áncora, un hilo de filigrana, hacer mil veces la señal de la santa cruz durante una misa; pero no por esto se crea que es de un alma débil; no, este hombre que parece impregnado en la ignorancia de los siglos bárbaros, vale solo él mucho mas que un batallon de charlatanes impíos, en momento de una desgracia, de un incendio ó de un desastre. Su carácter y la causa primitiva de su sed de independenciam, procede enteramente del sentimiento que tiene de sí mismo desde sus primeros años, adquirido en el combate continuo que tiene que sostener con los elementos. Cuando triun-

fa de un mar enfurecido, de un escollo contra el que iba su barca á estrellarse, de un viento que él ha domado con sus robustos brazos armados de remo, se reputa con razon el primer marino del mundo, lo que excita ideas sublimes y resume cuanto se ha visto que es en el combate y en el naufragio. Pero el mas bello ornamento del marinero es la serenidad y el ejercicio imperioso de su fuerza brutal, y muy convencido de la importancia de estos dotes por el número de sus expediciones, se ostenta orgulloso entre sus iguales. Creen que todo el valor consiste en la fuerza del puño y despues en el uso que se hace de él para la defensa propia, de la patria y de la humanidad. Si se ve atacado por diez valientes tan vigorosos al parecer como él, los aterra con el auxilio de sus dos garrotes, ó les burla con su agilidad: marinero ó soldado en tiempo de guerra, será todo lo que de él se quiera: empezará como en la expedicion de Africa por llenar su oficio de marinero á bordo de un navío sobre la playa enemiga; despues de haber desembarcado un regimiento, querrá hacer la guerra como partidario, improvisar una accion que le valga un distintivo de valor.

El marinero no tiene la menor aprehension de lo que se llama peligro: jamás cuenta el número de sus enemigos, ni se espanta de un suceso imprevisto. Los marineros de la *Belle Poule* á vista de las bóvedas de la iglesia de los inválidos, parecian los menos admirados de esta pompa fúnebre. Aman á Napoleon de diverso modo que sus contemporáneos, le consideran menos grande por su caracter y su talento, que por haber aniquilado las armas, allanado las montañas, y respirado los aires del Egipto. Si la *Belle Poule* cuando traía abordo los restos mortales de Napoleon, hubiera sido atacada por fuerzas triplicadas, hubiera sin duda vencido á sus enemigos, ó repetido el glorioso fin del navío vengador: si su tripulacion arrojada á otro de tres puentes, hubiera merecido la condecoracion de mas alta gloria, ¿quien creerá que estos valientes marineros cuando volvian de Santa Elena blasfemaban de la paz é invocaban con toda su alma á la guerra! El marinero tiene

siempre necesidad, para parecer lo que es en toda su belleza ideal, de ser conmovido por el entusiasmo de la nombradía ó el culto de una idea. El poeta á su modo, la emoción y no la calma es su poderoso resorte: si dirige por razon sus hechos, y reflexiona antes de obrar, no deja entrever el brillo, el grande vigor que desplega en los momentos de exaltacion. Sabemos por un capitán de marina detenido en el camino de Roma con dos de sus oficiales por siete hombres armados, que si hubiera contado el número de estos, su altura colosal, que quisieron matarle y robarle, seguramente se hubiera resfriado su entusiasmo. Ningun gladiator en el circo desplegó jamás un valor comparable: mató á unos y ahuyentó los otros en menos de un cuarto de hora con el auxilio de dos viajeros que casi fueron testigos pasivos. Tenia bajo sus pies de leon un bandido; habia desarmado á otro: con el fusil de este rompió la cabeza al tercero y sirvió para herir al cuarto de un balazo; por fin, el quinto que tenia sujeto con los dientes por la espalda, huyó dejando un pedazo de carne. El pueblo Romano siempre admirador de todo lo prodigioso, no queria creer lo mismo que veia, y asombrado consideraba á este hombre como un Theseo: en efecto, hombres de esta raza y valor podrian exterminar los bandidos que infestan los caminos de Roma. El Papa mismo le xió con asombro y tal vez su vista le recordaria uno de los franceses de Italia tan dignos de continuar la serie de los antiguos romanos en la metrópoli del mundo de los Césares.

Para terminar el retrato de esta raza de gigantes, diremos que ninguna clase social muere por medios tan extremos y violentos: enfermedades de todos los climas: la peste, el tifus, la fiebre amarilla, el cólera, el escorbuto y otras mil plagas mortales, son solo las menores alternativas que arrostra como un estóico y consuman el drama de su muerte natural, porque ademas sufren todas las destrucciones de naufragios y de un tropel de desgracias que comprometen su vida. Las tablas necrológicas que se forman todos los años para acreditar la pérdida de hombres en la mar, están en una

proporcion espantosa respecto á las otras clases de la sociedad. La mar absorbe la sangre mas pura de las naciones marítimas, porque el buen marinero da su vida al primero que se presenta, sin intereses ni esperanza de agradecimiento. Esto se vió hace algunos meses en las costas de Normandía, donde naufragó un navío y pereció toda la tripulacion, excepto un solo pasagero que se esforzaba para evitar un escollo en la playa; y entonces se arrojó al mar un marinero antiguo hasta llegar al náufrago, le agarró tres veces y otras tantas se hundió con él, pero á costa de esfuerzos inauditos, y con grande admiracion de los que lo veian, logró salvarle sin que las felicitaciones que le tributaban los que le habian creído perdido, le hiciesen la menor sensacion: respondió con mucha modestia al comisario que le preguntaba su nombre. «Por cierto yo he hecho lo que otro hubiera hecho por mí, y si no le hubiera salvado, me hubiera ahogado con él.» El desinterés del marinero no puede compararse sino con su franqueza, su fuerza física y la alta estimacion que hace de sí mismo; porque es el mas histórico de todos los héroes románticos. Lo mas extraordinario en él es que, desde que nace hasta que muere, el mar es su ídolo: vuelve de una navegacion dilatada, pálido, herido, mutilado; y siempre es el mar su ídolo: contempla desde la orilla con ternura, llora de alegría cuando puede alguna vez verse en él, esté en calma, ó tempestuoso y enfurecido: no admira, sino lo que le parece grande é invencible: si el Océano no tuviera tempestades, si no hubiera probado alguna vez sus amargas aguas; si su cama no se balancease contra los costados del navío, ni hubiese padecido las infinitas privaciones de su oficio, no amaria el mar; y la mas cruel injuria que no sufre impunemente, es cuando oye nombrarse marino de agua dulce, porque no apetece sino lo que siempre ha hecho con todo el goce de su amor propio. Sin el Océano y sus furores ¿qué haria de su fuerza, de su valor y de su maña? El mar es su instrumento favorito, el origen de sus emociones, conoce todos sus recursos, ama sus infinitas variaciones. ¿Es despues de todo una falsa naturaleza el querer lo que os atrae y os

rechaza, os encanta y os entristece, os acaricia y os mata, por el agua, el fuego, el trueno y los escollos? El marinero es toda su vida un ser indefinible: supersticioso, sin culto con respecto á su religion, espíritu fuerte y sublime en su oficio; piadoso y resignado á la hora de su muerte natural; es indomable y absoluto en la lucha y los combates, entonces no es un hombre, sino un leon inteligente. No eleva su pensamiento hácia Dios, sino cuando no oye su voz con el murmullo de las olas; cuando retumba el trueno con el estrépito de la artillería en el combate para el abordage, con todo lo que mata con el hacha, el puño ó la bala.

No se crea que lo que aqui decimos, es una narracion de poeta; referimos casi por entero lo que hemos visto. La vida del marinero que hemos estudiado, es por sí sola un magnífico poema.

Durante la actividad de su carrera militante, el marino, hablando con propiedad, no tiene agonía segun la idea que hemos adherido á esta palabra. Se entrega enteramente á la emocion absorbente del momento. Por otra parte, nunca le acontece el reflexionar sobre la muerte, mientras que obra por el pensamiento ó por el ejercicio de su fuerza física. Si muere de enfermedad en el hospital de su navío, asiste aun con sus ojos y sus oídos á todas las escenas de la navegacion. Morir es lo que menos le ocupa entonces; y los camaradas que vienen á sentarse á su cabecera no son inteligencias capaces de ocuparle de un fin edificante, que no saben ni prevenir ni preparar para sí mismos. Despues de su muerte, no es extraño ver al rededor del cadáver, preparados para lanzarle á la eternidad, algunos buenos marineros recitar piadosamente algunas oraciones que nunca se llegan á borrar enteramente de su memoria; tales como la oracion dominical ó la oracion á la santa Virgen. El *Pater* y el *Ave* son el alpha y el omega de toda la instruccion cristiana de un marino. Hemos asistido con frecuencia al espectáculo de esta inhumacion improvisada al modo de las de los héroes de Homero. El dia del fallecimiento de un marinero, el silencio y la tristeza de toda la tripulacion, son el último homenaje tributado á

la memoria de las buenas cualidades del difunto. Si fué un hombre valiente, hablan de sus actos de desprendimiento y de arrojo; aparece en el tribunal de los ancianos, como en otro tiempo en las orillas del Nilo las sombras de los reyes eran juzgadas por el pueblo. Nunca sentencia póstuma fué mas justa.

Si el marinero muere en el hospital de un puerto ó en el seno de su familia, entonces su fin es segun la voluntad de los que le asisten. No tiene las visiones de la agonía revelante, pero comprende á Dios y la eternidad segun las tradiciones y los recuerdos de su infancia. Muere resignado como el buen lugareño en las vaporosas esperanzas de la fé y de las creencias de la primitiva iglesia. Las hermanas hospitalarias y el capellan nunca han visto un cordero mas tímido bajo la guadaña de la muerte, como el marinero cuya barquilla ha naufragado en una cama de hospital. Muere como valiente y como buen muchacho. Los marinos de su navío asisten á su entierro, y si un estrangero se detiene para verle pasar, admira con emocion el recogimiento de los que siguen con la cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas, un ataúd desconocido, excepto para los que le acompañan y le lloran.



la memoria de las buenas cualidades del difunto. Si los un  
hombre valiente, habian de sus actos de desprendimiento.  
y de otros que aparecen el tributo de los anejos, como en  
otro tiempo en las orillas del Nilo las compras de los re-  
yes eran pagadas por el pueblo. Nunca costaba más  
fuerza que una justa.

Si el marino muere en el hospital de un puerto ó en  
el seno de su familia, entonces se le es según la volun-  
tad de los que le asistieron. No tiene las visiones de la gloria  
revelante, pero comprende á Dios y la eternidad según  
las tradiciones y los recuerdos de su infancia. Muere  
resignado como el buen humilde en las sencillas espe-  
ranzas de la fe y de las creencias de la familia y la iglesia.  
Las hermanas hospitalarias y el capellán nunca han vis-  
to un enfermo mas tímido bajo la guardia de la muerte,  
como el marino cuya barquilla ha naufragado en una  
rampa de hospital. Muere como valiente y como buen  
marinero. Los marinos de su marino están á su lado  
de y así en el estremo se detiene por ver pasar á un  
colaborador el reconocimiento de los que siguen con la  
cabeza baja y los ojos llenos de lágrimas, un estado  
descorrido, excepto para los que lo acompañan y lo  
lloran.





## CAPÍTULO QUINTO Y ÚLTIMO.

### AGONÍA Y MUERTE SEGUN LA NATURALEZA DE LAS ENFERMEDADES.

#### *Resumen.*

Del hombre y su *evolucion* orgánica.—De la muerte natural.—La del anciano.—De la muerte accidental y sus causas.—Del cerebro y de la apoplejía.—De la decapitacion.—Muerte por el corazon y los pulmones.—Teoría de la muerte.—De la asfixia.—Muerte repentina sin lesion material.—Un presidiario fenómeno.—1.º Lesion mortal del cerebro y de la conmocion.—2.º De la hemorragia cerebral.—3.º Fiebre cerebral.—4.º Tétanos.—5.º Cuerpos extraños en el cerebro.—6.º Cáncer de la faz.—7.º Polipos mortales.—8.º De las afecciones de las vias aéreas.—9.º Muerte por los órganos del pecho y especialmente de la tisis.—10. De la flusion del pecho.—11. De las enfermedades del corazon y del aneurisma.—12. Enfermedades mortales del estómago, de los intestinos y otras visceras del bajo vientre.—13. Del cáncer uterino.—14. Enfermedades de la piel, del escorbuto, de la gota y del reumatismo.—15. Conclusion.

La muerte se define por la estincion de la fuerza vital, á la que diversos fisiólogos han dado una infinidad de nombres y que los modernos llaman *innervacion*.

A decir verdad, nunca conoceremos la esencia del principio misterioso, que durante el acto de la fecundacion impregna un óvulo humano, y que despues, con

una inteligencia infalible preside sucesivamente y segun las fases de la vida á la evolucion ó desarrollo de los órganos, los da el movimiento funcional que los es propio, y engendra con ayuda del cerebro las maravillas del arte y del sentimiento.

Este agente vital, mientras está en el ejercicio de sus funciones, diferencia infinitamente la naturaleza moral del hombre; y una vez destruida la muerte, coloca su inflexible nivel sobre todo lo que ha respirado: los mas suntuosos sepulcros solo cadáveres encierran.

El hombre solamente al nacer, ha llevado consigo el presentimiento de una vida nueva despues de los límites de su cubierta material. El alma que se revistió con ella, la abandona á la hora de la muerte para lanzarse al seno de Dios; y nunca ha dejado de existir.

La increacion del dogma de la gran personalidad de Dios queda para siempre como la mas magnífica prueba de la inmortalidad del alma.

El principio vital emana, desde el nacimiento hasta la muerte, del mas asombroso de los sistemas de economía; le llamamos árbol nervioso: su reunion representa la forma del hombre hasta en sus mas microscópicos detalles: donde hay una molécula viviente, hay tambien una molécula nerviosa que la da la vida: este árbol de innumerables ramas parece estar plantado en medio de las carnes que viven de lo que les da: ¿pero quién le ha dado la admirable facultad de la que saca su existencia particular? La respuesta es muy sencilla: de aquellas pruebas de existencia estan innatas en el corazon del hombre.

Para circunscribimos á la série animal, la historia de la anatomía comparada muestra una creciente complicacion del sistema nervioso á la par que se va elevando desde el bruto hasta el hombre: cuando llegamos á la cima, nos sorprende un nuevo espectáculo: ya está resuelto el enigma de nuestra superioridad sobre todo lo que respira.

En efecto, el hombre, este último eslabon de las razas vivientes se nos presenta con la reunion de todos los sistemas nerviosos de los seres inferiores; Dios ha

querido que los absorbiera en su organizacion como para testificar la perfeccion de su obra, y á esto ha añadido otro que por medio del pensamiento conoce la omnipotencia de su autor y le adora: de modo, que un hombre no lo es hasta que percibe el *nec plus ultra* de lo que está llamado á proclamar.

La existencia de la divinidad es el objeto de intencion del desarrollo de las facultades del hombre; si se llama-se á todos los pueblos de la tierra, ya bárbaros ó civilizados, á dar su voto en pro ó en contra de este dogma controvertido por algunos sofistas, una inmensa mayoría levantaría su voz en honor del Eterno: la historia de todas las naciones encierra de un modo mas ó menos explícito la creencia de un autor del universo.

Ya hemos visto que en el momento de la agonía y de la muerte las convicciones parecen crecer por una especie de súbita iluminacion; diríase que la inteligencia no se ha acercado tanto á la perfeccion como se acerca en el momento en que va á extinguirse.

Entiéndase que solo hablamos de la inteligencia que antes de cesar de serlo, ha tenido tiempo de interrogarse y recapacitar: si todos murieramos del mismo modo, es probable que habría una sola agonía moral para todos. La civilizacion que ha inventado tantos medios para hacernos amar la vida y que por un contrasentido ha aumentado hasta el infinito las innumerables afecciones que la desfloran y destruyen, tambien ha desnaturalizado el modo fácil y sencillo de salir de ella; los pueblos menos adelantados en la civilizacion son los que comunmente mueren de un modo mas uniforme.

Para reconocer los tristes frutos de una civilizacion demasiado alabada, es preciso colocarse en el punto de vista de una nacion que ha llegado á su apogéo: cada conquista que se ha hecho en las ciencias y en las artes ha fecundizado los infinitos venenos que destruyen el edificio humano de un modo mas ó menos rápido y doloroso, y arrebatado con mucha frecuencia los beneficios de una agonía, reveladora de este inefable regalo legado por el Altísimo á todos los hombres.

Conviene examinar los diferentes caminos que nos

conducen á la muerte: son innumerables, frecuentemente rápidos y llenos de dolores que nos quitan el libre albedrío, y hacemos bien en acusar á un exceso de la civilizacion el haber desvirtuado hasta el arte natural de *agonizar* y morir.

En efecto, la muerte *natural*, esta conclusion del hombre primitivo es casi un fenómeno, al paso que la muerte accidental prevista ó no prevista se aumenta todos los dias en proporcion creciente é indefinida, con el número siempre tambien progresivo de las conquistas industriales, científicas y artísticas.

La muerte natural es la que detiene el último latido del corazon con el último aliento de la vida: materialmente hablando, supóngase un foco de vapor alimentado por otro foco que pone en juego todas las palancas de una máquina; llega un momento en que el vuelo de las palancas va perdiendo su intensidad y su duracion que es en el que el poder del motor se debilita en razon de la extincion gradual del foco; por fin cesa de repente cuando el foco no es mas que una ceniza caliente, tibia y al cabo fria.

El hombre es el mecanismo mas complicado de la creacion y su foco de vida reside en el sistema nervioso central: el que tiene los organos sanos, y vá usando el vapor poco á poco y le economiza por todos los medios de la higiene y de la moral, esté seguro de durar mucho tiempo siguiendo la marcha de la naturaleza, infante, adolescente, viril y al cabo anciano: entonces su fin tardío es una consecuencia lógica y natural de su ser, todo concluye: *dura lex, sed lex*.

La decrepitud puede definirse por la muerte parcial de todos los órganos: ya en el apogéo de la vida, cada año, cada dia, cada hora, les roba parte de sus atributos funcionales. La vejez es un entierro en vida, porque llena de una materia terrosa los diversos tejidos del cuerpo, y en particular los mas esenciales al mecanismo de la vida. La última aspiracion del anciano repite el último eco de la corriente nerviosa detenida para siempre.

El anciano no muere, cesa de ser: antes de concluir de un modo absoluto, ya habia perecido como *tallo pa-*

*dre*, es decir, que no florecía para reproducirse, y como ser de relacion con el universo por la estincion gradual de los centros cerebrales afectivos: solo vivia por los centros nerviosos que presiden á la vida interior, y no de un modo incompleto, puesto que sus organos parecen inclinarse á una solidificacion general.

El anciano muere sin pesares, sin dolor, sin conocerlo, muere como el recién nacido, al cual se acerca por su debilidad intelectual: la longevidad que llega á un siglo, es la recompensa de una vida sosegada, estóica, é irrepreensible; y no es cosa extraordinaria que concluya por un sueño natural y largo tiempo deseado.

En el estado de la sociedad actual, la *vejez* considerada como *arruinamiento viviente* de un edificio humano es, me atrevo á decirlo, la excepcion de la regla comun: se la encuentra en los presbiterios de las aldeas, en el apartamiento de las nuevas costumbres, lejos de las modernas Babilonias y Ninives: la vida patriarcal la prepara, una constitucion normal la asegura, el estoicismo la define. La formula comun de que para vivir mucho tiempo es necesario buen estomago y mal corazon, es inmoral y falsa: el estomago no es vaso bueno para la coccion de todos los alimentos, y el amor del prójimo es el solo afecto de los que viven mucho.

Ciertas profesiones parecen asegurar una admirable longevidad: los campesinos, los eclesiasticos que han abrazado su ministerio con entusiasmo del alma y del corazon, el padre de familia que disfruta una apreciable medianía, el hombre que piensa, juzga y obra con serenidad, los matematicos sin ambicion, los corazones á quienes nada conmueve ni asombra, los que se apartan del mundo, y satisfechos de su posicion dicen como el raton en el queso «nada me importan las cosas del mundo», son de todos los humanos los que presentan mas probabilidades de vida: estas condiciones de longevidad son las mas dificiles de encontrar; tambien las muertes naturales van siendo cada vez mas escepcionales. (1) La civilizacion avanzada, cuyo inmenso poder

(1) Véanse las memorias de MM. Villermé, Casper, H. Lombard

conmueve al mundo, hasta en sus cimientos, quebranta tambien con el comun esfuerzo los hombres de todos los rangos y de todas las clases, siendo muy difícil resistir á su atractivo: á pesar nuestro nos vemos obligados á entrar en su círculo y alcanzar todos juntos al aspecto de todos los esplendores que constituyen la gloria del hombre.

Si nos falta el beneficio de una muerte natural, en cambio vivimos mucho en pocos años, y si la vida es un banquete servido por la civilizacion, es preciso confesar que la muerte nos arroja de él aun muy jóvenes por mil caminos, de un modo desapiadado y por medios inauditos é irresistibles: el genio del hombre procura cerrar todas las puertas por donde la muerte puede entrar en la sala del festin, pero la muerte abre otras que son tanto mas espaciosas y nuevas, cuanto mas admirables han sido los esfuerzos humanos para librarse de las primeras. Sirva de ejemplo la vacuna: si bien cura las viruelas, se muestra no obstante de nuevo en el mundo, y si de buena fé se raciocina, podemos preguntar si la naturaleza es la mejor de las madres, y si para la salud del hombre y la perpetuacion vigorosa de su especie vale mas esponerse á los trances del mal intencional que hemos conjurado, que fomentar á propósito con esa falaz victoria una infinidad de deterioros; enfermedades que bajo nombres diversos nos aniquilan en masa ó en detalle: esta cuestion es grave y susceptible de ocasionar controversias orgullosas y sabias; pero que no podrán contestarla, porque su solución pertenece al porvenir. Sin que nos ocupemos de tan ardua cuestion, diremos que cuando la humanidad haya descendido del insuperable polo de la industria y del progreso, se ocupará en buscar los medios de mejorar los hombres en la parte física y moral, y entonces se propondrá la citada cuestion, á fin de saber si la vacuna ha sido realmente un beneficio duradero y positivo. Creemos que la resolucion se pronunciará por la negativa, y que antes bien acusará á este invento de

etc. *Annales de hygiene publique et de medicine legale*; tomo IX. pag. 5, XI. pag 375, XIV. pag 88 y 228, XVIII. pag 178 XIX pag. 231  
(N. del autor).

haber estendido las causas de muerte por falta de resistencia en las enfermedades y por haber modificado hácia el mal las constituciones y los temperamentos, estrechando y limitando, de concierto con las insaciables emociones de la ciencia y el genio, el campo antes mas estenso y menos sembrado de las venenosas flores de la vida humana.

Bástanos por el momento el saber que la muerte repentina y sus causas van siendo cada vez mas nuevas é innumerables: las pasiones del alma, el hambre y sed de todos los goces materiales del cuerpo, son los inagotables manantiales de la infinita diversidad de enfermedades y muerte. Entre las primeras, unas están dentro de nosotros; vivimos con ellas como en compañía de un enemigo que la medicina enseña á combatir mientras sus esfuerzos no son impotentes é inútiles; las otras están en nosotros y fuera de nosotros, y nos atacan de improviso sin amenaza ni preámbulo como un proyectil lanzado del cielo. La apoplejía, la locura, la tisis, las enfermedades del corazon, el cáncer, las afecciones lentas y orgánicas nos van regalando paulatinamente dolores y pensamientos tristes. La peste, el tifus, la fiebre amarilla, el cólera recientemente importado en Europa, se apoderan de nosotros en medio de una salud floreciente y nos sacrifican sin piedad. Algunas veces nos matan al herirnos dolorosamente, pero otras el golpe es insensible.

En el gobierno de la economía del hombre, verdadera monarquía templada, existe un rey que es el cerebro, y vasallos que son todos los otros órganos: existe entre estos una gerarquía de potencia y de poder: los pulmones y el corazon están en primera línea y componen primeramente esta especie de aristocracia orgánica y vital: el estómago y los intestinos que van despues, están colocados mas lejos y como fuera de esta trinidad militante contra la muerte, y que los antiguos llamaron tan acertadamente el *tripode de la vida*.

Las causas de muerte repentina lo son todas las que detienen súbitamente las funciones del cerebro, del corazon ó de los pulmones, bien sea que lo verifiquen de

un modo apreciable ó inapreciable: aunque este último caso sea excesivamente raro, no es por eso menos exacto que la vida puede cesar y un cadáver no presentar ninguna señal de lesion orgánica.

La muerte accidental repentina es tanto mas comun en un pueblo, cuanto este vive mas en un lujo continuo de emociones, producto de su progreso y su ilustracion. La emocion es una masa que descarga golpes redoblados sobre los órganos predestinados á una alternativa regular de escitacion y tranquilidad: los repentinos y prolongados estímulos los gastan mucho mas pronto. En otra parte hemos hablado de la astenia del cerebro: quizá nos seria fácil demostrar que esta astenia precoz es producida por un falso *atentado* de la vida, segun la naturaleza estiendo su influencia en los pulmones y el corazon, y multiplica hasta el infinito las causas de muertes diversas y anticipadas.

El cerebro cesa de funcionar como agente secretorio de la fuerza nerviosa cuando solo recibe sangre negra: el oxígeno de la sangre es el elemento electro-vital extraido del fluido sanguíneo por el sistema nervioso, de modo que la sangre de las venas se halla falta de oxígeno.

El cerebro muere el primero por una infinidad de causas diversas, como las principales pueden fijarse: una compresion directa y profunda de su sustancia, una fuerte conmocion repentina (fulguracion) por la sangre (apoplejía fulminante), por una lesion de los órganos situados en su base como la producida por un instrumento agudo que ha penetrado en el cerebro, ya la carne por los huesos de la cabeza, ya el intervalo de las vértebras.

El corazon que impele con economía la sangre con oxígeno, la sangre *matriz* de la innervacion, muere primero en los casos siguientes: cuando una llaga presenta su sustancia ó la de las gruesas arterias, de donde procede la hemorragia, cuando acomete un síncope ó cesacion repentina de sus movimientos. ¿Quién no ha experimentado en su vida el efecto de un síncope pasajero? En este caso la abolicion del ser es súbita, ins-



instantánea, nadie la prevee, el síncope es una muerte transitoria.

El suplicio de la decapitacion es un síncope cuya rápida invasion es indefinible. La seccion de la carne acaba bruscamente con la vida: la creencia de que un decapitado padece todavía despues de su suplicio, no está aun destruida: no; el ser se detiene en medio de una palabra: los verdugos pueden decir que los reos que hablan ya colocada la cabeza sobre el tajo, callan en la primera sílaba de un nombre, si la cuchilla cae entonces. Una víctima del año 1793, murió esclamando: ¡Viva el R...! un presidiario diciendo. Me llamo Reagnon y soy rea....! Los movimientos convulsivos de las facciones, la espresion de terror que demuestran, es un efecto de la agonía mortal que ha precedido al suplicio. Mr. \*\*\* en 1839 naufraga en la costa de Africa; un argelino pone el yatagan sobre su cabeza y se prepara á decapitarle; el arma llega á las vértebras y se detiene; el argelino le concede la vida. Mr. \*\*\* conserva aun en su fisonomía la horrorosa espresion de aquel terrible momento.

El corazon sufre ademas el imperio de una infinidad de causas que producen la muerte repentina: esta puede llegar súbitamente sin que se observe preparacion, ó despues de una enfermedad que lo ha ido disponiendo todo para este suceso; las emociones del alma pueden ser fulgurantes: Sófocles y Leon X murieron de alegría, Baudin des Ardennes de la Convencion nacional, espiró por la suspension instantánea de los movimientos del corazon al golpe de las emociones patrióticas cuando supo la inesperada vuelta de Bonaparte á *Frejus*. Ciertos venenos matan directamente al corazon: en fin, la dilatacion aneurismática de las ternillas del corazon ó de las arterias gruesas causa la muerte fulminante de este órgano: las pasiones enérgicas, alegres ó tristes que fecundan las naciones monómanas de la gloria, de la libertad y de las riquezas, hacen muy comunes las enfermedades que suicidan por el corazon. *Hæret arundo latere.*

Las muertes repentinas por el pulmon son las mas

dignas de aprecio bajo el punto de vista del estudio y de la observacion: la atmósfera vital del hombre se halla en las ramificaciones brónquicas (1) de la traqueartéria, (2) ya lo hemos dicho, en el aire respirado la vida toma los elementos de la vida: siempre se debe la muerte á la misma causa, ya sea mecánica la suspension de la respiracion como en el acto de ahorcarse, ya química como en la aspiracion de un aire impropio para conservar la vida. El hombre, ya casualmente ó ya con miras de suicidio, puede improvisar la causa de este género de muerte; la asfixia es una muy frecuente que con sus formas reviste muchas variedades. Las enfermedades graves de los pulmones son definitivamente el producto de un trabajo mas ó menos lento, con cuya ayuda la naturaleza elabora este género de muerte para los que estan atacados de esta enfermedad; pero entonces no terminan con una conclusion repentina; entonces los conduce á la muerte accidental y crónica, una serie de mudanzas patológicas de estos órganos.

El filósofo halla un cadáver en todo lo que tiene abolido la existencia; el médico no tiene señal mas indudable que la de la putrefaccion, pero nosotros lo estudiamos bajo el primer punto de vista. Poco importa, en efecto, al que solo considera el estado moral del hombre, el saber si el corazon palpita aun en medio de la estincion completa del pensamiento: en efecto, de los tres órganos centrales de la vida, el corazon, ó *carne corriente*, que envia el alimento á las vísceras de la vida animal y orgánica, cesa el último de ejecutar su comun movimiento; es el *ultimum moriens* en la mayoria de los casos. Esta supervivencia que está toda en favor de la fuerza vegetatríz, que comienza en el seno de la madre, que por lo regular cesa la última al borde de la tumba, que la escitacion eléctrica despierta en un cadáver, demuestra sin reticencia que antes del establecimiento de un existir humano, un organismo de hombre es á

(1) Bronquios: suplementos de la traquea.

(2) Traquea: parte ternillosa de la garganta.

(N. de los traductores.)

la vista de la naturaleza un cuerpo como todos los demas, un receptáculo de la animacion universal que llena la vida que se le ha comunicado, y vacía lentamente la muerte: en este receptáculo lleno de fluido vital, su alma, emanacion celeste se establece poco á poco, crece, se desarrolla, manifiesta sus inclinaciones, y huye por fin cuando le faltan las condiciones de su ser: segun esto, la muerte del alma precede siempre á la del cuerpo: este encierra dos existencias: una duplicidad de cosas que simpatizan entre sí. un cuerpo y un alma, un hombre y una casa; cuando la casa se cae, el hombre se marcha.

Por lo demas la teoría de la muerte, apesar de las esperiencias de los mas famosos fisiólogos, es tan inexplicable como la de la vida: para destruir las mas bellas doctrinas á cerca del modo con que Dios concluye las obras de la creacion, basta considerar á un hombre que muere víctima del cólera azul: el corazon cesa de palpitár, la respiracion no eleva el pecho, la sangre está hierta y descompuesta, el espíritu solamente conserva su integridad y se detiene como sobre una ruina, pero que al fin desaparece y, no obstante, despues de su partida los dedos del difunto se mueren: ¿se dirá entonces que los dedos mueren los últimos?

Pero nos hemos apartado de nuestro objeto.

Cuando la muerte corta súbitamente el hilo de una vida, el *yo* no tiene tiempo de juzgar de su posicion y aun menos de absorberse en un pensamiento de fé.

En la apoplejia fulminante se muere *ex abrupto*, sin conciencia de lo que debe suceder, sin preocupacion y sin dolor, el sentimiento de la conservacion se despierta algunas veces rápido como el golpe que nos hiere: si el sugeto está de pié, cae despues de haberse agarrado al mueble mas cercano para sostenerse: Mr.\*\*\* es acometido por un ataque de sangre; al concluir la comida se levanta con ímpetu, atraviesa por una habitacion, se arroja en el lecho y espira un momento despues. En la muerte súbita por suspension no hay dolores ni tristes pensamientos: apenas el lazo aprieta el cuello, el paciente experimenta en todo el campo del cerebro un es-

pecie de mareo que va subiendo por grados hasta que le cubre enteramente: el efecto repentino de esto es un aturdimiento que va creciendo rápidamente hasta que llega al estupor de la muerte: á lo menos este es el fenómeno mas comun confesado por los ahorcados socorridos á tiempo y vueltos á la vida.

La asfixia por sumersion dura mucho tiempo; el cerebro puede combinar ideas, y el sugeto sufrir torturas morales y aun sentir en el corazon dolores atroces. Marineros ahogados libertados á tiempo, han confesado que durante su sumersion, la imaginacion los trasportó al seno de su familia, sufriendo en consecuencia y adelantado el sentimiento ocasionado por los males que naturalmente debia causar su muerte: despues de algunos minutos de calma física habian padecido cólicos del corazon, porque este parecia partirse dentro del pecho: este estado de angustia y de tortura hace cesar toda operacion del espíritu hasta el fatal momento: uno de los marineros nos ha asegurado que, antes de experimentar esta horrible *cardialgia*, (1) no era dolorosa la muerte en medio de las aguas frescas y limpias. Segun todo lo que hemos visto tocante á los ahogados vueltos á la existencia, es dificil fijar el tiempo que una persona puede quedar sumergida sin que peligre la vida: en una de las islas del archipiélago griego, cuya industria principal consiste en arrancar las esponjas del fondo del mar; los muchachos no beben vino hasta que con el ejercicio han llegado á quedarse cierto tiempo en el abismo, y han sacado un número dado de estos zoofitos. Sabemos por sumergidores de esta isla que la señal que tenian para ir á respirar á la superficie, eran impaciencias convulsivas y dolorosas en los miembros y una presion insufrible en el lado del corazon: la muerte por rotura del corazon ó de un vaso grande comienza instantáneamente al primer golpe de sangre á borbotones, en una de las cavidades del cuerpo: si la sangre sale por la boca, por la *erosion* simultánea de un va-

(1) Enfermedad ó padecimientos en el corazon.

(N. de los traductores.)

so principal en el exófago, se apodera del paciente un terror profundo, y despues de la muerte queda pintado en su fisonomía este sentimiento; por lo regular la persona queda en el mismo sitio que ocupaba en el momento en que la sorprendió el accidente.

Mr.\*\*\* notario, tenia costumbre de quedarse todas las mañanas una hora sentado en su lecho, entregado á las reflexiones de su empleo, y para arreglar sus ocupaciones del día: llama á su criado y le manda que lleve el café: pasan cinco minutos y el criado encuentra á Mr.\*\*\* en la misma posicion, bañado en sangre é inanimado. Era este hombre de humor alegre y de figura jovial; pero tenia despues de su muerte las facciones contraidas, y en su rostro estaba pintada una horrorosa desesperacion: la piel estaba pegajosa y fria como la de la rana.

La muerte repentina es ocasionada muchas veces por una infinidad de accidentes que sobrevienen sin manifestas señales en uno de los tres órganos que constituyen el trípode de la vida: la auptósia las señala: algunas veces toda la investigacion es inutil, la muerte se ha olvidado de poner su sello en el cadáver. Tambien se muere en el primer caso por apoplejía pulmonar, por *emfisema* (1) de este órgano ó rotura de los alveolos de los pulmones y *extravasacion* del aire, por súbita congestion de sangre en el pulmon, por rotura del corazon ó de un vaso grande, ó por la formacion espontánea *de un fluido gaseoso en los órganos de la circulacion*. Esta causa de muerte repentina, aun rara en nuestros días, lo será menos por el efecto de las emociones rápidas y opuestas que fomenta el genio de la civilizacion, y que cambia incesantemente el curso y las proporciones de los elementos de la sangre.

Las muertes repentinas sin lesiones visibles por la auptosia, ya sea en los pulmones, ya en el corazon ó en el cerebro resultan de la súbita cesacion de la enervacion del motor inmediato de la vida. Los que las niegan,

(1) Tumor causado por la introduccion del aire en el tejido celular.

se resguardan con las pruebas materiales que el escalpelo descubre, pero que pueden no existir, y solo son la obra de la vida vegetadora despues que han cesado todos los fenómenos de la vida animal.

El deseo sincero de un fin semejante es propio del hombre débil en presencia de la muerte, del materialista, de un cuerpo usado y trabajado en todos los generos de emociones, del que camina por fuerza y temblando á un fin peligroso de alcanzar, de los grandes criminales condenados á muerte. El sabio, el cristiano, el buen ciudadano y padre de familia, temen una muerte repentina, desean la agonía, quieren conocer que se acerca su muerte, porque tienen que pronunciar la última palabra.

No obstante, los asesinos que desean morir sin conocerlo, son de todos los hombres los que menos atentan á su vida: tienen conocimiento de mil medios para salir de ella, y consienten todavía en soportarla, aun cuando no hacen ningun caso de los demas y tienen en sus manos el medio infalible de matarse de un solo golpe. Véase el ejemplo mas extraño de que tenemos conocimiento. Un forzado del presidio de Brest fué á suplicar á un barbero que le prestase una navaja de afeitar para cortarse un callo del pié: obtuvo este inmenso favor, (y se llama inmenso, porque está prohibido en un presidio el facilitar ningun instrumento cortante) se marchó á su banco donde estaba su compañero de cadena; le coge por los cabellos y le degüella: esto verificado limpia la navaja y se la devuelve al que se la habia prestado, diciéndole: «un poco mellada está, porque me ha servido para cortar el pescuezo á fulano, ya no volverá á escribir á mi padre que me faltan todavía diez años de presidio, cuando estaba seguro de que me iban á perdonar antes de quince dias.» A poco tiempo este hombre espíó su crimen en el cadalso. Uno de sus guardas le dijo. «Miserable, ¿por qué no hiciste otro tanto contigo?—¿Por qué? le respondió, porque yo no tengo que vengarme de mí mismo; á la ley toca vengar al muerto.»

Esta insigne cobardía del asesino no tiene otra causa,

que la abyeccion de su humanidad solo siente el dolor por sí, por persona. Lacenaire que se alababa de haber encontrado un medio de matarse de un golpe solo y sin padecer, y sin conocerlo, ¿usó para sí este medio? Solo tengo noticia de un hecho de este genero, y el presidiario que le esperimentó en su persona, nunca le usó para los demas: este era un genio en su especie, y no le ha utilizado en el curso de su limitada carrera en el oficio de ladron *sublime*, sino para buscar en las obras de química los medios de hacer dormir, de estupefactar, de desnaturalizar y borrar las firmas, de transmutar los metales, y por fin, de morir súbitamente y sin *dolores*. Es cierto que este forzado ha hecho todo esto con culpables intenciones, pero nunca para matar á sus semejantes: yo poseia su confianza, y sé que conocia el medio de preparar un agua infalible para dar la muerte repentina, solo con una gota de su composicion: seria esta agua el ácido hidrociánico? Lo ignoro: lo que es muy cierto, es que este presidiario-tipo se decidió á morir con la muerte que habia inventado, porque le salieron fallidos sus proyectos de evasion. Una noche que se quedó dormido al lado de su compañero con un grillete al pie, no volvió á despertar: á la mañana siguiente se le encontró apaciblemente echado con las manos cruzadas sobre el pecho y con el aspecto de un bienaventurado. La autopsia no descubrió señal alguna de suicidio.

Inútil seria recorrer el cuadro de todas las enfermedades que pueden terminarse en una catástrofe súbita: todas se parecen, y cuando el *yo* es sorprendido en plena seguridad de su ejercicio, cuando el golpe fatal es pronto y decisivo, y por fin cuando se está exento de lo que podriamos llamar tiempo de reflexion y de dolores, el hombre que tiene tranquila la conciencia debe apetecer una muerte repentina.

La muerte accidental es la que sobreviene despues de una enfermedad mas ó menos larga; el número de estas es inmenso, todas no comprometen directamente la vida; muy gran número de ellas se limitan á amenizar el estado de salud. Una obra de esta naturaleza no admite una

clasificación rigurosa de las grandes plagas que diezman nuestra especie, y nos bastará echar una ojeada sobre las mas comunes, porque la costumbre de observarlas nos ha familiarizado con los fenómenos psicológicos que se manifiestan en la mayor parte de los casos.

Todas las enfermedades graves afectan mas ó menos los órganos de la economía, pero los que constituyen el tripode de la vida, perciben mas directamente su influencia. Por el momento tenemos que ocuparnos de la influencia sentida por el cerebro, considerada como centro hácia el que irradian todas las impresiones exteriores e interiores, y como órgano del pensamiento.

La muerte accidental es el resultado de una enfermedad que ha atacado á un individuo en una época de su duración que no es la que lleva el carácter de su especie: cada enfermedad es una lucha de la vida con la muerte; si triunfa la vida, siempre es á costa de su fuerza virtual propia, en una palabra, de la usura de sus recursos y su potencia: los pueblos bárbaros tienen menos enfermedades que los civilizados, y tambien las resisten mas, y la causa de esta reaccion reposa enteramente en su constitucion, vírgen de todo vicio, y en su impotencia en multiplicar las escitaciones dulces y sensuales del cuerpo: á decir verdad, sucumben en mayor número á los ataques de las grandes plagas despobladoras del globo, porque se abandonan á la fatalidad, y ademas no han aprendido con las prácticas de las leyes higiénicas á conjurar las causas evidentes y exteriores de enfermedad y muerte.

Para proceder con órden en la enumeracion sucinta de los fenómenos de la agonía segun los géneros diversos de afecciones mortales, comenzaremos por aquellas cuyo sitio reside en la cabeza, y en particular por las que atacan al cerebro y sus anejos.

1.º Cuando una violencia exterior ha roto la esfera de hueso que encierra el órgano mas esencial de la vida, si no dá por resultado una muerte repentina, el paciente queda insensible y no recobra, ó á lo menos muy imperfectamente, sus sentidos. La gravedad de este estado resulta de la conmocion de la pulpa cerebral y del amou-



tonamiento de su sustancia: si el desorden es considerable, resulta insensibilidad moral y física; el cirujano puede cortar impunemente las partes molidas sin que el enfermo se queje: si dá gritos inarticulados, no son escitados por el *yo* humano, sino por el *yo instintivo*. La vida vegetadora puede sobrevivir muchos dias á la abolición de las facultades morales. Un prisionero condenado á muerte se rompe la cabeza en la tapia de su prision, cae sin conocimiento y respira todavía por espacio de una semana.

La letalidad de tales heridas y la conclusion del libre albedrío en los casos ordinarios se esplican por una lesion de la cabeza. Sin ella, el desarrollo huesoso, y aun el del cerebro, pueden sufrir desórdenes en apariencia irremediabiles. En una casa de dementes en Inglaterra, un loco para calentar *su cabeza helada*, la puso en un cañon hecho ascua de una estufa, que estaba preparado para dar calor á un aposento: los cabellos, la piel, los huesos y las membranas entraron repentinamente en torrefaccion; un olor *sui generis* se derramó en todo el establecimiento; largo tiempo se procuró indagar la causa, hasta que encontraron al loco, recostada la cabeza sobre tan singular almohada: curó, pero no por eso fue mas razonable que antes de su aventura. Su cabeza, en su óvalo superior, representaba una bolsa de pieles ablandada en una gran parte de su estension, con algunas señales osteiformes, esparcidas aqui y alli. El cerebro seguia los movimientos de esta cofia, hecha por la naturaleza.

2.º La hemorrágia cerebral no puede ser fulminante, y sin embargo mata poco á poco á un individuo despues de algunos dias de enfermedad, la sensibilidad general y las facultades de la inteligencia experimentan siempre modificaciones retrógadas del estado normal, por consecuencia del choque de sangre y de su estravasacion en cantidad mas ó menos considerable en un punto dado de la trama orgánica del cerebro. La designacion de este punto no es indiferente para explicar la abolicion completa ó incompleta del *yo* y la percepcion del dolor: siempre hemos visto que un sugeto

acometido de apoplejía, está tanto mas privado del libre albedrío, cuanto la lesion material se ha encontrado mas en el centro de los lóbulos anteriores del cerebro, donde la frenología ha colocado los centros elevados de la inteligencia. De aquí se derivan dos especies generales de agonía, la una marcada por la persistencia de la vida orgánica, la otra por la llamada animal, pero muy modificada en su extension y sus medios: hemos visto á matemáticos incapaces de adicionar dos números simples, á gramáticos estropear las reglas que habian establecido en sus obras, á un avaro olvidar su tesoro sobre el que dormía, á un poeta perder la memoria de uno de sus poemas que no tenia menos de seis mil versos. En general, los apopléticos mortales que recobran una parte de su *yo*, solo son seres degenerados de lo que habian sido. El ojo siempre seco vierte entonces lágrimas involuntarias, el corazon duro se ablanda á la caricia de un hijo desconocido, el espíritu fuerte ó indiferente en religion escucha al sacerdote con recogimiento, y puede volverse supersticioso como una buena mujer. Una gota de sangre derramada en un punto del cerebro trasforma á un gigante en enano imberbe. Un hombre del tiempo del terror que proclamó hasta su último golpe mortal, « con escupulario del último sacerdote ahoguemos al último de los reyes; fué acometido á los sesenta años de edad de una apoplejía mortal: en algunas horas un elocuente sacerdote habia obtenido el milagro de que confesara tres veces, creyese en los artículos que siempre habia negado: este hombre que no podia articular una sílaba, sintió espedita su lengua por espacio de un segundo para asegurar su creencia en Dios, en la iglesia y en el rey.

La apoplejía desesperada no es dolorosa ni está atormentada por percepciones tristes y desconsoladoras. Cuando por excitaciones afectivas no se saca al individuo de su modorra, queda inerte y sin movimiento, echado sobre un lado como una barca rota, sin ninguna percepcion de la vida ni de la muerte.

Bajo el aspecto higiénico y humanitario, observamos

otra vez la gran diferencia que debe existir entre la apoplejía del cerebro dotado de una gran fuerza de tensión, y la de aquel cuyas emociones pasajeras y opuestas de la vida social inclinan á debilitarle en la conexión y la vitalidad de sus moléculas: esta última especie va siendo cada vez mas común: lo que la descubre pronto en un individuo, es primeramente su impotencia moral, caracterizada por el descaecimiento gradual de sus facultades, un cambio repentino de carácter y de espíritu, en fin, una disminucion total de gordura. Esta prematura vejez del cerebro se apresura con las matadoras exigencias de la educacion actual, la juventud obligada á adquirir mas de lo que la es permitido conservar, trabaja en medio de la emocion, y se acuerda de lo que ha aprendido por un raptó de entusiasmo, la reflexion y la memoria se erigen en pasiones. Después el foco de emociones que brilla en la sociedad moderna, hace de un cerebro una lámpara siempre encendida; los mismos sueños reflejan aun confusamente la claridad del vaso siempre iluminado interiormente; en una palabra, el órgano del entendimiento se sustrae de las costumbres naturales y alternativas de paz y de actividad: el tédio, la ignorancia de muchas cosas; la indiferencia hácia lo que importa poco á los sentidos y á la razon, el sueño puro, profundo, imagen de la muerte, no reparan, ni alivian al hombre de la vigilia y del trabajo manual: vivimos de dia y de noche. Esta variedad de apoplejía que mas me inclino á llamar astenia cerebral (debilidad del cerebro) porque el individuo puede morir sin que ninguna señal de derrame lo anuncie, puesto que trae su mal de otro lado del en que está situado; esta variedad, digo, es explicada materialmente en una pasta cerebral mas blanda, y que resiste débilmente ó no resiste los innumerables capilares que está destinada á sostener: en este estado de enervacion insuficiente, un individuo acometido de reuma muere en apariencia de una afeccion de pecho, mientras que la causa real de su muerte consiste en la astenia del sistema nervioso central, que no entrega á los pulmones una suficiente cantidad de vida,

razon por la cual estos se obstruyen y no pueden obrar libremente.

Esta enfermedad camina sin dolor agudo, pero hiere al pensamiento con un presentimiento fatal, y le monomaniza con el amor á la vida: no es raro el ver á los que de ella estan atacados hacer proyectos de fortuna ó de mejoras agrícolas, hablar de su perfecta salud, vestir ricos trages, y despues por un cambio imprevisto entrar garse á una melancolía sin causa definida: su inteligencia aunque cada vez va tomando mayor declive, se conserva lógica hasta el fin.

3.º La agonía de la fiebre cerebral pasa entre la abolicion ó la perversion del libre albedrio, está enagenada del *yo* absoluto. Cuando es convulsiva la vida del enfermo se consume como un incendio que devora rapidamente un edificio; si está acompañado de locuacidad incoherente, el individuo murmura palabras ininteligibles que tienen relaciones lejanas con su situación presente, su pensamiento galopa por medio de los tiempos pasados, recoge sin orden y en bosquejo ilógico los principales acontecimientos de que fué testigo ú actor. Esta agonía es el sueño cóncavo de una imaginacion delirante. Esta afeccion que asesina tantas criaturas dotadas de un cerebro extraordinario por su peso y su volumen, es tambien peculiar á los hombres de preponderancias funcionarias de este organo, y que hacen por sus vigiliás ó sus emociones depresivas un centro habitual de fluctacion.

4.º El Tétano mortal es un mal que mata en medio de la integridad de las facultades intelectuales. El hombre que es presa de esta tension violenta del cuerpo, manifiesta que no es elastica y *suelta*, sino en su ser moral; sus dolores físicos recuerdan á la imaginacion los que produjera el tormento y la tortura, suplicios en el día desconocidos, y de los que la legislacion antigua hizo un abuso barbara aplicandolo á criminalidades ficticias. El tetanico ve la muerte como el criminal al aspecto del pátibulo; experimenta en toda su violencia el amor y el odio, el horror de la muerte, y si es piadoso ó creyente sueña con la esperanza de otro mundo mejor. Sus votos en

Este son el sueño y la transpiracion del cuerpo, precisamente el inverso de su estado, porque no duerme, y su individuo está árido y tirante como la cuerda de arco. Si el tétano es una complicacion que sobreviniese á la amputacion de un miembro por una singularidad, el individuo padece mas á la estremidad de una pierna que ya devora la tumba. La agonía de un tetánico es del número de aquellas que hemos llamado lucidas.

5.º Una multitud de cuerpos estraños pueden desenvolverse espontaneamente en todos los puntos del cerebro. Verdaderos parásitos tan pronto limitados en su crecimiento, otras veces se desenvuelven á todo trance, atraen poco á poco la muerte por una compresion gradual del cerebro y el ataque de su sustancia. En el caso que nos ocupa, la hora de la agonía y de la muerte se pasa en un estupor profundo. Esto se concibe; un dedo pulgar que pesara sobre una ligula aunque oprimida ligeramente, si debia aumentarse con un milesimo de su fuerza por dia, deberia acabar por la extincion del individuo; un hombre impaciente, irascible ardiendo en entusiasmo belicoso se vuelve poco á poco pacífico, embotado, dormilon, y *carnero*. Caé en un sueño letárgico que dura seis dias del que nada puede despertarle. Muere sin emociones y sin agonías. Hice abrir la cabeza de uno, y encontré que los lóbulos anteriores del cerebro, los que presiden á los actos de la inteligencia estaban deprimidos y sirviendo para alojar un cuerpo formado de nuevo, del tamaño de un huevo de anade.

La compresion vasta y estendida del cerebro es una causa de muerte, la abolicion del entendimiento es una consecuencia directa, pero aqui las convulsiones generales ó parciales, los movimientos raros hacen muchas veces estraños los fenómenos de la agonía. Por ejemplo el agua en los ventriculos, un tuberculo que se desarrolla en la parte superior de estos últimos convulsan las niñas de los ojos en su orbita: la pupila despide sus rayos en el espacio, como en la situacion de éxtasis, la cabeza está inclinada y todos los musculos del rostro están tirantes como en el martirio padecido en espíritu de fanatismo. De tarde en tarde largas é inspiradoras ins-

piraciones cambian su aspecto y comunican al conjunto del rostro un movimiento que en nada descompone la fijeza de sus miradas. Una cabeza magnífica que yo he visto agonizando á consecuencia de una enfermedad cerebral, me pareció tan expresiva que quise mostrarsela á un artista. Al verla exclamó: « Es el Cristo de Guidos ».

Un dia, un enfermo privado de conocimiento resollaba con fuerza en su agonía, se sustraía bajo de sí mismo y llegaba poco á poco, como por una especie de desliz, con ayuda de los músculos de la espalda hasta los pies de su cama.

Otra vez, un joven obtuso daba vueltas en su lecho de izquierda á derecha. Empezaba por ponerse de lado, en seguida caía repentinamente sobre su vientre y se levantaba despues por el lado opuesto ; de modo que se encontraba sobre su espalda. Estos tres movimientos se operaban como por medio de un resorte. Murió en la posición del lado izquierdo.

Un jornalero nos ha presentado el fenómeno de un cuerpo que se arqueaba hácia adelante: otro parecía querer arrojar de la cama por un movimiento lateral: una mujer joven se levantaba con violencia hácia adelante con los brazos abiertos como para abrazar un objeto. La oscilacion del cuerpo en masa es muy comun en las enfermedades mortales del cerebro.

Estos movimientos involuntarios son ocasionados por las lesiones que hieren los centros parciales del cerebro. Los fisiologistas experimentados, los observadores han tratado de determinar el lugar en los animales vivos con la ayuda de las lesiones dirigidas sobre las diferentes partes de esta víscera: si no han conseguido sentar las pruebas irrecusables del principio establecido, y si numerosas escepciones vienen todos los dias á contradecir sus teorías, es porque el cerebro, receptaculo de la enervacion, desde el instante que propende á la muerte, pierde tambien el equilibrio y la armonía que presidia á las corrientes nerviosas, su distribucion es desigual, desordenada y sin relacion lógica con los fenómenos que estaban destinados á solicitar durante el ejercicio regular de la vida.

El doble misterio de la vida física y moral envuelve, desde el nacimiento á la tumba, las funciones de este órgano, sobre el cual las generaciones pasadas, presentes y futuras agotarán en vano sus vigiliass y todos los esfuerzos de la inteligencia; siempre habrá para el cerebro una última palabra que decir; un *quid divinum*, una *incógnita* tanto mas difícil de encontrar cuantos mas esfuerzos haya multiplicado el orgullo humano para sustraerla á su impenetrabilidad.

6.º El cáncer devorante del rostro vá acompañado de dolores atroces; la parte sobre la cual se fija, es el punto de partida de esa variedad de síntomas que cada enfermo esplica de un modo diferente segun la manera particular de su sensibilidad. Las facultades intelectuales conservan su integridad, muchas veces llegan hasta la exaltacion febril y delirante. El que teme la muerte, experimenta en el mas alto grado sus atefradoras preocupaciones. Las personas piadosas que han sufrido por mucho tiempo el *carbon rojo en el ojo*, se resignan y no piden á el arte sino opio que los adormezca, gustando de vivir sumergidos en un sueño artificial.

Madama \*\*\* mujer de una naturaleza ascética, habia vivido algunos años con el martirio de un cáncer que la iba rollendo un lado del rostro sin que interrumpiera ni un solo dia sus ocupaciones religiosas. Vivía y dormía mecida por el pensamiento anacorético de una santa muerte. Despues de Dios que la dió la vida, bendecia al que descubrió la morfina: un grano de esta sal la hacia sonreír, como en otro tiempo cuando veía un hermoso melocoton en un árbol de su jardin. Su agonía fué una doble vision del tiempo y de la eternidad; profetizó la suerte de sus hijos con la solemnidad de una sibila antigua. Cuando el opio no le fué ya de ninguna utilidad y sus dolores cesaron, dijo á sus amigos: «Esta es una gracia que Dios me ha concedido antes de llamarme á sí; he concluido mi purgatorio en este mundo; ya podré morir en paz.»

M. \*\*\* oficial superior en un cuerpo de el Estado, contrajo un cáncer negro en el cutis. Se manifestó sobre la barba por un punto imperceptible como una mancha de

tinta; poco á poco se estiende desgastando los tejidos y reduciéndolos á una putrefaccion infesta y carbuncosa: los lábios, la nariz y las megillas se hallaron devoradas en poco tiempo. Bien pronto fué invadida toda la cara, y sobre máscara tan horrorosa no se reconocia mas de hombre que dos globos oculares, sin párpados y descarnados. Era horrible su vista. La inteligencia de este condenado de la tierra habia quedado pura, rodaba eternamente en un círculo de blasfemias y de maldiciones; nunca el Dante bosquejó con mas sombríos colores el infierno. Su último suspiro fué una imprecacion. Un dia tuvo el capricho de mirarse en un espejo; apenas lo hubo acercado á sus ojos, cuando le apartó con una sonrisa amarga. «Ved sin embargo aquí, esclamó, el espejo de tantas hermosas y la imagen de Dios!» al momento llamando á su criado; «cubrirás todos esos espejos, Pedro; desde ahora esta habitacion debe ser la de un muerto.» Este oficial tenia el alma de un héroe y de un verdadero estóico.

7.º Hemos observado los pólipos mortales; por ejemplo, los que nacen en las concavidades de las narices y cuyos retoños se muestran en las aberturas, elevando sus separaciones, y siempre ascendentes como las ramas de un árbol, llegan en fin hasta el cerebro que comprimen y abajan. Llegados allí, su letalidad es inminente; la inteligencia disminuye con el grado creciente de la prision, estinguiéndose en el estupor profundo y la modorra. La agonía que resulta es pacífica é insensible; hasta el fin el individuo tiene confianza en las promesas del arte.

8.º La muerte por consecuencia de las enfermedades diversas que atacan las vias aéreas, presentan fenómenos morales que tienen un punto comun de semejanza; el que resultó de una violenta sofocacion. La inteligencia mas vulgar se halla siempre vivamente afectada por la idea que muere ahogada: la dificultad de respirar, la opresion, el ahogamiento, la viciosa composición de la sangre, despiertan síntomas nerviosos; un delirio, algunas veces maniaco, una ausencia del libre albedrio que puede llegar hasta el furor: una enfermedad seme-



jante es de un aspecto aterrador, termina poco á poco en las lipotimias crecientes y sin un minuto de seguridad no puede espresar ni aun por medio de gestos sus dolores y sus congojas.

M.\*\*\* es atacado de angina gangrenosa; su garganta es una verdadera cámara ardiente, es una tapicería negra y lúgubre de donde se exhala un gas mefítico que llega al corazón. Sentado en su cama, inclinado hácia delante, oprimiendo con sus manos crispadas las columnas de su lecho, sus macilentos ojos se hallan llenos de desesperacion, su fisonomía está contraída, su tez es verdosa, todo lo que le resta de fuerza y de vida está empleado en el trabajo de una respiracion fatigosa y entre cortada. Abre una ancha boca y experimenta, sin mover sus párpados, el contacto de un pincel mojado en el ácido hidroclórico. Se habla de muerte y de confesion y pide una pluma y papel. «Orad y llorad, me muero, estoy muerto.» En medio de una crisis violenta hace un esfuerzo para salir de su cama, quiere arrojar por la ventana y lucha contra los que le sugetan. Sobreviene un síncope, se le coloca en su sitio y espira en el letargo de la asfixia.

En este género de afecciones en que el aire, este principio de toda existencia se escapa para siempre, el pensamiento mas pacífico no fecundiza sino la desesperacion, la concupiscencia de la vida. Rodeado de gentes que respiran sin trabajo y sin poder apoderarse de lo que el recién nacido tiene sin intencion, es un suplicio espantoso, es el de Tántalo en una atmósfera de abundancia. Valdría mas, cien veces, ignorar la inteligencia de las cosas, morir sin aperebirse de ello, como el niño atacado de la funesta angina que muere asfixiado sin saber por qué. Tan cerca del elemento de la vida, sufre y espira de hambre.

La rabia que comienza por la garganta, que oprime el gáznate, cuyo martirio se duplica por el horror del agua y por todos los cuerpos lípidos y brillantes que hacen nacer la idea, contra la cual el arte es impotente, reasume quizá todo lo que hay de mas horrible que sufrir. La agonía del rabioso es una deplorable euagena-

ción: la violencia de los dolores estrangulantes, es en seguida una especie de acritud (perdónesenos la palabra) echada sobre los nervios, hacen de la rabia una enfermedad espasmódica, imposible de contener, y refractaria al arte, y en fin contagiosa. El rabioso experimenta la tendencia irresistible á morder á las personas que mas ama, siempre que se hallen á su alcance, sin embargo, antes de aguzar sus dientes, se le ha visto advertir á sus parientes que se alejen, y libertándose de sus atentados, este último acto es infinitamente raro porque un hombre atacado de la rabia es al instante ageno á la razon de las cosas, su aspecto temible y elata toda simpatía, se teme su aliento y su saliva, tanto como sus dientes, no se le ve sino desde lejos, apenas se atreve un médico, desafiando todo temor, á observarle de cerca. En cuanto á los consuelos del sacerdote son inútiles al rabioso, su monomanía le absorbe por entero. Muere en medio de atroces convulsiones, y todas las miradas se fijan en él con espanto y con piedad.

Solo he visto en mi vida facultativa un solo ejemplo de este temible mal: era un jóven de veinte y cinco años mordido en un bosque por un perro rabioso y al que habian depositado en una quinta. Le habian atado á un poste para salvarle de sus furores; algunos haces de paja le servian de cama y, ¡que cosa tan bárbara! le echaban á distancia cubos de agua fria para aliviarle. Es inútil decir que su mal se agrava por este horrible método. Aquel pobre hombre tenia una tez verdosa y aplomada, todo su cuerpo se estremecia á la vez, sus ojos brillantes salian de sus órbitas, su mirada espantosa se fijaba dolorosamente en la claridad que entraba por la puerta, exhalaba sucesivamente sollozos y suspiros. Cada cubo de agua que arrojaban sobre él, aumentaba el espasmo de todas sus funciones, entonces articulaba gritos roncós, vomitaba materias verdes, su lengua bañada en sangre echaba una materia babosa, y se llenaba de mordiscos.

La rabia es una de las enfermedades cuyo origen es desconocido, que se cree haber curado cuando todavia no existia, y que semejante al cólera azul, cuando se de-

clara, empieza inmediatamente por la muerte del individuo.

9.º La guadaña de la muerte cae con mas frecuencia sobre los órganos del pecho, que sobre los de la cabeza y del bajo vientre. La razon es muy sencilla. La naturaleza ha colocado en esta cavidad mediana y central la obra maestra mecánica que toma en el aire el elemento de la vida, distribuyéndole en todas las partes del cuerpo. En el pulmon es donde se hace el escogimiento y la eleccion del gas inminentemente vital que vivifica, desde el nacimiento á la tumba, la materia inerte esprimida de los alimentos, y es el corazon. Esta palanca infatigable arroja por una parte en los pulmones la sangre negra; carne corriente y privada de estímulo; y por la otra envia lo que recibe por toda la economía con el auxilio de los tubos arteriales que decrecen hasta la capilaridad mas ténte.

La armonía y la duracion de los órganos de un individuo descansan en gran parte sobre la perfeccion normal de este doble y maravilloso sistema que el genio del hombre nunca podrá mas que entrever sin imitarle. Este misterioso mecanismo tiene relacion con el cerebro, órgano de la vida animal por los nervios de comunicacion; pero retira su fuerza intrínseca propia de un sistema nervioso particular llamado de la vida orgánica, que representa pequeños cerebros denominados *gangliones*, (1) esparcidos en todo el conjunto de los aparejos de vitalidad. La naturaleza ha querido por esta separacion del hombre *materia* y del hombre *espíritu* hacer, en cuanto sea posible, á este último independiente de la cárcel de huesos, de carne y de músculos, que se llama cuerpo, ha querido darle el mando del admirable mecanismo á fin de dirigir la marcha y el poder segun su voluntad y para el buen objeto de su bienestar y de su duracion.

Los gangliones reciben las voliciones del gran cerebro y funcionan mas ó menos bien, segun la exactitud y la

(1) Conjunto de nervios que se encuentran y entretejen á modo de ovillo; tumor duro é insensible.

oportunidad de las órdenes que ellos ejecutan. Tributarios obedientes de un dueño absoluto, son pasibles de sus errores, de sus exaltaciones, de sus debilidades, y en una palabra, de las pasiones individuales. Estas ya enérgicas ó depresivas, concentradas ó expansivas, en uno ú en otro caso, siempre son los ejecutores de las voliciones del que les impone el modo con que quiere ser obedecido. Por ejemplo, un acceso de cólera es una orden súbita que precipita repentinamente el mecanismo de los pulmones, del corazón, y por consecuencia, de todas las partes del cuerpo. La apatía moral al contrario, les abandona enteramente á su vida propia, sentimiento instintivo de conservacion que vela siempre en nosotros, y que no se aparta de sus costumbres de orden y de regularidad, sino por el ascendiente irresistible del yo.

Si este ascendiente es pacífico, lógico y razonado, su influencia sobre la duracion y la armonia del mecanismo central es incontestable. Citaremos para prueba de este hecho social esos vigorosos tipos de raza humana que resisten largo tiempo, que se perpetúan por vástagos vivaces, y que mueren de vejez. La constitucion del turco, pura de toda infeccion, exenta de deformidades que trasmite á toda su raza, nos representa fielmente la alianza natural de una vida orgánica y de una vida moral, ponderando entre ellas la suma de sus atribuciones funcionales, y coordinándolas juntas para asegurar su existencia indivisible contra las mil y una causas de enfermedad y de muerte.

El hombre de la sociedad adelantada obedece, á su pesar, á todo lo que es subversivo de este orden natural que preside á las funciones de los pulmones, del corazón, y en general de todos los órganos. La vida moral es el verdugo de la vida orgánica, en el sentido que ella deteriora los resortes, la vida intrínseca á la que corrompe los elementos, y á la que desnaturaliza los productos. La fuerza vegetadora que combina y dispone la colocacion de las moléculas de la materia, exige para que ella se produzca en toda la normalidad de su estado, una especie de independencia de la voluntad moral. Si esta la imprime una direccion viciosa; si ella tuerce

sus tendencias creadoras; si por los actos que manda, extrae por fuera de los elementos impuros y organiza su combinacion; la fuerza vegetadora trabajará sus creaciones con heterogéneos materiales, y produciendo obras deformes, infectadas, incapaces de resistencia y de duracion.

El exceso de la civilizacion fecundiza infinitamente los venenos de la naturaleza física del hombre, los que bajo el nombre de pasiones, de intemperancia, de emociones vivas é incesantes, de sífilis, sarpullido etc.; arroja á su vez en los órganos el gérmen de las enfermedades conocidas por orgánicas, que desnaturalizan las constituciones y las siegan con golpes acompasados.

Los gangliones ó centros de la vida vegetadora, una vez ajenos á su naturaleza normal, vuelven á obrar sobre el cerebro mismo, le suscitan todos los medios del padecimiento de los órganos, y resulta un ser nuevo que vive bajo la condicion de llevar consigo el gérmen adormecido ó en esplosion de la enfermedad y de la muerte. Llamamos á este estado del cuerpo, que tan general se ha hecho en el dia, temperamento patológico. Con este temperamento un hombre es, si se quiere, hombre ante la civilizacion y la sociedad, pero no lo es ante la naturaleza; y lo mas espantoso que hay en la fatalidad de su ser, es que se reproduce con sus vicios de constitucion, sus humores impuros y sus malas tendencias.

Los hijos que provienen de estos tipos degenerados y bastardeados por todas las poluciones físicas y morales de la civilizacion *metálica* de la época, asocian su parte de fortuna y de impurezas humóricas con el fin de continuar en su familia la elevada aristocracia, y no es aventurado el asegurar, que el oro es la causa de que se transmitan de padres á hijos los vicios hereditarios del alma y del cuerpo.

Nunca hemos exagerado menos nuestro pensamiento que en la ocasion presente; y para dar una irrecusable prueba, no tenemos mas que remitir á nuestros lectores al gabinete de los hombres del arte; allí escucharán setenta veces, sobre cien individuos que llegan á consultarles la confesion interesada, de que sus padres, sus

abuelos ó ellos mismos han estado ó están todavía impregnados de infecciones diversas que corrompen la sangre de las generaciones.

La enfermedad que en nada cede en el día en frecuencia á la apoplejía, es sin contradicción la tisis pulmonar, la cual puede dividirse en aguda y crónica. En el primer caso disminuye rápidamente la robustez y afecta la imaginación con los mas siniestros presagios. La tisis aguda es la antorcha de la vida que arde de prisa con llama y resplandor, y que ilumina mejor el entendimiento de un enfermo que se interroga sobre su destino. Este se conserva libre y despabilado hasta el último suspiro.

Madama de \*\*\* de una obesidad colosal, de una estatura gigantesca y que pesaba cuatrocientas libras, fué acometida súbitamente de los síntomas pertenecientes á la tisis aguda. Desde este momento se vió enflaquecer diariamente de un modo notable, asustada de verse disminuir tan rápidamente contra el *mortis terror* que ataca el grado de la monomanía. El día de su muerte lloró amargamente sobre su suerte: despues de su último suspiro, el receptáculo enchido de las lágrimas dejó aun correr en abundancia. Lo que he visto mas espantoso en el tronco de esta gigante poco antes de su fin, fué la piel floja y flotante de su vientre desprovista de gordura: se podia, doblándola y cogiéndola por el ombligo, volver á cubrir casi la mitad del tronco; tan grande era su corpulencia y su súbito enflaquecimiento superior á toda concepción.

La tisis que dura largo tiempo, puede definirse como la fuente purulenta de uno de los dos pulmones. Está acompañada de fenómenos físicos diferentes segun la edad, el caracter, la inteligencia y la posición social de los que destruye. Se ha dicho sin fundamento, que esta enfermedad es una de las que destruyen un individuo sin que tenga la conciencia de su estado; que los tísicos conservan hasta el fin la esperanza de su curación; y que son notables por la vivacidad de sus ideas y el calor de sus afecciones. Hay algo de verdadero y no poco de falso en esta manera de concebir la fisiología del tísico. Si el individuo es

jóven ignorante de las cosas de la vida ; si no ha hecho ningun estudio, como el conscripto que viene á morir de este mal en los hospitales militares ; si es al mismo tiempo preso de la nostalgia ; este pensamiento fijo que absorbe todos los demas , es infinitamente probable que no sufriendo ningun dolor , conservando un resto de apetito y pasando noches felices con el ayuda del opio, no tendrá ningun presentimiento siniestro de su fin.

Yo poseo ciento sesenta casos de jóvenes militares ó marinos atacados de tisis pulmonar, que ellos llamaban sencillamente un gran constipado , y que han llegado á una extincion completa y gradual de la vida sin un átomo de sustancia en el cuerpo , y que todavía un minuto antes de espirar, pensaban en la licencia de convalecencia que *este ligero incidente* les habia proporcionado. Otros han fundado esperanzas de longevidad y de felicidad , y cosa singular ; sus proyectos, cuando estaban despiertos, eran los mismos con que su pensamiento narcotizado por el opio durante la noche, los habia mecido por espacio de ocho ó diez horas. El sueño de media noche, que es con frecuencia para otros el estado confuso y raro de los acontecimientos del día, reconoce una causa inversa en el tísico. Para estos el sueño es estar despiertos. En efecto, su pensamiento no se mueve ni viaja con tanta alegría, como cuando ageno por el opio á los dolores del cuerpo, corre al encuentro de los objetos de su amor y de sus votos.

La agonía del tísico dura tanto como el largo mal que le consume ; no está asustado porque no sufre ; su alma naturalmente benévola como la de todos los valetudinarios que han traido consigo al nacer un germen de muerte en el pecho , no se abre sino á las inspiraciones del amor y del porvenir. La naturaleza misma cómplice de la mentira fortifica á los tísicos con la esperanza de la salud , conservando en su corazon mas fuerza para amar que la que ella da á los que poseen la fuerza física, y en seguida, como para aumentar tal alucinacion de sus sentidos , utiliza para engañarlos mejor el ardor de la fiebre lenta ; ella es la que colorea las mejillas del tísico con el encarnado de la mas hermosa rosa , ilumina

nando su espíritu con mil fantasias vivas y apasionadas que siembran de alegres flores el campo de su existencia. Lo hemos dicho en otra parte, ¡cuantos pintores, poetas y músicos han debido las maravillosas inspiraciones de su arte á la escitacion febril de un germen de tisis! Es un hecho, que de todos los males que nos asesinan poco á poco y nos engañan, la tisis es la que nos conserva por mas largo tiempo las ilusiones de la salud, y cuando esta no tiene ninguna esperanza, la tisis es quien nos oculta mejor los males de la vida y los horrores de la muerte. Para obtener este beneficio, es menester no ser facultativo; dígase lo que quiera, este puede engañarse un instante; pero la horrorosa verdad acaba por iluminarle un poco antes ó despues. En adelante citaremos un ejemplo.

Las víctimas de este mal, sobre todo las de la categoría de que hablamos, son las mas interesantes; viven largo tiempo en el pensamiento de las personas que les han asistido, y dejan en sus familias recuerdos duraderos. Mueren constantemente en la primavera de sus días; y con una sonrisa de última esperanza sobre los labios, las personas del sexo predispuestas á la tisis, ejercen una especie de atraccion sobre los hombres y son por excelencia las mujeres del corazon y de los sentidos. Magnetizan un amante, se desposan y algunas veces mueren antes ó despues de haber concebido. Hemos visto morir á alguna de estas víctimas con un pensamiento radioso de esposa querida y de madre tierna. Madama\*\*\* habia consultado á un sabio médico de la capital acerca del estado de su pecho. Recibió una respuesta favorable, y entonces no vaciló mas en dar su mano al que amaba. Tres meses despues de su matrimonio, fue atacada de un constipado tenaz, del que esperaba curarse sin el auxilio de los facultativos; Vana esperanzal Este mal tan ligero resiste á todos los remedios usados en semejantes circunstancias; llama á un médico que reconoce las señales de la tisis; no obstante la dirige buenas palabras y la hace tener la esperanza de su curacion. Esta mujer jóven y hermosa, de un carácter benévolo y superior, dedica el mas cuidadoso esmero en su cura-



cion, siguiendo exactamente las prescripciones de su médico. Es tal su confianza en los talentos del facultativo, que no se percibe ni de su creciente flaqueza ni de la fiebre lenta que la mina, ni de los malos esputos que arroja con abundancia. Una buena noche pasada en los brazos de Morfeo hace desaparecer á la mañana todas las vicisitudes de la víspera. Sonríe á la vista de su esposo, á la de sus parientes, á la del que debe tener en la frente bautismal la criatura que lleva en su seno.

Una mañana abrió los ojos muy regocijada de la fiesta que habia presidido durante su sueño. Su primer hijo habia sido llevado á la iglesia, era del sexo masculino, y habia recibido el nombre de Deogracias. Hermoso, sonrosado y fresco como el boton de una flor, su madre le habia tenido sobre su seno durante el convite del bautismo; en seguida la reunion habia comenzado un baile que duró hasta el amanecer y solo habia dejado la habitacion de la recién parida con el canto matutino de las aves. Ved aqui el delicioso sueño que esplicó lo mejor que pudo á su médico, quien, aquel dia para confirmarla mas en sus ilusiones, la hizo observar que su voz era mas clara, que sus esputos habian disminuido considerablemente; y en fin, que nunca habia estado tan hermosa desde el principio de la enfermedad.

La pobre enferma creia todo esto con toda su alma y para añadir aun alguna cosa mas decisiva á las palabras del médico, dijo: «Oh! sí, me creo ya curada; colocad vuestra mano aqui; ¿no sentís moverse mi hijo? Doctor, yo os amaré como á mi padre y al de mi hijo; vos nos habeis conservado el uno al otro.» Y el buen doctor, tomando una rosa de un florero, vino á ofrecérsela á su hijo y selló con un beso de su reconocimiento á las mismas puertas de la tumba. Al ocultarse el sol, á la hora mortuoria de tanta gente, Mnd.<sup>\*\*\*</sup> se dormia para siempre aspirando el perfume de una rosa.

Los físicos que creen firmemente en el poder de la ciencia, conservan hasta el fin la esperanza de poder triunfar de su mal. El hombre del siglo que ha probado mejor por

sus trabajos la letalidad *inconjurable* de la úlcera del pulmon, sostenia que un tubérculo grueso como un huevo de gallina podia vaciarse y trasformarse en cicatriz en este órgano. Lo mas singular es que él mismo tenia en un pulmon este gérmen tan grueso como él le definia, y que ha muerto protestando de la curabilidad de la tisis pulmonar.

Los tísicos que conciben toda la gravedad de su mal, que lo han aprendido en los libros y que han visto morir á sus semejantes de *consuncion*, se consumen tristes y desconsolados antes del término natural, por el solo hecho de un presentimiento siniestro. Su pensamiento lucido rueda sin descanso en el círculo formado por las palabras, vida, eternidad, tiempo, infinito Dios y muerte. El número de estos mártires es inmenso, sobre todo en nuestra época, en que las luces han derramado en todas las clases un conocimiento exacto de los peligros que corre un pecho delicado. Estos individuos, una vez atacados del catarro mortal, recurren á todos los médicos, á todos los amuletos, á los remedios secretos, hasta á la misma magia. Nos acordamos de un cónsul francés en la Caneé (isla de Creta) al cual asistiamos, y tomaba nuestros remedios, los de las comadres, los filtros de los juglares musulmanes, rezaba, fundaba obras piadosas, se hacia decir la buena ventura por una gitana, en fin; en nuestra presencia escuchaba á un francés turcófilo que se habia hecho célebre en Egipto bajo el nombre de Soliman Bey, que fechaba las cartas y sacaba un horóscopo favorable á nuestro enfermo. El dia de su muerte nos hizo llamar cerca de su cama y nos mandó levantar la mano delante de Dios «Jurad, nos dijo, por la sangre de Cristo, que no moriré, á este precio consiento entregarme á un sueño que mi conciencia me dice, debe ser el último.»

Los tísicos de una inteligencia vasta y adornada que han vivido largo tiempo de la vida metafísica, tienen con frecuencia el don de la profecía sobre los acontecimientos que les han preocupado. Uno de ellos discípulo de la escuela polítécnica, durante su larga agonía nos habló con un lenguaje profético relativamente

á las catástrofes políticas que la circunstancia presente estaba bien lejos de hacer sospechar. Muere; el tiempo camina y la profecía del moribundo se cumple en un todo igual á como él la habia dictado.

10. Lo que los médicos llaman fluxion de pecho, es una enfermedad temible, caracterizada por la abundancia de sangre en el pulmon; este se combina con su tejido y le impide moverse en la esfera de sus atributos funcionales. Esta enfermedad ataca á un hombre en medio de la salud mas floreciente, y se ceba con preferencia en los que se exponen á las vicisitudes atmosféricas, y que ignoran la accion mortal de un aire glacial; de esto se sigue que los trabajadores son generalmente y con mas frecuencia las víctimas.

La muerte por fluxion de pecho es una asfixia creciente, pues que hace impotente el órgano que se sostiene del aire que aspira en sus canales el oxígeno, este elemento indispensable de la vida. Semejante enfermedad abate la fuerza moral por dos motivos principales: el primero es la pérdida de la sangre que necesita en su curacion; el segundo es el conocimiento de debilidad que se apodera de nosotros cuando apenas se respira, y que todo nuestro egoismo se absorbe en este pensamiento. La enfermedad del pulmon ataca en plena salud; el pecho mas vigoroso es detenido repentinamente en su expansion y en medio de una angustia súbita, el talento comprende el paralelo del estado floreciente y del estado desesperado. El pulmónico no piensa en lo pasado ni en lo presente; no existiendo ya para el porvenir, se ofrece á su imaginacion bajo colores siniestros; lo que quiere sobre todo es el soplo de la vida que se le escapa y lo que hace... trabaja para respirar. En tanto que la cuestion de vida y muerte se debate entre la naturaleza y el arte, está triste y místico como un culpable; sus ojos cóncavos, sus facciones amarillas y lánguidas, su respiracion corta y fatigosa, su tos dolorosa, sus esputos bañados en sangre, el decúbitus de toda su persona le hacen un objeto de piedad. Nada tiene de extraordinario, que bajo el golpe de una sentencia capital, rodeado de tantos augurios funes-

tos, el carácter mas enérgico no sienta debilitar su valor, no olvide las facultades de su entendimiento, y no tema el fatal oráculo que debe profetizarle su sentencia. Esto se explica de diversos modos; ya es el sacerdote familiar de la casa, ya un amigo que habla de arreglo de cuentas, aquí la esposa que se arroja desconsolada á los pies de la cama del enfermo, en otra parte una buena mujer que le insinúa que soporte su enfermedad con espíritu de penitencia. Cuando esta dolencia es decididamente mortal, el hombre se halla destruido en lo físico y en lo moral; y cuando toca á las últimas horas de la existencia, y que por la cesacion de los espasmos del mal, respira mejor; cuando siente renacer la esperanza en su pecho; cuando, en una palabra, la muerte le engaña como una querida pérfida y arrepentida, se le vé sonreír tristemente y abandonarse á todo lo que se exige de él. Este hombre en otro tiempo irascible é indiferente en materia de religion, se transforma en dócil cordero: haláguesele con su próxima curacion y demuéstrese que esta depende de Dios, para quien pisa igualmente la ceniza de los reyes que la de los súbditos, y que concede al culpable el tiempo de purificar la suya, y se hará de él un hombre santo.

Así es, que el pensamiento del pulmónico es dulce, pacífico, resignado, confiado y religioso, por los motivos que hemos expresado mas arriba. Poseemos mas de quinientos ejemplos que prueban este estado de quietud, que sin querer aspirar súbitamente al cielo, se complacen sin embargo, con los consuelos del sacerdote y con los placeres de la religion. Los pulmónicos que mueren en los hospitales, cumplen todos con sinceridad con las fórmulas del culto, los capellanes nos han hablado muchas veces con amor de estos leones indomables cambiados en buenas criaturas. Hay una diferencia entre la agonía del tísico y la del pulmónico, y es, que el uno muere en la exaltacion del poder vital, y el otro con la esperanza dudosa de sobrevivir á su enfermedad, y completamente aminorado bajo el aspecto intelectual y moral.

11. Las enfermedades del corazon bajo el nombre

aterrador de aneurisma, se han hecho una especie de espantajo social, desde que el génio de la Francia y sus pasiones políticas han multiplicado en diversas condiciones todo lo que puede ser un motivo de necesidad ó un manantial de emociones. La generacion que ha sucedido al gran parasismo de la revolucion francesa, ha nacido con una predisposicion á el aneurisma, voz genérica que nosotros empleamos aqui, como designando una tendencia orgánica del corazon á salir de sus límites normales.

Ninguna época ha multiplicado como la nuestra, lo que se puede con justa razon considerar como causa del suicidio del corazon. Si la disposicion á el aneurisma es casi siempre congenial, nosotros afirmamos que la enfermedad del corazon es provocada por todo lo que deprime, por el exceso del amor, de la cólera y de la ambicion. Aqui las causas morales están en primera línea: *hæret arundo lateræ*.

El hombre atacado de aneurisma verdadero é incurable, puede vivir largo tiempo con el pensamiento de que su vida pende de una fibra del corazon y que la mas ligera emocion puede quebrarla. Es taciturno, melancólico y distraído: busca la soledad; vive con poco; tiene horror á la plenitud de sangre; huye de lo que conmueve; teme el sueño por miedo á la pesadilla, síntoma tan comun en esta enfermedad; siempre solo y preocupado con los latidos de su corazon, Heva á él con frecuencia su mano; contando sus palpitaciones, procura apreciar su fuerza y su estension; palpa el lado izquierdo de su pecho; concibe un justo temor de la elevacion de las costillas que atestiguan la violencia de las contracciones de su órgano. Aquel corazon que late, á quien oye, ya ande, ya descanse su cabeza sobre un almoadon; hé aqui su mal de todos los segundos, la sombra de su cadáver, el cuchillo de Harmódio levantado sobre él, el elamor de su agonía que resuena dia y noche en su pecho. Este hombre que estudia tan bien sobre sí mismo la obra lenta é inacabada de su muerte, es el que mas la teme, y huye de todo lo que le recuerda esta idea. Las campanas que anuncian un fallecimiento, un acompaña-

miento fúnebre, el santo viático, el sacerdote que le observa, el médico que lee en sus ojos, un indiferente que pasa delante de él y se detiene entristecido; ved las cosas que él quisiera conjurar y á las que no puede hacer frente: un aneurisma en el corazon es un ariete que hiere con redoblados golpes sobre un alma: cualquiera que sea su fuerza, concluye por usarla y debilitarla. Su carácter moral no sufre impunemente esta afeccion orgánica y mortal: esta enfermedad mantiene un dolor intelectual, una sensibilidad febril que trastorna la razon, que pone el corazon en peligro por la emocion mas fugitiva, que baña los ojos de lágrimas á la relación mas indiferente. El aneurisma del corazon procrea un hombre nuevo, que tiene sus pasos precisos y calculados; una fisonomía con la tez amarilla y con funestos presagios, un modo de vivir que deja muy atras, por los frances de que vá acompañado, á la del tísico; despertándose y volviéndose á dormir siempre halagado por la esperanza, la cara y la mirada hacen traicion á primera vista á el hombre atacado de una enfermedad de corazon.

Esta prosopopeya es la obra de los pensamientos tristes y desmoralizadores. Sin embargo, los accesos de cólicos del corazon (permitasenos esta expresion) á los cuales estan sugetos los aneurismáticos, deben ser causa, asi como su sombría preocupacion de la muerte, de darles esa fisonomía de desesperacion que tienen en el mundo. Los cólicos del corazon son el suplicio del tormento aplicado á este órgano; es la garra del leon ocupada en retorcerlo y apretarle. Este sufrimiento que dura poco, deja una impresion funesta sobre las facciones y un horrible recuerdo en la memoria; ella es quien despierta súbitamente la fantasma de la muerte y la coloca á la vista del paciente, siempre que un incidente imprevisto le pone en presencia de una idea ó de un hecho tierno. Para concebir este dolor agudo que abate al ánimo mas robusto, basta saber que las fibras del corazon están vueltas en espirales desde su base á su cima; que su movimiento natural consiste en el fenómeno de elasticidad que endereza las fibras cuando una oleada

de sangre viene á llenar sus ventriculos, y que en el cólico del corazon las curvas de las espirales sufren una verdadera extorsion sobre ellas mismas, lo que disminuye el volumen de este órgano.

Las pasiones fuertes que exageran los poderes de la vida normal, y cuya impresion inmediata se refiere al corazon, no obra de otro modo sobre él, sino dando á sus fibras esta tension dolorosa de que acabamos de manifestar la causa. Ved tambien la razon por la que se atribuye á las conmociones políticas el poder de fomentar los aneurismas. El reinado del terror ha sido acusado de haber multiplicado las afecciones del corazon, y desde esta época data el gran número de las víctimas de este mal, ya le hayan estudiado mejor, ya en fin, porque los motivos de la oscilacion moral no han faltado al mayor número para ocasionarle.

Sea lo que quiera, la influencia del aneurisma del corazon sobre la moral es siempre depresiva y desmoralizadora; puede enagenar un individuo á la razon y conducirle al suicidio. Los pensamientos religiosos ocupan rara vez al que padce continuamente un mal agudo y que pasa para él los eternos dias, escuchándose morir y persiguiendo por todos los medios imaginables la esperanza de vivir. Aquí el hombre moral sigue las degradaciones de el hombre físico, y cuando todo va á concluir para él, el sacerdote no encuentra á la cabecera de su agonizante sino un ser gastado por el dolor, y prevenido para la muerte y los consuelos piadosos, porque la salud y la quietud le faltan para prepararse á ella. Lo mas frecuente es que para llegar, pase por los tormentos de la hidropesía, va llenándose de agua poco á poco, y la nueva enfermedad que se ha aumentado bajo la influencia del aneurisma, del que es un resultado ordinario, le demuele visiblemente hasta que al fin el líquido alcanza al pecho y estiende la bolsa del corazon (pericardio): entonces muere como anogado (1).

(1) Se debe al señor profesor Boulliaud un conocimiento mas perfecto de las afecciones del corazon, cuyo diagnóstico ha perfeccionado y hecho conocer la importancia de la coincidencia de las inflamaciones de este órgano con el reumatismo articular (*Traité*

El estudio sicológico del corazon, encierra el secreto de la causa mas comun de los aneurismas. Tomamos esta palabra en la acepcion recibida en el mundo, y no bajo la que los médicos la dan cuando por aneurisma designan una enfermedad especial de este órgano.

El sistema nervioso del corazon, ó si se quiere, el conjunto de los gangliones que forman el cerebro del corazon considerado bajo el aspecto de su impresionabilidad, presenta diferencias individuales que el escalpelo no puede descubrir y que la mas ligera observacion consigue fácilmente poner fuera de duda.

Un hombre nada siente; otro por el contrario, es de una sensibilidad exquisita; ó bien uno siente por la cabeza y otro por el corazon. Este último recuerda la planta llamada sensitiva: es suficiente una ligera punzada de amor propio ó de sentimiento para poner su corazon en conmocion, y precipitar sus movimientos. El cerebro y el corazon son dos órganos misteriosos sobre los cuales los siglos pasados, presentes y futuros no dirán nunca lo suficiente, y que permiten todas las utopias posibles á el que quiera hacer comprender sus funciones. Nosotros creemos en las oscilaciones del alma súbitas y alternativas entre el cerebro y el corazon, y *recíproca*. Este fenómeno se repite en todas las vivas emociones que los conmueven al uno y al otro. El sitio del alma pues, seria tan pronto en la cabeza como en el pecho. Sin embargo, lo que nos impele á admitir las naturalezas diferentes de almas, es la manera de sentir por el corazon. En efecto, unos no han experimentado nada en este órgano, sino el ruido sordo de un balancin que arregla la marcha de sus acciones orgánicas, mientras que otros casi nada han vivido sin resentirse del efecto expansivo ó concentrado de las diversas emociones.

El corazon es un órgano sicológico del que se tiene la costumbre de unir las funciones á las del entendimien-

*clinique des maladies du cœur*, segunda edicion, Paris 1844, 2 volúmenes in 8.º fig.—*Traité clinique du rhumatisme articulaire*. Paris 1840, in 8.º

(N. del autor).



to humano, mientras que algunas veces es bastante poderoso para encadenarle y sustituirle á sus voluntades. Son solidarios el uno del otro, y por su concurso se completa la humanidad. Asi es, que en vano una inteligencia criminal se obstina en negar un delito de homicidio: la vista del cadáver conmueve el corazon del culpable: late, se estremece é impone al libre albedrio la confesion que le entrega á la justicia de los hombres. Cuando los frios asesinos tienen accesos de humanidad por el corazon, es por lo que se muestran un momento como hombres de bien. Proyectan un crimen en la meditacion, y se causan horror á sí mismos en la emocion. Ademas la una impresiona el cerebro y la otra el corazon. El hombre que vive mucho mas por este último órgano que por el otro, lleva consigo una causa permanente de aneurisma, y de ahí esta grande diferencia entre el que produce su pensamiento en la meditacion, y el que la manifiesta en la emocion: en el uno observareis un hombre; el otro os ofrece el tipo acabado de la humanidad.

Hay una doctrina incontestable, que es la que nos muestra los hombres pasibles á las circunstancias que los rodean; ademas es evidente que las revoluciones sociales, políticas y religiosas ejercen una influencia directa é irresistible en las funciones del corazon. Segun la especie de alma de que han sido dotados, esta influencia es mas ó menos vivamente sentida, pero los hay que son refractarios á toda causa de emocion. Supóngase un mismo motivo de determinacion sobre tres individuos colocados en circunstancias análogas: el uno se someterá á una reflexion fria y calculada; el segundo estará decidido á obrar, tan pronto por un movimiento espontáneo del corazon, como por el racionio que le demuestra el peligro de un trance; el tercero en fin, sin interés propio, sin vacilar, seguirá inopinadamente la inspiracion de su corazon. El egoismo, la indecision y el entusiasmo reasumen todas las acciones humanas, ya procedan de la cabeza, ó de la cabeza y el corazon, ó simplemente de este último. En el primer caso está el hombre, en el segundo un ser misto, en el tercero la

humanidad. La revolucion francesa con sus saturnales y sus brillantes triunfos se ha hecho sentir en todos los corazones: unos han blasfemado de ella, otros han impelido su carro hasta los atrios de los templos, colocándole en el altar: millones de corazones han latido por ella de rabia ó de entusiasmo. Es suficiente un choque acelerado de la sangre para que una causa general de aneurisma castigue á una nacion.

Napoleon tomó las riendas del carro, y su génio providencial le dirigió al gusto de su estrella. Los corazones han latido de nuevo por la victoria y la derrota, por la ambicion y los reveses: nueva causa de aneurisma. En efecto, la república y el imperio, esas dos madres de una raza de gigantes, los ha producido y los ha gastado en la obra de las cosas grandes y gloriosas como para acabar con la especie en sus vástagos.

En el dia, el aneurisma no reconoce ya las mismas causas; son menos nobles, y por tanto mas numerosas y funestas. Sin embargo, es extraño que los hombres sigan de repente las inspiraciones de su corazon: pero estos no son de una raza entregada al aneurisma, á menos que no haya heredado una debilidad congenial de este órgano; entonces mueren porque estaban heridos de muerte al nacer. Las víctimas improvisadas de este mal son los hombres, cuyo corazon es mas elevado que la cabeza, y que sufren el martirio del egoismo del siglo, de la rabia de los poderosos, de las necedades del poder, del falso desprecio de los corruptores y de los cobardes. Estos beben sus lágrimas y se aprietan el corazon que salta bajo su mano como ara ahogar sus quejas ó para comprimir un secreto siempre pronto á escaparse.

El siglo *metálico* fecundiza las enfermedades del corazon, el asma y la hidropesía que son las consecuencias ordinarias, por la miseria y la desesperacion de los que padecen. Nada destruye tanto á un hombre en lo físico y en lo moral como la indigencia; y si el que siente torcerse su corazon ó sus pulmones oprimidos y llenos de sangre que vomita á borbotones, se halla dotado de una alma irritable y altiva, puede asegurarse que deja de ser el mismo hombre, que cae vencido por su debilidad; y

solo sabe maldecir y morir. La miseria es el reinado del terror en tiempo de paz ; cierra para siempre las almas á los sentimientos de humanidad y de religion.

Las enfermedades del corazon son tanto mas comunes en los pueblos, cuya riqueza industrial y manufacturera se halla mas en la via del progreso. Así la Córcega y los Bajos Alpes, son casi escepcionales con respecto á esto, mientras que el departamento del Norte que es seguramente la provincia mas rica, nos presenta un pobre por cada siete individuos, y una afeccion de los órganos del pecho por cada diez y seis ¿Por qué esta diferencia ? ¿Porqué?... Nosotros juzgamos de la prosperidad de un pais por la opulencia aristocrática de un pequeño número, de el que absorbe su suelo, su industria y su parte de sol que todo hombre ha recibido de la naturaleza y de Dios. La aridez rodea los grandes árboles. Así las afecciones orgánicas del pecho y el aneurisma del corazon en particular, se han estendido tanto en el dia en todas las clases de la sociedad : porque por una parte hemos heredado de nuestros padres una constitucion irritable, viciada, *patológica*, en una palabra : porque por la otra la nacion Francesa, para servirme de una formula trivial y verdadera, se halla dividida en yunques y martillos. Que ellos golpeen ó sean golpeados, el choque no es por esto menos retumbante y funesto á los unos como á los otros.

12 Las enfermedades mortales del estómago y de los intestinos son de muchos géneros : unos son resultado de una inflamacion violenta de la mucosa ; otros dependen de una causa general epidémica y contagiosa, que primero ha envenenado el principio vital, y en seguida se ha localizado sobre la mucosa gastro-intestinal.

En la muerte por gastro-enteritis aguda hay ordinariamente delirio y abolicion del libre albedrío. Cuando estos últimos fenómenos no existen, se rebajan considerablemente las facultades intelectuales ; el paciente está acostado sobre la espalda, sumergido en sus cavilaciones, indiferente á todo lo que le rodea, é incapaz de formular un juicio voluntario.

En la dotinenteria, variedad funesta de la gastro-ente-

ritis, caracterizada por la ulceracion de las pequeñas glándulas incrustadas en la mucosa de los intestinos man ténues, la inteligencia y el discernimiento se conserva-regularmente sanos hasta los últimos momentos. Cuans do castiga de una manera epidémica, los fenómenos cerebrales aparecen desde muy temprano, y privan al individuo del beneficio de una agonía lucida. Sea lo que quiera, la dotinenteria imprime en lo moral una indiferencia casi estúpida sobre las cosas mas esenciales; se manifiesta en el rostro por una mirada pasiva y un aire alelado.

Entre todos los matices del tífus si el cerebro no está enagenado á la razon, el paciente responde brevemente á todo lo que se exige de él, ó bien se detiene despues de haber expresado la mitad de su pensamiento, enseña la lengua y la olvida encima de la boca, manifiesta deseo de beber y detiene el líquido en la boca. Permanece acostado é inmóvil como un tronco. Es inerte y difuso, tanto en lo físico como en lo moral. Sin embargo su entendimiento recupera algun imperio cuando se halla escitado por un acto solemne, como cuando vá á recibir la Eucaristia. Despues de haber concluido cae rendido, como si acabára de gastar lo que le resta de vida.

La agonía de la peste es una verdadera alucinacion de terror. El libre albedrio parece sofocado bajo el pensamiento del mal y por la combustion rápida del fluido vital que suscita dentro del cuerpo un calor devorador. El apestado muere de miedo antes de morir de su mal. Su agonía es una escena de horror y de compasion. El frio glacial de su piel se apodera poco á poco de todo su cuerpo, y se duerme en el estupor.

La fiebre amarilla, verdadero tífus de las Antillas, inocular el terror en los que se hallan atacados, rompe á la vez las fuerzas morales y físicas, y complicándose con la nostalgia y el miedo de morir, arrebatá al individuo su fuerza de carácter y sus facultades intelectuales. Sin embargo, la fiebre amarilla dá á los sentimientos religiosos un alcance revelador; pues que todos los que he visto morir han abrazado la cruz de salvacion con una confianza angélica: les hemos conocido que han hablado

de sus parientes ; que han hecho legados , y se han adormecido como bienaventurados. El mayor dolor de que se quejan es una opresion tetánica de la cabeza ; una especie de bigornia que la comprime por las sienes y les hace desear la muerte : «Aturde , nos decía un oficial , pero es bueno para no sentirle.»

El pensamiento fijo de la fiebre amarilla es una monomanía que conduce al verdadero mal. Hemos conocido muchos de estos enagenados que se han despertado en medio de un sueño , durante el cual se vieran con un color amarillo de ocre , y estaban efectivamente atacados de la ictericia por la efusion súbita de la bilis. Sin embargo no presentaban ningun síntoma del azote hasta el momento en que mirándose á un espejo , se creyeron atacados del mal , acostándose para morir algunos dias , despues. Uno de ellos , viendo su imágen reflejada en un espejo , cayó atacado de una apoplejía ; otro , jóven alumno de la marina , creyéndose ver en la amarillez , porque no lo estaba realmente , fué atacado de convulsiones horrosas que terminaron antes de la aparicion de los verdaderos síntomas del mal. Tuvo sin embargo una agonía habladora ; pero fué para mejor reconocer su estado , desconsolándose con gritos y lágrimas y despues apagarse en la desesperacion.

El cólera de la India es un mal espantoso , trastorna toda la economía , hiela la piel , coagula la sangre , azula la periferia del cuerpo , le enflaquece , le envejece en algunas horas , le descompone con el auxilio de una fuente humoral que se parece á la sustancia de arroz , y concluye rápidamente la vida con dolor ó sin él , y lo que ofrece de mas extraño es que , en semejante cárcel , el alma se conserva pura , la inteligencia limpia y el discernimiento sano. Esta enfermedad es un ultraje de la ciencia , la propone un problema insoluble ; el de la *muerde de la sangre* ; de la extincion de la fuerza del corazon con la persistencia del egoismo de la vida completa de relacion. Un colérico es un *muerto vivo* que juzga su estado , se preocupa , arregla sus negocios , piensa en su salvacion , y todo esto despues de haber sobrevivido muchas horas á su cuerpo ya helado.

He aquí algunos hechos extraordinarios que hemos observado durante la época desastrosa del cólera en la Provenza. Mr. Fleury presidente del consejo de Sanidad de la marina en Tolon, hombre de gran carácter y de un inmenso talento llegó á su hospital el 10 de julio de 1835 á las ocho de la mañana, me dió á reconocer su pulso, cuya arteria no latia ni aun bajo mi dedo. A pesar de la muerte de la sangre hizo su visita, arregló su correspondencia, visitó los enfermos hasta cerca de medio día, llegó á su casa, se puso en el lecho sin señal ninguna de dolor, esperando con una quietud perfecta su último suspiro. No vivia ya sino por la cabeza; pero en esta parte su existencia era tan completa como durante su larga y honrosa carrera. A las cinco preguntó la hora que era. «Está bien, añadió, es la mia, me marchó, á Dios, ¡buenas noches, buenas noches!»

Mad. \*\*\* de edad de veinte años estaba resplandeciente de belleza y de frescura; cerca de la una es atacada del cólera: dos horas despues esta magnífica criatura, habia envejecido cincuenta años; amarilla, azul, arrugada, encogida, su vista era horrorosa. La muerte no ha improvisado nunca á mis ojos en tan poco tiempo una máscara tan aterradora: el relámpago no pasa tan rápidamente como el curso de los años en esta variedad del cólera. Aquí la adolescencia llega en el espacio de dos horas á la extrema decrepitud.

La inteligencia y los sentimientos afectivos se conservan intactos durante el cólera fulminante; no obstante, citaremos un hecho escepcional y único. La señorita \*\*\* conocida por su circunspección, su pudor y piedad angélica, cae herida del azote. De repente, en pocos minutos pierde el encarnado y la regularidad clásica de su fresco y puro rostro. Hasta allí sufre las consecuencias del mal y ninguno se extraña; lo que asombra á los que la han conocido casta y púdica, es un cinismo de lenguaje que llega hasta la desvergüenza mas grosera del espíritu y de los sentidos. Espiró repitiendo las palabras mas obscenas de los mas viles lupanares, y provocaba á cada uno de los asistentes al asalto de su honor.

Apuntaremos, en fin, un hecho que es superior á todas las descripciones dadas del cólera de la India. Un presidiario, enfermero que nos ayudaba en los cuidados que prestábamos á un marinero colérico que se retorcia en medio de atroces y desgarradores dolores que sufría en las entrañas. Esta vista aterrizó al presidiario y muere: los dos cadáveres examinados cuidadosamente, presentaban en lo físico una semejanza tan grande, tenían los dos una fealdad talmente similar, que era imposible distinguir al marinero del presidiario. ¿Puede concebirse la metamórfosis? ¿Qué poder sobre humano tiene el cólera, ese dedo de Dios como le llaman las buenas almas, para que el hombre cuya imaginación se ha trastornado al verle sobre las facciones de otro haya podido identificarse hasta el punto de asemejar su fisonomía con la del que le ha fascinado?

La disentería aguda suscita una agonía delirante con fiebre y trasporte al cerebro.

La disentería crónica destruye á un hombre en lo físico y en lo moral por partes iguales. La inteligencia pacífica y resignada se mantiene hasta el fin baja en su alcance, pero jamás en su lucidez. Aquí la vida parece trascurrir en el escabél, y como la medicina tiene el poder de moderarlos, la disentería cree ver en la sentencia de lo que disminuye su ser, su ánclora de salvación. El opio es la divinidad terrestre de todos los que padecen del pecho y del vientre. El disentérico respira todavía con un ligero soplo de vida; cuando ya no ve ni entiende, su alma experimenta todavía el efecto fisiológico de la presión de una mano amiga. ¡Cuántas veces en esta enfermedad, y durante el estertor de la agonía he visto los ojos de un moribundo cubrirse de tiernas lágrimas, porque sentía oprimir su mano por la de un objeto tiernamente amado! El disentérico que vive lleno de esperanza, puede morir súbitamente por poco que se aparte del régimen y algunas veces por menos todavía. Conservamos en nuestras notas el hecho de diez y seis enfermos procedentes de Calcuta, país clásico de esta enfermedad. Estaban acostados llenos de vida, sobre colchones estendidos en la batería de un navío, cuan-

do hé aquí que dos cerdos salen de su posilga, se llenan de miedo y piafan y corren por cima de los cuerpos de aquellos infelices que murieron inopinadamente.

Entre los casos de enfermedades del tubo intestinal que han tenido mas influencia en la moral de un hombre, el siguiente me ha parecido merecer una mencion particular. Un marino se quejó de una constipacion que databa de seis dias; un purgante no produjo efecto. Durante cinco semanas, saqué de las farmacopeas todo lo que puede aligerar el vientre, pero fué en vano; murió. Le habia propuesto un ano contra naturaleza y me habia respondido: «Yo creo que este es mi único remedio, porque he soñado que mis tripas están anudadas como un salchichon; pero nunca consentiré en lo que decis.» Durante su cruel enfermedad este hombre no cesó de rabiar y de maldecir. Cuando se le hubo preguntado si deseaba un sacerdote, «que venga, dijo, y que sostenga la justicia de Dios: si se atreve á ello, le abro el vientre.»

Su aptósia nos mostró una porcion de gruesos intestinos anudados y sin origen; tenia catorce pulgadas de circunferencia y encarcelaba muchas libras de materias.

Un cirro en el píloro, afeccion que se ha hecho tan frecuente, hace caer á los enfermos en un abatimiento profundo: la idea de un mal incurable les aqueja; los mina, les proporciona el insomnio, ó bien un sueño con horribles pesadillas. Aquí la imaginacion fecundiza sin intermision ideas siniestras. Si el paciente es piadoso, arregla con tiempo su muerte de una manera cristiana; si no lo es, se logra convencerlo; y si profesa el escepticismo, se le atrae facilmente á la moral del Evangelio. Los largos dolores matan el ateismo y la indiferencia en materia de religion. En general las afecciones cancerosas conducen al sepulcro sus víctimas por una especie de muerte en detalle de todas sus ilusiones y de todas sus esperanzas. El hombre grande, de génio y de carácter, atacado de un cirro en el píloro acaba con frecuencia por ser un enano.

La peritonía aguda ó inflamacion del bajo vientre,



agota rápidamente la vida. Cuando es mortal, el individuo conserva una calma sepulcral ante la paz de la agonía. Entonces vive sin conciencia ni emoción; no se siente morir.

La hidropesía es una muerte lenta y gradual; el paciente aunque triste, no experimenta sin embargo, ni impaciencia, ni terrores delirantes. El cerebro del hidrópico mas blando é *higrométrico* combina pocas ideas; está hueco. Aquí los sueños se ocasionan siempre por el estado del bajo vientre. He conocido un hidrópico que no podía dormirse sin soñar que Danaide echaba agua en un tonel agujereado. Su muerte fué sosegada, y me atrevo á decir imprevista.

La fiebre que sufren algunas de las recién paridas que las es tan frecuentemente funesta, ocasiona una muerte ansiosa y triste. Después de haber pensado nueve meses en los gozes de la maternidad, ser madre y no ver ni abrazar á su hijo, es un martirio que ninguna expresión es capaz de pintar. El sentimiento del amor maternal es el último que muere en las recién paridas: solo él las arranca quejas y las inunda de lágrimas.

Las afecciones del hígado tienen una acción directa sobre las funciones del cerebro: dan un tinte negro á todas las cosas de la naturaleza y hacen sus ideas en extremo sombrías. La locura ha podido ser la consecuencia; aunque casi siempre la hipocondria, un carácter ecéntrico y un espíritu de vigilia están ligados á un estado habitual de sufrimiento de esta víscera. El que muere de una enfermedad hepática, parece abrigar en sí una morosidad sombría y una acritud de lenguaje que se muestran á la menor contrariedad de parte de los que se le acercan. La impaciencia y la obstinación en proseguir una idea ó un fin, fundan la base de estos temperamentos secos, de cutis amarillo y aplomado, de una delgadez esquelética, de mirada feroz, de humor constantemente triste y salvaje. Mueren con valor, y muchas veces con fanatismo: su agonía es siempre morosa y habladora, con frecuencia se atraviesan ideas raras é inesperadas, tales como la de un testamento singular y original. Funda legados en favor de personas desconocidas,

exigen la adopción del apellido de su familia; ha habido también algunos que recomendaban su auptosia como una cosa extraordinaria y útil á los que padecían de su mal. El carácter hepático conduce á la meditacion, y á los estudios metafísicos. Abrazan con convicción las promesas del cristianismo y mueren dignamente; no siendo extraño verlos en sus últimos momentos místicos é iluminados. En una palabra; son hombres hasta el fin.

Las enfermedades de las vías urinarias improvisan otro género de carácter. Estos han fatigado el cerebro largo tiempo convehementes dolores llamados nefríticos, y han llenado á los enfermos del disgusto de sí mismos. Tristes, irresolutos y agoviados, temen la muerte y creen siempre en los recursos del arte. Ordinariamente caen en delirio antes de morir, y entonces el hombre moral ha terminado para siempre. Los hemos conocido, cuyo padecimiento tenia principio en un insaciable apetito de los sentidos, y por consecuencia en una série de afecciones sífilíticas: tal era uno, á quien una jóven, hermana hospitalaria acercándose para darle á besar un Cristo, enderezándose en su cama y asiéndola con trasporte, la tuvo pegada á su boca y espiró con este último esfuerzo. Pero aqui describimos la muerte de un sátiro, la que es muy distinta á la de un buen muchacho que por otra parte sucumbe bajo el doble golpe de una infeccion y del mercurio destinado á librarle de ella. La agonía de esta última victima, aunque edificante, parece repeler la piedad. El moribundo mismo, por la mímica mal disfrazada del sentimiento que le oprime, apenas disimula la vergüenza de su miserable fin. No se atreve á mirar al sacerdote, cumple con los actos de la religion confuso y humillado; espira bajo sus sabanas. Su cadáver es repugnante.

La muerte por delirio amatorio es todavía mas abyecta. Mr. J. C. vió una vez á una agonizante, que al mismo tiempo que se entregaba á lascivas alegrías, no cesaba de pedir perdon á Dios de sus ofensas. ¿Se concibe cosa mas horrible?.. Exhalar su último suspiro, con una mano que profana la carne, y una voz que murmura los nombres de *voluptuosidad, Dios Eterno y perdon.*

13 El cáncer uterino y el de los pechos, que tan comunes han llegado á hacerse en nuestros días y cuya causa es otra de las numerosas calamidades que nos suscita la civilizacion artificial, cuyas llagas llevamos en nosotros mismos no causan la muerte sino despues de dolores punzantes que parten de los tejidos cancerizados y que llegan hasta el cerebro. La costumbre de los padecimientos, la del entorpecimiento con la ayuda de el ópio modifican considerablemente el ser moral de la mujer atacada del cáncer. Se separa poco á poco de las afecciones de la vida; con tal que no sufra, permanece indiferente á las alegrías mundanas que ¡ha abandonado de tal modo, que ha perdido hasta su recuerdo. El cáncer es tambien una de las enfermedades que despiertan el sentimiento religioso; el éxtasis y el fanatismo son dos estados bastantes frecuentes en los cláustros y entre las personas afectadas de enfermedades cancerosas en los organos sexuales. En general, las degeneraciones cancerosas parecen solicitar el sentido metafísico de los dos sexos; y sobre todo iluminar el órgano del amor divino. Una vision de las cosas del cielo caracteriza sobre todo la agonía de las jóvenes castas consagradas á la vida del claustro.

14. El cutis, este espejo del interior del hombre físico es tambien el emunctorio sobre el cual el principio vital expele los humores impuros ó viciados de la constitucion de los órganos. Las enfermedades del cutis son innumerables; el médico niega las especies parásitas sin poder darles su verdadero nombre; tanto se multiplican las variedades bajo la influencia de la infeccion humoral de la sangre. El sarpullido que es la especie mas comun de estas afecciones, macula en el dia tan gran número de cutis, que con razon puede llamársela la *mancha original* del pecado de la civilizacion.

Las enfermedades del cutis son agudas y crónicas. Las primeras arrastran rápidamente á la muerte, y esto de un modo brusco é imprevisto. Aqui es preciso tener en cuenta la inflamacion y el principio septico ó acre que representa la erupcion. Por ejemplo, la agonía de los adultos atacados de las viruelas es tranquila; la inte-

ligencia está como estupefacta, el entendimiento no percibe nada siniestro ni nada que tranquilice. El virulento es como una cariatide animada, su principio vital soporta el edificio del cuerpo accidentalmente sobrecargado, se debilita en un largo esfuerzo hasta el momento en que no pudiendo luchar mas, se abandona y se extingue. Es singular que la conservacion del ser ó la del simple instinto sea el solo fenómeno físico de las más grandes inteligencias durante las enfermedades mortales y agudas que amenazan la vida. Nótese bien que la hora reveladora de la agonía anuncia el fin de la lucha entre el cuerpo y la causa patológica: que cuando el egoismo moral recupera su imperio en un mal desesperado, es de un siniestro augurio, pues que no se muestra completo, sino cuando las funciones orgánicas declinan y cesan. Asi es, que la ausencia de los dolores físicos engaña á los agonizantes hasta hacerlos creer en una mejoría general y en la vuelta de la salud.

La escarlatina da la muerte traidoramente: el paciente presiente el golpe. Está sombrío y desconsolado, sus últimos pensamientos expresan los terrores de su alma, y muere entre terribles convulsiones.

El sarampion maligno elabora una muerte llena de tristeza. El enfermo se extingue en el delirio y el profundo estupor. Sus sueños son visiones coloreadas de mil tintas, y el resplandor rojo es el que domina sobre todas las imágenes raras que da á luz su cerebro sobreexcitado por la fiebre ardiente que acompaña al sarampion. La perversion de los sentidos debida á esta última causa produce las alucinaciones extrañas de que el paciente se queja cuando está despejado.

El excesivo sudor pone á los enfermos en un anonadamiento físico y moral. Aqui el egoismo se borra mucho antes de la muerte real, y el instinto de la vida no se eleva hasta la voluntad de querer conservarla.

Las enfermedades crónicas de la piel no matan; propiamente hablando, tienen influencia en lo moral por el disgusto que inspiran á los demas. Y de hay provienen los diferentes extravíos de la imaginacion, tales como la melancolía, la hipocondría, la misantropía, la

*mortis amor*. Estos incurables son duros, inhumanos, irritables y apasionados: mueren frecuentemente de las enfermedades diversas que hemos enumerado. No fueron los niños mimados de este mundo, le dejan sin pena, y su agonía rara vez está marcada por una exaltación de sentimientos religiosos. He visto morir empeñosos, leprosos, pediculares, y siempre los he encontrado insensibles, vergonzosos é ingratos.

La muerte por el escorbuto es una disolución del cuerpo y una infimidad intelectual que no sospecha ni la posibilidad de una percepción interna ó externa. El escorbuto es el azote inconjurable de los viejos navegantes.

La gota y el reumatismo arrastran el fin del hombre, por el transporte de *sus elementos* sobre los pulmones, el corazón y el cerebro, atacan inopinadamente los centros vitales. Su agonía es con frecuencia fugitiva é inapetecible. El *yo* sucumbe casi siempre antes de dado el golpe, ó algunos de los órganos principales de la economía.

15. Terminamos aquí nuestra revista mortuoria. Este capítulo no hubiera tenido fin nunca, si hubiésemos tenido el designio de enumerar las vías infinitas, por las cuales el dardo de la muerte consigue extinguirnos; no hay un foro en nuestro cuerpo que no pueda volverse una puerta abierta á la inexorable mensajera del destino.

Relativamente á las probabilidades de una agonía normal, estas son á las que hemos llegado. En el estado de la civilización actual, y tomando mil individuos á la edad de treinta años, con toda la apariencia de la salud, uno solo tiene la probabilidad de llegar á una vejez muy avanzada, los otros mueren en la siguiente proporción; la mitad ascendiendo el período de treinta á sesenta años; la otra volviendo á bajar la pendiente opuesta; las tres cuartas partes de esta caen en los primeros escalones entre sesenta y sesenta y ocho años.

Las dolencias de la infancia y las de la adolescencia, las viruelas, la escarlatina, el sarampion, la fiebre cerebral, las escrófulas, las enfermedades de pecho y en

particular las tisis; acaban con lacerar la parte de las generaciones hasta la edad de veinte y cinco á treinta años.

Las razas eminentemente civilizadas no son ni tan vivas, ni tan vigorosas por muchos motivos; pues que todas han hecho predominar la vida moral é intelectual sobre la vida orgánica é instintiva. Absorbidas la una por la otra, cambian sus relaciones de casualidad y de simpatía, y desnaturaliza las leyes eternas de la ponderacion de los órganos de las dos vidas. Con el exceso de la una se advierte en una nacion la fuerza física, la armonía de las formas y la unidad de las constituciones; con la otra, organizaciones degeneradas, desviadas de las reglas normales y manchiadas de vicios y de humores. Pero por compensacion de tantos males y de una longevidad menor, respiran un aire que afecta, agotan todas las sensualidades extraídas de la materia, viven de todo lo que deleita, de todo lo que enerva, de todo lo que corrompe la sangre; y las generaciones que suceden á esta raza ascensional por el talento retrógrado, por el cuerpo, heredan todas las calamidades de la vida física y las mil y una conquistas de lo que se llama *progreso*. A los unos, la salud, la quietud, la vejez, la agonía iluminada de la segunda vida; á los otros, la impureza de los humores, una existencia febril de ambicion y de concupiscencia, la sobreexcitacion cerebral causada por las invenciones del lujo de la industria, de la tisis, de la raquitis, del cancer, de las afecciones de la piel, una vida limitada, una agonía trivial y una muerte lastimosa. El nuevo mundo es segun los geólogos el conjunto de escombros y de ruinas del mundo antiguo. ¿No se podria decir con no menos verdad que en donde el exceso de la civilizacion ha poblado las soledades, pase á otras ruinas vivas, animadas de inteligencia, de génio y de todo el insaciable orgullo de los malos ángeles?

FIN DEL TOMO SEGUNDO Y ÚLTIMO.

---

## TABLA DE LOS CAPITULOS.

---

### CAPÍTULO PRIMERO.

#### AGONÍA Y MUERTE DE LOS HOMBRES.

*La hora de la muerte.*—1.º *Hombres de instinto intelectual.*—*El marinero llamado Sin Pluma.*—*Falta de libre albedrío.*—*Los presidiarios.*—*Mal ingerto humano.*—*Estadísticas.*—*Leon el sentenciado.*—*Contribucion de los presidios.*—*Ejemplo y suplicio extraordinario.*—2.º *De los hombres de inteligencia.*—*Sicología.*—*Colocacion de un hombre en el globo.*—*El artesano de baja esfera.*—*La fé, las creencias y la indiferencia en materia de religion.*—*Las pruebas contradictorias.*—*Profecia.*—*Resultado de las teorías escépticas.*—*El positivismo en las profesiones liberales.*—*De los eclesiásticos y del sacerdocio.*—*De los militares.*—*Revelaciones en el campo de batalla.*—*San Juan Ulloa, Bessieres, Lannes, Lasalle, Drouot.*—*M. de las Cases.*—*El fanatismo patriótico y el campo de Fleurus.*—*El soldado republicano.*—*La era imperial.*—*Muerte del soldado.*—*El pirata.*—3.º *El hombre de génio.*—*Los grandes artesanos.*—*De su agonía.*—*Influencia del vapor en el siglo.*—*Un inglés virtuoso.*—*Su muerte.*—*Jacquar.*—*El génio materialista.*—*Influencia de la moda.*—*Del celebre.*—*El ódio y la envidia cesan antes de la muerte.*—*De las creencias religiosas y de las cien-*

*cias matemáticas.—Influencia social de estas últimas.—Muerte de un génio sin cultura.—El génio de las bellas artes.—Del elemento católico.—Literatura moderna.—La poesia y la pintura.—Ejemplo.—El pueblo de las personas ricas.—Fin de un ambicioso por fuerza.—Agonia y muerte de un artista.—Beethoven.—De la música.—Los marineros artistas.—Enfermedades y muertes de los artistas.—Conclusion. . . . .*

CAPÍTULO II.

AGONÍAS Y MUERTES EN LAS DIVERSAS CLASES DE LA SOCIEDAD.

*Panteon moral.—Agonia y muerte de un hombre honrado.—De un jornalero pobre de espíritu.—De un especulador de alma mediana.—Del hombre bueno y piadoso.—Agonia segun el codigo cristiano, buena para evitar la condenacion.—Un avaro jubilado.—Un lujurioso en su techo de muerte.—Tesis y celos.—Un medico filósofo.—El materialista y la fiebre amarilla.—Agonia de los médicos.—Un Panteista.—Un Deista.—Un sacerdocio medical.—Una conclusion.—Agonia y muerte en el foro.—Un digno presidente del tribunal.—El abogado, hombre político.—Un abogado modelo.—Horror.—Un filósofo panteista.—Enciclopedistas antiguos y modernos.—Sofistas trascendentales.—Del sensualismo de la época.—El materialista mecánico.—El matematico esceptico.—El fisico y el astrónomo.—Los apóstoles de la teología natural.—Químicos y naturalistas. . . . .*



CAPÍTULO III.

AGONÍA Y MUERTE DE LAS DIFERENTES CLASES DEL CLERO.

*Del estado eclesiástico.—Agonía y muerte de un cura del campo.—De un cura de ciudad.—Un Santo.—Un mal sacerdote.—Agonía y muerte de los grandes prelados y de los príncipes de la Iglesia.—Los misioneros viajantes.—Un loco religioso.—Naturaleza ascética.—El Trapense.—Los hermanos de la doctrina cristiana.—El capuchino caballero de Cristo.—La monja.—La hermana hospitalaria.—El ministro protestante. . . . . 161*

CAPÍTULO IV.

AGONÍA Y MUERTE DEL SOLDADO Y DEL MARINO.

*Carácter del soldado.—Un coronel retirado del imperio.—El militar retirado.—El marino.—Retrato de un buen marinero.—Vicisitudes desastrosas de su existencia.—Una balsa.—Tempestades.—Naufragios.—Combate naval.—Un abordaje.—Agonía y muerte del marinero ó en su navio ó en el hospital. . . . . 219*

CAPÍTULO QUINTO Y ÚLTIMO.

AGONÍA Y MUERTE SEGUN LA NATURALEZA DE LAS ENFERMEDADES.

*Del hombre y su evolucion orgánica.—De la muerte natural.—La del anciano.—De la muerte accidental y sus causas.—Del cerebro y de la apoplejía.—De la decapitacion.—Muerte por el corazon y los pulmones.—Teoria de la muerte.—De la asfixia.—Muerte repentina sin lesion material.—Un presidiario fenómeno.—1.º Lesion mortal del*

- cerebro y de la conmocion.—2.º De la hemorragia cerebral.—3.º Fiebre cerebral.—4.º Tétanos.—5.º Cuerpos extraños en el cerebro.—6.º Cáncer de la faz.—7.º Polipos mortales.—8.º De las afecciones de las vias aéreas.—9.º Muerte por los órganos del pecho y especialmente de la tisis.—10. De la fluxion del pecho.—11. De las enfermedades del corazon y del aneurisma.—12. Enfermedades mortales del estómago, de los intestinos y otras visceras del bajo vientre.—13. Del cáncer uterino.—14. Enfermedades de la piel, del escorbuto, de la gota y del reumatismo.—15. Conclusion . . . . . 259

VI. CAPITULO VI

FIN DE LA TABLA DE LOS CAPÍTULOS DEL TOMO

SEGUNDO Y ÚLTIMO.

CAPITULO QUINTO Y ÚLTIMO.

---

---

# BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA:

é sea coleccion selecta y económica de las obras mejores y mas interesantes en los diversos ramos de los conocimientos humanos : historia , religion , moral , economia , ciencias , literatura , novelas , viajes , etc. , por los señores Escobar , Príncipe , Collantes , Alfaro , Satorres , Santana , Retes , etc.

## TODOS LOS DOMINGOS UN HERMOSO TOMO

de mas de 300 páginas en cuarto pequeño que contendrá, en impresion clara, la materia de cuatro tomos en octavo ordinario, y que representan mas de cinco pliegos diarios.

Esta importante publicacion ha principiado á repartirse en marzo de 1845.

La distribucion en Madrid se hace los domingos por la mañana. En cada provincia, para mayor comodidad del público , como tambien para evitar cualquiera entorpecimiento que pudiera ocurrir por causa del correo, la empresa ha establecido una factoría general, donde á la conclusion de cada mes se tendrán á la disposicion de los señores corresponsales y suscritores los tomos respectivos, que estos recojerán juntos ; de modo que asi no habrá necesidad de acudir á la córte , y se evitará que las entregas se extravíen , rasguen ó ensucien , como suele suceder con gran perjuicio de los editores y suscritores.

El precio de cada tomo por suscripcion es de... 10 rs. añadiendo para el porte en las factorías de las provincias , en el acto de recogerle. . . . . 1

No se admite ninguna suscripcion por menos de cuatro ó cinco tomos, segun el número de domingos que comprenda cada mes.

Los suscritores no disfrutarán las ventajas de tales sino pagando el mes adelantado en el acto de suscribirse , y siempre el otro mes al recoger las obras del anterior.

Fuera de suscripcion, el precio de cada tomo por obras completas será en Madrid. . . . . 12

En las factorías de las provincias. . . . . 14

Si se quieren las obras en holandesa ó pasta, se añadirá por tomo. . . . . 5

Las personas que quisieren recibir los tomos en su domicilio, francos por el correo, á medida de su publicacion, añadirán á los precios respectivos de suscripcion ó venta en las provincias, un real mas; advirtiendo que solo pueden remitirse por este medio los tomos encuadernados á la rústica, sin que la Empresa se haga de ningun modo responsable de los extravios que ocurran por causa del correo, pues únicamente se compromete á poner de su parte y en lo que de ella dependa el mayor esmero y cuidado posibles.

#### ACCIONES DE LA BIBLIOTECA ENCICLOPÉDICA.

Los editores han dividido la propiedad de esta Empresa en veinte y cinco partes ó acciones que son esclusivamente suyas.

Cada accion se ha valuado en 10,000 rs. y para su mas fácil colocacion se podrá subdividir, segun deseen los interesados, en otras de 5,000, de 1,000 y de 500 que darán derecho: Las de 10,000 rs. á la 25 parte de la propiedad y de los beneficios de la Empresa y á la misma parte del producto de la liquidacion final; las de 5,000 á la 50 parte; las de 1,000 á la 250; y las de 500 á la 500.

A cuenta de estos beneficios toda accion tendrá opcion: 1.º á un interés fijo de 6 por 100 anual en metálico, ó 12 1/2 en obras de la B. E. á 10 rs. tomo, pagadero cada seis meses á la simple presentacion del título en cualquiera de las factorías de la Biblioteca, en los primeros quince dias siguientes al del vencimiento de cada semestre. 2.º á otro 12 1/2 en obras de la misma Biblioteca, á escoger desde las primeras que se publiquen, con los mismos precios y condiciones.

Resulta del presupuesto de gastos y productos elevado á escritura pública, que descontando el coste, quedan limpios por tomo. 3 17

Que son para las acciones de 10,000 rs. la 25.ª parte	18200
ó sea anualmente un producto de...	9100
Para las de 5,000 la 50. ó sea.	1820
Para las de 1,000 la 250.	910
Y para las de 500 la 500.	910

Se suscribe en Madrid, en la oficina provisional de la Biblioteca Enciclopédica, calle del Fomento, n. 7, adonde la correspondencia debe dirigirse *franca de porte* á los Señores MARTINEZ RAZOLA Y COMPANIA, Editores; y en la librería de Matute, calle de Carretas, n. 8.—En todas las factorías de las Provincias, comisiones de libros, administraciones de Correos y de loterías, y especialmente en casa de D.

---

---

## OBRAS PUBLICADAS,

CORRESPONDIENTES AL MES DE MARZO DE 1845.

**AGONÍA Y MUERTE** en todas las clases de la sociedad, consideradas bajo el aspecto humanitario, fisiológico y religioso; por *H. Lauergne*; traduccion de los señores *Don Francisco Luis de Retes* y *D. Juan Garcia de Torres*: 2 tomos.

La edicion francesa cuesta 60 rs.

En estas maravillosas páginas, y en corroboracion de consecuencias claras y sencillas, y puestas al alcance de todas las capacidades y fundadas en las inducciones frenológicas y facultativas y en las revelaciones psicológicas y religiosas, nos presenta el autor en cuadros vivísimos una multitud de hechos morales, en que recorre toda la escala de agonía y muerte, del malvado y del hombre honrado, de la cortesana y de la buena madre de familia, del impío y del fiel creyente, del filósofo que en medio de sus terrores abjura la utopia de felicidad que tan bien supo pintar, del militar y del sacerdote, del orgulloso magnate, del mendigo, del marino, del usurero y de tantos otros tipos de la sociedad.

Este libro tan altamente filosófico y moral encierra al mismo tiempo toda la amenidad y todo el encanto que puede seducir á la imaginacion mas novelesca.

**FLAVIO** ó *Roma en el siglo III*, historia religiosa, moral y política del mundo, antes del establecimiento del cristianismo, escrita por *M. Alejandro Guiraud*, miembro de la Academia Francesa, y vertida al castellano por *Don Agustin de Alfaro*: 2 tomos.

Se vende en Paris á 60 rs., en Bruselas á 36 y en Madrid la misma edicion belga á 48.

Si esta obra pudiese considerarse como pura novela, aun así merecería un lugar muy distinguido en este género de producciones literarias.

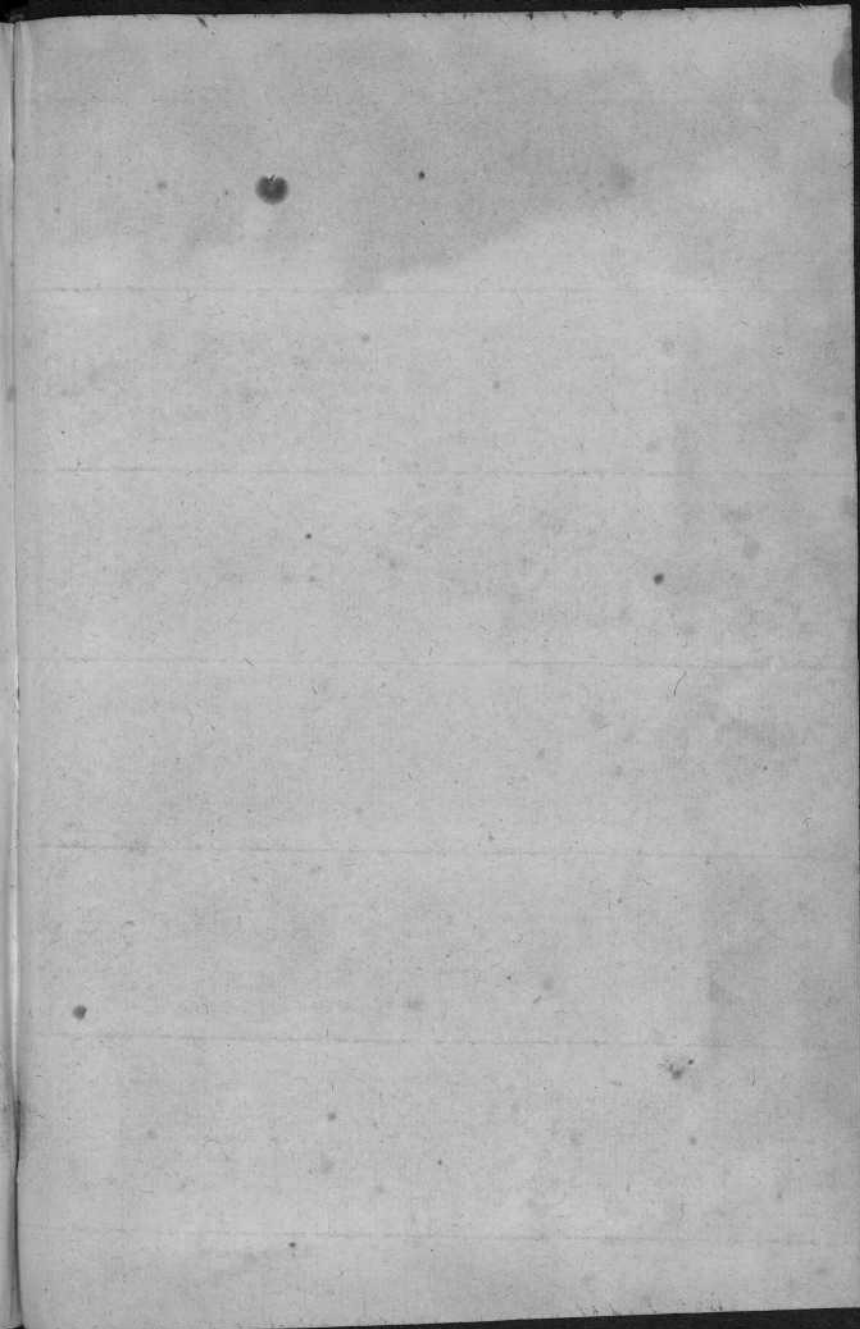
Pero poniendo el autor del *Flavio* como lema al frente de su obra estas palabras de Chateaubriand: «hay dos mundos en la historia, uno mas allá y otro mas acá de la cruz,» presenta en ella, con rasgos tan sublimes co-

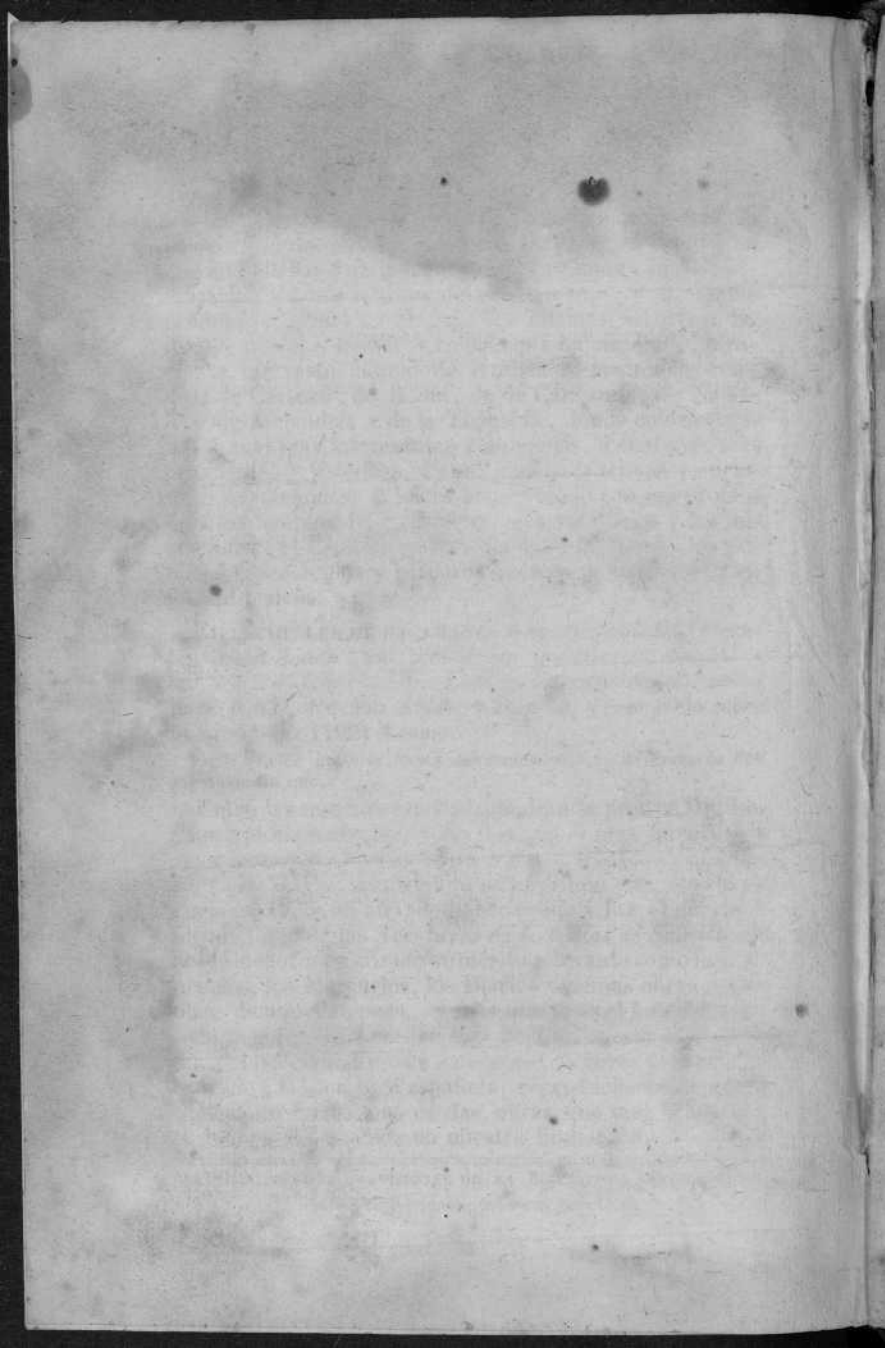
mo los del otro sábio á quien ha tomado por modelo, la perspectiva de esos dos mundos, es decir, el estado en que se hallaba el mundo en punto á religion, moral, civilizacion y política antes del cristianismo, y el cambio progresivo debido á este bajo los mismos aspectos. Su diestro pincel y los vivos colores que ha empleado, ofrecen en ese vasto campo de erudicion, magnificos cuadros de Cartago, de Roma, de la Campania, de Nápoles, de Alejandria y de la Thebaida, donde coloca escenas á cual mas interesantes y animadas, á cual mas sorprendentes y patéticas, á cual mas instructivas y curiosas, imaginándose el lector estar viendo con sus propios ojos los templos del paganismo, los sacrificios y las iniciaciones, el Capitolio y las grandezas de Roma, los públicos espectáculos y bárbaros recreos de los circos y de los anfiteatros.

EL BACHILLER DE SALAMANCA ó aventuras de D. Querubín de la Ronda, que sacó de un manuscrito español y publicó en francés Mr. Le Sage; traducido al castellano por D. Estéban Aldebert Dupont, y reimpresso sobre la edicion de 1792; 4 tomo.

En la edicion anterior forma dos tomos en 8.º, de cerca de 400 páginas cada uno.

Entre los muchos escritos que dió á la prensa Mr. Le Sage, el presente es uno de los que él mas apreciaba y cuya lectura le divertia tanto como el *Gil Blas* y el *Diablo Cojuelo*. Por vez primera se imprimió esta novela en Paris en 1735, al año de haber salido á luz el cuarto y último tomo de las *Aventuras de Gil Blas de Santillana*: desde luego fué ensalzado su mérito relevante como lo comprueban los Mercurios, los Diarios y demas obras periódicas de aquella época, y mas que todo el haberse agotado cuantas ediciones se han hecho de esta chistosísima publicacion. En este concepto, seguros de hacer un servicio á la literatura española, reproduciendo en nueva y elegante forma una de las obras que mas la honran, la hemos dado cabida en nuestra biblioteca.











16

AGONIA  
Y MUERTE  
DE TODAS  
LAS CLASES  
DE LA  
SOCIEDAD

182

16.847